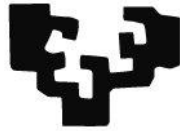


eman ta zabal zazu



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

EMPATÍA, APEGO E IDENTIDAD MORAL COMO
PREDICTORES DE LA CONDUCTA PROSOCIAL Y
LA DESHONESTIDAD ACADÉMICA EN LA
ADULTEZ EMERGENTE

FEDERICO BERMEJO MOREIRA

DIRECTORA

Bárbara Torres Gómez de Cádiz

CODIRECTOR

Felipe Muller

Facultad de Psicología

Departamento de Psicología Clínica y de la Salud
y Metodología de Investigación

-Tesis Doctoral-

DONOSTIA-SAN SEBASTIÁN

ENERO 2022

*A la memoria de Mirta, mi madre,
Carlos, mi padre, y mi tía Ichi*

AGRADECIMIENTOS

Sin intención de extenderme en exceso al nombrar a muchas personas que me ayudaron en el camino y que hicieron posible este trabajo, me centraré en las principales.

En primer lugar, a mis directores.

Ya hacia las primeras semanas de que la Dra. Bárbara Torres Gómez de Cádiz aceptara la dirección de esta tesis pude tener esa sensación o comprensión que los anglosajones llaman *grasp* (me gusta el término en inglés): pude captar rápidamente su profesionalismo y su generosidad en distintas dimensiones. Por entonces, había fallecido mi madre hacía semanas y Bárbara mostró su calidez humana abordando el trabajo mientras transmitía palabras contenedoras. En lo siguiente, se desplegaron esa generosidad y ese profesionalismo de forma entrelazada. Rigurosa, clara, disponible, fue conduciendo los avances de este trabajo, que, de forma lenta, pero creo que consistente, pude ir enviándole. Agradezco su formación y su gran compromiso, incluyendo estos meses de estancia aquí en la Universidad. Bárbara fue como una epifanía de lo que encontré en la Universidad ese increíble e indeleble curso 2009/2010 en el que viví en San Sebastián-Donostia. Y, por último, pero no por ello menos importante, quiero agradecerle haber aceptado la dirección de este trabajo con los riesgos (o la poca recompensa inmediata) y los inconvenientes de dirigir a un estudiante que residía en Argentina.

Al Dr. Felipe Muller, jefe, amigo, colega y, para este trabajo, codirector. Fue Felipe quien me permitió iniciarme en la investigación y en la docencia de forma continuada en 2010, tras mi regreso a Buenos Aires al haber concluido el Master en Investigación en la Universidad del País Vasco. Desde entonces, nuestro vínculo fue cotidiano. Cuando conocí a Felipe, como alumno suyo en el año 2003, supe que de algún modo u otro quería ser un profesional como ese profesor joven que había regresado de Estados Unidos y que refería a una literatura que yo quería leer. Entre las distintas cosas a destacar de su función en esta tesis, además de la inquietud intelectual y el impulso que transmitía a diario, fue aprender de sus habilidades de escritura académica, su apertura intelectual, su creatividad y su formación interdisciplinaria. Gracias, Felipe.

También debo y quiero hacer una mención especial a la Dra. María José Ortiz Barón. Fue gracias a ella que descubrí la riqueza y las posibilidades que ofrecía el constructo de conducta prosocial. Además, también gracias a ella pude desarrollar ese interés que se plasmó en el trabajo de fin de master y sostenerlo a la distancia, cuando - pese a su generosidad- se interpusieron mis dilaciones en los avances en este trabajo. Fue ella también quien me presentó a la Bárbara Torres. Gracias por ello también.

Otras personas que me brindaron ayuda de distintas maneras para el desarrollo teórico y metodológico de este trabajo fueron el Dr. Jeremy Frimer, de la Universidad de British Columbia (Canadá), la Dra. Susana Frisancho Hildalgo, de la Pontificia Universidad Católica del Perú, la Dra. Ana Kohan Cortada (Conicet y Universidad del Salvador) y la Dra. Jazmín Cevasco (Conicet y Universidad de Buenos Aires) y, muy especialmente, el Dr. Agustín Freiberg Hoffman, (Conicet y Universidad de Buenos Aires). También mi agradecimiento al Dr. Mario Mikulincer. Asimismo, al Dr. William Hirst de la New School for Social Research. Al respecto, también agradezco la colaboración de la Lic. Michelle Cameron en la traducción de los instrumentos y de la Magister Katia Rosenbaum, por su colaboración para la laboriosa

tarea de que analizásemos las entrevistas a los y las participantes. En este mismo sentido, agradezco a la Universidad de Belgrano (Argentina), por la posibilidad de llevar a cabo el estudio en el contexto de dicha institución, a la Dra. Claudia Degrossi y a los y las participantes que hicieron posible el estudio.

De manera especial, a la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, por su ayuda económica para la realización del Master en Investigación y para la estancia realizada en estos meses. Además, deseo agradecer en general a todas/os las profesoras y los profesores del Master en Investigación y docentes de la Universidad, y en particular a las Dra. Itziar Etxebarria, al Dr. Enrique Echeburúa, y las Dras. Patricia Insúa, Maite Garaigordobil y Nekane Balluerka, el Dr. Pedro Apodaca y, especialmente, al Dr. Darío Paéz por su generosidad para transmitir su conocimiento. Asimismo, además del Dr. Paéz, quiero agradecer a todos/as los investigadores/as del grupo CCE, quienes estos meses me ayudaron a profundizar y mejorar algunos aspectos de la tesis, en particular a la Dra. Itziar Alonso, el Dr. José Pizarro, la Dra. Sonia Padoan y la Dra. Ione Bretaña. También mi agradecimiento para otros/as docentes de la Facultad, como la Dra Leire Aperribai, y miembros del programa de Doctorado, en particular a su coordinadora, la Dra. Joana Acha, y al personal administrativo de la Universidad, así como a mis compañeros y compañeras de despacho y de Facultad estos meses. No quiero olvidarme de todos mis compañeros y compañeras del master, en particular mi agradecimiento para Silvia, Iñigo, Aída, Txomin, Alazne, Natalia y Joana. Mila esker bihotzez.

Además, quiero agradecer especialmente a mi hermano menor Julián, por su cariño y apoyo y, sencillamente, por ser buena persona, y a Betty por su apoyo y afecto siempre. También un especial agradecimiento a mi cuñada Analía, a la familia Zanessi y a mis hermosos sobrinos Lisandro y Laia. Hago extensivo al agradecimiento a toda mi familia, en particular a mi tía Elisa y los primos de Morón, Verónica, Silvina y Nacho, a los de Quilmes, Esteban y Alejandra, y muy especialmente a mis tíos Juan y Mónica, por su invaluable ayuda en muchas dimensiones. También a todos mis amigos, algunos de ellos también colegas, muy especialmente a Hernán, Julián, Laura, Fabricio, Noelia, Rodrigo, Néstor, Diego, Francisco y Fernando. Además, al Dr. Juan Carlos Marengo, la Dra. Elena Kaplan y, muy especialmente, al Licenciado Eduardo Russo. No puedo olvidarme aquí de mis abuelos y abuelas, José, Juan, Emma y Emiliana, quienes ya no están entre nosotros. Mucho de lo que soy se debe a ellos cuatro. También a un agradecimiento a mi tío Eduardo, quien permanece en mi memoria.

Quiero mencionar ahora a quizás la persona más importante para que este trabajo se llevara cabo (y se concluyese): mi hermano mayor Mateo. Referencia constante, objeto de identificación desde mi adolescencia y apoyo incansable. Su amor fraterno (y el mío) y su inteligencia deben haber sido el origen de que él fuera quien mejor comprendiera la importancia de este escrito en el panorama general de mi vida. En marzo de 2020, Mateo percibió que, por distintas razones personales, yo estaba en la encrucijada, también con la presente tesis: yo lo entendí del mismo modo. Gracias.

Quiero concluir estos agradecimientos con la mención de las tres personas a las que dedico este trabajo, y que lamentablemente ya no están para poder compartir este momento. Mi madre Mirta, mi padre Carlos y mi tía Ichi. Fuentes de amor y reflexividad, no me reconocería a mí mismo sin los recuerdos que tengo de ellos.

ÍNDICE GENERAL

| | |
|---|-----|
| INTRODUCCIÓN | 21 |
| PARTE 1 - FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA | 29 |
| CAPÍTULO I: | |
| LA ADULTEZ EMERGENTE | 31 |
| CAPÍTULO II: | |
| LA CONDUCTA PROSOCIAL | 37 |
| 2.1 Conceptualización y clasificación de la conducta prosocial..... | 39 |
| 2.2 Conducta prosocial: Teorías y modelos explicativos..... | 48 |
| 2.3 Variables explicativas de la conducta prosocial..... | 53 |
| 2.3.1 Variables sociodemográficas..... | 53 |
| 2.3.1.1 Edad (Desarrollo de la conducta prosocial)..... | 53 |
| 2.3.1.1.1 Conducta prosocial en la adultez emergente..... | 55 |
| 2.3.1.2 Género..... | 58 |
| 2.3.2 Factores vinculados a la socialización..... | 62 |
| 2.3.3 Factores afectivos..... | 65 |
| 2.3.4 Factores cognitivos..... | 68 |
| 2.3.5 Factores de personalidad y situacionales..... | 70 |
| CAPÍTULO III: | |
| LA EMPATÍA | 73 |
| 3.1 Empatía: Definición y modelos teóricos..... | 75 |
| 3.2 Empatía: Desarrollo y diferencias de género..... | 83 |
| 3.3 Empatía y conducta prosocial..... | 89 |
| 3.3.1 Preocupación empática y conducta prosocial..... | 94 |
| 3.3.2 Toma de perspectiva y conducta prosocial..... | 97 |
| 3.3.3 Malestar personal, fantasía y conducta prosocial..... | 103 |
| 3.3.4 Empatía y conducta prosocial en la adultez emergente..... | 107 |
| CAPÍTULO IV: | |
| EL APEGO | 111 |
| 4.1 Apego: Aspectos conceptuales y modelos teóricos..... | 113 |
| 4.2 Desarrollo del apego y diferencias de género..... | 122 |
| 4.3 Apego y conducta prosocial..... | 132 |
| 4.3.1 Apego y conducta prosocial en la adultez emergente..... | 141 |
| 4.4 Apego y su relación con la empatía..... | 147 |
| CAPÍTULO V: | |
| LA IDENTIDAD MORAL | 153 |
| 5.1 Identidad moral: Definición y modelos teóricos..... | 155 |
| 5.2 Identidad moral: Desarrollo y diferencias de género..... | 164 |
| 5.3 Identidad moral y conducta prosocial..... | 170 |
| 5.3.1 Identidad moral y conducta prosocial en la adultez emergente..... | 176 |

| | |
|---|-----|
| 5.4 Identidad moral y su relación con la empatía..... | 178 |
| 5.5 Identidad moral y su relación con el apego..... | 181 |

CAPÍTULO VI:

| | |
|---|------------|
| LA DESHONESTIDAD ACADÉMICA..... | 187 |
| 6.1 Deshonestidad académica: Conceptualización, factores explicativos y diferencias de edad y género..... | 189 |
| 6.2 Empatía y deshonestidad académica..... | 197 |
| 6.3 Apego y deshonestidad académica..... | 199 |
| 6.4 Identidad moral y deshonestidad académica..... | 200 |

PARTE 2 - ESTUDIO EMPÍRICO.....205

CAPÍTULO VII

| | |
|---|------------|
| JUSTIFICACIÓN DEL PRESENTE ESTUDIO | 207 |
|---|------------|

CAPÍTULO VIII

| | |
|---|------------|
| OBJETIVOS E HIPÓTESIS..... | 215 |
| 8.1 Objetivo general y objetivos específicos..... | 217 |
| 8.2 Hipótesis..... | 218 |

CAPÍTULO IX

| | |
|--|------------|
| MÉTODO..... | 221 |
| 9.1 Tipo de diseño..... | 223 |
| 9.2 Participantes..... | 223 |
| 9.3 Instrumentos..... | 223 |
| 9.4 Procedimiento..... | 243 |
| 9.5 Codificación de datos y plan de análisis estadísticos..... | 245 |

CAPÍTULO X

| | |
|---|------------|
| RESULTADOS..... | 251 |
| 10.1 Análisis preliminares..... | 254 |
| 10.2 Análisis correlacionales..... | 257 |
| 10.3 Regresiones múltiples jerárquicas..... | 261 |
| 10.3.1 Verificación del cumplimiento de supuestos necesarios para los análisis de regresión... 263 | |
| 10.3.2 Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Altruista..... | 269 |
| 10.3.3 Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Pública..... | 277 |
| 10.3.4 Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Emocional..... | 283 |
| 10.3.5 Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Urgente/Crisis..... | 287 |
| 10.3.6 Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Complaciente..... | 293 |
| 10.3.7 Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Anónima..... | 298 |
| 10.3.8 Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Deshonestidad | |

| | |
|---|-----|
| Académica..... | 302 |
| 10.4. Comparación entre grupos de transgresores y no transgresores en Deshonestidad Académica.. | 308 |

CAPÍTULO XI

| | |
|--|------------|
| DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES..... | 311 |
| 11.1 Discusión de los resultados y conclusiones..... | 313 |
| 11.2 Limitaciones y futuras líneas de investigación..... | 347 |
| 11.3 Consideraciones finales..... | 349 |

| | |
|-------------------------|------------|
| REFERENCIAS..... | 351 |
|-------------------------|------------|

| | |
|--------------------|------------|
| ANEXOS..... | 391 |
|--------------------|------------|

ÍNDICE DE TABLAS Y FIGURAS

ÍNDICE DE TABLAS

| | |
|--|-----|
| Tabla 1. Características sociodemográficas de los/as participantes..... | 224 |
| Tabla 2. Dimensiones de la identidad moral codificadas inicialmente en la Entrevista de Autocomprensión, ejemplos de codificación, dimensión final que integran las codificaciones iniciales y porcentaje medio por participante..... | 228 |
| Tabla 3. Medias, desviaciones típicas, puntuaciones mínimas y máximas, asimetría, curtosis y fiabilidad de las variables del estudio en toda la muestra..... | 254 |
| Tabla 4. Diferencias de género y correlaciones con la edad y la deseabilidad social de todas las variables del estudio..... | 256 |
| Tabla 5. Correlaciones bivariadas de Pearson entre las subescalas de las variables predictoras Empatía, Apego e Identidad Moral y las subescalas de la variable criterio Conducta Prosocial y la variable criterio Deshonestidad Académica, para toda la muestra..... | 258 |
| Tabla 6. Correlaciones bivariadas de Pearson entre las subescalas de las variables predictoras Empatía, Apego e Identidad Moral y las subescalas de la variable criterio Conducta Prosocial y la variable criterio Deshonestidad Académica, en función del género..... | 260 |
| Tabla 7. Factor de inflación de la varianza (FIV) y tolerancia para cada variable predictora en los cinco primeros bloques de las regresiones múltiples jerárquicas para las dimensiones de la Conducta Prosocial..... | 267 |
| Tabla 8. Factor de inflación de la varianza (FIV) y tolerancia para cada variable predictora en los cinco primeros bloques de la regresión múltiple jerárquica para la Deshonestidad Académica..... | 268 |
| Tabla 9. Factor de inflación de la varianza (FIV) y tolerancia para cada variable predictora en el último bloque de la regresión múltiple jerárquica para la Conducta Prosocial Altruista..... | 269 |
| Tabla 10. Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Altruista..... | 272 |
| Tabla 11. Factor de inflación de la varianza (FIV) y tolerancia para cada variable predictora en el último bloque de la regresión múltiple jerárquica para la Conducta Prosocial Pública..... | 277 |
| Tabla 12. Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Pública..... | 279 |
| Tabla 13. Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Emocional..... | 285 |
| Tabla 14. Factor de inflación de la varianza (FIV) y tolerancia para cada variable predictora en el último bloque de la regresión múltiple jerárquica para la Conducta Prosocial Urgente/Crisis..... | 288 |

| | |
|---|-----|
| Tabla 15. Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Urgente/Crisis..... | 290 |
| Tabla 16. Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Complaciente..... | 295 |
| Tabla 17. Factor de inflación de la varianza (FIV) y tolerancia para cada variable predictora en el último bloque de la regresión múltiple jerárquica para la Conducta Prosocial Anónima..... | 298 |
| Tabla 18. Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Anónima..... | 300 |
| Tabla 19. Correlaciones del Curso de la carrera con otras variables del estudio..... | 303 |
| Tabla 20. Factor de inflación de la varianza (FIV) y tolerancia para cada variable predictora en el último bloque de la regresión múltiple jerárquica para la Deshonestidad Académica..... | 303 |
| Tabla 21. Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Deshonestidad Académica..... | 305 |
| Tabla 22. Prueba <i>t</i> de Welch para diferencias de medias en subescalas de apego, identidad moral y empatía, en función de la transgresión académica o no en alguna tarea y en ambas tareas..... | 309 |
| Tabla 23. Prueba <i>t</i> de Welch para diferencias de medias en subescalas de apego, identidad moral y empatía, en función de la transgresión académica o no en exámenes y en trabajos académicos..... | 310 |

ÍNDICE DE FIGURAS

| | |
|---|-----|
| Figura 1. Modelo de activación y funcionamiento del sistema de apego en la adultez (Mikulincer & Shaver, 2016)..... | 129 |
| Figura 2. <i>Path Diagram</i> del cuestionario Prosocial Tendencies Measure (AFC)..... | 406 |
| Figura 3. <i>Path Diagram</i> del cuestionario Interpersonal Reactivity Index (AFC)..... | 409 |
| Figura 4. <i>Path Diagram</i> del cuestionario Experiences in Close Relationships (AFC)..... | 412 |
| Figura 5. <i>Path Diagram</i> del cuestionario de Deseabilidad Social (AFC)..... | 415 |
| Figura 6. <i>Path Diagram</i> del cuestionario para evaluar la Deshonestidad Académica (AFC)..... | 418 |
| Figura 7. Esquema de las relaciones a examinar entre las variables..... | 249 |
| Figura 8. Gráfico Q-Q – Prosocialidad Altruista..... | 265 |
| Figura 9. Gráfico Q-Q – Prosocialidad Pública..... | 265 |
| Figura 10. Gráfico Q-Q – Prosocialidad Emocional..... | 265 |
| Figura 11. Gráfico Q-Q – Prosocialidad Urgente/Crisis..... | 265 |
| Figura 12. Gráfico Q-Q – Prosocialidad Complaciente..... | 265 |
| Figura 13. Gráfico Q-Q – Prosocialidad Anónima..... | 265 |
| Figura 14. Gráfico Q-Q – Deshonestidad Académica..... | 265 |
| Figura 15. Gráfico Q-Q – Deseabilidad Social..... | 265 |
| Figura 16. Gráfico Q-Q – Curso de la carrera..... | 265 |

| | |
|---|-----|
| Figura 17. Gráfico Q-Q – Edad..... | 266 |
| Figura 18. Gráfico Q-Q – Preocupación Empática..... | 266 |
| Figura 19. Gráfico Q-Q – Toma de Perspectiva..... | 266 |
| Figura 20. Gráfico Q-Q – Malestar Personal..... | 266 |
| Figura 21. Gráfico Q-Q – Evitación..... | 266 |
| Figura 22. Gráfico Q-Q – Ansiedad..... | 266 |
| Figura 23. Gráfico Q-Q – Autotrascendencia..... | 266 |
| Figura 24. Gráfico Q-Q – Autopromoción..... | 266 |
| Figura 25. Gráfico Q-Q – Integración de Valores..... | 266 |
| Figura 26. Análisis de homocedasticidad de los residuos y linealidad (Altruista)..... | 270 |
| Figura 27. Análisis de normalidad de los residuales (Altruista)..... | 270 |
| Figura 28. Interacción Preocupación Empática y Edad – Altruista..... | 274 |
| Figura 29. Interacción Autotrascendencia y Género – Altruista..... | 274 |
| Figura 30. Análisis de homocedasticidad de los residuos y linealidad (Pública)..... | 278 |
| Figura 31. Análisis de normalidad de los residuales (Pública)..... | 278 |
| Figura 32. Interacción Preocupación Empática y Edad – Pública..... | 281 |
| Figura 33. Interacción Preocupación Empática y Toma de Perspectiva – Pública..... | 281 |
| Figura 34. Interacción Malestar Personal y Evitación – Pública..... | 281 |
| Figura 35. Coeficientes de regresión estandarizados para la relación entre Ansiedad y los mediadores (a_1 , a_2 , a_3), entre estos y la Conducta Prosocial Pública (b_1 , b_2 , b_3) y efecto directo (c') y total (c) de la Ansiedad sobre la Conducta Prosocial Pública..... | 283 |
| Figura 36. Análisis de homocedasticidad de los residuos y linealidad (Emocional)..... | 284 |
| Figura 37. Análisis de normalidad de los residuales (Emocional)..... | 284 |
| Figura 38. Coeficientes de regresión estandarizados para la relación entre Evitación y los mediadores (a_1 , a_2 , a_3), entre estos y la Conducta Prosocial Emocional (b_1 , b_2 , b_3) y efecto directo (c') y total (c) de la Evitación sobre la Conducta Prosocial Emocional..... | 287 |
| Figura 39. Análisis de homocedasticidad de los residuos y linealidad (Urgente/Crisis)..... | 288 |
| Figura 40. Análisis de normalidad de los residuales (Urgente/Crisis)..... | 288 |
| Figura 41. Interacción Preocupación Empática y Género – Urgente/Crisis..... | 291 |
| Figura 42. Interacción Preocupación Empática y Toma de Perspectiva – Urgente/Crisis..... | 291 |
| Figura 43. Interacción Autopromoción y Evitación – Urgente/Crisis..... | 292 |
| Figura 44. Análisis de homocedasticidad de los residuos y linealidad (Complaciente)..... | 294 |
| Figura 45. Análisis de normalidad de los residuales (Complaciente)..... | 294 |
| Figura 46. Coeficientes de regresión estandarizados para la relación entre Evitación y los mediadores (a_1 , a_2 , a_3), entre estos y la Conducta Prosocial Complaciente (b_1 , b_2 , b_3) y efecto directo (c') y total (c) de la evitación sobre la Conducta Prosocial Complaciente..... | 297 |
| Figura 47. Análisis de homocedasticidad de los residuos y linealidad (Anónima)..... | 299 |

| | |
|---|-----|
| Figura 48. Análisis de normalidad de los residuales (Anónima)..... | 299 |
| Figura 49. Interacción Preocupación Empática y Ansiedad – Anónima..... | 301 |
| Figura 50. Análisis de homocedasticidad de los residuos y linealidad (Deshonestidad Académica)..... | 304 |
| Figura 51. Análisis de normalidad de los residuales (Deshonestidad Académica)..... | 304 |
| Figura 52. Interacción Edad y Género – Deshonestidad Académica..... | 307 |
| Figura 53. Interacción Género y Ansiedad – Deshonestidad Académica..... | 307 |

“(...) la cuestión moral central, también para los psicólogos, se refiere a la propia responsabilidad en el conocimiento y en el uso del conocimiento. El núcleo de la inmoralidad es no querer saber, cegarse, actuar en contra del propio conocimiento. El pecado máximo, si se puede utilizar en este contexto un término anticuado y poco científico, es el pecado contra la luz y el espíritu”.

Augusto Blasi, *Moral Cognition and Moral Action: A theoretical perspective* (1983)

"Ensancha el espacio de tu tienda y extiende en ella tus alfombras, pues te has de mover en todas las direcciones”.

Isaías [tal como se citó en H. Maturana R. y F. Varela G., *El árbol del conocimiento: las bases biológicas del entendimiento humano* (1984/2004)]

Resumen

La presente investigación tiene como objetivo indagar la relación entre las variables independientes empatía, apego e identidad moral y las variables dependientes conducta prosocial y deshonestidad académica en la adultez emergente. Para ello, 171 participantes, estudiantes de la Universidad de Belgrano (Argentina), de entre 18 y 29 años ($M = 22.5$; $DT = 2.76$), respondieron a una entrevista para evaluar la identidad moral y a diversos cuestionarios para las variables restantes (IRI-Empatía, ECR-Apego, PTM-Conducta Prosocial, Cuestionario de Deshonestidad Académica, uno de deseabilidad social y otro sociodemográfico). Mediante regresiones múltiples jerárquicas, que incluían análisis de moderación, se encontró que el conjunto de los predictores realizaba una contribución similar a las dimensiones de la prosocialidad con un componente motivacional y a aquellas que representaban situaciones. La relevancia de un abordaje multidimensional de la conducta prosocial se hizo patente en que sus seis dimensiones se nutrían de predictores muy diversos. Así, la empatía, que contribuía de forma ligeramente superior que las otras variables predictoras, mostró una influencia positiva sobre diversos tipos de prosocialidad a través de la preocupación empática, especialmente en situaciones con contenido emocional y vinculadas a las relaciones interpersonales. En contraste, otra dimensión de la empatía afectiva, el malestar personal, tendría una incidencia negativa en el plano motivacional, a partir de su carácter egoísta. Al considerar el apego, se observó también el beneficio de la diferenciación de dimensiones: la evitación implicaba un menoscabo de la prosocialidad vinculada a las emociones y a las representaciones de otros significativos, mientras que era en el ámbito emocional en donde la ansiedad mostraba una prosocialidad más conservada, aunque también se constató evidencia de una motivación prosocial egoísta. Los análisis de mediación paralela múltiple revelaron los mecanismos vinculados, en algunos casos, a la influencia del apego inseguro: la preocupación empática para la evitación y el malestar personal para la ansiedad. Por otro lado, los valores de autotrascendencia (incluidos en la identidad moral) en las narrativas de los/as participantes se vincularon, con matices, a una prosocialidad más genuina (plano motivacional) y a diversos escenarios prosociales. Por último, en el caso de la deshonestidad académica se evidenció no solo un menor peso general de los predictores, sino la influencia de la dimensión cognitiva de la empatía, la toma de perspectiva, y de factores sociodemográficos (género, edad), en sintonía con la literatura especializada. Análisis complementarios para esta variable mostraron no solo la contribución de la evitación a la deshonestidad de los/as alumnos/as, sino también la necesidad de diferenciar entre distintas

dimensiones de la empatía, en donde el malestar personal aportaría a la deshonestidad en esta área. El estudio contribuye a un área que merece mayor exploración, que es la intersección entre las conductas morales y la identidad moral en las narrativas de adultos/as emergentes, la empatía afectiva y cognitiva y las dimensiones del apego y cómo estas influyen en la conducta directa o indirectamente a través de la empatía y/o los valores.

Palabras Clave: Conducta Prosocial, Deshonestidad Académica, Empatía, Apego, Identidad Moral, Adulter Emergente

Abstract

The aim of the present work is to investigate the relationship between empathy, attachment and moral identity, independent variables, and prosocial behavior and academic dishonesty, dependent variables, in emerging adulthood. With this purpose, 171 participants, students of Universidad de Belgrano (Argentina) from 18 to 29 years old ($M = 22.5$; $SD = 2.76$), answered to an interview to assess moral identity and to a set of questionnaires (IRI-Empathy, ECR-Attachment, PTM-Prosocial Behavior, Academic Dishonesty, social desirability, and sociodemographic). Through hierarchical multiple regressions, that included moderation analysis, it was found that the whole set of predictors contributed in a similar magnitude to prosocial behavior dimensions with a motivational component and to those that represent situations. The importance of a multidimensional approach to prosocial behavior was evident given the fact that for each dimension a different set of predictors was relevant. Thus, empathy, that contributed in a slightly higher magnitude than other predictors, showed a positive influence over different types of prosocial behaviors through empathic concern, especially in emotionally evocative situations and those related to interpersonal relationships. In contrast, another dimension of affective empathy, personal distress, would have a negative influence over the motivational aspect of prosocial behavior, on account of its selfish character. When considering attachment, it was also evident the benefit of differentiating dimensions. Avoidance implied a reduction of prosociality related to emotions and to the representations of significant others, while the emotional aspect was the one where anxiety showed a more preserved prosociality; however, there was also evidence of a selfish prosocial motivation. Parallel multiple mediation analysis showed the mechanisms involved, in some occasions, in the influence of insecure attachment: empathic concern, in the case of avoidance, and personal distress, in the case of anxiety. On the other hand, self-transcendence values (included in moral identity) integrated in participant's narratives related, with nuances,

to a more genuine prosociality (motivational aspect) and to different prosocial settings. Lastly, for academic dishonesty was shown not only a lower weight of the whole set of predictors, but also the influence of the cognitive dimension of empathy, perspective taking, and of sociodemographic factors (gender, age), in agreement with the specialized literature. Complementary analysis for this variable showed not only the contribution of avoidance to students' dishonesty, but also the need to differentiate between diverse dimensions of empathy, where personal distress would promote dishonesty in this area. This study contributes to an area that deserves more exploration, that one of the intersection between moral behaviors and moral identity embedded in the narratives of emerging adults, affective and cognitive empathy and attachment dimensions, and how these influence behavior directly and indirectly through empathy and/or values.

Keywords: Prosocial Behavior, Academic Dishonesty, Empathy, Attachment, Moral Identity, Emerging Adulthood

INTRODUCCIÓN

El 13 de marzo de 1964 fue asesinada en Queens, Nueva York, Catherine “Kitty” Genovese cuando regresaba de su trabajo. Si bien hubo posteriores cuestionamientos a la versión oficial, esta narra que Genovese fue atacada y apuñalada por una persona durante 35 minutos mientras al menos 38 personas escuchaban o veían los hechos desde sus departamentos sin interceder. Finalmente, uno de los testigos anónimos reportó el incidente a la Policía. Sin embargo, Genovese murió a causa de las heridas provocadas por el agresor (Botella i Mas, 2004; Dovidio et al., 2006). Aunque los estudios en relación con la conducta prosocial ya existían antes del asesinato de Genovese, incluyendo abordajes teóricos como el de William McDougall a principios del siglo XX, fue este evento el que generó un interés creciente, entre los psicólogos, en este campo. La falta de intervención de las personas y su aparente indiferencia dio lugar a que dos psicólogos sociales, Bibb Latané y John Darley, utilizaran un abordaje experimental para investigar este fenómeno e identificaran algunos factores situacionales que promueven o inhiben la ayuda a otras personas, además de dar lugar a la investigación empírica sobre los comportamientos de ayuda (Dovidio et al., 2006). No obstante, a la importancia de los factores situacionales (Darley & Latané, 1968; Latané & Nida, 1981) se ha sumado una gran producción destinada a identificar variables psicológicas. Entre ellas, un rol no menor lo ha cumplido la empatía. La línea de investigación de Daniel Batson (ver, por ejemplo, Batson et al., 1981) ha resultado en una fructífera delimitación del importante papel de la empatía y, de acuerdo con Batson (2010, 2012), esta es una genuina fuente motivacional de la conducta altruista. Al respecto, ha sido también el propio Batson (2010) uno de los que ha destinado esfuerzos para diferenciar el altruismo de otras conductas prosociales. Además de la empatía, muchos otros factores (emocionales, cognitivos, de personalidad, vinculados al proceso de socialización, sociodemográficos, etc.) han sido propuestos en el intento de explicar una conducta que fortalece los lazos sociales e interpersonales, satisface necesidades de diversa índole y promueve, si nos centramos en una de sus manifestaciones, la cooperación, el esfuerzo conjunto para la consecución de metas grupales. Entre estos factores se pueden situar al apego y a la identidad moral, dos variables, junto a la empatía, de central interés para el presente trabajo.

Más allá de la discusión sobre los orígenes y factores que pueden incidir en la conducta prosocial, un aspecto muy relevante es la aplicación de estos conocimientos a la promoción de la conducta prosocial. Las acciones que buscan el fomento de la conducta prosocial se enmarcan habitualmente en el contexto educativo con niños/as y adolescentes, a través de la orientación a progenitores y educadores/as y la elaboración de proyectos de intervención educativa en el marco de la escuela. El presente trabajo, no obstante, trata sobre

una población diferente, los/as adultos/as emergentes, quienes transitan una etapa de diversos cambios. Este periodo se caracteriza por una relativa independencia de los roles sociales y las expectativas normativas (Arnett, 2000), mientras que, entre otras características, presenta una intensa exploración de la identidad y las personas están centradas en sí mismas, aunque no sea una etapa egoísta (Arnett, 2014, 2015). A pesar de no ser una posible población destinataria de la intervención en los años de educación obligatoria, el estudio de la moralidad más allá de la niñez y adolescencia reviste no solo interés teórico, sino práctico. Existen esfuerzos integrales, como el que representa el Centro para el Altruismo Efectivo, con sede en el Reino Unido (<https://www.centreforeffectivealtruism.org/>), proyecto intelectual que se propone articular la empatía, la razón y la evidencia para promover la prosocialidad en causas globales.

La conducta prosocial presenta un carácter supererogatorio. Al menos en nuestro contexto cultural, no existen sanciones formales si, por ejemplo, alguien no dona sangre o dinero o no brinda ayuda interpersonal (material, pero también emocional, etc.) a un desconocido o un familiar, más allá de posibles sanciones sociales (daños en los vínculos, pérdida reputacional, etc.). Mucho menos se suele evaluar en esos actos el carácter altruista (o no) de los mismos. En cambio, la deshonestidad académica es una conducta ligada a un contexto muy específico y que presenta riesgos de sanciones formales, como la expulsión de una institución educativa. A pesar de ello, menos se sabe sobre sus predictores psicológicos, atribuyéndose en general un mayor peso a los factores situacionales (McCabe et al., 2012). En esta línea, tal como describen McCabe et al. (2012) diversas instituciones educativas, al menos en los Estados Unidos, han implementado códigos de honor en relación con las conductas académicas de los/as estudiantes universitarios/as. Si bien la aplicación de la investigación psicológica a la deshonestidad académica resulta más incierta que para la prosocialidad, es innegable la relevancia de prevenir o disuadir una conducta que para muchas personas puede no tener gran importancia, pero cuyos alcances están desdibujados. Las consecuencias del ejemplo del médico o la médica cuya formación está viciada por la deshonestidad académica se nos pueden representar como más concretas que eventuales transgresiones aisladas en exámenes. Como señalan McCabe et al. (2012), este es un fenómeno global y más de dos tercios de los/as estudiantes en sus investigaciones en Estados Unidos reportan haber cometido al menos un acto de deshonestidad académica en la universidad. De este modo, no limitar la intervención a abordajes situacionales (tal como la implementación de códigos de honor en las universidades) y realizar un abordaje psicológico puede resultar un importante desafío. En cualquier caso, la posibilidad de investigar el mismo

conjunto de variables como predictoras de dos conductas contrastantes aparece como un interés definido del presente trabajo.

En función de lo señalado, el objetivo más general del presente trabajo es realizar una contribución al estudio de los predictores psicológicos de la conducta prosocial y la deshonestidad académica en una muestra de adultos/as emergentes, estudiantes de grado de una universidad privada laica en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (Argentina). Para ello, se plantea un trabajo dividido en dos grandes partes.

La primera parte, la Fundamentación Teórica, consta de seis capítulos. El capítulo 1 del presente trabajo trata sobre la adultez emergente y sus características, incluyendo su manifestación en los/as jóvenes argentinos/as.

El capítulo 2 está dedicado a la conducta prosocial. En el mismo, se plantean diversas definiciones del constructo y se diferencian distintos subtipos de la misma, en particular la ayuda, el altruismo y la cooperación. Además, se presentan los instrumentos principales, incluyendo el PTM (la medida multidimensional utilizada en este trabajo) y los destinatarios de la conducta prosocial más habitualmente estudiados en la literatura. También, tras aludir a teorías explicativas clásicas (modelos diacrónicos) de la prosocialidad y la moralidad, se enfoca en detalle sobre los modelos que explican la sincronía de la prosocialidad (p. ej., hipótesis empatía-altruismo), mucho más estrechamente relacionados con la presente investigación. A continuación, se abordan las variables explicativas de la conducta prosocial, incluyendo a la edad (donde se trata la conducta prosocial en la adultez emergente), el género y factores vinculados a la socialización, afectivos, cognitivos y de personalidad y situacionales.

El capítulo 3 está destinado a la empatía. Comienza definiendo el constructo y presentando las necesarias distinciones conceptuales de la mano del modelo multidimensional de Davis (1996), en el cual se integran los conceptos tratados. Se tratan, además, la secuencia evolutiva y las diferencias de género. En subsiguientes apartados, se aborda la relación de la empatía con la conducta prosocial, comenzando por aquellas investigaciones que han tratado a la empatía de una forma distinta. Se abordan luego en detalle las relaciones de la preocupación empática, la toma de perspectiva, el malestar personal y la fantasía con la prosocialidad. Finalmente, se hace énfasis en cómo se presentan estas relaciones en la adultez emergente.

El capítulo 4 se destina al apego. En primer lugar, se plantean distinciones conceptuales relevantes (vínculo y conducta de apego, sistema conductual de apego y de cuidados, aspectos normativos y diferencias individuales, etc.), el desarrollo del apego y las

diferencias de género. Se presta especial atención a las dimensiones de ansiedad y evitación en relación al apego. Esto mismo tiene lugar en el siguiente apartado, destinado a la relación entre apego y conducta prosocial, en el cual se detallan los mecanismos explicativos que se han propuesto para esta relación. Se aborda más en detalle esta relación tal como se presenta en la adultez emergente. Por último, se presenta la relación entre apego y empatía.

El capítulo 5, destinado a la identidad moral, continúa la misma secuencia, al presentar definiciones, modelos teóricos, desarrollo y diferencias de género. Se presta especial atención al modelo de reconciliación de Frimer y Walker (2009), utilizado en el presente trabajo, lo que hace necesaria la extensión hacia el tratamiento de los valores de autotranscendencia y autopromoción contemplados por Frimer y Walker al incorporar dichos valores estudiados por Schwartz (1992, 2010). A continuación, se desarrolla la relación entre identidad moral y conducta prosocial, con especial atención a la adultez emergente. Por último, se aborda, por separado, la relación de la identidad moral con la empatía y con el apego.

El capítulo 6 es el último de la Parte Teórica. Aquí, se desarrollan la definición de deshonestidad académica y los principales factores que se han propuesto como explicativos, que pueden agruparse bajo el rótulo de individuales y situacionales, momento en el que se hace alusión a las teorías que dan cuenta de la intervención de tales factores. Se atiende, además, a las diferencias en función de la edad y del género. Finalmente, se recoge la evidencia sobre la relación de la deshonestidad académica con la empatía, el apego y la identidad moral.

Ya en la Parte Empírica, el capítulo 7 trata sobre la justificación del estudio, a partir de la revisión bibliográfica presentada, en la cual se identifican tanto los aspectos más habitualmente tratados en la literatura como ciertas lagunas y carencias en la articulación precedente en la relación de constructos planteada en la presente investigación. El capítulo 8 presenta los objetivos generales y específicos y las hipótesis planteadas en esta investigación. Ya en el capítulo 9 se presenta el apartado metodológico, con la descripción del diseño, los participantes, el procedimiento, los instrumentos, así como la codificación de los datos y el plan de análisis estadísticos. Respecto de los instrumentos, se presentan, por ejemplo, índices de fiabilidad y los análisis factoriales confirmatorios y el exploratorio –para el instrumento de deshonestidad académica– realizados. Al tratar la entrevista realizada para evaluar la identidad moral, se brindan ejemplos de codificación a partir de las narrativas de los/las participantes. El capítulo 10 es el destinado a los Resultados, que incluyen análisis preliminares, correlaciones, verificación de supuestos y análisis de regresión jerárquica múltiple para todas las variables dependientes. Asimismo, se realizan análisis de moderación

y mediación. Para la deshonestidad académica, se presenta un análisis complementario de comparación de medias.

El capítulo 11 está destinado a la discusión y conclusiones del trabajo. Por último, se presentan las referencias bibliográficas y los anexos (que incluyen, por ejemplo, los *path diagram* de los análisis factoriales confirmatorios realizados).

PARTE 1

FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA

CAPÍTULO I

LA ADULTEZ EMERGENTE

La adultez emergente ha sido definida por Arnett (2000) como un período teórica y empíricamente distinto de la adolescencia y de la adultez joven, y que se distingue por su relativa independencia de los roles sociales y de las expectativas normativas (en sí mismo es un período poco normativo) y por su heterogeneidad. A la vez, es un período en el que se ha superado la dependencia de la niñez y la adolescencia, pero sin las responsabilidades duraderas normativas de la adultez. Arnett (2014, 2015) localiza a la adultez emergente en el rango etario de 18 a 29 años, que es el que se tomará en cuenta en la presente investigación, con un foco en los 18-25 años (Arnett, 2000).

De acuerdo con Arnett (2000), este es un período distintivo en al menos tres elementos: demográficamente, subjetivamente y en términos de la exploración de la identidad. Hacia el final de este período las personas realizan elecciones de vida con ramificaciones duraderas. No es solo un período de transición hacia los roles adultos, sino un período distinto caracterizado por el cambio y la exploración de posibles direcciones de vida (y donde poco ha sido definido con certeza) en las tres áreas mencionadas, en cierto modo permitido por distintos cambios sociales en las sociedades industrializadas (tales como la postergación del matrimonio y la paternidad/maternidad).

Según Arnett (2000), en cuanto al estatus demográfico distintivo de la adultez emergente, este período está caracterizado por un alto grado de diversidad e inestabilidad (por ejemplo, en estatus residencial), que refleja el énfasis en el cambio y la exploración. Solo en la transición de la adultez emergente a la adultez joven se reducen la inestabilidad y la variedad, en la medida en que las personas realizan elecciones duraderas en el ámbito laboral y afectivo. El segundo elemento, el ser un período distinto subjetivamente, es evidenciado por el hecho de que los adultos emergentes no suelen percibirse a sí mismos/as como adolescentes, pero tampoco enteramente como adultos, y solo hacia finales de los veinte y comienzo de los treinta la mayoría se percibe como adulto/a. El hecho de que una parte de ellos aún no se considere adulto/a indica que la edad es un marcador “duro”, pero no suficiente. Si bien sería de esperar, continúa Arnett, que esto se deba a las características demográficas mencionadas (carrera, pareja, paternidad/maternidad, etc.), la evidencia muestra que estos no son los factores más importantes (aunque aquellos que son padres/madres sí lo perciben como un elemento central de la transición lo que, además, restringe severamente la exploración del periodo). Los factores determinantes de esa auto-percepción son características individuales del carácter (aceptar la responsabilidad por uno/a mismo/a y tomar decisiones independientes) y la independencia financiera, todos indicadores de ser auto-suficiente. Cuando se logran estos elementos (que en la sociedad estadounidense suele

alcanzarse hacia finales de los veinte) experimentan el cambio subjetivo de haber ingresado en la adultez joven. La tercera área distintiva alude a que este es el período vital que ofrece la mayor oportunidad para las exploraciones alrededor de la identidad, específicamente en relación al amor, el trabajo y a su cosmovisión (*worldviews*). La formación de la identidad involucra intentar varias posibilidades de vida y un movimiento gradual hacia una toma de decisiones duradera. En las tres áreas señaladas el proceso comienza en la adolescencia, pero tiene lugar principalmente en la adultez emergente. Aquí, las relaciones son más serias y más enfocadas en la intimidad física y emocional o bien hay una mayor orientación a roles laborales adultos, pero en ninguno de los dos casos la conducta está limitada a dicha preparación, sino que la exploración tiene un valor por sí misma. En cuanto a la perspectiva sobre el mundo/cosmovisión, suele haber un proceso de reexaminación de las creencias de origen en dirección a un proceso de generar creencias y valores propios. Como se ha señalado, la edad es un elemento, pero no es el único. No obstante, hacia finales de los veinte la transición hacia la adultez joven se intensifica y a los 30 años la mayoría de las personas ha alcanzado la adultez en los tres aspectos mencionados.

Del mismo modo que la adolescencia, de acuerdo con Arnett (2000), este es un período culturalmente construido y no universal e inmutable y sería similar a la adolescencia prolongada y la moratoria psicosocial propuesta por Erikson. Más específicamente, la adultez emergente es un período que solo existe en culturas que posponen el ingreso en roles y responsabilidades adultas hacia el fin de la tercera década de vida; por tanto, es más probable encontrarla en países elevadamente industrializados o post-industriales. No obstante, el factor cultural, de clase social o de entorno (urbano vs. rural) podría brindar más información que la del país en sí mismo. Más aún, no todas las personas jóvenes pueden usar estos años para la exploración independiente, por ejemplo, según Arnett (2015), a causa de la deprivación. A pesar de ello, señala Arnett, suele encontrarse este fenómeno en países desarrollados o en vías de desarrollo.

En publicaciones posteriores al artículo pionero del año 2000, Arnett (2014, 2015) plantea o bien desarrolla cinco elementos distintivos de la adultez emergente (aunque no exclusivos de ella), que parcialmente son una reestructuración de los anteriores, a partir de evidencia en diversas clases sociales, grupos étnicos y diversas regiones geográficas en los Estados Unidos, y en otros países: 1) exploraciones de la identidad –que encuentran una intensidad pico en este período–; 2) inestabilidad –determinada parcialmente por las exploraciones de la identidad (amor, educación, trabajo, ideología o cosmovisión)–; 3) estar centrado/a en sí mismo/a (*self-focused*) –relativamente menores obligaciones hacia otros o

menor dependencia de ellos, aunque no sería una etapa egoísta, como se refleja por ejemplo en la alta prevalencia de actividades de voluntariado–, cuya meta sería la autosuficiencia; 4) sentimiento de encontrarse en el medio (*feeling in between*) –entre la adolescencia y la adultez, condicionada a menudo por cierta dependencia de los progenitores, que limita su auto-suficiencia– y que se vincula a la distintividad en términos subjetivos mencionada anteriormente; 5) optimismo –en relación a sus posibilidades para el futuro en diversos ámbitos, y en comparación con sus progenitores–, a pesar de las dificultades, lo cual se relaciona con la esperanza, la falta de certezas y los diversos caminos posibles.

En el contexto argentino, Facio et al. (2007) indagan en las características de la adultez emergente (ver también Facio & Micocci, 2003) en diversas áreas. Entre ellas, para los criterios para definir la adultez, encontraron que entre los 25 y 27 años había una adhesión a valores individualistas vinculados a la autosuficiencia (p. ej., aceptar responsabilidad por uno mismo/por las propias acciones), resultados que se alinean con las muestras estadounidenses. Pero, además, mencionaban otros criterios colectivistas (p. ej., mayor consideración hacia otros) y a la vez menos adhesión que en los estudios estadounidenses al peso de las transiciones de rol (p. ej, casarse) y biológicas/cronológicas (p. ej, experiencia sexual). Entre los 21 y los 25 también encontraron la importancia de la autosuficiencia. Por otro lado, en cuanto a la percepción de la etapa de la vida que atravesaban, si bien similares en otros aspectos, a diferencia de los/as estadounidenses, los/as participantes argentinos/as de 18 a 21 años reportaban menos inestabilidad y una importancia del foco en los otros (compromiso, responsabilidad). En conclusión, plantean similitudes y diferencias con la experiencia de la adultez emergente de los/as estadounidenses y, además, sostienen que estos resultados podrían mantenerse en diversas clases sociales, con la excepción, quizás, de las clases más bajas que no obtuvieron educación secundaria.

CAPÍTULO II

LA CONDUCTA PROSOCIAL

2.1. Conceptualización y clasificación de la conducta prosocial

En términos generales, la conducta prosocial es definida como un comportamiento voluntario destinado a beneficiar a otros (Eisenberg et al., 2015). En cambio, para hacer referencia a la conducta altruista (un subtipo de conducta prosocial), se plantea que el actor no debe estar guiado por la evitación del castigo o por recompensas externas sociales o concretas (Eisenberg et al., 2006). Según López et al. (1994), para considerar una conducta como altruista se suele señalar que la no anticipación de recompensas debe ser tanto a corto como a largo plazo, que los costos externos deben superar a los beneficios y que la intención del sujeto sea beneficiar a otros. En contraste, Hawley (2014) indica que la conducta prosocial debe ser intencional, pero que para que pueda ser definida además como altruista el beneficio del otro debe ser la intención última o primaria. López et al. (1994) plantean el constructo conducta prosocial-altruista, aquella que cumple los requisitos externos de la conducta altruista, sin considerar la intención última del sujeto: beneficio real a otros, voluntariedad, beneficiarios definidos, además de lo concerniente a la primacía de costos sobre beneficios externos y la no anticipación de beneficios externos inmediatos.

Para Dovidio et al. (2006), la conducta prosocial es una etiqueta para una categoría amplia de acciones que son definidas por la sociedad como generalmente beneficiosas para otras personas y para el sistema político vigente. Estos autores afirman que hay dos características de esta definición que merecen ser comentadas: 1) La conducta prosocial es necesariamente un acto interpersonal, es decir que debe haber un benefactor y uno o más recipientes de los beneficios; y 2) la frase “definidas por la sociedad” implica que el comportamiento dado no es inherente o universalmente prosocial, sino que es un juicio social que podría cambiar drásticamente como resultado de cambios en las circunstancias o el contexto político e histórico en que el comportamiento tiene lugar.

Según González Portal (2000), la conducta prosocial es toda conducta social positiva con o sin motivación altruista. Esta definición incluiría a los dos grandes conjuntos de definiciones que se pueden encontrar en la literatura especializada. Por un lado, las definiciones motivacionales, que utilizan a la motivación como criterio diferenciador entre conducta prosocial y conducta altruista (la que favorece a otros con independencia del propio beneficio) y, por otro, las definiciones conductuales, aquellas que no suelen distinguir entre conducta prosocial y conducta altruista, convirtiendo en sinónimos a ambos términos. Adoptar una perspectiva motivacional permite, de acuerdo con González Portal, considerar que toda conducta altruista es conducta prosocial, pero no toda conducta prosocial es

conducta altruista. En cualquier caso, aludir exclusivamente a conductas sociales positivas, tal como sugieren González Portal y Martí Vilar y Lorente Escriche (2010a), intenta dar por zanjada la discusión, ya que dicha expresión no debe lidiar con los aspectos motivacionales al referirse a conductas que beneficien a otros. Se profundizará en esta discusión más abajo.

Una clasificación central entre distintos tipos de conducta prosocial distingue entre la ayuda, el altruismo y la cooperación (Dovidio et al., 2006).

En relación con la ayuda, Dovidio et al. (2006) definen a este subtipo de conducta prosocial como una acción que tiene la consecuencia de proveer algún tipo de beneficio a otra/s persona/s o bien de mejorar su bienestar. Además, afirman que en la medida en que se cumpla el criterio de que el bienestar de una/s persona/s sea mejorado por las acciones de otro (por ejemplo, dar un regalo o proveer de recursos para la realización de una tarea), la ayuda ha tenido lugar. Incluso, como en los casos de las donaciones o el voluntariado, el benefactor podría no estar siquiera en contacto con el receptor de la ayuda. Dunfield et al. (2011) establecen una clasificación de las conductas prosociales en función de la necesidad a la cual se dirigen y limitan el concepto de ayuda a aquellos comportamientos orientados a aliviar una necesidad instrumental (por ejemplo, reconocer y responder a la incapacidad de otro individuo para completar una acción específica dirigida a una meta, como alcanzarle un objeto). En contraste, Dunfield et al. señalan que el acto de consolar es una acción cuya intención es aliviar una necesidad emocional (por ejemplo, reconocer y responder a la observación del estado afectivo negativo de otro individuo). En cuanto a compartir, sostienen que es una acción realizada con la intención de aliviar una necesidad material (por ejemplo, reconocer y responder a la carencia de otro individuo de un bien material deseado). Más allá de la distinción conceptual de Dunfield et al., los tres tipos de conducta prosocial que sugieren pueden englobarse en la conceptualización de ayuda que plantean Dovidio et al. (2006) y los/as autores/as que describiremos a continuación.

Tras describir 26 modalidades posibles de conducta prosocial de ayuda, González Portal (2000), a partir de diversos estudios, establece una taxonomía posible de la ayuda en función de diversos ejes: 1) Ayuda Directa vs. Indirecta (cuando el observador recurre a otra persona que es quien lleva a cabo el comportamiento de ayuda); 2) Ayuda Solicitada vs. No Solicitada o espontánea; 3) Ayuda Identificable vs. No Identificable (p. ej, las personas se conocen o no); 4) Ayuda en Situación de Emergencia vs. Situación de No Emergencia o Emergencia vs. Institucionalizada (o conducta rol); 5) Ayuda Espontánea o No Planificada vs. No Espontánea o Planificada, distinción similar a la de Solicitada vs. No Solicitada.

Al desplazarnos al altruismo, nos movemos al plano motivacional. Las conductas prosociales pueden ser llevadas a cabo por una multiplicidad de razones, incluyendo razones egoístas, orientadas a otros o preocupaciones prácticas (Eisenberg et al., 2006, 2015). Ahora bien, existe un subgrupo de conductas prosociales etiquetadas bajo el término “altruismo”, que ha sido definido como un comportamiento voluntario intrínsecamente motivado y dirigido a beneficiar a otros: actos motivados por la preocupación por otros o bien por valores, metas y auto-recompensas internalizadas más que por la expectativa de recompensas concretas o sociales o por la evitación del castigo (Eisenberg et al., 2006, 2015). Por otro lado, más específicamente, en relación con la distinción entre altruismo y ayuda, Dovidio et al. (2006) destacan que en la ayuda las intenciones y los beneficios de la persona que la lleva a cabo son irrelevantes, ya que es un concepto que solo se refiere a las consecuencias. En cambio, para el altruismo se tornan relevantes las intenciones de la persona que ayuda y los beneficios. Así, sostienen que todo acto altruista es un acto de ayuda, pero no todo acto de ayuda es altruista. Schroeder y Graziano (2015) consideran que el altruismo es una subcategoría de la ayuda.

Más allá de lo señalado, no todos los planteamientos realizan esta distinción. Según Davis (1996) –en la línea de las definiciones conductuales descritas por González Portal (2000)– existen las perspectivas que consideran a los términos “altruismo” y “ayuda” como intercambiables. Ambos aluden, según Davis (1996), a acciones realizadas por una persona que –con algún costo para el sí mismo–, mejora el bienestar de otro reduciendo estados negativos y/o incrementando estados positivos para ese otro. Así solo se tendría en cuenta el resultado y no los estados motivacionales que subyacen al acto de ayuda (motivación no egoísta de ayudar vs. otras alternativas como evitar la culpa por no ayudar, escapar del malestar que provoca el malestar de otros, etc.). Para Davis, esta perspectiva amotivacional sería propia de los modelos sociobiológicos (por ejemplo, de Dawkins, Trivers o Wilson).

Ahora bien, en línea con lo sostenido por Dovidio et al. (2006), según Davis (1996), otro abordaje tiene en cuenta el aspecto motivacional y diferencia entre ayuda y altruismo. Para Dovidio et al. (2006), esta distinción es relevante en términos psicosociales. Habría, según Davis (1996), al menos dos versiones de esta visión. Una de ellas, una versión débil del altruismo, reservaría este término para aquellos actos de ayuda que no parecen estar motivados por el deseo de una recompensa externa o por el deseo de evitar algún castigo externo. Así, por ejemplo, una conducta propiciada por la búsqueda de aprobación social calificaría como conducta de ayuda, pero no como altruismo. En contraste, una conducta guiada por la búsqueda de obtención de recompensas internas, tales como el orgullo, o por la

evitación de castigos internos, tales como la vergüenza o la culpa, sería catalogada como altruista. En contraste, una versión fuerte de altruismo es, para Davis, aquella que es reservada solo para aquellos actos de ayuda llevados a cabo únicamente con el propósito de incrementar el bienestar de otros. El más sólido defensor de esta versión fuerte es Batson, quien representaría una notable excepción a los planteamientos de que todo acto de ayuda sería fundamentalmente egoísta, postura que Davis atribuye a la fuerte tradición conductista de la psicología contemporánea.

Así, Batson (2010) es uno de los exponentes que dejan claro que el elemento clave en estas distinciones es la motivación, al definir el altruismo como un estado motivacional que tiene la meta última de mejorar el bienestar de otro. Si bien puede coexistir con el egoísmo, este sería un estado motivacional que tiene el propósito final de mejorar el bienestar propio. Aquí, una meta última es entendida como aquello que es un fin en sí mismo.

Batson (2010) plantea que, además de su propia definición, el término “altruismo” ha sido entendido de otras tres maneras:

- 1) Como conducta de ayuda (no como motivación): coincidente con las perspectivas conductuales o amotivacionales descritas y de uso habitual por los sociobiólogos. Batson et al. (2015) añaden que esta perspectiva alude a la ayuda costosa.
- 2) Altruismo entendido como actuar moralmente: este uso se focalizaría en un conjunto específico de actos de ayuda, aquellos que alcanzan algún estándar de bondad o moralidad. Sin embargo, Batson sostiene que tal como él define el altruismo (e incluso el egoísmo), estos pueden generar conductas que, dependiendo del estándar moral aplicado, puede ser consideradas morales, inmorales o amorales.
- 3) Como una ayuda destinada a obtener recompensas internas más que externas. Si bien esta tercera acepción considera el aspecto motivacional, en lugar de considerarla como opuesta a la motivación egoísta reduciría el altruismo a una forma especial de egoísmo: un modo que incluiría beneficiar a otros como un medio para beneficiarse a uno mismo (beneficios internos). Para Batson, estas serían formas sutiles de egoísmo. Este punto coincide con la versión débil de altruismo descrita por Davis (1996).

También otras definiciones de altruismo son confrontadas por Batson (2010). Por ejemplo, el elemento diferencial de que el altruismo debe implicar algún costo para el actor no se sostendría en la perspectiva de Batson, ya que para él la ayuda a otra persona, incluso cuando implica un gran costo para el sí mismo, puede estar motivada altruistamente, egoístamente o ambas. Por tanto, para Batson, para determinar la motivación genuina, se debe saber si el beneficio al otro es: a) una meta última en la que cualquier beneficio para el sí

mismo es una consecuencia no buscada (altruismo), o b) un medio instrumental para una meta última de beneficiarse a uno mismo (egoísmo).

Por otro lado, Hawley (2014) busca también establecer criterios claros que permitan diferenciar entre conducta prosocial y altruismo y, también, entre ambas y otras conductas. Por un lado, al aludir a las definiciones recurrentes en la psicología del desarrollo, y en la psicología en general, plantea que tanto las motivaciones más puramente altruistas (como aquellas que emergen de la preocupación empática) como aquellas que están más al servicio del sí mismo (por ejemplo, expectativas de recompensa material) operan en el dominio psicológico y, por tanto, son denominadas niveles de causación próximos (*proximate*).

Para Hawley (2014), hay tres facetas claves en las definiciones de conducta prosocial y altruismo en el dominio psicológico o nivel próximo:

a) Criterio de voluntariedad, es decir que el actor, de acuerdo a su propia voluntad, beneficia a otro. Las conductas obligatorias o bajo coerción (como pagar los tributos al Estado) no pasan este primer criterio y, por tanto, no son prosociales, ni menos aún altruistas.

b) Un segundo criterio es la intencionalidad, es decir que el actor debe tener la intención consciente de generar un beneficio en el receptor. Las conductas no intencionales, por ejemplo, tirar ropa a la basura y que alguien luego pueda beneficiarse de ello indirectamente, no atraviesan este segundo criterio. En el caso de que se satisfaga, se puede hablar de conducta prosocial.

c) Criterio motivacional: una vez que la conducta ha sido definida como prosocial, la motivación (tanto consciente como inconsciente) es la clave para definir si es altruista o no. Aquí, para Hawley, las motivaciones genuinamente altruistas incluyen la preocupación empática, la toma de perspectiva cognitiva, la puesta en acto de valores internalizados o de una fuerte identidad moral. En cambio, si la conducta está guiada por otras metas primarias (reducir una activación emocional displacentera o la culpa, fortalecer sentimientos positivos tales como el orgullo u obtener beneficios reputacionales/sociales o materiales) entonces la conducta no puede ser denominada altruista. En resumen, para que la conducta pueda ser llamada altruista, debe estar primariamente motivada por la preocupación por el otro.

Dovidio et al. (2006) describen que a este tipo de altruismo se lo ha denominado psicológico. Por otro lado, se encuentra el altruismo evolucionista, coincidente con las perspectivas conductuales o amotivacionales ya descritas. De acuerdo con Hawley (2014), las definiciones de altruismo y conducta prosocial preponderantes en ese campo remiten a niveles últimos (*ultimate*) de causación y aluden sencillamente a un comportamiento que beneficia a otro; aquí, si el comportamiento que incrementa las posibilidades de supervivencia de otro

organismo involucra un costo para aquel que ayuda (Dovidio et al., 2006) o reduce su propio ajuste reproductivo (Batson, 2010), entonces es un comportamiento altruista.

A diferencia de la ayuda y del altruismo, que se refieren básicamente a situaciones en las que una persona o grupo provee asistencia a otro u otros que la necesitan, en la cooperación las personas se unen para trabajar juntos hacia una meta común que será beneficiosa para todos los involucrados: unificando sus recursos (experticia, fuerza, dinero, tiempo) los miembros de los grupos pueden lograr lo que un individuo solo no puede (Dovidio et al., 2006). Además, esta puede ser intragrupal o intergrupala (Dovidio et al., 2006). Argyle (1991) define a la cooperación como una actuación conjunta y coordinada orientada –en el trabajo, como en el ocio o en las relaciones sociales– tanto a la búsqueda de metas compartidas, como al placer de la actividad conjunta o al impulso de la relación. Argyle sostiene que, si bien habitualmente la cooperación involucra a la ayuda y ambos son conceptos estrechamente relacionados, no son lo mismo ya que la cooperación tiene como meta no tanto el bienestar del otro como el producto grupal conjunto. Dunfield et al. (2011) añaden que no es necesario que los individuos tengan la intención de proveer un beneficio a aquel con el que cooperan.

Según Dovidio et al. (2006), los elementos comunes a las principales definiciones del término cooperación son: 1) todas las partes involucradas participan en una relación interdependiente; 2) se espera que coordinen sus acciones; 3) dicha coordinación está destinada a lograr una meta común; y 4) la coordinación promueve resultados mutuamente beneficiosos, que pueden incluir recompensas tanto materiales como sociales.

Debido a que todos aquellos que cooperan pueden esperar razonablemente que todos ellos se beneficiarán mutuamente en cierto grado de sus esfuerzos conjuntos, la cooperación es un tipo específico de conducta prosocial que se diferencia de los tipos unilaterales de ayuda, siendo considerada un tipo de intercambio social bidireccional. La diferencia principal es que todos aquellos involucrados en el intercambio contribuyen en una manera u otra a la producción grupal. Además, en la cooperación habría una ausencia de jerarquía de poder. En contraste, en las situaciones de ayuda (interpersonal y colectiva) las dos partes no son típicamente partes iguales, ya que una de ellas tiene una necesidad de ser asistida y la otra posee los recursos para responder a las necesidades de la primera (Dovidio et al., 2006).

Retomando las clasificaciones ya desarrolladas entre distintos tipos de ayuda (incluyendo también a la ayuda altruista), que ya dan cuenta de diversas dimensiones, es necesario notar que existe una creciente tendencia a conceptualizar a la conducta prosocial de forma multidimensional. Padilla-Walker y Carlo (2014a) plantean que la mayoría de los

estudios en psicología han conceptualizado a la conducta prosocial como un constructo global, unidimensional y singular, implicando que todas las conductas prosociales son iguales y, en muchos casos, se han explorado antecedentes y correlatos comunes a este constructo global. Así, se han hecho avances relevantes, tales como la identificación de la importancia de mecanismos biológicos o ambientales comunes o la de la influencia central de la toma de perspectiva, la preocupación empática o la identidad moral, entre otros. Sin embargo, para estos autores, un abordaje multidimensional brindaría una concepción más matizada de la conducta prosocial, más acorde con la evidencia actual que indica que hay relaciones débiles o no significativas entre distintas formas de conducta prosocial y que habría correlatos únicos para cada conducta. Carlo y Randall (2002), en la investigación en la que validaron el PTM, encontraron una fuerte correlación negativa entre prosocialidad altruista y pública y, en menor magnitud, asociaciones positivas de la altruista con la emocional y la complaciente y negativas de la pública con la anónima y la complaciente. También encontraron correlaciones positivas de la anónima con la emocional, urgente/crisis y complaciente y de estas últimas tres entre sí. Otras correlaciones no fueron significativas. Asimismo, Carlo y Randall presentan evidencia de la validez convergente de su instrumento al establecer relaciones con distintas medidas de conducta prosocial y, si bien el instrumento alude en su nombre a “tendencias prosociales”, Carlo y colaboradores/as hacen un uso extendido de la expresión “conducta prosocial” en sus publicaciones (p. ej., Carlo, Knight, McGinley, Zamboanga & Hernandez Jarvis, 2010; Carlo & Randall, 2002).

Eisenberg y Spinrad (2014), en el volumen que no sin razón se denomina *Prosocial development: A multidimensional approach* (Padilla-Walker & Carlo, 2014b), ejemplifican la multidimensionalidad aludida poniendo de relieve, por ejemplo, las distinciones entre ayuda espontánea vs. complaciente (solicitada), costosa vs. menos costosa, espontánea (elicitada por fuertes indicios ambientales, tal como en las emergencias) vs. planificadas (que suelen tener lugar a través del tiempo) o pública vs. privada. Algunas de estas distinciones se encuentran contempladas en la taxonomía de González Portal (2000). Además, tienen reflejo en uno de los principales instrumentos para evaluar la prosocialidad en el presente, el *Prosocial Tendencies Measure* (PTM; Carlo & Randall, 2002) –utilizado en la presente investigación–. El PTM es un cuestionario de autoinforme que recoge seis dimensiones distintas de la prosocialidad, a las que volveremos en detalle: Altruista, Pública, Emocional, Urgente/Crisis, Complaciente y Anónima, que contemplan diferentes motivaciones o contextos de la conducta prosocial (Padilla-Walker & Carlo, 2014a), si bien no excluyentes (Eisenberg & Spinrad, 2014). Las dimensiones Altruista y Pública representan, según McGinley et al. (2021), a las

motivaciones, mientras que la Emocional, la Urgente/Crisis (que incluye situaciones de emergencia), la Complaciente y la Anónima representan a las situaciones. Mestre et al. (2019) diferencian a las dimensiones Altruista y Pública al sostener que la primera refleja una motivación desinteresada (*selfless*) y la segunda una motivación egoísta (*selfish*).

Otras medidas de autoinforme que han sido utilizadas para evaluar la conducta prosocial incluyen: el *Teenagers Inventory of Social Skills* (TISS) de Inderbitzen y Foster, la *Batería de Socialización para Adolescentes* (BAS-3) de Silva y Martorell, la *Prosocial Behavior Scale* (PB) de Caprara y Pastorelli, la *Prosocialness Scale for Adults* (PSA) de Caprara y colaboradores/as y el Cuestionario de Conducta Prosocial ad-hoc de Sánchez-Queija, Oliva y Parra (Auné et al., 2014; Martí-Vilar, Corell-García & Merino-Soto, 2019). Otro instrumento de autoreporte es la *Altruism Scale* de Johnson y colaboradores (Martí Vilar & Lorente Escriche, 2010b) y, en una línea similar, la *Self-Report Altruism Scale* de Rushton y colaboradores, una medida claramente global (Carlo & Randall, 2002). Martí-Vilar, Corell-García y Merino-Soto (2019), en su revisión empírica, añaden, por ejemplo, el *Family Helping Inventory* (FHI) de Midlarsky y colaboradoras, y el *Strengths and Difficulties Questionnaire* (SDQ) de Goodman. Entre las medidas de reportes de otros (pares, maestros/as, progenitores) se destacan el *Prosocial Behavior Questionnaire* (PBQ) de Weir y Duveen, y la *Child Behavior Scale* (CBS) de Ladd y Profilet, y entre los instrumentos mixtos (auto y heteroevaluación) el *Cuestionario de Conducta Prosocial* (CCP) de Martorell y colaboradoras (Auné et al., 2014; Martí-Vilar, Corell-García & Merino-Soto, 2019). Auné et al. (2014) destacan que dichos instrumentos de heteroevaluación incluyen dentro de la evaluación por pares los cuestionarios estructurados y los sociogramas, y dentro de la evaluación por otros asimétricos (como los/as maestros/as) la observación sistemática o los inventarios estructurados como el PBQ o la CBS. Martí-Vilar, Corell-García y Merino-Soto (2019) sostienen que, recientemente, el estudio de la conducta prosocial comienza a alejarse del confinamiento en el contexto escolar y de los/as adolescentes para cubrir más áreas, tales como la prosocialidad en el deporte, la seguridad vial o el voluntariado. Además, algunos instrumentos comienzan a considerar una diferenciación según el destinatario, tal como la modificación del *Values in Action Inventory of Strengths* de Peterson y Seligman realizada por Padilla-Walker y colaboradores/as (ver Padilla-Walker et al., 2015) o la medida multidimensional (en los tipos y en los destinatarios) de Nielson et al. (2017).

Al respecto, tal como señalan Padilla-Walker y Carlo (2014a), un abordaje multidimensional puede involucrar no solo la diferenciación de tipos de conducta prosocial –tal como la contempla el PTM– (y de los diversos predictores asociados), sino también

cuestiones como diferentes grupos etarios o diversos destinatarios de la conducta, aspectos raramente considerados. La evidencia muestra que los/as niños/as y adolescentes reportan una conducta prosocial más frecuente hacia los/as amigos/as y la familia que hacia los extraños (Padilla-Walker & Carlo, 2014a), así como hacia las personas que generan agrado o atracción, son más similares al sujeto o forman parte del endogrupo (Dovidio et al., 2006; Eisenberg & Spinrad, 2014). Ya en etapas tempranas se manifiesta este patrón y los/as niños/as se van haciendo más selectivos (Eisenberg & Spinrad, 2014; Laible & Karahuta, 2014). Estudios longitudinales han considerado una diferenciación en los destinatarios en la adolescencia mostrando resultados mixtos con los extraños y la familia, pero, en general, constatan un incremento gradual en la prosocialidad hacia los/as amigos/as (Carlo et al., 2015; Padilla-Walker et al., 2015, 2018). El estudio de Padilla-Walker et al. (2018) se extiende hasta los primeros años de la adultez emergente (20 años) y muestra medias superiores en la prosocialidad hacia los/as amigos/as, seguida de la prosocialidad hacia la familia y, por último, hacia extraños. Un estudio con adultos (Neyer & Lang, 2003) mostró que las personas recibían ligeramente más apoyo de familiares relacionados genéticamente que de no familiares, pero al individualizar a los proveedores el suministrador de apoyo más importante era la pareja, seguida de familiares tales como progenitores, hijos/as o hermanos/as; en mucha menor medida, la conducta prosocial recibida provenía de amigos, conocidos u otros no familiares, así como de otros familiares más distantes. Además, en la conducta prosocial dirigida a las personas con quien se tiene una relación previa tienen mayor peso la socialización, la calidad de la relación y los roles en la relación, estando diferentemente motivada que la dirigida hacia los extraños (Padilla-Walker & Carlo, 2014a); por ejemplo, podría ser una prosocialidad menos interesada (Kumru & Yağmurlu, 2014; ver también Maner & Gailliot, 2007, con relación a la preocupación empática).

Además del abordaje multidimensional, una propuesta de Penner y colaboradores apunta a sostener una perspectiva multinivel, que permitiría agrupar la tradición de la investigación sobre la conducta prosocial en tres niveles distintos pero relacionados (Penner et al., 2005). Ellos son: a) el nivel micro, intraindividual, relacionado principalmente con el origen de las tendencias prosociales en humanos y la etiología de las diferencias individuales en ellas (teoría evolucionista, procesos evolutivos y factores de personalidad); b) el nivel meso, interpersonal, que estudia la conducta y los mecanismos motivacionales en las diádas de la persona que ayuda-recipiente en el contexto de una situación específica (foco principal de la investigación, por ejemplo el modelo de Darley y Latané sobre intervención del espectador); c) el nivel macro, que estudia las conductas prosociales que ocurren en el

contexto de grupos y grandes organizaciones (p. ej., voluntariado y cooperación) (Dovidio et al., 2006; Penner et al., 2005).

2.2. Conducta prosocial: Teorías y modelos explicativos

Se han desarrollado en la literatura modelos teóricos de amplia difusión e importancia para la psicología de la moral en su conjunto, incluyendo en algunos aspectos a la conducta prosocial más específicamente. No obstante, ellos no son objeto principal de este trabajo. Entre estas perspectivas teóricas se encuentran: 1) las teorías cognitivo-evolutivas, con las relevantes contribuciones de Piaget (1932/1997), por ejemplo, sobre la conciencia de las reglas y la heteronomía/autonomía; Kohlberg (1992), sobre los estadios del razonamiento moral, y Eisenberg (ver Eisenberg et al., 2015), con la indagación del razonamiento moral prosocial, sobre el que se volverá (revisiones en Etxebarria, 2008a, 2008b; Lapsley, 1996); 2) las teorías del aprendizaje y del procesamiento de la información, que incluyen las perspectivas tradicional, operante y de los reguladores cognitivos, con los aportes de Bandura (2012; Bandura et al., 1996), y la teoría de la internalización moral de Hoffman (2000) (revisiones en Eisenberg & Mussen, 1989; Etxebarria, 2008a, 2008b); 3) los modelos psicoanalíticos, que incluyen propuestas de Freud (1930/1976), pero también de autores postfreudianos, como Erikson, más receptivos a integrar la prosocialidad y el altruismo en sus conceptualizaciones (para una revisión que contrasta estos puntos de vista, restrictivo y evolutivo, ver González Portal, 2000; también, otras revisiones en López et al., 1994, y Etxebarria, 2008a, 2008b); 4) los modelos biológicos y sociobiológicos, que incluyen, principalmente, las teorías de la selección familiar, del altruismo recíproco, de la selección grupal y multinivel y las teorías de la coevolución gen-cultura (para revisiones de ellas, ver Dovidio et al., 2006; Simpson & Beckes, 2010).

En cualquier caso, más relevantes para los objetivos del presente trabajo resultan los modelos que, siguiendo a Martí Vilar y Lorente Escriche (2010a), se enfocan en las razones de los individuos que realizan conductas prosociales en diversas situaciones (aspecto sincrónico), a diferencia de los descritos en el párrafo precedente, que se centran en la diacronía o el desarrollo. Diversos/as autores/as clasifican estos modelos de forma diversa (Dovidio et al., 2006; López et al., 1994; Martí Vilar & Lorente Escriche, 2010a). Nos enfocaremos en un conjunto de ellos que aparecen de forma pervasiva en las diversas síntesis. López et al. (1994) describen a la mayoría de estos modelos como basados en factores concretos. En contraste se situarían aquellos que, tal como señalan López et al., son

considerados globales (que incluyen, por ejemplo, factores afectivos, cognitivos y situacionales como el de Krebs y Miller), del cual destacan el modelo de Eisenberg y colaboradores. Este incluye numerosos aspectos que inciden en la prosocialidad: diferencias biológicas, socialización, características sociocognitivas y disposicionales, estados afectivos temporales, aspectos afectivos (como la empatía), metas personales y características de la situación que inciden de distinto modo en diversos planos. Entre ellos, la atención e interpretación del estado de necesidad del otro (y el reconocimiento de habilidades propias) y/o en las intenciones de ayudar y la conducta prosocial o en sus consecuencias (tales como la auto-evaluación) (Eisenberg et al., 2015).

El modelo de toma de decisiones de Darley y Latané, que brinda reconocimiento al poder del aspecto situacional, se encuentra íntimamente ligado al caso de Kitty Genovese e intenta conceptualizar la intervención de los espectadores (*bystanders*) en los casos de emergencias (Dovidio et al., 2006). En este punto seguimos a Dovidio et al. (2006): el proceso puede ser representado por un árbol de decisiones en el que el hecho de que una persona ayude o no depende de atravesar exitosamente una serie de decisiones secuenciales. El primer paso implica darse cuenta de que algo no está bien y para ello tanto la proximidad física con el evento, como el ánimo del espectador y otros aspectos situacionales (naturaleza y claridad del evento –vividez–), son relevantes. El segundo paso involucra la interpretación de la necesidad de ayuda y también se vincula a la naturaleza del evento (señales de auxilio tales como los gritos, favorecen la interpretación del evento como una emergencia), en tanto si la situación no es clara la gente puede recurrir a otras personas para definir la situación (influencia social informativa) y esto, en algunos casos, puede favorecer la ayuda. Existe una relación entre el primer y segundo paso, de acuerdo con Dovidio et al.: cuando la situación es clara no habría necesidad de recurrir a otros, mientras que situaciones ambiguas podrían propiciar el efecto espectador (*bystander effect*) –inhibición de la ayuda por la presencia de otras personas–. El tercer paso, que permitiría explicar el caso de Kitty Genovese, implica asumir la responsabilidad personal. Este paso se ve notoriamente influido por la presencia de otros y es aquí donde puede tener lugar la difusión de responsabilidad (las personas se sentirían menos responsables personalmente porque otros podrían intervenir), a la vez que los estándares o normas situacionales (p. ej., qué está permitido hacer en determinado contexto social) también tienen incidencia. En un artículo clásico, Darley y Latané (1968) demostraron que no eran la apatía y la indiferencia de las personas las responsables de la inacción, sino la presencia percibida de otros. Mientras el 85% de las personas que pensaron que eran los únicos que sabían de otra persona que padecía convulsiones ayudaron a la

víctima, solo lo hizo el 31% de aquellos que pensaron que había otros cuatro espectadores, afectando el tamaño del grupo también a la velocidad de respuesta (e incluso la ayuda total recibida por la víctima). Latané y Nida (1981) destacan que tres fenómenos psicológicos (la influencia social, la difusión de responsabilidad –ya mencionadas– y la inhibición por la audiencia –por temor a una evaluación negativa si se interpreta mal una situación–) son manifestaciones de un fenómeno propuesto por Latané y Darley: la inhibición social de la ayuda. De acuerdo con Dovidio et al. (2006), los últimos dos pasos, si bien críticos, han recibido menor soporte empírico. El cuarto involucra la decisión sobre qué tipo de ayuda brindar y el quinto implica implementar el curso de acción elegido.

Martí Vilar y Lorente Escriche (2010a) situán al modelo de Darley y Latané dentro de las propuestas normativas, junto a otras perspectivas como aquellas sobre las normas sociales y la de Schwartz sobre las normas personales. De acuerdo con Dovidio et al. (2006), a través de las normas sociales las personas conocen las expectativas de otros sobre cómo deben comportarse en general, en tanto las normas personales se vinculan con los propios estándares de conducta. Dos tipos de normas sociales propiciarían la ayuda: aquellas vinculadas a la reciprocidad, equidad y justicia y aquellas más generales como la norma de responsabilidad social. En cuanto a las normas personales, para Schwartz (1973) lo que las distingue –más allá del solapamiento parcial con las normas sociales– es que las sanciones ligadas a ellas están vinculadas al autoconcepto (p. ej., culpa o baja autoestima ante la violación u orgullo ante el cumplimiento). Así, la característica más central de ellas –sobre las cuales existe evidencia de su impacto en la ayuda– es la intensidad de la obligación moral que siente la persona en seguir la línea de conducta determinada. La activación de las normas personales vinculadas a la ayuda y la moralidad requiere: 1) que el individuo sea consciente de las consecuencias de una situación para el bienestar de otras personas; 2) sostenga normas personales que se ligen a una acción pertinente para esas consecuencias; 3) tenga alguna capacidad para controlar dicha acción y sus resultados (responsabilidad personal). Su activación depende de la saliencia de las consecuencias en dicha activación y de la saliencia de la responsabilidad personal, que afectan también a la tendencia a neutralizar las normas –negación de las consecuencias y negación de la responsabilidad personal–.

Otra propuesta es el modelo de activación y coste-recompensa (o de activación aversiva) de Piliavin y colaboradores/as (Piliavin et al. 1969), donde la motivación central del individuo es el deseo egoísta de liberarse de un estado emocional o activación displacentera. Piliavin et al. (1969) –al atender a elementos que podrían complementar el modelo de Darley y Latané– plantean que observar una emergencia genera un estado de activación emocional en

el espectador que va a ser interpretado de forma diferente en distintas situaciones (miedo, asco, simpatía, etc., o diversas combinaciones de ellas). El grado de empatía con la víctima, la cercanía y el tiempo transcurrido sin intervención de otros/as aumentan la activación emocional. La misma puede ser reducida por distintas vías, que varían en función de una matriz de costes-recompensas. Por tanto –al seguir a Dovidio et al. (2006)–, este es un modelo en el que la activación fisiológica (*arousal*) motiva al espectador a actuar, a la vez que el análisis coste-recompensa moldea la dirección que tomará la acción. La activación empática (*empathic arousal*), que en realidad tiene un tinte aversivo (malestar, alarma), se generaría por ser testigo del malestar de otros y por la atribución de la propia activación al sufrimiento de otro y su carácter displacentero motiva la tendencia a paliarla. Ayudar a otros es una vía eficiente para reducir la propia activación. En relación con la toma de decisiones, en primer lugar, los costes de que la víctima no reciba ayuda pueden ser empáticos (malestar continuado de la víctima) o personales (p. ej., culpa) y, más específicamente, cuando aquellos son altos y los costes por ayudar son bajos suele tener lugar la ayuda directa, en tanto en la situación inversa no suele tener lugar la ayuda (p. ej., abandonar la escena). En cambio, si los costes de ayudar y de que la víctima no reciba ayuda son bajos, la ayuda es variable y depende de las normas percibidas en una situación, diferencias de personalidad o relación con el destinatario. Por último, cuando ambos costes son elevados, tienen lugar diferentes fenómenos: por un lado, la intervención indirecta o, por otro lado, la reinterpretación cognitiva de la situación. Esta última puede tener lugar a través de la redefinición de la situación como una no emergencia, a través de la difusión de responsabilidad o bien a través del menosprecio de la víctima (Dovidio et al., 2006).

Por otro lado, otra perspectiva centrada en las emociones, el Modelo de alivio de estado negativo (*Negative State Relief*) de Cialdini y colaboradores propone –de acuerdo con Dovidio et al. (2006)– que dañar a otra persona o ser testigo de cómo otra persona es dañada puede producir sentimientos negativos tales como la culpa o la tristeza, que motiva a quien los padece a reducirlos: de este modo, el ánimo negativo puede propiciar ayudar a otros, mientras que la ayuda genera sentimientos positivos que alivian a los negativos. Las investigaciones previas sobre el impacto de las emociones negativas (culpa, disminución de la autoestima y necesidad de reparar la propia imagen, etc.) no son contrariadas, sino que, según Cialdini et al. (1973), pueden ser casos puntuales de un modelo más general. Cialdini et al. (1987) consideran –en contraposición al modelo de Batson que veremos luego– que una orientación empática causa una tristeza creciente en las personas que observan a una víctima y destacan que sus estudios precedentes muestran que estas personas ayudan por razones egoístas.

Cialdini et al. (1973) añaden que el altruismo es una vía –entre otras– para mejorar un estado de ánimo negativo en estos casos. Los dos estudios de Cialdini et al. (1987) confirman que el deseo egoísta de manejar (y aliviar) la tristeza es un motivador fundamental de la ayuda en las personas. Brindarles dinero o elogios a los participantes reducía la tristeza –si bien no disminuía la preocupación empática– y las personas tendían a ayudar tan poco como aquellos con baja preocupación empática [Cialdini et al. (1973) encuentran resultados similares], o bien la ayuda se reducía si sabían que su tristeza no sería paliada por la conducta de ayuda. Además, encontraron que las preocupaciones respecto de la aprobación social también tenían incidencia. Existen tres supuestos fundamentales en este modelo: 1) El estado de ánimo negativo que promueve la ayuda puede provenir de diversas fuentes (tristeza por asuntos personales o de terceros o culpa por haber dañado a otros; 2) Si otros eventos que puedan mejorar el ánimo preceden a la oportunidad de ayudar –o bien pueden ser anticipados–, la persona ya no estaría motivada para proveer asistencia; 3) El ánimo negativo solo promueve la ayuda si se cree que esta mejorará el ánimo (Dovidio et al., 2006).

De acuerdo con Dovidio et al. (2006) existen dos diferencias entre los dos últimos modelos: por un lado, el modelo de activación y coste-recompensa implica la atribución de la activación a la situación negativa del otro para que tenga lugar la ayuda, en tanto el modelo de alivio de estado negativo solo presupone estados negativos propios más allá de su origen; además el primero es un modelo de reducción de la tensión, mientras que el segundo solo involucra la motivación de obtener recompensas (“sentirse bien por ayudar”). Ambos modelos representan para Batson et al. (2015) dos de las seis principales alternativas egoístas a la hipótesis empatía-altruismo –que veremos a continuación–, las cuales proponen que distintas formas de motivación egoísta darían cuenta de la motivación generada por la preocupación empática. Además del modelo de activación y coste-recompensa, existen dos propuestas vinculadas a la hipótesis del castigo específico de la empatía (*empathy-specific punishment hypothesis*), asociadas a la evaluación social y a la autoevaluación negativas ante la no ayuda, y tres versiones de la hipótesis de la recompensa específica de la empatía (*empathy-specific reward hypothesis*; elogios, alegría o recompensas generales, tal como la propuesta por el modelo de alivio de estado negativo). Además, se ha propuesto otra alternativa que sostiene que la fusión de los conceptos del sí mismo y el otro en una unidad psicológica ligaría por autointerés a la empatía con la prosocialidad (Batson et al., 2015).

En contraste, la hipótesis empatía-altruismo, plantea –según Batson et al. (2015)– que la preocupación empática (*empathic concern*) produce motivación altruista. Esta hipótesis se vincula al altruismo psicológico. La preocupación empática es entendida como una respuesta

emocional suscitada por (y congruente con) el estado de una persona necesitada (también denominada, entre otros términos, como simpatía). Por un lado, congruente no alude al contenido específico de la emoción, sino a la valencia (por ejemplo, negativo si el estado percibido del otro es negativo). Por otro lado, la preocupación empática no es una emoción discreta, sino una constelación de emociones (simpatía, compasión, etc.). Además, el otro debe ser percibido como “en necesidad” para suscitar una motivación altruista. Cabe destacar que esta percepción de necesidad (que junto a la toma de perspectiva enfocada en otros puede promover la preocupación empática) y la valoración intrínseca del bienestar de otros son los antecedentes de la preocupación empática. Por último, está orientada a otro en la medida en que involucra sentir por el otro. En cambio, como ya se ha señalado, la motivación altruista implica la meta última de incrementar el bienestar de otro. Ello no es excluyente con la obtención de consecuencias no buscadas (p. ej., obtención de recompensas), en la medida en que estas no sean la meta última. Esta motivación altruista es, de acuerdo con Batson et al., una fuerza dirigida a remover la necesidad que indujo la empatía. Más allá de esto, esta teoría también propone un análisis coste-beneficio, que podría conducir a la ayuda, a referir a otro posible proveedor de la ayuda o a no actuar. En cualquier caso, continúan los autores, la coexistencia de motivaciones egoístas (coste-beneficio) suscitadas por el impulso a actuar no niega ni contamina la motivación altruista suscitada por la preocupación empática.

2.3. Variables explicativas de la conducta prosocial

2.3.1. Variables sociodemográficas

2.3.1.1. Edad (Desarrollo de la conducta prosocial)

Al momento de hablar de la edad como un factor en la prosocialidad o de la secuencia evolutiva en la misma, dos modelos relevantes son el de Bar-Tal y Raviv y el de Cialdini. El modelo de aprendizaje cognitivo de Bar-Tal y Raviv (1982) –influenciado por las teorías cognitivo-evolutivas y las teorías del aprendizaje– sostiene una secuencia centrada en la motivación. Plantean seis fases, que van desde una primera fase donde el/la niño/a está centrado/a en la obediencia y refuerzos concretos y definidos (recompensa/castigo), hasta una última etapa de comportamiento altruista, en la que el sustento es una convicción moral en la justicia, si bien las personas pueden experimentar auto-satisfacción o un incremento de la autoestima por llevar a cabo el acto. Por su parte, el modelo de Cialdini et al. (1981; ver

también Dovidio et al., 2006; Schroeder & Graziano, 2015), plantea tres etapas en la socialización del altruismo donde los/as niños/as mayores (y los adultos) aprenden que la prosocialidad puede aliviar sentimientos negativos. Estas son: 1) presocialización, donde el altruismo ocurre raramente entre los/as niños/as pequeños/as debido a su función punitiva (pérdida de recursos); 2) conciencia (*awareness*) de las normas, en la que el altruismo funciona como un mecanismo para la recepción de sanciones positivas (aprobación social); 3) internalización, en la que –hacia la adultez– el altruismo adquiere una función gratificante, a través de su estatus de reforzador condicionado (bienestar).

Eisenberg et al. (2006) sostienen que, más allá de matices aportados por ejemplo por la medida de la conducta prosocial utilizada, la evidencia muestra que, en general, a medida que aumenta la edad es más probable que las conductas prosociales tengan lugar. Laible y Karahuta (2014) sintetizan los posibles factores que podrían incidir en el incremento de la conducta prosocial, que van desde aspectos vinculados al desarrollo de la cognición social (p. ej., toma de perspectiva), de las habilidades emocionales (comprensión y regulación) o de los intentos de socialización de los progenitores al respecto. Algunas investigaciones han desarrollado el origen y curso evolutivo diferenciado de la ayuda, el compartir y el consolar, además del surgimiento de otras manifestaciones prosociales, como la obediencia o complacencia, la cooperación y colaboración, que trascienden el interés del presente trabajo (para una revisión, Laible & Karahuta, 2014). Ya a la edad de 4 años empieza a haber una mayor complejidad en el pensamiento de los/as niños/as sobre ellos/as mismos/as y otras personas y en su prosocialidad (Hammond & Brownell, 2015) y habría un incremento en la frecuencia de al menos algunos tipos de conducta prosocial. Un metaanálisis de Eisenberg y Fabes (1998) muestra un incremento significativo de la conducta prosocial con la edad. Si bien no hubo diferencias entre los infantes (0-3 años) y los/as niños/as preescolares (3-6 años), sí las hallaron entre la niñez (7-12 años) y los preescolares (mayor para aquellos tanto en ayuda instrumental, como en el consuelo, en el compartir/donar y en una medida global de las tres), así como entre la adolescencia (13-17 años) y la niñez (solo para el compartir/donar) y preescolares (en las tres conductas por separado), en ambos casos mayor para los/as adolescentes. El mayor tamaño del efecto se encontró en la comparación de los/as adolescentes con los preescolares.

En relación con la adolescencia, Fabes et al. (1999) indagaron en los cambios en la prosocialidad y para ello reexaminaron los datos de Eisenberg y Fabes (1998) pero, a diferencia de ellos, distinguieron entre adolescencia temprana (13 a 15 años) y tardía (16 a 18 años), afirmando que los/as adolescentes son más prosociales que los niños/as más

pequeños/as y que esta diferencia emerge en la adolescencia temprana. Vinculan estos cambios a factores individuales, tales como cambios en la pubertad, aspectos temperamentales y al desarrollo de la empatía, la toma de perspectiva y el razonamiento moral prosocial. Una serie de estudios longitudinales muestran un cuadro inconsistente en la adolescencia, con hallazgos mixtos, y tendencias principalmente declinantes (Carlo, Crockett et al., 2007; Luengo Kanacri et al., 2013) o principalmente estables, en un estudio con participantes españoles/as (Mestre et al., 2006), o bien trayectorias diversas, aunque principalmente descendentes o estables (Nantel-Vivier et al., 2009), aunque ello variaría en función del destinatario (Carlo et al., 2015; Padilla-Walker et al., 2015, 2018). También se encuentran variaciones según el género, con trayectorias estables para las mujeres y decrecientes para los hombres, en jóvenes españoles/as, aunque en este caso en un estudio transversal (Sánchez-Queija et al., 2006). Al considerar a la conducta prosocial de una forma multidimensional similar a la del presente trabajo, Carlo et al. (2003) encontraron un incremento, entre la adolescencia temprana y la adolescencia media, de las conductas prosociales altruistas, en ambos géneros. Por otro lado, McGinley et al. (2014) no encontraron, en una muestra estadounidense, cambios en relación con la edad, pero en una muestra argentina la prosocialidad altruista crecía con la edad en tanto la pública descendía.

2.3.1.1.1. Conducta prosocial en la adultez emergente

Ya en la adultez en general, Dovidio et al. (2006) destacan dos procesos de socialización en relación a la conducta prosocial: el modelado y las auto-atribuciones y roles. Respecto del primero, sostienen que, así como en los/as niños/as el observar modelos prosociales influye en las conductas de ayuda, esto sucede también en la adultez. Respecto del segundo, del mismo modo que en los/as menores, si los adultos realizan atribuciones internas sobre por qué ayudaron en determinada circunstancia su propensión a ayudar aumentará a largo plazo. Por tanto, inducir la ayuda con incentivos externos y tangibles podría contribuir a que los adultos ayuden menos en el futuro. A la vez, compromisos regulares y públicos con el hecho de ayudar pueden llevar al desarrollo de roles sociales de ayuda. Mientras las auto-atribuciones pueden conducir a consolidar una identidad para la persona como alguien que es prosocial, los roles involucran expectativas de los otros y el individuo podría adoptar una identidad de rol, que puede volverse una parte importante del esquema del sí mismo. Para Hammond y Brownell (2015), incluso pueden darse en la adultez casos de personas que son

“ejemplos morales”; por otro lado, en este período, las personas poseen más recursos, conocimiento e independencia.

Eisenberg et al. (2015) y Eisenberg y Spinrad (2014) afirman que, más allá del declive en la adolescencia (a excepción del voluntariado y otras actividades), habría un rebote hacia una mayor prosocialidad en la adolescencia tardía y la adultez temprana. Más específicamente, en un estudio longitudinal que muestra el tránsito de la adolescencia a la adultez y que abarca todo el período de la adultez emergente, Eisenberg et al. (2005) encontraron un incremento de la ayuda auto-reportada entre la adolescencia temprana y la adultez, si bien mostró un patrón inconsistente. Específicamente, la ayuda auto-reportada, tras haber aumentado entre los 15-16 y los 17-18 años –contribuyendo al cuadro inconsistente mostrado en este período–, decreció entre los 17-18 años y los 21-22 años, se mantuvo estable entre los 21-22 y los 23-24, comenzando a reflorar entre los 23-24 y los 25-26 años. Además, encontraron un ascenso con el tránsito de la adolescencia a los veinte en marcadores del funcionamiento prosocial (toma de perspectiva y el razonamiento moral prosocial), estabilidad en la simpatía/preocupación empática y una reducción del malestar personal (atribuido a una creciente habilidad de regulación emocional). En contraste, en un estudio longitudinal, Crocetti et al. (2016) encontraron un incremento lineal de la prosocialidad entre los 16.7 y los 22.7 años, con un patrón similar de desarrollo en ambos géneros y solo diferencias en las medias (superior para las mujeres). En el estudio previamente citado de Luengo Kanacri et al. (2013), los autores encontraron, tras el declive en la adolescencia, un aumento de la prosocialidad entre los 17 años y la adultez emergente (21 años), tanto para hombres como para mujeres (si bien estas siempre mostraron una media superior a aquellos). En la misma línea –pero con adultos sin edad informada– Aquino y Reed (2002) encontraron que la edad fue un predictor positivo de las actividades de voluntariado.

Más específicamente, los pocos estudios que han indagado sobre la influencia de la edad en la conducta prosocial medida de forma multidimensional en la adultez emergente no ofrecen resultados concluyentes. Randall y Wenner (2014) encontraron, con participantes de 18 a 22 años, que a mayor edad las mujeres reportaron menor prosocialidad pública, emocional y urgente/crisis (y una tendencia a menor prosocialidad anónima), mientras que no hubo cambios con la edad para los hombres. En contraste, McGinley y Carlo (2007) y Hardy (2006) no encontraron relación de la edad con ninguna de las dimensiones del PTM, y en el caso de Hardy tampoco con la conducta prosocial global.

Por otro lado, en lugar de abordar el desarrollo de la conducta prosocial se puede prestar atención a qué variables comienzan a tomar relevancia (p. ej., disposiciones

prosociales) o se hacen más típicas (p. ej., voluntariado) en la adultez emergente. Al respecto, Eisenberg et al. (2014) hallaron que los auto-reportes e informes de amigos acerca de una orientación prosocial (p. ej, prosocialidad, preocupación empática/simpatía) a los 27-28 años y 31-32 años evidenciaban una considerable estabilidad en las tendencias prosociales desde la adolescencia y los comienzos de la tercera década de la vida y la mitad de la misma. Por ejemplo, el voluntariado en las edades señaladas se asoció positivamente con una medida compuesta (preocupación empática, toma de perspectiva, prosocialidad) entre los 19-26 años y el reporte de prosocialidad en la adolescencia por parte de las madres. Otro estudio, de Eisenberg et al. (2002), indagó en medidas de personalidad prosocial y razonamiento moral prosocial en jóvenes de 21 a 26 años. Sus resultados apoyan la idea de que hay una disposición a una personalidad prosocial. Diversos aspectos prosociales, tales como la ayuda reportada, los valores y actitudes prosociales y la simpatía no solo estaban intercorrelacionados, sino que las medidas agregadas de respuesta prosocial auto-reportada en la adultez temprana estaban relacionadas con los reportes concurrentes de los amigos y con marcadores prosociales (empatía, simpatía, conducta prosocial) obtenidos a edades más tempranas. Todo ello apoyaría la conclusión de que hay diferencias individuales en las disposiciones prosociales y que ellas emergen en la adolescencia y son relativamente estables hacia la adultez.

Más específicamente, a medida que los adolescentes se van haciendo más socialmente independientes emerge una nueva forma de prosocialidad, el compromiso cívico (*civic engagement*) y el voluntariado (Hammond & Brownell, 2015), que es relevante en la adultez emergente. El voluntariado es concebido por Hart y Sulik (2014) como un complejo de motivos, compromisos y acciones que a menudo ocurren en escenarios moldeados por instituciones públicas (como las escuelas) y que puede tener muchas potenciales motivaciones, incluyendo tanto metas morales como instrumentales. Relacionado con ello, Pratt y Lawford (2014) vinculan a la generatividad con diversos tipos de involucramiento cívico en la adultez emergente. Los hallazgos de Pratt y Lawford se centran en la generatividad en sus formas social (por ejemplo, cívica y política) y técnica (por ejemplo, el trabajo) y en sus vínculos con la prosocialidad. Sus hallazgos muestran correlaciones positivas moderadas entre medidas de generatividad y de altruismo a los 23 años. Por otro lado, Pratt y Lawford indagaron en cuatro áreas diversas de oportunidades prosociales (involucramiento comunitario, ambientalismo, trabajo y carrera e involucramiento político). Encontraron que la generatividad a los 23 años es un importante predictor del involucramiento comunitario a los 32 años. También se evidencia una influencia de la generatividad en la

preocupación ambiental y en la posibilidad de elegir actividades laborales más prosociales. Los resultados respecto de la participación política son menos claros. Por otra parte, también es posible que esas actividades prosociales impacten positivamente en la generatividad. Además, si bien de acuerdo con Pratt y Lawford, la generatividad no alude al mismo concepto que el altruismo, la benevolencia o el universalismo, sostienen que la generatividad involucra valores morales prosociales comunitarios (tal como la benevolencia y el universalismo, a partir de su preocupación por otros) y de agencia (legado del sí mismo). Pratt et al. (2009) consideran –al desarrollar las ideas de Erikson– que la identidad moral es un elemento motivacional central en el sí mismo emergente de la adultez joven y muestran evidencia de una asociación positiva de la identidad moral con el involucramiento en la comunidad (actividades prosociales, comunitarias y políticas) a los 17 y 26 años y con la generatividad, considerando que la identidad moral podría ser un fundamento del desarrollo de esta y que ambos constructos tienen como núcleo el bienestar de otros.

Al respecto, Walker (2014), sostiene que, en la adolescencia tardía o la adultez temprana, algunas personas parecen embarcarse en lo que podría llamarse una “carrera moral”, al involucrarse en patrones de conducta prosocial consistentes y de largo plazo, mientras otras toman un camino más centrado en el auto-interés. Los “ejemplos prosociales” (o morales) muestran frecuentemente una integración de sus preocupaciones morales con las personales. En otras palabras, Hardy y Carlo (2011a) destacan la evidencia sobre que los ejemplos morales suelen mostrar una identidad moral fuerte.

A modo de conclusión, Padilla-Walker (2015) sostiene que los adultos emergentes tendrían oportunidades únicas de involucrarse en conductas prosociales que no estaban disponibles durante la adolescencia y que no serían viables en la adultez, en la medida en que –en términos generales– disponen de una libertad para participar en conductas prosociales de alto y bajo costo personal, si bien no habría evidencia de que todas estas conductas sean más frecuentes que en otros momentos de la vida.

2.3.1.2. Género

Otro factor de interés al momento de estudiar la conducta prosocial es el sexo o el género. Eisenberg et al. (2006, 2015) sostienen que la evidencia transcultural demostraría la tendencia de las mujeres y niñas a ser más prosociales que hombres y niños. No obstante, plantean que, en cierto grado, las diferencias de género en la conducta prosocial auto-reportada e informada por otros reflejarían más las concepciones de las personas sobre cómo

se supone que son mujeres y varones más que su conducta real; habría además ciertos sesgos en algunas medidas que favorecerían la interpretación hacia una mayor prosocialidad de las mujeres. No obstante, las diferencias en estudios observacionales darían algún sustento real a esta proclividad femenina.

Al respecto, el metaanálisis de Eisenberg y Fabes (1998) –previamente citado– también abordó las diferencias sexuales/de género en niños/as y adolescentes de 1 a 20 años, encontrando que las niñas y adolescentes mujeres tendían a ser –globalmente– más prosociales que los niños y adolescentes varones. Las diferencias a favor de las mujeres eran mayores en las conductas que implicaban ser amable/considerada y en una medida agregada (de todos los subtipos) que en el consuelo, la ayuda instrumental y el compartir/donar. Además, las diferencias eran mayores cuando el destinatario era un adulto (o no especificado) que cuando era otro/a niño/a. Por último, a mayor edad las diferencias se incrementaban en favor de las mujeres. No obstante, al controlar por características del estudio aparecieron diversos matices. Por ejemplo, la amabilidad/consideración, el compartir y la medida agregada no se diferenciaron de otros subtipos, excepto por la ayuda instrumental, que fue menos predictiva que el resto y para la que desapareció el efecto de la edad. El reanálisis del metaanálisis de Eisenberg y Fabes realizado por Fabes et al. (1999) mostró que, en todos los grupos etarios (entre 0 y 18 años), las mujeres fueron más prosociales y hubo un incremento significativo en las diferencias entre la niñez (7-12 años) y la adolescencia temprana (13-15) años, encontrándose el mayor tamaño del efecto en la adolescencia tardía (16-18 años).

La importancia del tipo de prosocialidad es un aspecto que se destaca en otro clásico metaanálisis, en este caso con adultos (y adolescentes mayores de 14 años), abordado desde la perspectiva de la teoría de los roles sociales sobre el género y la ayuda (Eagly & Crowley, 1986). Cabe destacar aquí que los estudios psicociológicos analizados se focalizan en encuentros a corto plazo con extraños y que suelen entrañar peligros, en general un tipo de ayuda instrumental (Carlo, 2006; Eisenberg et al., 2006). Este tipo de conductas puede favorecerse de características que, de acuerdo con la teoría de los roles sociales a la cual se adhieren Eagly y Crowley (1986), se vinculan al rol de género masculino, que promueve actos de caballerosidad y no rutinarios –y peligrosos– de rescate a otros (un tipo de heroísmo). Más específicamente, teniendo en cuenta lo mencionado, los resultados de Eagly y Crowley fueron los esperados: entre ellos, los hombres brindaron más ayuda y las mujeres recibían más ayuda que los hombres y ambos aspectos fueron más pronunciados en la medida en que una audiencia presenciaba el acto, otros potenciales proveedores de ayuda estaban presentes y cuando se presentaba una necesidad. Por ejemplo, esto último –que implica tomar la

iniciativa– se vincula con la asertividad, característica propia del género masculino, según las autoras. Además, en términos generales, los hombres ayudaban más a las mujeres, mientras estas tendían a ayudar a personas de ambos géneros.

La propia Eagly (2009) sostiene que mujeres y hombres son similares en su involucramiento en la prosocialidad, pero que difieren en su énfasis en diversas clases de conducta prosocial. Procesos biológicos que involucran cambios hormonales interactúan con factores socioculturales (sujetos a cambios culturales) de expectativas estereotípicas de los otros e identidades de género individuales (p. ej., grado de internalización de agencia y comunión) para producir similitudes y diferencias sexuales/de género. Eagly parte de la definición de roles de género como creencias compartidas que se aplican a los individuos sobre la base de su sexo identificado socialmente y que tienen un componente descriptivo (estereotipos), que indica lo que es típico para cada sexo, y uno prescriptivo, que indica qué deberían hacer los hombres y mujeres. En cuanto a lo descriptivo, en situaciones ambiguas o confusas, las personas tienden a realizar las conductas típicas de su sexo. En cuanto al aspecto prescriptivo, este les dice a las personas lo que es considerado admirable para su sexo en su contexto cultural, pudiendo con ello ganar aprobación social o fortalecer su autoestima. Esto implicaría distintas conductas prosociales para hombres y mujeres. A partir de la identificación de valores de comunión (o de conexión con otros) y de agencia (asertividad), a los que volveremos al tratar la identidad moral, se suele concebir a las mujeres como más comunitarias (amistosas, no egoístas, preocupadas por otros y emocionalmente expresivas) y a los hombres como más centrados en la agencia (expertos, asertivos, competitivos y dominantes), por lo cual las conductas prosociales que tienen un foco en un aspecto u otro serán más habituales en cada género. Serían más comunes en los hombres las conductas que tienen un énfasis colectivo, facilitan ganar estatus o implican una posición más elevada. Por ejemplo, tomar la iniciativa, ayudar frente a una audiencia, o algunas conductas heroicas tienen predominancia en el rol de género masculino (agencia). Por otro lado, en las interacciones en relaciones cercanas, muchas de las conductas prosociales tienen un énfasis comunitario o relacional ya que involucran, por ejemplo, un cuidado extendido, vinculándose al rol femenino. De hecho, existe evidencia de que las mujeres proveen en mayor medida que los hombres un apoyo emocional sensible. Otra consideración es que algunas diferencias entre sexos en el comportamiento reflejan diferencias en tamaño y fuerza física, lo que inclinaría a distintas conductas prosociales.

Por otro lado, un estudio longitudinal con adolescentes de 13 a 18 años (Van der Graaff et al., 2018) encontró que –siempre con una media superior para las mujeres– la

prosocialidad se incrementó en ellas entre los 13 y los 16 años con un ligero declive posterior; en cambio, en los varones fue estable entre los 13 y 14, continuó con un incremento hasta los 17 y luego declinó levemente. De acuerdo con Van de Graaff et al (2018), los distintos patrones por género (la prosocialidad emerge más temprano para las mujeres, intensificándose las diferencias a favor de ellas entre la adolescencia temprana y la media) de su propio estudio permitirían saldar las inconsistencias encontradas en estudios previos. Para la muestra general, el incremento fue continuo entre los 13 y los 17 con un ligero descenso a los 18.

Nuevamente respecto del tipo de prosocialidad, un metanálisis (con estudios con participantes de 10 a 18 años) abordó las diferencias de género en los mismos tipos de prosocialidad que aborda el presente trabajo (Xiao et al., 2019). Si bien Xiao et al. (2019) sostienen que mujeres y hombres son, en general, más similares que diferentes en la prosocialidad, encontraron que las mujeres (más allá de ligeras diferencias por región/cultura) mostraban una media superior, aunque el efecto era pequeño. Además, hubo diferencias de género de tamaño más grande en conductas típicas del género (*gender-typed*) (altruista, pública, emocional, urgente/crisis, complaciente) que en la neutral (anónima). Más específicamente, las mujeres manifestaron una mayor magnitud de conducta altruista, emocional, urgente/crisis (en este caso, de forma contraria a las expectativas), complaciente y total, mientras que los hombres mostraron una mayor magnitud de conducta pública.

Por otro lado, no son muchos los estudios que han evaluado diferencias de género en prosocialidad en la adultez emergente. Algunos de ellos han sido comentados al aludir a las tendencias evolutivas (Crocetti et al., 2016; Luengo Kanacri et al., 2013) y reportaban medias superiores para las mujeres. Un estudio también previamente citado de Eisenberg et al. (2005), con participantes de 15 a 26 años –lo que cubre una parte sustancial de la adultez emergente– mostró que las mujeres y los hombres no difirieron en ayuda auto-reportada, que incluyó muchos ítems de ayuda instrumental (como ofrecer el asiento a un extraño en el autobús) –lo que se encuentra en línea con hallazgos ya reportados–, así como ítems vinculados al compartir y donar a la caridad. En otro estudio, Nielson et al. (2017) partieron teóricamente de la socialización de género, en particular de la teoría de intensificación de género, que plantea un probable incremento al ingresar en la adolescencia de la presión por parte de la cultura masculina hegemónica para responder a los estereotipos de género. En particular, encontraron, con adultos emergentes (18 a 25 años, media de 23) que, de las cinco dimensiones contempladas (conducta de defensa, ayuda emocional, inclusión, ayuda física y compartir), las mujeres mostraban diferencias a favor en menos dimensiones que con una muestra de adolescentes y adultos emergentes (16 a 21 años, media de 18), cuando se trataba

de ayuda a amigos/as y extraños. Nielson et al. concluyen que la presión hacia los hombres para evitar ciertos tipos de ayuda se reduciría a medida que la edad aumenta, aunque la emocional y la inclusión se mantendrían bajas, si bien cuando el destinatario era un familiar no se presentaba el mismo patrón. Por último, en un estudio con participantes de 18 a 25 años (media de 20) que indagó las diferencias de género en la prosocialidad multidimensional (evaluada mediante el PTM), Padilla-Walker et al. (2008) encontraron diferencias significativas en favor de las mujeres en conducta prosocial altruista y emocional y en favor de los hombres en conducta prosocial pública.

2.3.2. Factores vinculados a la socialización

Existen diversos factores y agentes que desempeñan un rol en la socialización de la conducta prosocial. Por un lado, en relación con la cultura, según de Guzman et al. (2014) existe evidencia de que las culturas colectivistas promueven una mayor prosocialidad que las individualistas en los/as niños/as [ver Martí-Vilar, Serrano-Pastor y González Sala (2019) para la influencia positiva del colectivismo a nivel individual]. No obstante, hay también resultados mixtos y, por el contrario, se ha encontrado que muchas de las conductas parentales suelen tener una influencia similar en culturas diversas (de Guzman et al., 2014). Por otro lado, de acuerdo con Hastings et al. (2007), la mayor cantidad de evidencia sobre la influencia de los agentes de socialización en la prosocialidad se encuentra con relación al rol de los progenitores. En general, se ha encontrado que, más allá de algunos matices –tal como la interacción con el temperamento– los padres/madres con autoridad (*authoritative*) promueven más la prosocialidad que aquellos con un estilo autoritario (*authoritarian*). Además, la investigación se ha dirigido a una serie de aspectos específicos de los estilos de crianza (*parenting styles*), entre los que encontramos el control (psicológico y conductual) y la disciplina, la inducción y el razonamiento, la socialización de las emociones, o la importancia del modelado y de la calidez, la sensibilidad y el apego, sobre el que trataremos luego en detalle. Es importante notar aquí que la evidencia mostraría que la calidez y el apoyo serían más importantes en la adolescencia para influir en la prosocialidad (especialmente hacia progenitores y familiares) (Padilla-Walker, 2014), mostrando una relación positiva con la prosocialidad complaciente, aunque negativa con la altruista (ver Carlo, McGinley et al., 2007; Padilla-Walker, 2014). Para Padilla-Walker (2014), la socialización de las emociones es un tipo de crianza proactiva (intentos de socialización antes de que la conducta tenga lugar) junto al aprendizaje experiencial y la enseñanza prosocial.

En relación con el control, Hastings et al. (2007) destacan que los progenitores con niños/as más prosociales suelen balancear esfuerzos razonables de control y expectativas de madurez con la flexibilidad y la responsividad, en tanto suelen evitar una disciplina muy estricta o punitiva (p. ej., castigos severos y hostilidad y rechazo). Una distinción de Hoffman (2000) da cuenta tanto de los aspectos disciplinarios como del valor de la inducción. Hoffman sostiene que, si bien raramente ocurren aislados, es posible diferenciar entre tres tipos disciplinarios. Por un lado, la afirmación de poder incluye, por ejemplo, amenazas del uso de fuerza física o privación de posesiones o privilegios, o el uso real de la fuerza física y de la privación (incluso sin explicaciones añadidas). Esto puede suscitar, entre otras respuestas, la ira y el miedo en el/la niño/a. La retirada de amor explícita es aquella en la que los progenitores dan una expresión directa (pero no basada en la afirmación de poder) de su ira o desaprobación de la conducta del menor, por ejemplo, ignorándolo o amenazándolo con abandonarlo. Esta modalidad usa el vínculo afectivo en mayor grado que la afirmación de poder, pero de un modo que puede provocar una respuesta disruptiva de ansiedad, más que de ira o miedo (aunque también puede ser atenuada por una explicación). Por último, la inducción, además de transmitir –al igual que las otras dos vías– la desaprobación de la conducta, consigue dos aspectos que otras técnicas disciplinarias no logran: a) llama la atención sobre el malestar de la víctima, haciéndolo saliente para el/la niño/a, utilizando así la proclividad hacia la empatía de este/a, movilizándolo uno o todos sus mecanismos de activación (*arousal*) y produciendo malestar empático; b) remarca el rol del/de la niño/a en dicho malestar. Entonces, cuando los/as niños/as procesan y entienden un mensaje inductivo, puede producirse en ellos una respuesta empática al malestar de la víctima, una conciencia de que su acción es la causa de dicho malestar y un sentimiento de culpa vinculado a la transgresión y basado en la empatía.

Para Padilla-Walker (2014), el control y la disciplina se enmarcan en la crianza reactiva, que en este caso es una respuesta habitual frente a la transgresión, pero que puede incluir el elogio parental y las recompensas materiales. Padilla-Walker reporta que, si bien en el corto plazo estas últimas pueden ser deseables, no lo son tanto en el largo plazo ya que existen resultados mixtos sobre su incidencia en la prosocialidad. Por ejemplo, existe evidencia sobre la influencia positiva del elogio y de las recompensas en la adolescencia sobre la conducta prosocial pública (y solo de las recompensas sobre la emocional) y negativa sobre el altruismo (ver también Carlo, McGinley et al., 2007), así como también sobre cómo las recompensas pueden contrarrestar la motivación interna hacia la ayuda en los/as niños/as [al

respecto, Warneken y Tomasello (2009) sostienen que las recompensas externas perjudican la tendencia a la ayuda instrumental en infantes].

También se ha destacado el rol de otros agentes. Dentro de la familia, existe evidencia –aunque escasa– sobre el rol de los/as hermanos/as y, en una línea más novedosa, también sobre los/as abuelos/as (sobre este último punto, se puede consultar Yorgason & Gustafson, 2014). Respecto de los/as hermanos/as, hacia la adolescencia se incrementa su influencia sobre el desarrollo de la prosocialidad (Carlo, 2006), si bien los progenitores continúan desarrollando un rol en este período –lo mismo sucede con la influencia de los pares– (Carlo, Fabes et al., 1999). Hastings et al. (2007) destacan que existe evidencia de que tener hermanos/as (y especialmente ser un/a hermano/a mayor) puede promover el desarrollo de la prosocialidad. Esto podría deberse tanto al hecho del juego compartido, como a la necesidad de acomodar la conducta a otra persona que –para los/as hermanos/as mayores respecto de los menores– podría tener menos destrezas, o también a las oportunidades de cuidado del otro que los progenitores brindan. Destacan, además, la importancia de la calidad de la relación. Distintos/as autores/as destacan otros factores, tales como la cantidad de tiempo compartido y la familiaridad (Eisenberg et al., 2015), la posibilidad de que los/as hermanos/as mayores sirvan de modelos (Carlo, 2006) y la naturaleza más igualitaria del vínculo fraternal (en comparación con la relación con los progenitores) (López et al. 1994; Martí Vilar & Lorente Escriche, 2010c), que permite incorporar patrones de prosocialidad y compartir, cooperar o ayudarse entre sí, más allá de la eventual conflictividad de esta relación (López et al, 1994).

Ya fuera de la influencia intrafamiliar, se ha planteado la influencia de otros agentes. Entre ellos, uno de gran importancia son los pares (y amigos/as). Wentzel (2014) recalca que, si bien en la niñez temprana el rol de los pares se ha destacado por su influencia en el desarrollo de las estructuras cognitivas que apoyan la prosocialidad, en los/as adolescentes se ha resaltado más la significación motivacional del apoyo social y emocional, así como los recursos provistos por los pares. Una perspectiva motivacional es sustentada en el incremento de la prosocialidad entre la niñez y la adolescencia, a pesar de la relativa estabilidad de las habilidades cognitivas (tal como la toma de perspectiva). Hastings et al. (2007) sugieren que habría una influencia bidireccional, ya que ser más prosocial podría generar mayor aceptación por parte de los pares, así como la aceptación (o tener un/a buen/a amigo/a) podría promover la prosocialidad. Carlo (2006) destaca –como ya sugerimos en relación con los/as hermano/as– tanto la naturaleza igualitaria del vínculo y cómo ello remite al carácter cooperativo de la relación con los pares en la obra de Piaget, como la importancia del modelado y la provisión de apoyo y calidez. Otros elementos sobre los que se ha encontrado

evidencia de su influencia sobre la prosocialidad son los/as maestros/as y las escuelas. Bergin (2014), además de notar la importancia de los programas formales de intervención educativa, describe evidencia sobre las prácticas de los/as maestros/as que permiten promover la prosocialidad. Si bien dicha evidencia es escasa, apunta a la misma dirección que la encontrada para los progenitores (Bergin, 2014; Hastings et al., 2007). Entre dichas prácticas se encuentran la relación positiva maestro/a-alumno/a (p. ej., calidez de los/as maestros/as), la promoción de la competencia emocional (socialización de emociones), el modelado (siendo ellos/as el ejemplo u otros), promover valores prosociales (de responsabilidad entre los/as alumnos/as), la disciplina inductiva, el refuerzo de la conducta prosocial (elogios) y la provisión de oportunidades para la práctica de la prosocialidad. De acuerdo con Martí Vilar y Lorente Escriche (2010c), el carácter singular de la escuela está dado por ser un contexto donde el/la maestro/a es un modelo, pero a la vez está presente también la influencia de los iguales, y ambos actúan como reforzadores de la conducta prosocial. Por último, se ha destacado el rol de los medios. Coyne y Smith (2014) reportan hallazgos en diversos tipos de medios (televisión, videojuegos, letras de canciones, música) y encuentran un vínculo positivo entre contenidos prosociales y la conducta prosocial, encontrando evidencia (para el caso de los videojuegos y las letras y música prosociales) que incluye a la adultez emergente.

2.3.3. Factores afectivos

La investigación sobre la influencia de factores afectivos sobre la prosocialidad y la moral cubre el dominio de muchas emociones o estados emocionales. En primer lugar, cabe destacar la importancia de la empatía, un proceso emocional orientado a otros, y –como tal– diferente de las emociones discretas (Tangney et al., 2007), como son en general las que mencionaremos a continuación. La empatía y su rol en la prosocialidad es abordada extensamente en el capítulo destinado a ella.

Por otro lado, es importante destacar a un rango amplio de emociones, las emociones morales, que han sido definidas por Haidt (2003) como aquellas que responden a violaciones morales o que motivan el comportamiento moral, o bien como aquellas que están ligadas a los intereses o bienestar de la sociedad en su conjunto o de personas distintas al juez o agente. Entre ellas, es necesario establecer una distinción entre las emociones morales autoconscientes, tanto las de valencia negativa [culpa, vergüenza y apuro o bochorno (*embarrassment*)] como la de valencia positiva (orgullo moral), y las emociones morales orientadas a otros (Haidt, 2003; Tangney et al., 2007). Estas últimas también pueden dividirse

entre aquellas de valencia negativa (desprecio, asco e ira o ira justificada) o positiva [gratitud, elevación, asombro maravillado (*awe*)] (Haidt, 2003; Tangney et al., 2007). Haidt (2003) llama a estas últimas emociones de condena o de alabanza a los otros, respectivamente, y ubica en un cuarto grupo a las emociones vinculadas al sufrimiento de otros (simpatía/preocupación empática o compasión). Por otro lado, se ha situado a la preocupación empática o simpatía como parte de un constructo más amplio, conmovido por amor al prójimo o *kama muta* (Zickfeld et al., 2017), que conforma junto, por ejemplo, a la elevación, el asombro maravillado o la gratitud, el conjunto de emociones de autotranscendencia (ver Pizarro Carrasco et al., 2018). Además de todas las mencionadas, se encuentran el estado emocional o emociones no morales relevantes para la moral, como la tristeza o la felicidad, ya sean situacionales o disposicionales (Eisenberg, 2000). En el caso del estado emocional positivo, se lo ha asociado consistentemente de forma positiva con la prosocialidad (Eisenberg, 2000; López et al., 1994; Martí Vilar & Lorente Escriche, 2010c), y esto se debería a que orienta la atención del sujeto hacia otras personas y además genera pensamientos positivos que promueven la conducta prosocial (López et al., 1994). En cuanto al estado de ánimo negativo, los resultados son más contradictorios y variarían según la situación y el tipo de emoción, aunque podrían promoverla en adultos y disminuirla en niños/as (López et al., 1994) (ver, por ejemplo, las investigaciones de Cialdini y Piliavin ya desarrolladas).

Volviendo sobre las emociones morales orientadas a otros, las de condena a otros son sentimientos negativos sobre las acciones o carácter de otras personas y entre ellas la ira o ira justificada aparece como la más prototípicamente moral –al menos en Occidente– e implica la posibilidad de tener la motivación de reparar injusticias, incluso cuando el sí mismo no está involucrado (Haidt, 2003), en particular ante la violación de estándares morales (Tangney et al., 2007). En el caso del asco, si bien de acuerdo con Haidt (2003) implica a menudo una tendencia de acción prosocial, su función central está en disuadir comportamientos culturalmente inapropiados; la evidencia sobre el desprecio es más escasa. Para Tangney et al. (2007), estas dos emociones aparecen como menos aptas para la acción moral correctiva. Entre las emociones de alabanza a otros, de valencia positiva y producidas por las acciones buenas o virtuosas de otros, la gratitud –por actos benevolentes de otras personas– funciona como un motivador y reforzador de la conducta prosocial y moral (Haidt, 2003; Tangney et al., 2007). Al respecto, también se encuentran matices: Mikulincer y Shaver (2010) encontraron un rol moderador del apego –disposicional y situacional–, ya que en los individuos seguros o de baja evitación y ansiedad se observa un nexo más fuerte entre gratitud

y prosocialidad. Según Haidt (2003), si bien tanto la gratitud como la elevación (ante la belleza moral o actos de benevolencia de otros) motivan directamente la conducta prosocial, la elevación crearía un deseo más generalizado de volverse uno mismo una mejor persona, seguir el modelo de los ejemplos morales y realizar conductas prosociales; por su parte, el *awe* (ante la belleza natural, artística o la ejemplaridad humana) podría calificar como una acción moral en una cultura religiosa devota.

En cuanto a las emociones autoconscientes, estas son evocadas por la autorreflexión y la autoevaluación explícita o implícita, consciente o inconsciente –y donde el *self* o sí mismo es el objeto de dichas emociones–; como tales, las emociones morales autoconscientes proveen un inmediato refuerzo o castigo de la conducta (Tangney et al., 2007). Esto puede tener lugar, según Tangney et al. (2007), tanto de forma anticipatoria como consecuencial, y tanto en respuesta a situaciones específicas como por una tendencia disposicional hacia ellas. Tangney et al. sostienen que la culpa es más adaptativa que la vergüenza, en tanto el *embarrassment* sería menos relevante para la moral, reportando evidencia de la importancia de la culpa en diferentes dominios, tales como la aceptación de responsabilidad y las acciones reparadoras, su relación negativa con las conductas ilegales y, especialmente, su relación positiva con la preocupación empática y la toma de perspectiva (p. ej., la vergüenza muestra aquí una relación positiva con el malestar personal). Para Haidt (2003), la culpa es la única de estas emociones que puede motivar la ayuda directa.

En relación con el orgullo moral, cumplir o superar estándares morales relevantes (e inhibir impulsos para comportarse inmoralmente) podría cumplir una función motivacional al recompensar y reforzar el compromiso moral (Tangney et al., 2007). No obstante, cabe hacer una distinción –al igual que con la culpa (específica) y la vergüenza (global)– en función de lo específico o global de la atribución. Así, se puede diferenciar entre orgullo alfa (sobre el sí mismo, global) y orgullo beta (sobre la conducta, específico) o *hubris* (global) y orgullo (específico) que, en el primer caso (alfa o *hubris*), podría acarrear riesgos y en el segundo caso (beta u orgullo) podría tener una influencia más positiva en la moral global (Etxebarria, 2003; Tangney et al., 2007). Por ejemplo, Etxebarria et al. (2015) encontraron –con escolares españoles/as de 9 a 11 años– que tanto el orgullo moral sentido tras la realización de una conducta prosocial como el orgullo disposicional, aunque no la evocación del orgullo moral sentido en el pasado, incidían positivamente en la intención de llevar a cabo otra conducta prosocial.

Abordaremos más específicamente la culpa que, para Eisenberg (2000), ha sido considerada la emoción moral por excelencia, si bien cabe distinguir la culpa tratada en la

tradición psicoanalítica –más ligada al malestar psicológico y problemas de ajuste que a la moral– de la culpa entendida como arrepentimiento ante la conducta inmoral, tal como es concebida por la psicología social y del desarrollo. En esta línea, Etxebarria Bilbao (2006) ha diferenciado entre una culpa ansioso-agresiva, irracional o neurótica (que ha sido descrita por Freud), una culpa asociada a la transgresión de los valores propios –o racional– y una culpa empática –o verdadera o interpersonal– y esta última es la que ha sido más claramente vinculada con las conductas reparatoras y la prosocialidad. Hoffman (2000) define a la culpa interpersonal como un sentimiento doloroso de desestima por uno mismo, habitualmente acompañado por un sentido de urgencia, tensión y arrepentimiento, que resulta del sentimiento empático por el malestar de alguien, combinado con la conciencia de haber sido el causante de dicho malestar. Etxebarria Bilbao (2006) aclara que, una vez asociadas la responsabilidad personal y la empatía en la promoción de la culpa, ambas por separado pueden promover la culpa interpersonal.

También se han destacado otros factores afectivos. Al respecto, Martí-Vilar, Serrano-Pastor y González Sala (2019), quienes sitúan aquí a la inteligencia emocional en el plano emocional (o afectivo), aunque ponen a prueba diversas conceptualizaciones del constructo, investigaron (además de otros factores de orden cultural y cognitivo) su relación con la prosocialidad y encontraron no solo correlaciones positivas, sino también que la inteligencia emocional era un predictor positivo de la conducta prosocial, especialmente las dimensiones de la inteligencia interpersonal, como habilidad para entender las emociones de otros, y la evaluación emocional de los otros, es decir el reconocimiento apropiado de sus emociones, al los diversos modelos señalados sobre la inteligencia emocional.

2.3.4. Factores cognitivos

El razonamiento moral y el razonamiento moral prosocial, junto a la toma de perspectiva, suelen ser los constructos de esta índole más vinculados con la prosocialidad (ver Eisenberg et al., 2015). La toma de perspectiva será desarrollada en profundidad al tratar el rol de la empatía. Se ha propuesto, además, la influencia positiva de otros factores cognitivos, tales como la atribución de emociones morales (Eisenberg et al., 2015), el concepto (positivo) de naturaleza humana, o bien la incidencia de otros más inestables y situacionales, como la percepción que tiene el sujeto sobre sí mismo, las atribuciones sobre quien recibe la ayuda y los juicios sobre la competencia propia para conocer lo que sucede y brindar la ayuda adecuada (ver López et al., 1994). También se ha dado importancia a la inteligencia

(Eisenberg et al., 2015; López et al., 1994), en la medida en que las habilidades cognitivas (p. ej., inteligencia) podrían subyacer a las habilidades sociocognitivas (toma de perspectiva, razonamiento moral) relevantes para la prosocialidad (Eisenberg et al., 2015).

Más específicamente sobre el razonamiento moral, de acuerdo con Eisenberg et al. (2015), distintos aspectos del esquema tanto de Piaget (p. ej., intencionalidad) como del modelo de Kohlberg han sido inconsistentemente relacionados con la conducta prosocial en niños/as; no obstante, el modelo de Kohlberg ha mostrado, en general, relaciones positivas con la prosocialidad en menores. Kohlberg y Candee (1984/1992) sostienen que hay un aumento en la consistencia de la conducta moral real al avanzar de estadio a estadio y reportan evidencia no solo sobre ello (porcentaje de las personas que ayudan respecto de las que consideraron que debían ayudar), sino también sobre la naturaleza creciente tanto de la decisión de ayudar como de la acción prosocial a medida que el estadio es más alto. No obstante, en cualquier caso, el razonamiento moral es solo un predictor modesto de la conducta moral (Blasi, 1980). Al respecto, se han desarrollado propuestas sobre factores que permitan explicar la brecha razonamiento moral-acción (*moral judgment-action gap*), estando entre ellos la identidad moral.

En contraste, Carlo (2006) señala la sustancial evidencia del nexo del razonamiento moral prosocial con la prosocialidad. Este implica el razonamiento sobre dilemas morales en el que los deseos o necesidades de la persona entran en conflicto con los de otros, en un contexto donde las autoridades, la ley, las reglas, el castigo y las obligaciones formales desempeñan un rol mínimo (Eisenberg et al., 2015), a diferencia del razonamiento moral, centrado en la justicia o valores como la igualdad (Hardy, 2006; Kohlberg, 1992). Eisenberg et al. (2015) sostienen que los niveles más orientados a otros o más maduros suelen promover en mayor medida la prosocialidad, afirmando también que el grado y la valencia de dicha relación varía en función del tipo de conducta prosocial, por ejemplo, al asociarse más con la prosocialidad costosa (p. ej., donaciones) que con la no costosa. También se ha encontrado evidencia en relación con medidas multidimensionales de la prosocialidad, tal como las que evalúa el PTM. Al respecto, Carlo y colaboradores encontraron, por ejemplo, que el nivel más desarrollado (Internalizado) se asociaba positivamente con las conductas prosociales altruistas, emocionales, urgente/crisis, complaciente y anónima, mientras que el primer nivel (Hedonista) mostraba relaciones negativas con todas esas dimensiones en adolescentes (Carlo et al., 2003); en cambio, con adultos emergentes (media de 20 años), el razonamiento hedonista mostró una relación positiva con la prosocialidad pública y negativa con la

emocional y la altruista, mientras que el internalizado evidenció un patrón exactamente opuesto, además de asociarse positivamente con la complaciente (Carlo & Randall, 2002).

2.3.5. Factores de personalidad y situacionales

Dovidio et al. (2006) sostienen que, incluso cuando las personas están en una misma situación, existen diferencias individuales en sus reacciones. En cualquier caso, según Eisenberg et al. (2006), suele haber una consistencia modesta a través del tiempo y de diversas situaciones en la conducta prosocial (aunque dicha consistencia varía según la medida de la conducta prosocial y la edad) y ello sería el supuesto básico de la existencia de correlatos de la personalidad para la prosocialidad. De acuerdo con Dovidio et al. (2006), los teóricos de la personalidad consideran que algunas personas muestran dicha consistencia en la prosocialidad y que las diferencias individuales en su conducta se deberían a diferencias en sus rasgos de personalidad. Eisenberg et al. (2015) plantean una revisión de las variables de personalidad/temperamentales más frecuentemente asociadas con la conducta prosocial. Entre ellas, la sociabilidad muestra una relación positiva con la prosocialidad, en particular con la espontánea y ante personas o contextos extraños, mientras que la ansiedad social y la timidez muestran una relación negativa; en particular, la asertividad muestra una relación positiva con la prosocialidad espontánea y la no asertividad con la complaciente. Otras características, tales como la competencia social, la emocionalidad positiva, la autorregulación y los valores también han sido asociadas positivamente con la respuesta prosocial. Se tratará en detalle los valores al abordar la identidad moral. Además, otros conceptos habitualmente considerados se desprenden del modelo de los cinco grandes factores de la personalidad (*big five*), donde se ha destacado la influencia positiva de la agradabilidad (*agreeableness*) y la escrupulosidad (*conscientiousness*), y de la combinación de ambas, sobre la prosocialidad (ver Dovidio et al., 2006).

Además, de acuerdo con Dovidio et al. (2006), se han realizado esfuerzos por encontrar grupos de características de la personalidad que correlacionen elevadamente entre ellas y que, en conjunto, se relacionan con los pensamientos, sentimientos y acciones prosociales. Entre estas conceptualizaciones encontramos el concepto de orientación prosocial planteado por Staub (2015), que implica una preocupación por el bienestar de otras personas, lo que es una fuente probable de la empatía, junto a una visión positiva de los seres humanos y una creencia y sentimiento de responsabilidad personal por el bienestar de otros. Rushton et al. (1981) abogan por la idea de que hay un rasgo de altruismo tan amplio como para ser

definido como personalidad altruista, mostrando consistencia transituacional. Estos autores brindan evidencia de que podría estar asociado a capacidades como la empatía, la responsabilidad social, el razonamiento moral, el apoyo emocional (*nurturance*), una actitud sensible y valores prosociales. Por su parte, Penner y colaboradores han planteado el constructo de orientación prosocial de la personalidad (*prosocial personality orientation*) como una tendencia duradera a pensar sobre el bienestar y derechos de otras personas, a sentir preocupación y empatía y a actuar de un modo que beneficie a otros (ver Penner & Orom, 2010). Este concepto se asocia a dos factores: empatía orientada a otros –responsabilidad social, preocupación empática, toma de perspectiva y razonamiento moral– y tendencia/voluntad para ayudar (*helpfulness*) (ver Penner & Orom, 2010). Una posible vía para investigar estos constructos es abordar personas inusuales, héroes (Dovidio et al., 2006) o los ejemplos morales ya mencionados y que se desarrollarán al tratar la identidad moral.

Por otro lado, se han destacado una serie de factores situacionales que incidirían en la prosocialidad. Algunas perspectivas situacionales han sostenido que, incluso si las disposiciones o rasgos de la personalidad existen, tendrían escasa influencia en la prosocialidad (Penner & Orom, 2010). Así, hemos destacado previamente cómo en el modelo de Darley y Latané, tanto la naturaleza y claridad del evento, como otros indicios situacionales, la influencia social informativa y la existencia de otros observadores o no, tenían un rol central en la toma de decisiones sobre la respuesta prosocial. Asimismo, destacamos la existencia de normas sociales. López et al. (1994) dividen a los factores situacionales entre aquellos relativos a la propia situación, los relativos al beneficiario de la ayuda y los relativos al propio sujeto. Entre los primeros destacan las situaciones que demandan ayuda espontánea, en donde ganan peso los factores situacionales, versus la ayuda planificada, en donde incrementan su influencia las características disposicionales y estables de la persona (p. ej., empatía). Incluyen en este conjunto también a la presencia o ausencia de observadores y al grado de ambigüedad de la situación ya mencionados. En relación a los factores vinculados al beneficiario/destinatario, se encuentran una serie de elementos que pueden propiciar la ayuda, tal como la mayor necesidad del beneficiario, o –como ya desarrolláramos– la mayor familiaridad o pertenencia al endogrupo o similitud del beneficiario, las atribuciones sobre su responsabilidad, u otras características de personalidad o individuales [tal como el género; al respecto ver Eagly y Crowley (1986), ya desarrollado] o la reacción esperada (p. ej, aceptación) por parte del beneficiario. Por último, López et al. (1994) aluden –dentro de los factores relativos al sujeto– al estado psicológico momentáneo (en línea, por ejemplo, con las teorizaciones de Cialdini y colaboradores), al impacto positivo

de la semejanza entre la situación y experiencias pasadas y al coste percibido por el sujeto, que se han tratado al desarrollar el modelo de Piliavin y colaboradores.

Por último, destacaremos la perspectiva interaccionista (Dovidio et al., 2006), que sostiene una interacción entre persona y situación, que alude a la influencia conjunta de factores disposicionales y situacionales (Penner & Orom, 2010). Penner y Orom (2010) sostienen que esta interacción se da en distintos tipos de conducta prosocial, tal como en el voluntariado (macronivel) o en dadas y ayuda de corto plazo (mesonivel), reportando evidencia de ello. Por ejemplo, en el voluntariado se ha encontrado incidencia tanto de la orientación de personalidad prosocial como de aspectos situacionales (p. ej., relación con otros voluntarios), aunque estos últimos permitirían mayor variabilidad interindividual que en la ayuda a corto plazo. En este último caso, además, los indicios situacionales y otras variables relacionadas (tales como las normas sociales) son habitualmente salientes y potentes, promoviendo que usualmente las variables de la personalidad interactúen con las variables situacionales.

CAPÍTULO III

LA EMPATÍA

3.1. Empatía: Definición y modelos teóricos

El estudio de la empatía implica diferenciar entre usos del concepto que en muchos casos se han tornado extremadamente complejos. Al respecto, Batson (2009) ha revisado el constructo y ha encontrado al menos ocho posibles acepciones del mismo, con diversas denominaciones (además del término “empatía”): 1) Conocer el estado interno de otra persona, incluyendo sus pensamientos y sentimientos (denominado como empatía cognitiva o precisión empática); 2) Adoptar la postura –o expresión– o emparejar las respuestas neurales del otro observado [denominado como imitación motora (*motor mimicry*) o imitación (*imitation*)]; 3) Llegar a sentir (la misma emoción) que otro/a siente, o bien al menos una emoción similar, y donde se vuelve importante la captación o experimentación (*catching*) de la emoción de la persona en cuestión (ha sido denominado como contagio emocional, empatía afectiva o empatía emocional automática); 4) Intuir o proyectarse a uno/a mismo/a en la situación de otro/a, donde cobra importancia la imaginación (denominada como *Einfühlung* a partir del uso de Lipps o también como empatía estética); 5) Imaginar lo que otro/a está pensando o sintiendo, basándose en las expresiones del otro/a o en el conocimiento personal (denominada como empatía psicológica, proyección, toma de perspectiva o perspectiva de *imagine other* o *imagine him*), y no proyectarse a uno mismo como era en 4) (donde se imaginaba cómo uno/a se sentiría en dichas circunstancias); 6) Imaginar cómo uno/a pensaría o se sentiría en el lugar de otro/a, lo que la acerca a la acepción 4, pero aquí el sí mismo es más central (denominada como empatía cognitiva, empatía proyectiva, simulación, perspectiva de *imagine self*, toma de rol en la perspectiva de Mead o toma de perspectiva o descentramiento en la perspectiva de Piaget); 7) Sentir malestar (p. ej., ansiedad) al ser testigo del sufrimiento de otra persona e involucra malestar generado por (*by*) el estado del otro/a (denominado como malestar empático o malestar personal); se diferencia de la acepción 3 en que esta implica sentir malestar como el/la otro/a, y de la acepción 8, que implica malestar ante o hacia (*for*) el estado del otro/a; 8) Sentimiento (o sentir) ante el sufrimiento de otra persona, entendido como una respuesta emocional orientada al otro/a y suscitada por (y congruente con) el bienestar –o la necesidad– percibida del otro/a, donde la congruencia no implica que el contenido de la emoción sea igual o similar como sí lo era en la acepción 3, sino que alude a la valencia, por ejemplo, negativa ante una situación negativa del otro/a (denominada como preocupación empática, simpatía o compasión, o malestar simpático o compasivo).

Los ocho distintos fenómenos a los que alude Batson (2009) se vinculan a dos preguntas que la investigación se ha destinado a responder. Por un lado, “¿Cómo conocemos los pensamientos y sentimientos de otro/a?”. En sí misma, la acepción 1 se corresponde con esta pregunta y las acepciones 2 a 6 se han ofrecido como respuestas a ella. La otra pregunta es: “¿Qué lleva a una persona a responder con sensibilidad y cuidado al sufrimiento de otra?”. Para ello, se han ofrecido como explicaciones posibles las acepciones 7 (malestar personal) y 8 (preocupación empática). Es decir, estas no son fuentes del conocimiento (o de las creencias sobre el conocimiento), sino reacciones a dicho conocimiento. En cualquier caso, otras acepciones, como la 3, vinculada a sentir como la otra persona se siente, han sido ofrecidas como posibles explicaciones de la prosocialidad, según Batson, y de este ingente campo de investigación daremos cuenta más abajo.

Entre las definiciones más utilizadas en el campo de la moral sobresale, por ejemplo, la de Hoffman (2000), quien concibe la empatía como una respuesta afectiva vicaria más congruente con el estado de otras personas que con el propio. O bien la de Eisenberg y colaboradores (ver Eisenberg & Eggum, 2009), quienes la entienden como una respuesta afectiva que parte de la aprehensión o comprensión del estado emocional o condición de otro, y que es similar a lo que la otra persona está sintiendo o que se espera que debería sentir. Es a la vez un sistema interdependiente de componentes afectivos y cognitivos (Davis, 1980). Otra definición, de Uzefovsky y Knafo-Noam (2017), coincide explícitamente en este último punto e incluye en la empatía emocional el compartir las emociones de otro mientras se mantiene una distinción sí mismo-otro, y en la empatía cognitiva la capacidad de reconocer y comprender con precisión lo que otro siente. Por tanto, limitan el componente cognitivo a una toma de perspectiva afectiva (con las emociones de otro como objeto) y excluyen la toma de perspectiva cognitiva (pensamientos, creencias, etc. de otros). Además, se enfoca en la precisión (eficacia), lo que en términos del modelo de Davis, que veremos, implica centrarse en los resultados (*outcome*) del proceso de toma de perspectiva y no en dicho proceso como tal. Asimismo, por último, se suele distinguir entre empatía disposicional (o empatía rasgo) y la empatía situacional. La primera es una tendencia relativamente estable de la persona a percibir y experimentar de forma vicaria en mayor o menor grado los afectos de otras personas. La empatía situacional es el grado (mayor o menor) de experiencia afectiva vicaria que tienen las personas en una situación concreta (López et al., 1994).

Otra distinción relevante es aquella desarrollada por Eisenberg y colaboradores (p. ej., Eisenberg & Miller, 1987; Eisenberg et al., 2015) entre la empatía (*empathy*) y la simpatía o compasión (*sympathy*). La primera, en sintonía con la definición ya comentada de Eisenberg y

Eggum (2009) puede incluir el emparejamiento emocional y la experiencia vicaria de un rango de emociones consistentes con las de los otros (Eisenberg & Miller, 1987; Eisenberg et al., 2015); además, involucraría alguna diferenciación –y cierta conciencia de ello– entre los estados emocionales propios y los de otros (ver Eisenberg & Eggum, 2009). La noción de que la empatía implique una similitud con lo que otro siente o debería sentir permite, por ejemplo, que si una persona ve a alguien que está triste y siente tristeza está experimentando empatía, pero también que si es probable que una situación genere dicha emoción (por ejemplo, el funeral de un ser amado), el observador puede sentir tristeza empática aun cuando la otra persona no muestre signos manifiestos de ello. En estos casos, involucraría un procesamiento cognitivo (acceder a información almacenada sobre esa situación o situarse en el lugar del otro). En el primer caso, sería un proceso automático, aunque involucra cierta diferenciación sí mismo/otro (Eisenberg, 2005). En contraste, la simpatía se refiere a una respuesta emocional que parte del estado o condición emocional de otro y que no es idéntica a dicha emoción, sino que consiste en sentimientos de tristeza o preocupación por el bienestar del otro. Esta respuesta afectiva a menudo surge de la empatía (Eisenberg & Miller, 1987; Eisenberg et al., 2015). El concepto de simpatía se ve representado en la noción de preocupación empática de Davis –que veremos luego– (1980, 1983) y en la octava acepción de Batson (2009). En ninguno de los dos casos (empatía/simpatía) el foco está de forma primaria en el sí mismo (Eisenberg & Miller, 1987). Eisenberg (2000) plantea que las reacciones vinculadas a la simpatía a menudo están basadas en la tristeza empática, pero que también pueden estar basadas en la toma de perspectiva cognitiva o en información cognitiva codificada y relativa a la situación del otro a la cual se accede a través de la memoria. Para Eisenberg et al. (2012), la empatía orienta a la persona al estado emocional de otra y contribuye a una mejor comprensión de ese estado, en tanto la simpatía proveería la motivación afectiva para mejorar la condición de ese otro.

Por otro lado, Davis (1980, 1983, 1996) ha operacionalizado el constructo global de empatía (disposicional) de un modo que pretende evitar un enfoque unipolar (ya sea afectivo o cognitivo) y lo plantea como integrado por cuatro dimensiones que tienen en común que todas hacen referencia a la responsividad hacia otros. Estas son: la preocupación empática, la toma de perspectiva, el malestar personal y la fantasía (Davis, 1983). De acuerdo con Davis (1983), la preocupación empática y el malestar personal son dimensiones claramente emocionales: en el primer caso, orientada a los otros; en el segundo, orientada al sí mismo. La toma de perspectiva es la dimensión más propiamente cognitiva, en tanto la fantasía es tratada de forma más ambigua, aunque el autor parece asociarla de forma más cercana a factores

emocionales (a contramano de muchas investigaciones que la conciben como una dimensión cognitiva). Davis y Franzoi (1991) explícitamente sostienen que se acerca más en “tono” a las dos subescalas emocionales. En contraste, Davis (1996) sugiere que la fantasía podría recaer bajo el título de toma de perspectiva, por su característica de imaginarse en la situación de otro, pero –como veremos– el carácter ficticio de esos otros en su instrumento dificulta esa interpretación. El propio Davis (1980, 1983), entonces, ha diseñado el *Interpersonal Reactivity Index* (IRI), para medir estas cuatro dimensiones. Resulta interesante destacar que el mismo Davis (1980, 1983) ha encontrado correlaciones significativas entre las distintas subescalas en distintas muestras de estudiantes: en mayor medida, positivas de la preocupación empática con la toma de perspectiva y la fantasía y negativas de la toma de perspectiva con el malestar personal; en mucha menor medida, asociaciones positivas de la toma de perspectiva con la fantasía y, solo en hombres, del malestar personal con la preocupación empática y la fantasía. En términos del modelo de Davis (1996), que veremos más abajo, el IRI indaga en los antecedentes (diferencias individuales en la tendencia disposicional estable a involucrarse en un proceso como la toma de perspectiva y a experimentar resultados afectivos –preocupación empática, malestar personal–), como también en el proceso de toma de perspectiva (no en el resultado ni en la habilidad) y en los resultados afectivos mencionados. Este instrumento es el utilizado en la presente investigación.

La preocupación empática, de acuerdo con Davis (1983) alude a sentimientos (orientados a otros) de simpatía y preocupación por otros desafortunados. En cualquier caso, su definición remite también a lo previamente desarrollado en relación con la simpatía. Según Davis (1996), ambos conceptos son análogos, como también lo es la utilización del término empatía en la obra de Batson.

La toma de perspectiva, por su parte, ha sido definida como la capacidad de tomar imaginativamente la perspectiva de otro, y entonces tener alguna comprensión del estado afectivo interno y del procesamiento cognitivo de esa otra persona (Eisenberg, 1982). Resulta necesario distinguir entre tres modalidades de toma de perspectiva: perceptual, cognitiva y afectiva. La toma de perspectiva perceptual involucra la habilidad de imaginar la perspectiva visual de otros (Davis, 1996). La toma de perspectiva cognitiva implica la capacidad de imaginar o inferir los motivos, pensamientos, intenciones o creencias de otros (Davis, 1996; Healey & Grossman, 2018). La toma de perspectiva afectiva involucra la habilidad de inferir las emociones o sentimientos de otras personas (Healey & Grossman, 2018), que no necesariamente incluyen una reacción afectiva en el observador (Davis, 1996). De acuerdo

con Davis (1996), las medidas de la empatía en adultos –como el IRI– ignoran la toma de perspectiva (o toma de rol) perceptual y tienden a combinar la toma de perspectiva cognitiva y la afectiva en un solo constructo, al cual habitualmente se denomina toma de perspectiva social. Al respecto, Healey y Grossman (2018) sostienen que, si bien no hay consenso al respecto, la subescala de toma de perspectiva del IRI de Davis combina ítems vinculados a la toma de perspectiva cognitiva con otros que miden la toma de perspectiva afectiva.

Por otro lado, el malestar personal ha sido definido como sentimientos personales de ansiedad e incomodidad que resultan de observar las experiencias negativas de otros (Davis, 1980), o bien como sentimientos, orientados al sí mismo, de ansiedad personal e inquietud en escenarios interpersonales tensos (Davis, 1983). De acuerdo con Eisenberg y colaboradores/as, el malestar personal, al igual que la simpatía, podría derivar tanto de la empatía afectiva como de procesos cognitivos puros (p. ej., recuperación de la memoria), y también, quizás, de otras emociones, como la culpa (ver Eisenberg & Eggum, 2009) o la vergüenza (Eisenberg, 2005).

Por último, la fantasía alude a la tendencia de las personas a transponerse imaginativamente dentro de los sentimientos y acciones de personajes ficticios (por ejemplo, de libros, películas u obras de teatro) (Davis, 1983).

De acuerdo con Eisenberg y Miller (1987), en general se ha asumido que la activación inducida vicariamente (*vicariously induced arousal*) por la aprehensión del estado emocional o situación general de otro puede producir una preocupación por este (simpatía/preocupación empática), una activación aversiva dentro del sí mismo (malestar personal), o ambas. En esta línea es que, de acuerdo con Eisenberg (2000), la empatía pura no está orientada al otro (tampoco lo está hacia el *self*, como ya se señalara). Davis (1996) destaca al respecto que la visión de Eisenberg sobre la empatía es neutral en la orientación sí mismo/otro al concebirla como una respuesta paralela orientada a emparejar la respuesta del otro. Sin embargo, continúa Eisenberg (2000), con un procesamiento cognitivo posterior (suponiendo que el individuo es suficientemente mayor para diferenciar entre los estados internos propios y los de los otros), una respuesta empática habitualmente tiende a las opciones mencionadas por Eisenberg y Miller (1987). Davis (1983), haciendo uso de la teoría de Hoffman, alude a la toma de perspectiva como dicho elemento cognitivo que podría conducir bien a la simpatía o bien al malestar personal. Incluso, la diferenciación entre preocupación empática y malestar personal se ha indagado desde las neurociencias (para una revisión, ver Decety & Lamm, 2009). Eisenberg y Eggum (2009) describen que es necesario un nivel óptimo de activación (*arousal*) y Eisenberg (2000) plantea la importancia de la autorregulación, indicando que los

estudios empíricos muestran una relación positiva entre autorregulación y simpatía (y también con la empatía medida de forma más general), especialmente en niños/as, y una relación negativa consistente entre el malestar personal y la autorregulación en adultos. Eisenberg (2010), además, especifica que la autorregulación se relaciona en general con una elevada simpatía disposicional y, a veces, situacional.

El propio Davis (1996) ha planteado un modelo organizacional de la empatía, definida aquí en un sentido amplio como un conjunto de constructos vinculados a la respuesta de un individuo a las experiencias de otros. Este modelo integra a las cuatro dimensiones mencionadas que contempla el IRI, y cualquier “episodio empático” involucraría los siguientes elementos: a) antecedentes, b) procesos, c) resultados (*outcomes*) intrapersonales y d) resultados interpersonales, conjeturándose asociaciones entre cada constructo y los que aparecen más tarde en el modelo y vínculos más fuertes entre los constructos adyacentes. Los antecedentes pueden ser personales (tales como la capacidad para la empatía, historia de aprendizaje y socialización) y diferencias individuales en las tendencias disposicionales estables (como las medidas por el IRI) para involucrarse en procesos como la toma de perspectiva o experimentar resultados afectivos como la preocupación empática. También hay antecedentes situacionales, en relación con la fuerza (*strength*) o poder evocador de las circunstancias o en relación con el grado de similitud entre observador y destinatario, que propician la respuesta afectiva.

A partir de ello, el segundo conjunto está integrado por los procesos, que varían en el grado de sofisticación y esfuerzo cognitivo requerido (Davis, 1996). Estos incluyen los modos o mecanismos que subyacen a la activación empática planteados por Hoffman (2000) y otros señalados por otros/as autores/as. Los no cognitivos incluyen a la reacción circular primaria que, de acuerdo con Davis (1996), se liga al llanto del recién nacido ante el llanto de otro infante, que describe Hoffman (2000), y a la imitación motora (*motor mimicry*) o tendencia del observador a imitar automáticamente y básicamente de forma inconsciente al destinatario, lo que generaría en aquel un estado emocional consistente con el de este (Davis, 1996). Según Hoffman (2000), este último modo, que él denomina *mimicry*, involucra dos pasos: la imitación (*imitation*), que implica cambios en la dimensión facial, vocal y postural en sincronía con otro y un *feedback* aferente, generado por la imitación, que produce sentimientos en el observador que se emparejan a los de la víctima. Sería el único de los modos que asegura un emparejamiento entre los sentimientos del observador y del destinatario, al menos en los encuentros cara a cara.

Por otro lado, para Davis (1996), los procesos cognitivos simples requieren, en cambio, al menos una habilidad cognitiva rudimentaria. Entre ellos se encuentra, por un lado, el condicionamiento clásico, que implica aquí la evocación de un estado emocional ante un indicio afectivo de otros si en el pasado se presentaron el indicio afectivo de otro y el estado emocional propio de forma simultánea, quizás por estar expuestos al mismo estímulo (Davis, 1996), y también desempeñaría un rol el *feedback* aferente que contribuiría al emparejamiento emocional (Hoffman, 2000). Por otro lado, la asociación directa, versión más general de la anterior (Davis, 1996), que no requiere experiencias previas de emparejamiento entre el malestar propio y el indicio de malestar en otros. Esta solo requiere que el observador haya tenido esos sentimientos en el pasado, los cuales pueden ser evocados por los indicios actuales similares de la víctima o la situación, y aquí también el *feedback* aferente puede contribuir al emparejamiento (Hoffman, 2000). Otro proceso es el etiquetamiento (*labelling*), propuesto por Eisenberg y colaboradores/as, que implica inferir algo de la experiencia de otro (p. ej., felicidad) a partir de indicios simples (p. ej., ceremonia de graduación) (Davis, 1996). Los tres que postula Hoffman (2000) (*mimicry*, condicionamiento clásico y asociación directa) son, según el autor, primitivos, automáticos e involuntarios y, entre otras características, requieren que la víctima esté presente y solo permiten empatizar con emociones simples. Estos son modos básicos y constituyen la empatía en los años preverbales de la niñez (Gibbs, 2010).

Por último, entre los procesos cognitivos avanzados, se encuentra la asociación mediada por el lenguaje (Davis, 1996), donde este provee el único indicio del estado afectivo del otro y donde el significado actúa como vínculo entre la experiencia de la víctima y la del observador, quien procesa y decodifica semánticamente el mensaje y, al relacionarlo con su experiencia previa, posibilita la activación empática (Hoffman, 2000). Un constructo similar es el de redes cognitivas elaboradas, en Eisenberg y colaboradores/as (Davis, 1996). El más avanzado de los procesos es la toma de perspectiva (Davis, 1996) y Hoffman (2000) utiliza la distinción entre la toma de perspectiva auto-enfocada (*imagine self*), donde a través de imaginar cómo se sentiría en la misma situación la persona podría experimentar un afecto similar al del otro y la toma de perspectiva enfocada en otros (*imagine other*), donde se focaliza directamente en la víctima y en la imaginación de cómo se siente ella, lo que podría conllevar a experimentar esos sentimientos. Si bien la primera aporta más intensidad en el malestar empático, puede conllevar también un mayor malestar empático relativamente puro o malestar personal y obstaculizar el proceso empático por un giro egoísta (*egoistic drift*). La combinación de ambas puede significar la opción más madura, de acuerdo con Hoffman

(2000). La asociación mediada por el lenguaje y la toma de perspectiva representan modos maduros (Gibbs, 2010).

Por otro lado, continúa Davis (1996), los resultados intrapersonales son las respuestas afectivas y no afectivas del observador que resultan de la exposición al destinatario (y primariamente de los procesos señalados) y en sí mismos no necesitan manifestarse en conducta observable. Los afectivos pueden ser paralelos o reactivos. Los paralelos podrían ser considerados como la respuesta afectiva prototípica, una reproducción real (*actual*) en el observador de los sentimientos del destinatario. Ello lo acerca a definiciones de empatía comentadas más arriba, como la tercera acepción descrita por Batson o las de Eisenberg o Hoffman, en la medida en que impliquen un emparejamiento empático (*empathic match*). En general, son respuestas más auto-centradas. En contraste, los reactivos son reacciones que difieren del afecto observado en otros y no una simple reproducción del mismo. Aquí se incluyen, continúa Davis (1996), la simpatía o preocupación empática (y lo que Batson ha denominado empatía), y también el malestar personal (en las circunstancias en que los afectos difieren, por ejemplo, malestar ante la tristeza de otro, aunque la valencia –negativa– sea similar; de lo contrario, sería una respuesta paralela) y la ira empática. Son respuestas en general más orientadas a otros (con excepción del malestar personal, que es auto-centrado y con un tono negativo) y requieren procesos cognitivos más sofisticados. Por tanto, un criterio distintivo clave entre respuestas paralelas y reactivas es el grado de similitud entre los afectos del observador y destinatario.

Los resultados intrapersonales no afectivos son principalmente cognitivos e incluyen la precisión interpersonal (*interpersonal accuracy*), que son juicios interpersonales centrados en la estimación exitosa de los pensamientos, sentimientos o características de otros. También se incluyen los juicios atribucionales del observador sobre la conducta del destinatario y los juicios evaluativos sobre otros, de naturaleza más global. Se suele considerar que estarían influidos por el proceso de toma de perspectiva. Por último, los resultados interpersonales son definidos como las conductas manifiestas dirigidas al destinatario resultantes de la exposición previa, tales como las conductas de ayuda, las agresivas y las que suceden en el contexto de las relaciones sociales, e influidas más directamente por los resultados intrapersonales. Es importante destacar algunos elementos de este modelo. Por un lado, si bien los constructos adyacentes se asocian más fuertemente, las diferencias individuales (como aquellas medidas por el IRI) podrían afectar a los resultados interpersonales de forma directa, sin demasiada mediación de otros constructos; una posibilidad es que elevados niveles de empatía disposicional se asocien con valores y estándares personales que propicien la prosocialidad.

Por otro lado, el modelo secuencial propuesto podría, en cambio, implicar una retroalimentación desde constructos posteriores hacia los previos (p. ej., la ayuda a otro puede reducir el propio malestar personal).

3.2. Empatía: Desarrollo y diferencias de género

Al desplazarnos al plano evolutivo, una teoría central del desarrollo de la empatía es la propuesta por Martin Hoffman, que refleja aspectos del modelo de Davis descrito, si bien más centrado en la capacidad para la empatía que en la tendencia a utilizarla (Davis & Franzoi, 1991). Nos limitamos aquí a lo que Hoffman (2000) denomina el escenario del espectador inocente (que es testigo del dolor o malestar –físico, emocional, económico– de otros), encuentro moral prototípico del malestar empático (*empathic distress*) y afectos relacionados. Este se diferencia de otros escenarios, como el de transgresión (donde alguien daña o va a dañar a otro), vinculado a los tipos disciplinarios ya desarrollados y a la internalización moral. La empatía, para Hoffman, además de una función motivacional (ver López et al., 1994), posee un sustrato biológico/fisiológico. Davis (1996) sugiere que la empatía, entendida como un resultado afectivo paralelo, podría ser el mecanismo proximal dentro del individuo que ligue el nivel genético (en línea con lo propuesto por las teorías sociobiológicas) y la conducta altruista. Además, contiene un componente afectivo y uno cognitivo, que se deriva del sentido de otros como distintos de uno mismo y que se evidencia también en la cognición social, como la toma de perspectiva, en los niveles avanzados (Hoffman, 2000). Hoffman (2000) sugiere, en relación con el desarrollo sociocognitivo, que la relación del sentido del sí mismo y los otros atraviesa cuatro etapas: a) diferenciación confusa del sí mismo y otros; b) conciencia (*awareness*) del sí mismo y los otros como entidades físicas separadas; c) conciencia del sí mismo y los otros como poseedores de estados internos independientes; d) conciencia del sí mismo y los otros como poseedores de historias, identidades y vidas personales más allá de la situación inmediata. Estas etapas interactúan con el afecto empático activado a través de los diversos mecanismos (procesos en el modelo de Davis), los cuales coexisten y continúan operando a lo largo de la vida, generando las etapas que se describen a continuación:

1) Malestar empático global: Basado en evidencia de que los infantes responden con llanto al oír el llanto de otros infantes (llanto reactivo), y no así a su propio llanto o, por ejemplo, a uno producido sintéticamente, se plantea que los infantes responden a los indicios del malestar de otros sintiendo malestar ellos mismos. El otro sería sentido aquí como parte de la misma

entidad psicológica global que el sí mismo. Los mecanismos de activación son esencialmente una imitación automática (*mimicry*) y el condicionamiento.

2) Malestar empático egocéntrico: en esta etapa, ya hacia el final del primer año, la respuesta al malestar de otros (malestar empático) y su malestar real es similar, por ejemplo, gatean para lograr contacto con su madre, como forma de calmarse a sí mismo. Ello se debería a que no habría aún una diferenciación clara entre algo que le sucede a otro y algo que le sucede al sí mismo. Si bien el desarrollo de un sí mismo coherente y continuo separado de otros se encuentra en curso, aún no lo está lo suficiente y los mecanismos de activación son aún preverbales (*mimicry*, condicionamiento, asociación).

3) Malestar empático cuasi-egocéntrico: en esta etapa, al comienzo del segundo año de vida, el infante se da cuenta del malestar o incomodidad del otro y sus acciones están destinadas a ayudarlo (desde el contacto físico hasta intervenciones positivas más diferenciadas). Existe conciencia de que los otros están físicamente separados y, si bien se encuentran limitados a modos de activación preverbales, son capaces de tener una toma de perspectiva (*role-taking*) –aunque rudimentaria y autoenfocada–, que ya les permite no confundir su malestar empático con el de la víctima ni con su malestar real. Si bien el malestar empático es una motivación prosocial (intentos de ayuda), todavía las acciones son erróneas (*misguided*), ya que no hay una comprensión clara de los estados internos de otros y el infante asume que lo que resulta de ayuda para sí mismo ayudará a otros (p. ej., ante el llanto de otro infante acercarle la mano de su propia madre, a pesar de que la madre del otro esté presente).

4) Malestar empático verídico: ya hacia la segunda mitad del segundo año de vida, la conciencia de que otros tienen estados internos (pensamientos, sentimientos, deseos) y que ellos podrían diferir de los propios posibilita que el infante empatice de forma más precisa con los sentimientos y necesidades de otros en diferentes situaciones y que los ayuden más efectivamente. Aquí no solo se puede empatizar con el malestar del otro, sino tomar su perspectiva o rol y reflexionar sobre las necesidades particulares de la víctima en esa situación. Aquí, la toma de perspectiva no solo puede ser enfocada en el sí mismo, sino también en otros. La transición de la etapa anterior hacia esta tendría lugar cuando los infantes están cognitivamente preparados para aprender de la retroalimentación correctiva después de cometer errores “egocéntricos” (p. ej., se dan cuenta que su oso de peluche no logra calmar a su amigo). Esta etapa tiene todas las características de la empatía madura y continúa su crecimiento y desarrollo durante toda la vida.

5) Malestar empático con las condiciones de vida de otros (“más allá de la situación”): Ligado a la comprensión de que otros son personas continuas con identidades e historias separadas, se

desarrolla una conciencia de que las emociones de otros no solo se asocian a la situación inmediata, sino a un contexto más amplio, por lo cual si bien continúa un malestar en respuesta al dolor o malestar del otro, también hay malestar empático por lo que se imagina sobre una situación de vida crónicamente triste o displacentera (que no cumple un mínimo estándar de bienestar). En última instancia, aparece la capacidad de empatizar no solo con un individuo, sino con grupos enteros (p. ej., víctimas de la guerra), lo que sería la forma más avanzada de malestar empático. Esta última capacidad (Empatía por grupos desfavorecidos) es considerada una sexta etapa en las últimas conceptualizaciones de Hoffman (ver Gibbs, 2010).

Es importante destacar que, con la diferenciación sí-mismo/otro que aparece en la tercera etapa, también se produce una transformación cualitativa desde el malestar empático (que es una respuesta paralela, una réplica más o menos exacta del malestar real o supuesto de la víctima) hacia el malestar compasivo o simpático (*sympathetic distress*) (Hoffman, 2000). Este, según Hoffman (1991), es análogo a la empatía en Batson, y por tanto a la preocupación empática/simpatía (Davis, 1996; Eisenberg et al., 2015). Según Davis (1996) ya no es una respuesta paralela, sino reactiva, que se ve propiciada por los avances en la toma de perspectiva. En cambio, Hoffman (1991) liga el malestar empático con el malestar personal de Batson, pero sin su misma cualidad egoísta. La transformación señalada puede ser relativamente completa, según Hoffman (2000), pero un componente empático puro se mantendría aun en la adultez y esta característica dual (malestar empático/malestar compasivo) se reflejaría, como ya sugiriéramos, en la toma de perspectiva que combina el foco en el sí mismo con el foco en otros. Debe destacarse, además, que entre las limitaciones del malestar empático se encuentra la posibilidad de la sobre-activación empática (*empathic over-arousal*), que es un proceso involuntario que ocurre cuando el malestar empático es tan doloroso e intolerable que se transforma en un intenso sentimiento de malestar personal que aleja al observador del modo empático. Además, otras emociones son posibles a partir del malestar empático y en ello incide también la cognición, en particular la atribución causal (p. ej., la ira empática, donde un tercero es responsable del sufrimiento).

Zahn-Waxler y Radke-Yarrow (1990), al revisar diversas investigaciones y sus propios estudios, brindan evidencia de que entre el final del primer año y el comienzo del tercero los infantes comienzan a sentir más preocupación empática/simpática (*sympathetic distress*) y menos malestar personal. Sin embargo, más recientemente, y más allá de plantear que muchos aspectos de la teoría de Hoffman han recibido sustancial apoyo, Davidov et al. (2013) recogen evidencia de que la preocupación empática tendría lugar de forma aún más temprana que el

segundo año de vida, incluso a los seis meses. McDonald y Messinger (2011) sostienen que, en general, las tendencias tempranas hacia la empatía (y la prosocialidad) serían consistentes y estables a través del tiempo, si bien mencionan la escasez de información sobre su proyección hacia la adultez. Eisenberg y colaboradores/as (ver Eisenberg & Fabes, 1998; Eisenberg et al., 2006) han encontrado un efecto positivo de la edad sobre la empatía/simpatía y las diferencias eran más grandes en estudios observacionales o de auto-informe que con medidas no verbales (faciales/fisiológicas) y reportes de otras personas (en estas últimas no eran significativas). Además, con diversas medidas de empatía afectiva, una serie de estudios en España han indagado este tema. Por ejemplo, Sánchez-Queija et al. (2006) encontraron una tendencia creciente en la empatía en adolescentes de 13 a 19 años, pero solo en las mujeres (en los hombres era estable) (ver también Garaigordobil, 2009; Garaigordobil & Maganto, 2011).

Más específicamente en relación con la presente investigación, Davis y Franzoi (1991) indagaron los cambios en las cuatro subescalas del IRI en alumnos de noveno a doceavo grado (aproximadamente de 14 a 18 años), encontrando una tendencia creciente en preocupación empática y toma de perspectiva, así como una tendencia decreciente en malestar personal (además de reportar medias superiores para las mujeres en las cuatro subescalas, menos pronunciadas para la toma de perspectiva). En un estudio en España que consideró participantes de 13 a 23 años, Retuerto Pastor (2004) en términos generales halló una tendencia creciente con la edad para la preocupación empática, la toma de perspectiva y la fantasía (pero no decreciente para el malestar personal, lo que el autor destaca que contrasta con investigaciones previas); asimismo, encontró un efecto principal para género, con las mujeres puntuando más elevado en preocupación empática, malestar personal y fantasía. En un estudio ya referido, que también se extiende hasta la adultez emergente, Eisenberg et al. (2005) hallaron una tendencia estable de la simpatía/preocupación empática, una tendencia creciente de la toma de perspectiva (especialmente hasta el comienzo de los veinte) y también una tendencia decreciente del malestar personal (con medias superiores para las mujeres en simpatía y, marginalmente, en toma de perspectiva). Por último, desde un abordaje narrativo, Soucie et al. (2012) exploraron los cambios en la experiencia empática desde la adolescencia (14-17 años) a la adultez emergente (18-20 años). Encontraron, entre otros resultados, que si bien la edad no correlacionaba con la empatía disposicional (una combinación de las escalas de preocupación empática y toma de perspectiva del IRI), sí lo hacía y fue un predictor positivo de una orientación prosocial y de la construcción de sentido (*meaning making*), así como de la identidad empática. Los autores consideran que el conjunto de sus resultados

apunta en la dirección de un dominio empático en el sí mismo (o identidad) moral en desarrollo durante la adolescencia y que aparece aún más integrado en la adultez emergente en una narrativa o historia de vida.

Para concluir sobre el aspecto evolutivo, diversos estudios indagaron en el desarrollo de la empatía en gran parte del ciclo vital. Una investigación con participantes desde los 18 años de Sommerlad et al. (2021) exploró la relación de la preocupación empática y la toma de perspectiva con la edad y otras variables sociodemográficas y de personalidad. Encontraron que la toma de perspectiva declinaba con la edad, no así la preocupación empática, al considerar toda la muestra. No obstante, al considerar el género, ambas dimensiones de la empatía mostraban un patrón de U invertida para las mujeres (con un crecimiento hasta alcanzar un pico a los 40-50 años y luego un declive, si bien se mantenía superior a la de los hombres). Para el género masculino, la toma de perspectiva decrecía y la preocupación empática aumentaba con la edad (si bien las mujeres mostraban medias superiores). La toma de perspectiva no solo se asociaba a menor edad (la mayor diferencia tenía lugar entre el grupo de 18-25 años y los/as mayores de 75), sino también al género femenino; ambas dimensiones se asociaban positivamente a otras características (p. ej., mayor nivel educativo, trabajar en el sector social o de salud y a la agradabilidad). Concluyen que la reducción en toma de perspectiva podría reflejar parcialmente una reducción de la flexibilidad cognitiva con la edad, mientras que la preocupación empática podría reflejar influencias sociales y culturales. O'Brien et al. (2013) investigaron, en tres amplias muestras de personas de 18 a 90 años, el curso de la preocupación empática y la toma de perspectiva (medidas con el IRI). Esencialmente, encontraron un patrón curvilíneo para la edad en ambas variables, con picos en la adultez media, entre los 50-60 años (excepto para una de las muestras en donde la preocupación empática tuvo un pico entre los 70-80 años) y medias más bajas en los extremos (forma de U invertida). En todo el ciclo vital evaluado, la media para las mujeres fue superior en ambas subescalas, en tanto las diferencias por etnia fueron pequeñas e inconsistentes. Para los autores no es claro si los efectos de la edad se deben exclusivamente a cambios relacionadas con la misma o bien a efectos de cohorte. Grünh et al. (2008) indagaron los cambios en la empatía (con una escala que evaluaba aspectos emocionales y cognitivos conjuntamente) entre los 15 y los 87 años, y las personas mayores –en los análisis transversales– tendían a tener menores niveles de empatía. No hubo aquí diferencias de género ni entre grupos étnicos. En el análisis longitudinal a lo largo de 12 años no hubo un efecto de la edad sobre la empatía y esta se mantuvo estable más allá de tendencias individuales crecientes o decrecientes que, de hecho, no se relacionaban con la edad. Por ello

concluyen que las diferencias entre los grupos se deberían a efectos de cohorte y que los fundamentos de la empatía se constituirían de forma temprana (infancia a adolescencia), manteniéndose luego estable. En esta línea, Konrath et al. (2011) llevaron a cabo un metaanálisis de los cambios en la empatía disposicional (vía el IRI) a lo largo del tiempo (entre 1979 y 2009) en estudiantes universitarios. Encontraron que las generaciones más recientes reportan menos preocupación empática (tamaño del efecto medio a grande) y toma de perspectiva (pequeño a medio), pero no hubo incidencia para el malestar personal y la fantasía, incluso cuando se controlaron variables vinculadas a la riqueza (tasas de desempleo e inflación); los resultados se explican principalmente por los cambios desde los 2000. Uzefovsky y Knafo-Noam (2017), además de señalar que, en general, se ha encontrado una relación negativa o no significativa entre edad y empatía, también en estudios longitudinales, concluyen que, dado que en los resultados de los estudios señalados difieren las cohortes con mayor o menor empatía, podría haber efectos tanto de la edad como de las cohortes. Continuaremos aludiendo a la edad al tratar el género.

Se ha aludido a diferencias de género al tratar la edad. Más puntualmente, un artículo clásico de Eisenberg y Lennon (1983) sobre las diferencias de género en empatía (que incluía estudios que involucraban desde el emparejamiento emocional hasta la simpatía) y toma de perspectiva afectiva de la niñez a la adultez muestra que los resultados varían notablemente según el método de evaluación. Especialmente, con cuestionarios de auto-informe y reporte de otros, las diferencias en favor de las mujeres son notables. En particular, en el auto-reporte en adultos, que en su mayoría evaluarían la simpatía, las diferencias son aún más pronunciadas. También se encuentran diferencias a favor del género femenino en otras categorías, como el llanto reactivo en infantes o en las medidas de dibujos/historias (con niños/as y tendentes a evaluar el emparejamiento emocional), aunque se identifican dificultades metodológicas. En contraste, medidas fisiológicas (en su mayoría con adultos) o faciales/gestuales (en su mayoría con niños/as), en las cuales no es fácil determinar si evalúan emparejamiento o simpatía, son menos concluyentes. En cuanto a las variaciones en toma de perspectiva afectiva que –según las autoras– se han ligado con las diferencias en la capacidad empática, no encuentran discrepancias en la capacidad de decodificar indicios visuales manifiestos y no verbales ni en pruebas más tradicionales (dibujos e historias), si bien las mujeres sí manifiestan una mayor capacidad de decodificar indicios auditivos no verbales de otros. Seguimientos posteriores de estos datos por Eisenberg y colaboradores/as (ver Eisenberg & Fabes, 1998; Eisenberg et al., 2006) no solo comprobaron un efecto global a favor de las mujeres, sino que mostraron que las mayores diferencias tenían lugar con

destinatarios desconocidos/no especificados y estudios de auto-reporte, encontrándose en segundo lugar los métodos observacionales; además las diferencias se incrementaban con la edad. Los hallazgos sobre los auto-informes y la edad podrían vincularse con la activación de estereotipos de género y su internalización creciente, respectivamente; en cambio, los hallazgos observacionales mostrarían que, si bien modestas, existen diferencias reales. Además, un amplio metaanálisis sobre diferencias de género en expresión emocional en niños/as y adolescentes de 0 a 17 años encontró diferencias (con tamaños del efecto de muy pequeños a pequeños) en favor de las mujeres en simpatía/preocupación empática (en el conjunto de emociones internalizadoras –que incluía simpatía, tristeza y otras– esta diferencia tenía lugar principalmente en situaciones negativas y con personas no familiares) (Chaplin & Aldao, 2013). Por otro lado, un estudio longitudinal de Mestre et al. (2009) con adolescentes de 13 a 16 años en España evidenció que, si bien tanto mujeres como hombres mostraron tendencias crecientes con la edad, en los dos momentos de evaluación las mujeres puntuaron más elevado en las cuatro subescalas del IRI y dichas diferencias se pronunciaron con la edad. En el segundo momento (media de 14 años) los tamaños del efecto se tornaron grandes y fueron mayores para la preocupación empática, seguida del malestar personal, la fantasía y la toma de perspectiva. Encontraron diferencias más marcadas aun al utilizar el IECA de Bryant, una medida de empatía emocional. Más específicamente, Carlo et al. (2015) hallaron, en un estudio longitudinal, que la preocupación empática creció linealmente en las mujeres y en los varones decreció entre los 12 y los 15, incrementándose a los 16 años, siempre con medias superiores para las mujeres. Por otro lado, el propio Davis (1980) también encontró medias superiores para las mujeres en las cuatro subescalas del IRI. Además, si bien no todos, otros estudios en los que profundizaremos en apartados posteriores al tratar la relación empatía-conducta prosocial también han evidenciado diferencias en favor de las mujeres, tanto en medidas de empatía ligadas al emparejamiento emocional como en diversas subescalas del IRI. Se ha aludido tangencialmente a la importancia de la empatía para la prosocialidad. A ello se dedica el siguiente apartado.

3.3. Empatía y conducta prosocial

Con relación al rol general del afecto en la prosocialidad, aquel influye en qué procesa una persona y en cómo lo hace. Los motivos afectivos influyen en la manera en que son interpretados los inputs cognitivos y en la utilización de las habilidades de toma de perspectiva y de otros tipos de cognición social. Finalmente, las motivaciones afectivas

juegan su rol en determinar si un individuo responde a las necesidades de otro en una determinada situación (por ejemplo, la relación emocional entre el potencial benefactor y el destinatario de la ayuda). Entre estos elementos afectivos, encontramos la empatía, la culpa, la vergüenza y el afecto positivo/negativo en general (Eisenberg, 1982). No obstante, al respecto cabe diferenciar que la empatía es entendida como un proceso emocional con implicaciones sustanciales para la conducta moral más que como una emoción moral discreta (como la culpa o la vergüenza) (Tangney et al., 2007).

La empatía, en particular, es considerada como un motivador fundamental de la conducta prosocial (Eisenberg et al., 2015) y de la conducta prosocial altruista en particular (Ortiz, 1994). De acuerdo con Ortiz (1994), existen dos posturas distintas de por qué la empatía es un motivador del comportamiento altruista, que ya han sido delineadas en el capítulo 2. En primer lugar, la sostenida por Piliavin et al. (1981, como se citó en Ortiz, 1994) en el que la motivación del observador activado empáticamente es reducir su propio malestar personal. La activación fisiológica vivida como ansiedad es atribuida a la situación de necesidad del otro y, por ello, la persona se siente motivada a ayudar por razones estrictamente egoístas: eliminar su propio malestar, ansiedad o activación fisiológica etiquetada como negativa. El que esta motivación le lleve a decidir prestar ayuda o inhibirse depende de la previsión de costes/beneficios que el sujeto pueda hacer. Entre los costes personales de la ayuda se encuentran la aversión psicológica, tiempo y esfuerzo, el riesgo físico, dinero, sanciones y pérdida de recompensas sociales (Ortiz, 1994). En segundo lugar, la postura sostenida por Batson et al. (1981). Al igual que en el modelo anterior, otorgan una gran importancia a la activación fisiológica y emocional en la motivación para ayudar, teniendo lugar también la intervención de factores situacionales en la decisión final, pero consideran que la activación empática produce una motivación altruista para reducir no la activación propia, sino el malestar o sufrimiento de los demás (Ortiz, 1994). Relacionado con lo anterior, se encuentran, entonces, dos tipos de reacciones empáticas distintas ante la situación de necesidad del otro, que suscitan diversas respuestas: la empatía centrada en sí mismo (ansiedad), caracterizada por inquietud personal, sentimiento de alarma y de angustia (que podríamos asimilar a lo que hemos definido antes como malestar personal), y la empatía centrada en la víctima (análoga a lo que hemos definido como simpatía o preocupación empática), más consistente y estable en su relación con la prosocialidad (Ortiz, 1994). Se profundizará este aspecto al tratar los estudios de Batson et al. (1981).

De acuerdo con Eisenberg y Miller (1987), en su clásico metaanálisis sobre la relación entre empatía y conducta prosocial, a menudo es imposible diferenciar, tanto en los escritos

teóricos como empíricos, si los autores se refieren a la empatía, a la simpatía o a ambas. Por tanto, en las conclusiones de su metaanálisis no diferencian entre los hallazgos que se refieren a la empatía de forma más global y aquellos que remiten solo a la simpatía o a la preocupación empática, aludiendo solamente al término empatía. Eisenberg y Miller concluyen que el grado de asociación positiva entre medidas de conducta prosocial y empatía varía dependiendo del método de medición de esta última. Así, la asociación entre índices de empatía a partir de dibujos e historias y la conducta prosocial no fue significativa, mientras que la asociación entre otras medidas de la empatía (situaciones experimentales o indicadores fisiológicos, por ejemplo) y la conducta prosocial fue en general significativa. Una de las asociaciones más fuertes se dio cuando se consideró medidas de auto-reporte de la empatía en situaciones experimentales simuladas. Además, encontraron un efecto bajo, pero significativo y un poco más elevado en adultos, de las instrucciones vinculadas a la toma de perspectiva (p. ej., *imagine other*) sobre la conducta prosocial. Las diferencias de las medidas que mostraron relaciones más significativas con la conducta prosocial con aquellas medidas de dibujos e historias son numerosas. Una de ellas es que, en general, en los estudios que involucran simulaciones o inducciones experimentales, el objeto de la empatía y de la acción prosocial son el mismo. Así, dado que se espera una relación entre la empatía y la conducta prosocial solo cuando la respuesta empática es activada, es razonable encontrar relaciones entre la empatía y la conducta prosocial cuando involucran el mismo objeto y la misma situación. Además, la mayoría de los estudios con dibujos/historias se realizaron con niños/as y los restantes con mayoría de adultos. Esto explicaría una relación más débil, ya que Eisenberg y Miller concluyen que habría evidencia de que la relación entre empatía y conducta prosocial en los menores sería en sí más débil que en los adultos. Probablemente esto se debería a que las respuestas afectivas y conductuales se vuelven más integradas con la edad, en la medida que los/as niños/as desarrollan mayores competencias prosociales y están más capacitados para interpretar sus propias reacciones simpáticas (es decir, vinculadas a la simpatía/preocupación empática), pudiéndose esperar así una asociación más fuerte entre índices de empatía y de altruismo.

En términos generales, los coeficientes de correlación del metaanálisis de Eisenberg y Miller (1987), si bien significativos, no fueron grandes: aproximadamente entre .10 y .36. Esto se debería según los autores a una serie de razones. Una de ellas sería (además de la utilización de dibujos e historias) que en muchos estudios la medida de la empatía podría haber reflejado reacciones de malestar personal (que estos autores en particular desligan de la empatía) y otras reacciones no empáticas. Otra podría ser que en muchas de las

investigaciones la medida de la conducta prosocial no evaluaba respuestas altruistas, por lo que no habría razones conceptuales para esperar una relación entre la empatía y la conducta prosocial. Una tercera posibilidad sería que no todas las conductas altruistas (un tipo de conducta prosocial que evaluaron) son motivadas por la empatía, sino, por ejemplo, por valores morales internalizados. Asimismo, se indican limitaciones metodológicas, tales como la no utilización de medidas agregadas de empatía (aquellas que son producto de la utilización de múltiples medidas de una variable). No obstante, concluyen Eisenberg y Miller, la mayoría de los indicadores de empatía estuvieron positiva y significativamente relacionados con medidas de conducta prosocial o altruista.

Diversos estudios en España han vinculado la empatía con la prosocialidad. Por ejemplo, Ortiz Barón et al. (2018) encontraron que la empatía, que consideran un factor motivacional básico, fue un predictor positivo de la prosocialidad (en niños/as de 10 a 14 años) y que aquella interactuó con el orgullo moral en la misma dirección (también la culpa fue un predictor positivo, en tanto la vergüenza fue un predictor negativo). Por su parte, Sánchez-Queija et al. (2006) hallaron, en adolescentes de 13 a 19 años, no solo una correlación positiva entre empatía y conducta prosocial, sino que también la primera fue un predictor positivo de la segunda. Además, hallaron que las mujeres eran más prosociales (excepto entre los 12 y 14 años) y empáticas durante toda la adolescencia. Otros estudios también constatan asociaciones positivas entre empatía y conducta prosocial en población infantil y adolescente (Garaigordobil, 2009; Garaigordobil & García de Galdeano, 2006, Garaigordobil & Maganto, 2011; Tur-Porcar et al., 2016). Estos estudios, en línea con muchos otros –tales como muchos de los contemplados en el metaanálisis de Eisenberg y Miller (1987)–, evaluaron a la empatía bien con el QMEE (*Questionnaire Measure of Emotional Empathy*) de Mehrabian y Epstein o bien con el IECA (*Index of Empathy for Children and Adolescents*) de Bryant, adaptación para población infantil y adolescente del anterior (ver Mestre et al., 1999), y en todos los casos establecieron un puntaje global de empatía. Si bien el QMEE establece subescalas, es planteado como un instrumento para evaluar la empatía emocional o afectiva permitiendo establecer un puntaje global. Para Davis (1996), se puede entender aquí la empatía afectiva como la tendencia a reaccionar emocionalmente a la observación de las experiencias de otros. Además, en las subescalas del instrumento se contemplan ítems que incluyen desde la susceptibilidad al contagio emocional y las respuestas emocionales extremas a la tendencia compasiva o simpática (*sympathetic tendency*) (Mehrabian & Epstein, 1972), esta última sí más cercana a lo que en el IRI se denomina preocupación empática. Para Eisenberg y Miller (1987), Mehrabian y Epstein (1972)

consideran a la empatía como una combinación de emparejamiento emocional y respuesta simpática/compasiva. Para Davis (1996), se miden respuestas paralelas y afectivas, incluyendo el emparejamiento emocional, la preocupación empática, el malestar personal y la ira empática. De este modo, las dimensiones más claramente cognitivas (como la toma de perspectiva) no aparecen contempladas, en tanto las dimensiones afectivas (aquellas orientadas al otro como la preocupación empática, como las orientadas al yo, como el malestar personal) no aparecen delimitadas del mismo modo que en el IRI. Eisenberg y Miller (1987) destacan que solo el IRI contempla subescalas separadas para preocupación empática, toma de perspectiva, malestar personal y fantasía. En el presente trabajo se busca establecer la influencia diferencial de estas dimensiones sobre las variables dependientes, por lo cual el IRI aparece como el instrumento más adecuado. En los siguientes apartados, se reportarán estudios que diferencian claramente entre esas dimensiones.

En conclusión, la incidencia de la empatía (como un constructo global) sobre la prosocialidad ha sido demostrada (ver Eisenberg et al., 2006), e incluso se alude al nexo causal entre empatía y prosocialidad (Eisenberg et al., 2015), pero ello no está exento de obstáculos. En particular, en cuanto al problema de que las medidas de empatía incluyan, por ejemplo, al malestar personal, según Eisenberg et al. (2015), desde la década de 1980, los/as investigadores/as han comenzado a tener en cuenta la necesidad de diferenciar entre empatía, simpatía (o preocupación empática) y malestar personal. Incluso, de acuerdo con Eisenberg et al. (2015), para la época del metaanálisis de Eisenberg y Miller (1987) muchos estudios no diferenciaban entre estas dimensiones. Lo reportado hasta aquí plantea la necesidad de exponer estudios que evalúen por separado distintas dimensiones de la empatía, tales como la preocupación empática, la toma de perspectiva, el malestar personal y la fantasía. Además, como se dijera, en la presente investigación se utiliza un abordaje multidimensional de la empatía (Davis, 1980, 1983), que toma a las variables mencionadas como componentes del concepto más amplio de empatía. A ello se destinan los siguientes apartados. Se incluirán también, estudios que consideran el carácter multidimensional de la conducta prosocial, en sintonía con la conceptualización de la misma utilizada en la presente investigación y con el instrumento utilizado, el *Prosocial Tendencies Measure* (PTM, Carlo & Randall, 2002), que distingue entre seis subtipos de conducta prosocial: Altruista, Pública, Emocional, Urgente/Crisis, Complaciente y Anónima.

3.3.1. Preocupación empática y conducta prosocial

Del mismo modo que la empatía entendida como un constructo global, la preocupación empática también ha sido vinculada con la conducta prosocial por diversos/as autores/as (Eisenberg et al., 2006, 2015). Por ejemplo, en el metaanálisis de Eisenberg y Miller (1987) previamente citado, en las ocasiones en que se distinguió simpatía/preocupación empática de empatía en las medidas de dibujos e historias, se encontraron, incluso con estos instrumentos, relaciones de la simpatía con la prosocialidad, especialmente cuando se consideró al altruismo de forma específica. De hecho, una de las más sólidas explicaciones de la conducta prosocial es brindada por la hipótesis Empatía-Altruismo, aportada por Batson (2010, 2012), y a la que luego aludiremos. Cabe destacar que la utilización del concepto de empatía que hace Batson alude, de acuerdo con diversos/as autores/as (Davis, 1996; Eisenberg et al., 2015), a la simpatía o preocupación empática.

Eisenberg et al. (2015) sostienen que se presume la existencia de una relación causal tanto de la empatía –como ya se mencionó– como de la simpatía con la conducta prosocial, tanto en contextos específicos como a nivel disposicional. La empatía puede evocar a menudo la simpatía y se espera que la preocupación simpática (*sympathetic concern*, que Eisenberg et al. no diferencian explícitamente de la preocupación empática) motive la conducta orientada a otros, incluido el altruismo. No obstante, hay más evidencia de asociaciones dentro del mismo contexto que a través de contextos, si bien, en general, los/as niños/as con una disposición a la simpatía parecen ser algo más prosociales que otros/as niños/as (Eisenberg et al., 2006).

Respecto de la población de estudio, Piliavin y Charng (1990), en su revisión, confirman que –si bien los resultados con menores son inconsistentes– la investigación con adultos ha mostrado una relación causal entre empatía (y preocupación empática) y comportamientos de ayuda. En este punto, Piliavin y Charng remiten a la falta de diferenciación –ya mencionada– entre simpatía o preocupación empática y malestar personal en estudios previos, y sugieren la posibilidad de que la preocupación empática presente una relación con la prosocialidad también en los/as niños/as. Además, a los ya señalados problemas metodológicos encontrados por Eisenberg y Miller (1987), suman otro obstáculo para encontrar relaciones significativas. Puntualmente, un estudio de Malti et al. (2009) indagó, en menores de seis años, la relación de la simpatía y de la motivación moral con la conducta prosocial. La motivación moral incluía un fuerte componente cognitivo sobre la validez de las reglas morales, pero también por la aceptación de la propia responsabilidad, elemento que acerca este concepto a la identidad moral (ver Blasi, 1983). Es relacionada aquí

con precursores tempranos de la identidad moral. Mediante dos estudios, y con ligeros matices, relacionados con las distintas personas que reportaban la prosocialidad (el/la propio/a niño/a, las madres y maestros/as) encontraron, además de correlaciones positivas entre ambas, que la simpatía era un predictor positivo de la conducta prosocial. En este último caso, la simpatía interactuó con la motivación moral, de modo que los/as niños/as con elevada motivación moral puntuaron alto en la prosocialidad más allá de su nivel de simpatía. En cambio, cuando la motivación moral era media o baja (según el estudio), la prosocialidad se incrementaba con la simpatía.

Por otro lado, Carlo et al. (2015) sostienen que, si bien la mayoría de los estudios se ha centrado en el impacto de la simpatía (la escala de preocupación empática del IRI) como predictora de la prosocialidad, los vínculos podrían ser bidireccionales, especialmente en situaciones emocionalmente evocativas (en situaciones de emergencia, urgentes o de crisis). En su propio estudio, con adolescentes de 12 a 16 años (adolescencia temprana a media) hallaron dicho vínculo bidireccional entre simpatía y prosocialidad hacia extraños en todas las edades, aunque la influencia de la simpatía sobre la prosocialidad fue mayor que a la inversa. Además, las mujeres evidenciaron mayor prosocialidad y, como ya se señaló, simpatía que los varones en todas las edades evaluadas.

En otro estudio Carlo, McGinley, et al. (2007) evaluaron los estilos y prácticas parentales, la simpatía (como una combinación de las subescalas de preocupación empática y toma de perspectiva del IRI) y las conductas prosociales (medidas con el PTM) durante la adolescencia. Hallaron que la simpatía correlacionaba de forma moderada, positiva y significativa con la prosocialidad emocional, urgente/crisis, complaciente y anónima, y de manera negativa con la pública. Además, encontraron una correlación positiva –pero solo marginal– con la prosocialidad altruista. A la vez, mediante ecuaciones estructurales, la simpatía fue mediadora de la relación entre prácticas parentales y prosocialidad. En cuanto a las diferencias de género, las mujeres reportaron mayores niveles de prosocialidad emocional, urgente/crisis y complaciente y, también, mayores niveles de simpatía.

En otro estudio que abordó la multidimensionalidad de la prosocialidad (vía el PTM-R), en este caso con adolescentes estadounidenses y argentinos/as, McGinley et al. (2014) indagaron en la relación de la simpatía (también una integración de las subescalas de preocupación empática y toma de perspectiva del IRI) con la conducta prosocial. Evaluaron, además, el rol de las reacciones parentales esperadas. En la muestra estadounidense, la simpatía correlacionó positivamente con la prosocialidad emocional, urgente/crisis, complaciente y anónima. En la muestra argentina correlacionó positivamente con las mismas

subescalas, además de hacerlo con la altruista. Las mujeres mostraron mayor prosocialidad emocional, urgente/crisis, complaciente y anónima, así como mayor simpatía que los hombres en la muestra estadounidense. En la muestra argentina, las mujeres manifestaron más prosocialidad altruista y simpatía que los hombres, y estos mostraron más prosocialidad pública.

Como ya adelantáramos, una de las perspectivas más sólidas en esta área es la hipótesis empatía-altruismo, propuesta por Batson (2010, 2012), que sostiene que la preocupación empática (empatía, en términos de Batson) sentida hacia una persona necesitada produce una motivación altruista para paliar esa necesidad. Se ha descrito esta postura más en detalle en el capítulo dedicado a la conducta prosocial. Aquí, comentaremos un artículo clásico de Batson et al. (1981). Es presentado aquí y no en el apartado de adultez emergente, dado que los autores no presentan rangos de edad de los participantes y, además, dicho artículo refleja una perspectiva teórica muy importante que trasciende a un grupo etario en particular. Mediante dos estudios, Batson y colaboradores evaluaron la respuesta de participantes mujeres a la posibilidad de reemplazar a otra que estaba recibiendo descargas eléctricas. Se plantearon dos condiciones de escape de la situación (fácil y difícil) y se manipuló el nivel de empatía/preocupación empática (bajo y elevado, a través de la similitud o no con la persona que recibía las descargas), constituyendo un diseño 2x2. Los resultados del primer estudio revelaron que en la condición de fácil escape y baja empatía/preocupación empática (no similitud con la persona que recibía las descargas), las participantes decidieron tomar el lugar de la otra persona en una proporción mucho menor que en las otras tres condiciones. En la condición de elevada empatía/preocupación empática, donde de acuerdo a la hipótesis empatía-altruismo la motivación para ayudar debería ser –al menos en parte– altruista, la dificultad o facilidad del escape no tuvo efecto sobre la disponibilidad de los participantes a ayudar. Los autores concluyen que presumiblemente porque su preocupación era reducir el malestar del otro y no solo el propio, decidieron ayudar aun cuando el escape era fácil. En cambio, en la condición de baja empatía/preocupación empática, las participantes decidieron ayudar solo en la condición de escape difícil. En el segundo estudio se manipuló la empatía/preocupación empática de forma diferente. Se administró a las participantes un placebo y se les indicaba que la droga les haría sentir malestar y ansiedad –malestar personal– (grupo 1) o bien calidez y sensibilidad –preocupación empática– (grupo 2). Así, dando por sentado que las participantes en todas las condiciones experimentarían tanto empatía/preocupación empática como malestar personal, aquellas en el grupo 1 percibirían su propia respuesta emocional al observar a la víctima predominantemente como preocupación

empática (dado que la droga sería la responsable del malestar personal) y viceversa. En este segundo estudio, los autores encontraron nuevamente una interacción entre el tipo de empatía y la posibilidad de escape, dado que en la situación malestar personal-fácil escape las participantes decidieron ayudar en una magnitud significativamente menor.

En contraste, un estudio de Einolf (2008) con adultos –sin especificar el rango de edad– encontró que las correlaciones entre la preocupación empática (medida con el IRI) y una amplia variedad de conductas prosociales eran más bien modestas; así, sostiene que las diferencias individuales en la variable de personalidad denominada preocupación empática podrían tener ninguna o solo una pequeña relación con la mayoría de los comportamientos de ayuda en escenarios reales. Su interpretación se dirige a afirmar que, cuando un individuo posee un mínimo grado de empatía, entonces los pensamientos, sentimientos y comportamientos morales son posibles y que estos, de los que la empatía sería una causa o componente, explican mejor las variaciones en el comportamiento prosocial de los adultos. Otro matiz es el presentado por Maner y Gailliot (2007) en cuanto al contexto relacional. En una investigación con estudiantes de grado –sin rango de edad informado– encontraron que el vínculo entre comportamientos de ayuda y la preocupación empática –como una posible motivadora del comportamiento prosocial por razones altruistas y no egoístas– difería según el destinatario. La preocupación empática fue un predictor positivo de la ayuda en el contexto de relaciones de parentesco (más allá de motivadores egoístas como el afecto negativo o la percepción de unidad), mientras que con los extraños solo la percepción de unidad (una superposición entre el sí mismo y los otros) fue un predictor significativo.

3.3.2. Toma de perspectiva y conducta prosocial

Ortiz (1994) señala que la toma de perspectiva puede ayudar a tener sentimientos empáticos, a reconocer las necesidades de otras personas, a tener en cuenta sus motivos, etc. y, de esta forma, favorecer la conducta prosocial y altruista. Y añade que, de hecho, para inferir que otro necesita ayuda, un proceso cognitivo relevante es la habilidad para ponerse en su lugar. Resulta necesario destacar aquí que, para planteamientos como el de Davis (1996), la toma de perspectiva es parte integrante del constructo empatía. Por otro lado, según Wentzel et al. (2007), la toma de perspectiva, por ejemplo, juega un rol importante en la búsqueda de metas prosociales por parte de los/as adolescentes. En cambio, un reciente metaanálisis (McAuliffe et al., 2020) acerca de la influencia de las instrucciones sobre tomar la perspectiva de otras personas (comparadas con otras condiciones) en la preocupación empática en

estudios con adultos, encontró que las instrucciones de imaginar los sentimientos de otra persona (*imagine other*) y la de imaginar los sentimientos propios en la situación del otro (*imagine self*) no se diferenciaban entre sí ni suscitaban más preocupación empática que la encontrada en las personas que no recibían instrucciones. No obstante, en las tres condiciones se evidenciaba más preocupación empática (tamaños del efecto medios) que en la condición de permanecer objetivo (*remain-objective*). No se encontraron efectos de moderación consistentes. Entre las conclusiones principales, los autores sugieren que las personas experimentarían preocupación empática de forma espontánea y que brindar instrucciones (*imagine self/imagine other*) para involucrarse en la toma de perspectiva no afectaría los niveles de aquella; también señalan la posibilidad de que las personas de forma rutinaria se esfuerzan en tomar la perspectiva de otros aun cuando no hayan recibido instrucciones. Además, el hecho de que la inhibición de la toma de perspectiva (instrucción de permanecer objetivo) reduzca la preocupación empática explicaría la habitual estrecha asociación entre las dimensiones de preocupación empática y toma de perspectiva del IRI. No obstante, en la literatura, según McAuliffe et al., se ha propuesto que la toma de perspectiva podría ser un factor causal de la preocupación empática. En algunos casos, se encuentran, además de correlaciones positivas entre ellas, un rol mediador de la preocupación empática en el vínculo positivo entre toma de perspectiva y prosocialidad (Van der Graaff et al., 2018), si bien existe evidencia de que el orden evolutivo sería el inverso, de manera que la preocupación empática predice la toma de perspectiva a lo largo del tiempo en adolescentes (van Lissa et al., 2014).

Según Eisenberg (1982), si se asume que los comportamientos positivos difieren en calidad (por ejemplo, los comportamientos altruistas difieren de los comportamientos prosociales llevados a cabo por razones orientadas a sí mismo más que orientadas a otros), entonces las capacidades y procesos cognitivos deben desempeñar un rol primordial en el desarrollo del comportamiento prosocial. Más aún, la evidencia de que la calidad del comportamiento prosocial de los/as niños/as cambia de forma sistemática con la edad –desde la infancia temprana a la adolescencia– sugiere fuertemente, según Eisenberg, que las habilidades cognitivas rápidamente cambiantes del niño/a influyen en el desarrollo del comportamiento prosocial. Entre estas, encontramos las habilidades de *role-taking* o capacidad de toma de perspectiva y el razonamiento moral prosocial. Según Eisenberg et al. (2015), muchos investigadores/as han examinado la decodificación de las emociones de otros y la comprensión de los estados mentales de otros como predictores y correlatos de la conducta prosocial y de las respuestas vinculadas a la empatía en los menores. Sostienen, además, que se ha usado el término toma de perspectiva para referirse a la habilidad de involucrarse en

cualquiera de estos procesos cuando permiten acceder al conocimiento de los estados internos de otros. Afirman Eisenberg et al. que a menudo se ha encontrado una relación positiva entre la toma de perspectiva (definida en sentido amplio) y la conducta prosocial. Con respecto a esta alusión a la definición de toma de perspectiva en sentido amplio es necesario recordar que, de acuerdo con Healey y Grossman (2018), los ítems del IRI –utilizado en la presente investigación– miden tanto la toma de perspectiva cognitiva como la afectiva.

Un metaanálisis de Carlo, Knight, McGinley, Goodvin y Roesch (2010) encontró asociaciones entre la toma de perspectiva y la conducta prosocial relativamente mayores en estudios que involucraban conductas de consuelo (más que el voluntariado o el donar/compartir), en medidas de toma de perspectiva afectiva (más que social/cognitiva o visual/espacial) y en niños/as escolares –incluyendo a adolescentes– (6-17 años; tamaño del efecto: $r = .22$) más que en personas mayores o más jóvenes (3 a 5 años y mayores de 18, tamaño del efecto cercano a 0). La media global ponderada de la relación toma de perspectiva-prosocialidad en la muestra total era de .16 y en una muestra independiente (considerando un coeficiente de correlación al azar para cada estudio) era de .22. Además, la relación era más fuerte cuando existía mayor similitud entre el tipo de habilidades de toma de perspectiva evaluadas y el tipo o nivel de comprensión que podría promover la conducta prosocial en el contexto dado, es decir cuando los atributos de ambas tareas eran similares (*task-specificity hypothesis*). En particular, esto tenía lugar cuando ambas requerían darse cuenta del estado emocional de otro, cuando el destinatario era el mismo en ambas tareas y cuando el nivel de evaluación (global o contextual/específico) era similar. Por ejemplo, la toma de perspectiva afectiva o la utilización de un instrumento global, disposicional (*trait-like*), como el IRI podrían no relacionarse con una conducta de ayuda sin contenido afectivo y específica, por ejemplo, alcanzar un objeto a alguien.

Relacionado con lo anterior, Iannotti (1985), además de presentar evidencia con niños/as de 52 a 66 meses, sostiene que el rol de los procesos de toma de perspectiva podría ser dependiente de los elementos contextuales y también motivacionales del intercambio social. Además, afirma que procesos de toma de perspectiva avanzados estarían involucrados en las conductas de compartir de los/as niños/as mayores, pero que la relación entre toma de perspectiva y comportamiento prosocial no es evidente hasta que esos niveles más avanzados son alcanzados. Más específicamente sobre la distinción de diversos tipos de toma de perspectiva, Brownell et al. (2009) encontraron que a los dos años los infantes voluntariamente compartían recursos valiosos con un individuo desconocido cuando no había un costo para ellos y cuando el potencial receptor indicaba que le gustaba y quería el objeto,

mientras que a los 18 meses no compartían incluso con esas indicaciones, lo que es atribuido al crecimiento en la capacidad de inferir los estados mentales de otros (toma de perspectiva cognitiva). De acuerdo con Brownell et al., estos resultados implican no solo la motivación para compartir, sino también la habilidad, aunque aún limitada, para inferir el gusto y el deseo del otro a partir de indicios sociales y comunicativos limitados. No obstante, más evidencia se encuentra, en sintonía con el metaanálisis de Carlo, Knight, McGinley, Goodvin y Roesch (2010), sobre la relevancia de la toma de perspectiva afectiva: Knafo et al. (2011) indagaron el rol de la toma de perspectiva afectiva en distintos tipos de conductas prosociales y hallaron que aquellos/as niños/as (de 3 a 6 años) con baja toma de perspectiva afectiva eran menos prosociales que otros menores, especialmente en relación con las conductas que requerían iniciativa propia (pero no así en relación con la prosocialidad complaciente o solicitada). Otros estudios encuentran también relevancia de la toma de perspectiva afectiva para distintas manifestaciones de la conducta prosocial en infantes y niños/as (Garner, 1996; Vaish et al., 2009; Wright Cassidy et al., 2003). Un contraste lo marcan Barnett y Thompson (1985) en un estudio con escolares de cuarto y quinto grado. Los/as niños/as con elevada toma de perspectiva afectiva, pero con baja empatía afectiva (en un sentido más amplio que la preocupación empática), mostraron una tendencia a ser nombrados por sus maestras como menos dispuestos a ayudar en situaciones de necesidad evidente que los otros grupos (incluyendo a aquellos/as con baja empatía y baja toma de perspectiva afectiva). El mismo grupo mostró, además, puntuaciones más elevadas en maquiavelismo. Cuando la necesidad era sutil y debía ser inferida, los/as niños/as con más empatía eran más prosociales más allá de su nivel de toma de perspectiva afectiva.

Otros estudios en España midieron, junto a otros factores, el papel de la toma de perspectiva, para la que se utilizaban medidas más amplias. Por ejemplo, con preescolares, López et al. (1998), más allá del rol relevante de la empatía, no encontraron una relación entre la toma de perspectiva espacial (capacidad para adoptar el punto de vista espacial del otro, operacionalizado aquí como comprender qué estaba viendo otra persona) y social (que involucraba creencias y deseos) con la conducta prosocial (ya fuera vía observación sistemática o vía evaluación de los/as compañeros/as y maestros/as). Por otro lado, Fuentes et al. (1993), en una investigación con escolares de 10 a 12 años, estudiaron el impacto de diversas variables sobre la conducta prosocial: entre ellas, la toma de perspectiva social –que se desglosaba en la captación de diversas respuestas en los otros, tales como la respuesta empática de otros–. En relación con la relevancia de esta, la toma de perspectiva global (la suma de las puntuaciones en las categorías específicas) fue superior para los más

prosociales/altruistas. En particular, las respuestas descriptivas de la situación del otro y la capacidad de captar las reacciones agresivas y reacciones empáticas fueron los subtipos de toma de perspectiva más relevantes para diferenciar entre grupos más y menos prosociales, tanto en pruebas de comparación de medias como mediante un análisis discriminante.

A continuación, reportaremos tres estudios que indagaron la relación de la toma de perspectiva con la prosocialidad medida de forma multidimensional y con el mismo instrumento que se utiliza en la presente investigación, el PTM (o el PTM-R). Knight et al. (2015), en un estudio con adolescentes mexicano-americanos, exploraron, entre otros aspectos, el rol mediador y moderador de la toma de perspectiva (y el razonamiento moral prosocial) en la relación de los procesos culturales con la conducta prosocial. En cuanto a lo relevante para el presente trabajo, encontraron una correlación positiva entre toma de perspectiva (evaluada con el IRI) y la prosocialidad pública, emocional, urgente/crisis, complaciente y anónima y negativa con la altruista (evaluadas con el PTM-R). Por su parte, Davis et al. (2018) indagaron, en adolescentes latinos, la relación de la toma de perspectiva, la preocupación empática (también utilizando el IRI), el estrés económico y las seis formas de conducta prosocial del PTM. Entre los resultados de interés para el presente trabajo, hallaron que la toma de perspectiva correlacionó positivamente con la prosocialidad emocional, urgente/crisis, complaciente y anónima y la preocupación empática lo hizo con las mismas subescalas además de con la altruista. Al considerar los modelos de moderación y mediación, encontraban además una relación positiva de la toma de perspectiva con la prosocialidad pública y negativa con la altruista y una relación con la preocupación empática. Esta, a la vez, se relacionó positivamente con la prosocialidad altruista, emocional, urgente/crisis y complaciente y, en un caso, negativamente con la pública. La relación negativa de la toma de perspectiva con el altruismo está en línea con los resultados de Knight et al. (2015) antes expuestos. No obstante, dado que tal resultado contradice muchas investigaciones al respecto, es explicado por los autores planteando que la toma de perspectiva por sí sola podría no ser suficiente para promover actos desinteresados, pero que asociada a la preocupación empática sí podría promoverlos. No hubo diferencias de género en los modelos.

También con un enfoque multidimensional, un estudio longitudinal con adolescentes mayoritariamente españoles/as de 13 a 17 años de Mestre et al. (2019) investigó la relación de la toma de perspectiva, la preocupación empática (medidas con el IRI) y el razonamiento moral con las dimensiones altruista y pública del PTM-R, consideradas en oposición como motivaciones desinteresada (*selfless*) y egoísta (*selfish*), respectivamente. Con escasas excepciones, la toma de perspectiva y la preocupación empática correlacionaron

positivamente con la conducta prosocial altruista y negativamente con la pública dentro de cada uno de los períodos evaluados como también entre cada período. No encontraron efectos directos de la toma de perspectiva, a lo largo de las distintas evaluaciones, sobre la prosocialidad medida de forma posterior (pero sí de los otros dos predictores). Sin embargo, los efectos indirectos positivo y negativo, respectivamente, de la toma de perspectiva sobre la conducta prosocial altruista y la pública eran mediados por la preocupación empática y el razonamiento moral prosocial (además este mediaba la relación de la preocupación empática con la prosocialidad). Además, la relación podría ser bidireccional, dado que encontraron evidencia de un efecto reverso desde la prosocialidad altruista (pero no de la pública) hacia las variables predictoras. No hubo moderación del género para ninguno de los hallazgos señalados.

Por último, citaremos un estudio transcultural que indaga la relación de la toma de perspectiva (y la preocupación empática), evaluadas con el IRI, con la prosocialidad en 63 países en una amplia muestra de adultos de 18 a 90 años (con una media de 37 años). Chopik et al. (2017) encontraron que las medias nacionales en toma de perspectiva (en mayor medida), en preocupación empática y en una medida global de ambas fueron predictores significativos y positivos de las conductas, a nivel nacional, de ayuda a extraños y de voluntariado, pero no de las conductas de donación, a la vez que también predijeron positivamente una medida compuesta que incluía la ayuda, el voluntariado y la donación. Las mujeres y los mayores mostraron medias superiores en toma perspectiva, preocupación empática y empatía global.

En conclusión, además de otros elementos señalados, Eisenberg et al. (2006, 2015) sostienen que, en algunas circunstancias, las habilidades de toma de perspectiva no serían importantes porque las acciones prosociales son llevadas a cabo de un modo relativamente automático debido a su bajo costo o al carácter crítico de la situación. Además, en algunos contextos, la conducta prosocial estaría motivada por otros factores distintos al conocimiento de los estados internos de otros, o bien la relación entre toma de perspectiva y conducta prosocial es mediada o moderada por otras variables moralmente relevantes, tales como la simpatía/preocupación empática. Otra fuente de cuestionamiento es el hecho de que niños/as pequeños/as que aún no han desarrollado esta capacidad manifiestan comportamientos prosociales. Por tanto, una alternativa, tal como plantea Rachel Karniol (1982, citado en Eisenberg, 1982), es que el/la niño/a frecuentemente adquiere información sobre los estados internos de otros a través del acceso a información almacenada y no por tomar vicariamente el rol de otro.

En cualquier caso, Eisenberg et al. (2006) afirman que en la literatura raramente se ha encontrado que la toma de perspectiva se relacione negativamente de forma significativa con la conducta prosocial de los/as niños/as. Consistentemente, los menores con mayores habilidades de toma de perspectiva son algo más prosociales, particularmente si sus habilidades son relevantes para la tarea prosocial (Eisenberg et al., 2006, 2015), pero se debe considerar además la motivación emocional para actuar con el conocimiento obtenido por la toma de perspectiva (Eisenberg, 1998).

3.3.3. Malestar personal, fantasía y conducta prosocial

Respecto al malestar personal, sostienen Eisenberg et al. (2015) que, en contraste con la simpatía, se considera que el malestar personal involucraría la motivación egoísta de aliviar la propia incomodidad y, por lo tanto, se espera que motive la conducta prosocial solo cuando la vía más fácil de reducir la propia desazón sea reducir el malestar de otros, en línea con el estudio de Batson et al. (1981) descrito previamente. En palabras de Batson (2009), si bien el malestar ante el sufrimiento de otro puede motivar la ayuda a esa persona, tiene como meta última reducir el malestar propio. Batson et al. (1987) destacan la naturaleza cualitativamente diferente del malestar personal y la preocupación empática, enfatizando también que evocan distintos tipos de motivación prosocial: el primero, reducir la propia activación *–arousal–* emocional vicaria, y la segunda, la motivación altruista de reducir la necesidad del otro. En suma, el malestar personal, especialmente cuando es evaluado con medidas no verbales en una situación evocativa, se relaciona negativamente con la conducta prosocial, no encontrándose habitualmente relación con el malestar personal auto-reportado (Eisenberg et al., 2015).

Debido a que los estudios no suelen abordar el malestar personal y la fantasía de forma aislada, se abordarán a continuación una serie de trabajos que evaluaron en conjunto las diversas dimensiones de la empatía. De este modo, contribuiremos también a completar el cuadro trazado en los apartados anteriores. Los estudios que contemplan la fantasía, en línea con la poca relevancia que se le ha dado en las articulaciones teóricas en la relación de la empatía con la prosocialidad, son aún menos numerosos que los que consideran al malestar personal.

En un estudio transcultural con preescolares, Trommsdorff et al. (2007) examinaron la relación del malestar personal y la simpatía con la conducta prosocial (en particular, actos espontáneos relacionados con emociones, tales como ayudar y consolar). En las cuatro

culturas (Alemania, Israel, Indonesia y Malasia) encontraron resultados similares. Por un lado, se hallaron correlaciones negativas entre el malestar personal (excepto en Malasia) y conducta prosocial, y positivas entre la simpatía y la conducta prosocial. Por otro lado, el malestar personal fue un predictor negativo –pero débil– de la prosocialidad y la simpatía fue el predictor positivo más fuerte de la conducta prosocial si se consideran las cuatro culturas en conjunto, pero la simpatía lo era con particular fuerza en las culturas individualistas (Alemania e Israel). Estrada (1995), en un estudio con adolescentes, encontró una correlación negativa, pero débil y no significativa, entre malestar personal y conducta prosocial. Asimismo, halló correlaciones positivas de la toma de perspectiva (medida con el IRI) y la simpatía/preocupación empática con la conducta prosocial. Aquellos/as adolescentes que reportaban experimentar predominantemente simpatía informaron también de mayor conducta prosocial que aquellos que experimentaron principalmente malestar personal. Además, mediante un análisis de regresión múltiple jerárquica, el único predictor fuerte de la conducta prosocial fue la simpatía o preocupación empática. El género no fue un predictor independiente significativo de la conducta prosocial, si bien las mujeres mostraron mayores niveles medios de conducta prosocial, toma de perspectiva y simpatía/preocupación empática.

En el contexto español, Ortiz et al. (1993) examinaron en niños/as de 10 a 12 años la influencia de diversas variables sobre la conducta prosocial-altruista. Si nos enfocamos aquí en los hallazgos relacionados con la empatía situacional centrada en el sí mismo –similar al malestar personal–, esta no mostraba correlaciones significativas con la conducta prosocial global (una medida compuesta de la ayuda informada, la ayuda real, un cuestionario sociométrico realizado por los/as compañeros/as y la evaluación de los/as maestros/as). Cuando la medida de conducta prosocial fue una medida parcial de ayuda informada por el propio menor, sí encontraron una correlación positiva, pero solo para las chicas. Según los/as autores/as, esto parece sugerir que, en ellas, la empatía, incluso cuando es experimentada como malestar o ansiedad, predice una tendencia a la ayuda en la inmediatez de la situación, pero no una conducta prosocial-altruista general. Dos estudios con adolescentes españoles/as, que utilizaron el IRI, no hallaron una relación significativa entre malestar personal y conducta prosocial; en contraste, encontraron una correlación positiva y estadísticamente significativa de la fantasía, la preocupación empática y la toma de perspectiva con la conducta prosocial (Mestre et al., 2006; Mestre Escrivá et al., 2002). Además, tanto Mestre Escrivá et al. (2002) como Mestre Escrivá, Samper García y Frías Navarro (2004), hallaron que la preocupación empática y la toma de perspectiva evaluadas con el IRI, eran las variables con mayor poder discriminante de los/as jóvenes de mayor prosocialidad respecto de los de menor

prosocialidad. Mestre Escrivá et al. (2002) encontraron que las mujeres puntuaron más alto en las cuatro subescalas del IRI.

En otro estudio en España, pero esta vez considerando un enfoque multidimensional de la prosocialidad, vía el PTM-R, Samper García (2014), en una muestra de adolescentes de 14 a 16 años, encontró, por un lado, correlaciones positivas del malestar personal (medido con el IRI) con la prosocialidad pública, emocional y anónima, y una correlación negativa con la altruista. La fantasía, por su parte, correlacionó positivamente con la prosocialidad emocional, urgente/crisis, complaciente y anónima. Además, la preocupación empática y la toma de perspectiva correlacionaron positivamente con la altruista, emocional, urgente/crisis, complaciente y anónima. Por otro lado, respecto a la altruista, el malestar personal fue un predictor negativo y la preocupación empática un predictor positivo. Para la pública, el malestar personal fue un predictor positivo. Para la emocional, urgente/crisis y complaciente, la preocupación empática y la toma de perspectiva fueron predictores positivos. Por último, para la anónima, tanto el malestar personal como la preocupación empática y la toma de perspectiva fueron predictores positivos.

Con instrumentos similares, en el estudio en el que validaron el PTM-R, versión para adolescentes del PTM, Carlo et al. (2003) encontraron que el malestar personal (evaluado al igual que las otras dimensiones de la empatía con el IRI) correlacionó negativamente con la prosocialidad altruista en la adolescencia media. En cuanto a la simpatía o preocupación empática, esta correlacionó positivamente con la prosocialidad emocional, urgente/crisis y complaciente tanto en la adolescencia temprana como en la adolescencia media, y además con la altruista en la adolescencia temprana. La toma de perspectiva correlacionó positivamente con la prosocialidad emocional y complaciente en la adolescencia temprana, y con la urgente/crisis en ambos períodos. En cuanto al género, las mujeres (en ambos grupos de edad) reportaban mayores tendencias altruistas que los varones. En cambio, los varones (en ambos grupos etarios) reportaban una mayor prosocialidad pública. En otra dimensión hubo una tendencia hacia la significación: las mujeres (en su conjunto) reportaron más prosocialidad emocional que los varones.

En un estudio de Carlo, Allen y Buhman (1999) con estudiantes de grado –de los que no se informaba el rango de edad– se encontró, en primer lugar, que las correlaciones del malestar personal con el voluntariado y con la toma de perspectiva no fueron significativas, aunque sí fueron significativas y positivas las relaciones entre toma de perspectiva y preocupación empática y entre esta última y el malestar personal, todas medidas con el IRI. Además, la deseabilidad social correlacionó negativamente con el malestar personal y

positivamente con la toma de perspectiva y la preocupación empática. El hallazgo más importante del estudio fue que, mediante regresiones múltiples jerárquicas, el voluntariado se incrementó significativamente solo cuando elevados niveles de toma de perspectiva estaban presentes junto a bajos niveles de malestar personal. En cuanto al género, hallaron mayores niveles de malestar personal, preocupación empática, toma de perspectiva, deseabilidad social y voluntariado en las mujeres.

Por otro lado, Eisenberg, Miller, et al. (1989) encontraron, en una investigación con estudiantes de grado –de los cuales no se detallaba la edad–, que ni el malestar personal ni la fantasía (evaluadas con el IRI) mostraron relaciones significativas con la ayuda (en una situación de “escape fácil”). En cambio, tanto la toma de perspectiva como la preocupación empática correlacionaron positivamente con una medida de ayuda (la toma de perspectiva solo para los hombres, cuando se desagregó por género). La preocupación empática/simpatía situacional también correlacionó positivamente con la ayuda (al desagregar por género, solo para las mujeres), no así el malestar personal situacional. Además, la preocupación empática/simpatía situacional medió en la influencia de la preocupación empática y la toma de perspectiva con la ayuda (aunque también hubo efectos directos de ambas variables). En particular, los hallazgos sobre la toma de perspectiva no fueron afectados por las preocupaciones vinculadas a la evaluación social (tales como la deseabilidad social, medida del mismo modo que en el presente estudio), pero la relación de la preocupación empática disposicional y de la preocupación empática/simpatía situacional con la ayuda sí fue moderada por tales preocupaciones (en el primer caso, por el temor a una evaluación negativa, en el segundo por la deseabilidad social).

Por último, una investigación de Eisenberg, Fabes, et al. (1989) reporta resultados mixtos en distintos rangos etarios. Se comentarán aquí los resultados de los/as niños/as, grupos de segundo grado (media de 8 años) y de quinto grado (media de casi 11 años), y en el próximo apartado lo concerniente a los adultos emergentes. Los autores concluyen que sus datos son consistentes con la idea de diferenciar entre simpatía y malestar personal en cuanto a su vinculación con la conducta prosocial. Indican que, en general, la simpatía se relacionaba positivamente con la conducta prosocial en una situación de fácil escape, mientras el malestar personal facial de los/as niños/as (gestos evaluados por un experimentador) se relacionaba negativamente con la conducta prosocial. Además, no hubo relación entre las medidas verbales de simpatía y malestar personal y sus tendencias prosociales, resultado que los autores atribuyen a que no es esperable que los menores puedan reportar sus respuestas emocionales del mismo modo que puede un adulto.

A continuación, se describirán estudios sobre la relación entre los distintos componentes de la empatía y la conducta prosocial en la adultez emergente. Algunos de ellos midieron a la conducta prosocial desde una perspectiva multidimensional.

3.3.4. Empatía y conducta prosocial en la adultez emergente

En estricta relación con la presente investigación, Randall y Wenner (2014) sostienen que, si bien ha habido muchas investigaciones sobre conducta prosocial con adultos jóvenes, los estudios que la examinaron desde una perspectiva del desarrollo se basan preponderantemente en auto-reportes que miden la conducta prosocial de forma global. Por ello, destacan la importancia de un abordaje multidimensional que permita una comprensión de los precursores de diferentes tendencias prosociales, así como de sus posibles consecuencias.

El estudio de Randall y Wenner (2014), realizado con estudiantes universitarios/as de 18 a 22 años, utilizó –entre otros instrumentos– el PTM y el IRI, empleados en la presente investigación. Encontraron que la preocupación empática correlacionó positiva y significativamente, en ambos géneros, con todos los tipos de conducta prosocial, excepto con la pública con la cual la relación fue negativa (para los hombres, la relación de la preocupación empática con el altruismo y la prosocialidad pública fue tan solo tendencial). Además, mayores niveles de toma de perspectiva correlacionaron significativamente con mayores niveles de conducta prosocial emocional, urgente/crisis, complaciente y anónima, tanto en hombres como en mujeres. En cuanto al malestar personal, este correlacionó negativamente con la prosocialidad urgente/crisis y complaciente, pero solo para las mujeres, y positivamente con la prosocialidad pública (también solo para las mujeres), mientras que correlacionó negativamente con el altruismo en los hombres, evidenciándose también en estos una tendencia positiva en relación con la prosocialidad anónima. Además, las mujeres reportaron significativamente más altruismo y una tendencia hacia una mayor conducta prosocial emocional que los hombres, mientras que estos reportaron una mayor conducta prosocial pública y anónima, y una tendencia hacia una mayor conducta prosocial urgente/crisis.

Carlo y Randall (2002), en la investigación con estudiantes universitarios/as (con una media de edad de 20 años en un estudio y de 23 en el otro) en la que validaron el PTM encontraron, por un lado, que la simpatía (preocupación empática) y la toma de perspectiva (al igual que el malestar personal, medidas con el IRI) correlacionaron positivamente con

todos los tipos de prosocialidad, excepto con la pública, con la que correlacionaron negativamente. Por otro lado, no encontraron ninguna relación entre el malestar personal y los seis subtipos de conducta prosocial. Por último, la simpatía y la toma de perspectiva correlacionaron positivamente con una medida compuesta de los seis subtipos de conducta prosocial. En cuanto al género, los varones puntuaron más alto en prosocialidad pública, en tanto las mujeres lo hicieron en la altruista, emocional, complaciente y anónima.

Por otro lado, Carlo, McGinley, Davis y Streit (2012), en otro estudio con adultos emergentes –con una media de edad de 20 años–, hallaron que la simpatía (medida a través de la escala de preocupación empática del IRI) correlacionó positivamente con todos los subtipos de conducta prosocial del PTM, excepto con la pública, con la que correlacionó negativamente. La toma de perspectiva correlacionó positivamente con la simpatía y con la prosocialidad emocional, urgente/crisis, complaciente y anónima. Mediante un modelo de ecuaciones estructurales, la simpatía fue un predictor positivo de la prosocialidad altruista, emocional y complaciente, y un predictor negativo de la pública. En los casos de la relación entre la simpatía y la prosocialidad altruista y la complaciente, esta fue mediada por el razonamiento moral prosocial. En cuanto a la toma de perspectiva, esta fue un predictor positivo de la prosocialidad emocional, urgente/crisis y anónima. El modelo no evidenció diferencias de género.

Hardy (2006) investigó, en estudiantes de 19 a 35 años (una parte de ellos en la adultez emergente y con una media de edad de 22 años) la relación de la empatía, medida al integrar en un solo puntaje a la preocupación empática y la toma de perspectiva del IRI, con la conducta prosocial en sus seis subtipos (PTM). La empatía correlacionó positivamente con una medida agregada de la conducta prosocial y con todos los tipos de conducta prosocial, excepto con la pública, con la que no hubo relación. Sin embargo, los análisis de regresión mostraron que la empatía fue un predictor positivo solo de la prosocialidad emocional, urgente/crisis y de la conducta prosocial global (que incluía a los seis subtipos). En cuanto a las diferencias de género, las mujeres puntuaron más alto en empatía, prosocialidad altruista, emocional, urgente/crisis y global.

Por su parte, un estudio de McGinley y Carlo (2007) indagó, en estudiantes de grado (con una media de edad de 22 años), la relación de la prosocialidad en sus seis dimensiones (PTM) con la agresión física y el rol mediador de la simpatía (operacionalizada como la integración de las subescalas de preocupación empática y toma de perspectiva del IRI) entre prosocialidad y agresión. Si bien el aspecto de la agresión trasciende al presente estudio, tangencialmente puede ser relevante dada la naturaleza antisocial –aunque de muy distinta

índole— tanto de la agresión física como de la deshonestidad académica estudiada en el presente trabajo. Los autores encontraron que la simpatía correlacionó positiva con la prosocialidad altruista, emocional, urgente/crisis, complaciente y anónima y negativamente con la pública y la agresión física. Mediante ecuaciones estructurales comprobaron, por ejemplo, la relación positiva de la simpatía con la prosocialidad altruista y complaciente y negativa con la pública. En cuanto al género, las mujeres puntuaron más elevado en simpatía y prosocialidad altruista y complaciente, en tanto los hombres puntuaron más alto en prosocialidad pública y agresión física.

Por otro lado, ya dentro de los estudios que no consideraron a la prosocialidad de forma multidimensional, en un estudio con jóvenes de 18 a 24 años, Paterson et al. (2009) hallaron mayores niveles de preocupación empática y de toma de perspectiva (y en la puntuación global del IRI) en un grupo de voluntarios que en el grupo control, resultados que se replicaron al considerar a los hombres y mujeres por separado. No encontraron diferencias en malestar personal ni en fantasía entre voluntarios y no voluntarios.

En una investigación en España, en este caso con estudiantes universitarios/as con una media de edad (19 años) situada en la adultez emergente, Carrera et al. (2013) utilizaron un original diseño en el que dieron cuenta de cómo el malestar personal y la empatía (preocupación empática) se desarrollan conjuntamente constituyendo una experiencia emocional dinámica y compuesta. En el estudio 1 encontraron que la conducta de ayuda fue menor entre aquellos que reportaron sentir más malestar personal que empatía al final de la experiencia emocional. En el estudio 2, hicieron lugar al diseño de Batson y colaboradores descrito previamente. Consideraron aquí la facilidad percibida de escape psicológico (el malestar se disipa rápidamente vs. el malestar perdura), encontrando que la ayuda decrece cuando la situación es de fácil escape y el malestar personal prevalece sobre la empatía hacia la mitad y el final de la experiencia. Esto se debería, según los autores, a la motivación egoísta suscitada por el malestar personal (aliviar la propia desazón). Por otro lado, no encontraron diferencias de género en malestar personal y empatía. Con un diseño similar al estudio anterior y a los estudios de Batson et al. (1981), pero en el contexto del estudio de la personalidad altruista (empatía disposicional y responsabilidad social) y con participantes con una media de edad de 24 años, Bierhoff y Rohmann (2004) y, de forma comparable al estudio de Batson et al. (1981), encontraron que en la condición de malestar personal y fácil escape la conducta de ayuda era menor que en las otras tres condiciones. Por otro lado, una mayor puntuación en la respuesta emocional predominante (que resultaba de sustraer el malestar personal a la preocupación empática y, por tanto, a mayor valor mayor preocupación

empática) correlacionó positivamente con la conducta prosocial solamente en la condición de fácil escape.

Por último, un estudio de Eisenberg, Fabes, et al. (1989), citado en el apartado precedente, representa una posible excepción a los estudios reportados que muestran una relación negativa o no significativa entre malestar personal y conducta prosocial. Esto se suma a los hallazgos de la investigación de Ortiz et al. (1993), también previamente citada, con relación al malestar personal situacional en las mujeres adolescentes como promotor de la ayuda inmediata. Los resultados de Eisenberg, Fabes, et al. (1989), con jóvenes con una media de casi 22 años, muestran que el autoreporte de malestar personal se relacionó positivamente con la conducta prosocial. Los autores atribuyen esto a que las medidas verbales son ambiguas en significado y, a veces, se solapan con la medida de la simpatía y a un posible efecto de la deseabilidad social. Por otro lado, y ya en sintonía con la mayoría de los estudios, el autoinforme de simpatía en adultos jóvenes se relacionaba positivamente con la ayuda.

En términos generales, siguiendo a Padilla-Walker (2015), la simpatía está claramente asociada de forma positiva con una serie de conductas morales durante la adultez emergente, a la vez que el malestar personal no es una emoción adaptativa durante este período evolutivo. Este último (tal como hemos descrito anteriormente) no está relacionado, o lo está negativamente, con las conductas de ayuda (y el razonamiento moral) en la adultez emergente, un patrón similar al encontrado en etapas previas de la vida. Por otro lado, la disminución en el malestar personal en esta etapa indicaría una mayor capacidad para una mejor regulación de las respuestas emocionales (en comparación con los adolescentes) en modos tales que facilitarían el involucramiento en conductas prosociales (Padilla-Walker, 2015). Esta idea va en la línea de la idea previamente desarrollada de que la regulación emocional cumple un rol en el camino que toma la empatía hacia la simpatía o preocupación empática, por un lado, o hacia el malestar personal, por otro.

CAPÍTULO IV

EL APEGO

4.1. Apego: Aspectos conceptuales y modelos teóricos

El término *apego* alude a la relación especial que establece el individuo con un número reducido de personas y que consiste en un vínculo afectivo que se forma entre él y cada una de esas personas (*figuras de apego*), lazo que lo impulsa a buscar la proximidad y el contacto con ellas –sobre todo en circunstancias específicas– con el fin de obtener seguridad (Bowlby, 1989; López & Ortiz, 2008). Según Bowlby (1989), este es un atributo persistente de la persona apegada, que cambia lentamente con el correr del tiempo y que no se ve afectado por la situación del momento. Cassidy (2016) destaca que el infante habitualmente tiene más de una figura de apego, pero que estas no son ilimitadas; además, el infante no considera a todas las figuras como equivalentes o intercambiables, existiendo una jerarquía del apego. En la infancia, las figuras de apego suelen ser los cuidadores primarios, en tanto que desde la niñez a la adultez se amplía el rango hasta disponer de muchas potenciales figuras de apego (Mikulincer & Shaver, 2016). En contraste, señala Bowlby (1989), la *conducta de apego* es cualquier forma de conducta –preprogramada en cierta medida– que tiene como resultado el logro o la conservación de la proximidad con otro individuo claramente identificado al que se considera mejor capacitado para enfrentarse al mundo; la función biológica que se le atribuye es la de la protección y, continúa Bowlby, si bien en adolescentes o adultos se produce con menor facilidad, puede observarse en todo el ciclo vital, especialmente en situaciones de emergencia. En dichas circunstancias, sería probablemente universal y normativa. A diferencia del vínculo de apego, más restringido a unos pocos, la conducta puede manifestarse en diversas circunstancias con distintos individuos y aparece y desaparece de forma episódica. A partir de la obra de Bowlby, se concibe que la relación con los otros es una necesidad primaria (Delval, 1994), es decir, que existe una necesidad humana universal para formar vínculos estrechos (Fonagy, 1999).

Para Bowlby (1989), el concepto clave de la teoría del apego es el de *sistema conductual*, que explica el modo en que la persona mantiene la relación con su figura de apego entre ciertos límites de distancia o accesibilidad. Cassidy (2016) destaca que se considera que las conductas de apego se organizan dentro del sistema conductual de apego, en función de una historia particular de indicios externos e internos, con una serie de conductas que tienen significados y funciones similares (“equivalencia funcional”). López y Ortiz (2008) enfatizan que la meta del sistema no es la proximidad misma, sino la seguridad, por lo cual la proximidad debe ser una en la que el infante se sienta seguro. Según Bowlby (1989), la organización de la conducta de apego como un sistema organizado requiere que el/la niño/a

haya desarrollado la capacidad cognitiva de conservar a su madre en la mente cuando ella no está presente y esto tiene lugar en el segundo semestre de vida, cuando la representación mental de la madre se hace accesible para el infante. De acuerdo con Posada y Waters (2014), todos los bebés organizan un sistema conductual de apego siempre y cuando sean expuestos a personas que les provean cuidados de manera usual. Además, en esta línea, según Mikulincer y Shaver (2007), la teoría del apego está basada en una idea fundamental: la conducta humana está organizada por sistemas conductuales innatos (tales como el apego, la exploración, el cuidado y el apareamiento sexual), que constituyen sistemas motivacionales (Mikulincer & Shaver, 2016). Según Bowlby (1989), cada conducta cumple una función biológica distintiva: además de la función de protección del apego, por ejemplo, la exploración tiene como función el conocimiento del entorno y el apareamiento sexual la reproducción. La exploración del entorno, por ejemplo, es considerada un componente antitético del apego, en la medida en que un individuo de cualquier edad se sienta seguro, es probable que explore lejos de su figura de apego, mientras que si está atemorizado, ansioso o enfermo sentirá la necesidad de proximidad con dicha figura. De acuerdo con Cassidy (2016), el apego no interfiere con la exploración, sino que la promueve: el concepto de una base segura, desde la cual explorar, sería el constructo que mejor refleja este nexo.

El sistema conductual de cuidados, según Mikulincer y Shaver (2005), apunta a una amplia variedad de conductas que complementan las conductas de apego o señales de necesidad de un compañero de relación. Feeney y Woodhouse (2016) añaden que también se complementan y apoyan las conductas de exploración del compañero apegado. Cassidy (2016) lo define en un sentido restrictivo, como un subconjunto de conductas parentales destinadas a promover proximidad y consuelo (*comfort*) cuando el padre o la madre perciben que el/la niño/a se encuentra en una situación de malestar o de peligro real o potencial. En la relación progenitores-hijo/a (la relación prototípica en la que el sistema conductual de cuidados se manifiesta), la meta del sistema de apego del/de la niño/a (proximidad que promueve protección y provee seguridad) es también la meta del sistema de cuidados de los progenitores y, de este modo, señales de creciente seguridad por parte del/de la niño/a pueden reducir las conductas de cuidado de los progenitores (Mikulincer & Shaver, 2005).

De acuerdo con Collins y Ford (2010), la teoría del apego postula que el sistema de cuidados sirve a dos funciones principales: 1) atender a las necesidades de seguridad del compañero dependiente al responder a sus señales de malestar o potencial amenaza proveyéndole un refugio seguro (*safe haven*), y 2) apoyar la autonomía y exploración de la persona apegada cuando esta no es víctima del malestar al proveerle una base segura (*secure*

base). Será más factible, según Collins y Ford, que se desarrollen vínculos de apego seguro cuando los cuidadores son sensibles a las necesidades del compañero, al aceptar su dependencia, cuando son cooperativos (más que controladores o intrusivos) en sus conductas de cuidado, y consistentemente disponibles (tanto física como emocionalmente) cuando se los necesita. Para Feeney y Woodhouse (2016), la función de refugio seguro tiene lugar si el/la cuidador/a restaura efectivamente el sentimiento de seguridad. Por su parte, Bowlby (1989, p. 24) se refiere a la noción de base segura (característica central de su concepción de la crianza), como aquella mediante la cual “un niño o un adolescente puede hacer salidas al mundo exterior y a la cual puede regresar sabiendo con certeza que será bien recibido, alimentado física y emocionalmente, reconfortado si se siente afligido y tranquilizado si está asustado”. Estas dos características (base segura y refugio seguro) del sistema de cuidados son las funciones a las que sirve una figura de apego, junto al ser destinataria de la búsqueda de proximidad de la persona apegada, según Mikulincer y Shaver (2016), quienes además destacan como una cuarta característica distintiva de las mismas al hecho de que su desaparición real o potencial suscita una intensa angustia o malestar por la separación (*separation distress*). Volveremos sobre el sistema de cuidados en el próximo apartado.

Es importante señalar aquí que las personas están caracterizadas por un determinado *patrón o estilo de apego* que, tal como describen Mikulincer y Shaver (2016), han sido entendidos como patrones de expectativas, necesidades, emociones y comportamiento social que resultan de una historia particular de experiencias de apego, que usualmente comienzan en las relaciones con los progenitores. Otro concepto importante en la teoría del apego es el de *modelos operativos internos* o modelos representativos del sí mismo (*self*) y de la figura o figuras de apego y de la interacción entre ambos (Bowlby, 1989), a veces denominados modelos activos internos o modelos operativos de trabajo. Bretherton y Munholland (2016) señalan que estos modelos (*internal working models*), para Bowlby, ayudan a ambos miembros de una díada de apego a anticipar, interpretar y guiar las interacciones recíprocas. Más específicamente, consisten en sistemas representacionales dinámicos que permiten a los humanos imaginar (o simular internamente) patrones secuenciales de interacción social experimentados habitualmente. Además, las autoras sintetizan las características centrales de la propuesta de Bowlby y, entre ellas, señalan que una característica distintiva de los modelos sobre el mundo y los otros es quiénes son las figuras de apego, dónde se las puede encontrar y cómo podrían responder. Por otra parte, un rasgo distintivo de los modelos del sí mismo es si la persona se siente aceptada por las figuras de apego y si confía en que responderán a las solicitudes de apoyo, por lo cual estos modelos apuntan a la confianza en la disponibilidad de

las figuras de apego o, como señalan Mikulincer y Shaver (2016), son representaciones sobre la propia eficacia y valor. Además, según Bretherton y Munholland (2016), la función de los modelos operativos en los humanos es almacenar y transmitir información vinculada a las opciones conductuales orientadas al logro de las metas (*set-goal*) de los sistemas conductuales, entre ellos el del apego. Por último, la actuación de los modelos operativos del infante y del/de la cuidador/a contribuyen a la persistencia durante algunos años de los patrones de relación desarrollados en el primer año. En esta línea, los modelos específicos de relación tienden a ser internalizados (a hacerse un atributo del/de la niño/a y a ser impuestos en nuevas relaciones).

En relación con la formación de los modelos operativos, Mikulincer y Shaver (2016) continúan al identificar los antecedentes de los modelos operativos prototípicos formados en la infancia, aspecto que apunta a las diferencias individuales en el apego. Además del cuidado y responsividad parental sensible ya identificados por Bowlby y Ainsworth, la literatura ha aportado información sobre la importancia de los patrones o estilos de apego de los propios progenitores (y su relación con los patrones de cuidado), del contexto personal, familiar y social (p. ej., salud mental o situación económica familiar) del cuidado parental y de las predisposiciones genéticas del/de la niño/a (p. ej., temperamento), aspectos que podrían influir o moderar la responsividad parental sensible (para una revisión sobre los precursores de la seguridad del apego, ver Fearon & Belsky, 2016). Por ejemplo, sobre el primer aspecto se ha planteado la noción una transmisión intergeneracional de los patrones de apego, vía los patrones de cuidado, si bien estos darían cuenta solo muy parcialmente de aquel fenómeno, lo que se ha denominado la brecha de transmisión (*transmission gap*). Adentrándonos en el tema de la estabilidad o discontinuidad del apego, tal como señala Cassidy (2016), estos modelos operativos son el mecanismo central, planteado por Bowlby, mediante el cual las experiencias de apego temprano influyen en numerosos aspectos del funcionamiento del/de la niño/a y del adulto (otros mecanismos propuestos son la regulación emocional y los procesos fisiológicos). Según Bretherton y Munholland (2016), los modelos operativos aseguran una continuidad en la interpretación del entorno y su interacción con él, si bien necesitan ser reactualizados. Mikulincer y Shaver (2016) destacan que se ha planteado una estabilidad moderada de los patrones de apego de la infancia e incorporan dos postulados de Bowlby respecto de que estos son una función de las experiencias vividas, especialmente con la familia de origen durante la niñez, y respecto de que son estables, si bien se presentan susceptibles al cambio. Sobre este punto, también siguiendo a Bowlby, plantean que los modelos operativos del sí mismo y de los otros tienden a mantenerse por diversas razones. Por un lado, las personas suelen valorar,

interpretar y recordar sus interacciones de apego de un modo que confirma sus creencias y expectativas. Además, suelen comportarse de un modo que suscita reacciones de las figuras de apego consistentes con sus expectativas, lo que a la vez refuerza sus modelos operativos. Del mismo modo, el emparejamiento con personas que se ajustan a sus modelos de otros también presenta un carácter reforzante. No obstante, los modelos operativos siempre están sujetos a revisión y actualización a partir de subsiguientes experiencias sociales. En contraste, también es posible que experiencias relevantes para el apego (p. ej., la pérdida de una figura) permita la actualización de los modelos para acomodarlos a la nueva información.

Además de las características de los sistemas conductuales y de la función biológica del sistema de apego, ya señalados, y de la activación del sistema de apego ante las amenazas, Mikulincer y Shaver (2016) destacan otros elementos normativos del sistema conductual de apego. Entre ellos, señalan que, cuando una persona necesita protección o apoyo, la estrategia primaria y natural del sistema de apego planteada por Bowlby es la búsqueda de proximidad (*proximity seeking*). Esta estrategia incluye un amplio conjunto de conductas, tales como señales, demostraciones manifiestas de emociones negativas, conductas activas de acercamiento o solicitudes explícitas de apoyo emocional o instrumental. En la adultez, como veremos, tales comunicaciones pueden variar, ya que se puede recurrir a representaciones que son fuentes simbólicas de protección y permiten establecer una proximidad simbólica a otros/as que brindan apoyo. Otro aspecto normativo se vincula con las metas (*set-goal*) y el ciclo de activación y desactivación del sistema de apego. En particular, en la medida en que la meta del sistema de apego es establecer un sentido de protección o seguridad (también denominado seguridad sentida o sensación de seguridad –*felt security*–), una vez obtenida esta se finaliza la activación del sistema y así el individuo puede destinar su atención a asuntos distintos que la auto-protección (no vinculados al apego). La meta se hace saliente ante amenazas y la evaluación de la insuficiente disponibilidad de la figura de apego. Esto constituye un ciclo (experimentación de amenazas o malestar, búsqueda de protección/consuelo, reducción del estrés y *felt security*, retorno a otros intereses y actividades) que representa un prototipo de la regulación exitosa tanto emocional como de la cercanía interpersonal y se vincula al establecimiento de un guion de base segura (*secure base script*). Además, el sistema de apego posee un sustrato cognitivo que se vincula con la naturaleza del sistema. En este sentido, en la obra de Bowlby, de acuerdo con Mikulincer y Shaver, se concibe al sistema de apego como operando de una manera compleja con correcciones según las metas (*goal-corrected*), en la que la persona evalúa el progreso que está realizando hacia el logro de sus metas (*set-goal*) de proximidad y seguridad, corrigiendo

entonces su conducta para producir la secuencia de acción más efectiva en caso de ser necesario. Este procedimiento requiere del almacenamiento de información relevante en la forma de representaciones mentales de las transacciones entre la persona y el entorno, es decir de modelos operativos internos, a los que ya aludimos. Otro elemento normativo que los autores señalan se vincula a la relación recíproca de los sistemas conductuales: dada la importancia para la supervivencia biológica que tienen el miedo y la búsqueda de proximidad en respuesta a él, ante la activación del sistema de apego generalmente se desactivan o inhiben otros sistemas conductuales. Los otros se transforman así en proveedores de apoyo y consuelo más que en compañeros de actividades exploratorias, afiliativas o sexuales y la persona se encuentra enfocada en sí misma (*self-focused*), careciendo de los recursos necesarios para atender de forma empática y altruista a otros, es decir, su sistema de cuidados se ve afectado, punto sobre el que se volverá en detalle. Solo ante el alivio y la restauración de un sentido de seguridad puede la persona dedicar atención y energía a los otros sistemas conductuales y actividades no vinculadas al apego (*nonattachment activities*), pudiendo entonces establecer distancia con la figura de apego con la creencia de que esta estará disponible en caso de necesidad.

Además de estos elementos normativos, existen *diferencias individuales en el funcionamiento del sistema de apego*, y se seguirá aquí la manera en que Mikulincer y Shaver (2016) abordan tales diferencias. Un aspecto se vincula con los modelos operativos. Según Mikulincer y Shaver, la operación repetida del sistema conductual en un entorno relacional concreto hace que dicho sistema se vuelva hecho a medida (*tailored*) de los compañeros específicos de relación, por lo cual las expectativas juegan un rol fundamental. La persona aprende, así, a ajustar su sistema conductual basado en expectativas confiables sobre las posibles rutas de acceso y barreras para el logro de las metas. Dichas expectativas (parcialmente conscientes e intencionales) se incorporan al sistema conductual y son una fuente tanto de la continuidad intra-personal de la operación del sistema como de diferencias individuales. De aquí, se pueden diferenciar una serie de aspectos. Por un lado, Mikulincer y Shaver describen que cuando un/a cuidador/a está disponible, es sensible, responsivo/a, se producen las respuestas ya descritas en el párrafo precedente, un ciclo que involucra la seguridad sentida y al guion de base segura. Cuando el cuidador no responde de dicho modo, el funcionamiento del sistema se ve alterado y su meta no es alcanzada. De este modo, la estrategia primaria de apego (búsqueda de proximidad) no es útil para el cumplimiento de dichas metas y el resultado probable es la adopción de estrategias secundarias de apego: la hiperactivación o la desactivación del sistema de apego. Las estrategias de hiperactivación

tienen como meta principal lograr que la figura de apego, vista como no confiable o insuficientemente responsiva, preste más atención y provea mayor atención y apoyo, en el contexto de relaciones donde a veces se ha recibido respuesta y a veces no. Son exageraciones (intenso monitoreo del compañero/a y grandes esfuerzos para mantener proximidad) de la estrategia de apego primaria y una característica distintiva de un patrón de apego ansioso. En cambio, las estrategias de desactivación, que incluyen la negación de las necesidades de apego, tienen como meta principal “apagar” o regular hacia abajo (*down-regulate*) el sistema de apego para evitar la frustración y el malestar por la indisponibilidad de la figura de apego. Suelen desarrollarse en relaciones con figuras que desaprueban o castigan la cercanía y las expresiones de necesidad o vulnerabilidad. Por tanto, la persona aprende a esperar mejores resultados si suprime o esconde dichas expresiones, si bloquea o debilita la búsqueda de proximidad y desactiva el sistema de apego a pesar de no haber obtenido seguridad e intenta lidiar sola con las amenazas y peligros, pautas propias de un estilo de apego evitativo. Otro aspecto de las diferencias individuales, como se ha señalado antes, atañe a los modelos operativos (que también fueron señalados como relevantes en un sentido normativo), en la medida en que, al organizar los recuerdos del/de la niño/a en las interacciones vinculadas al apego, así como sus resultados típicos en términos del éxito o fracaso de la estrategia primaria, pueden dar lugar a modelos para la búsqueda de proximidad exitosa, así como a modelos para situaciones que necesitan de la hiperactivación o de la desactivación.

De acuerdo con Mikulincer y Shaver (2016), las respuestas de las figuras de apego se traducen en diferencias individuales en los *estilos de apego*, de forma más específica en los modelos operativos y las estrategias para obtener seguridad señaladas. Los estilos de apego reflejan sus modelos operativos más crónicamente accesibles y el funcionamiento típico de su sistema de apego en una relación específica (estilo de apego específico de la relación) o a través de las relaciones (estilo de apego global/general). Así, cada estilo de apego no solo está vinculado a determinados modelos operativos, sino que refleja la acción subyacente y organizadora de una particular estrategia de apego (primaria o secundaria –de hiperactivación o de desactivación–). En particular, continúan Mikulincer y Shaver, habría una comprensión creciente de que existen dos dimensiones de inseguridad subyacentes a diferentes medidas de apego: Ansiedad y Evitación. La *Ansiedad relativa al apego* implica un fuerte deseo de cercanía y protección, preocupaciones intensas sobre la disponibilidad de la figura de apego y sobre el valor propio para dicha figura, y el uso de estrategias de hiperactivación para lidiar con la inseguridad y el malestar. Para Shaver y Mikulincer (2012), esta dimensión refleja un esfuerzo para ganar la atención del otro y obtener su apoyo. Por su parte, según Mikulincer y

Shaver (2016), la *Evitación relativa al apego* involucra la incomodidad con la cercanía y con la dependencia de dichos compañeros/as de relación, una preferencia por la distancia emocional y la independencia (*self-reliance*) y la utilización de estrategias de desactivación para enfrentar la inseguridad y el malestar mencionados. En términos de Shaver y Mikulincer (2012), esta dimensión refleja el grado en que una persona desconfía de la buena voluntad de los otros. Por su parte, Mikulincer y Shaver (2016) plantean que aquellas personas con baja ansiedad y baja evitación tienen un estilo de apego seguro: sentimiento estable de seguridad del apego, confianza en los/as compañeros/as, expectativas sobre su disponibilidad, comodidad con la cercanía e interdependencia y capacidad de lidiar con amenazas y estresores de forma constructiva.

Existen algunos hitos en el estudio de las diferencias individuales en los patrones o estilos de apego. Los estudios pioneros de Mary Ainsworth y colaboradores/as sentaron las bases de la evaluación y la clasificación del apego en la infancia (12-20 meses de edad) a partir de la observación de la conducta de los infantes en episodios de separación y reunión con el/la cuidador/a, con el procedimiento de laboratorio denominado Situación Extraña (Solomon & George, 2016). Tal como describen Solomon y George (2016), el procedimiento permite capturar el equilibrio entre las conductas de apego y exploratorias bajo condiciones de estrés moderado, pero creciente. Estas observaciones dieron lugar a la categorización de los infantes en uno de tres grupos: Seguro (B), Evitativo (A), Ambivalente o Resistente –Ansioso– (C). En particular, la categoría Seguro implica el uso de la figura de apego como una base segura para la exploración, en tanto los otros dos constituyen patrones inseguros. Con posterioridad, Main y Solomon propusieron una nueva categoría: Desorganizado/Desorientado (D), que implica conductas aparentemente sin una meta, intención o explicación observable (p. ej., confusión), y donde se evidencia una ausencia de una estrategia de apego coherente (Solomon & George, 2016).

Según Mikulincer y Shaver (2016), los tres patrones descritos por Ainsworth pueden ser también conceptualizados como regiones en un espacio de dos dimensiones, la ansiedad y la evitación, si bien la teoría del apego pasó a ser vista como una teoría tipológica, aunque Bowlby no la hubiera conceptualizado como tal. En esta línea se encuentran las conceptualizaciones de Hazan y Shaver (1987), en tres categorías, o la de Main y colaboradores/as, también categórica, a partir de la *Adult Attachment Interview* (AAI). Hazan y Shaver (1987), en un clásico artículo en el cual elaboraron su instrumento de autoreporte de ítem único, conceptualizaron al amor romántico como un vínculo de apego y plantearon tres estilos, que se corresponden en términos generales con la clasificación de Ainsworth para los

infantes y con su frecuencia relativa: 1) Seguro, 2) Evitativo y 3) Ansioso/Ambivalente. No solo conceptualizan estos estilos en función de determinadas constelaciones emocionales, sino que los ligan con el constructo de modelos operativos y con las experiencias infantiles, planteando que el amor romántico adulto integra a los sistemas de apego, de cuidado y sexual/reproductivo.

También se produjo en algunos casos, según Mikulincer y Shaver (2016), una extensión del foco desde las relaciones románticas hacia las relaciones cercanas en general. Tal como señalan Mikulincer y Shaver, el *Relationship Questionnaire* (RQ) de Bartholomew y Horowitz (1991) refleja la interpretación de las dimensiones ansiedad y evitación en términos de los modelos operativos internos del sí mismo y los otros y da lugar a cuatro patrones de apego, si bien permite también puntuaciones continuas. Bartholomew y Horowitz (1991) propusieron un modelo de apego adulto en el que las dos dimensiones subyacentes señaladas (imágenes o modelos del sí mismo y de los otros) y su valencia (positiva/negativa) definen cuatro estilos de apego: Seguro (ambos modelos positivos), Preocupado (modelo positivo de los otros y modelo negativo del sí mismo), Evitativo Rechazante (*Dismissing*; modelo negativo de los otros y modelo positivo del sí mismo) y Evitativo Temeroso (*Fearful*; ambos modelos negativos). Como señalan Gillath et al. (2016), si bien existía un consenso hasta mediados de la década de 1990 sobre que la clasificación en cuatro categorías era la mejor opción para captar las diferencias individuales en el apego, comenzaron a evidenciarse una serie de limitaciones en esta aproximación categorial. Por un lado, las clasificaciones no eran muy estables (en el test-retest), lo que fue atribuido por algunos/as investigadores/as al intento de categorizar a personas que podrían estar cerca de los límites en un espacio dimensional; por otro lado, las categorías se establecían como mutuamente excluyentes, cuando la evidencia señalaba lo contrario; por último, no se tenía en cuenta la variación intra-categorial, que podía ser útil como predictora. A partir de ello, y más allá de ciertas limitaciones, comenzaron a diseñarse medidas continuas. Entre ellas, y ya en el terreno del instrumento utilizado en la presente investigación, el *Experiences in Close Relationships* (ECR) de Brennan et al. (1998), este contempla dos subescalas que reflejan las dimensiones de Ansiedad y Evitación. Mikulincer y Shaver (2016) señalan una serie de puntos importantes sobre este cuestionario. Por un lado, permite una redacción de las instrucciones e ítems para enfocarse en una relación particular, en la orientación general en las relaciones románticas o bien en el estilo de apego global en distintos tipos de relaciones. Por otro lado, las correlaciones entre las dos escalas son frecuentemente cercanas a cero. En efecto, Brennan et al. (1998) reportan una correlación de .11 entre ambas subescalas. Mikulincer y Shaver (2016)

señalan especialmente un metaanálisis de Cameron et al. (2012). Este estudio, con 195 muestras que utilizaron el ECR, evidencia una correlación promedio entre ansiedad y evitación de .15 (en cambio, con 47 muestras que utilizaron el ECR-R dicho valor se incrementaba hasta .41). Además, el coeficiente de confiabilidad promedio (incluyendo al ECR y al ECR-R en conjunto) para la dimensión de ansiedad fue de .91 y para la de evitación fue .92 (Cameron et al., 2012). Se han realizado diferentes modificaciones del instrumento, por ejemplo, el mencionado *ECR-Revised Scale* (ECR-R), versiones breves del mismo como el *ECR-Short Form* y versiones que apuntan a relaciones específicas (*ECR-Relationship Structures*, ECR-RS) (Mikulincer & Shaver, 2016). Otro aspecto destacado es que al tomar en cuenta las estrategias conductuales (hiperactivación/desactivación), como hacen las medidas de autoreporte (incluido el ECR), en lugar de considerar los modelos del sí mismo y de los otros, se evita el problema de conceptualizaciones previas. Así, sostienen Mikulincer y Shaver (2016), aquellos del tipo preocupado o ansioso no tendrían necesariamente una visión positiva de otros (p. ej., por su desconfianza), ni los evitativos o evitativos rechazantes tendrían modelos positivos de sí mismos (ya que ello obedecería a maniobras defensivas) (para una revisión sobre las medidas de autoinforme, tanto categoriales como continuas, conductuales y narrativas, ver Crowell et al., 2016).

4.2. Desarrollo del apego y diferencias de género

Abordando ahora la cuestión del desarrollo del apego, y más allá del tema de las diferencias individuales, Marvin et al. (2016) describen el desarrollo normativo del sistema conductual de apego planteado por Bowlby, proponiendo cuatro fases, las tres primeras durante el primer año de vida y la cuarta hacia el cuarto año. En la fase 1 (Orientación y señales sin discriminación de figura), entre el nacimiento y las 8 a 12 semanas, el bebé y el/a cuidador/a se involucran en muchas interacciones que –desde la perspectiva de la conducta del/de la cuidador/a– serían con corrección de objetivos (*goal-corrected*), si bien desde la perspectiva del bebé existirían resultados predecibles (*predictable outcomes*) más que metas (*set-goals*) de las conductas. Existe una preferencia por los rostros y la voz humana. Estrictamente, en esta fase de pre-apego los infantes están interesados en, y son responsivos a, la interacción social con virtualmente cualquier persona (Mikulincer & Shaver, 2016). Según Marvin et al. (2016), la fase 2 implica una Orientación y señales dirigidas hacia una o más figuras discriminadas. Hay aquí una tendencia creciente del infante a iniciar interacciones de apego-cuidado y sociables con el/la cuidador/a principal. Aquí, los modelos operativos del

infante tienden a diferenciar crecientemente entre los cuidadores primarios y otros y, en ese sentido, sabe quiénes son, si bien no hay aún un registro de que la otra persona tiene una existencia separada de la propia. La fase 3 implica el Mantenimiento de la proximidad con una figura discriminada mediante la locomoción y señales y tiene lugar a partir de los 6-9 meses, momento en el que se consolida el apego al/a la cuidador/a [para López y Ortiz (2008) recién aquí se puede hablar de un vínculo de apego verdadero hacia una persona específica]. Según Marvin et al. (2016), tienen lugar aquí numerosos cambios. Entre ellos, nuevas conductas de apego de la mano de la locomoción, un desarrollo de las habilidades cognitivas (conductas con corrección según los objetivos –*goal corrected*– e imagen interna de la figura de apego más allá de la percepción –permanencia de objeto–), la generación de modelos operativos separados del sí mismo y del/de la cuidador/a, si bien estos aparecen limitados a las conductas de cuidado y aún no pueden incluir secuencias largas de conductas. Todo lo anterior fortalece el sistema de exploración del infante. Ya a los 1-2 años (*toddlerhood*) y en los años preescolares, tienen lugar una serie de cambios en distintos órdenes, entre ellos, modificaciones en la conducta de apego (que, no obstante, se mantiene crucial para la supervivencia y la socialización), mayor exploración y modelos operativos más sofisticados. A partir de ello, emerge una cuarta fase, vinculada a las implicaciones de la asociación (*partnership*) para la organización de la conducta de apego durante los años preescolares que, si bien es más general, tiene su aplicación más temprana en las interacciones fuertemente emocionales, como las de apego-cuidado. Los preescolares mayores poseen la habilidad de operar internamente sobre las metas y planes propios y de los otros de forma simultánea, entender objetivamente –no egocéntricamente– los metas y planes del/de la cuidador/a y la conducta del mismo, e involucrarse en negociaciones con corrección de objetivos con dicho/a cuidador/a en relación con un plan compartido para la proximidad, dando lugar a una asociación con corrección según los objetivos (*goal-corrected partnership*). El/la niño/a de cuatro años continúa recurriendo en circunstancias de malestar, temor, etc., a su figura de apego a modo de refugio seguro, pero ha organizado su conducta de apego de un modo que le permite saber que tienen una relación continua más allá de la proximidad estrecha y puede alejarse y pasar más tiempo con sus pares, maestros/as u otros. Siguiendo a Bowlby, Marvin et al., señalan que esta sería la última etapa en la ontogénesis del apego, si bien después de los años preescolares habría numerosos cambios en muchos aspectos, tales como, por ejemplo, en las condiciones de activación, la formación de nuevos apegos o la relación con otros sistemas conductuales.

En cuanto a la niñez intermedia, López y Ortiz (2008) señalan que por su desarrollo en diversos dominios (comunicación verbal, conocimiento social, autocontrol), el/la niño/a aparece especialmente capacitado/a para el aprendizaje escolar como para relaciones armónicas y satisfactorias con las figuras de apego, caracterizadas por la seguridad, que en condiciones normales se extienden hasta la pubertad, más allá de que aparezcan posibles desafíos en estas áreas (p. ej., separación de los progenitores).

En relación con la adolescencia, Allen y Tan (2016) señalan que el desarrollo psicosocial que tiene lugar en este período acarrea cambios profundos en el significado y la expresión de la cognición, la conducta y el afecto relacionados con el apego. Muchas de las competencias en desarrollo fortalecen el sistema exploratorio (que va adquiriendo un rol central) y hacen decrecer la necesidad de dependencia de las figuras parentales de apego. Esto lleva a la necesidad de un balance distinto entre ambos sistemas. No obstante, reportan evidencia de que esto no altera fundamentalmente la dinámica esencial, en tanto los progenitores continuarían siendo figuras de apego, incluso hasta la adultez joven, si bien el umbral de activación del sistema de apego sería más alto y la presión para la autonomía mayor que en la infancia, momento en el que también ambos sistemas compiten. Según Allen y Tan, el equilibrio entre ambos sistemas resulta desafiante, en la medida en que los/as adolescentes buscan desarrollar mayor autosuficiencia emocional respecto de sus figuras de apego, a la vez que deben negociar con ellas su autonomía conductual, lo que requiere un esfuerzo de negociación en la asociación con corrección de objetivos. Esto sucede en un contexto en el que sus hábitos (haber recurrido previamente a esas figuras) y la activación del sistema de apego los llevan a recurrir a esas mismas figuras, lo que podría ser percibido como una amenaza potencial a su búsqueda de autonomía conductual. Otro cambio crítico, que Allen y Tan recogen de la evidencia, es que la jerarquía de apego se torna más flexible e incluso multidimensional, incluyéndose a los pares y a la pareja romántica, hasta en la posición jerárquicamente principal. No obstante, los progenitores (especialmente las madres) pueden mantenerse en la primera posición y el/la adolescente puede recurrir a ellos en ciertas circunstancias (p. ej., una enfermedad) no vinculadas a los pares. Por lo tanto, hay un cambio gradual, y algo intencional, en el desplazamiento de figuras. A las transformaciones en las relaciones de apego con los cuidadores señaladas se suman transformaciones intrapsíquicas, donde hay un enriquecimiento a partir de las experiencias con múltiples cuidadores, lo que conduce a un estado mental sobre el apego más integrado, generalizado y estable. Existen factores emocionales y cognitivos que propician estos cambios. En el ámbito emocional, no solo la menor dependencia de los padres, sino también el aprendizaje de la regulación de las

reacciones emocionales y la capacidad de tranquilizarse a sí mismo (*self-soothe*). El desarrollo cognitivo (p. ej., operaciones formales) no solo posibilita aquel estado más global sobre el apego (y una evaluación metacognitiva del mismo), sino también una visión más consistente de sí mismo/a como existente más allá de las interacciones con los cuidadores. La mayor independencia emocional y los logros cognitivos permiten una valoración más objetiva de las figuras de apego. La reevaluación del apego implica un sello distintivo de un estado mental en relación con el apego, que es valorado a la vez que se estima la autonomía (*autonomous, yet valuing of attachment*). Por otro lado, en cuanto a la relación con los pares, los/as adolescentes tienen la tarea de aprender a establecer vínculos de apoyo con los pares. En este tipo de relaciones, más simétricas, en las que la misma persona puede funcionar en distintos momentos como buscador o como proveedor de cuidados, se modifica el significado y la expresión de las conductas de apego. El sistema de apego en la adolescencia puede pasar a operar menos sincrónicamente (en especial con los pares) y las conductas pueden ser dirigidas de forma más flexible. Algunos cuestionamientos, que reportan Allen y Tan, apuntan a que las conductas hacia los pares podrían ir más en la dirección de la búsqueda de apoyo o de refugio seguro, pero carecer de otras características (p. ej., ansiedad ante la separación). La importancia creciente de los pares desde la adolescencia temprana a la tardía dejaría luego lugar a la primacía de la pareja romántica, impulsada por los sistemas sexual y de apego (ver Oliva Delgado, 2011, para otra revisión).

Un estudio longitudinal de Delgado Gallego et al. (2011) con jóvenes españoles/as muestra el tránsito del apego a los iguales desde la adolescencia inicial (13 años) hasta la adultez emergente (22 años), en cuatro períodos que también incluían la medición a los 15 y a los 18 años. Indagaron la influencia tanto del sexo de los/as adolescentes como de la calidad del recuerdo de la relación afectiva con la madre y el padre durante la infancia sobre las relaciones de apego con pares. Entre los resultados principales, por un lado, hubo un crecimiento en el conjunto de la muestra en el apego a los iguales a través del tiempo, más allá de sus puntuaciones en recuerdos de afecto materno y paterno. Más específicamente, en relación con el recuerdo materno, aquellos con un recuerdo de afecto materno alto mostraban siempre medias superiores y más estabilidad entre los 18 y los 22 años que la que tenían en períodos previos, patrón opuesto al encontrado en el grupo de afecto materno bajo. En el caso del afecto paterno, el crecimiento significativo era para el grupo de afecto bajo, que a partir de los 18 años igualaba al otro grupo. Al tener en cuenta el sexo, más allá de que en conjunto había también un crecimiento del apego a iguales, los cambios fueron significativos para los varones, especialmente entre los 13 y los 18 y los 18 y los 22 años. El efecto del género fue

marginal y ello se explica porque, si bien a los 13 años las mujeres puntuaban más elevado, las diferencias se reducían al punto de no ser significativas a los 22. En ambos casos, aquellos con puntuación más alta a los 13 lo hacían también a los 22 años. Además, la asociación positiva del recuerdo del afecto materno y paterno con el apego a iguales tendía a ser más débil (en particular, el paterno) a partir de los 18 y 15 años, respectivamente. Entre otros aspectos, los/as autores/as destacan la importancia de las relaciones con los pares en este período, una cierta continuidad y a la vez una creciente reducción de la influencia de las relaciones de apego en la infancia, la susceptibilidad al cambio de los modelos representacionales (especialmente para los tipos inseguros) y un sustento de la madre como figura primordial que luego se extenderá a otras relaciones, o monotropía, como tendencia a tener una figura de apego que sobresalga por encima de las otras (ver Mikulincer & Shaver, 2016).

Ya en la adultez, para Crowell et al. (2016) se plantean tres fuentes amplias del desarrollo de los patrones de apego en este grupo etario: 1) Relaciones de apego hijo/a-progenitores; 2) Experiencias de relaciones con los pares y románticas; 3) La relación de apego adulto actual. Destacan dos proposiciones nucleares para entender el apego adulto: 1) El sistema de apego está activo en los adultos; 2) Hay diferencias individuales en la conducta de apego adulto que tienen sus fundamentos en experiencias de apego y se encarnan en procesos mentales tanto conscientes como inconscientes. A la vez, Feeney y Noller (2001) sostienen que las funciones del apego en la adultez son las mismas que en la niñez: búsqueda de proximidad, malestar y protesta ante la separación, base segura y refugio seguro. López (2008) sostiene que, en la adultez, los estilos de apego son más estables, si bien el apego es más variable por su interacción con la sexualidad, etc., y por la importancia de los roles sociales y del aprendizaje. Además, destaca que en la adultez joven se refuerza el papel relevante que ya tenían los iguales en la adolescencia y, dentro de los pares, adquiere especial y creciente importancia la pareja.

Mikulincer y Shaver (2016) han propuesto un modelo del funcionamiento y la dinámica del sistema de apego en la adultez, con sus implicaciones intrapsíquicas e interpersonales (ver Figura 1, pág. 129). Este modelo de sistema de control (*control-system model*) caracteriza la activación y operación de dicho sistema. El primer módulo describe la activación del sistema de apego ante signos de amenazas físicas y psicológicas, relacionadas o no con el apego. Más estrictamente, la activación depende de una valoración subjetiva (consciente o inconsciente), resultante de la presencia real de una amenaza como de las expectativas negativas de la persona, que actúan como disparador. Asimismo, existen fuentes

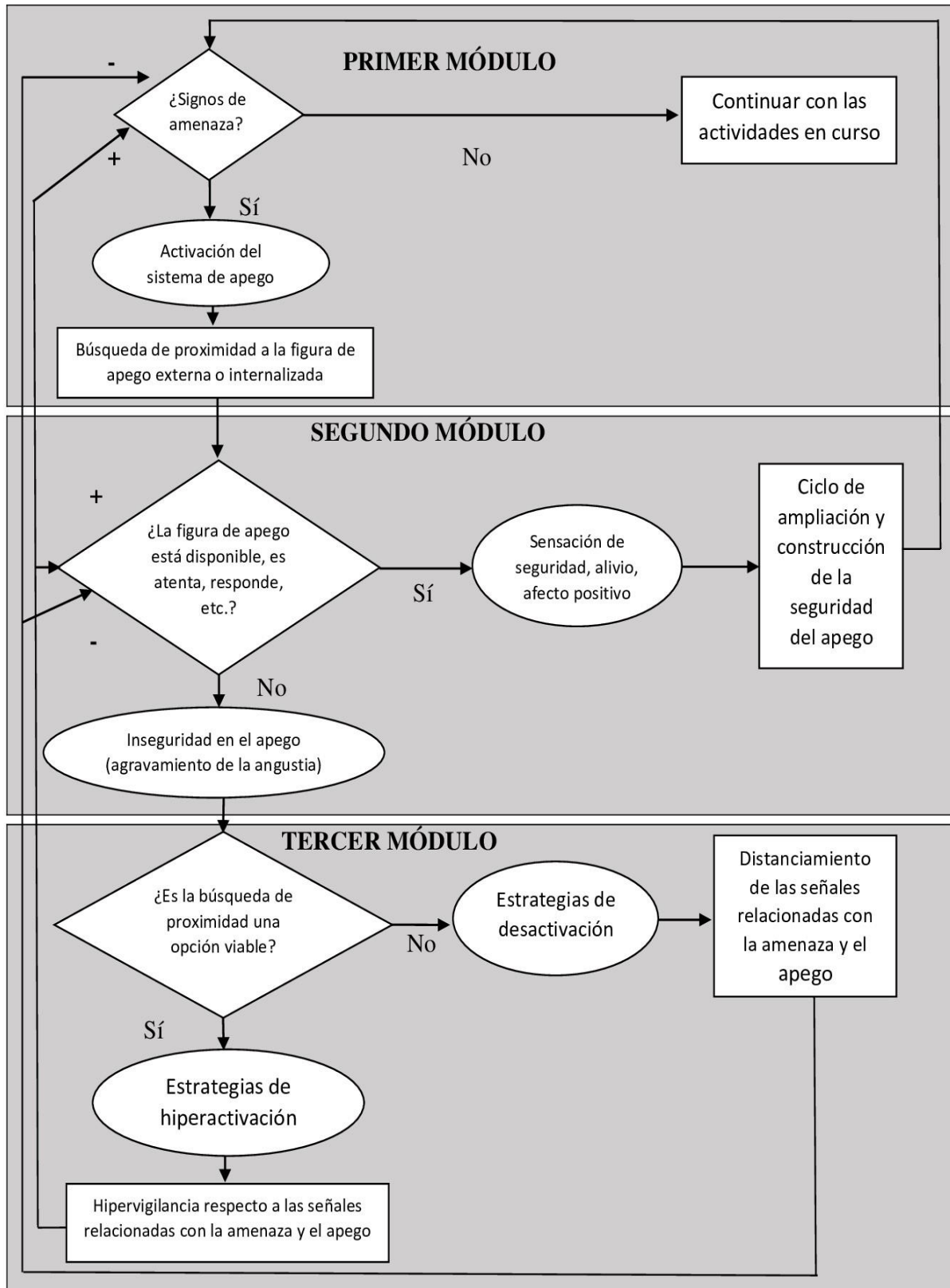
internas de amenaza, por ejemplo, pensamientos o sueños. Esta activación consiste en dos etapas. En primer lugar, una activación preconscious y una intensificación automática del acceso a pensamientos, sentimientos y tendencias de acción relacionados al apego (p. ej., recuerdos de interacciones con figuras de apego), lo que ya puede moldear el estado mental y los planes conductuales. La segunda etapa implica que la activación da lugar a pensamientos conscientes de búsqueda de proximidad y, en muchos casos, a iniciar una acción para obtener proximidad y protección. En los adultos, podría haber muchas fases entre la primera y la segunda etapa e, incluso, que la segunda solo tenga lugar de forma intrapsíquica (con o sin consciencia). Además, el umbral de activación del sistema suele ser más alto que en la niñez y el adulto puede incluso postergar la búsqueda de apoyo. Si bien estas representaciones mentales pueden propiciar un sentimiento de seguridad, en algunas circunstancias la conducta real sería imprescindible. Una vía alternativa para sentir seguridad y obtener consuelo y alivio son las representaciones sobre el sí mismo basadas en la seguridad (*security-based self-representations*), que son componentes o sub-rutinas del sí mismo que se han originado en interacciones con figuras de apego disponibles, pero que han pasado a ser experimentadas como aspectos del sí mismo. Estas pueden ser, por un lado, representaciones mentales de aspectos de uno mismo (rasgos, sentimientos, roles, etc.) que fueron experimentados y almacenados en la memoria durante aquellas interacciones (*self-in-relation-with-a-security-enhancing-attachment-figure*) como, por ejemplo, haberse sentido “fuerte”; por otro lado, pueden ser representaciones mentales de uno mismo derivadas de la identificación con, o la introyección de, características o rasgos de figuras de apego que brindaron apoyo o cuidado (*self-caregiving representations*), es decir tratarse a uno mismo como se ha sido tratado y contribuir así a la regulación emocional. Mientras estas representaciones estén disponibles en la memoria pueden contribuir al sentimiento de seguridad. Si bien este bloque describe una operación normativa del sistema (más allá de las diferencias individuales en la historia o estilo de apego), se ve afectado también por circuitos excitatorios e inhibitorios asociados a las estrategias de hiperactivación (p. ej., valoración exagerada o catastrófica de las amenazas, rumiación, etc.) y desactivación (p. ej., desviación de la atención de las amenazas o supresión de pensamientos relacionados con ellas), que pueden sesgar las expectativas relacionadas con la valoración de amenazas. En este sentido, los estilos de apego crónicos o disposicionales no solo pueden alterar el contenido de las representaciones mentales activadas por la valoración de amenazas, sino también las conductas de búsqueda de proximidad y la orientación hacia estrategias secundarias, así como la posibilidad de activación de las representaciones sobre el sí mismo basadas en la seguridad.

Un segundo bloque del modelo involucra si la figura de apego se encuentra disponible. En caso de estarlo, según Mikulincer y Shaver (2016) se produce la seguridad sentida y tiene lugar también la promoción de un ciclo de ampliación y construcción (*broaden-and-build*) de la seguridad del apego, que aumenta los recursos de la persona para mantener la estabilidad emocional en tiempos de estrés a la vez que expande sus perspectivas y capacidades, animando también la formación de lazos profundamente interdependientes e íntimos. Esto puede ser considerado como la ventaja central de ser una persona segura. Además, promovería un mejor funcionamiento del sistema de cuidados. Ahora bien, la respuesta a la disponibilidad también puede verse afectada por la historia y las estrategias de apego. Así, la hiperactivación de las personas ansiosas intensifica el monitoreo/vigilancia y aumenta la posibilidad de detección de signos reales o imaginados de no disponibilidad, desinterés, rechazo, etc., por parte de la figura de apego. En cuanto a la desactivación evitativa, la ausencia de monitoreo de la conducta de la figura de apego incrementa la posibilidad de perder o percibir erróneamente signos genuinos de disponibilidad. Estos sesgos cognitivos se ven amplificados por la activación preconsciente de representaciones mentales vinculadas al apego. Más allá de lo señalado, cabe destacar que la presencia real de la figura de apego o la activación contextual (como la realizada en ciertos experimentos) pueden brindar una respuesta positiva a la pregunta de este bloque.

Por último, un tercer módulo plantea la pregunta sobre la viabilidad de la búsqueda de proximidad en caso de que en el bloque anterior se diera la indisponibilidad de la figura de apego, la inseguridad en la persona apegada, y el malestar y las consecuencias mentales y conductuales asociada a dicha inseguridad. Por tanto, la persona se ve obligada a implementar una de las estrategias secundarias de apego ya señaladas: hiperactivación o desactivación. El hecho de que una u otra tenga lugar depende de la valoración subjetiva sobre el éxito o fracaso esperados de la estrategia primaria, la búsqueda de proximidad, y del valor de dicha proximidad en caso de obtenerla. Si la búsqueda de proximidad es una opción viable, tienen lugar las estrategias de hiperactivación, en tanto si no lo es entran en funciones estrategias de desactivación. Ambas afectan a la organización mental. Además, entre otras consecuencias, ambas pueden interferir en otros sistemas conductuales: la hiperactivación puede, por ejemplo, impedir su activación y desviarlos hacia el logro de metas del sistema de apego (p. ej., ayudar a alguien para recibir agradecimiento), mientras que la desactivación, por ejemplo, puede asegurarse que esos otros sistemas conductuales (de cuidado, sexual) no resulten en mayor intimidad o involucramiento emocional. Por último, un caso especial tiene lugar cuando personas intensamente inseguras no pueden proveer una respuesta simple a la

Figura 1

Modelo de activación y funcionamiento del sistema de apego en la adultez



Nota. Adaptado de *Attachment in Adulthood: Structure, Dynamics and Change* (2nd. Edition, p. 29) por M. Mikulincer y P. R. Shaver, 2016, The Guilford Press. Se reproduce adaptado con permiso de M. Mikulincer.

pregunta sobre la viabilidad de la búsqueda de proximidad y, por tanto, utilizan una estrategia mixta, caracterizada por elevada evitación y elevada ansiedad, típica de la categoría de apego evitativo temeroso (*fearful avoidant*) en la taxonomía de Bartholomew y Horowitz y cercana al constructo de apego desorganizado, tanto en la infancia como en la adolescencia o adultez. Existe aquí un fracaso en lograr las metas de cualquiera de las estrategias principales (primaria o secundarias): por ejemplo, si bien existe distanciamiento de la figura de apego, permanecen la ambivalencia, la ansiedad y el deseo de amor y apoyo. Además, sus consecuencias suelen ser más graves, por ejemplo, tanto por ser las personas menos seguras y confiadas, como las menos empáticas (Mikulincer & Shaver, 2016).

Mikulincer y Shaver (2016) dan cuenta de diversos estudios y metaanálisis que sostienen que hay una estabilidad moderada de los patrones de apego desde la infancia a la adultez emergente, pero que durante la adultez dicha estabilidad sería de moderada a alta, es decir superior a la encontrada desde la niñez. En particular sobre las variaciones normativas relacionadas con la edad, Mikulincer y Shaver sostienen que diversos estudios transversales y longitudinales han puesto de manifiesto que existe una disminución de la ansiedad y un ligero incremento de la evitación durante la adultez. Por ejemplo, Chopik et al. (2013), en un estudio transversal y en línea con las dimensiones abordadas en el presente trabajo, investigaron las diferencias de edad en ansiedad y evitación (medidas con el ECR-R) en una amplia muestra de participantes desde la adultez emergente (18 años) hasta los 70 años (media de 31 años). Por un lado, encontraron, al dividir la muestra en seis grupos de edad (dos de ellos entre los 18-22 y los 23-29 años), que la edad era un predictor significativo de ambas dimensiones (si bien la relación no era lineal). La ansiedad era superior en los adultos de 23 a 29 años que en adultos de 18 a 22 años y que en las personas de mediana edad (con medias declinantes a partir de los 40) y mayores; en cambio, la evitación era mayor en la adultez media, ligeramente menor en los mayores y menor aún en los grupos de 18-29 años, pero la influencia de la edad era aquí pequeña. Otros resultados muestran, por ejemplo, que la ansiedad y la evitación eran levemente superiores entre las mujeres. Fraley (2019) señala que una posible limitación de un estudio transversal como este podría deberse a posibles efectos de cohorte y describe un estudio de Konrath et al. al respecto. En efecto, Konrath et al. (2014) llevaron a cabo un metaanálisis sobre los cambios a través del tiempo (entre 1988 y 2011) en los estilos de apego adulto entre estudiantes universitarios/as. Mediante la utilización del RQ (Bartholomew & Horowitz, 1991), encontraron que el estilo de apego seguro sufrió un declive en el período estudiado, en tanto los estilos inseguros se incrementaron. Más específicamente, se incrementaron los estilos evitativos, en particular el rechazante, mientras que el preocupado

declinó marginalmente. En sintonía, los modelos de los otros declinaron significativamente, pero no hubo cambios significativos de los modelos del sí mismo. Por ello, el desplazamiento desde un estilo seguro a estilos inseguros parece estar vehiculado por el cambio en los modelos sobre los otros. No obstante, afirman que no es posible diferenciar si los resultados se vinculan a efectos de cohorte/generacionales, es decir cambios que influyen en ciertas generaciones más que en otras, o de período de tiempo (*time-period*), es decir cambios generales en una sociedad que afectan a la mayoría de los grupos de edad. En cualquier caso, Chopik et al. (2013) argumentan, para sustentar que sus resultados se vinculan a la edad y no a las cohortes, que sus hallazgos no muestran mayor evitación en las personas más jóvenes, sino lo contrario.

En relación con las diferencias de género/sexo en los patrones/estilos de apego, Del Giudice (2009) revisó la evidencia y sostiene que, en la infancia y la niñez temprana, habitualmente no hay diferencias entre niños y niñas, con algunas excepciones (p. ej., en muestras de alto riesgo, los varones suelen estar más frecuente o severamente desorganizados). Según Del Giudice, el cuadro cambia dramáticamente en la niñez media (y tardía) en los escasos estudios que abordaron estas diferencias: así, en la distribución del apego inseguro, los varones suelen presentar más usualmente un estilo evitativo, mientras las mujeres suelen sobrepasarlos en el estilo ambivalente (o preocupado). En relación con la adolescencia y la adultez, afirma que el método de evaluación es crucial, ya que las entrevistas (p. ej., AAI) o los primeros cuestionarios con respuestas categóricas (p. ej., la medida de Hazan y Shaver) no suelen mostrar diferencias, mientras que los cuestionarios con puntajes continuos evidenciarían, aunque no todos, un patrón similar al señalado para la niñez media. No obstante, los cuestionarios mostrarían diferencias más pequeñas que en la niñez media y más fuertes en la adultez joven que en la mediana edad. Bakermans-Kranenburg y van IJzendoorn (2009a, 2009b) cuestionan la perspectiva de Del Giudice y sostienen que la evidencia presentada es frágil, ya que ellos no encuentran evidencia de diferencias de género que sean sistemáticas e independientes del método de evaluación en la niñez media o tardía, al incluir en este grupo a participantes de 6 a 14 años, excepto el patrón de mayor evitación en los varones (y solo en narrativas con juegos de muñecos); tampoco encontraron diferencias en la adultez al usar la prueba de referencia (*gold standard*) para evaluar las representaciones del apego, la AAI. Al respecto, van IJzendoorn y Bakermans-Kranenburg (2010), en un metaanálisis de estudios que usaron la AAI, no encontraron diferencias de género y señalan que las mismas podrían ser más fácilmente encontradas en medidas de estilos de apego y de relaciones cercanas. Por otro lado, en un estudio en 62 regiones culturales de 56 países,

Schmitt et al. (2003) evaluaron el apego evitativo rechazante (*dismissing*) vía el RQ y encontraron mayores puntuaciones para los hombres y tamaños del efecto de pequeños (en la mayoría de las regiones/países) a moderados [en solo cinco países/regiones, incluyendo a España ($d = .39$)], con algunas pocas excepciones en las que las mayores puntuaciones en evitación se daban en las mujeres, pero de forma no significativa. En el caso de Argentina, fue el país con menor evitación tanto en hombres como en mujeres, aunque los hombres puntuaron más alto ($d = .32$). En conjunto, los hombres fueron más evitativos en casi todas las culturas, pero con un tamaño del efecto pequeño ($d = .18$) y algunas características culturales podrían atenuar la expresión. Por ejemplo, en los países/regiones no occidentales, los hombres solo eran ligeramente superiores en evitación. Las diferencias sexuales/de género tendían a reducirse en función de ciertos indicadores socioculturales/socioeconómicos (p. ej., menor expectativa de vida). Del Giudice (2009) reanalizó estos datos al tener en cuenta las medias de edad de las muestras (de 19 a 38 años) y encontró que las diferencias se reducían con la edad.

Por último, un metaanálisis de Del Giudice (2011) que indagó en las diferencias en ansiedad y evitación (en la mayoría de las muestras, evaluadas con el ECR) en el apego romántico encontró mayor evitación en los hombres y mayor ansiedad en las mujeres, pero los tamaños del efecto fueron pequeños. Al considerar distintos moderadores, se destaca que las diferencias en evitación a favor de los hombres crecían de forma lineal con la edad, mientras que las diferencias en ansiedad a favor de las mujeres tenían un pico entre los 20 y 30 años (no obstante, Del Giudice no descarta posibles efectos de cohorte). Además, las diferencias fueron más pronunciadas en ambas dimensiones en muestras comunitarias, seguidas por las compuestas por estudiantes y con menores diferencias aún en muestras obtenidas en Internet; también para ambas subescalas, las diferencias fueron mayores en Europa, Oriente Medio y América del Norte.

4.3. Apego y conducta prosocial

Desde que Bowlby desarrollara las bases de la Teoría del Apego, él mismo y diversos/as investigadores/as posteriores han puesto de manifiesto las diversas implicaciones del vínculo de apego para la vida social de las personas. Entre ellas, podemos mencionar la seguridad en el apego como base para el desarrollo de competencias sociales necesarias para las relaciones con los iguales o pares (Delgado Gallego et al., 2011) o, siguiendo a Thompson (2016), influencias positivas en diversos dominios, tales como relaciones más positivas con los progenitores, por ejemplo, una orientación mutuamente responsiva, el desarrollo de la

consciencia (sobre estos dos aspectos, ver Kochanska, 2002), la personalidad (p. ej., autoestima), la regulación emocional, la comprensión emocional y la mentalización, la cognición social (p. ej., atribuciones) y el autoconcepto. van IJzendoorn (1997) plantea, también, que las experiencias negativas de apego de la infancia temprana, en caso de ser un fenómeno estable, pueden moldear el comportamiento antisocial posterior y detalla que las relaciones de apego inseguro son un factor de riesgo en el desarrollo del comportamiento antisocial severo, incluidos delitos graves en la adultez temprana. En relación con el aspecto que nos interesa aquí, también existe evidencia de la importancia de la seguridad del apego para la conducta prosocial y la moralidad (por ejemplo, Mikulincer et al., 2005; Shaver & Mikulincer, 2012).

Ortiz (1994) detalla las siguientes razones para explicar la asociación entre apego y prosocialidad: a) los/as niños/as nacen preorientados socialmente y necesitados de vínculos afectivos estables con algunas personas (pre-programación genética); b) si los adultos les ofrecen un repertorio de conductas adecuado (íntimas, frecuentes, estables, desformalizadas), se vinculan con ellos (apego); c) en la experiencia relacional con dichas figuras de apego adquieren confianza básica, seguridad para abrirse a otros contactos con el entorno físico y social (base emocional necesaria para las relaciones sociales adecuadas), aprenden (base instrumental necesaria) el uso y significado de formas de comunicación íntimas, informales, la utilización y el significado de las expresiones emocionales, a pedir cuando se sienten necesitados y a satisfacer las necesidades de los demás; y d) los/as niños/as generalizan estas experiencias a otras relaciones sociales, especialmente a aquellas que impliquen afectos: amistad, pareja, situaciones de necesidad de los demás, etc. Waters et al. (1986), por su parte, sostienen que las interacciones de los padres con un/a niño/a con un apego seguro son de una naturaleza prosocial (como interacción coordinada, un compartir de tipo afectivo o un afrontamiento cooperativo del estrés) y que la relación entre seguridad del apego y las propias tendencias prosociales del/de la niño/a son manifiestas en diversas situaciones.

La explicación más extendida para explicar la asociación entre el apego y la conducta prosocial (y las emociones prosociales) en adultos remite a la noción de sistema de cuidados (*caregiving system*), en la medida en que las conductas y las emociones prosociales han sido vistos como aspectos del sistema de cuidados; en contraste, en los/as niños/as se ha prestado menos atención a la relación entre el apego y el cuidado de otros (Shaver, Mikulincer, Gross, et al., 2016).

Hemos visto en el apartado precedente cómo la relación progenitores-hijo/a es el encuentro prototípico en el cual el sistema de cuidados se manifiesta. Pero algunas

perspectivas empiezan a atender a la prosocialidad en un sentido más amplio, haciendo uso de conceptos ya mencionados tales como los de base segura o refugio seguro. Centradas en la noción de sistema conductual de cuidados, Collins y Ford (2010) plantean un modelo integrativo de la dinámica del cuidado, especialmente para las parejas adultas, que incluye aspectos normativos y diferencias individuales, y en el que se conceptualiza al cuidado como un proceso diádico que incorpora los esfuerzos de búsqueda de cuidados por parte de un miembro de la díada y las respuestas de cuidado del otro miembro. De acuerdo con las autoras, una interacción de cuidados prototípica debe involucrar un refugio seguro y una base segura, poniéndose en marcha el proceso cuando se activa el sistema de apego o el exploratorio del buscador de cuidados (búsqueda de proximidad o cuidados).

Entre los procesos normativos, se incluyen las respuestas (cognitivas, afectivas, fisiológicas y conductuales) del cuidador, la percepción subjetiva del cuidado recibido por parte del buscador de cuidados, basada –al menos parcialmente– en características reales de la conducta del cuidador y, finalmente, los beneficios inmediatos y a largo plazo resultantes del cuidado, tales como el bienestar y un mejor funcionamiento de la relación (Collins & Ford, 2010). De acuerdo con Collins et al. (2010), desde una perspectiva normativa, el sistema de cuidados alerta a los individuos de las necesidades de otros y los motiva a proveer protección, consuelo y asistencia a aquellos que dependen de él o ella, necesitando de dos características centrales para ser efectivo: la sensibilidad a las señales del compañero (que implica una respuesta sincrónica y contingente) y la capacidad de respuesta interpersonal (que se refiere a la manera en que el apoyo es provisto, por ejemplo, respetando el punto de vista del otro).

Continúan Collins y Ford (2010), en cuanto a las diferencias individuales del cuidador que modulan los procesos normativos, que las personas varían en su voluntad y habilidad para responder de forma sensible a las necesidades de otros: esto incluye habilidades (como la toma de perspectiva o las creencias sobre el cuidado), recursos (por ejemplo, de autorregulación) y motivaciones (por ejemplo, altruista versus egoísta). Las autoras sostienen que estos factores se integrarían en modelos operativos de cuidados (*working models of caregiving*) que estarían ligados, en términos evolutivos y conductuales, con los modelos operativos del apego (Collins & Ford, 2010).

Shaver et al. (2010) añaden que una estrategia primaria del sistema conductual de cuidados es la preocupación empática (que incluye sensibilidad y responsividad, ver también Collins et al., 2010) pero que, solo a través de la regulación emocional adecuada, tal preocupación no se transforma en ansiedad o malestar personal. En cualquier caso, si se extiende esta conceptualización al marco más amplio de la compasión y el altruismo, el

sistema de cuidados se puede activar ante la presencia del malestar de otra persona, incluso un extraño en necesidad, con el objetivo de modificar la condición de la persona necesitada, hasta que sean evidentes signos de seguridad y bienestar incrementados (Mikulincer et al., 2005). Por otro lado, siguiendo con las diferencias individuales del cuidador a las que aluden Collins y Ford (2010), tanto estas autoras como Feeney y Woodhouse (2016) destacan el estilo de apego (seguro/inseguro): los estilos o las dimensiones del apego (evitación/ansiedad) pueden tener una gran incidencia en la prosocialidad, por ejemplo, al socavar al sistema de cuidados (Shaver, Mikulincer, Gross, et al., 2016). La presente investigación se focaliza especialmente en estas dimensiones y más abajo se les dedicará especial atención. Antes de ello, se describirá más en detalle la relación entre el sistema conductual de apego y el sistema conductual de cuidados.

En primer lugar, según Shaver, Mikulincer, Sahdra y Gross (2016), las metas de los sistemas de apego y de cuidado se superponen, ya que ambos están dirigidos a reducir el malestar de un otro necesitado e incrementar su sentido de seguridad, ya sea que la persona sea uno mismo u otro individuo. No obstante, además de esta complementariedad entre el proveedor y el buscador de cuidados, se puede, según Mikulincer et al. (2005), siguiendo a Bowlby, entender el interjuego de los dos sistemas dentro de la mente del potencial proveedor de apoyo.

Además, cabe destacar que, de acuerdo con Mikulincer y Shaver (2007), existe un interjuego dinámico entre el sistema de apego y otros sistemas conductuales (tales como el sistema de cuidados). Así, estos autores sostienen que un sentido de seguridad del apego reduce la necesidad de auto-protección defensiva y permite al individuo activar el sistema conductual de cuidados, dirigir la atención al malestar de otros, tomar la perspectiva de ese otro e involucrarse en la conducta altruista, donde la meta primaria es beneficiar a la otra persona. Así, continúan, para las personas seguras ayudar a otros no sirve a metas de auto-protección personal porque ya se sienten seguras. Por el contrario, el sentido de seguridad del apego libera energía y atención para ser utilizada por el sistema de cuidados y así adoptar una actitud empática hacia el malestar de otros. En el caso de interferencia entre los sistemas, solo cuando se restablece un sentido de seguridad, es posible para la mayoría de la gente percibir a los otros no solo como fuentes de seguridad y apoyo, sino como personas que también necesitan y merecen consuelo y apoyo.

Estas ideas previamente desarrolladas alcanzan un punto de integración a partir de la perspectiva de Collins y Ford (2010), quienes sostienen que la relación entre el sistema conductual de apego y el de cuidados puede ser conceptualizada en términos de influencias

distales y proximales. En lo que respecta a las influencias proximales, como ya señalaba Bowlby, solo cuando las necesidades de apego han sido satisfechas los individuos pueden dedicar atención a otros sistemas conductuales, tales como el de cuidados. En el caso de la pareja, por ejemplo, esta es tanto un destinatario de cuidado como una fuente del propio cuidado y seguridad. Así, las conductas de cuidado pueden operar a veces al servicio de las necesidades de apego actuales del/de la cuidador/a las cuales son a veces incompatibles con un buen cuidado. Respecto a las influencias distales, consideran que, dado que los individuos aprenden sobre brindar cuidados primero en el contexto de sus propias experiencias de haber sido cuidados por las figuras de apego, es razonable asumir que los modelos internos u operativos del apego moldearán los modelos operativos de cuidados. Los primeros guían la regulación del malestar personal, en tanto los segundos guían la regulación del malestar de un otro significativo y emergen más tarde en el desarrollo.

Por tanto, una explicación alternativa (para Collins & Ford, 2010, claramente integrada con el sistema de cuidados) para la relación entre apego y prosocialidad viene dada por el concepto de modelos operativos del apego y su relación con la seguridad o inseguridad del apego. Shaver, Mikulincer, Sahdra y Gross (2016), sin atender explícitamente a los modelos operativos de cuidados, distinguen la importancia de los modelos de apego en una explicación que remite a lo que Collins y Ford (2010) llaman influencias distales. Shaver, Mikulincer, Sahdra y Gross (2016) plantean que los individuos seguros en teoría han sido testigos, experimentado (y se han beneficiado) del cuidado efectivo de las figuras de apego, lo que provee al individuo con un modelo a seguir. Es decir, este aspecto apunta al origen de la relación entre ambos sistemas (de apego y de cuidado), en el que haber recibido o sido testigo de un buen cuidado provee de modelos de buen cuidado (Gillath, Shaver & Mikulincer, 2005). Dicho de otro modo, siguiendo a Mikulincer y Shaver (2005) y a Shaver, Mikulincer, Sahdra y Gross (2016), la interacción con figuras de apego disponibles y responsivas genera un apego seguro con el que se constituyen modelos operativos positivos del sí mismo y los otros. En cambio, cuando sucede lo contrario, no se constituye un sentido de seguridad, se conforman modelos operativos negativos y se adoptan estrategias secundarias para regular el malestar (hiperactivación y desactivación del sistema de apego) (Mikulincer & Shaver, 2005; Shaver, Mikulincer, Sahdra & Gross, 2016), que han sido desarrolladas previamente.

Más específicamente, Shaver, Mikulincer, Sahdra y Gross (2016) afirman que los individuos seguros se sienten cómodos con la intimidad y la interdependencia, por lo que pueden aceptar las necesidades de cercanía, simpatía y apoyo de otras personas. Sus representaciones mentales (modelos operativos) positivas de otros, generalizadas a partir de

sus experiencias con los cuidadores, facilitan que consideren a los otros como merecedores de simpatía y apoyo, mientras que sus representaciones del sí mismo positivas, también rastreables al hecho de haber sido amados y cuidados, les permiten sentir confianza sobre su capacidad para lidiar con las necesidades de otros a la vez que regulan efectivamente sus propias emociones. Tal como sostienen Mikulincer y Shaver (2007), la seguridad del apego es un fundamento natural de la regulación emocional efectiva, en parte porque permite al individuo no verse agobiado o distraído por preocupaciones o ansiedad.

Por otro lado, Shaver y Mikulincer (2012) detallan minuciosamente la asociación entre apego inseguro y prosocialidad. En relación con la evitación, según Shaver y Mikulincer, en el dominio interpersonal está vinculada con una incomodidad con la cercanía con los otros y una representación negativa de los otros que suele interferir con el cuidado de otras personas. Para Shaver, Mikulincer, Sahdra y Gross (2016), aquellos que puntúan más alto en la dimensión “Evitación” son menos empáticos, compasivos y con menor voluntad de ayudar a otros. En términos del modelo de Collins y Ford (2010) descrito, Collins et al. (2010) sostienen que los individuos evitativos carecerían de las habilidades necesarias para un cuidado efectivo y es improbable que desarrollen un sentido profundo de amor compasivo, de compromiso e interdependencia necesarios para comprender y sentirse responsables del bienestar del otro.

En cambio, según Shaver y Mikulincer (2012), si bien las personas con elevada ansiedad del apego pueden presentar cualidades necesarias para la conducta prosocial, el foco habitual está en el propio malestar y ello puede restar recursos mentales para atender precisa y consistentemente a las necesidades de otros. Este aspecto remite a lo que Collins y Ford (2010) llamaron influencias proximales del sistema de apego sobre el de cuidado. Esta relación entre la ansiedad y la prosocialidad se ha comprobado, no solo en el cuidado a otros, sino en el “mundo social más amplio”, por ejemplo, en los motivos para ser voluntario (Shaver & Mikulincer, 2012). Shaver, Mikulincer, Sahdra y Gross (2016) lo plantean de otro modo: aquellos con elevada ansiedad tendrían dificultades para cuidar de otros sin caer ellos mismos en un malestar improductivo, a menudo por estar más preocupados por sus propias necesidades y vulnerabilidad que por las necesidades de otros. Estas personas no carecerían de empatía, sino de la capacidad de realizar una acción efectiva, la que es también afectada por sus modelos algo negativos de sí mismos que incluyen un débil sentido de auto-eficacia. Nuevamente, en términos del modelo de Collins y Ford (2010) que describimos, Collins et al. (2010) sostienen que los individuos ansiosos pueden tener algunas de las habilidades necesarias para un cuidado efectivo (como la compasión), pero carecerían de algunos de los

recursos y motivaciones necesarias (por ejemplo, debido a la preocupación por sus propias necesidades de apego).

Como veremos, la evitación suele estar asociada, por ejemplo, con la realización de una menor cantidad de actividades voluntarias, con la dedicación de menos tiempo a las mismas y con una menor motivación altruista, mientras que la dimensión de ansiedad no se relaciona con esos mismos factores, pero sí con razones más egoístas para el voluntariado (tales como obtener aprobación social y ser admirados) (Shaver & Mikulincer, 2012; ver más abajo, Gillath, Shaver, Mikulincer, et al., 2005). La dimensión de ansiedad involucra también, además de otros elementos como el malestar personal, elementos positivos, pero coloreados por tendencias narcisistas, como el deseo de ser aceptado y aplaudido; así, la ansiedad aparece como más compleja que la evitación: si bien no elimina las inclinaciones prosociales, las infunde con sentimientos conflictivos y motivaciones egoístas (Shaver & Mikulincer, 2012). Este aspecto será de interés al momento de evaluar los resultados en relación con las conductas prosociales altruistas en el presente estudio.

A modo de síntesis y clarificación de los diversos conceptos planteados como explicativos del nexo entre apego y prosocialidad reportaremos las ideas de Shaver, Mikulincer, Gross, et al. (2016). En términos generales, sostienen que la teoría del apego es, en su núcleo, una teoría sobre la conducta prosocial. Por otro lado, plantean un modelo en el cual cobran relevancia dos mediadores: la regulación emocional y los modelos operativos seguros sobre el sí mismo y los otros. Además de estos mediadores entre el apego y el cuidado de otros (empatía y conducta prosocial), otros constructos contribuirían a la génesis de dicho nexo: principalmente, la sensibilidad parental o del cuidador sería un mecanismo importante y a la vez un antecedente evolutivo común tanto de la seguridad del apego como de la empatía y la prosocialidad (Shaver, Mikulincer, Gross, et al., 2016). Esta es una idea similar a la planteada por Stern y Cassidy (2018) en relación con el apego y la empatía solamente, y que reportaremos más adelante. Por otro lado, estas ideas nos introducen en la secuencia evolutiva de la conexión entre apego y prosocialidad.

Una serie de revisiones dan cuenta del nexo entre apego y prosocialidad (y empatía) a lo largo del ciclo vital (Gross et al., 2017; Shaver, Mikulincer, Gross, et al., 2016; ver también Ortiz, 1994). Shaver, Mikulincer, Gross, et al. (2016), que incluyen en su revisión también a la relación apego-empatía, sostienen que en la infancia (*infancy/toddlerhood*) son pocos los estudios que han analizado la relación entre apego y prosocialidad/empatía y, en los que lo han hecho, la evidencia es mixta. Esto sugiere que otros factores, tales como la genética o el temperamento, podrían relacionarse en mayor medida que el apego con la prosocialidad y la

empatía en este periodo. En cuanto a los/as niños/as preescolares, en términos generales habría apoyo al nexo entre apego y prosocialidad/empatía, si bien la evidencia también es mixta. No obstante, por ejemplo, hay cierta evidencia de que los menores seguros son más prosociales con los pares que los evitativos, pero no que los resistentes. Para Gross et al. (2017), la escasa evidencia apoya predominantemente una asociación positiva entre la seguridad del apego y la prosocialidad en particular. En cuanto a la niñez temprana y media, según Shaver, Mikulincer, Gross, et al. (2016), la mayoría de los estudios se han focalizado más en la prosocialidad que en la empatía y muestran –en términos generales– una asociación modesta entre apego y prosocialidad. Además, como en el caso de los preescolares, se constata una disminución de la prosocialidad entre aquellos evitativos, pero no entre los resistentes. En relación con la adolescencia, si bien los estudios son también escasos, muestran que los adolescentes seguros son consistentemente más prosociales y empáticos que los inseguros (Shaver, Mikulincer, Gross, et al., 2016). Gross et al. (2017) destacan que, en esta etapa, la evidencia de una relación positiva entre la seguridad del apego y la prosocialidad podría obedecer a una metodología más consistente que aquella utilizada con niños/as. No obstante, en la adolescencia los tamaños del efecto encontrados son pequeños, mientras que en la niñez oscilan entre pequeños y moderados. En cuanto a los adultos, al igual que con los adolescentes, los hallazgos principales son consistentes en cuanto a la relación positiva entre apego seguro y prosocialidad y se alinean con lo expresado previamente respecto al malestar improductivo de los individuos ansiosos –a pesar de que posean empatía– y de las carencias en tendencias empáticas y prosociales de los evitativos (Shaver, Mikulincer, Gross, et al., 2016).

Un estudio en España de López et al. (1998) con preescolares de cuatro años evidenció que la seguridad del apego en la primera infancia (1-2 años) de estos niños/as correlacionó negativamente con las conductas agresivas observadas, en tanto la dependencia (vinculada al apego inseguro) en el mismo período se asoció negativamente con la prosocialidad evaluada por los/as maestros/as. En cuanto a la seguridad del apego actual de los preescolares, esta correlacionó positivamente con las conductas prosociales observadas. A la vez, la seguridad del apego actual y en la primera infancia, por un lado, y la dependencia en la primera infancia, por otro, fueron variables que, a través de un análisis discriminante, permitieron diferenciar entre los menorees de mayor y menor prosocialidad, respectivamente. Por otro lado, el estudio de Ortiz et al. (1993), con escolares de 10 a 12 años, en el que se estudió el rol de diversos predictores, mostró que la seguridad del apego materno y paterno –y especialmente el materno para los varones– mostraba la correlación más elevada con la conducta prosocial-

altruista. Además, un análisis discriminante mostró que la seguridad del apego era una de las variables que más diferenciaban a los sujetos altruistas respecto de los no altruistas.

Por otro lado, Balabanian et al. (2015) indagaron, con adolescentes argentinos/as de 14 a 18 años, en la relación del apego (clasificado como positivo –seguro– y negativo –inseguro–) con la conducta prosocial, en uno de los escasos estudios que investigó esta relación considerando a la prosocialidad de forma multidimensional. Esta fue evaluada con una adaptación argentina del PTM que mide la prosocialidad en cuatro dimensiones en lugar de las seis dimensiones originales, producto de unificar las dimensiones de prosocialidad emocional, urgente/crisis y complaciente en una sola dimensión denominada “Respuesta” (a demandas externas) (Richaud et al., 2012). Balabanian et al. (2015) encontraron una mayor puntuación en la dimensión Respuesta en el grupo con mayor puntaje en apego (seguro) que en el grupo con menor puntaje (inseguro). Hallaron, además, dos tendencias hacia la significación: aquellos con un apego inseguro tuvieron mayor puntaje en la conducta prosocial pública y el grupo con puntajes medios en apego destacó en la prosocialidad anónima.

Por su parte, Shaver et al. (2010) investigaron la relación entre el sistema conductual de cuidados (medido con la *Caregiving System Scale* –CSS–) y la prosocialidad. Abordaron esta relación mediante tres estudios en diferentes ámbitos: el cuidado parental, la provisión de ayuda en el contexto de relaciones de parejas jóvenes y el voluntariado en estudiantes de grado (sin edad informada). En primer lugar, las madres con una hiperactivación del sistema de cuidados mostraban mayor malestar y menos ayuda a sus hijos, en tanto la desactivación del sistema de cuidados se relacionó con menor calidez y también con menor ayuda a los hijos. En el segundo caso, aquellos que puntuaban más elevado en la desactivación mostraban menor responsividad (entendida como mantenimiento de proximidad hacia su pareja necesitada y sensibilidad a las señales y necesidades de la misma) y un cuidado más controlador, mientras que los que puntuaban más elevado en hiperactivación reportaban un cuidado más compulsivo/intrusivo, aunque aquella no se relacionó con la responsividad. En el último caso, la desactivación se relacionó con una menor cantidad de actividades de voluntariado y con razones menos altruistas cuando se llevaban a cabo, a la vez que la hiperactivación no se relacionó con la cantidad de actividades, pero sí se asoció con razones más egoístas para el voluntariado, tales como la autoprotección y la autopromoción (*self-enhancement*).

Un interesante matiz es aportado por una investigación con adultos que exploró en detalle la relación del apego evitativo con la prosocialidad. Richman et al. (2015), en un

estudio con participantes con una media de 32 años, encontraron que la dimensión de evitación de una versión breve del ECR (con la ansiedad como variable de control) era un predictor negativo tanto de la donación a una causa vinculada a las personas (Unicef) como a una causa a favor de los animales, pero no era significativa su influencia sobre una donación para causas ambientales. El efecto negativo de la evitación sobre las dos primeras variables dependientes era completamente mediado por la preocupación empática, por lo que las/os autoras/es concluyen que las personas evitativas no serían uniformemente menos prosociales, sino que lo serían ante causas que pueden suscitar la empatía y la cercanía emocional, lo que es motivado por su menor preocupación empática.

Por último, un estudio exploró la relación del apego con la prosocialidad multidimensional teniendo en cuenta a la empatía como una variable mediadora. Profe et al. (2021) indagaron la influencia del apego a la madre, al padre, a los pares y a los/as abuelos/as en la conducta prosocial global (reportada por maestros/as) y en la de respuesta al malestar (una combinación de las escalas emocional y urgente/crisis del PTM) en adolescentes de 11 a 14 años; exploraron, además, el rol mediador de la preocupación empática (vía el IRI). La seguridad en los distintos tipos de apego correlacionaba positivamente con la preocupación empática y con la prosocialidad en respuesta al malestar, pero solo el apego a los pares y a la madre se asociaban significativamente con la conducta prosocial global (de forma positiva). El apego a los pares (de forma más fuerte) y a los/as abuelos/as eran predictores indirectos y positivos de la prosocialidad en respuestas al malestar, con la mediación de la preocupación empática (la influencia sobre la prosocialidad global, si bien positiva, no alcanzaba la significación).

4.3.1. Apego y conducta prosocial en la adultez emergente

Puntualmente en relación con este grupo etario, un estudio evaluó la relación del apego con la conducta prosocial en el contexto de una relación romántica, con parejas israelíes (media de casi 25 años para los hombres y 24 para las mujeres) y estadounidenses (media de 21 años en ambos grupos) (Mikulincer et al., 2013). Los autores estudiaron la activación (*priming*) de la seguridad del apego, el agotamiento de recursos cognitivos sobre la capacidad de respuesta (*responsiveness*) y el apoyo de un miembro de la pareja hacia el otro. Además, se evaluó la ansiedad y la evitación disposicional. Por un lado, en relación con las dimensiones del apego, una mayor evitación condujo a un menor apoyo, pero solo ante la activación neutral, en tanto una mayor ansiedad conllevó mayores conductas negativas hacia

el compañero cuando también había un agotamiento de recursos mentales, pero solo ante una activación neutral. Por otro lado, la activación de la seguridad del apego condujo a un mayor apoyo y capacidad de respuesta, mientras que lo contrario se produjo ante el agotamiento de los recursos cognitivos. Además, un efecto de interacción (entre activación y agotamiento de recursos) mostró que, si bien la seguridad del apego conllevó una mayor capacidad de respuesta tanto en los casos de agotamiento cognitivo como en ausencia de ello, el agotamiento solo implicó menor capacidad de respuesta y apoyo en la activación neutral, pero no en la activación de seguridad del apego. Además, la activación de seguridad condujo a menos conductas negativas hacia el compañero, mientras que el agotamiento cognitivo no tuvo un efecto en estas conductas negativas. No se encontraron diferencias en las conductas del proveedor de cuidados en función del género. En términos generales, estos hallazgos permiten observar que la seguridad del apego se relaciona con la prosocialidad, así como también que la activación experimental del apego puede contrarrestar los efectos de tendencias disposicionales.

En una línea similar, Feeney y Collins (2001) indagaron con parejas (media de casi 20 años para cuidadores y de 19 para los receptores) las diferencias en las conductas de cuidado al otro (*caregiving behavior*) en función del apego, que era una combinación de la medida categorial de Bartholomew y Horowitz (1991) con el ECR. Además, exploraron los mecanismos personales y relacionales subyacentes a las diferencias en las conductas de cuidado y su eficacia, en la línea de lo planteado luego por Collins y Ford (2010). Por un lado, Feeney y Collins (2001) encontraron, mediante análisis correlacionales, que aquellos con mayor evitación eran menos responsivos y más controladores en su estilo de cuidado, y aquellos con mayor ansiedad eran más compulsivos y más controladores en su cuidado. En cuanto a los mecanismos personales y relacionales, tomaremos solo aquellos que se relacionan con la presente investigación, en particular la orientación prosocial (mecanismo personal) y la motivación egoísta (mecanismo relacional). La orientación prosocial es una medida compuesta por la empatía –preocupación empática más toma de perspectiva más emparejamiento emocional– y por valores de comunión, concepto similar a los valores de autotrascendencia –identidad moral– de nuestra investigación. Aquellos con elevada evitación estaban menos orientados prosocialmente y aquellos con elevada ansiedad tenían una mayor motivación egoísta para ayudar a sus parejas. Mediante ecuaciones estructurales comprobaron estos y otros mecanismos mediadores entre el apego y las conductas de cuidado. Encontraron una capacidad mediadora de la (baja) orientación prosocial entre la evitación y el cuidado no responsivo y controlador y una capacidad mediadora de la motivación egoísta entre la

ansiedad y el cuidado compulsivo y controlador. En una segunda fase pusieron a prueba mediante medidas conductuales de cuidado lo evaluado mediante pruebas de autoreporte en la fase 1. Encontraron que los cuidadores evitativos brindaron apoyo instrumental en una condición de baja necesidad, pero no así ante una de elevada necesidad, siendo también menos propensos a brindar apoyo emocional ante la elevada necesidad de sus parejas, lo que llevó a las autoras a concluir que su capacidad de cuidado es pobre en condiciones de elevada necesidad (precisamente cuando sus parejas necesitaban más del cuidado). Un patrón opuesto apareció en relación con los individuos ansiosos, dado que brindaron apoyo instrumental ante la elevada necesidad, pero la ansiedad y el apoyo instrumental no estuvieron relacionados ante la baja necesidad y, además, la ansiedad estuvo asociada al cuidado emocional en ambas condiciones (elevada y baja necesidad), lo que daría indicios de su sobreinvolucramiento. En su conjunto, según las autoras, los hallazgos indicarían que la seguridad del apego (baja evitación y baja ansiedad) se asociaría con un cuidado más efectivo y más responsivo (un cuidado más contingente con las necesidades de la pareja).

Mikulincer et al. (2005), en una serie de cinco estudios con estudiantes estadounidenses e israelíes mayores de 18 años (mediana de 21 y 22 años, respectivamente), examinaron los efectos de la seguridad del apego aumentada experimentalmente sobre la compasión (una medida similar a la preocupación empática) y la conducta altruista; además, evaluaron las asociaciones entre la ansiedad y evitación disposicionales (medidas con el ECR), por un lado, con medidas de compasión, malestar personal y ayuda, por el otro. A diferencia del estudio reportado previamente, la acción prosocial no se dirige aquí a una pareja romántica, sino a un extraño.

En dos de los estudios, la exposición experimental (*priming*) a figuras de apego proveedoras de seguridad (tanto de forma subliminal como supraliminal) condujo a una mayor compasión y a mayores deseos de ayudar a otra persona, en sujetos de ambas nacionalidades. Por otro lado, la evitación se relacionó negativamente con la compasión (o preocupación empática) y la ayuda, mientras que la ansiedad, que en sí misma no contribuyó a respuestas compasivas o de ayuda, se relacionó positivamente con mayores niveles de malestar personal al ver el sufrimiento de la persona destinataria de la ayuda. Los autores explican estos resultados en términos de los efectos facilitadores de las representaciones de apego seguro sobre las cogniciones, sentimientos y comportamientos de cuidado en respuestas al malestar de otra persona. No obstante, la activación contextual de la seguridad del apego conllevó mayor compasión y deseos de ayudar, independientemente de las variaciones en la ansiedad y la evitación, lo que implicaría que la activación temporal de un sentimiento de

seguridad permite incluso a las personas crónicamente inseguras reaccionar a las necesidades de otros de una forma similar a las personas con un apego seguro. Por otro lado, la activación consciente (supraliminal) e inconsciente (subliminal) de la seguridad del apego produjo efectos prosociales similares (Mikulincer et al., 2005).

En los otros tres estudios, Mikulincer et al. (2005) pusieron a prueba la hipótesis de que la seguridad del apego incrementaría la compasión y la ayuda aun cuando no hubiera razones egoístas para la ayuda (como la mejora en un estado de ánimo negativo). Los autores encontraron, además de los mismos patrones de relación entre la ansiedad y el malestar personal y entre la evitación y la ayuda, que las representaciones de seguridad del apego influían nuevamente de forma positiva en la compasión y la ayuda, pero además lo hacían más allá de la anticipación de la mejora en el estado de ánimo por otros medios que no fueran la ayuda. Así, según los autores, la hipótesis de la elevación del estado de ánimo, como la que plantea el modelo de Cialdini (ver, por ejemplo, Cialdini et al., 1987), se sostiene solo cuando la representación de seguridad del apego no era contextualmente activada (*priming* neutral) o entre sujetos elevadamente evitativos. En cuanto al malestar personal, correlacionó positivamente, aunque no de forma fuerte, con la compasión (preocupación empática). De todos modos, según los autores, esto no elimina los patrones de hallazgos muy diferentes para ambas variables: la compasión/preocupación empática estuvo consistentemente asociada con la seguridad y la ayuda, mientras el malestar personal no lo estuvo, y sí se relacionó con la ansiedad. Por otro lado, no se encontraron diferencias de género significativas en ninguno de los cinco estudios (Mikulincer et al., 2005). En conclusión, Mikulincer et al. (2005) consideran que la seguridad del apego no activa directamente el sistema de cuidados, sino que provee un fundamento psicológico sólido y estable para una forma de empatía que no es desbordada por el sufrimiento de otros ni amenazada por la interdependencia que involucra el brindar cuidados. Trataremos más en detalle este aspecto en el próximo apartado.

En otra investigación que exploró la relación del apego con la conducta prosocial y el altruismo en un sentido más amplio que la ayuda a familiares o personas cercanas, Gillath, Shaver, Mikulincer, et al. (2005), exploraron la relación de las dimensiones del apego (medidas con el ECR) con el voluntariado en dos estudios realizados con participantes estadounidenses, holandeses e israelíes mayores de 18 años (mediana de 21, 22 y 23 años, respectivamente). En uno de los estudios encontraron que, a mayor puntuación en la escala de evitación, menores eran la cantidad de actividades y el tiempo de voluntariado en la que los participantes se involucraban, y más débil la adhesión a valores altruistas y de comprensión como razones para el voluntariado. En cuanto a la escala de ansiedad, esta fue un importante

predictor para razones auto-centradas o de autointerés para el voluntariado (conformidad y aprobación social, fortalecimiento de la autoestima o autoprotección), excepto para la promoción de la carrera personal. La ansiedad no estuvo asociada ni fue un predictor significativo de la cantidad de actividades o tiempo de voluntariado en las muestras estadounidense y holandesa, pero en la muestra israelí se asoció positivamente con la cantidad de actividades de voluntariado. Los resultados del segundo estudio son muy similares: entre las pocas diferencias se encuentra que tampoco en la muestra israelí la ansiedad estuvo relacionada con un mayor voluntariado y, además, un motivo de auto-interés como la promoción de la carrera estuvo positivamente relacionado con la ansiedad en las muestras israelí y holandesa y negativamente con la evitación en la muestra estadounidense. En conclusión, los autores sostienen que la seguridad del apego está asociada con el voluntariado por razones altruistas o vinculadas con la exploración. Por último, es importante destacar que no encontraron diferencias de género en las diversas variables.

En otro estudio que indagó en la influencia del apego sobre la prosocialidad en un campo más amplio que el de las relaciones cercanas, Westmaas y Silver (2001) estudiaron la relación del apego de participantes mujeres de 17 a 24 años con el apoyo provisto a otras mujeres enfermas de cáncer. Por un lado, un apego evitativo, pero no uno ansioso, fue un predictor de un menor grado de conductas, verbales y no verbales, de apoyo y calidez hacia la persona con cáncer. Por otro lado, encontraron que tanto un apego ansioso, en mayor medida, como uno evitativo eran predictores de la ansiedad (una variable similar al malestar personal) ante el encuentro con una persona con cáncer. Además, el apego ansioso fue predictor de un mayor grado de autocrítica tras el encuentro con la persona enferma. El estudio midió, además, el apego de la persona enferma tal como era percibido por las participantes, y se encontró que las participantes expresaron más conductas de rechazo hacia aquellas que eran percibidos como evitativas que hacia aquellas que eran percibidas como seguras o preocupadas/ansiosas. No obstante, estas conductas fueron parcialmente determinadas por el propio apego de la participante: aquellas con un menor grado de evitación tendían a rechazar más a otra cuando esta era evitativa, mientras que las participantes con un mayor grado de evitación tendían a expresar un mayor rechazo a aquellas con un apego seguro o preocupado/ansioso y menor cuando la persona enferma también era evitativa.

La publicación de Richman et al. (2015), previamente referida, desarrolló también un estudio con adultos emergentes (media de 20 años). Realizaron un experimento en el que se ofrecía a los/as participantes intercambiar el lugar con un cómplice que llevaba a cabo una tarea aversiva. Se establecían dos condiciones, un grupo al que se le administró un placebo

que indicaba que congelaría su estado de ánimo y un grupo control. No hubo efectos principales para evitación, ansiedad y condición. Sin embargo, un efecto de interacción mostró que la evitación interactuaba con la condición. En el grupo experimental, la evitación no tenía incidencia, pero en el grupo control reducía la ayuda; además, ante baja evitación las personas ayudaban más en el grupo control, pero ante elevada evitación se encontraba más ayuda en el grupo que consideraba que su ánimo podía permanecer inalterado (en un nivel similar que aquellos bajos en evitación).

Un estudio con adultos emergentes (media de 19 años) llevado a cabo por McGinley y Evans (2020) evaluó la relación de la seguridad del apego con la madre, el padre y los pares con la conducta prosocial (multidimensional, evaluada con el PTM-R) y los síntomas internalizantes. En relación con la conducta prosocial, encontraron que el apego seguro con los pares era un predictor directo y positivo de la conducta prosocial altruista, emocional, complaciente y urgente/crisis, mientras que el apego materno tenía una influencia sobre las mismas variables, pero de naturaleza indirecta a través del apego a los pares. Estas relaciones no estaban moderadas por el género. El apego paterno no era un predictor significativo de ninguna variable dependiente. Las autoras interpretan los resultados en función de la importancia del apego para las dimensiones de la conducta prosocial vinculadas a relaciones interpersonales cercanas y la abnegación (*selflessness*); las cualidades del apego seguro no serían tan pertinentes para la prosocialidad anónima o para una conducta ligada a la autopromoción (*self-promotion*) como la prosocialidad pública. Las mujeres presentaban mayor prosocialidad emocional y apego a los pares, mientras que los hombres reportaban mayor prosocialidad pública y apego al padre.

Otro trabajo, de Carlo, McGinley, Hayes y Martínez (2012), exploró la relación del apego a los pares y a los progenitores sobre la conducta prosocial multidimensional (vía el PTM) y la agresión física, así como el rol mediador de la empatía (que integraba a las subescalas de preocupación empática y toma de perspectiva del IRI) con estudiantes mexicano-americanos (media de 23 años). En relación con la conducta prosocial, encontraron que ni el apego a los pares ni a los progenitores predecían los tipos de conducta prosocial, aunque había correlaciones positivas del apego a progenitores con el altruismo y del apego a pares con la emocional, urgente/crisis y complaciente. En cambio, la empatía sí era predictora de la prosocialidad (excepto de la pública). A la vez ambos tipos de apego predecían la empatía. A partir de ello, la empatía mediaba los efectos positivos del apego a los pares para la prosocialidad altruista, emocional, complaciente, urgente/crisis y anónima. Para el apego a los progenitores, solo había un efecto, indirecto y vía la empatía, sobre la prosocialidad

urgente/crisis. No había efectos indirectos para la pública. Al ingresar el género como moderador, la influencia (indirecta) del apego a los pares en la prosocialidad altruista, emocional y anónima tenía lugar solo en los hombres. Incluso, aquí la relación del apego a pares y altruismo era negativa y se hacía positiva por influencia de la empatía. Por último, el género femenino se asociaba positivamente con el apego a pares, la empatía, la prosocialidad altruista, emocional y complaciente y el masculino con la prosocialidad pública. Habiendo reportado la importancia de la empatía como mediadora en el vínculo entre apego y conducta prosocial, en el próximo apartado se profundizará en la relación del apego y la empatía.

4.4. Apego y su relación con la empatía

Una minuciosa revisión de Stern y Cassidy (2018) considera las diferencias individuales en empatía desde la perspectiva de la teoría del apego. Sostienen que las teorías sobre el desarrollo de la empatía han enfatizado el rol de la crianza (*parenting*) y que una perspectiva que puede ser útil para comprender el rol de los progenitores en el desarrollo de la empatía es la teoría del apego, ya que la teoría apunta a mecanismos específicos mediante los cuales la calidad del apego de un niño puede contribuir a la empatía. Específicamente la teoría predice, de acuerdo con las autoras, que el apego seguro moldea los siguientes aspectos en un/a niño/a: a) modelos cognitivos de relaciones; b) capacidades de regulación emocional; c) fisiología (por ejemplo, reactividad ante los estresores), todos en un modo que sostiene la capacidad del niño/a de cuidar a otros y preocuparse por ellos.

Entre los mecanismos de influencia que ligan el apego con la empatía, Stern y Cassidy (2018) recogen evidencia de que los modelos cognitivos, más específicamente los modelos internos de trabajo o modelos operativos, podrían mediar en la asociación entre apego y empatía. En la literatura especializada se ha recurrido a la noción de guiones (*scripts*) –esquemas de eventos que organizan los comportamientos en una secuencia témporo-causal específica–, y se los ha postulado como un componente importante de los modelos operativos ya que reflejan un conocimiento específico de cómo los eventos de cuidado proceden típicamente. Los guiones de base segura constituirían así un mecanismo mediante el cual el apego se vincularía a la empatía, dado que el apego seguro proveería un guion conductual saliente, activado en circunstancias de amenaza, sobre cómo reconocer y responder empáticamente al pedido de ayuda por parte de otros. Los estudios empíricos reportados dan cuenta de la relación de los modelos operativos seguros, ya sean de carácter disposicional como los activados experimentalmente, con una mayor empatía (en la que incluyen a la

simpatía/preocupación empática, a la toma de perspectiva y el compartir emociones) y un menor malestar personal. Además de los mecanismos cognitivos, Stern y Cassidy reportan que el lenguaje podría funcionar como un mecanismo adicional que vincule al apego con el desarrollo de la empatía y la evidencia sugiere que los/as niños/as con un apego seguro se involucran en un discurso más elaborado y organizado con sus progenitores en relación con las emociones, lo que fortalecería la empatía.

Por otro lado, Stern y Cassidy (2018) destacan que las capacidades emocionales y auto-regulatorias jugarían un rol en el nexo apego-empatía y reportan diversos resultados empíricos. Estos hallazgos resaltan, por un lado, que competencias emocionales, tales como el reconocimiento y comprensión de emociones, la resonancia afectiva, el control coactivo o esforzado (*effortful control*) y la auto-regulación son centrales para la respuesta empática. Por otro lado, los hallazgos dejan de manifiesto que las historias de apego de los menores han sido ligadas empíricamente a muchas de estas competencias como, por ejemplo, la mejor capacidad de los/as niños/as seguros/as para regular sus emociones. Concluyen que una historia de cuidado sensible permite al niño/a responder con una apropiada activación y regulación emocional y que el malestar personal no interfiera en la respuesta empática. Así, conjeturan que una persona evitativa podría responder al malestar de otros con una elevada activación fisiológica junto a una escasa preocupación por otros, supresión de sentimientos de empatía y un intento general de ignorar o escapar del dolor de otros. En cambio, aquellos con un estilo ansioso/resistente podrían responder al malestar de otros con malestar personal, moderados niveles de empatía (especialmente si el destinatario es alguien de quien buscan aceptación y cercanía) y muestras de cuidado que combinan motivos orientando a otros con motivos orientados a ellos mismos. Otro elemento que destacan las autoras es la programación neurobiológica.

Por otro lado, además de los mecanismos que vinculan apego y empatía, Stern y Cassidy (2018) sostienen que hay antecedentes evolutivos comunes a las dos variables, y enfatizan en particular el rol de la crianza, ya que tanto el apego seguro como la empatía son considerados como productos de cuidados sensibles (*sensitive caregiving*), es decir que la crianza sensible parece proveer un fundamento común del cual la seguridad del apego y la empatía pueden emerger. Por otro lado, según Stern y Cassidy, en cuanto a los hallazgos empíricos en diversos grupos etarios, se encuentra poca evidencia o hallazgos mixtos antes de la adolescencia, y es en este momento cuando comienza a hallarse consistentemente una asociación positiva entre la seguridad del apego y la empatía, lo que ayudaría –según las autoras– a trazar un puente entre los estudios en la niñez y los vínculos robustos (también

positivos) encontrados en la adultez. Estos hallazgos complementan los de Shaver, Mikulincer, Gross, et al. (2016), cuya revisión, reportada previamente, no solo abarca a la prosocialidad, sino también a la empatía.

Entre los estudios empíricos existe alguna evidencia sobre la asociación de estos dos constructos en niños/as, por ejemplo, que muestra una asociación positiva del apego y la empatía (en un sentido amplio y evaluada con el IECA), que era mediada por una menor emocionalidad negativa y una mayor regulación emocional, lo que en última instancia daría cuenta de su mayor prosocialidad (Panfile & Laible, 2012). Ya en la adolescencia –media de 16 años–, en un estudio en el que indagaron en la relación entre el apego hacia los progenitores y hacia los pares con diversos indicadores de ajuste (como la simpatía, compuesta por las escalas de preocupación empática y toma de perspectiva del IRI), Laible et al. (2000) encontraron que aquellos con mayores puntuaciones en seguridad del apego tanto a los progenitores como a los pares (típicamente mujeres) fueron los que más puntuaron en simpatía. En el extremo opuesto (típicamente hombres) se ubicaron aquellos que puntuaron bajo en seguridad en ambos tipos de apego. En el medio, aquellos con bajo apego a los pares y elevado a los progenitores puntuaron más bajo en simpatía que aquellos con un bajo apego a los progenitores y elevado a los pares. Indagaron también una hipótesis inversa mediante regresiones, a través de la cuales hallaron que la simpatía fue un predictor positivo del apego a los pares, pero no así del apego a los progenitores.

Por otro lado, un estudio evaluó en conjunto al apego de adultos –de 18 a 34 años, con una media de 19– (tanto actual, evaluado con el ECR como a través del recuerdo de su apego infantil) y su relación con las cuatro dimensiones de la empatía consideradas en el IRI (Britton & Fuendeling, 2005). Los autores concluyen que la relación del apego con la empatía sería más afectiva que cognitiva. Para ello se sustentaron en que las relaciones del apego con la preocupación empática y el malestar personal eran más fuertes que con la toma de perspectiva. No obstante, encontraron que la toma de perspectiva se relacionaba positivamente con la sobreprotección parental y la ansiedad romántica, en tanto la preocupación empática se asoció negativamente con la ansiedad. El malestar personal se asoció positivamente con la ansiedad y con la sobreprotección parental y la fantasía se asoció positivamente con el cuidado parental y negativamente con la evitación. A través de una regresión jerárquica múltiple encontraron que, para la toma de perspectiva, solo el género fue un predictor significativo (las mujeres puntuaron más alto en dicha variable). Para la preocupación empática, el género (las mujeres), el cuidado parental y la ansiedad romántica fueron predictores negativos de la misma. Para el malestar personal, el género (las mujeres),

la sobreprotección parental y la ansiedad fueron predictores positivos. En cuanto a la fantasía, el género (las mujeres) y el cuidado parental fueron predictores positivos y la evitación fue un predictor negativo de la misma.

En una línea similar, con estudiantes de grado con una mediana de 19 años, Joireman et al. (2002) evaluaron, en un primer estudio, la relación de tres dimensiones del apego (dependencia/confianza, cercanía y ansiedad) y tres dimensiones de la empatía (preocupación empática, toma de perspectiva y malestar personal). Encontraron que la preocupación empática y la toma de perspectiva correlacionaron positivamente con las dimensiones que reflejaban un apego seguro (dependencia/confianza y cercanía) mientras la toma de perspectiva estaba negativamente asociada con la ansiedad. A la vez, el malestar personal correlacionó positivamente con la ansiedad y negativamente con la cercanía. Además, mediante análisis de regresión múltiple, encontraron que la dependencia/confianza fue un predictor positivo tanto de la preocupación empática como de la toma de perspectiva, mientras que la ansiedad lo fue del malestar personal y la cercanía fue un predictor negativo del mismo. A la vez, las mujeres puntuaron más alto en malestar personal. En un segundo estudio utilizaron múltiples medidas del apego, de las cuales nos limitaremos a reportar los resultados del ECR-R, por ser una versión similar a la utilizada en la presente investigación. Por un lado, la preocupación empática correlacionó negativamente con la ansiedad y la evitación, y la toma de perspectiva lo hizo negativamente con la evitación, en tanto el malestar personal correlacionó positivamente tanto con la ansiedad como con la evitación. En los análisis de regresión múltiple, la evitación fue un predictor negativo tanto de la preocupación empática como de la toma de perspectiva, y tanto la evitación como la ansiedad fueron predictores positivos del malestar personal.

En otro trabajo que indagó en la relación entre el apego y distintos componentes de la empatía, Mikulincer et al. (2001) realizaron diversos estudios con estudiantes (17 a 40 años, con medianas de 23 y 24) para evaluar el impacto del apego (tanto disposicional como activado experimentalmente) sobre la empatía (medida en la línea de Batson, por tanto, preocupación empática) y el malestar personal. En todos los estudios utilizaron el ECR para evaluar el apego. En el primero de ellos hallaron que la seguridad del apego manipulada experimentalmente (no así un estado de ánimo positivo) tuvo un efecto positivo sobre la preocupación empática, en tanto las dimensiones de evitación y de ansiedad tuvieron un efecto negativo sobre la misma. Además, la seguridad del apego (y también un estado de ánimo positivo) tuvieron un efecto negativo sobre el malestar personal, mientras que la dimensión de ansiedad tuvo un efecto positivo sobre el mismo. En los siguientes estudios

evaluaron las mismas hipótesis, pero utilizando diversas mediciones de las variables: medidas conscientes y subliminales del apego, evaluación de la preocupación empática y del malestar personal vía la obtención de memorias autobiográficas y medición de los tiempos de reacción (accesibilidad cognitiva), encontrando similares resultados. En uno de los estudios, realizado solamente con participantes en la adultez emergente (18 a 27 años, con una mediana de 23), se activaron experimentalmente tanto la seguridad del apego como la ansiedad y la evitación, se evaluaron estas últimas dos dimensiones vía el ECR y se midieron las reacciones hacia un amigo y hacia un extraño relativamente cercano, encontrándose resultados similares a los estudios anteriores. Por un lado, la activación experimental (contextual) del apego produjo mayor preocupación empática que la activación de la ansiedad y la evitación, más allá del apego habitual. Las dimensiones evitación y ansiedad generaron menor preocupación empática y hubo mayor preocupación empática hacia las personas cercanas que hacia el extraño, aunque el efecto de la seguridad del apego no estaba moderado por la cercanía. Por otro lado, la ansiedad activada generó mayor malestar personal que la activación de seguridad y de la evitación. La cercanía (cuando el destinatario era el amigo) dio lugar a un mayor malestar personal, pero no moderaba los efectos principales. La dimensión ansiedad era predictora del malestar personal, mientras que la dimensión evitación solo se relacionó positivamente con un mayor malestar personal luego de la activación experimental de la ansiedad.

Troyer y Greitemeyer (2018) exploran la relación del apego, la empatía y la regulación emocional. En un primer estudio (con adultos con una media de 29 años), hallaron una correlación positiva del apego seguro con la empatía cognitiva (vinculada a la toma de perspectiva) y respecto de la empatía afectiva una correlación negativa con el estilo evitativo rechazante y positiva con el preocupado. Además, el estilo seguro experimentaba mayores niveles de empatía cognitiva y ello era mediado por la reevaluación de sus emociones. En contraste, un estilo evitativo rechazante predecía una menor empatía afectiva (una medida ligada a la preocupación empática) y esto tenía lugar mediante una mayor supresión emocional. En el estudio 2, con adultos con una media de 23 años, entre los resultados encontraron que las dimensiones de evitación y ansiedad (medidas con el ECR-R) correlacionaban negativamente con la empatía cognitiva, mientras que el apego seguro (categorizado a partir de las dos dimensiones) lo hacía positivamente. Respecto de la empatía afectiva, la evitación correlacionaba negativamente y la ansiedad positivamente. Encontraron resultados similares al estudio 1 en lo concerniente a la mediación. La activación experimental de la seguridad o inseguridad del apego no tenía influencia sobre la empatía.

Otro estudio evaluó la relación del apego, la empatía (en este caso con el IRI) y la regulación emocional. Nos limitaremos aquí a detallar la relación entre los dos primeros. Henschel et al. (2020), con adultos emergentes de 18 a 26 años (con una media de 20) encontraron, en cuanto a las diferencias significativas entre grupos, que las personas seguras y ansiosas puntuaban más alto que las evitativas en preocupación empática. A la vez, los ansiosos puntuaban más alto en malestar personal que los evitativos y, aún más pronunciadamente, que los seguros. En fantasía, los ansiosos puntuaban más alto que los otros dos grupos. Por último, en toma de perspectiva no había diferencias significativas entre los grupos, pero los seguros presentaban medias más altas que evitativos y ansiosos.

Con una aproximación diferente, otra investigación (Scinta & Gable, 2005) indagó mediante dos estudios (con estudiantes, sin edad informada) en la relación del apego con la simpatía y empatía sentidas hacia la pareja en un contexto de competencia (los grupos control eran conocidos y amigos). Encontraron –en términos generales– que, por efecto de la simpatía, los sujetos con baja evitación sentían menos afecto positivo que aquellos con elevada evitación al superar a su pareja en un escenario imaginario. A la vez, por efecto de la empatía, aquellos bajos en evitación sintieron más afecto positivo y menos afecto negativo que aquellos con elevada evitación cuando eran superados por su pareja. Cabe destacar que simpatía y empatía no fueron medidas directamente, sino inferidas de las respuestas descritas previamente. En términos generales, los efectos de la simpatía y de la empatía fueron más débiles entre los individuos con elevada evitación. Por otro lado, la ansiedad no tuvo efectos significativos. Esto se debería, según los autores, a que la simpatía y la empatía requieren un modelo positivo del otro, pero no necesariamente un modelo positivo del self (la dimensión de ansiedad se relaciona con el modelo del self). Cabe destacar que los sujetos bajos en evitación no exhibieron empatía y simpatía cuando el destinatario de la comparación fue un amigo (e incluso hubo un leve efecto en la dirección opuesta).

Por último, otro estudio con adultos (de 18 a 52 años, con una media de 21) midió el apego, la empatía (vinculada a la preocupación empática: simpatía, compasión) y la ayuda con relación a aquellos que perdieron seres queridos en los ataques terroristas de 2001 en Estados Unidos (Wayment, 2006). Encontró que los que puntuaban más alto en apego evitativo tendían a sentir menos preocupación empática, pero el apego ansioso no se relacionó con esta variable. Por otro lado, los puntajes en preocupación empática fueron mayores para aquellos que se involucraron en la ayuda colectiva. Pero con relación al apego y la ayuda, no hubo diferencias en esta última en función de aquel. Este estudio complementa los hallazgos sobre el nexo apego-prosocialidad desarrollado en apartados previos.

CAPÍTULO V

LA IDENTIDAD MORAL

5.1. Identidad moral: Definición y modelos teóricos

Se han propuesto diversas definiciones sobre la identidad moral que –si bien presentan ligeras variaciones– muestran también elementos en común, como la integración de la identidad personal o el sí mismo con la moralidad. Hardy y Carlo (2011a, 2011b) sostienen que la identidad moral, en términos generales, involucra la importancia o saliencia que tiene la moralidad para la identidad de una persona. Para Hart y colaboradores/as, puede ser entendida como un compromiso, consistente con el propio sentido del sí mismo, hacia líneas de acción que promueven o protegen el bienestar de otras personas (p. ej., Hart & Matsuba, 2009). Por su parte, Moshman (2004), concibe la identidad moral como una teoría explícita de uno mismo, del *self*, como un agente moral, un agente comprometido a actuar sobre la base del respeto y/o la preocupación por los derechos y/o el bienestar de otros. Según Moshman, las personas pueden tener identidades morales en distintos grados. Por ejemplo, una identidad moral fuerte implica que el compromiso con otros es tan central que dirige y coordina otros compromisos de la identidad, de modo que la identidad moral puede considerarse no solo un aspecto de la identidad, sino un tipo de identidad, tal como ocurre en los ejemplos morales. Sin embargo, Blasi (1993) afirma que podrían existir otras formas en las que la moralidad sea importante para las personas además de su centralidad para la propia identidad, por ejemplo, mediante la apreciación de las consecuencias objetivas para otras personas o por la evaluación de esos otros. Es por ello que la identidad moral podría no ser un predictor más seguro que otras formas de motivación moral. No obstante, la identidad moral ha sido postulada como un componente importante del desarrollo moral (Hardy & Carlo, 2011b) y también una fuente relevante de la motivación moral (Hardy & Carlo, 2011a), junto al razonamiento moral y a las emociones morales/empatía (Hardy, 2006), cumpliendo un rol potencial en la posibilidad de cerrar la brecha razonamiento moral-acción moral (Hardy & Carlo, 2011a, 2011b). El campo presenta cierta confusión en la denominación del constructo, ya que muchas veces se diferencia entre identidad moral (*moral identity*) y sí mismo moral (*moral self*), por ejemplo, reservando el primer término para la adolescencia y adultez y el segundo para las manifestaciones precursoras en la infancia y niñez temprana, mientras que en otras ocasiones se los trata de forma indistinta (junto a términos como *moral self-identity* o *moral selfhood*) (Kingsford et al., 2018).

El Modelo del Sí Mismo (*Self Model*) del funcionamiento moral de Blasi (1983) es una propuesta inicial en el campo de la identidad moral que busca explicar la transición de la

cognición moral a la acción moral y atender a la consistencia entre el juicio y la acción (ver Blasi, 1980).

El modelo es delineado por Blasi (1983) mediante siete proposiciones y se propone como un modelo cognitivo de la acción moral, en donde si bien las creencias racionales no siempre determinan la acción o llevan a ella, pueden conducir a la misma por ser consideradas verdaderas por el agente. En particular, la proposición inicial delimita la forma en que la cognición moral será tomada en cuenta y sostiene que las acciones morales son respuestas a situaciones que son definidas e interpretadas de acuerdo a estructuras de razonamiento moral, que permiten definir aquello que es moralmente bueno, por lo cual quedan excluidas conductas que no están influenciadas por juicios morales. Segundo, se plantea que una acción moral depende directamente del contenido del juicio moral, de la decisión concreta de actuar o no actuar (que es lo que permite una evaluación de la consistencia cognición-acción), mientras que las estructuras de razonamiento moral se relacionarían de forma indirecta con la probabilidad de ocurrencia de una conducta. Tercero, los juicios morales, antes de conducir a la acción, son a veces procesados a través de un segundo conjunto de reglas, los juicios de responsabilidad, cuya función es determinar en qué medida aquello que es moralmente bueno es también estrictamente necesario para el individuo, incluso ante la ausencia de presiones externas. Se considera que estos juicios acarrean significado moral solo si coinciden con la comprensión moral brindada por las estructuras de razonamiento. Tomando en cuenta estos planteos, Kohlberg y Candee (1984) han diferenciado entre dos tipos de juicios de contenido, intermedios y más específicos, que mediatizan la relación entre la estructura de razonamiento moral (estadios y subestadios) y la acción moral: un juicio de elección deóntica (que cumple una función de decisión sobre lo que está bien) y un juicio de responsabilidad (cuya función es actuar según lo que uno ha juzgado como correcto). Blasi (1993) señala que la responsabilidad emana de haber integrado la moralidad en la propia identidad. La cuarta proposición, según Blasi (1983), es que los criterios para arribar a los juicios de responsabilidad varían de persona a persona en función de las características esenciales que definen al sí mismo (*self*). La variabilidad señalada apunta a la medida en que la moralidad podría ser parte o no del sí mismo esencial y a que, para distintas personas, diferentes aspectos morales (p. ej., justicia o compasión) podrían caracterizar al sí mismo. Para Blasi, el término “identidad moral” alude a estas dimensiones de las diferencias individuales. Es decir, según este autor Blasi (1993), lo importante es si se construye la identidad y en qué magnitud en torno a preocupaciones morales y, por tanto, se refiere a la centralidad, según Hardy & Carlo (2011a). Quinto, la transición de un juicio de responsabilidad hacia la acción es

apoyada dinámicamente por la tendencia hacia la auto-consistencia, que es la forma de organización interna de la personalidad cuando hay un sí mismo en cuestión, y que solo se satisface si la acción se alinea con aquello que se juzga como verdad sobre el sí mismo y el mundo. La consistencia personal también es entendida por este autor como integridad (Blasi, 1983), indicando que de la identidad moral se deriva la necesidad de auto-consistencia (Blasi, 1993). Sexto, para Blasi (1983), la consistencia entre el juicio moral y la acción va a ser más elevada en la medida en que el individuo tenga actitudes y estrategias para lidiar con las interferencias provenientes de necesidades conflictivas. Por último, tras una acción inconsistente con el propio juicio de responsabilidad, la consecuencia, a menos que se implementen maniobras defensivas, es la culpa, que es entendida aquí como una respuesta emocional a la percepción de una fractura seria en el núcleo del sí mismo. Su función es reconocer y restaurar en cierta medida la unidad del sí mismo y, por tanto, es parte de la misma tendencia básica hacia la auto-consistencia.

Entre los trabajos que dieron también impulso a este campo de estudio se encuentra el abordaje cualitativo llevado a cabo por Colby y Damon (1993), quienes entrevistaron a personas nominadas por su compromiso moral y una acción social efectiva, los denominados ejemplos morales. Su postura –congruente con las ideas de Blasi– destaca que en los ejemplos morales se evidencia un elevado grado de integración o unidad entre las metas morales y las personales o de autointerés, y no una segmentación u oposición. Además, en la medida en que las metas son consideradas como un componente central de la identidad, auto-concepto o sí mismo (*self*) ello implica que las metas morales son centrales para dicho sí mismo. Si bien esto se ve más claramente en estos casos, también aplica para el desarrollo y la conducta normales. No obstante, existen diferencias individuales en esta integración y centralidad, de forma que la mayoría de los adultos, según Colby y Damon, manifiestan escisiones salientes entre la moralidad y el *self*, más allá de la evidencia de que el final de la niñez suele ser un período donde comenzaría a haber más integración. Según Bergman (2004), dicha integración sería un desafío continuo durante la adultez que encontraría su realización final o ideal en la ejemplaridad moral. Según, Colby y Damon (1993), las metas morales se vuelven aquí indistinguibles del auto-interés y adquieren un mayor poder motivacional. El modelo es denominado por Colby y Damon como un abordaje (psicosocial y evolutivo) de la transformación de metas, en las que incluyen componentes afectivos y cognitivos. El razonamiento moral no determina aquí el lugar de la moralidad en la vida personal, si bien no es irrelevante porque aporta límites. Ello da lugar a que personas con un razonamiento o creencias similares estén diferentemente motivadas para la acción moral, en función de la

centralidad de la moral en su vida personal. En el plano del afecto moral, Colby y Damon reportan que los ejemplos morales manifiestan características distintivas, tales como una gran certeza sobre sus acciones, con poco espacio para la vacilación, una comprensión de que sus acciones no eran fruto de una elección y un sentimiento de haber sido afortunados en la vida, más allá de condiciones objetivas a veces negativas. Una implicación relevante de este modelo y de la evidencia obtenida es que, según estos autores, cuando hay una unidad percibida en el *self* y la moralidad, el juicio y la conducta están vinculados directamente y de forma predecible, es decir la unidad crearía un puente firme entre ambos: ello se debería a que la persona interpreta más fácilmente los eventos como problemas morales y se involucra en las soluciones. Tal como sostiene Bergman (2004), se disuelve aquí el problema pensamiento-acción y la brecha es resuelta por la totalidad de la personalidad. Otro modelo, que se aleja del interés central del presente trabajo, es el de Hart y colaboradores, que recoge, del mismo modo que algunos aspectos del modelo de Colby y Damon, y entre otros aspectos, la influencia social (p. ej., la clase social o la estructura familiar) (Hart & Matsuba, 2009).

Ya desde una perspectiva teórica sustancialmente diferente, los abordajes sociocognitivos sostienen que los esquemas están en el centro de la identidad moral. Lapsley y Narvaez (2004) plantean que la personalidad, la identidad o el carácter moral son característicos de aquellas personas cuyos esquemas y otras categorías morales (guiones, prototipos, episodios) son altamente relevantes (centrales) para su identidad y que, de la mano de ello, se encuentran permanente o crónicamente accesibles, siendo fácilmente activados para la interpretación de los eventos sociales (procesamiento de la información) en función de sus compromisos morales. Tanto la activación como la accesibilidad del conocimiento se presentan como relevantes. Este modelo plantea que mucho del procesamiento se caracteriza por suceder fuera de la conciencia (*awareness*) constituyendo un componente procedimental (que se define por ser implícito, automático, espontáneo, irreflexivo, etc., un *know how*), que se suma a un componente declarativo (que es consciente, racional, deliberativo e involucra la toma de decisiones, la apelación a principios, etc., un *know why*), en línea con la tradición cognitivo-evolutiva. La cronicidad moral es planteada por Lapsley y Narvaez como una dimensión de las diferencias individuales.

Dentro de los modelos socio-cognitivos, Aquino y Reed (2002) propusieron una perspectiva del constructo a la que denominaron auto-importancia de la identidad moral (*self-importance of moral identity*), definiendo la identidad moral como un auto-concepto o concepción de sí mismo (*self-conception*) organizado alrededor de un conjunto de rasgos (*traits*) morales. Este constructo representa un mecanismo regulatorio. Esta definición viene a

complementar, desde una perspectiva socio-cognitiva, las brindadas al comienzo de este apartado. Para ello, se sustentan en una visión del auto-concepto como multifacético y en la Teoría de la identidad social para concebir a la identidad moral como un posible componente del esquema del sí mismo social (*social self-schema*), que liga a las identidades sociales con el sí mismo. Sostienen que, del mismo modo que otras identidades sociales que las personas adoptan, la identidad moral puede ser una base para la identificación social que las personas usan para construir las definiciones sobre sí mismas. Asimismo, sostienen como premisas ideas ya presentes en perspectivas previas como la de Blasi, en relación, por un lado, a que el contenido específico de la identidad es variable entre las personas (p. ej., ser justa o ser compasiva), si bien habría un conjunto de características morales comunes a la mayoría de las autodefiniciones de las personas; por otro lado, destacan la importancia de la noción de centralidad de los ideales morales en el auto-concepto y su poder motivacional sobre la acción moral, mientras reconocen que existe variabilidad interindividual al respecto. Aquino y Reed presentan una medida explícita de la auto-importancia de la identidad moral que contempla dos dimensiones: Internalización y Simbolización. La Internalización (dimensión privada) se dirige a medir directamente la importancia de los rasgos morales (p.ej., honesto, compasivo) para el sí mismo, su centralidad para el auto-concepto. Para Aquino y Freeman (2009), esta es una representación cognitiva del sí mismo moral que reside en la memoria. Por su parte, la Simbolización (dimensión pública) implica cómo se reflejan las características de la persona en sus acciones y apunta a una sensibilidad más general hacia el sí mismo moral como un objeto social cuyas acciones en el mundo pueden expresar o transmitir que uno tiene dichas características (Aquino & Reed, 2002).

Para Aquino y Freeman (2009), la perspectiva de Aquino y Reed (2002) plantea que la asociación entre rasgos morales sería estrecha en la memoria de las personas y que la activación de cualquier rasgo central se extendería a otros rasgos estrechamente vinculados. Aquino y Freeman (2009) sostienen que la perspectiva de Lapsley y Narvaez y la de Aquino y Reed son similares ya que ambas enfatizan la accesibilidad crónica de la identidad moral en distintos individuos y contextos y que dicha que dicha accesibilidad es similar a la importancia para el sí mismo (*self-importance*). Esta auto-importancia está sujeta a diferencias individuales y demuestra mayor estabilidad trans-situacional que la saliencia de la identidad moral, que se refiere a la activación temporaria de la identidad moral en la consciencia por factores situacionales. Aquino y Freeman, si bien parten de la noción de que la potencia motivacional de la identidad moral emana del deseo por la auto-consistencia (ver Blasi, 1983), plantean un modelo socio-cognitivo que amplía la perspectiva de Aquino y Reed

(2002), contemplando que hay múltiples identidades en juego y que la disponibilidad de la identidad moral para el procesamiento de la información incluiría tanto el aspecto de la auto-importancia como el de la saliencia. Su modelo considera tres antecedentes, el razonamiento moral, los mecanismos de desconexión moral y lo que denominan juicio moral (determinación de lo correcto o incorrecto, cuya influencia sobre la conducta moral aparece como moderada por la saliencia de la identidad moral; ver Reynolds & Ceranic, 2007, más abajo). Esta última aparece como una mediadora de la auto-importancia o accesibilidad crónica, que provee potencia motivacional por el deseo de auto-consistencia, y es afectada por indicios situacionales (recompensas financieras, normas y modelos de rol) que evocan o no estructuras de conocimiento asociadas con preocupaciones morales; así las recompensas materiales podrían debilitar el nexo auto-importancia/saliencia.

Por otro lado, el modelo de personalidad moral propuesto por McAdams (2009) aparece como más inclusivo en la medida en que contempla diversos aspectos no considerados por otros modelos. Entre ellos, un primer nivel integrado por características o rasgos disposicionales amplios (tales como aquellos del modelo de los cinco grandes factores más vinculados a la prosocialidad, como la agradabilidad y la escrupulosidad), que son influenciados por el temperamento y son susceptibles de consistencia trans-situacional y continuidad en el tiempo. Un segundo nivel, el de las adaptaciones características, incluye un amplio conjunto de constructos motivacionales, socio-cognitivos y del desarrollo, que son más específicos y situacionales que los rasgos amplios, e incluyen metas morales, esquemas y valores que en parte apuntan a lo que las personas quieren o no en la vida. Por ejemplo, las metas morales pueden reflejar la generatividad en los adultos y, en relación con los esquemas cognitivos sobre la moralidad, los niveles de cronicidad moral se vinculan a este nivel. Un tercer nivel, que se muestra en relación con la tarea del establecimiento de la identidad propia de la adolescencia tardía y la adultez, involucra una identidad narrativa, la posibilidad de establecer una historia del sí mismo en relación con el pasado, el presente y el futuro destinada a dotar a la vida de unidad, coherencia y propósito y que surge en los años de la adultez emergente. Presenta mayor variabilidad y matices culturales que los dos niveles previos. A través de ella circulan significados morales, de acuerdo con McAdams. Una prueba empírica del modelo de McAdams se encuentra, por ejemplo, en Walker y Frimer (2009; ver Walker & Frimer, 2007, más abajo, para un detalle de los resultados relevantes para el propósito de la presente investigación), donde también hay evidencia de que las variables de personalidad contribuirían a cerrar la brecha razonamiento-acción.

Hardy y Carlo (2011a) establecen una distinción principal entre abordajes del carácter y abordajes socio-cognitivos. Los primeros conciben a la identidad moral como una diferencia individual más estable y a modo de un rasgo (*trait-like*) y sitúan aquí a los modelos de Blasi (1983), Colby y Damon (1993), las conceptualizaciones sobre una personalidad altruista (ver también capítulo 2) como la estudiada por Walker y Frimer (2007) en los ejemplos morales, o de una identidad moral narrativa, como los de McAdams (2009), Frimer y Walker (2009) o Pratt et al. (2009). Los abordajes socio-cognitivos (p. ej., Aquino & Reed, 2002; Lapsley & Narvaez, 2004), consideran a la identidad moral como más fluida y situada en, e influenciada por, el contexto. Además, perspectivas como la de Blasi (1983) y Colby y Damon (1993) enfatizan el aspecto deliberativo de la identidad moral, mientras que los modelos socio-cognitivos ponen de manifiesto el carácter automático de los esquemas y otros procesos (Hardy & Carlo, 2011b). Por otro lado, existen otras propuestas, como la de Monin y Jordan (2009), un enfoque psicosociológico que considera el carácter dinámico y la maleabilidad situacional de la autovaloración moral y que contempla fenómenos como la compensación moral (cuando en ocasiones las personas elevan su autovaloración moral y menosprecian la moralidad de otros) para compensar fracasos en otros dominios (no morales).

Más allá de estas propuestas, Frimer y Walker (2009) desarrollaron una perspectiva propia de la identidad moral, que es la referencia de la presente investigación: el modelo de reconciliación, que toma en cuenta y operacionaliza la tensión entre agencia y comunión, entendida como una dualidad motivacional fundamental. La concepción de Frimer y Walker (2009; Walker & Frimer, 2015) considera a la agencia como focalizada en promover los intereses del sí mismo y a la comunión como centrada en promover los intereses de otros. La agencia y comunión, conceptualizadas de forma ligeramente distinta, se encuentran entre las cualidades motivacionales del sí mismo en la psicología social y de la personalidad (Swann & Bosson, 2010). Ahora bien, Frimer y Walker (2009) reinterpretan los vínculos entre ambos conceptos y los integran en el constructo de identidad moral. Frimer y Walker afirman que otras teorizaciones acerca de esta dualidad han interpretado la relación entre agencia y comunión de dos modos. Uno, como de conflicto entre ambas (hipótesis de la interferencia) y, siendo irreconciliables, su copresencia perjudicaría al funcionamiento moral, como en la teoría de Schwartz. Dos, entendiendo a la agencia como inherentemente amoral y con la capacidad de potenciar motivaciones, ya sean morales o inmorales (hipótesis de la sinergia), por lo que la co-ocurrencia/integración podría fortalecer el funcionamiento moral, como en la obra de Blasi. En contraste, Frimer y Walker plantean su modelo de desarrollo de la centralidad moral o identidad moral, que busca integrar aspectos de las otras dos posturas.

Este modelo de reconciliación sostiene que los valores de agencia y los de comunión pueden reconciliarse e incluso potenciarse, siendo esto la meta del desarrollo (en línea con la hipótesis de la sinergia). No obstante, esto es un logro evolutivo, que no necesariamente ocurre para todas las personas, y una adquisición notable para el desarrollo moral. Ambos grupos de valores suelen aparecer en la niñez y adolescencia –y en muchos adultos– de forma disociada (en línea con la hipótesis de la interferencia). No obstante, de acuerdo al modelo de Frimer y Walker, el crecimiento de cada sistema motivacional y su coexistencia segregada genera una crisis inevitable, que da lugar a tres soluciones posibles: las dos primeras implican abandonar una motivación o la otra (agencia no mitigada o comunión no mitigada), la tercera implica la reconciliación (identidad integrada).

La operacionalización de la identidad moral utilizada en la presente investigación parte de la teoría de los valores de Schwartz (1992, 2010), dado que Frimer y Walker (2009) conciben la identidad moral en función de los valores de autotranscendencia (que homologan a los de comunión), de los de autopromoción (homologados a la agencia) y de la integración de ambos. Incluyen en el primer conjunto a la benevolencia y al universalismo y en el segundo al poder y al logro. Hardy y Carlo (2011a, 2011b) consideran que el abordaje narrativo de Frimer y Walker (2009; ver también el Método del presente trabajo) sería una medida de la identidad moral más rica que otras. Schwartz (2010) define seis características principales de los valores: 1) Son creencias ligadas inextricablemente al afecto y cuando son activados se ligan a la aparición de determinados sentimientos; 2) Se refieren a metas deseables que motivan la acción; 3) Trascienden acciones y situaciones específicas, lo que los distingue de conceptos más estrechos tales como las normas o actitudes, que usualmente implican acciones, objetos o situaciones específicas; 4) Sirven como estándares, ya que guían la selección o evaluación de acciones, políticas, eventos y personas, incluida la evaluación del sí-mismo (*self*) (como bases de la auto-evaluación son centrales para el auto-concepto), y las personas deciden, por ejemplo, lo que es bueno o malo basándose en las posibles consecuencias para sus valores preciados; 5) Están organizados por la importancia relativa entre sí y forman un sistema ordenado y relativamente estable de prioridades que los caracterizan: este rasgo jerárquico los distingue de las normas y actitudes; 6) La importancia relativa de múltiples valores guía la acción, cada actitud o comportamiento típicamente tiene implicaciones para más de un valor y el intercambio entre valores relevantes y competidores guía las actitudes y el comportamiento.

Estas seis características se aplican a todos los valores y lo que distingue un valor de otro es el tipo de meta o motivación que el valor expresa (Schwartz, 2010). Schwartz (2010)

sostiene que la teoría de los valores comprende diez valores amplios que engloban el rango de las distintas motivaciones reconocidas a través de las distintas culturas y que son posiblemente universales [en el Anexo 4, se presenta el manual de Frimer et al. (2009) y se incluyen las definiciones de los cuatro valores de la teoría de Schwartz utilizados en la presente investigación]. Schwartz (1992), mediante una investigación transcultural, identifica diez valores: benevolencia, universalismo, poder, logro, auto-dirección, estimulación, hedonismo, seguridad, conformidad y tradición. Según Schwartz (2010), estos valores pueden ser organizados alrededor de dos dimensiones bipolares: una dimensión contrasta la “Apertura al Cambio” (autodirección y estimulación), que enfatiza la independencia del pensamiento, la acción y los sentimientos y la disponibilidad para el cambio, con la “Conservación” (seguridad, conformidad y tradición), que enfatiza el orden, la auto-restricción, la preservación del pasado y la resistencia al cambio. La otra dimensión contrasta la “Autotrascendencia” (benevolencia, universalismo) con la “Autopromoción” (poder, logro), que explicamos a continuación en detalle dada su relevancia para la presente investigación. El hedonismo comparte tanto elementos de “Apertura al cambio” como de “Autopromoción”, pero Frimer y Walker (2009) no lo incluyen en su operacionalización de la agencia. Por otro lado, los valores de “Autopromoción” y “Apertura al cambio” regulan primariamente cómo los individuos expresan sus intereses y características personales, mientras que los de “Autotrascendencia” y “Conservación” regulan esencialmente cómo el individuo se relaciona socialmente y cómo afecta a los intereses de otros (Schwartz, 2010).

Respecto de los valores considerados en la presente investigación, según Schwartz (2010), los valores de autotrascendencia (*self-transcendence*) involucran la preocupación por el bienestar e intereses de otros, ya sea hacia aquellos con los que la persona está en contacto personal frecuente (benevolencia) o hacia todas las personas y la naturaleza (universalismo). Schwartz sostiene que la benevolencia suele ser objeto de socialización en la familia y otros grupos primarios, en tanto el universalismo puede ser socializado eficazmente solo después que las personas encuentran a otros fuera del grupo primario extendido. El desarrollo de los aspectos del universalismo vinculados a la naturaleza podría requerir una conciencia de la escasez de los recursos. En contraste, los valores de autopromoción (*self-enhancement*) (poder y logro) involucran la búsqueda del propio interés, el éxito relativo y el dominio sobre otros. Por otro lado, según Schwartz (1992), si bien tanto el poder como el logro se focalizan en la estima social, el valor logro (tal como el de ser exitoso) enfatiza la demostración activa de competencia en la interacción concreta, cotidiana, mientras que el valor poder (por ejemplo, la riqueza) enfatiza la consecución o preservación de una posición dominante dentro del sistema

social más amplio, es decir los resultados más abstractos de una acción en la forma de estatus en la estructura social. Además, el logro involucra el esfuerzo de un individuo por sí solo, mientras el poder se refiere a la organización jerárquica de las relaciones en la sociedad.

Otro aspecto de interés en relación con los valores es la estructura. Esta se refiere a las relaciones de conflicto y compatibilidad entre los valores, no a su importancia relativa para el grupo o individuo. Si hablamos de este último aspecto nos referimos a las prioridades de valores o jerarquías (Schwartz, 1992). La estructura de relaciones entre los diez valores deriva del hecho de que las acciones en búsqueda de cualquier valor tienen consecuencias que implican un conflicto con algunos valores, pero que son congruentes con otros. Por ejemplo, la búsqueda de poder típicamente entra en conflicto con la búsqueda de valores de universalismo, ya que dicha búsqueda de poder es compatible con la de logro dado que demostrar el éxito personal puede fortalecer el estatus y la autoridad sobre otros (Schwartz, 2010). Al respecto, si bien la teoría da cuenta de diez valores, según Schwartz (2010), a un nivel más básico postula que los valores forman un continuo de motivaciones relacionadas. Este continuo da lugar a una estructura circular (ver Anexo 4), en la que cuanto más cercanos están dos valores (en cualquier dirección del círculo), más similares son sus motivaciones subyacentes. En contraste, cuanto más distantes estén dos valores, más antagónicas son sus motivaciones.

5.2. Identidad moral: Desarrollo y diferencias de género

En cuanto al desarrollo de la identidad moral, tal como sostiene Blasi (1993), la identidad se desarrolla relativamente tarde, raramente antes de la adolescencia media, mientras que una moralidad genuina e incluso la responsabilidad moral parecen estar claramente presentes en la niñez. En esta línea, Thompson (2009) plantea una serie de manifestaciones a las que considera fundamentos de un carácter moral en la infancia y niñez temprana, que incluyen desde aspectos cognitivos (tales como el reconocimiento de estados mentales en otros –comprensión social y emocional temprana–) hasta afectivos, como las emociones morales (manifestaciones tempranas de empatía, culpa y vergüenza). Además, señala el desarrollo de la conciencia (ver Kochanska, 2002, más abajo), que engloba aspectos mencionados (como las emociones morales) y también un sí mismo moral emergente en preescolares. Kingsford et al. (2018) plantean, en una revisión del constructo, que más allá del consenso sobre que no existe una identidad moral en la preadolescencia, se ha sostenido, como se evidencia en las ideas de Thompson (2009) –en este caso de una forma más

abarcativa—, que la identidad moral en la adolescencia puede ser ligada evolutivamente con el sí mismo moral de la niñez temprana (3-8 años), por ejemplo, como una forma menos madura (ver también Krettenauer & Hertz, 2015) o como el precursor (ver también Hardy & Carlo, 2011a) de aquella. Kingsford et al. (2018) señalan que este sí mismo moral temprano ha sido incluso propuesto de distintos modos y para distintos grupos etarios, por ejemplo, a los cinco años, como una visión del sí mismo o auto-concepto en términos morales y percibido conscientemente, por autoras como Kochanska y colaboradores/as. No obstante, para Kingsford et al., limitaciones provenientes de problemas metodológicos (p. ej., los/as niños/as no serían estrictamente conscientes —*aware*— de sus características) cuestionarían la existencia de un sí mismo moral en este período, por lo que plantean que la infancia media (8-12 años) sería un período más adecuado, al existir aquí una conciencia de mayor orden (*higher-order awareness*) de las características más tempranas que, por sí mismas, servirían como determinantes primarios del contenido de la identidad moral. No obstante, plantean un modelo de discontinuidad en el desarrollo, con cambios cualitativos, dadas las diferencias entre las formas que pueda adoptar la identidad moral en los/as niños/as y la identidad moral desde la adolescencia. Esta última permitiría, por ejemplo, asignar mayor autoimportancia a ciertos valores (morales) en relación con otros.

Hardy y Carlo (2011a) destacan que se ha enfatizado el crecimiento en la comprensión moral (*moral understanding*) y la identidad a través de la niñez y la adolescencia y de la responsabilidad y el sentido de agencia a través de la adolescencia como contribuyentes a la integración entre la moralidad y el sí mismo (identidad moral). Según Hardy y Carlo, esta posición representa, junto a teorizaciones desarrolladas previamente [p. ej., los precursores señalados por Thompson (2009) y también el modelo de Colby y Damon (1993)] una perspectiva del carácter respecto de los mecanismos y procesos involucrados en el desarrollo de la identidad moral. Esta perspectiva enfatiza la integración de la identidad con la moralidad. En cambio, una segunda perspectiva importante sobre el desarrollo de la identidad moral es la socio-cognitiva. Para esta posición, según Lapsley y Narvaez (2004), un elemento central son las estructuras de conocimiento prototípicas que surgen en la infancia, que toman la forma de representaciones generalizadas de eventos, codificando al principio rutinas y rituales familiares para luego dar lugar a estructuras de conocimiento más amplias. Estas representaciones funcionan como modelos de trabajo (*working models*) en relación con las expectativas de la experiencia social temprana y permiten al/a la niño/a anticipar y recordar eventos (incluyendo a la memoria episódica). Para Lapsley y Hill (2009), la cronicidad moral se construye sobre el sustento de estas representaciones generalizadas de eventos. Según

Lapsley y Narvaez (2004), esta capacidad para la representación de eventos es el pilar (*building block*) no solo del desarrollo cognitivo, sino también de la personalidad moral o fundamento socio-cognitivo del carácter. Un giro fundamental para la personalidad moral consiste en cómo estas unidades socio-cognitivas tempranas se transforman desde una memoria episódica hacia una memoria autobiográfica, adquiriendo una forma narrativa y que, al igual que las representaciones de eventos, se construye no solo mediante mecanismos cognitivos, sino también con la ayuda de las experiencias de socialización, más específicamente el diálogo social o conversaciones (Lapsley & Hill, 2009; Lapsley & Narvaez, 2004). Del mismo modo que con eventos simples, la representación de eventos moralmente relevantes, según Lapsley y Narvaez (2004) y Lapsley y Hill (2009), se organiza de forma autobiográfica a partir de las preguntas de los progenitores (p. ej., “¿qué pasó cuando empujaste a tu hermano/a?”, “¿qué deberías hacer ahora?”) y ello provee de guiones orientados a la acción (*action-guiding scripts*) que se tornan frecuentemente practicados, sobreaprendidos, rutinarios, habituales y automáticos. Dicho interrogatorio parental puede incluir referencias a valores, normas, estándares y atribuciones sobre el carácter moral, de modo que el sí mismo moral ideal (*moral ideal-self*) se vuelve parte de la autocomprensión y de la narrativa autobiográfica. De este modo, sostienen Lapsley y Narvaez (2004), los progenitores ayudan a identificar las características moralmente relevantes de su experiencia y ello propicia la formación de los esquemas socio-cognitivos que se encuentran fácilmente activados y crónicamente accesibles.

Como señalan Lapsley y Hill (2009), la adultez temprana es un período particularmente importante para la construcción de la identidad moral y su posible estructura narrativa. Sustentados en las ideas de Erikson, Pratt et al. (2009) formulan que las preocupaciones morales y éticas siguen de forma cercana el desarrollo de un sentido de identidad y que la evidencia apunta también a que en la adolescencia tardía convergen el desarrollo de la identidad y de una narrativa de vida. Según Frimer y Walker (2009), es a partir del período de la adultez emergente donde la integración entre agencia y comunión se haría potencialmente más notoria no teniendo lugar antes de la adolescencia. No obstante, esta integración podría ocurrir en momentos posteriores del desarrollo y, una vez dada, se mantendría estable. Pratt et al. (2009) realizaron un estudio con jóvenes/adultos emergentes entre los 17 y los 26 años. Entre sus resultados encontraron que una identidad moral narrativa a los 26 años, que medía en las historias relatadas los niveles de preocupación por las necesidades y derechos de otros incluso con algún costo para el sí mismo, correlacionaba positivamente con valores de benevolencia/universalismo medidos a los 19 y 23 años.

También se destacaban algunas asociaciones positivas de la seriedad de las historias y de su cantidad con los valores señalados. La mayoría de los participantes fueron capaces de producir una historia moral. Más específicamente, la identidad moral narrativa mostraba una asociación con la proporción de narración de historias que relataban contenidos de bondad y coraje, que constituirían el sello distintivo de dicha identidad. Resultados similares encontraron en otro estudio con participantes más jóvenes (14 a 20 años). En suma, destacan que, si bien está sujeta a diferencias individuales, la identidad moral es un elemento motivacional importante en la adultez emergente.

Krettenauer y Hertz (2015) sostienen que la posición estándar sobre la adolescencia y adultez emergente como el período de formación de la identidad moral en general está sustentada por escasa evidencia y que ello podría deberse a problemas de medición y definición del constructo (falta de atención a la diferenciación e integración de la auto-importancia en relación a los contextos, a la motivación interna vs. externa, y a las narrativas). Dos estudios se orientan a saldar estas inconsistencias. Krettenauer et al. (2016) indagaron, con un diseño transversal, los cambios con la edad en la identidad moral en una muestra de participantes de 14 a 65 años (media de 33). Específicamente, investigaron los cambios en la auto-importancia global de los valores morales, los contextos específicos y la orientación de los valores (benevolencia, universalismo, logro, etc.). Encontraron un aumento lineal de la auto-importancia global con la edad, evaluada mediante una entrevista, si bien el rasgo de personalidad agradabilidad también contribuyó como predictor. Los autores interpretan que el desarrollo de la identidad moral sería un proceso de todo el ciclo vital. Además, si bien había un incremento en la diferenciación de contextos (familia, escuela/trabajo, comunidad) entre los 14 y los 25 años (cuando encontraba un pico), luego comenzaba a declinar. Esto indicaría una mayor consistencia de la identidad moral, lo que reforzaría el sentido de agencia dado que las acciones serían vistas como emanando de una fuente interna (y no de la presión externa). Ello implica una mayor integración entre los deseos vinculados a la agencia y la moralidad (ver Frimer & Walker, 2009). No encontraron diferencias de género ni por estatus socioeconómico en ninguno de los análisis señalados. En cuanto a los valores relacionados con la presente investigación, si bien el valor benevolencia (en particular, ser confiable—*dependability*—) mostró una asociación positiva con la edad y el universalismo (en particular, la tolerancia) y el logro una relación negativa con la edad, cuando se controlaban los rasgos de personalidad (como la agradabilidad) dichos efectos desaparecían. Krettenauer y Victor (2017) investigaron, con una muestra similar a la anterior, la motivación de la identidad moral (*moral identity motivation*), que explícitamente diferencian tanto de la importancia para el sí

mismo (*self-importance*) de los valores –dado que las personas pueden coincidir en dicha importancia, pero diferir en los motivos para ella– como de la motivación para la acción moral. La motivación para la identidad moral involucra la motivación de una persona para sostener sus intenciones morales frente a otras preocupaciones potencialmente conflictivas. Para Krettenauer y Hertz (2015), entonces, la integración del sí mismo y la moralidad es más inclusiva que la auto-importancia por sí sola. Krettenauer y Victor (2017) encontraron una tendencia creciente con la edad para la motivación interna (consecuencias para otros, ser modelo de rol, ideales del sí mismo e ideales de relación) y decreciente para la motivación externa (auto-interés y reputación). Para la motivación interna, los adultos jóvenes (26-45 años) puntuaron significativamente más alto que los/as adolescentes (14-18 años), en tanto estos últimos puntuaron significativamente más alto que aquellos de mediana edad (46-65 años) en motivación externa. Además, el cambio más pronunciado hacia una mayor motivación interna se produjo desde la adolescencia hacia la adultez emergente (19-25 años). Si bien la auto-importancia de los valores se relacionó positivamente con la motivación interna y negativamente con la motivación externa, aquella no explicaba los cambios producidos por la edad. Por su parte, Walker y Frimer (2015) indagaron, con un diseño transversal, el cambio de los valores de agencia/autopromoción y comunión/autotrascendencia en cuatro grupos etarios y consideraron la proporción de estos valores como instrumentales y como terminales. Encontraron que la agencia predominaba como valor instrumental en todos los grupos, pero su predominio como valor terminal era más claro en la niñez (8-12 años) debilitándose en la adolescencia (14-18 años) y en la adultez emergente (20-28 años) hasta que el efecto desaparecía en la adultez media (35-45) en donde incluso se encontraban ligeramente más valores de comunión que de agencia. Más específicamente, la relación (instrumental-terminal) de agencia-agencia se reducía, existiendo cierto rebote en la adultez emergente, mientras que la agencia-comunión (el patrón crítico de integración) y la comunión-comunión se incrementaban de forma lineal. El patrón comunión-agencia era inusual y no mostraba cambios. No encontraron diferencias de género. Concluyen que la integración sería un logro evolutivo, aunque más elaborado y maduro en los ejemplos morales (p. ej., ver Walker & Frimer, 2007).

También se ha explorado el desarrollo de los valores planteados por Schwartz de una manera no integrada con el constructo de la identidad moral. Una revisión sistemática de la literatura con estudios en la adultez de Schuster et al. (2019) muestra que existe una estabilidad de moderada a alta en la jerarquía de los 10 valores a través del tiempo entre los individuos (*rank-order stability*), existiendo también evidencia de estabilidad intra-individual.

En cuanto a los valores en concreto, en general los cambios se presentan en diversas direcciones y con una magnitud pequeña, con evidencia –pero escasa– de un crecimiento de los valores de autotranscendencia y una reducción de los de autopromoción. Un estudio longitudinal de Vecchione et al. (2016) con adultos emergentes de 20 a 28 años indagó los cambios con la edad en los 10 valores planteados por Schwartz. Encontraron, entre los valores relacionados con la presente investigación, que el cambio en los niveles medios (*mean-level change*) de los valores de autotranscendencia (benevolencia y universalismo) se incrementó significativamente de los 20 a los 28 años. La benevolencia lo hizo de forma lineal. El universalismo, en cambio, se incrementó significativamente de los 20 a los 24, pero no de los 24 a los 28. En contraste, los valores de autopromoción (poder y logro) cambiaron en direcciones opuestas. El logro declinó de forma lineal entre los 20 y los 28, mientras que el poder se incrementó ligeramente de los 20 a los 24 y luego se mantuvo estable. Las mujeres tendían a valorar más la benevolencia que los hombres y estos a darle mayor importancia al poder, aspecto que se mantuvo en los ocho años evaluados. Además, las medias de toda la muestra eran superiores para el universalismo en los tres períodos, seguido de la benevolencia, el logro y el poder. Por otro lado, encontraron que la jerarquía relativa de los valores (*rank-order stability*) y las medias de los 10 valores eran estables, con una tendencia a que fueran un poco superiores entre los 24 y los 28 que entre los 20 y los 24. Por último, intra-individualmente, los valores tendían a ser estables, más aún para las mujeres. Resulta destacable que los valores de benevolencia y universalismo correlacionaron entre sí de forma positiva en los tres períodos y lo mismo sucedió entre logro y poder; en contraste ambos valores de autotranscendencia correlacionaron negativamente con los dos valores de autopromoción. En conjunto, los autores destacan la sustancial estabilidad de los valores en este período.

En cuanto a las diferencias de género/sexuales, nos ceñiremos a los valores planteados por Schwartz, que complementan alusiones previas a dichas diferencias. Schwartz y Rubel (2005) exploraron esta cuestión mediante cuatro estudios. En el estudio 1, con participantes mayores de 15 años de 19 países (18 europeos, incluyendo a España, e Israel), encontraron, en relación con los valores considerados en la presente investigación, que en todos los países las mujeres puntuaron más elevado en benevolencia (tamaño del efecto: .36) y universalismo (.25), mientras que los hombres lo hicieron en logro (-.24) y poder (-.29) (solo en Grecia las mujeres puntuaron más alto en poder). Para España, Benevolencia: .15, Universalismo: .14, Logro: -.22, Poder: -.26 (todas significativas). No obstante, las diferencias eran pequeñas (con la benevolencia y el poder obteniendo el tamaño más grande entre los 10 valores) y además el

sexo explicaba la misma cantidad de varianza que la educación y menos que la edad y el país. En el estudio 2, realizado con adultos en siete países (incluyendo a Argentina), se encontraron resultados similares, pero la mayor importancia para el logro en los varones era solo una tendencia. Los mayores tamaños del efecto se encontraron para benevolencia y poder (.33; Para Argentina, Benevolencia: .38, la única significativa, Universalismo: .12, Logro: -.19, Poder: -.15). La varianza explicada era pequeña y menor que el efecto de la edad (excepto para benevolencia y poder) y del país. El estudio 3, con adultos de 15 países de diversos continentes, replicó los resultados de los dos primeros estudios, si bien aquí la varianza explicada era aún menor. Por último, el estudio 4, con una muestra de 64 países –incluyendo a Argentina y España– de todos los continentes, en este caso con estudiantes universitarios/as (la gran mayoría entre 18 y 24 años), encontraron también que las mujeres puntuaban más alto en benevolencia (.19) y universalismo (.15) y los hombres en logro (-.11) y poder (-.36). Este último tenía el tamaño del efecto más fuerte, aunque las diferencias en los valores eran menos consistentes entre los distintos países que en los otros estudios. Para Argentina, respectivamente: .35, .10 (no significativa), -.30, -.58. Para España, .06, -.13, -.13, -.41 (la única significativa), respectivamente. Además, la varianza explicada también era pequeña y menor que la generada por el grupo cultural. En conjunto, los tamaños del efecto para las diferencias de género y la varianza explicada, respectivamente, fueron los siguientes: Benevolencia (.29/2%), Universalismo (.21/<1%), Logro (-.20/<1%), Poder (-.32/2.5%). Las diferencias de género, no obstante, variaban por grupo cultural/país y eran menores en muestras de estudiantes. Además, la benevolencia era el valor más importante tanto para las mujeres como los hombres, el universalismo segundo y tercero, respectivamente, el logro el séptimo para ambos y el poder el menos importante para ambos. Se aludirá nuevamente a diferencias de género al tratar la relación de la identidad moral con otras variables.

5.3. Identidad moral y conducta prosocial

Aunque Schwartz (2010) sostiene que los valores más relevantes para la prosocialidad suelen ser el universalismo, la benevolencia, el poder, la conformidad y la seguridad, en la presente investigación se ha considerado a los tres primeros –además del logro–, dado que se ha seguido el modelo de Frimer y Walker (2009), quienes articulan a la benevolencia y universalismo como valores de comunión y al poder y logro como valores de agencia. Lo novedoso del modelo de reconciliación de Frimer y Walker es la propuesta de que la

integración de los valores de comunión con los de agencia, además de ser típico de los ejemplos morales, puede propiciar la acción moral.

En cuanto a las características de los valores que los ligan con la prosocialidad, de acuerdo con Schwartz (2010), la benevolencia (tanto como la conformidad) suele promover relaciones sociales cooperativas y de apoyo, pero solo la benevolencia (y no la conformidad) provee una base motivacional internalizada para promover voluntariamente el bienestar de otros. En contraste, el poder (así como la seguridad) típicamente se opone a la conducta prosocial, dado que su énfasis en la búsqueda de dominación sobre las personas y de la acumulación de recursos justifica el comportamiento de autointerés incluso a expensas de otros. Siempre según Schwartz, el poder enfatiza el auto-interés y la ventaja competitiva (es decir, entra en conflicto con la benevolencia y el universalismo) más fuertemente que el logro, el otro valor de autopromoción que se considera en el presente trabajo. Tanto el poder como el logro enfatizan la búsqueda del propio interés y el relativo éxito y dominación sobre otros. No obstante, el énfasis del logro en obtener aprobación social por un desempeño exitoso puede atemperar el autointerés e incluso suscitar la conducta prosocial en situaciones que pueden acarrear aclamación social (Schwartz, 2010).

Por último, destacaremos que Schwartz (2010) plantea dos mecanismos principales que ligan los valores con la prosocialidad. Un mecanismo es la activación (consciente o inconsciente) de los valores dado que, para afectar al comportamiento, los valores deben estar activados. Cuanto más accesible (más fácilmente se presenta en la mente) sea un valor, más fácilmente será activado y, dado que los valores más importantes son más accesibles, más se relacionarán con el comportamiento. Esta activación posee cuatro pasos: en primer lugar, darse cuenta (*awareness*) de la necesidad: los valores de autotranscendencia dirigen la atención a las necesidades de otros, promueven la percepción de necesidad, la preocupación empática y la toma de perspectiva, en tanto los de autopromoción podrían reducir esos procesos; en segundo lugar, darse cuenta de las acciones viables que pueden aliviar la necesidad (los valores podrían no afectar a este paso, pero son relevantes para el tercero); tercero, percibirse a sí mismo como posible fuente de ayuda [ver al respecto, el estudio de Caprara y Steca (2007), citado más abajo, sobre la importancia de las creencias de autoeficacia]; cuarto, sentir algún tipo de responsabilidad de involucrarse (los valores que se enfocan en las personas en relación con otras, como los de autotranscendencia, pueden promover esta responsabilidad). Un segundo mecanismo que liga los valores con la prosocialidad son los valores como fuente motivacional, en la medida en que una vez que las personas identifican las acciones posibles para ayudar y sienten al menos algo de responsabilidad, son sus valores lo que proveen la

motivación para actuar. Las acciones se vuelven más atractivas, más valoradas subjetivamente, en la medida en que promueven el logro de metas valiosas.

Dado el modelo de identidad moral utilizado, el foco estará en medidas ligadas a la conceptualización de Frimer y Walker (2009) o que investiguen los valores que estos autores integran en su modelo, pero sin desconocer la existencia de una importante producción con otras medidas. En particular, una parte sustancial de esta producción se ha realizado con el instrumento de Aquino y Reed (2002) (*The Self-Importance of Moral Identity Measure*), quienes en el artículo en el que lo validaron indagaron en la relación entre la identidad moral y la conducta prosocial, específicamente en relación con actividades de voluntariado y conductas de donación. Como ya se señaló, operacionalizaron la identidad moral en términos de Internalización (grado en que los rasgos morales son centrales para el autoconcepto) y Simbolización (grado en que los rasgos se reflejan en la conducta). En el estudio 5, con estudiantes adultos –sin edad informada–, tanto la Internalización como la Simbolización no solo correlacionaron positivamente con el voluntariado en los dos años previos, sino que fueron predictores positivos de dichas conductas. En el estudio 6, con estudiantes de escuela media, evaluaron la relación de la identidad moral con conductas de donación. Aquí, la Internalización fue un predictor positivo tanto de la conducta de donación como de la cantidad de alimentos donada. En este caso, encontraron que las mujeres donaron más que los varones.

Ya situados en la perspectiva utilizada en el presente trabajo, toda una serie de estudios han abordado la relación de la identidad moral en “ejemplos morales”. De acuerdo con Frimer et al. (2011) estas son personas caracterizadas por un compromiso extraordinario con la benevolencia, la justicia o el bienestar humano básico. En algunos estudios –como el que explicaremos a continuación– su conducta moral estaba relacionada directamente con la conducta prosocial. Así, Frimer et al. (2011) indagaron en la identidad moral (más estrictamente, valores de comunión, de agencia y la integración de ambos en una misma unidad de pensamiento) en adultos (media de edad de 70 años) premiados por su servicio voluntario (en su comunidad o en causas humanitarias). Por un lado, utilizando la misma clasificación de valores que en la presente investigación, encontraron una mayor proporción de valores de comunión/autotrascendencia (benevolencia y universalismo) y de agencia/autopromoción (poder y logro) –y una mayor integración de ambos– en los ejemplos morales que en el grupo control, tanto en las metas personales como en una narrativa de su historia de vida. Según los autores, estos hallazgos implican que promover el interés de los otros sería la forma más adaptativa de mejorar la propia condición, en línea con el modelo de reconciliación de Frimer y Walker (2009). Añaden que el dualismo entre el auto-interés y los

dictados de la propia moral sería típico de la mayoría de las personas, pero que los ejemplos morales serían una excepción a esa regla (Frimer et al., 2011). En una línea similar, en un estudio realizado sobre el discurso de figuras públicas influyentes que divergían en el grado de ejemplaridad moral, Frimer et al. (2012), evaluaron la presencia de valores de comunión (autotranscendencia) y de agencia (autopromoción), pero también la relación entre dichos valores (por ejemplo, instrumentalidad, entendida como medio hacia un fin), lo que representa una extensión de los estudios de estos autores reportados previamente. Los ejemplos morales evidenciaron la presencia de valores de agencia como un medio para el fin de valores de comunión (con una fuerte presencia de ambos), en tanto el grupo control (extremo opuesto de ejemplaridad) mostró un patrón de agencia como un fin en sí mismo o de agencia no mitigada, con los valores de agencia como un medio para alcanzar mayor agencia. Al respecto, Helgeson y Fritz (1999) describen a la agencia no mitigada como focalizarse en el sí mismo hasta la exclusión de los otros (p. ej., el ser hostil); la comunión no mitigada, en cambio, implica focalizarse en los otros hasta la exclusión del sí mismo.

En otra investigación, Walker y Frimer (2007) midieron, en comparación con un grupo control, una serie de variables de personalidad en una muestra de ejemplos morales premiados por un compromiso extraordinario en voluntariado en causas humanitarias o servicio comunitario a largo plazo –*caring*– o bien premiados por un acto heroico particular en el que arriesgaron sus vidas para salvar a otros –*brave*–. Los primeros tenían una media de edad de 70 años y los segundos de 41. En este estudio de Walker y Frimer –a diferencia de otros–, no se evaluó la agencia/comunión a partir de los valores planteados por Schwartz. Encontraron que los ejemplos morales en su conjunto manifestaban, en cuanto a las variables que conciernen al presente trabajo, más temas de comunión y agencia y apegos más seguros en la infancia (lo que también brinda información sobre la relación entre apego y prosocialidad y, más indirectamente, sobre la relación entre identidad moral y apego). Notablemente, las diferencias respecto del grupo control corresponden aquí a las narrativas de vida, no así a los rasgos disposicionales ni las adaptaciones características. No encontraron un efecto de interacción entre agencia y comunión, en contraposición a los estudios anteriores que iban en línea con el modelo de reconciliación planteado por Frimer y Walker (2009). En particular, los ejemplos morales que ejercieron voluntariado a largo plazo (*caring*) manifestaron una mayor proporción de valores de comunión que los otros ejemplos morales (*brave*), así como también un apego más seguro (Walker & Frimer, 2007). Por otro lado, Walker et al. (2010), nuevamente con ejemplos morales (*brave* y *caring*) –con una media de 55 años– mediante un análisis discriminante encontraron tres grupos de personalidad moral (comunitario,

deliberativo y ordinario). El primer grupo (compuesto principalmente por ejemplos morales caracterizados por el cuidado –*caring*–) puntuó más alto que el grupo control en temas de comunión, pero también de agencia, el segundo grupo (mixto entre ejemplos morales caracterizados por el cuidado y ejemplos morales caracterizados por la valentía y el heroísmo –*brave*–) puntuó más alto en temas de agencia y el último (compuesto principalmente por ejemplos morales centrados en la valentía/heroísmo) no se diferenció del grupo control en términos de comunión y agencia.

En otro estudio en una línea similar, Hart y Fegley (1995), empleando la entrevista de autocomprensión de Damon y Hart que se utiliza en el presente trabajo adaptada por Frimer y Walker (2009), indagaron en las características de adolescentes (media de 16 años) “ejemplos de cuidado” (*care exemplars*). Encontraron que, si bien no había diferencias en razonamiento moral respecto del grupo control, en las descripciones sobre su autoconcepto (entendido como contenido) mostraban más referencias a características de personalidad relativas al cuidado (*caring*) y morales, así como también a metas de cuidado y morales (que se pueden vincular a los valores de autotranscendencia), y a metas académicas (aspecto este último que se puede ligar al logro, un valor de agencia o autopromoción).

Resulta relevante destacar, también, una investigación que midió la conducta prosocial de una forma multidimensional y con el mismo instrumento de la presente investigación –en su versión para adolescentes–. Hardy et al. (2010) analizaron el rol mediador de los valores prosociales entre las expectativas de los/as adolescentes (media de 17 años) sobre las reacciones de sus progenitores tras una acción prosocial (y también antisocial) y las conductas prosociales. Estas últimas fueron evaluadas con el PTM-R (adaptado para el reporte de progenitores y maestros/as). Los valores prosociales comprendían esencialmente a la amabilidad (vinculada a la autotranscendencia en nuestra investigación). En primer lugar, encontraron que al menos uno de los tres ítems de la escala del valor amabilidad correlacionaba positivamente con la prosocialidad altruista, pública, emocional, urgente/crisis, complaciente y anónima de acuerdo con el reporte de los/as maestros/as. Para el informe de los progenitores, la correlación positiva fue con la prosocialidad altruista y la complaciente. Por otro lado, en cuanto a las diferencias de género, las mujeres puntuaron más alto en dos de los ítems de valores y en todos los tipos de prosocialidad reportados por los/as maestros/as, excepto en la urgente/crisis. Por último, mediante un modelo de ecuaciones estructurales, las percepciones de lo apropiado de las reacciones parentales esperadas ante una acción prosocial se relacionaron positivamente con los valores prosociales que, a su vez, se asociaron directamente con los seis tipos de prosocialidad, tanto la reportada por los/as docentes como

la informada por los progenitores. No hubo diferencias de género en las relaciones entre variables.

Para concluir, reportaremos un metaanálisis llevado a cabo por Hertz y Krettenauer (2016), que indaga en los resultados de múltiples estudios que relacionan la identidad moral con la conducta moral. Los estudios incluidos abarcan conductas morales que van desde la prosocialidad (como el voluntariado) a la evitación de la conducta antisocial (como la agresión) y hasta la conducta ética (por ejemplo, en organizaciones o en relación con estándares profesionales). Esto último tiene relevancia para la relación de la identidad moral con la deshonestidad académica, pero se mostrará en conjunto en este apartado a fines de simplificar la presentación de la información. Hallaron una correlación global significativa ($r = .22$) entre la identidad moral y el comportamiento moral en su conjunto, si bien los tamaños del efecto fueron heterogéneos a través de los 112 estudios analizados. Por ello, realizaron un análisis de los potenciales moderadores. Por un lado, no incidió el tipo de conducta moral, dado que la identidad moral predijo del mismo modo tanto la prosocialidad, como la evitación de la conducta antisocial o la conducta ética. Según los autores, esto contradice su hipótesis de que la identidad moral debería ser un mejor predictor de la prosocialidad, dada la naturaleza menos obligatoria de esta última respecto de otras conductas morales. En cuanto a los tipos de medidas de la conducta moral, los tamaños del efecto fueron superiores para los reportes de otras personas y para el auto-informe retrospectivo, menor para las medidas de intenciones conductuales (auto-reporte prospectivo) y menor aún para las medidas observacionales. Además, las medidas explícitas de identidad moral arrojaron tamaños del efecto superiores que las medidas implícitas (como aquellas que usan tiempos de reacción). En cuanto al tipo de cultura, encontraron mayores tamaños del efecto en culturas individualistas que en culturas colectivistas. No hallaron, en contraste, un efecto significativo para la edad en cuanto a la relación entre identidad moral y conducta moral. Este hallazgo contradujo la hipótesis de los autores de que, dada la supuesta mayor integración del sí mismo y la moralidad en los grupos de mayor edad, la edad debía ser una variable con poder predictivo. Concluyen que, si bien la identidad moral es claramente una variable predictora de la conducta moral, el efecto va de pequeño a moderado (similar al de otros constructos, tales como el razonamiento moral o las emociones morales), por lo que sería apropiado considerar a la identidad moral en un marco conceptual más amplio en el que interactúe con otros factores situacionales y de la personalidad. La consideración de la empatía (y también el apego) en la presente investigación da cuenta de esta recomendación.

5.3.1. Identidad moral y conducta prosocial en la adultez emergente

Como ya se ha señalado, la adultez emergente podría ser un período clave para la integración de las metas personales y morales. Al menos desde el modelo de Frimer y Walker, que se sigue en la presente investigación, este aspecto cobra notable relevancia. Por ello resulta importante indagar en qué medida la identidad moral podría vincularse con la prosocialidad en este período de la vida. Los propios Frimer y Walker (2009), en un estudio con adultos emergentes (media de 22 años), hallaron que el universalismo era el mejor predictor –positivo– de una medida compuesta de conductas morales (que incluía a la conducta prosocial, el comportamiento ecológico y el materialismo), en tanto la benevolencia mostró una tendencia hacia la significación –positiva– y el poder se hallaba en el extremo opuesto (negativo, pero también solo con una tendencia hacia la significación). Además, la tendencia a integrar valores de comunión/autotrascendencia (benevolencia y universalismo) con valores de agencia/autopromoción (poder y logro) en una misma unidad de pensamiento –que da sustento a su modelo de reconciliación– también fue un predictor positivo de dicha medida compuesta de conductas morales. No solo la integración comunión-agencia mostró esta relación, sino también más específicamente las integraciones poder-universalismo, logro-universalismo y poder-benevolencia predijeron positivamente la medida compuesta. No encontraron relaciones significativas al considerar el logro-benevolencia. De todos modos, el único predictor que aumentó el valor predictivo fue el poder-benevolencia. Por otro lado, además de evaluar los valores y sus combinaciones, calcularon un índice de centralidad moral que arrojaba un valor para cada participante y encontraron que era un predictor positivo de la medida compuesta de conductas morales y de cada uno de sus elementos, entre ellos la conducta prosocial auto-reportada.

El abordaje de Aquino y Reed (2002) también ha resultado fructífero para la adultez emergente, donde con matices, se observa la contribución positiva de la identidad moral, ya sea mediante la subescala de Internalización y su capacidad predictiva de la prosocialidad a exogrupos (Reed & Aquino, 2003), como a través de la subescala de Simbolización y su influencia también positiva sobre las acciones de caridad (Reynolds & Ceranic, 2007).

Continuando ahora con medidas similares a las del presente trabajo, un trabajo especialmente relevante por su consideración de la multidimensionalidad de la conducta prosocial, es la investigación de Hardy (2006). Este autor indagó, en una muestra de adultos con una media de edad en la adultez emergente (22 años), el impacto diferencial de la identidad moral sobre los mismos tipos de conducta prosocial (medida con el PTM)

considerados en la presente investigación, además de sobre una puntuación global de conducta prosocial. Estrictamente, la identidad moral fue medida con un instrumento que mide la identidad prosocial –por ejemplo, amabilidad y generosidad, ligados a la autotranscendencia–. Además, evaluó la empatía (una combinación de las escalas de preocupación empática y toma de perspectiva del IRI) y el razonamiento moral prosocial. Por un lado, la identidad moral correlacionó positivamente con las dimensiones altruista, emocional, urgente/crisis, complaciente y anónima de la conducta prosocial y con la conducta prosocial global, pero no hubo relación con la pública. Tampoco correlacionó con la edad (lo que complementa lo tratado en el apartado de identidad moral). El mismo patrón encontró para la empatía. Mediante modelos de regresión encontró, por un lado, que la identidad moral fue un predictor positivo de la prosocialidad emocional, anónima y de la conducta prosocial global. Mientras tanto, la empatía, por ejemplo, fue un predictor positivo de la conducta prosocial emocional, urgente/crisis y global.

Otros estudios indagaron la relación de la prosocialidad con los valores, pero deslindados estos del constructo de identidad moral. Así, una investigación que evaluó la relación de los valores de autotranscendencia (la benevolencia y el universalismo en conjunto) con la prosocialidad (frecuencia de conductas de ayuda, compartir, cuidado y también los sentimientos empáticos) fue llevada a cabo por Caprara y Steca (2007). En este trabajo evaluaron además el rol de las creencias de auto-eficacia (interpersonal –social y empática– y afectiva –en relación con las emociones positivas y las emociones negativas–). Es relevante destacar que investigaron su modelo en distintos rangos etarios en adultos, uno de ellos entre los 20 y 30 años, período similar al usado en el presente trabajo. Por un lado, encontraron que las mujeres y los adultos más jóvenes y los mayores reportaron un mayor nivel de valores de autotranscendencia que los hombres y que aquellos en la adultez joven y media, respectivamente. Las mujeres informaron, además, de mayor prosocialidad. Por otro lado, los valores de autotranscendencia contribuyeron, para toda la muestra, a la conducta prosocial, tanto directa como indirectamente a través de las creencias de auto-eficacia. Estos resultados se presentaron en todos los grupos etarios, pero la mayor proporción de varianza explicada se encontró para el grupo de 20 a 30 años. Los autores denominan agencia prosocial a esta articulación de los valores y las creencias de auto-eficacia conducente a la prosocialidad.

Más específicamente, Lönnqvist et al. (2009) indagaron estrictamente sobre la conducta prosocial altruista mediante tres estudios (con participantes con medias de 25, 29 y 30 años). Encontraron (además del rol moderador del conformismo en la relación universalismo-altruismo) una correlación positiva de la benevolencia –solo en uno de los

estudios– y del universalismo (autotrascendencia) con la conducta altruista; en cambio, los valores de logro y poder (autopromoción) –también solamente en uno de los estudios– correlacionaban negativamente con la conducta altruista.

Por último, un estudio de Daniel et al. (2015) en cuatro países [Alemania, Escocia (Reino Unido), Turquía e Israel)] con estudiantes (con medias de edad por país que iban de los 21 a los 25 años) investigó la relación de las dimensiones autotrascendencia-autopromoción y conservación-apertura al cambio con una medida real de ayuda solicitada. Al comparar dentro de cada dimensión, en el conjunto de la muestra, los valores de autotrascendencia predecían más ayuda que los de autopromoción (mientras que los de conservación sobrepasaban a la apertura al cambio). Además, encontraron una correlación positiva de la autotrascendencia con la ayuda y negativa de esta con la autopromoción (la apertura al cambio también se asociaba negativamente con la ayuda, pero esta no se vinculaba significativamente con la conservación). Con algunos matices, encontraron un patrón similar en cada país y relaciones similares en magnitud entre ellos; además, se hacía evidente la relación más fuerte de la autotrascendencia y autopromoción con la prosocialidad que la que tenía la dimensión conservación-apertura al cambio.

5.4. Identidad moral y su relación con la empatía

Respecto a la relación entre estas variables, no son muchos los estudios que las vinculen. No obstante, más allá de las medidas utilizadas, los escasos estudios suelen encontrar una asociación positiva entre ellas. En primer lugar, nos referiremos a estudios que –más allá de no integrarlos en el constructo “identidad moral”– evaluaron los valores estudiados por Schwartz. Balliet et al. (2008) encontraron correlaciones positivas entre la benevolencia (la más fuerte entre los valores de autotrascendencia) y el universalismo con una medida compuesta de preocupación empática y toma de perspectiva. A la vez, encontraron correlaciones negativas del poder (la más fuerte entre los valores de autopromoción) y el logro con la misma medida de la empatía. Los resultados se replicaron en las dos muestras que utilizaron –una universidad religiosa (media de 19 años) y una no religiosa (sin edad informada)–. La excepción fue que el logro no correlacionó significativamente con la empatía en los estudiantes de la institución religiosa.

En una investigación similar, con estudiantes de medicina –con una media de 20 años–, Ardenghi et al. (2021) indagaron en la relación de los valores de autotrascendencia y autopromoción –entre otros– con la preocupación empática y toma de perspectiva –evaluadas

con el IRI-. Estas fueron medidas aquí por separado. Por un lado, encontraron correlaciones positivas de la benevolencia y el universalismo con la preocupación empática y la toma de perspectiva, y correlaciones negativas del poder y el logro con ambas dimensiones de la empatía. Mediante regresiones jerárquicas –en las cuales integraron a la benevolencia y universalismo en el conjunto de autotranscendencia y al poder y el logro en el de autopromoción–, encontraron que la autotranscendencia fue un predictor positivo de las dos dimensiones de la empatía, mientras que la autopromoción fue un predictor negativo. Por otro lado, las mujeres puntuaron más elevado en benevolencia y universalismo y los hombres en poder y logro.

Persson y Kajonius (2016), a diferencia del estudio anterior, investigaron la capacidad predictiva de la empatía (también evaluada con el IRI) sobre los valores. En relación con los valores de interés para el presente trabajo, en el estudio 1, con adultos (media de 39 años) encontraron correlaciones positivas de la preocupación empática, por un lado, y la toma de perspectiva, por otro, tanto con la benevolencia como con el universalismo. Además, ambas dimensiones de la empatía correlacionaron negativamente con el poder, pero solo la preocupación empática correlacionaba negativamente con el logro. En otro análisis, únicamente la preocupación empática era un predictor consistente: positivo para ambos valores de autotranscendencia y negativo para los dos de autopromoción. En cambio, la toma de perspectiva solo predijo el universalismo, y de forma positiva. La varianza explicada para universalismo y poder era notablemente superior que en el caso de la benevolencia y logro. La preocupación empática, además, explicaba más varianza que la toma de perspectiva en el conjunto de los valores. En el estudio 2, con adultos (media de 35 años) de diversas nacionalidades, controlaron los cinco grandes factores de la personalidad (p. ej, agradabilidad) y encontraron que, si bien estos explicaban más varianza que la empatía, la preocupación empática explicaba significativamente una porción de la varianza para los valores de autotranscendencia y autopromoción, de manera más pronunciada para los primeros y en la misma dirección que en el estudio 1. La toma de perspectiva no era un predictor significativo de ninguno de estos valores.

En esta misma línea, Silfver et al. (2008) indagaron en dos muestras la relación de los valores con tres dimensiones de la empatía evaluadas con el IRI (preocupación empática, toma de perspectiva y malestar personal), entre otras variables. Una muestra era de estudiantes secundarios (con una media de 16 años) y otra de conscriptos militares varones (con una media de 20 años). En la muestra de estudiantes, el universalismo (en un sentido positivo) y el poder (en un sentido negativo) correlacionaron con las tres dimensiones de la

empatía, en tanto la benevolencia (de forma positiva) y el logro (de forma negativa) correlacionaron con la preocupación empática y la toma de perspectiva. En cambio, en la muestra de concriptos, benevolencia y universalismo correlacionaron de forma positiva con la preocupación empática y la toma de perspectiva. Sin embargo, el poder correlacionó de forma negativa con las mismas dos dimensiones, pero el logro lo hizo solo con la preocupación empática. En los análisis de regresión múltiple jerárquica para la muestra de estudiantes, el universalismo (positivo) y el poder (negativo) fueron predictores de las tres dimensiones de la empatía, a la vez que la benevolencia fue un predictor positivo de la preocupación empática y la toma de perspectiva. Para la muestra de concriptos, el poder y el logro fueron predictores negativos de la preocupación empática y solo el poder fue predictor negativo de la toma de perspectiva. En cambio, la benevolencia y el universalismo fueron predictores positivos de la preocupación empática y la toma de perspectiva.

Por su parte, con una muestra de jóvenes delincuentes, de 13 a 21 años, Barriga et al. (2009) indagaron en la relación entre identidad moral (evaluada con la *Adapted Good Self Assessment*) y empatía (evaluada con el IRI), además de medir otras variables. Este instrumento de identidad moral permite destacar rasgos morales relevantes para el sí mismo (p. ej., generosidad), que lo emparenta con los valores de autotrascendencia. Por un lado, encontraron que la identidad moral correlacionó positivamente tanto con la escala de preocupación empática como con la de toma de perspectiva, así como con una medida compuesta de empatía, integrada por ambas subescalas. Por otro lado, en los análisis de regresión múltiple, en los que solo se usó la medida compuesta de empatía, encontraron que la asociación entre identidad moral –como predictora– y la empatía se encontraba mediada por las distorsiones cognitivas interesadas (*self-serving cognitive distortions*). De acuerdo con los autores, este tipo de distorsiones cognitivas neutralizan la empatía al desvincular el autoconcepto de la experiencia empática. Además, debido a que encontraron que la asociación positiva entre la madurez del juicio moral y la empatía no se veía afectada por otras variables, tales como las distorsiones cognitivas, una identidad moral fuerte podría no tener la misma cualidad de estructura profunda de conocimiento lógico que el juicio moral, por lo que podría ser neutralizada.

Por otro lado, en un estudio al que ya se hizo referencia en apartados precedentes, Hardy (2006) encontró una correlación positiva entre una medida de identidad moral/prosocial (ligada a la autotrascendencia) y la empatía (una puntuación global de las escalas de preocupación empática y toma de perspectiva del IRI), en personas con una media de 22 años. Además, Detert et al. (2008) encontraron una correlación positiva entre identidad

moral [la subescala de Internalización planteada por Aquino y Reed (2002)] y la empatía en estudiantes universitarios con una media de 18 años. Conviene tener en cuenta que la empatía fue considerada aquí como un constructo afectivo y cognitivo que incluye la voluntad del individuo de tomar en consideración los problemas y emociones de otros. Otros estudios, si bien tangencialmente relacionados, se desvían de conceptualizaciones cercanas de la identidad moral. Ese es el caso de un trabajo de Mikulincer y Shaver (2011), que relacionan la existencia de un sistema de poder/dominación, cuya meta es la sensación de poder o poder sentido *-felt power-*, y que era activado experimentalmente, con una reducción de la preocupación empática, excepto ante la activación de un apego seguro.

Hemos considerado diversas conceptualizaciones de la identidad moral. Un metaanálisis de Lefebvre y Krettenauer (2019) indagó en la relación de la identidad moral, entendida desde diversas perspectivas, y las emociones morales. Desde una visión amplia, incluían en estas a la simpatía/preocupación empática. Encontraron un tamaño del efecto más elevado (.41) para la relación de la identidad moral con el conjunto empatía/simpatía-preocupación empática/compasión, a las que consideran como una expresión directa de los valores incorporados en la identidad moral, que para otras emociones morales. En cualquier caso, los autores no destacan ningún nexo causal específico y afirman que las influencias entre identidad moral y emociones morales podría ser bidireccionales. Además, teniendo en cuenta a las emociones morales en conjunto no había moderación del tipo de medida de la identidad moral ni de otros factores (estado de la publicación, origen cultural) pero sí para el género (una relación superior en las muestras con más mujeres) y tipo de medida de las emociones morales [más en medidas de rasgo (*trait*) que de estado]. Los autores destacan que el tamaño del efecto conjunto (.32) era superior al encontrado para la relación identidad moral-conducta moral (.22) en el metaanálisis de Hertz y Krettenauer (2016), reportado previamente.

5.5. Identidad moral y su relación con el apego

En este apartado nos referiremos a algunos hallazgos que vinculan a la identidad moral con otra variable predictora, el apego. La literatura sobre la relación del apego con las variables más estudiadas en el campo estrictamente moral es abundante, pero no lo es tanto al tratar específicamente la identidad moral. Mucho de ello (su relación con la prosocialidad y la empatía) se ha abordado previamente; aquí puede señalarse, por ejemplo, la importancia del apego para el juicio o razonamiento moral (Govrin, 2014), en particular uno de tipo B,

considerado más maduro, autónomo y universal (van IJzendoorn & Zwart-Woudstra, 1995). En un sentido más amplio, existen, además, propuestas novedosas, como la Teoría de la Ética Triuna (*Triune Ethics Theory*; Narvaez, 2013), que plantea, apuntalada en hallazgos neurobiológicos, la existencia de tres sistemas morales distintivos (o motivaciones éticas fundamentales como la ética de seguridad, la ética de conexión y la ética de imaginación), que tienen vinculaciones con el apego.

Thompson (2009) señala que el apego ha sido considerado una vía importante para la transmisión de valores y la internalización. De acuerdo con Kochanska (2002), desde la perspectiva de la teoría del apego, las emociones morales, la conducta moral y el razonamiento moral son producto de la conciencia, cuyos fundamentos se establecen en la infancia temprana, en el contexto de la socialización familiar. Esta conciencia es definida como un sistema de guiado interno que regula la conducta sin necesidad de control externo. En otros casos se alude al término internalización, entendida como autorregulación autónoma (Kochanska & Aksan, 2006). Relacionado con ello, Kochanska (2002) introdujo la noción de *orientación mutuamente responsiva* entre madre e hijo, entendida como una relación positiva, cercana, mutuamente vinculante y cooperativa (y que tiene dos componentes: responsividad y afecto positivo compartido). Cuando esta se establece de forma temprana en el desarrollo, se vuelve un puntal para una serie de resultados positivos en cuanto a la socialización, incluyendo un sentido de responsabilidad y una buena disposición para aceptar los valores y reglas maternos (Kochanska & Murray, 2000). Del mismo modo que en el vínculo de apego, en la orientación mutuamente responsiva entran en juego modelos operativos internos, que implican a la cooperación mutua y una reciprocidad implícita (Kochanska, 2002). De acuerdo con Lapsley y Hill (2009), así como la seguridad del apego promueve en el/la niño/a progresos hacia el cumplimiento (*compliance*) de las normas y valores de los cuidadores en la visión de Kochanska, este movimiento también incidiría en la emergente representación interna del sí mismo como un sí mismo moral. Como contexto de ello, resulta útil tener en cuenta que Swann y Bosson (2010) identifican al apego como una fuente interpersonal en el origen del sí mismo (*self*) y de la identidad, mientras otros (Noam, 1993) sitúan al apego en el origen de un sí mismo fuerte.

Un autor que ha brindado particular atención a la intersección entre apego e identidad moral es Reimer (2005). Uno de los elementos que identifica Reimer para integrar la noción de apego con la identidad moral es la vergüenza, que actuaría como mediadora afectiva de la habilidad del niño para integrar el razonamiento moral con el sí mismo (*self*), de un modo que fortalezca la autoconsistencia que, es necesario recordar, es un elemento central en el modelo

de identidad moral de Blasi (1983). Continúa Reimer (2005) destacando que la vergüenza actúa como una fuerza socializadora en las relaciones de apego tempranas, moderando el tipo de respuestas de evitación y ansiedad que se precipitan a través de los modelos operativos. De este modo, sostiene el autor, cuando el/la niño/a experimenta vergüenza, suscitada por el cuidador en situaciones que requieren del juicio moral, el cuidador le provee un marco seguro para regular el sí mismo de un modo convergente con una “buena” decisión moral. Si la vergüenza no es adaptativa, las mismas situaciones morales, sostiene Reimer, están teñidas de representaciones inseguras e inciertas sobre las consecuencias, conllevando mayor ansiedad y evitación, situación que se puede extender a adolescentes y adultos. En conclusión, la vergüenza positiva y el apego seguro facilitan la autoconsistencia, y la motivación moral es sostenida en recuerdos episódicos de experiencias pasadas de apego (reflejadas en los modelos operativos), junto a una habilidad para manejar escenarios morales futuros sopesando procesos afectivos (tales como la vergüenza) en las opciones disponibles en el presente.

Por otro lado, la propuesta de Locke (2015), quien realiza un análisis de las motivaciones de agencia y comunión a lo largo del ciclo vital y lo entrelaza con el apego, resulta más cercana a la presente conceptualización de la identidad moral. Locke redefine el concepto de apego en términos de comunión, ya que sostiene, amparándose en Bowlby, que las personas nacen equipadas con poderosas motivaciones comunitarias para permanecer cercanas y conectadas con sus cuidadores. Luego, para integrar el concepto de agencia, se sostiene en la visión del desarrollo psicosocial de Erikson. De este modo, concluye que si los cuidadores responden confiablemente (reciprocidad) a los pedidos de comunión, el/la niño/a desarrolla durante la infancia un apego seguro o sentido de confianza básica, que provee un fundamento o base segura para la expresión de la agencia. Específicamente, por ejemplo, aprendiendo a satisfacer los impulsos de agencia hacia la autonomía o la iniciativa, el yo en desarrollo logra las virtudes de la voluntad, el propósito o la competencia. Más allá del vínculo con el apego, el autor destaca que al entrar en la adultez las motivaciones de agencia alcanzan su punto cumbre, aunque el foco en ese período tiende a virar desde la motivación de lograr agencia hacia el ejercicio de la agencia al servicio de la comunión.

En esta línea, Mikulincer et al. (2003) se propusieron investigar el efecto de las dimensiones del apego (habitual), evaluado con el ECR, y la activación contextual del apego seguro (versus la activación de afecto positivo y activación neural) sobre la adhesión a valores globales que reflejan una preocupación por el bienestar de otros, tanto cercanos (benevolencia) como distantes (universalismo), es decir valores de autotranscendencia. En

todos los estudios, los participantes eran adultos y con una mediana de edad dentro de la adultez emergente (entre 23 y 25 años). En el estudio 1, mediante regresiones jerárquicas, encontraron que la activación de la seguridad del apego fue un predictor positivo de los valores de universalismo y de los de benevolencia (en comparación con la activación neutral y la de ánimo positivo), mientras que la dimensión evitación fue un predictor negativo tanto de los valores de universalismo como de los de benevolencia. No encontraron efectos principales para la dimensión ansiedad. En el estudio 2 utilizaron una técnica distinta para activar el apego, específicamente una imagen en lugar del recuerdo de una evocación de una experiencia personal, y se repitieron exactamente los mismos resultados. En el estudio 3, modificaron la evaluación de los valores. A diferencia de los dos primeros estudios, en los que solicitaron puntuar una lista cerrada de valores, en este estudio se solicitó a los/as participantes que libremente expresaran los valores más importantes que guiaban sus vidas. Los resultados indicaron un patrón similar al de los dos estudios anteriores.

En una línea similar, Otway y Carnelley (2013), en un intento de integración de la teoría del apego y la teoría motivacional de Maslow, indagaron, entre otros constructos, la relación de la evitación y la ansiedad (evaluadas con el ECR) y la autotrascendencia, en personas con una media de 20 años. Si bien las autoras ligan el constructo con la perspectiva de Schwartz, la autotrascendencia implica aquí experiencias y conductas. Encontraron que la evitación era un predictor negativo (y sin ningún tipo de mediación) de la autotrascendencia, que consideran se ligaría con los modelos negativos de otros y una baja preocupación empática; la ansiedad, por su parte, no se relacionaba con la autotrascendencia. En un estudio con participantes españoles/as (media de 22 años). Monteoliva et al. (2018) exploraron una línea similar, pero incluyeron todos los valores contemplados por Schwartz y midieron el apego con el ECR, utilizando no solo las dos dimensiones sino también una clasificación categorial. Además del apego y los valores midieron actitudes prosociales (hacia reciclar, donar sangre y voluntariado). En relación con los valores de interés para el presente trabajo, encontraron, por un lado, que la evitación correlacionaba negativamente con la benevolencia, el universalismo y la autotrascendencia en conjunto y la ansiedad lo hacía positivamente con el poder, el logro y la autopromoción en conjunto (la autotrascendencia, además, se asociaba positivamente al donar sangre). Por otro lado, aquellos con estilos seguro y preocupado se diferenciaban significativamente de los estilos evitativos rechazante y temeroso al mostrar más autotrascendencia; por ejemplo, mostraban tanto más benevolencia como universalismo que el estilo rechazante. En cambio, los evitativos temerosos mostraban significativamente

más autopromoción (y más poder) que los seguros. No había diferencias en logro. Además, los estilos no se diferenciaron en actitudes prosociales.

Por otro lado, Bartz y Lydon (2004), se propusieron investigar la influencia de las relaciones cercanas en el autoconcepto de trabajo (*working self-concept*). Más puntualmente, indagaron, basados en la noción de modelos de sí mismo y de los otros, si la activación contextual del apego influía en la activación implícita y en las auto-percepciones explícitas de agencia y comunión. La agencia y comunión aquí no se integran con los valores de autopromoción y autotranscendencia de Schwartz tal como hacen Frimer y Walker (2009), pero reflejan la misma orientación. El estudio 1, con participantes con una media de 22 años, indagó en la accesibilidad implícita de metas de comunión y de agencia. Para ello, utilizaron una tarea de completar fragmentos de palabras para investigar los efectos inconscientes y automáticos de la activación de las relaciones de apego sobre dichas metas o valores. En cuanto a las palabras vinculadas a la comunión, hallaron que aquellos que fueron activados previamente con el recuerdo de una relación segura, produjeron más de estas unidades (p. ej., amable, cálido, cooperativo) que aquellos activados con relaciones inseguras, en tanto no hubo diferencias entre estos últimos (ansioso-ambivalente o evitativo). En cuanto a las palabras vinculadas a la agencia, estas unidades (p. ej., superior, competitivo, hostil) fueron más utilizadas por personas a quienes se les había activado una relación ansioso-ambivalente que por aquellos que recordaron una relación segura o una evitativa, sin encontrar diferencias entre estas dos últimas.

En el estudio 2, Bartz y Lydon (2004), con participantes con una media de 20 años, indagaron el efecto del apego en las autopercepciones explícitas de rasgos de agencia y de comunión. En este caso, se siguió la clasificación de estilos de apego de Bartholomew y Horowitz (1991) ya comentada, que clasifica a los sujetos en uno de cuatro estilos. Hallaron, por un lado, que los hombres y las personas activadas con un apego inseguro puntuaban más alto en agencia que las mujeres y que las personas activadas con un apego seguro, respectivamente. Por otro lado, las mujeres, tras la activación de un apego inseguro (especialmente de tipo preocupado o evitativo-temeroso), puntuaron más alto en agencia que cuando se les activó un apego seguro. En cuanto a los hombres, cuando se les activó un apego seguro, puntuaron más alto en valores de comunión que los inseguros; en particular, cuando se activaron estilos evitativos (evitativo-rechazante o evitativo-temeroso). Según los autores, por un lado, la activación contextual de un apego inseguro podría propiciar motivaciones autoprotectoras, al enfatizar logros (agencia) para fortalecer la autoimagen. En cuanto a las diferencias de género, en las mujeres un apego inseguro podría promover motivaciones

vinculadas a la agencia (y en particular a sus aspectos negativos, como la hostilidad), debido a que la agencia sería menos central para el autoconcepto de las mujeres y su sentido de agencia sería menos estable y capaz de fluctuar de acuerdo a la activación de un tipo específico de relación (uno de tipo inseguro, en este caso). De un modo similar, como la comunión sería menos central para los hombres, la activación de un determinado estilo de apego tendría un mayor efecto en la misma que en el caso de las mujeres. Por último, en este estudio las dimensiones del apego (evaluadas con una versión reducida del ECR) no moderaron los efectos de la activación experimental del apego.

Para cerrar este apartado, citaremos un estudio clásico de Collins y Read (1990), quienes investigaron la relación del apego con diversas variables, entre ella la agencia (*instrumentality*) y la expresividad (*expressiveness*) en estudiantes de 17 a 24 años. La primera se vincula a los valores de autopromoción/agencia y alaasertividad, en tanto la segunda se refiere a características interpersonales, tales como ser amable y atento con otros, vinculadas a la autotrascendencia/comunión. Hallaron que las personas con un estilo seguro puntuaron más alto en expresividad, especialmente en relación con los evitativos, y aquellos con un estilo ansioso puntuaron más bajo en agencia, también especialmente en relación con los evitativos.

CAPÍTULO VI

LA DESHONESTIDAD ACADÉMICA

6.1. Deshonestidad académica: Conceptualización, factores explicativos y diferencias de edad y género

La definición de la deshonestidad académica (o de su contraparte, la integridad académica) –y su operacionalización y medición– ha variado sustancialmente entre distintos autores/as (McCabe et al., 2012). Además, se ha señalado que es un asunto de múltiples aristas, de modo que autores/as de distintos orígenes reportan desarrollos históricos diferentes que conducen a una variedad de interpretaciones de la integridad académica como concepto (Bretag, 2016). Davis et al. (2009) sugieren que la deshonestidad académica se refiere a actos cometidos por estudiantes que engañan al/a la docente para que considere que el trabajo entregado por el/la estudiante fue realizado por este/a. McCabe et al. (2012), quienes desarrollaron una extensa labor empírica en el área, la definen de forma muy específica en función de una serie de conductas. A partir de ellas es que han medido, en términos generales, el constructo deshonestidad académica o engaño (*cheating*) por parte de los/as estudiantes, en la medida en que llevaran a cabo al menos una de ellas. Las conductas mencionadas son: 1) Copiarse de otro/a estudiante durante un examen (con o sin el conocimiento del/de la otro/a); 2) Utilizar chuletas (*crib notes/cheat notes*) durante un examen; 3) Brindar respuestas a otro/a estudiante durante un examen; 4) Conseguir las preguntas o respuestas de un examen (antes del mismo) mediante alguien que ya hubiera realizado el examen; 5) Realizar el mismo trabajo con otros/as estudiantes cuando no está permitido; 6) Entregar un trabajo realizado total o parcialmente por otro/a estudiante; 7) Plagiar material público al preparar un trabajo (*paper*); 8) Copiar y no citar algunas oraciones de material en un trabajo; 9) Añadir referencias en la bibliografía no utilizadas en el trabajo. McCabe (2016) agrupa los actos deshonestos, que se corresponden con la enumeración descrita, en la deshonestidad en exámenes y en lo concerniente a material escrito (trabajos) –en el que se incluirían el colaborar cuando no está permitido, enviar trabajos de otros, plagio y falsificar bibliografía–. Esta clasificación encuentra correlato en el instrumento presentado a los/as estudiantes en la presente investigación (ver Método del presente trabajo; Comas et al., 2011; Sureda Negre et al., 2009).

Respecto de la prevalencia de esta conducta, no se encuentran trabajos empíricos suficientes en Argentina sobre este constructo (para una revisión teórica, que considera al constructo como multidimensional, ver Vaamonde & Omar, 2008). Un estudio exploratorio mostró que los/as estudiantes solían atribuir más a otros/as estudiantes la deshonestidad que reconocer la propia: por ejemplo, solo el 32.5% admitía haberse copiado de un/a compañero/a

en exámenes, mientras un 77.8% se lo atribuía a otros/as; además, un 77.7% admitía haber dejado copiar a otro/a (Ventura et al., 2012). En dos estudios en España, estos valores oscilaban, según la muestra, entre 46/53% (copia de otro/a), 82/88% (copia atribuida) y 70/74% (dejar copiar a otro/a) (Comas et al., 2011; Sureda Negre et al., 2009). En América Latina, en conjunto, el constructo ha sido escasamente estudiado (p. ej., algunos estudios en Colombia mostraban un reporte de más del 90% de haber cometido alguno de estos actos) y se destaca la ausencia de un concepto común de integridad académica; además, el fenómeno ha sido ligado a un contexto sociocultural más amplio, en el que las reglas son vistas de modo flexible y ello conlleva un incumplimiento de ellas (García Villegas et al., 2016). McCabe et al. (2012) muestran que, a partir de diversos estudios realizados en los Estados Unidos, la prevalencia de estudiantes universitarios que auto-reportaron al menos una de las conductas de transgresión señaladas previamente oscila entre el 87% y el 65%, al considerar carreras de al menos cuatro años de duración (en los estudios que investigaron instituciones con un código de honor se reducía a un porcentaje mínimo de 48% y un máximo de 60%). En cualquier caso, señalan McCabe et al., más de dos tercios de los/as estudiantes reportan haber incurrido en alguna de estas conductas. Además, indican que este es un fenómeno global. La deshonestidad académica puede ser contemplada de un modo más amplio, incluyendo a las prácticas del profesorado e investigadores/as (ver, por ejemplo, García-Villegas et al., 2016), pero el presente trabajo se limita a los/as estudiantes, siguiendo el foco de las investigaciones de McCabe y colaboradores/as.

En muchos casos no se suele presentar un marco teórico explicativo común de la deshonestidad académica, si bien algunos factores (individuales o contextuales) han sido contemplados por separado, como veremos, en función de distintas teorías. No obstante, Vaamonde y Omar (2008), en una revisión, sugieren algunas perspectivas teóricas que se han encontrado en la literatura, si bien no serían excluyentes entre sí: 1) teoría del aprendizaje social y la importancia de los modelos; 2) teoría de la socialización diferencial de los géneros, dados los hallazgos de mayor prevalencia en varones; 3) teoría de la desviación (de normas sociales), entendida como una dimensión individual; 4) teoría actitudinal (falta de autocontrol, oportunidad percibida y actitudes); 5) teoría de la motivación (debe haber razones para el acto); 6) teoría del desarrollo moral (p. ej., en términos piagetianos); para un modelo más específico, ver –por ejemplo– Whitley (1998). Teniendo en cuenta que las perspectivas anteriores no son exhaustivas, consideraremos los factores que inciden en la deshonestidad, que son de mayor relevancia para la presente investigación.

Se han señalado factores individuales y contextuales. Respecto de los factores individuales, la revisión teórica de McCabe et al. (2012) enumera (además del género y la edad, que se tratarán luego en detalle) una serie de dichos factores (para otra revisión que toma en cuenta algunos de estos factores, ver Crowne & Spiller, 1998). Entre los que han recibido atención, el logro académico, generalmente operacionalizado en relación con las calificaciones (*Grade Point Average –GPA–*), se ha asociado consistentemente de forma negativa con la deshonestidad académica. Además, señalan que las actividades extracurriculares suelen tener un impacto positivo en la deshonestidad. Así, estos autores encontraron que aquellos/as que deben cuidar de hijos/as o progenitores mayores suelen presentar mayores niveles de deshonestidad académica, probablemente por falta de tiempo y la tendencia a justificar sus actos por estas actividades. Un fenómeno similar ocurre con otras actividades. En cuanto a la clase social, los resultados son mixtos, señalando en ocasiones efectos en direcciones distintas [sobre estos factores señalados, ver la investigación de McCabe y Treviño (1997), más abajo]. Además, McCabe et al. (2012) mencionan que la deshonestidad podría ser parte de una orientación más general a los problemas conductuales y a la toma de riesgos (p. ej., consumo de drogas), especialmente para los hombres. Otros factores relativos a las diferencias individuales que han mostrado una relación positiva con la deshonestidad son, por ejemplo, la motivación extrínseca (como opuesta a la intrínseca), la psicopatía, las transgresiones previas o las actitudes positivas hacia la deshonestidad. Fue Whitley (1998) quien encontró, en una minuciosa revisión de la literatura, numerosos factores asociados a la deshonestidad académica, entre ellos algunos de los señalados. Destacaremos los que mostraron efectos consistentes en una variedad amplia de estudios. Entre los demográficos, encontró, por ejemplo, una asociación moderada con la edad y más pequeña con el género, de modo que los más jóvenes y los hombres mostraban mayor deshonestidad. Por otro lado, entre las habilidades, una asociación negativa pequeña con las calificaciones (*GPA*) y una asociación negativa media con el desempeño en la tarea previa. Por otro lado, la participación en fraternidades mostró una asociación positiva pequeña. Otras características (actitudes/creencias) que mostraban una asociación positiva eran las actitudes favorables a la deshonestidad y las normas sociales favorables, que tenían un efecto grande. Entre los aspectos de personalidad, un patrón general de conducta desviada (p. ej., delitos menores) también mostraba una asociación positiva moderada y en menor medida, también positivamente, la necesidad de aprobación y un locus de control interno (también exploró factores situacionales, sobre los que volveremos, y la mayor consistencia entre estudios se encontró con el efecto negativo de la posibilidad de ser descubierto). Por último, en lo

concerniente a los rasgos éticamente deseables, que señalan McCabe et al. 2012, aquí se incluyen la asociación negativa con la deshonestidad académica del nivel de razonamiento moral, la integridad, el autocontrol, la religiosidad, la empatía y la identidad moral. Volveremos sobre la empatía y la identidad moral y su vínculo con la deshonestidad académica.

Si bien se ha abordado la relación entre la deshonestidad académica y las diferencias individuales en estos factores en función de teorías como la teoría atribucional, la teoría de la neutralización, la teoría socio-cognitiva, la teoría de las expectativas o la teoría de la motivación intrínseca, no hay consenso al respecto y mucha de la investigación en este campo ha sido atórica (McCabe et al., 2012). Además, se ha señalado que cuando los factores individuales son estudiados juntos a los factores contextuales, aquellos –aunque significativos– suelen ser predictores más débiles que estos (McCabe et al., 2012; ver más abajo, McCabe & Treviño, 1997). Davis et al. (2009) señalan que no existe un tipo de personalidad único de quien se involucra en deshonestidad académica. Además, para McCabe et al. (2012), la mayor parte de la atención a las diferencias individuales se ha centrado en aspectos demográficos, tales como el género y la edad, y no se ha atendido suficientemente a predisposiciones psicológicas estables, lo que consideran que sería deseable. Tomando en cuenta las recomendaciones de McCabe et al., un estudio (Yu et al., 2017) indagó en múltiples variables individuales de forma simultánea y encontró que el género femenino e ingresos familiares superiores a la media eran predictores negativos (entre los demográficos), mientras que la falta de autocontrol y un propósito en la vida auto-enfocado (en cuanto a las creencias o carácter) eran predictores positivos. Además, entre las actividades, las extracurriculares, los eventos de socialización y trabajar a tiempo parcial eran predictores positivos, y la preparación académica un predictor negativo. Por último, entre las actitudes y percepciones, la percepción de deshonestidad en el entorno y las actitudes hacia la deshonestidad eran predictores positivos, y la percepción de que el profesorado realizaba acciones contra la deshonestidad un predictor negativo. Más recientemente, en un metaanálisis sobre los correlatos de personalidad, actitudinales y demográficos de la deshonestidad académica en estudiantes universitarios/as, Lee et al. (2020) encontraron, entre aquellos de mayor efecto –moderado–, que la neutralización, la impulsividad y la psicopatía eran predictores positivos de la deshonestidad académica, mientras que la autoeficacia, la moralidad/honestidad, la religiosidad, el estar casado/a, la escrupulosidad y la deseabilidad social eran predictores negativos. Entre los que tenían un efecto más pequeño se encontraban, como predictores positivos, el narcisismo, la orientación a las calificaciones y la participación en fraternidades

y, como predictores negativos, la orientación al aprendizaje, el locus de control interno, la autoestima, el desempeño académico, la conducta de tipo A (orientada al logro), la agradabilidad y la edad. No encontraron efectos para el género.

Como se ha señalado, los factores contextuales son de gran relevancia en la explicación de la deshonestidad académica. Uno de los aspectos a los que se ha prestado más atención son los códigos de honor en las universidades, según McCabe et al. (2012) (ver también Crowne & Spiller, 1998). McCabe et al. (2012) han considerado que un entorno tradicional de código de honor implica al menos dos de las siguientes características y algún elemento de una tercera: 1) Exámenes no supervisados (*unproctored*); 2) el uso de un compromiso escrito en el que los/as estudiantes aseguran que no han sido deshonestos/as en un examen o trabajo; 3) un cuerpo judicial o audiencia en el que los/as estudiantes desempeñan un rol principal; 4) una expectativa de que los/as estudiantes deben reportar cualquier violación al código que deben cumplir. Estos códigos han demostrado efectividad en reducir la deshonestidad; no obstante, la implementación de un código no sería suficiente, sino que debe ser parte de una fuerte cultura de la institución focalizada en la integridad. Incluso las instituciones sin códigos de honor pueden promover una cultura de integridad académica si atienden a los factores contextuales. Más allá de esto, se ha encontrado, siguiendo a McCabe et al., que el factor contextual identificado como más influyente es la influencia de los pares. Tres fuentes posibles de la influencia de los pares son la percepción de la conducta de los pares, la aprobación/desaprobación por parte de los pares y la comprensión y aceptación (por parte de estudiantes y profesorado) de las políticas de la universidad. Estos tres factores aparecen inter-relacionados y han sido explicados a través de dos teorías. Por un lado, la teoría del aprendizaje social, que enfatiza la influencia de los otros como ejemplos: si los/as estudiantes observan a sus pares cometer un acto deshonesto, es más probable que ellos/as también lo hagan (explicaría mejor la percepción de la conducta de los pares); por otro lado, la teoría de la asociación diferencial, que destaca que los/as estudiantes aprenden técnicas, racionalizaciones, motivos y actitudes favorables a la deshonestidad a través de su asociación cercana con otros y que la deshonestidad será mayor en la medida en que su asociación con pares deshonestos sea mayor en duración, intensidad, frecuencia y prioridad (explicaría mejor la desaprobación de los pares). Además, de acuerdo con McCabe et al., entre los factores contextuales, se ha encontrado evidencia de que las recompensas y los factores basados en la disuasión, tales como la certeza percibida de ser descubierto/a y castigado/a y la percepción de la severidad de las penas, son también factores contextuales influyentes. Estos elementos se han explicado desde tres teorías: la teoría clásica del

aprendizaje, con su énfasis en las consecuencias, de modo que la deshonestidad académica sería más probable cuando es recompensada y más improbable cuando es castigada; la teoría del aprendizaje social, para la que la deshonestidad se aprende de la observación de otros y enfatiza la importancia de las recompensas y castigos a las conducta de esos otros; por último, la teoría de la disuasión destaca que la conducta deshonesto puede ser reducida a partir de convencer a los/as estudiantes que si se involucran en ella serán descubiertos/as y castigados/as. En un estudio en el que abordaron diversas variables contextuales en conjunto, McCabe y Treviño (1993) encontraron que la percepción de la conducta de los pares era el mejor predictor, y positivo, de la deshonestidad académica, seguido, como predictores negativos, de la existencia de un código de honor, la severidad de las penas y la certeza de ser reportado. La percepción de la comprensión y aceptación de las políticas (por parte de estudiantes y profesorado) no fue significativa, pero era el mejor predictor –negativo– de la percepción de la conducta deshonesto de los pares. Para McCabe y Treviño, la influencia de la conducta de los pares no sería solo a través de la observación de la conducta de otros, sino que dicha conducta brindaría un apoyo normativo y además los/as estudiantes sentirían que están en desventaja ante los/as deshonestos/as. Un último factor contextual señalado por McCabe et al. (2012) es el aula, las oportunidades que brinda y su contexto, es decir es un foco más específico que el conjunto de una universidad o un campus. Aquí, se ha enfatizado que se puede reducir la oportunidad percibida (para la deshonestidad) mediante, por ejemplo, el monitoreo de los exámenes, la existencia de un amplio espacio entre los/as examinados/as, el diseño de múltiples versiones de un examen y también la discusión entre el profesorado y los/as alumnos/as sobre lo que se considera una transgresión, por ejemplo, el plagio. Davis et al. (2009), por su parte, añaden entre estos determinantes situacionales al estrés y las presiones del entorno y los progenitores para obtener buenas calificaciones, que son a la vez un requisito para la obtención de becas y admisiones a universidades. Esto tiene lugar en un contexto creciente de competencia, con más alumnos/as matriculados/as, aumento de los costos de matrícula y de mayor cantidad de alumnos/as que simultáneamente tienen un trabajo.

Un estudio multicampus de McCabe y Treviño (1997) indagó simultáneamente en factores individuales y contextuales señalados previamente. Encontraron que la incidencia de los factores contextuales era muy superior (explicaba entre el 21 y el 27% de la varianza, de acuerdo a dos análisis con ligeras variaciones) que la de los factores individuales (ente el 3 y el 9% de la varianza) y en conjunto explicaban un 30% de la varianza. Entre los predictores individuales significativos, el género (femenino), las calificaciones (*GPA*) y la edad eran

predictores negativos, mientras las actividades extracurriculares eran un predictor positivo (no así el nivel de educación de los padres y la participación en actividades atléticas). Entre los contextuales, la conducta deshonestas de los pares y la participación en fraternidades eran predictores positivos, al igual que la severidad de las penas (efecto positivo no previsto), mientras que la desaprobación de los pares era un predictor negativo. Por otra parte, el ser reportado por los pares y la comprensión y apoyo de las políticas por parte del profesorado no fueron predictores significativos.

Para McCabe et al. (2012), los años de la universidad son relevantes en parte porque representan para muchos estudiantes un momento de formación de la toma de decisiones éticas y de un desarrollo moral significativo. No obstante, en la escuela secundaria, según McCabe et al., la evidencia –incluidos sus propios estudios– muestra que los niveles de deshonestidad correlacionan positivamente con el grado/año, siendo en general además incluso superiores a los encontrados en los años de la escuela primaria y los de la universidad. Esto conduce a McCabe et al. a afirmar que los hábitos deshonestos están ya presentes desde antes de la universidad. Ya en la universidad, también se considera que es un problema masivo, pero existe diversidad en la evidencia sobre su prevalencia (más allá de lo señalado al comienzo de este apartado), que podría atribuirse a distintos aspectos, tales como la metodología (incluido el diseño, por ejemplo, experimentos vs. encuestas), la definición y operacionalización del constructo (p. ej., auto-reporte vs. conducta observada) y el período de tiempo evaluado. Por ejemplo, en la medida que los instrumentos tienen más ítems que reflejan conductas más específicas se ampliaría la posibilidad de que aumente el auto-reporte de deshonestidad.

Lo señalado conlleva la evidencia sobre los cambios con la edad, uno de los factores individuales que se ha relacionado con la deshonestidad académica. Brimble (2016) señala que existe cierta evidencia de que la edad sería un predictor negativo de la deshonestidad. Hemos reportado, además, que mediante diversos tipos de abordajes (metaanálisis, estudio empírico, revisión) se ha encontrado que la edad muestra una relación negativa con la deshonestidad académica (Lee et al., 2020; McCabe & Treviño, 1997; Whitley, 1998; ver también debajo Olafson et al., 2013). En cambio, Crown y Spiller (1998) muestran resultados mixtos. McCabe et al. (2012) señalan que la evidencia es consistente sobre que los/as estudiantes más jóvenes se embarcan más en actividades académicamente deshonestas que los mayores, pero que no estaría claro si ello se debe a la edad o a la etapa/año de la carrera.

El factor individual que ha recibido mayor atención, según McCabe et al. (2012), es el género e históricamente la evidencia ha mostrado que los hombres son más deshonestos

académicamente que las mujeres, hecho que fue atribuido a diferencias de socialización entre los géneros. Brimble (2016) sostiene que la evidencia señala una mayor probabilidad en los varones de comportarse de forma no ética y de reportar dichas conductas, así como también que el género incidiría en la percepción de la conducta. Ciertos estudios reportados previamente se sitúan en esta misma línea mostrando mayor deshonestidad entre los hombres (McCabe & Treviño, 1997; Whitley, 1998; Yu et al., 2017); además, otros estudios descritos más abajo, muestran la misma diferencia (p. ej., Barnhardt & Ginns, 2017). McCabe (2016) matiza que la evidencia muestra la mayor orientación de los hombres a la deshonestidad en carreras orientadas a los negocios o a las ciencias. No obstante, ya Crown y Spiller (1998) sostenían que las diferencias han tendido a atenuarse y McCabe et al. (2012) señalan asimismo que estas serían menores hoy día. De acuerdo a estos últimos autores, una posible explicación que se ha señalado se centra en el mayor ingreso de las mujeres en carreras como los negocios o las ingenierías, lo que podría deberse, por ejemplo, a que –como campos dominados por los hombres–, las mujeres sentirían la necesidad de seguir “reglas masculinas” para ser exitosas.

En cualquier caso, para McCabe et al. (2012), resulta más relevante estudiar los distintos mecanismos o procesos subyacentes que guían estas conductas en hombres y mujeres. En esta línea, Yu et al. (2017) sugieren que es necesario explorar, dados los efectos menores del género, la interacción o moderación del género con otras variables. A este respecto, en los estudios relativos a la identidad moral y la deshonestidad académica, el de Niiya et al. (2008) muestra una interacción entre el género y las metas en la predicción de la deshonestidad académica. De forma más rigurosa, Whitley et al. (1999) llevaron a cabo dos metaanálisis sobre las diferencias de género en las actitudes hacia la deshonestidad académica y en la conducta deshonestas. En ambas dimensiones los hombres mostraron mayor deshonestidad que las mujeres, pero las diferencias eran mayores en las actitudes (un tamaño del efecto medio equivalente a $r = .21$) que en la conducta (un tamaño del efecto pequeño equivalente a $r = .08$). Estas diferencias eran más notorias en el auto-reporte (en los estudios observacionales no había prácticamente diferencias). Un matiz lo aporta la excepción encontrada en los cursos de Negocios y de Economía, donde las mujeres tendían a sobrepasar a los hombres. Además, las diferencias en la conducta se mantuvieron generalmente estables entre la década de 1960 y la de 1990, pero se ampliaban las diferencias en actitudes positivas hacia la deshonestidad a favor de los hombres. Whitley et al. también proponen trascender el estudio de los efectos principales hacia la exploración de su interacción con otras variables y los mecanismos subyacentes. Por último, Whitley (2001), con el propósito de explorar por

qué las diferencias de género en actitud eran mayores que en la conducta deshonestas en los metaanálisis de Whitley et al. (1999), llevó a cabo un estudio con estudiantes (media de 20 años) que se habían copiado en al menos un examen en los seis meses previos. Whitley (2001) evaluó las actitudes y las reacciones afectivas positivas (sentirse bien, cómoda/a, etc.) y negativas (avergonzado/a, nervioso/a, etc.). Las mujeres manifestaron más actitudes negativas (pero no más afectos negativos) que los hombres, y estos más afectos positivos. Aunque no había diferencias de género en la conducta deshonestas, mayor deshonestidad se relacionaba con actitudes más positivas y con más sentimientos positivos (y estas dos entre sí), pero no con los sentimientos negativos. Además, la diferencia de género en afecto positivo fue parcialmente mediada por la diferencia de género en actitudes.

6.2. Empatía y deshonestidad académica

En este apartado, comenzaremos a describir la relación de las variables predictoras con la segunda de las variables dependientes consideradas en el presente estudio: la deshonestidad académica. La evidencia al respecto es escasa. Si se toma el campo más amplio de la deshonestidad, se añade alguna evidencia adicional. Por ejemplo, Pierce et al. (2013) encontraron mediante diversos estudios con adultos que, en contextos competitivos (incluyendo tomar la perspectiva de la parte competidora), las personas llevaban a cabo más conductas deshonestas (tácticas no éticas de negociación, engaño, etc.) que en contextos cooperativos. Sugieren que, en contextos competitivos, la toma de perspectiva incita a los individuos a comportarse de forma no ética para protegerse a sí mismos (de la explotación de otros), incluso en contextos no relacionados.

Estrictamente en relación con la deshonestidad académica, mediante dos estudios, Staats et al. (2008) indagaron, en estudiantes de grado –con medias de 22 y 20 años–, la relación entre lo que conceptualizaron como heroísmo (una medida compuesta de empatía, valentía y elevados grados de honestidad) y la deshonestidad académica, entre otras variables. Encontraron que la empatía –una media de las cuatro subescalas del IRI– correlacionó negativamente tanto con la deshonestidad académica pasada (que integraba exámenes y trabajos) como con la previsión de involucrarse en el futuro en dichas conductas. En particular, tanto sobre la deshonestidad pasada como la prevista, los denominados héroes reportaron una menor proporción de ambas.

Staats et al. (2009) nuevamente indagaron en la relación entre el heroísmo (conceptualizado de una forma similar al estudio anterior) y la deshonestidad académica, con

estudiantes de grado con una media de 20 años. La deshonestidad académica pasada integraba, en una sola puntuación, transgresiones en exámenes, trabajos y sentimientos de culpa sobre la deshonestidad. Si bien no encontraron una correlación significativa entre la empatía (también medida promediando las cuatro subescalas del IRI) y la deshonestidad académica ya consumada, sí hallaron una correlación negativa entre la empatía y la previsión de los estudiantes de involucrarse en conductas deshonestas en el futuro. Para el heroísmo, en línea con el estudio anterior, hallaron que los participantes categorizados como héroes en conjunto sí reportaron menor cantidad de conductas deshonestas en el pasado que los no héroes (además de una menor previsión de dichas conductas para el futuro).

Por otro lado, Detert et al. (2008) indagaron en la relación de una serie de variables (entre ellas la empatía, que incluía aspectos afectivos y cognitivos, y la identidad moral) con las conductas no éticas (entre ellas la deshonestidad académica) y en el rol mediador de la desconexión moral en estudiantes universitarios/as con una media de 18 años. Encontraron, además de una correlación negativa entre empatía y conductas no éticas, que la empatía fue un predictor negativo de dichas conductas. Además, tanto la empatía como la identidad moral fueron predictores negativos de la desconexión moral y esta fue un predictor positivo de las conductas no éticas, actuando como mediadora de la relación entre la empatía e identidad moral con las conductas no éticas. Más abajo volveremos sobre la relación identidad moral-deshonestidad académica.

Más específicamente, McTernan et al. (2014) indagaron en la relación de un conjunto de variables de personalidad (entre ellas, la toma de perspectiva, evaluada con el IRI) y la deshonestidad en diversas áreas, en participantes de 18 a 80 años (media de 30; la edad más frecuente era de 21). Estos/as debían responder sobre las transgresiones cometidas desde los 14 años (o del ingreso a la escuela secundaria). La deseabilidad social fue controlada. En cuanto a la deshonestidad académica (exámenes y trabajos *–homework–*, pero en una puntuación integrada) encontraron que la toma de perspectiva era un predictor negativo, si bien con un peso sustancialmente menor que otras variables (impulsividad y búsqueda de sensaciones, que eran predictores positivos). Además, la toma de perspectiva correlacionaba negativamente con la deshonestidad global (las distintas áreas) y era un predictor significativo también, aunque de poco peso, de otros dominios distintos a la deshonestidad académica (p. ej., ámbito laboral), aún en menor medida cuando la víctima era saliente y el daño era directo (engaño a la pareja), y no era un predictor de transgresiones vinculadas al sí mismo (engaño en una dieta). Los autores destacan que la toma de perspectiva puede jugar un rol más importante en el reconocimiento de una víctima cuando hay un daño a otros y cuando este es

más abstracto o remoto (o la víctima es más indirecta). De este modo se podría considerar el caso de la deshonestidad académica. Aquí resulta relevante destacar que, por ejemplo, Brimble (2016) ha señalado la tendencia entre los/as estudiantes a considerar a la deshonestidad académica como un crimen sin víctimas (*victimless crime*).

6.3. Apego y deshonestidad académica

Si bien la relación entre el apego y el amplio campo de la moralidad ha sido ampliamente investigada y está bien documentada, como ha quedado en evidencia en apartados anteriores, si nos ceñimos a una conducta o rango de conductas específicas como la deshonestidad académica, la literatura disponible es escasa. Si se considera la deshonestidad en un sentido más amplio, se amplía ligeramente la evidencia. Así, Albert y Horowitz (2009) indagaron en la relación entre el apego y las creencias y conductas éticas de managers y consumidores adultos –sin edad informada– hindúes y estadounidenses y encontraron que las personas con un apego seguro tendían a mostrar, en términos generales, menor disponibilidad y un menor nivel de conductas no éticas que personas con otros estilos de apego, mientras que los evitativos rechazantes mostraron el patrón opuesto. Los autores sugieren que una combinación de modelos positivos del sí mismo con negativos de otros (como en el estilo evitativo rechazante) brinda una tendencia hacia la deshonestidad.

Ya considerando en algunos casos a la deshonestidad académica, Gillath et al. (2010) investigaron, mediante ocho estudios, la relación del apego, tanto disposicional como activado experimentalmente, con la inautenticidad y la deshonestidad (mentir y engañar). De estos estudios, consideraremos solo los tres que examinaron la deshonestidad académica. En el estudio 5, evaluaron la relación del apego disposicional, medido con el ECR, con la mentira, en participantes adultos (mediana de 21 años). Los individuos más ansiosos tendían a mentir más a los otros, tanto a sus parejas como a sus jefes, colegas y profesores; a la vez, aquellos individuos más evitativos tendían a mentir con más frecuencia a sus parejas. Entre las razones que tenían para mentir, el poder era la razón principal entre los individuos evitativos, mientras que el logro lo era entre aquellos más ansiosos (de acuerdo con los autores, posiblemente la razón para mentir a sus jefes y profesores). En el estudio 6, también con adultos (mediana también de 21 años), mediante la utilización de la activación experimental tanto de la seguridad del apego como de los dos tipos de apego inseguro, indagaron en la relación del apego con el mentir en el contexto relacional y con la deshonestidad académica. En concreto, encontraron que el apego seguro conllevó menor deshonestidad académica, en particular en

relación con el apego ansioso (aunque no significativamente, el apego evitativo también produjo más deshonestidad que el apego seguro). Respecto del mentir, también el apego seguro se relacionó con un menor nivel, pero lo hizo significativamente menos que el apego evitativo, en este caso. Por último, en el estudio 8, con adultos jóvenes (una mediana de 19 años), evaluaron la relación de la seguridad del apego con la deshonestidad en una tarea en un contexto académico. El nivel de engaño fue inferior en aquellos activados con un apego seguro (de manera significativa respecto de la activación neutral y de la activación evitativa). Si bien la seguridad del apego redujo el engaño, la inseguridad no lo elevó en comparación con la activación neutral.

En un estudio más reciente, Qualls et al. (2017) indagaron en la relación del apego adulto (además de las prácticas disciplinarias recibidas en la niñez) con la deshonestidad académica en una muestra de estudiantes universitarios/as con una media de 19 años. Por un lado, encontraron correlaciones negativas de las escalas de Cercanía (*Closeness*) y Dependencia (*Dependency*) de la *Adult Attachment Scale* con la deshonestidad académica y una correlación positiva de la escala de Ansiedad (*Anxiety*) con la deshonestidad académica, siendo la Ansiedad la de mayor poder predictivo en los análisis de regresión.

6.4. Identidad moral y deshonestidad académica

Si bien al considerar a la identidad moral, se encuentran más investigaciones que con las variables independientes anteriores, estas continúan siendo escasas, especialmente al considerar medidas que incluyan valores de autotranscendencia y autopromoción, que además no suelen estar integradas en el constructo de identidad moral. Nuevamente, considerar el criterio de una evaluación de la honestidad en un marco más amplio, permite dar lugar a otras investigaciones. Así, por ejemplo, Frimer y Walker (2009), con adultos emergentes, hallaron que el índice de centralidad moral de los participantes era superior en aquellos que devolvieron una cantidad de dinero extra adjudicada por error por los experimentadores que en aquellos que conservaron el dinero.

Ya en relación con la deshonestidad académica, un conjunto de estudios evaluó la influencia de la identidad moral, entendida desde modelos teóricos diversos. Wowra (2007) operacionalizó la identidad moral en función de la adhesión a una ética de principios en relación con la justicia y la honestidad, en contraste con aquellos que sostienen una ética de la conveniencia, con estudiantes de grado con una media de 19 años. Los/as estudiantes categorizados/as dentro del grupo de una ética de la conveniencia reportaron una media mayor

de deshonestidad académica, incluyendo el copiarse en exámenes y también el engaño en trabajos académicos durante la escuela secundaria. Roberts et al. (2018), con estudiantes de grado –sin edad informada–, hallaron una correlación negativa entre la identidad moral –medida con el instrumento de Aquino y Reed (2002)– y la deshonestidad académica. Por un lado, Reynolds y Ceranic (2007), en uno de los estudios indagaron en estudiantes (con una media de 21 años) la influencia de la identidad moral y del juicio moral sobre la deshonestidad académica. También utilizando el instrumento de Aquino y Reed (2002), y las dimensiones de Internalización y Simbolización, encontraron, más allá de su interacción con el juicio moral, que la identidad moral no fue un predictor significativo de la deshonestidad académica. Por otro lado, Stephens (2018) indagó, con estudiantes de escuela media, en distintas variables, incluyendo los juicios de responsabilidad –centrales en el modelo de identidad moral de Blasi (1983) y que afectarían a la relación entre juicio y acción en el campo de la moral–, relación con la deshonestidad académica. Con respecto a los juicios de responsabilidad que nos interesan aquí, estos mostraron una correlación negativa con la deshonestidad académica.

Otros estudios también integran la influencia del autoconcepto o de metas que se asocian a los valores de autotranscendencia o autopromoción o estudian a las metas exclusivamente. Barnhardt y Ginns (2017), con estudiantes de escuela media en nueve países, indagaron, entre otras variables, en la relación del autoconcepto vinculado a la honestidad y confiabilidad (*Honesty-trustworthiness self-concept*), que asocian a la identidad moral y que se vincula a la autotranscendencia, y las metas de desempeño, vinculadas a la autopromoción, con la deshonestidad académica. Encontraron una correlación negativa entre el autoconcepto de honestidad/confiabilidad y la deshonestidad autoreportada, y una correlación positiva entre las metas de desempeño y la deshonestidad, mientras que en el modelo final solo el autoconcepto de honestidad/confiabilidad mantuvo una relación directa (negativa) con la deshonestidad. En cuanto al género, los varones fueron más tendientes a involucrarse en conductas académicamente deshonestas. En otro estudio, Niiya et al. (2008) investigaron la relación de los dominios de la autoestima y las metas de logro con la deshonestidad académica en estudiantes de grado (media de 20 años). Tanto la autoestima basada en la competición como las metas de logro, las orientadas al desempeño (*performance-approach goals*) y las orientadas a la maestría (*mastery goals*), se asociaron con valores de autopromoción/agencia. Niiya et al. hallaron que la autoestima basada en la competición predijo más deshonestidad entre los hombres, en tanto las metas orientadas al desempeño mostraron una tendencia (no significativa) hacia una menor deshonestidad y las metas de

maestría una tendencia hacia una mayor deshonestidad. No obstante, análisis posteriores mostraron que los hombres con puntuaciones altas en metas orientadas al desempeño engañaron más que aquellos con puntuaciones bajas en ese dominio. En contraste, otro estudio, a través de un análisis cualitativo, encontró un impacto negativo de las metas de maestría (autopromoción) en la deshonestidad académica (además de la influencia negativa del razonamiento moral y la edad mediante un abordaje cuantitativo), con estudiantes de grado sin edad informada (Olafson et al., 2013).

Por último, reportamos los estudios que relacionan explícitamente los valores de autotranscendencia y/o autopromoción, aunque no estaban integrados en el constructo de la identidad moral, con la deshonestidad académica. Un estudio de Morris (2012) encontró, con estudiantes universitarios sin edad informada, que los valores de autotranscendencia (o las creencias en estos valores, que sería una medida similar) eran un predictor negativo de la deshonestidad académica mientras que la identidad de rol de estudiante no era un predictor significativo. No obstante, con una submuestra para la que la identidad de rol de estudiante era la más saliente, esta se hacía un predictor (negativo) significativo, dejando de ser significativa la autotranscendencia. Además, la edad era un predictor negativo y el género masculino un predictor positivo de la deshonestidad. Pulfrey y Butera (2013) se centraron en los valores de autopromoción (poder y logro). En el estudio 1 (con estudiantes con una media de 22 años) encontraron que dichos valores influían positivamente sobre la justificación de la deshonestidad académica, pero que lo hacían a través de una mediación completa de la motivación para estudiar para obtener aprobación social y las metas orientadas al desempeño. En el estudio 2, con estudiantes con una media de 21 años, encontraron una interacción entre los valores de autopromoción y una manipulación experimental de los valores. Aquellos/as con un elevado grado de valores de autopromoción justificaban más la deshonestidad al haber sido expuestos a un discurso de una fuente normativa (Premio Nobel) en el que se resaltaban dichos valores que cuando se destacaban valores de autotranscendencia; además, había una mayor justificación que en aquellos con bajos valores de autopromoción. En el estudio 3, con estudiantes con una media de 22 años, encontraron que los valores de autopromoción eran predictores positivos de la conducta deshonestas. Más en detalle sobre los valores, Koscielniak y Bojanowska (2019) encontraron, con estudiantes con una media de 23 años, que la deshonestidad académica correlacionaba, teniendo en cuenta los valores relevantes para la presente investigación, positivamente con el poder y logro y negativamente con la benevolencia y el universalismo, pero solo la relación con el poder era significativa. Además, un efecto de interacción mostró que el logro tenía una incidencia positiva en la deshonestidad

solo en aquellos con calificaciones elevadas. Para los autores, sus resultados complementan los de Morris (2012). Un matiz sobre la benevolencia lo aportan Pulfrey et al. (2018), también con estudiantes en la adultez emergente. Por ejemplo, en el estudio 1, encontraron que la benevolencia (que es un valor que está centrado en el bienestar del endogrupo) promovía una mayor aceptación de la deshonestidad colectiva (p. ej., compartir respuestas de una tarea individual), pero solo en una condición que presentaba una sociedad competitiva, no así en una sociedad cooperativa ni en un grupo control. El universalismo no fue un predictor significativo. Además, la benevolencia no incidía en las actitudes hacia la deshonestidad individual (p. ej, entregar un trabajo ya enviado para otra asignatura). En otros estudios encuentran no solo una influencia del género masculino y del poder para la deshonestidad individual, sino también, por ejemplo, una interacción de la benevolencia centrada en la confianza (más vinculada a la lealtad intergrupala y a la amistad), y no así la benevolencia centrada en el cuidado, con el poder, de modo que a niveles elevados de este aquella generaba un efecto positivo sobre las actitudes favorables a la deshonestidad colectiva (no así, sobre la individual).

PARTE 2

ESTUDIO EMPÍRICO

CAPÍTULO VII

JUSTIFICACIÓN DEL PRESENTE ESTUDIO

Como hemos visto, el campo de la conducta prosocial ha sido extensamente investigado desde la psicología en las últimas décadas. La empatía, en particular, ha sido una variable privilegiada al momento de establecer relaciones de la conducta prosocial con otros constructos y de buscar antecedentes o predictores de esta última. También, aunque en una medida mucho menor, se han dedicado esfuerzos para establecer un nexo entre la seguridad (o inseguridad) del apego y la prosocialidad. La investigación sobre la relación de la identidad moral y la conducta prosocial es más reciente, en línea con la emergencia también más novedosa de las teorizaciones sobre la identidad moral. Estas, desde la década de 1980 (Blasi, 1983), han dado luego a una proliferación de modelos desde diversas perspectivas teóricas. También se ha comenzado a indagar en su capacidad predictiva respecto de la conducta prosocial. No obstante, muchas de las investigaciones se han centrado en medidas tales como la de Aquino y Reed (2002), en detrimento de otros abordajes, como el narrativo propuesto por Frimer y Walker (2009). Este sostiene un enfoque inusual al plantear un modelo de reconciliación en el que los valores de autotranscendencia y de autopromoción pueden, en conjunto (al estar presentes en una misma unidad de pensamiento), promover conductas sociales positivas. Al respecto, la adultez emergente sería un período relevante para dicha integración (Frimer & Walker, 2009) y el surgimiento de una identidad moral (Lapsley & Hill, 2009), que podría adquirir una forma narrativa (Lapsley & Hill, 2009; McAdams, 2009). Aunque la utilización de los valores de la teoría de Schwartz (1992, 2010) no es novedosa, sí el hecho de incluirlos, como hacen Frimer y Walker (2009), en el constructo de identidad moral, haciendo énfasis también en la integración de valores señalada. Otras investigaciones sobre los valores han estudiado su relación con la conducta prosocial, lo que amplía la evidencia, pero despojados de la noción de identidad moral, de la importancia de la centralidad de los valores para ella y de un enfoque que integre dichos valores.

En particular sobre el nexo entre empatía y conducta prosocial, hemos dado cuenta de otros abordajes de ambos constructos, por ejemplo, mediante el QMEE de Mehrabian y Epstein (1972), una medida de empatía emocional o afectiva, dado que en muchos de los aportes que han propiciado un avance notable del campo se han utilizado instrumentos diferentes del IRI diseñado por Davis (1980, 1983); algo similar ha sucedido con la conducta prosocial, muchas veces evaluada con medidas como el *Self-Report Altruism Scale* de Rushton et al. (1981), una evaluación de carácter global (Carlo & Randall, 2002) (ver al respecto de todo lo señalado, Eisenberg & Miller, 1987). No obstante, una sensibilidad creciente hacia la multidimensionalidad de ambos constructos, permite diferenciar, en el caso de la empatía, dimensiones de orden claramente afectivo (preocupación empática, malestar

personal) de otra de carácter cognitivo (toma de perspectiva) (Davis, 1996), siendo el IRI un instrumento adecuado para recoger dicha multidimensionalidad. Cabe recordar que, para la preocupación empática y el malestar personal, si bien ambas son de carácter afectivo, se ha propuesto que representan distintos tipos de motivación prosocial, la primera de carácter altruista y el segundo de naturaleza egoísta (Batson et al., 1987; Eisenberg et al., 2015). Además, la preocupación empática ha mostrado una relación positiva consistente con la conducta prosocial, mientras que el malestar personal frecuentemente muestra una relación negativa o bien no significativa (Eisenberg et al., 2015). Esto último es, además, un ejemplo de algunas inconsistencias encontradas en la investigación y que, quizás, puedan deberse a la medida de conducta prosocial. Por otro lado, más allá de que, en muchas ocasiones, la toma de perspectiva también aparece como un predictor positivo de la prosocialidad, suele depender de los contextos y tipos de medida (Carlo, Knight, McGinley, Goodvin & Roesch, 2010). Por último, la evidencia sobre el rol de la fantasía es insustancial. Para el caso de la conducta prosocial, se puede señalar que herramientas como el PTM (Carlo & Randall, 2002) dan cuenta de una diversidad de conductas prosociales que otros instrumentos no contemplan. Si bien no en todos los casos se han categorizado del siguiente modo, McGinley et al. (2021) proponen que las dimensiones altruista y pública representan motivaciones distintas, mientras que las dimensiones emocional, urgente/crisis, complaciente y anónima representan situaciones distintas. Mestre et al. (2019) presentan a la prosocialidad altruista y pública, como representantes de una motivación desinteresada y egoísta, respectivamente. Si bien la evidencia no es plenamente consistente, en general la preocupación empática ha mostrado una asociación positiva con todas las dimensiones del PTM excepto con la pública, mientras que el malestar personal ha sido asociado positivamente con la pública y negativamente con la altruista, manteniendo relaciones no tan claras con otras dimensiones (p. ej., Randall & Wenner, 2014; Samper García, 2014); la toma de perspectiva suele mostrar un patrón similar a la de la preocupación empática, excepto que su relación con la prosocialidad altruista es contradictoria, mostrando relaciones negativas, positivas y no significativas (p. ej., Knight et al., 2015; Mestre et al., 2019; Randall & Wenner, 2014).

De este modo, considerar a ambas variables desde una perspectiva multidimensional permite evaluar y analizar la existencia de predictores individualizados para cada tipo de conducta prosocial. Este aspecto claramente no es novedoso, dada la amplísima línea de investigación de Gustavo Carlo en los Estados Unidos, así como diversos estudios en España (p. ej., Mestre et al., 2019; Samper García, 2014) y en otros contextos. No obstante, los estudios en la adultez emergente, como el realizado en el presente trabajo son más escasos

que con población adolescente. Algo similar sucede con los estudios en población predominantemente argentina (para una excepción ver McGinley et al., 2014). Es la integración de la relación de la empatía con la conducta prosocial, medidas del modo señalado, en un modelo más amplio que incluye a las dimensiones del apego y a la identidad moral donde el presente trabajo pretende realizar una contribución a aquella relación, resultando relevante llevarlo a cabo en una muestra de adultos/as emergentes argentinos/as.

Si nos desplazamos a la relación entre el apego y la conducta prosocial, se encuentra que es un nexo al que se ha prestado interés y, como sucede con las otras variables independientes de nuestro estudio, se han postulado mecanismos explicativos de su incidencia en la prosocialidad. Se han destacado, además, las virtudes de la seguridad del apego para las conductas sociales positivas en diversos rangos etarios (p. ej., López et al., 1998). No obstante, ha sido un predictor menos estudiado que la empatía. Más allá de esto, a la luz de las conceptualizaciones y medidas continuas del apego, como las que permite el ECR (Brennan et al., 1998), se encuentran estudios que han explorado las relaciones de las dimensiones de ansiedad y evitación con conductas prosociales como el voluntariado (p. ej., Gillath, Shaver, Mikulincer, et al., 2005). Sin embargo, resulta notable la carencia de investigaciones que busquen indagar la relación de las dos dimensiones del apego con la conducta prosocial multidimensional, más específicamente con el PTM. Esto tiene lugar más allá de estudios como el de Richman et al. (2015), que midió conductas de donación diversas y asociaba la donación a personas y a causas a favor de los animales con una situación de carácter emocional (que el PTM contempla en su subescala emocional), para las cuales la evitación funcionaba como un predictor negativo. Para Richman et al. (2015), este fenómeno no se haría extensivo a toda conducta prosocial; no obstante, es esperable al menos que ello tenga lugar en las dimensiones con potenciales contenidos emocionales (emocional, urgente/crisis, complaciente). Es por ello que resulta conveniente indagar si las dimensiones de ansiedad y evitación pueden servir de predictores de la prosocialidad y, en ese caso, si cumplen un rol diferente en función de la conducta prosocial evaluada. Cabe recordar, como ya se ha señalado, que, por ejemplo, la evitación suele presentar un menoscabo de la capacidad empática (en particular, de la preocupación empática) y de la actividad prosocial. En cambio, este patrón no se repite para la dimensión ansiedad, que no suele minar necesariamente la capacidad para la conducta prosocial, aunque parece afectar a sus motivaciones y a los recursos de la persona (Collins et al., 2010; Shaver & Mikulincer, 2012), encontrándose evidencia de su prosocialidad en contextos emocionalmente evocativos (Feeney & Collins, 2001). Por ello, resulta relevante indagar cómo inciden la evitación y la ansiedad en distintos

escenarios o situaciones, como la prosocialidad emocional o la anónima, o planos motivacionales, como la altruista o la pública.

La investigación de la relación de la identidad moral con la conducta prosocial presenta otros matices. Hemos presentado un recorrido que muestra la incidencia positiva de la identidad moral sobre la conducta prosocial a partir de medidas diversas. Por un lado, medidas muy utilizadas de la identidad moral que tienen en cuenta la importancia que representan los valores morales para las personas (Aquino & Reed, 2002) muestran ese efecto. También se ha encontrado una relación positiva a partir de un abordaje similar al propuesto en el presente trabajo con población normal (Frimer & Walker, 2009) y con ejemplos morales (p. ej., Frimer et al., 2011). Si se indaga en los valores, en la tradición de Schwartz (1992, 2010), el campo de evidencia se amplía, encontrándose habitualmente que los valores de autotranscendencia suelen promover, y los de autopromoción desalentar, diversas manifestaciones de la prosocialidad, como medidas de ayuda real (Daniel et al., 2015) o la conducta altruista (Lönnqvist et al., 2009).

No obstante, muchas de estas propuestas se centran en medidas de cuestionario, no atendiendo a las narrativas de los/as participantes que pueden brindar información sobre los valores a los que otorgan más importancia ni tampoco a la integración de estos en una misma unidad de sentido. De este modo, el presente trabajo busca extender, con participantes argentinos/as en la adultez emergente, el intento de Frimer y Walker (2009) de conceptualizar la identidad moral, pero atendiendo en este caso a su relación con la conducta prosocial multidimensional. Algún estudio (Hardy, 2006) contempló la relación de valores conceptualmente cercanos a los de autotranscendencia con el PTM (encontrando asociaciones positivas esperables con distintas dimensiones de la prosocialidad, excepto con la pública), pero nuevamente sin plantear ni un abordaje narrativo, ni la integración de valores del modelo de reconciliación de Frimer y Walker (2009), ni tampoco una consideración de los valores de autopromoción. Como se observa, es para la variable identidad moral y, más específicamente, para el enfoque propuesto en el presente trabajo donde menos literatura científica se encuentra.

Por último, como ya ha señalado al comienzo, resulta de interés que la empatía, el apego y la identidad moral, como representantes de variables de orden afectivo (preocupación empática, malestar personal) y cognitivo (toma de perspectiva), vinculadas a los procesos de socialización (apego) y de la personalidad (identidad moral), sean contempladas en conjunto, pero atendiendo también a su importancia relativa al evaluar su influencia sobre la conducta prosocial.

Adicionalmente, es conveniente evaluar si existen algunas dimensiones de la empatía y de la identidad moral que pueden desempeñar un rol mediador entre el apego y la conducta prosocial y atender especialmente a si posibles efectos de mediación varían según la dimensión de la prosocialidad considerada. Al respecto, existe evidencia sobre el rol positivo del apego seguro sobre la prosocialidad multidimensional si se considera a la empatía como mediadora (Carlo, McGinley, Hayes & Martinez, 2012; Profe et al., 2021). No obstante, un abordaje más diferenciado del apego muestra que la evitación es mediada por la preocupación empática en su influencia negativa en la prosocialidad (Richman et al., 2015) y que la ansiedad suele relacionarse positivamente con el malestar personal, no siendo tan consistente su relación con la preocupación empática (p. ej., Henschel et al., 2020). A la vez, se ha encontrado que tanto la evitación como la ansiedad mantendrían una relación negativa con la empatía cognitiva o la toma de perspectiva (p. ej., Troyer & Greitemeyer, 2018). A pesar de esto, estos últimos estudios no estudiaron la conducta prosocial multidimensional o bien solo investigaron asociaciones entre el apego y la empatía. En contraste, y a pesar de alguna excepción (Feeney & Collins, 2001), al menos si se consideran medidas similares a las del presente trabajo, no es claro que la identidad moral y los valores puedan desempeñar el mismo rol mediador. Más allá de esto, por ejemplo, Monteoliva et al. (2018) encontraron una relación del apego con los valores y de estos con la conducta prosocial, pero no investigaron posibles efectos de mediación. Al respecto, cabe destacar que la evitación, pero no la ansiedad, ha sido relacionada negativamente con la autotrascendencia (Mikulincer et al., 2003). Dichos efectos de mediación se proponen también para la deshonestidad académica, si bien prácticamente no se encuentran estudios que utilicen, para esta variable, las vías de mediación propuestas. Además, resulta de interés explorar posibles efectos de moderación, si bien no se plantearán hipótesis al respecto, dado que no existen antecedentes suficientes con las dimensiones investigadas que pudieran sustentarlas.

Respecto del segundo interés del presente trabajo, la investigación de la deshonestidad académica, la evidencia es mucho más escasa. Ya se ha señalado oportunamente que los factores situacionales presentan un peso mayor que los factores individuales y que, cuando se ha contemplado a estos últimos, muchas veces se ha hecho de forma atórica y enfatizando variables sociodemográficas como el género o la edad (McCabe et al., 2012). Estos aspectos brindan en sí mismos posibilidades de investigación, siguiendo la propuesta (p. ej., Yu et al., 2017) de atender a efectos de moderación entre el género y otras variables. Sin embargo, resulta relevante en el presente trabajo explorar la capacidad predictiva de todas las variables incluidas para investigar la conducta prosocial y permitir, además, la comparación entre lo

encontrado para ambas variables dependientes. Dicho interés se sustenta en indagar en la influencia de variables psicológicas que, con la excepción de la identidad moral y los valores, presentan escasa evidencia, pero tienen un sentido teórico. Respecto de la identidad moral, ya sea a través de medidas más convencionales como a través de los valores, se ha encontrado, más allá de algunos matices, que la identidad moral (y los valores de autotranscendencia) suelen presentar una asociación negativa con la deshonestidad académica, mientras que lo opuesto sucede entre los valores de autopromoción y la conducta deshonestas de estudiantes (p. ej., Pulfrey & Butera, 2013). En cualquier caso, no se encuentran investigaciones que midan la identidad moral del mismo modo que en el presente trabajo. Respecto de la empatía, unos pocos estudios han revisado su influencia, encontrándose en general que aquella contribuye negativamente en la deshonestidad académica, pero esas publicaciones presentan la dificultad de no haber diferenciado claramente distintas dimensiones de la empatía (Detert et al., 2008; Staats et al., 2008, 2009), no resultando esperable que, dada su inclinación egoísta, el malestar personal tenga la misma función que otras dimensiones. Cuando se han diferenciado, se ha encontrado un rol negativo de la toma de perspectiva respecto de la deshonestidad académica (McTernan et al., 2014). Respecto del apego, la también escasa evidencia muestra algunos efectos positivos de medidas de apego inseguro sobre la deshonestidad (Gillath et al., 2010, Qualls et al., 2017), aunque solo Gillath et al. (2010) consideraron las dimensiones de ansiedad y evitación. Todo lo señalado sugiere la posibilidad de investigar instrumentos distintos a los de las publicaciones señaladas, o con un interés más diferenciado respecto de las dimensiones, para evaluar la incidencia de la empatía afectiva y cognitiva, las dimensiones del apego y la identidad moral narrativa sobre las conductas deshonestas de estudiantes universitarios/as, en este caso en el contexto argentino.

El conjunto del trabajo encuentra, entonces, justificación no solo en la relevancia social del estudio, sino en la posibilidad de realizar un aporte a la investigación tanto de la conducta prosocial como de la deshonestidad académica en la que se busca estudiar relaciones más matizadas. Así, atendiendo a conceptualizaciones y medidas multidimensionales (empatía, conducta prosocial) y a relaciones no exploradas previamente (por ejemplo, evitación y ansiedad versus motivaciones y situaciones prosociales distintas), se busca contribuir a saldar inconsistencias en los hallazgos en estas áreas. También contribuye a la justificación del presente trabajo el uso de una medida de la identidad moral sustentada en las narrativas de las personas que, permitiendo respuestas más genuinas, busca poner a prueba la función motivacional de la integración de valores.

CAPÍTULO VIII

OBJETIVOS E HIPÓTESIS

8.1. Objetivo general y objetivos específicos

El objetivo general del presente estudio es explorar el posible efecto de la empatía, el apego y la identidad moral sobre la conducta prosocial y la deshonestidad académica, en una muestra de adultos emergentes. Este objetivo general se desagrega en los siguientes objetivos específicos.

Objetivo 1: Estudiar la capacidad predictiva de la empatía (preocupación empática, toma de perspectiva y malestar personal), el apego (evitación y ansiedad) y la identidad moral (autotrascendencia, autopromoción e integración de valores) sobre las seis subescalas del constructo conducta prosocial.

Objetivo 2: Establecer la capacidad predictiva de la empatía (preocupación empática, toma de perspectiva, malestar personal), el apego (evitación y ansiedad) y la identidad moral (autotrascendencia, autopromoción e integración de valores) sobre la puntuación global del constructo deshonestidad académica.

Objetivo 3: Establecer si existen diferencias significativas en las dimensiones de la empatía, el apego y la identidad moral entre el alumnado sin antecedentes en deshonestidad académica y los/as alumnos/as que hayan cometido algún acto de deshonestidad académica.

Objetivo 4: Indagar la contribución de variables sociodemográficas (género y edad) y de la deseabilidad social a la predicción de la conducta prosocial y la deshonestidad académica.

Objetivo 5: Estudiar posibles efectos de moderación entre las dimensiones de la empatía, el apego, la identidad moral y variables sociodemográficas en el modelo predictivo de la conducta prosocial y la deshonestidad académica.

Objetivo 6: Explorar si las dimensiones del apego tienen efectos indirectos sobre los distintos tipos de conducta prosocial y sobre la deshonestidad académica a través de las dimensiones de la empatía y de la identidad moral actuando como mediadoras.

8.2. Hipótesis

- H1) Variables sociodemográficas, la empatía, el apego y la identidad moral contribuirán significativamente a la predicción de la conducta prosocial altruista. Específicamente, el género femenino, mayor edad, mayor preocupación empática, autotrascendencia e integración de valores y menor malestar personal, evitación, ansiedad y autopromoción predirán mayores puntuaciones en conducta prosocial altruista.
- H2) Variables sociodemográficas, la empatía, el apego y la identidad moral contribuirán de forma significativa a la predicción de la conducta prosocial pública. Específicamente, el género masculino, menor edad y puntuaciones más elevadas en malestar personal, ansiedad y autopromoción y puntuaciones más bajas en preocupación empática y autotrascendencia e integración de valores predirán mayores puntuaciones en conducta prosocial pública.
- H3) Variables sociodemográficas, la empatía, el apego y la identidad moral contribuirán significativamente a la predicción de la conducta prosocial emocional, urgente/crisis y complaciente. Específicamente, el género femenino (excepto para la prosocialidad urgente/crisis), mayor preocupación empática, toma de perspectiva, ansiedad, autotrascendencia e integración de valores y menor evitación predirán mayores puntuaciones en las conductas prosociales emocional, urgente/crisis y complaciente.
- H4) La empatía, el apego y la identidad moral contribuirán de forma significativa a la predicción de la conducta prosocial anónima. Específicamente, puntuaciones más elevadas en preocupación empática, toma de perspectiva, autotrascendencia e integración de valores y puntuaciones más bajas en evitación y ansiedad predirán mayores puntuaciones en la conducta prosocial anónima.
- H5) Variables sociodemográficas, la empatía, el apego y la identidad moral contribuirán significativamente a la predicción de la deshonestidad académica y a la diferenciación entre grupos de personas que transgredieron respecto de las que no lo hicieron.
Más específicamente:

H5.1) El género masculino, menor edad, mayor evitación, ansiedad y autopromoción y menor preocupación empática, toma de perspectiva y autotrascendencia predirán mayores puntuaciones en la deshonestidad académica.

H5.2) Los grupos sin transgresiones tendrán significativamente menores niveles medios de evitación, ansiedad y autopromoción y mayores niveles de preocupación empática, toma de perspectiva y autotrascendencia que los grupos con antecedentes de transgresiones.

H6) Se espera que el efecto de las dimensiones del apego sobre la conducta prosocial y la deshonestidad académica esté mediado por dimensiones de la empatía y la identidad moral.

Más específicamente:

H6.1) Se espera que la evitación tenga efectos indirectos negativos sobre la conducta prosocial emocional, complaciente, urgente/crisis y anónima a través de la preocupación empática, la autotrascendencia y la toma de perspectiva y a través de las dos primeras sobre la conducta prosocial altruista.

H6.2) Se espera que la ansiedad tenga efectos indirectos negativos sobre la conducta prosocial emocional, urgente/crisis, complaciente y anónima a través de la toma de perspectiva, y que tenga efectos indirectos negativos sobre la conducta prosocial altruista y positivos sobre la conducta prosocial pública a través del malestar personal; en cambio, se espera que la ansiedad no esté mediada por la preocupación empática.

H6.3) Se espera que la evitación y la ansiedad tengan efectos indirectos positivos sobre la deshonestidad académica: la evitación, a través de la preocupación empática, la toma de perspectiva y la autotrascendencia; la ansiedad, a través de la toma de perspectiva.

CAPÍTULO IX

MÉTODO

9.1. Tipo de diseño

El diseño es de tipo no experimental, transversal y correlacional (Hernández Sampieri et al., 2014), estudiándose, principalmente, el valor predictivo de la empatía, el apego y la identidad moral sobre la conducta prosocial y la deshonestidad académica. Además, variables sociodemográficas (género y edad) fueron incluidas en los modelos de regresión. La deseabilidad social fue un factor que se buscó controlar.

9.2. Participantes

Se utilizó un muestreo de tipo no probabilístico. La muestra final estuvo compuesta por 171 participantes. Dos protocolos, de los 173 originales, fueron descartados porque la edad de los participantes excedía los 29 años. La media de edad fue de 22.5 años ($DT = 2.76$). El rango de edad fue de 18-29 años. Ciento veintiséis participantes (73.7%) fueron mujeres y 45 participantes (26.3%) fueron hombres. Los/as participantes fueron de 12 nacionalidades distintas. Todos/as los/as participantes eran estudiantes de grado de 25 carreras distintas (de al menos 4 años de duración) de la Universidad de Belgrano (Ciudad Autónoma de Buenos Aires-Argentina). La Tabla 1 brinda más detalles sobre la distribución por edad, nacionalidad y carrera de grado, ofreciendo además información sobre el curso de la carrera, estudios cursados y estado civil de los/las participantes.

9.3. Instrumentos

A continuación, se describen los instrumentos utilizados en la presente investigación. Los cuestionarios de conducta prosocial (PTM), empatía (IRI) y apego (ECR) han sido validados en diversos contextos que confirman su estructura factorial, investigaciones que se citan en cada apartado y que justifican la realización solamente de Análisis Factoriales Confirmatorios (AFC) y no de Análisis Factoriales Exploratorios (AFE). Las traducciones utilizadas (en el caso del PTM, la traducción fue realizada para la presente investigación) no estaban validadas en población argentina y se realizaron respectivos AFC, para confirmar la estructura factorial original. Más allá de lo señalado, si bien la traducción utilizada del cuestionario de deseabilidad social había sido validada previamente con población argentina, se realizó un nuevo AFC con la presente muestra. Por último, respecto del cuestionario de integridad/deshonestidad académica, este no presentaba validación psicométrica, por lo que se

Tabla 1

Características sociodemográficas de los/as participantes

| | N = 171 | % |
|--|---------|------|
| Edad | | |
| 18 | 5 | 2.9 |
| 19 | 14 | 8.2 |
| 20 | 27 | 15.8 |
| 21 | 24 | 14.0 |
| 22 | 26 | 15.2 |
| 23 | 21 | 12.3 |
| 24 | 19 | 11.1 |
| 25 | 10 | 5.8 |
| 26 | 7 | 4.1 |
| 27 | 6 | 3.5 |
| 28 | 3 | 1.8 |
| 29 | 9 | 5.3 |
| Nacionalidad | | |
| Argentina | 152 | 88.9 |
| Colombiana | 4 | 2.3 |
| Ecuatoriana | 4 | 2.3 |
| Estadounidense | 2 | 1.2 |
| Venezolana | 2 | 1.2 |
| Australiana | 1 | 0.6 |
| Boliviana | 1 | 0.6 |
| Española | 1 | 0.6 |
| Guatemalteca | 1 | 0.6 |
| Panameña | 1 | 0.6 |
| Rusa | 1 | 0.6 |
| Taiwanesa | 1 | 0.6 |
| Carrera | | |
| Psicología | 61 | 35.7 |
| Farmacia | 17 | 9.9 |
| Producción y Dirección de TV, Cine y Radio | 14 | 8.1 |
| Abogacía | 11 | 6.4 |
| Traductorado Público, Literario y Científico-Técnico de Inglés | 10 | 5.8 |
| Administración | 6 | 3.5 |
| Arquitectura | 6 | 3.5 |
| Administración de Recursos Humanos | 5 | 2.9 |
| Comercialización | 5 | 2.9 |
| Ciencias Biológicas | 4 | 2.3 |
| Hotelería | 4 | 2.3 |
| Contador Público | 3 | 1.8 |
| Ingeniería Civil | 3 | 1.8 |

Tabla 1 (Cont.)

Características sociodemográficas de los/as participantes

| | <i>N</i> = 171 | % |
|---|----------------|------|
| Nutrición | 3 | 1.8 |
| Relaciones Públicas e Institucionales | 3 | 1.8 |
| Ciencias Químicas | 2 | 1.2 |
| Comercio Exterior | 2 | 1.2 |
| Diseño de Interiores | 2 | 1.2 |
| Economía | 2 | 1.2 |
| Ingeniería en Informática | 2 | 1.2 |
| Sistemas de la Información | 2 | 1.2 |
| Ingeniería Electrónica | 1 | 0.6 |
| Publicidad | 1 | 0.6 |
| Relaciones Internacionales | 1 | 0.6 |
| Tecnología de Alimentos | 1 | 0.6 |
| Curso de la Carrera | 1 | 0.6 |
| 1 | 3 | 1.8 |
| 2 | 56 | 32.7 |
| 3 | 36 | 21.1 |
| 4 | 62 | 36.3 |
| 5 | 14 | 8.2 |
| Estudios Cursados | | |
| Universitarios en Curso | 155 | 90.6 |
| Universitarios en Curso más Estudios Terciarios Previos | 16 | 9.4 |
| Estado Civil | | |
| Soltero/a | 168 | 98.2 |
| Casado/a | 3 | 1.8 |

realizaron tanto un AFE como un AFC. En el caso de la identidad moral, esta fue evaluada a través de una entrevista semiestructurada que no es un cuestionario estandarizado. No obstante, se explican los criterios de análisis cualitativo y cuantitativo de la misma.

Todos los AFC fueron realizados con LISREL 8.8. Además del estadístico chi cuadrado, como coeficientes de ajuste se han utilizado el RMSEA (*Root Mean Square Error of Approximation*), cuyos valores óptimos son aquellos menores a .06 (Brown, 2015; Hu & Bentler, 1999) y el SRMR (*Standardized Mean Square Residual*), cuyos valores aceptables son los menores a .08 (Brown, 2015; Hu & Bentler, 1999). También se consideraron los siguientes indicadores de ajuste, en los cuales los valores óptimos son aquellos superiores a .95, de acuerdo a los autores que se citan a continuación: el NNFI (*Non-Normed Fit Index*) (Brown, 2015; Hu & Bentler, 1999; Schumacker & Lomax, 2004), el CFI (*Comparative Fit*

Index) (Brown, 2015), el IFI (*Incremental Fit Index*) (Hu & Bentler, 1999), y –solamente en el caso del cuestionario de Apego (*Experiences in Close Relationships*)– el GFI (*Goodness of Fit Index*) y el AGFI (*Adjusted Goodness of Fit Index*) (Schumacker & Lomax, 2004).

Además, de los análisis descritos, se han realizado análisis de fiabilidad (alfa ordinal, alfa de Cronbach y KR-20) para evaluar la consistencia interna de cada una de las subescalas, en tanto para la identidad moral se utilizó el índice de Kappa de Cohen para evaluar la fiabilidad interjueces. En cuanto a los análisis descriptivos de los ítems (medias, asimetría, curtosis, etc.) se presentan al comienzo de la sección de Resultados.

Los instrumentos se presentan en el orden en que fueron administrados a los/as participantes, tras firmar un consentimiento informado (ver Anexo 1).

a) Cuestionario Sociodemográfico

El Cuestionario Sociodemográfico indagó acerca de la edad de los/as participantes, fecha de nacimiento, género, nacionalidad, estado civil, estudios cursados, carrera de grado que realizaban y curso de la carrera en el que se encontraban. En el caso de los estudios realizados se brindaron las siguientes opciones de respuesta: 1) Primarios incompletos, 2) Primarios completos, 3) Secundarios incompletos, 4) Secundarios completos, 5) Terciarios incompletos, 6) Terciarios completos, 7) Universitarios incompletos, 8) Universitarios completos, 9) Posgrado incompleto, 10) Posgrado completo (ver Anexo 2).

b) Entrevista de Autocomprensión/Identidad Moral

La Entrevista de Autocomprensión (Damon & Hart, 1988, adaptada por Frimer & Walker, 2009) es un cuestionario semiestructurado que consiste en 14 preguntas que no evidencian el interés del investigador/a en la dimensión moral de las respuestas (ver Anexo 3).

Cada pregunta permite un rango variable de respuestas (*stems*). Para cada una de las respuestas codificadas, el entrevistador preguntó: “¿Por qué es importante para vos...?”. El conjunto de la respuesta y la explicación asociada constituyen la unidad de análisis (*chunk*).

La misma fue traducida al castellano por el presente autor y esta versión fue luego traducida al inglés por una psicóloga estadounidense nativa. Se observaron y resolvieron las diferencias en la traducción, comparando la última versión con el original.

La duración promedio de las entrevistas fue de 41.11 minutos (rango: 13.56-87.42).

Cada una de las 14 preguntas suscitó una o más respuestas (*stems*). Cada participante enunció una media de 25.51 *stems* (*DT*: 4.63; rango: 15-37) para el total de las preguntas. Por ejemplo, ante la pregunta “¿Quiénes o cuáles son las personas y/o los grupos más significativos en tu vida?”, un participante respondió: “La familia. Familia cercana y mis dos mejores amigos”. En este caso, se clasificaron dos respuestas (*stems*): “Familia cercana” y “Dos mejores amigos”. Para cada una de estas respuestas se preguntó sobre la importancia que tenían para el participante. En el ejemplo citado, para la respuesta “Dos mejores amigos” se repreguntó del siguiente modo:

Entrevistador: “Y en el caso de tus mejores amigos, ¿por qué son importantes para vos?”

Participante: “Y, porque son mi piedra. Son mi punto de referencia para cualquier problema que tengo, si estoy triste, ansioso, lo que sea, sé que con cualquiera de los dos puedo hablar y me van a ayudar, y viceversa. Entonces, esos son mis puntos nodales a la hora de tener a otro con quien sostener”.

E: “Un sostén emocional”.

P: “Sí”.

La respuesta junto a toda la explicación asociada, ya fuera espontánea o en respuesta a la repregunta sobre su importancia para el participante, fue la unidad de análisis (*chunk*) sobre la cual se realizó la codificación. En el ejemplo citado, el valor asignado de forma inicial fue “Benevolencia”. En todos los casos, en la aproximación inicial las unidades de análisis fueron susceptibles de ser codificadas con alguno/s o todos de los siguientes valores (*Values Embedded in Narratives*, VEiN’s): Benevolencia, Universalismo, Poder y Logro (Frimer et al., 2009) (ver Anexo 4). Dichos valores fueron posteriormente integrados, para el análisis definitivo, en las dimensiones Autotrascendencia (Benevolencia y/o Universalismo) y Autopromoción (Poder y/o Logro). Además, se consideró la copresencia de uno o ambos valores de Autotrascendencia junto con uno o ambos valores de Autopromoción en la misma unidad de análisis como la dimensión Integración de Valores, siguiendo a Frimer y Walker (2009). Para una explicación más detallada, con ejemplos de categorización, ver Tabla 2 (además, la explicación sobre el tratamiento de las variables se encuentra en el apartado Codificación y plan de análisis estadísticos). Respecto de la dimensión Integración de Valores, en términos generales, solo se consideró la copresencia de valores a nivel de cada unidad de análisis (Frimer & Walker, 2009), pero no se tuvo en cuenta la relación entre dichos valores, por ejemplo, la distinción entre valores instrumentales y valores terminales,

Tabla 2

Dimensiones de la identidad moral codificadas inicialmente en la Entrevista de Autocomprensión, ejemplos de codificación inicial, dimensión final que integran las codificaciones iniciales y porcentaje medio por participante

| Codificación | Ejemplos | Dimensión | % |
|------------------------------------|---|-------------------|------|
| Benevolencia | <p>“(Mi rol de amigo) es importante para mí por saber que contás con gente que te puede ayudar, que vos los podés ayudar, te escuchan, es algo muy recíproco (...)”. (Hombre, 24 años)</p> <p>“Estar con mi novia es importante primero porque la amo, obviamente (...) y nos bancamos mutuamente. O sea, ella me banca cuando tengo un bajón, yo la banco cuando ella tiene un bajón, por eso es muy importante (...) por el apoyo (emocional)”. (Hombre, 20 años)</p> | Autotrascendencia | 17.8 |
| Universalismo | <p>“(Es importante para mí) ser tolerante primero porque creo que deriva en mejores relaciones tener tolerancia con los otros. Segundo, porque lo acepto como algo normal en mí a la tolerancia (...) Aceptar que el otro es distinto (...) Yo no soy homosexual ni practico religiones, pero las respeto y las tolero. No me molestan para nada. De hecho, me sorprende la gente que sí les molesta, que no lo pueden aceptar. Cada individuo, creo, tiene sus elecciones”. (Hombre, 24 años)</p> <p>“(Es importante para mí) cumplir un buen rol (...) también como ciudadano. (Si bien no voto en Argentina) me parecería importante saber dónde estoy parada, saber si votar o participar políticamente, creo que eso es importante, el rol de ciudadano (...), porque hace a donde todos vivimos y estaría ayudando a mí manera a estar mejor todos”. (Mujer, 19 años)</p> | Autotrascendencia | 0.5 |
| Poder | <p>“(En relación a mis características físicas) me importa mucho lo estético (...), me gusta lo físico, me importa, me gusta estar bien vestida, generar una buena impresión en el otro (...) Para mí es fundamental tener una buena presencia, porque sé lo que genera en el otro”. (Mujer, 23 años)</p> <p>“(Ser una persona de carácter fuerte es importante para mí) porque siento que teniendo un carácter fuerte, que se impone, no e pasan por arriba (...) Es por ese lado, imponerte y que tu opinión se respete, te escuchan, va por ahí”. (Mujer, 20 años)</p> | Autopromoción | 6.7 |
| Logro | <p>“Me parece importante estudiar una carrera universitaria como formación, como incorporación de conocimientos todo el tiempo, es una manera quizás de no quedarse en un nivel más chato y estar todo el tiempo aprendiendo y agilizándolo la mente también”. (Mujer, 22 años)</p> <p>“(El hábito de estudiar sola en el ‘quincho’ de mi casa) para mí es importante porque justamente me ayuda a concentrarme más. Me ayuda a mí a poder entender bien las cosas que estudio y que no sea de memoria. O también aprovechar el tiempo y si tengo que estar, no sé, cinco horas estoy estudiando y no estoy, quizás, tres estudiando y dos haciendo, no sé, otras cosas. (Mujer, 20 años)</p> | Autopromoción | 19.6 |
| Benevolencia + Universalismo | <p>“(Ser empática) es importante porque en realidad es importante más para las otras personas (...) en general, que todo el mundo tenga una dosis de empatía, para que haya una sociedad mejor, pero no para mí o que yo obtenga un beneficio”. (Mujer, 22 años)</p> <p>“Me gusta ayudar (...) hice voluntariado, por ejemplo, en una fundación que trabajaba con niños con cáncer. Y, después, preparar comidas para personas que no tienen dónde comer, o simplemente, una compañera que está triste y decirle ‘Ey, ¿qué te pasó? Tranqui, no pasa nada’. (Es importante) para mí porque me gusta ser parte de algo que no se centre en mí”. (Mujer, 29 años)</p> | Autotrascendencia | 2.2 |

Tabla 2 (Cont.)

| | | | |
|-------------------------------------|--|--|------------|
| <p>Poder + Logro</p> | <p>“(Ser inteligente es importante para mí) porque me permite progresar en mi carrera, crecer académicamente, me permite hablar de cierta forma, que está bueno que te escuchen y que digan ‘mirá, qué bueno, qué tipa capaz’, que digo cosas que puedo debatir y digo cosas interesantes, siempre son interesantes, creo. Porque es atractivo cuando una persona es inteligente (...), me hace más atractiva para otras personas”. (Mujer, 20 años)</p> <p>“Un rol principal mío es ser un poco como la cabeza del equipo, o por ahí como un líder organizador (...) y es importante porque responde por ahí un poco también a mi tendencia a tener una mano un poco en todo y a tener todo bajo control y está vinculado también a lo que yo quiero hacer a futuro un poco, dentro del área de producción y demás, donde uno se hace cargo del todo y va asegurándose de que cada uno cumpla un poco su rol (...) permite que logremos hacer o que nos acerquemos mucho a hacer lo que queríamos hacer, este rol de ordenar y ajustar las prioridades para hacer el trabajo. Creo que si no estaríamos muy dispersos y terminaríamos no cumpliendo con las metas”. (Mujer, 25 años)</p> | <p>Autopromoción</p> | <p>3.2</p> |
| <p>Benevolencia + Poder</p> | <p>“(Mis ojos y mi mirada son importantes para mí) porque yo creo que la persona con los ojos dice mucho (...) porque es sinceridad pura, la mirada es sinceridad, no es estar hablando y estar en otra, es estar con otro (...) Considero esto, que yo mirando a la otra persona logro transmitirle o por lo menos que haya una conexión (...) En el día de mañana en terapia, yo necesito estar en ese contacto, viviéndolo a quien tengo enfrente y, a la vez, yo generándole una seguridad a esa persona, generándole una contención y que haya una relación lo más valiosa posible para que esa persona logre darse en totalidad, logre comunicarse”. (Mujer, 20 años)</p> <p>“Me gusta proteger a los demás, siento que a veces necesito proteger a otros, aunque ellos no me protejan a mí, me da igual, o aconsejarlos, es algo que me identifica. No lo necesito, pero me gusta. (Es importante) porque podés ser más fuerte y los podés ayuda en algo en que ellos son más débiles, entonces está bueno aportar algo, aunque nadie te vea (...) Si pasa algo, si sabés que podés estar ayudándolo si están ‘boludeando’ a una persona y sabés que podés estar protegiéndolo o defendiéndolo me parece importante, no me gusta cuando la gente se queda callada. O también para defenderte a vos”. (Mujer, 21 años)</p> | <p>-Integración de Valores -Autotrascendencia -Autopromoción</p> | <p>5.3</p> |
| <p>Benevolencia + Logro</p> | <p>“(Ser inteligente para mí es importante) porque sobre todo cuando estás metido en la facultad es muy importante (...) Sacando ese lado me permite poder darme cuenta de cosas y poder cambiar, y poder respetarme y respetar al otro. O sea, no es hacer bien una evaluación y sacarme 10”. (Mujer, 25 años)</p> <p>“(Ser estudiante es importante para mí) para desarrollarse uno profesionalmente en las capacidades en todo sentido (...) Con psicología, uno puede estudiarla, puede no ejercerla y tiene un montón de conocimientos sobre relaciones de personas y todo que le pueden ayudar un montón (...) para comprender un poco más a las personas o poder usar elementos como la disociación, como separarse cuando uno tiene un problema y tratar de ser empático con las personas. No juzgar”. (Mujer, 21 años)</p> | <p>-Integración de Valores -Autotrascendencia -Autopromoción</p> | <p>1.9</p> |
| <p>Universalismo + Poder</p> | <p>“Mi cámara para filmar es importante para mí porque es como medio para comunicar (...) Guía la manera en que quiero cambiar el mundo, aportarle algo (...) Para mí es generar, en el que vean lo que yo quiero comunicar (...) Es como generar un pequeño despertar en la conciencia de las personas, o también social”. (Mujer, 23 años)</p> <p>“(La actividad de compartir con mis mascotas) es importante para mí porque me gusta cuidarlos. Yo tengo dos mascotas, uno acá y otro en Colombia. Los dos son adoptados. Y me parece que compartir con ellos, como que es una forma de cariño no humano, me parece, sentir que los podés cuidar, que no estén afuera, aguantando hambre, frío, eso me gusta”. (Mujer, 21 años)</p> | <p>-Integración de Valores -Autotrascendencia -Autopromoción</p> | <p>0.1</p> |

Tabla 2 (Cont.)

| | | | |
|---|---|--|------------|
| <p>Universalismo + Logro</p> | <p>“(Estudiar idiomas es importante) porque te abre la mente, te hace conocer una cultura y entenderla, eso es lo más importante, porque si sacas la barrera de la ignorancia, sacas el odio, o sea la mayoría del odio viene de la ignorancia, de no conocer, de no entender, y no hace falta que te vayas al ISIS (...) Entonces, aprender idiomas y conocer otras culturas te aleja del odio y te hace aprender, te enriquece y te abre puertas laborales, a nivel si querés práctico e interesado, vas a conseguir más ‘laburo’, vas a tener más oportunidades, son herramientas grandiosas”. (Hombre, 27 años)</p> <p>“(Estudiar una carrera universitaria es importante para mí) porque sentía que necesitaba algo más de estudio y dije que quería estudiar algo, que quería hacer algo para aportar al mundo (...) Al hablar con mis papás dijimos que el traductorado tenía más salida laboral (...) Aportar al mundo lo pensaba en el sentido de que cuando leo un libro que está mal traducido digo ‘esto no puede estar así, puede ser de otra forma’, y busco otra forma de traducir esa parte. Entonces, siento que con eso aporté mi granito al mundo (...) Yo busco la forma de hacerlo un poco más simple para que el lector o el televidente lo entienda más”. (Mujer, 20 años)</p> | <p>-Integración de Valores -Autotrascendencia -Autopromoción</p> | <p>0.2</p> |
| <p>Benevolencia + Universalismo + Poder</p> | <p>“(Ser una persona amable es importante para mí porque) en primer lugar estudio psicología, estoy estudiando más que nada porque me gusta la amabilidad, (...) creo que a partir de la amabilidad uno consigue mucho, con solo un abrazo, con solo escuchar al otro, uno ya se siente mejor y también hace sentir al otro (...) Hice muchos proyectos solidarios, en donde iba a colegios que tenían ciertas necesidades, tanto materiales, como afectivas, y darle también un poco de amabilidad, un poco de amor a aquellas personas que las estaba conociendo en ese momento también me gusta mucho (...) O en el tren, los nenes que venden, yo capaz que les doy un caramelo, algo de comida, como un gesto de amabilidad”. (Mujer, 21 años)</p> <p>“(La fundación que ayuda a niños con cáncer es importante) porque me gusta porque lo que yo hago es... estamos con los nenes antes de que ellos entren a lo que es a medicación y la terapia (...) les inyectan una medicación, quimioterapia, otros tienen rayos (...) Los hacemos jugar, como para distraerlos un poco, y que capaz no entienda tanto cómo son realmente las cosas, y que sea más ameno y la pasen lo mejor posible (...) Los nenes se ponen contentos, eso es lo que me gusta, te devuelve una sonrisa”. (Mujer, 22 años)</p> | <p>-Integración de Valores -Autotrascendencia -Autopromoción</p> | <p>0.9</p> |
| <p>Benevolencia + Universalismo + Logro</p> | <p>“(La actividad de estudiar es importante para mí) porque es como un medio para un fin. Yo quiero recibirme de farmacéutica, entender un montón de cosas en el medio para poder ayudar a las personas y para ser una profesional competente (...) Si vos no estudiás bien, no te interesás bien en la carrera, seguramente o hay muchas posibilidades de que tomes una mala decisión porque no sabés de qué se está hablando, no es cuestión de ir a la facultad, que te pasen el examen del año anterior y aprobar con un 4”. (Mujer, 23 años)</p> <p>“(La responsabilidad ética profesional es importante para mí) por el no hacer mal queriendo hacer bien (...) Para poner un ejemplo, haciendo una prueba psicométrica, muchas veces administrándola mal se llega a un resultado sesgado que puede dar con una visión negativa sobre un aspecto psicológico de la persona cuando en realidad está dando un buen resultado (...) en ese sentido, en el de la responsabilidad ética por el respeto al otro, el derecho a que tiene a que no se haga un uso de su persona, o de sus derechos, con malas intenciones”. (Hombre, 20 años)</p> | <p>-Integración de Valores -Autotrascendencia -Autopromoción</p> | <p>0.5</p> |
| <p>Benevolencia + Poder + Logro</p> | <p>“(Ser responsable es importante para mí) porque me tomo todo con responsabilidad, con seriedad, cada cosa que se me plantea en la vida, mismo con la facultad o estoy casada, voy a ser mamá (...) Me permite mayor rendimiento, poder sociabilizarme con la gente, que me respeten y respetar a los demás”. (Mujer, 23 años)</p> | | <p>2.4</p> |

Tabla 2 (Cont.)

| | | | |
|---|---|--|-------------|
| <p>Benevolencia + Poder + Logro (Cont.)</p> | <p>“(Estudiar una carrera es importante para mí), lo primero que me surge es por cuestiones laborales. Hoy me parece que el mercado está muy competitivo, incluso con una carrera es difícil conseguir trabajo, entonces me parece importante para marcar una diferencia que a mí me ayude a tener más posibilidades (...) Lo primero que me atrajo de la carrera es el estudio de la mente y como hice terapia lo probé y dije ‘yo quiero hacer esto’, yo quiero estar en ese lugar en el cual una persona donde no esté bien por lo que sea, pueda venir y o tenga herramientas para ayudarlo, desde un lugar distinto del que pueda hacerlo una amiga, tu mamá, o sea estar armada de algo más teórico que me permita ayudar a esa persona, en problemas que tenga a nivel psicológico”. (Mujer, 23 años)</p> | <p>-Integración de Valores -Autotrascendencia -Autopromoción</p> | |
| <p>Universalismo + Poder + Logro</p> | <p>“(Estudiar una carrera universitaria es importante) para mí porque hay que tener una base sólida en donde aterrizar por cualquier crisis o lo que fuere (...) Quería elegir algo que generara impacto en la sociedad, ayudarla de alguna forma (...) Con aterrizar me refiero a seguridad económica, porque quiero seguir viviendo en la situación económica que vivo, quiera pensar en la educación que le voy a dar a mis hijos y tengo algún conocimiento para que pueda llegar y decir ‘sé razonar’”. (Mujer, 20 años)</p> <p>“(Estudiar una carrera es importante para mí) para desarrollar una habilidad y si no desarrollás una habilidad no podrás brillar ni ser alguien de verdad importante y de verdad evolucionado (...) Desde que fui pequeño siempre quise descubrir algo o hacer algo que quede (...) Ser importante para mí es que esa habilidad que tienes la lleves al mundo, lo compartas, lo compartas muy bien entrenado, muy bien pulido para que todos puedan ver, y así otra persona que tenga la misma habilidad que tú te vea como una inspiración y pueda seguir a más (...) Creo que traería un beneficio para la sociedad en general (...) Por ejemplo, que haya mejores edificios, mejor tecnología y más seguridad en las cosas (...) En algunos países cuando hay un terremoto muere mucha gente porque no hay una seguridad, una tecnología avanzada en eso”. (Hombre, 20 años)</p> | <p>-Integración de Valores -Autotrascendencia -Autopromoción</p> | <p>0.2</p> |
| <p>Benevolencia + Universalismo + Poder + Logro</p> | <p>“(Estudiar una carrera es importante para mí) porque siempre me gustó aprender (...) Dije ‘esto voy a estudiar y formarme como profesional y extraer al máximo lo que la carrera pueda darme’ (...) La elegí porque me da herramientas de cambio principalmente, puedo generar un cambio en las personas y realmente aportarle algo. Digamos, al margen de la retribución, la idea del dar (...) Durante mucho tiempo la arquitectura se ha ido transformando y redefiniendo en muchas cosas, y creo que al menos acá en este país, se ha dejado muy de lado la arquitectura social, la arquitectura humanitaria y la arquitectura para el que no la puede pagar. Y ha quedado la arquitectura de las casas, de los barrios cerrados, de las torres. Entonces mi idea es llevar la arquitectura al que la necesite y no solo al que la puede pagar (...) Para mejorar la calidad de vida y desde un punto del diálogo al mismo tiempo, no de como ‘yo tengo el conocimiento universal, yo sé la respuesta a todo’, sino también poder ver qué es lo que necesita la otra persona”. (Hombre, 24 años)</p> <p>“(Mi trabajo es importante para mí) porque me gusta, trabajo con gente, ayudando gente y me gusta. Con esto de contagiar el optimismo ayudo a gente en cosas menores. Soy administrativo de personal. Entonces, la gente viene con consultas o con algunos problemas y uno los puede solucionar, no son tan graves y la gente se va contenta. Si son graves y uno puede solucionarlos, le gente se va más contenta todavía y uno se siente bien porque el trabajo no fue en vano. Alguien tiene que estar para responder las preguntas y que la gente se vaya feliz (...) También realicé tareas que tienen que ver con lo que es ayuda médica. Colaboré con la campaña de donación de sangre de la empresa y de cero personas que iban a donar terminaron donando veintidós (...) Más allá de ayudar internamente, ayudamos a otras cuarenta personas que iban a usar esa sangre (...) Es importante para la sociedad en sí”. (Hombre, 24 años)</p> | <p>-Integración de Valores -Autotrascendencia -Autopromoción</p> | <p>0.2</p> |
| <p>Sin codificación</p> | <p>“(La actividad de canto) es importante para mí porque es una actividad medio terapéutica. Y no sé, es algo que me gusta mucho hacer y me desconecta mucho. Te desconecta de la realidad”. (Mujer, 19 años)</p> <p>“(Dormir es importante para mí) porque todo el mundo ama dormir. Porque descansás también, no sé”. (Mujer, 21 años)</p> | <p>-----</p> | <p>39.2</p> |

posibilidad planteada posteriormente (p. ej., ver Walker & Frimer, 2015). Por último, en cuanto a la confiabilidad de la clasificación, una vez transcritas, las entrevistas fueron clasificadas por separado por el autor y otra investigadora. Una vez establecido un acuerdo sobre las unidades de análisis (*chunks*) y las explicaciones correspondientes, los investigadores identificaron el acuerdo inicial sobre los valores asignados a cada unidad de análisis. Se señala a continuación el índice Kappa de Cohen (confiabilidad interjueces), su desvío típico y el intervalo de confianza del 95% para el acuerdo inicial (presencia/ausencia; cuatro categorías en las tablas cruzadas) en cada una de las tres variables que integran el constructo Identidad Moral. Se detalla además la frecuencia de unidades en las que hubo dicho acuerdo inicial sobre el total de unidades y el porcentaje que ello representa. Los indicadores fueron obtenidos al utilizar la calculadora online GraphPad QuickCalcs (<https://www.graphpad.com/quickcalcs/kappa1.cfm>). Para los valores de Autotrascendencia: $k = .808$, $DT = .01$, IC 95% [.789, .828]; 4013/4362, 92%. Para los valores de Autopromoción: $k = .718$, $DT = .011$, IC 95% [.696, .739]; 3778/4362, 86.61%. Para la Integración de Valores: $k = .598$, $DT = .021$, IC 95% [.557, .639]; 4065/4362, 93.19%. Estos valores representan un nivel de acuerdo entre casi perfecto y sustancial en el primer caso, sustancial en el segundo y moderado en el tercero (Landis & Koch, 1977). En las unidades de análisis en las que no hubo acuerdo, se discutió sobre las diferencias hasta llegar a un 100% de acuerdo sobre las mismas.

c) Conducta Prosocial

La conducta prosocial se evaluó con el *Prosocial Tendencies Measure* (PTM, Carlo & Randall, 2002). El PTM es un instrumento que considera distintas dimensiones de la conducta prosocial a través de 23 ítems que configuran seis subescalas: Altruista, Pública, Emocional, Urgente/Crisis (*Dire*), Complaciente (*Compliance*) y Anónima (ver Anexo 5).

El PTM es una medida que evalúa la conducta prosocial en situaciones específicas que, a diferencia de las medidas globales —que miden las tendencias personales a exhibir conductas prosociales a través de distintos contextos y motivaciones—, permite un abordaje multidimensional de la conducta prosocial. A la vez, posibilita la identificación de relaciones con diversas variables, tales como la empatía (toma de perspectiva y preocupación empática), deseabilidad social, adscripción de responsabilidad y responsabilidad social (Carlo & Randall, 2002). Si bien los autores (Carlo & Randall, 2002) aluden a una población dentro de la adolescencia tardía, las medias de edad de sus estudios sitúan a los participantes en la adultez emergente.

La subescala Altruista está compuesta por 5 ítems (p. ej., “Siento que si ayudo a alguien, esa persona debería ayudarme en el futuro”), la subescala Pública contiene 4 ítems (p. ej., “Para mí es más fácil ayudar a otros que lo necesitan, cuando hay otras personas a mi alrededor”), la subescala Emocional está integrada por 4 ítems (p. ej., “Tiendo a ayudar a otros especialmente cuando están angustiados”), la subescala Urgente/Crisis está compuesta por 3 ítems (p. ej., “Tiendo a ayudar a la gente que se daña a sí misma gravemente”), la subescala Complaciente está integrada por 2 ítems (p. ej., “No dudo en ayudar cuando me lo piden”) y la subescala Anónima consiste en 5 ítems (p. ej., “Prefiero donar dinero de forma anónima”).

La dimensión Altruista, o conductas prosociales altruistas, es definida como una ayuda voluntaria motivada primariamente por la preocupación por las necesidades y bienestar de otros, a menudo inducida por la respuesta compasiva y/o por normas/principios internalizados que son consistentes con ayudar a otros (Eisenberg & Fabes, 1998, como se citó en Carlo & Randall, 2002). La conducta prosocial Pública es entendida como la tendencia a llevar a cabo actos prosociales en frente de otros (audiencia), motivados, al menos en parte, por el deseo de ganar la aprobación y el respeto de otros y fortalecer la autoestima. La conducta prosocial Emocional es concebida como las conductas prosociales o la orientación a ayudar a otros bajo circunstancias evocadoras de emociones. La conducta prosocial Urgente/Crisis se vincula con los comportamientos prosociales o de ayuda en crisis o situaciones de emergencia. La conducta prosocial Complaciente es definida como ayudar a otros en respuesta a un pedido verbal o no verbal. Por último, la conducta prosocial Anónima consiste en comportamientos prosociales llevados a cabo sin el conocimiento de quien ha sido ayudado (Carlo & Randall, 2002).

En las instrucciones se solicita al/a la participante que explique cuánto lo describe cada afirmación o ítem. Las opciones de respuesta son las siguientes: *No me describe en absoluto*, *Me describe un poco*, *Me describe algo*, *Me describe bien*, *Me describe muy bien* (1 = *No me describe en absoluto*; 5 = *Me describe muy bien*). Los ítems 4, 10, 16, 20 y 23 corresponden a la subescala Altruista. Los ítems 1, 3, 5 y 13 a la subescala Pública. Los ítems 2, 12, 17 y 21 a la subescala Emocional. Los ítems 6, 9 y 14 a la subescala Urgente/Crisis. Los ítems 7 y 18 a la subescala Complaciente. Y, por último, los ítems 8, 11, 15, 19 y 22 a la subescala Anónima. La puntuación de cada subescala se obtiene sumando los ítems que corresponden a la misma y dividiéndolos por la cantidad de ítems de dicha subescala. Los ítems cuya puntuación es transformada a la puntuación inversa son el 4, 10, 16, 20 y 23 (todos los correspondientes a la subescala Altruista).

No existiendo versión en español validada con adultos de este cuestionario, para la traducción del instrumento se realizó el mismo procedimiento que con la Entrevista de Autocomprensión. El autor tradujo la consigna y cada ítem del inglés al castellano, y luego la psicóloga estadounidense nativa tradujo esta versión al inglés. Se observaron y resolvieron las diferencias, al cotejar esta última versión con el original.

Los coeficientes de fiabilidad (alfa de Cronbach) de cada escala en el estudio original fueron los siguientes: Altruista (.74), Pública (.78), Emocional (.75), Urgente/Crisis (.63), Complaciente (.80), Anónima (.85) (Carlo & Randall, 2002, Estudio 1).

Para la presente traducción, los coeficientes de fiabilidad (alfa ordinal) fueron los siguientes: Altruista: (.83), Pública (.83), Emocional (.63), Urgente/Crisis (.60), Complaciente (.86), Anónima (.85).

En este, como en otros cuestionarios, se utilizó el alfa ordinal debido a que evita la infraestimación de los coeficientes (Elosua Oliden & Zumbo, 2008; Gadermann et al., 2012). Para ello, se utilizó un software ad-hoc (ver Domínguez-Lara, 2018).

Se procedió a realizar un Análisis Factorial Confirmatorio (AFC) debido a que su estructura factorial (de seis dimensiones) fue confirmada, además de en el estudio original de Carlo y Randall (2002), en diversos estudios en contextos culturales tan diversos como, por ejemplo, Alemania (Rodrigues et al., 2017) o Irán (Azimpour et al., 2012). Además, la versión revisada del PTM (PTM-R) (Carlo et al., 2003), muy similar a la versión original pero adaptada para la adolescencia temprana y media, también tiene un ajuste apropiado a la solución de seis factores en diversos contextos, como España (Mestre et al., 2015), diversos grupos étnicos en los Estados Unidos, tales como europeo-americanos o mexicano-americanos (Carlo, Knight, McGinley, Zamboanga & Hernandez Jarvis, 2010), y Argentina (McGinley et al., 2014). No obstante, otro estudio de validación, realizado en Argentina con niños/as y adolescentes, encontró (con una versión de 21 ítems) que una solución de cuatro factores se ajustaba mejor a los datos (Richaud et al., 2012).

A través de la realización de un AFC, el modelo con 6 factores se ajustó correctamente a los datos de la presente muestra: RMSEA = 0.0485 [0.0348; 0.0610], NNFI = 0.960; CFI = 0.966; IFI = 0.967, en tanto el Chi cuadrado, χ^2 (215, $N = 171$) = 668.80, $p < .001$.

En consiguiente, se puede mantener que la estructura factorial original de 6 factores planteada por Carlo y Randall (2002) se sostiene con la presente muestra (ver Figura 2 en Anexo 6).

d) Empatía

La variable empatía fue examinada a través del Índice de Reactividad Interpersonal (*Interpersonal Reactivity Index*, IRI), de Davis (1980), en su adaptación española (ver Pérez-Albéniz et al., 2003). El IRI es una de las medidas de autoinforme más utilizadas para evaluar la empatía. Se la ha aplicado para medir las diferencias de género en la disposición empática, el desarrollo prosocial y la conducta prosocial en diferentes rangos etarios, así como para evaluar la función inhibitoria de la empatía en la conducta agresiva. Es de especial relevancia y utilidad para evaluar la empatía desde una perspectiva multidimensional, incluyendo factores cognitivos y emocionales (ver Anexo 7).

Se trata de una escala formada por 28 ítems distribuidos en cuatro subescalas que miden cuatro dimensiones del concepto global de empatía: Toma de Perspectiva (PT), Fantasía (FS), Preocupación Empática (EC) y Malestar Personal (PD), con siete ítems cada una de ellas. La característica más destacada de este instrumento es que permite medir tanto el aspecto cognitivo como la reacción emocional del individuo al adoptar una actitud empática. La subescala PT evalúa los procesos más cognitivos. La puntuación en Toma de Perspectiva (p. ej., “En un desacuerdo con otros, trato de ver las cosas desde el punto de vista de los demás antes de tomar una decisión”) indica los intentos espontáneos del sujeto por adoptar la perspectiva del otro ante situaciones reales de la vida cotidiana, es decir, la habilidad para comprender el punto de vista de la otra persona. La subescala de Fantasía (p. ej., “Con cierta frecuencia sueño despierto y fantaseo sobre cosas que podrían pasarme”) evalúa la tendencia a identificarse con personajes del cine y de la literatura, es decir, la capacidad imaginativa del sujeto para ubicarse en situaciones ficticias. Las subescalas de Preocupación Empática (EC) y Malestar Personal (PD) miden las reacciones emocionales de las personas ante las experiencias negativas de los otros. En la primera (EC) (p. ej., “Las desgracias de otros no suelen angustiarme mucho”) se miden los sentimientos de compasión y preocupación ante el malestar de otros (se trata de sentimientos “orientados al otro”); en la segunda (PD) (p. ej., “Me asusta estar en una situación emocional tensa”) se evalúan los sentimientos de ansiedad y malestar que el sujeto manifiesta al observar las experiencias negativas de los demás (se trata de sentimientos “orientados al yo”) (Davis, 1980, 1983, 1996).

En las instrucciones del instrumento se le indica al sujeto que debe contestar a una serie de afirmaciones relacionadas con sus pensamientos y sentimientos en una variedad de situaciones. El formato de respuesta es de tipo Likert con cinco opciones de respuesta (de 1 a 5), según el grado en que dicha afirmación le describa (1 = *No me describe bien*; 5 = *Me*

describe muy bien).

Los ítems que corresponden a la subescala Toma de Perspectiva son: 3, 8, 11, 15, 21, 25 y 28. Los que corresponden a la subescala Fantasía: 1, 5, 7, 12, 16, 23 y 26. Los de la subescala Preocupación Empática: 2, 4, 9, 14, 18, 20 y 22. Y los de la subescala Malestar Personal son: 6, 10, 13, 17, 19, 24 y 27. La puntuación de cada escala se obtiene sumando las puntuaciones dadas por el sujeto en cada uno de los ítems que forman dicha escala y dividiéndola por 7. Los ítems que se puntúan de forma invertida son el 3, 4, 7, 12, 13, 14, 15, 18 y 19.

Se utilizó la versión española de Pérez-Albéniz et al. (2003), de la cual solo se modificaron dos términos para hacerlos más comprensibles a los/as participantes argentinos/as. En el ítem 6 (“En situaciones de emergencia, me siento aprensivo e incómodo”) se reemplazó la palabra “aprensivo” por “ansioso”. Y en el ítem 25 (“Cuando estoy molesto con alguien, generalmente trato de «ponerme en su pellejo» durante un tiempo”) se reemplazó la palabra “pellejo” por “lugar”.

Los coeficientes de fiabilidad (alfa de Cronbach) de las subescalas de la adaptación española de Pérez-Albéniz et al. (2003), provenientes de tres muestras distintas, fueron los siguientes: PT (Varón: .70-.75 y Mujer: .64-.75); FS (Varón: .71-.77 y Mujer: .71-.80); EC (Varón: .67-.71 y Mujer: .63-.70); PD (Varón: .69-.70 y Mujer: .64-.72). Los coeficientes del original de Davis (1980) fueron los siguientes: PT (Varón: .75 y Mujer: .78); FS (Varón: .78 y Mujer: .75); EC (Varón: .72 y Mujer: .70); PD (Varón: .78 y Mujer: .78).

Los análisis de Pérez-Albéniz et al. (2003) llevaron a asignar el ítem 13 (“Cuando veo que alguien se hace daño, tiendo a permanecer tranquilo”), originalmente en la subescala Malestar Personal, a la subescala Preocupación Empática que, en su caso, pasó a tener 8 ítems.

El IRI se encuentra validado, además de por el estudio original de Davis (1980), por diversos estudios (que encuentran una solución de cuatro factores tal como la establecida en el presente trabajo) en diversos contextos culturales y poblaciones, tales como en Chile con estudiantes universitarios (Fernández et al., 2011), en Argentina con adultos –en este caso se encuentran cuatro factores pero sobre una versión reducida de 16 ítems– (Müller et al., 2015) y niños/as (Richaud de Minzi, 2008), en Holanda (De Corte et al., 2007), o en España con adolescentes (Mestre Escrivá, Frías Navarro & Samper García, 2004) y adultos (Pérez-Albéniz et al., 2003).

Por ello, para el presente estudio, se decidió llevar adelante dos AFC y comparar los análisis de la estructura original de 7 ítems por subescala con una versión en la cual el ítem 13

se asignó a la subescala Preocupación Empática, similar a la aplicada por los/as autores/as de la traducción utilizada (Pérez-Albéniz et al., 2003).

Se presentan a continuación los coeficientes de fiabilidad de las subescalas para ambos modelos, los índices de ajuste de ambas versiones y una comparación de ambos modelos que justifican la decisión final sobre la asignación del ítem 13.

La escala original similar a la de Davis (1980), con 7 ítems por subescala, presentó los siguientes índices de fiabilidad (alfa ordinal): PT (.82); FS (.83); EC (.84); PD (.75). En cuanto a los índices de ajuste del modelo original: RMSEA = 0.0595 [0.0502; 0.0686], NNFI = 0.925; CFI = 0.932; IFI = 0.932, en tanto el Chi cuadrado, χ^2 (344, $N = 171$) = 964.01, $p < .001$.

La escala modificada de acuerdo al estudio de Pérez-Albéniz et al. (2003), arrojó los siguientes índices de fiabilidad (alfa ordinal): PT (.82); FS (.83); EC (.84); PD (.77). En cuanto a los índices de ajuste de esta escala alternativa: RMSEA = 0.0553 [0.455; 0.0646], NNFI = 0.935; CFI = 0.941; IFI = 0.942, en tanto el Chi cuadrado, χ^2 (344, $N = 171$) = 919.24, $p < .001$.

Por tanto, los valores del modelo alternativo señalan que el ajuste fue ligeramente mejor que el del modelo original. Además, se consideraron los valores PNFI y CAIC, que informan sobre la parsimonia del modelo. Para el modelo original: PNFI = 0.763; CAIC = 932.109. Para el modelo alternativo: PNFI = 0.771; CAIC = 903.526. Dado que mayores valores en el índice PNFI y menores valores en el índice CAIC indican una mayor parsimonia del modelo (Freiberg Hoffmann & Fernández Liporace, 2016; Schumacker & Lomax, 2004), se concluyó que el modelo alternativo (ítem 13 como parte de la subescala EC), se ajustaba mejor a los datos que el modelo original y, por tanto, fue el utilizado en la presente investigación (ver Figura 3 en Anexo 8).

e) Apego

El apego fue evaluado a través del cuestionario *Experiences in Close Relationships* (ECR), de Brennan et al. (1998), traducción española de Smith Etxeberria (2015). El ECR es un instrumento que evalúa el apego adulto, a través de 36 ítems, que configuran 2 subescalas: Evitación y Ansiedad, de 18 ítems cada una (ver Anexo 9).

La subescala de Evitación mide la evitación de la intimidad y el malestar con la cercanía (p. ej., “Prefiero no mostrar a mi pareja mis sentimientos más profundos”). La escala de Ansiedad mide la preocupación con el apego, los celos y el miedo al abandono y rechazo

(p. ej., “Me preocupa bastante el hecho de perder a mi pareja”) (Brennan et al., 1998). El instrumento permite, además, en función de las puntuaciones en Evitación y Ansiedad, la categorización del participante en alguno de los siguientes cuatro estilos de apego: Apego Seguro (*Secure*) (Bajo en Evitación y Bajo en Ansiedad), Apego Temeroso (*Fearful*) (Alto en Evitación y Alto en Ansiedad), Apego Preocupado (*Preoccupied*) (Bajo en Evitación y Alto en Ansiedad) y Apego Rechazante o Ausente (*Dismissing*) (Alto en Evitación y Bajo en Ansiedad) (Bartholomew & Horowitz, 1991). No obstante, Mikulincer y Shaver (2016) sugieren no utilizar el instrumento para realizar una clasificación categorial, sino usar únicamente las puntuaciones continuas (análisis correlacionales, regresiones).

En las instrucciones se indica al/a la participante que describa cómo se siente en relación con la pareja o, en su defecto, con respecto a sus relaciones íntimas descritas en los enunciados de los ítems. Las opciones de respuesta conforman una escala tipo Likert con 7 opciones (1 = *Totalmente en desacuerdo*; 7 = *Totalmente de acuerdo*).

Los ítems impares corresponden a la subescala Evitación y los ítems pares a la subescala Ansiedad. La puntuación de cada subescala se obtiene sumando los ítems que corresponden a dicha escala y dividiendo el total por 18. Diez ítems (3, 15, 19, 22, 25, 27, 29, 31, 33 y 35) se puntúan de forma inversa.

Se utilizó la traducción de Smith Etxeberria (2015), quien siguiendo a Mikulincer y Shaver (2007, como se citó en Smith Etxeberria, 2015), modificó levemente las consignas y algunos ítems para adaptarlo tanto a aquellos que tuvieran pareja como a los que no la tuvieran. En dicho estudio se eliminaron tres ítems (21, 22 y 29) y otros tres (12, 16 y 26) se consideraron mixtos, es decir pertenecientes tanto a la Evitación como a la Ansiedad. Los coeficientes de fiabilidad (alfa de Cronbach) fueron los siguientes: Evitación (.89) y Ansiedad (.87). Las subescalas originales de Brennan et al. (1998) presentaban los siguientes coeficientes de fiabilidad: Evitación (.94) y Ansiedad (.91).

En el presente estudio, para adaptarlo a los/as participantes argentinos/as, en la consigna se reemplazó las palabras “sientes” y “tienes” por “sentís” y “tenés”, respectivamente. Luego, se modificaron dos expresiones en los ítems del cuestionario. En el ítem 24, se reemplazó la palabra “enfado” por “enojo” y en el ítem 36 se reemplazó la palabra “sienta” por “cae”.

Los coeficientes de fiabilidad (alfa de Cronbach) para la presente muestra fueron los siguientes: Evitación (.87) y Ansiedad (.89).

Se procedió a realizar un Análisis Factorial Confirmatorio (AFC) debido a que la estructura factorial de dos dimensiones del ECR se encuentra validada en diversos contextos

culturales, no solo por la versión original de Brennan et al. (1998) y por el estudio de Smith Etxeberria (2015) que tomamos como referencia, sino también, por ejemplo, por Alonso-Arbiol et al. (2007, 2008) con población general y universitaria, también en España. Además, tanto en España (Fernández-Fuertes et al., 2011) como en Estados Unidos (Wei et al., 2007) se validaron versiones reducidas del ECR-R (versión revisada) y ECR, respectivamente; en Argentina solo se encuentra una primera aproximación a la validación de un instrumento derivado del ECR, el ECR-RS, pero que también plantea la estructura de dos dimensiones (Paolicchi et al., 2014).

Un primer Análisis Factorial Confirmatorio (AFC) considerando a las opciones de respuesta como ordinales (correlaciones policóricas) no arrojó resultados aceptables. Esto podría ser explicado por la gran cantidad de opciones de respuesta del instrumento, pudiendo ello haber producido que las matrices no convergieran (Freiberg Hoffmann et al., 2013). Por tanto, se consideraron las respuestas como variables continuas y se utilizó un procedimiento de máxima verosimilitud (Johnson & Creech, 1983; Li, 2016). De este modo, con otro AFC, el modelo de dos dimensiones logró un ajuste aceptable a los datos de la presente muestra: GFI = 0.96; AGFI = 0.95; SRMR = 0.035, en tanto el Chi cuadrado de Satorra-Bentler, χ^2 (593, $N = 171$) = 1850.09, $p < .001$.

En consiguiente, se puede sostener que la estructura factorial original de 2 dimensiones planteada por Brennan et al. (1998) se mantiene en la presente muestra (ver Figura 4 en el Anexo 10).

f) Deseabilidad Social

Esta variable fue evaluada por medio de la Escala de Deseabilidad Social Marlowe-Crowne (*Marlowe-Crowne Social Desirability Scale*, MCSDS), de Crowne y Marlowe (1960), en su adaptación argentina (Cosentino & Castro Solano, 2008). La Escala de Deseabilidad Social Marlowe-Crowne es un instrumento que mide la tendencia del sujeto a obtener aprobación respondiendo de un modo culturalmente aceptable y apropiado. Se busca evaluar este constructo como independiente de la psicopatología (Crowne & Marlowe, 1960) (ver Anexo 11).

El instrumento consiste en 33 ítems, cuyo formato de respuesta es de Verdadero o Falso, por ejemplo, “Probablemente entraría al cine sin pagar si nadie me viera”. Para los ítems 1, 2, 4, 7, 8, 13, 16, 17, 18, 20, 21, 24, 25, 26, 27, 29, 31 y 33 se asigna el valor “1” a cada respuesta *Verdadero* y el valor “0” a cada respuesta *Falso*. Los restantes ítems se

puntúan de forma inversa. El instrumento no posee subescalas, por lo que la suma y división del total por 33 permite obtener una puntuación final media para cada participante. Una alternativa es obtener una puntuación final que oscile entre 0 y 33 para cada participante, tal como hicieron Cosentino y Castro Solano (2008).

Se utilizó la traducción y validación argentina del instrumento realizada por Cosentino y Castro Solano (2008). Los autores reportan que el cuestionario, administrado tanto a una muestra estudiantil como a una muestra de adultos, presenta valores descriptivos y de fiabilidad similares a los hallados en investigaciones con muestras estudiantiles y de adultos iberoamericanas y norteamericanas.

En cuanto a los valores descriptivos, la media de su muestra de estudiantes (similar en conformación a la del presente estudio) fue de 14.13, que la ubica, por un lado, dentro del rango de 14 a 17.2 reportado en investigaciones con poblaciones de estudiantes estadounidenses y canadienses y, por otro, dentro del rango 13.6 a 19.76 informado por investigaciones en muestras de estudiantes iberoamericanas: puertorriqueña, española, mexicana y brasileña. Del mismo modo, la desviación típica de 4.99 se encuentra dentro de los rangos de desviaciones reportadas por las investigaciones citadas tanto estadounidenses y canadienses (de 4.2 a 5.19) como iberoamericanas (de 4.4 a 5.49) (Cosentino & Castro Solano, 2008). En cuanto a la muestra de adultos, Cosentino y Castro Solano (2008) encontraron una media de 16.09 y una desviación típica de 5.18, similares a los hallados por Crowne y Marlowe (1964, como se citó en Cosentino & Castro Solano, 2008) en una muestra estadounidense ($M = 15.42$; $DT = 6.16$).

En cuanto a los coeficientes de fiabilidad (alfa de Cronbach), para la muestra de estudiantes fue de .76, dentro del rango de valores reportados por las investigaciones estadounidenses, canadienses, española y puertorriqueña: de .60 a .80. En la muestra de adultos, el coeficiente de fiabilidad fue de .75, similar al hallado en una muestra mexicana de adultos (.78) (Cosentino & Castro Solano, 2008).

Para la presente muestra, el coeficiente de fiabilidad fue el siguiente: $KR-20 = .71$. Este estadístico, utilizado para ítems dicotómicos, es similar al Guttman-Lambda 3 (Martínez Arias, 2005).

Por otro lado, a través de la realización de un Análisis Factorial Confirmatorio (AFC), el modelo unidimensional se ajustó correctamente a los datos de la presente muestra: $RMSEA = 0.0444$ [0.0350; 0.0531], $NNFI = 0.952$; $CFI = 0.955$; $IFI = 0.955$, en tanto el Chi cuadrado, $\chi^2(495, N = 171) = 2841.50$, $p < .001$.

En consiguiente, se puede establecer que la estructura unidimensional planteada por Crowne y Marlowe (1960) y por la adaptación argentina (Cosentino & Castro Solano, 2008), cuya traducción se utilizó en el presente trabajo, se sostiene con la presente muestra (ver Figura 5 en Anexo 12).

g) Deshonestidad Académica

La evaluación de la deshonestidad académica se realizó a través del Cuestionario de Integridad/Deshonestidad Académica (Comas et al., 2011; Sureda Negre et al., 2009). El Cuestionario de Integridad/Deshonestidad Académica (Comas et al., 2011; Sureda Negre et al., 2009) es un instrumento que evalúa la honestidad/deshonestidad académica de alumnos universitarios, a través de distintas dimensiones del comportamiento académico (ver Anexo 13). Dado que el foco del presente trabajo está, en líneas generales, en la deshonestidad académica, a partir de ahora nos referiremos a él como el Cuestionario para evaluar la Deshonestidad Académica.

Las dimensiones propuestas por Comas et al. (2011) y Sureda Negre et al. (2009) son: Acciones académicamente incorrectas relativas al desarrollo de exámenes (7 acciones), Acciones académicamente incorrectas relativas a la elaboración y presentación de trabajos académicos (13 acciones) y Acciones deshonestas –en general– hacia el resto del alumnado (2 acciones).

La versión final utilizada en el presente estudio consiste en 11 ítems, por las razones que se explican más abajo y que corresponden a las dos primeras dimensiones propuestas por Comas et al. (2011) y Sureda Negre et al. (2009), y tras la realización de Análisis Factoriales Exploratorios y Confirmatorios. Cuatro ítems de la versión final corresponden a la primera dimensión (exámenes) y 7 ítems a la segunda dimensión (trabajos académicos). No se tuvo en cuenta a la dimensión “Acciones deshonestas –en general– hacia el resto del alumnado”. Por ejemplo, para la dimensión original “Acciones académicamente incorrectas relativas al desarrollo de exámenes”, un ítem fue “Copiarle de un/a compañero/a durante un examen” y para la dimensión original “Acciones académicamente incorrectas relativas a la elaboración y presentación de trabajos académicos”, un ítem fue “Componer íntegramente un trabajo a partir de fragmentos copiados literalmente de páginas Web y/o artículos localizados en Internet”. Las opciones de respuesta son las siguientes: *Nunca*, *1 o 2 veces*, *3 o 4 veces*, *De 5 a 10 veces*, *Más de 10 veces* (1 = *Nunca*; 5 = *Más de 10 veces*).

Los autores analizaron las respuestas ítem por ítem, pero el instrumento permite diversas estrategias de análisis, ya sea considerar a los ítems individualmente como acumular las puntuaciones para las diversas dimensiones propuestas. En el presente caso, se promediaron los ítems para cada una de las dos dimensiones y se conformó una media final para cada subescala, además de obtener la media de la puntuación global. No obstante, y tal como se detalla más abajo, solo se utiliza la puntuación total en el análisis correspondiente.

Se utilizó la terminología empleada por Comas et al. (2011), quienes utilizaron 17 escenarios/ítems para evaluar la frecuencia declarada y atribuida de estos comportamientos entre el alumnado, pero se añadieron los tres ítems que los autores no utilizaron de los 20 que se incluían en las dimensiones originales que planteaban Sureda Negre et al. (2009). Ningún ítem se puntúa de forma inversa. La versión final del presente trabajo incluye los siguientes 11 ítems: 1, 2, 3, 4, 8, 9, 11, 12, 13, 18 y 19. Los primeros cuatro corresponden a la dimensión o subescala “Acciones académicamente incorrectas relativas al desarrollo de exámenes” y los otros siete a la dimensión o subescala “Acciones académicamente incorrectas relativas a la elaboración y presentación de trabajos académicos”.

En todo caso, se sustituyeron algunos términos para hacerlos comprensibles a los/as participantes (por ejemplo, se reemplazó el término “chuletas” por “machetes”).

Además, como los autores no presentaban una consigna, se añadió la siguiente: “A continuación, se presentan una serie de enunciados que reflejan conductas que se pueden llevar a cabo en la Universidad. Por favor, indicá (con una “X”) la frecuencia con la que llevaste a cabo dicha conducta durante tu carrera universitaria. Recordá que tus respuestas son confidenciales y anónimas. Sólo nos interesa conocerlas con fines científicos. Por favor, sé tan honesto/a como sea posible. ¡Muchas gracias por tu colaboración!”.

Los autores no presentan indicadores de fiabilidad de la encuesta. Para la presente muestra los coeficientes de fiabilidad (alfa ordinal), al considerar las dos subescalas de 4 y 7 ítems (Exámenes y Trabajos Académicos, respectivamente) fueron: Exámenes: (.86) y Trabajos Académicos: (.83). Como se ha decidido considerar a la Deshonestidad Académica, a fines de los análisis estadísticos, como un constructo único con una sola puntuación, también se ha calculado el alfa ordinal para el conjunto de los 11 ítems: .91.

Por otro lado, debido a que el instrumento no se encontraba estandarizado, se realizó un Análisis Factorial Exploratorio (AFE). Tanto el AFE como el Análisis Factorial Confirmatorio (AFC) se realizaron con los 171 casos de la muestra. Tal como se indicó más arriba, el AFE, que se realizó con el software Factor (v. 10.8.01), permitió determinar la versión final del cuestionario, que consta de 11 ítems. Dado que con 20 ítems el modelo no

ajustaba correctamente, se ensayaron distintas soluciones factoriales y se arribó a la solución final de 11 ítems, divididos en dos factores. Se consideraron todos aquellos ítems que saturaron .40 o más en una sola dimensión (Costello & Osborne, 2005). Reportamos la prueba de Kaiser-Meyer-Olkin (KMO) y la prueba de esfericidad de Bartlett, y luego la varianza explicada por cada factor y la confiabilidad. Para el AFE (con Rotación Varimax Normalizada): $KMO = .78$ y $\chi^2(55) = 620.1$, $p < .001$. La varianza explicada por el factor denominado Exámenes fue de 26.4% y la del factor denominado Trabajos Académicos fue de 33.3%, con una consistencia interna (alfa ordinal) de .796 y .840, respectivamente. Por otro lado, a través de la realización del AFC (ver Figura 6 en Anexo 14), el modelo de dos subescalas se ajustó correctamente a los datos de la presente muestra: $RMSEA = 0.0831$ [0.06; 0.106], $NNFI = 0.946$; $CFI = 0.958$; $IFI = 0.958$, en tanto el Chi cuadrado, $\chi^2(43, N = 171) = 284.32$, $p < .001$ ¹. No obstante, como ya se señalara, en los análisis pertinentes solo se considera a la Deshonestidad Académica como un constructo único integrado por el conjunto de los 11 ítems.

9.4. Procedimiento

Los/as participantes fueron contactados mediante anuncios colocados en las carteleras de las distintas Facultades de la Universidad de Belgrano. Los anuncios indicaban que se solicitaba la inscripción de estudiantes de 18 a 29 años para participar en una Investigación en Psicología, que les permitiría obtener créditos académicos. Con las personas que se contactaban mediante correo electrónico se coordinaba un encuentro individual en un aula u oficina de investigación de la Universidad.

En dicho encuentro, en primer lugar, los/as participantes recibieron una hoja de consentimiento informado estándar (ver Anexo 1). En todos los casos, aceptaron participar voluntariamente en la investigación y recibieron una copia firmada por el investigador. Se les impartió la siguiente consigna: “Estamos realizando una investigación en el área de psicología social y del desarrollo que consiste de dos partes. En primer lugar, responder a una entrevista

¹ Alternativamente, se realizó un Análisis Factorial Exploratorio (AFE) con 71 sujetos de la muestra y con los 100 restantes se llevó a cabo el Análisis Factorial Confirmatorio (AFC). Para el caso del AFE (con Rotación Varimax Normalizada) realizado con 71 sujetos –también a través del software Factor (misma versión)–: $KMO = .79$ y $\chi^2(55) = 303.1$, $p < .001$. La varianza explicada por el factor denominado Exámenes fue de 29.2% y la del factor denominado Trabajos Académicos fue de 36.1%, con una consistencia interna (alfa ordinal) de .829 y .864, respectivamente. El AFC con 100 sujetos arrojó resultados similares al realizado con 171 sujetos: el modelo de dos subescalas se ajustó correctamente a los datos de la presente muestra: $RMSEA = 0.0825$ [0.472; 0.115], $NNFI = 0.947$; $CFI = 0.958$; $IFI = 0.959$, en tanto el Chi cuadrado, $\chi^2(43, N = 100) = 585.10$, $p < .001$.

individual. A continuación, hay que responder a una serie de cuestionarios. En ningún caso hay respuestas correctas ni incorrectas. Por lo tanto, es importante responder con la mayor sinceridad posible”. En primer lugar, recibieron el Cuestionario Sociodemográfico. Luego, respondieron a la entrevista. Las mismas fueron grabadas, con el consentimiento de los participantes, para su posterior transcripción y análisis. Por último, respondieron a la batería de cuestionarios del estudio. Previamente a la administración del último cuestionario (Deshonestidad Académica), se les dijo a los participantes: “Recordá que las respuestas son confidenciales y solo nos interesan con fines de investigación”.

Se decidió administrar la entrevista antes que la batería de cuestionarios para no sesgar las respuestas de los participantes en aquella. En cuanto a los cuestionarios, se decidió, debido a su contenido, administrar en último lugar el Cuestionario para evaluar la Deshonestidad Académica.

En relación con las garantías éticas de la investigación, tal como ya se señaló, se administró un consentimiento informado, que ofrecía información sobre la confidencialidad y anonimato de la participación, objetivos generales de la misma y planes de difusión de los datos, voluntariedad de la participación y posibilidad de interrumpir la participación en cualquier momento, además del contacto del investigador responsable y del co-director del presente trabajo y supervisor de la recolección de datos en Argentina. Para comenzar con la administración de la entrevista y los cuestionarios fue un requisito necesario que el/la participante señalase con una “X” su acuerdo para formar parte del estudio y que, a continuación, firmase el mismo (ver Anexo 1).

Además, la investigación contó con la autorización y el aval ético de las autoridades de la Universidad de Belgrano (Argentina) antes de la recolección de datos, y la Decana de la Facultad de Humanidades autorizó la difusión de las actividades con su firma en los *flyers* colocados en las distintas Bedelías y en los que se convocaba a los participantes. Al respecto, cabe destacar que las actividades se realizaron en aulas o dependencias de investigación del edificio de la Universidad como una de las actividades que se ofrece a los/as alumnos/as a cambio de créditos académicos. A través de su Secretaria Coordinadora de la Comisión de Políticas de Investigación, la Universidad brindó un informe del aval ético al proyecto de investigación llevado a cabo en el contexto de dicha institución (ver Anexo 15).

9.5. Codificación de datos y plan de análisis estadísticos

El análisis de datos se realizó principalmente con el paquete estadístico SPSS 24. Se explican aquí algunos aspectos de la codificación de la entrevista y de los cuestionarios que no fueron explicados previamente.

En relación con el Cuestionario Sociodemográfico, a fines de realizar los análisis de regresión, se creó una variable *dummy* y se categorizó a las participantes de género femenino con el valor “0”, mientras que a los participantes de género masculino se les asignó el valor “1”.

Para la variable Identidad Moral, codificada a partir de la Entrevista de Autocomprensión, en primer lugar se creó una matriz de datos, en las que en las filas se enumeró para cada participante la totalidad de las unidades de análisis (*chunks*) utilizadas y en las columnas se listaron los cuatro valores (VEiN's) de la codificación inicial (Benevolencia, Universalismo, Poder y Logro), sus combinaciones posibles y, por último, una columna que era la suma de dichas combinaciones –Integración de Valores– (ver Tabla 2). Se asignó el valor 1 cuando dicho valor o combinación estaba presente y un 0 cuando estaba ausente. La columna de Integración de Valores incluía un 1 cada vez que cualquier combinación de valores estaba presente. Luego se estableció la proporción para cada valor individual al dividir la frecuencia de dicho valor por el total de unidades de análisis utilizadas por el/la participante. Para las combinaciones de valores y para la columna Integración de Valores, se dividió la frecuencia por el total de unidades de análisis donde al menos alguno de los cuatro valores estuviera presente. Las múltiples posibilidades de combinaciones se descartaron del análisis final y se integran en la variable Integración de Valores. Solo se reporta, en la Tabla 2, el porcentaje medio por participante que recibió cada clasificación original para brindar una información más detallada sobre el peso relativo de cada combinación (también se reflejan allí los porcentajes de otras clasificaciones originales que conforman las otras dimensiones). Se ilustra a continuación cómo se codificaron los cuatro valores y la dimensión Integración de Valores. Por ejemplo, si un/a participante utilizó diez unidades (*chunks*), en las cuales dos eran Benevolencia, dos eran Poder, una era Benevolencia+Poder y las cinco unidades restantes no tenían valores asignados se categorizó del siguiente modo: Benevolencia (.30, tres menciones sobre diez unidades totales), Poder (.30, tres menciones sobre diez unidades totales), Integración de Valores (.20, una mención sobre cinco unidades con valores presentes). Este es un tratamiento similar al realizado por Frimer y Walker (2009). Además, para los análisis definitivos, las dimensiones Benevolencia y Universalismo fueron

promediadas y con ello se obtuvo la dimensión Autotrascendencia. Lo mismo se hizo con el Poder y el Logro, alcanzándose así la dimensión Autopromoción. Por último, dado que se trata de proporciones, se realizó una transformación logarítmica natural (Cohen et al., 2003) de las tres variables a utilizar: Autotrascendencia, Autopromoción e Integración de Valores.

Los cuestionarios para evaluar la Conducta Prosocial, Empatía, Deshonestidad Académica y Apego se puntuaron de acuerdo a lo explicado previamente en la descripción de los instrumentos. Las puntuaciones varían del 1 al 5 en los tres primeros casos y del 1 al 7 en el cuestionario de Apego. En todos estos casos, para cada participante, las subescalas se calcularon sumando la puntuación de los ítems que componían cada subescala y dividiendo ese valor por la cantidad de ítems de la subescala en cuestión. La puntuación global en Deshonestidad Académica se obtuvo sumando la puntuación total en el conjunto de los ítems y dividiéndola por 11. El cuestionario de Deseabilidad Social solo tiene dos opciones de respuesta (Verdadero y Falso). Al seguir el criterio explicado en el apartado dedicado a este cuestionario se obtiene una puntuación para los participantes que puede oscilar entre 0 y 33. El aumento en dicha puntuación implica una mayor deseabilidad social. Para el presente estudio no se siguió el procedimiento de Cosentino y Castro Solano (2008), consistente en sumar la frecuencia de las respuestas, sino que se dividió el puntaje total por la cantidad de ítems y se obtuvo una puntuación media para cada participante.

En cuanto a los valores perdidos (*missing*), estos fueron muy escasos. En el cuestionario PTM solo hubo dos valores perdidos en toda la muestra. En el caso del IRI, fueron cuatro. En el ECR, hubo 35 valores perdidos. Para el cuestionario de Deseabilidad Social, los valores perdidos fueron tres. Por último, para el Cuestionario para evaluar la Deshonestidad Académica no hubo valores perdidos. No obstante, cuando había un valor perdido, se siguió el procedimiento que se describe a continuación: se asignó el valor promedio, para el participante en cuestión, de la subescala a la que correspondía el ítem para el cual faltaba el valor (o del total para la Deseabilidad Social). Por ejemplo, si en el cuestionario ECR, faltaba un valor en un ítem par (correspondiente a la subescala Ansiedad, compuesta por 18 ítems), se le asignó el valor promedio que había obtenido dicho participante en los otros 17 ítems de dicha subescala.

Más estrictamente en relación con el plan de análisis estadísticos, se realizaron inicialmente análisis preliminares. Estos incluyen análisis descriptivos de las diversas variables estudiadas, que informan no solo sobre las medias, desviaciones típicas y otros valores, sino también sobre la asimetría y curtosis, brindando información para evaluar el cumplimiento del supuesto de normalidad. También se realizaron, para las diversas variables

del estudio, un análisis descriptivo y bivariado (prueba *t* para muestras independientes) en función del Género (incluyendo la verificación del cumplimiento de los supuestos necesarios) y uno bivariado (correlacional) en función de la Edad y la Deseabilidad Social. La primera es una variable sociodemográfica y la segunda es una variable de control que se incluyeron en el segundo y el primer bloque de las regresiones múltiples jerárquicas llevadas a cabo, respectivamente. Dado que la regresión múltiple jerárquica realizada para la deshonestidad académica incluye también el Curso de la carrera (o Año de cursada) en el que estaba el/la alumno/a, se llevó a cabo un análisis correlacional de esa variable con la variable dependiente y con las dimensiones de la Empatía, el Apego y la Identidad Moral, que se presenta al momento de reportar dicho análisis.

A continuación, se llevaron a cabo correlaciones bivariadas de Pearson entre las diversas variables estudiadas en la muestra general. Además, se realizaron dos análisis de correlaciones más, esta vez en función del Género de los/as participantes.

El siguiente paso consistió en la comprobación del cumplimiento de los supuestos necesarios para la realización de regresiones lineales múltiples: normalidad de las variables, no multicolinealidad, linealidad (para cada predictor y para el conjunto de ellos en relación con la variable dependiente), no autocorrelación de los errores, homocedasticidad y normalidad de los residuales de la regresión.

A continuación, se establecieron, como análisis principal, diversos análisis de regresión lineal múltiple jerárquica para cada variable criterio, estrictamente para cada subescala de la Conducta Prosocial y para la Deshonestidad Académica. Estos análisis están destinados a investigar lo planteado en los objetivos específicos 1, 2 y 4 y, en el caso de las interacciones, a aquello establecido en el objetivo específico 5. En dichos análisis se ingresaron como predictores a las variables sociodemográficas (Género y Edad), las distintas dimensiones del Apego, la Identidad moral y la Empatía (y eventuales interacciones) y, en un primer bloque, para evaluar su influencia por separado, a la Deseabilidad Social. El primer bloque del análisis para la Deshonestidad Académica incluye, como se mencionó, al Curso de la carrera. Para el Apego, se incluyeron las subescalas de Evitación y Ansiedad. En el caso de la Identidad Moral, se incluyeron las dimensiones Autotrascendencia, Autopromoción e Integración de Valores. Para la Empatía, se tomaron en consideración tres de las cuatro subescalas que integran el constructo (Preocupación Empática, Toma de Perspectiva y Malestar Personal). La Fantasía fue excluida en función de razones teóricas y de los análisis estadísticos preliminares y correlacionales realizados. En cuanto a la Conducta Prosocial, se consideró por separado a las seis subescalas que se extraen de la medida de la misma

(Altruista, Pública, Emocional, Urgente/Crisis, Complaciente y Anónima). En lo que respecta a la Deshonestidad Académica, se consideró la puntuación global.

En las regresiones múltiples jerárquicas las variables se van ingresado en distintos bloques. En este caso, en cada bloque se utilizó el procedimiento de selección “Enter”, en el que todas las variables de un mismo bloque son ingresadas en un solo paso. Para todas las variables dependientes se utilizó el mismo orden y contenido de los bloques, excepto para el Curso de la carrera o Año de cursada, que solo se incluye para la Deshonestidad Académica, y para las interacciones. Estas últimas incluyeron distintos predictores según la variable dependiente en cuestión. El criterio seleccionado consistió en ingresar en el primer bloque a la Deseabilidad Social (y el Curso de la carrera en el caso mencionado), factor/es que se pretendió controlar, en el segundo bloque a las variables sociodemográficas de interés (Género, Edad), en el tercer bloque a las dimensiones de la variable Apego, en el cuarto bloque a las dimensiones de la variable Identidad Moral y en el quinto bloque a las dimensiones de la variable Empatía. El sexto bloque incluyó las interacciones de dos vías, en el caso de que hubiera interacciones significativas. De este modo, y de acuerdo a los postulados teóricos establecidos en este trabajo, los modelos estuvieron constituidos de la siguiente manera:

Modelo 1: Deseabilidad Social (para la Deshonestidad Académica también el Curso de la carrera)

Modelo 2: Se incluyó, además de la/s anterior/es, a las variables sociodemográficas Género y Edad

Modelo 3: Se incluyó, junto a todas las anteriores, a la Evitación y la Ansiedad (dos dimensiones del constructo Apego)

Modelo 4: Se incluyó, además de todas las anteriores, a la Autotrascendencia, la Autopromoción y la Integración de Valores (tres dimensiones del constructo Identidad Moral)

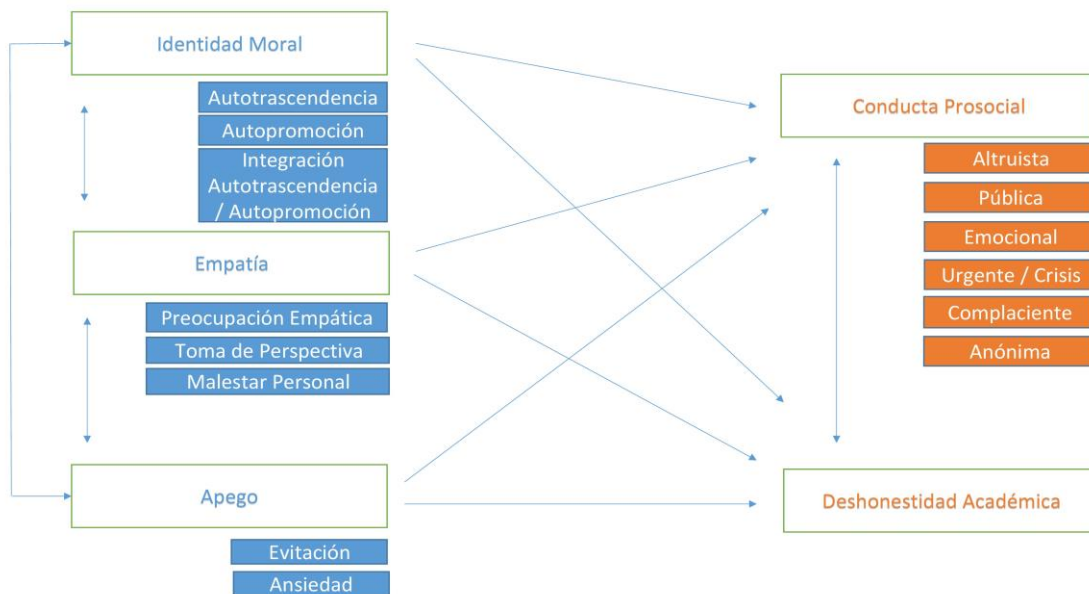
Modelo 5: Se incluyó, junto a todas las anteriores, a la Preocupación Empática, la Toma de Perspectiva y el Malestar Personal (tres de las dimensiones del constructo Empatía)

Modelo 6: Se incluyó, además de todas las anteriores, a las interacciones de dos vías significativas, en el caso de que las hubiera.

Por otro lado, la Figura 7 muestra un esquema general de las relaciones a examinar.

Figura 7

Esquema de las relaciones a examinar entre las variables



Más allá de ello, se describen a continuación los análisis de moderación realizados para evaluar las interacciones descritas. Asimismo, se realizaron análisis de mediación, que también se describen posteriormente en detalle. En relación con los análisis de moderación, es necesario señalar que los mismos poseen un carácter exploratorio. Ello se debe al abordaje utilizado, que se debe a la escasez, más allá de algunos estudios puntuales, de antecedentes empíricos y teóricos acerca de posibles interacciones de las dimensiones utilizadas para los constructos Empatía, Apego e Identidad Moral en la predicción de la Conducta Prosocial multidimensional y la Deshonestidad Académica. Así, se evaluaron todas las combinaciones posibles entre los factores sociodemográficos y las dimensiones de Empatía, Apego e Identidad Moral, lo que constituye 45 pares posibles, que se exploraron a priori. Aquellas que resultaron significativas fueron evaluadas junto a aquellas que tenían alguna dirección teóricamente esperable, a pesar de las inconsistencias señaladas, y aunque estas no hubieran resultado significativas. Por ejemplo, las interacciones del Género con todas las otras

variables para el análisis para la Deshonestidad Académica o la de la Preocupación Empática y la Toma de Perspectiva para la Conducta Prosocial. De este modo, siguiendo a Dawson (2014), quien lo sugiere como un procedimiento adecuado que permite una interpretación óptima de las interacciones significativas, se removieron los términos de interacción no significativos y se estableció un modelo definitivo. Todas las variables continuas que se incluían en una interacción fueron centradas. Además de evaluar la significación de una interacción, que indica que la relación entre una variable independiente y la dependiente varía sistemáticamente en función de un moderador, que modera linealmente dicha relación [proceso que Hayes (2018) define como *testing*], existe la posibilidad de indagar más específicamente sobre ella a través de lo que Hayes denomina como exploración o indagación (*probing*). Ello se llevó a cabo a través de un análisis post-hoc de pendientes simples (*simple slopes*), para valorar el o los niveles del moderador en el que los efectos condicionales eran significativos. Para ello, se utilizó la macro Process para SPSS (versión 3.5), modelo 1. Asimismo, se utilizaron los datos informados por Process para graficar los señalados efectos condicionales, para lo que se utilizó la herramienta ModGraph-I (Jose, 2013).

Por último, también mediante la macro Process, se realizaron análisis de mediación, que fueron diferentes según la variable antecedente en cuestión. Estos análisis permiten dar cuenta del objetivo específico 6. Más específicamente, se realizaron análisis de mediación paralela múltiple, a través del modelo 4 de Process. Con el sustento de postulaciones teóricas y de la evidencia empírica, se planteó a la Evitación y a la Ansiedad relativas al apego como antecedentes y a distintas dimensiones de la Empatía y de la Identidad Moral como mediadores. Los efectos indirectos de la primera se analizan considerando como mediadores a la Preocupación Empática, la Toma de Perspectiva y la Autotrascendencia. Los efectos indirectos de la Ansiedad se analizan teniendo en cuenta a la Preocupación Empática, la Toma de Perspectiva y el Malestar Personal como mediadores. Estos antecedentes y mediadores se repiten en los análisis de mediación para todas las variables dependientes. En cada análisis se ingresan como covariables (a fin de controlarlas estadísticamente) todas las otras variables independientes del último bloque de la regresión en cuestión.

Por último, para la variable Deshonestidad Académica, se realizó un análisis complementario de comparación de medias entre grupos de estudiantes transgresores/as y no transgresores/as en diversas actividades (exámenes o trabajos de modo indistinto, en alguna de ellas en particular o en ambas actividades). Este análisis está destinado a investigar lo planteado en el objetivo específico 3. Para ello, tras la verificación de los supuestos para la realización de pruebas *t*, se llevaron a cabo pruebas *t* de Welch.

CAPÍTULO X

RESULTADOS

De acuerdo al plan de análisis estadísticos planteado en el apartado del Método, presentaremos en primer lugar los análisis estadísticos descriptivos de las diversas variables. En este caso, se describirán la media, desviación típica, puntuaciones mínimas y máximas, asimetría, curtosis y fiabilidad (para el caso de los cuestionarios, alfa ordinal, alfa de Cronbach, KR-20 –consistencia interna–, y para las dimensiones de la Identidad Moral el Índice Kappa de Cohen). Posteriormente, se mostrarán los resultados de los análisis bivariados vinculados a las variables sociodemográficas y de control del estudio: el género, la edad, la deseabilidad social y, solo para la deshonestidad académica, el curso de la carrera, que se reporta junto al análisis correspondiente a esa variable dependiente.

A continuación, se presentará la tabla de correlaciones de Pearson entre todas las subescalas de las diversas variables para el conjunto de la muestra y se reportarán las correlaciones principales. También se expondrá una tabla de correlaciones de Pearson entre las mismas variables, pero esta vez desagregadas por género.

Luego, se procederá a informar de los resultados obtenidos mediante los análisis de regresiones lineales múltiples jerárquicas. Asimismo, tanto antes como durante la presentación de los resultados de las regresiones, se reportarán los hallazgos sobre la verificación de supuestos para realizar los análisis de regresión lineal múltiple.

A continuación de los modelos de regresión, que incluyen los análisis de moderación, se presentarán las pruebas post-hoc de dichos análisis (pendientes simples –*simple slopes*–), los gráficos para visualizarlas y, luego, se reportarán los análisis de mediación.

Por último, se mostrarán resultados complementarios para el constructo Deshonestidad Académica, que examinan si existen diferencias significativas en las dimensiones de la empatía, el apego y la identidad moral entre los grupos que se diferencian por haber cometido transgresiones (en cualquier tarea de forma indistinta, o bien en exámenes o en trabajos académicos o en ambas tareas) versus los que no cometieron transgresiones. Para ello, se utilizará la prueba *t* de Welch, a partir de la verificación de los supuestos necesarios para las comparaciones de medias entre dos grupos.

10.1. Análisis Preliminares

A continuación, se presentan los análisis preliminares. En primer lugar, la Tabla 3 muestra los análisis descriptivos de las variables del presente estudio.

Tabla 3

Medias, desviaciones típicas, puntuaciones mínimas y máximas, asimetría, curtosis y fiabilidad de las variables del estudio en toda la muestra

| Variable | Subescala | M (DT) | Mín. | Máx. | Asimetría | Curtosis | Fiabilidad |
|-------------------------|------------------------|----------------|------|------|-----------|----------|------------------|
| Empatía | Preoc. Empática | 4.06 (0.64) | 2.25 | 5.00 | -0.68 | 0.10 | .84 ^a |
| | Toma de Perspect. | 3.48 (0.71) | 1.43 | 4.71 | -0.38 | -0.41 | .82 ^a |
| | Malestar Personal | 2.61 (0.73) | 1.00 | 4.83 | 0.41 | 0.42 | .77 ^a |
| | Fantasía | 3.34 (0.82) | 1.14 | 5.00 | -0.25 | -0.47 | .83 ^a |
| Apego | Evitación | 2.63 (0.91) | 1.00 | 5.17 | 0.50 | -0.19 | .87 ^b |
| | Ansiedad | 3.61 (1.09) | 1.17 | 6.28 | 0.11 | -0.66 | .89 ^b |
| Identidad Moral | Autotrascendencia | 0.17 (0.07) | 0.02 | 0.43 | -0.99 | 1.37 | .81 ^d |
| | Autopromoción | 0.23 (0.07) | 0.08 | 0.50 | -0.56 | 0.52 | .72 ^d |
| | Integración de Valores | 0.18 (0.14) | 0.00 | 0.59 | 0.42 | -0.49 | .60 ^d |
| Conducta Prosocial | Altruista | 4.47 (0.62) | 1.80 | 5.00 | -1.57 | 2.66 | .83 ^a |
| | Pública | 1.73 (0.65) | 1.00 | 3.25 | 0.59 | -0.67 | .83 ^a |
| | Emocional | 3.80 (0.64) | 1.75 | 5.00 | -0.21 | -0.03 | .63 ^a |
| | Urgente/Crisis | 3.47 (0.80) | 1.67 | 5.00 | -0.07 | -0.59 | .60 ^a |
| | Complaciente | 4.44 (0.71) | 1.50 | 5.00 | -1.18 | 1.06 | .86 ^a |
| | Anónima | 2.55 (0.92) | 1.00 | 5.00 | 0.16 | -0.54 | .85 ^a |
| Deshonestidad Académica | - | 1.77 (0.54) | 1.00 | 4.18 | -1.03 | 1.57 | .91 ^a |
| Deseabilidad Social | - | 0.43 (0.14) | 0.06 | 0.79 | 0.20 | -0.05 | .71 ^c |

Nota. Las medias (proporciones), desviaciones típicas, puntuaciones mínimas y máximas correspondientes a la Identidad Moral son las concernientes a las variables originales, previas a la transformación logarítmica de esta últimas; la asimetría y curtosis corresponden a las variables tras su transformación logarítmica. Mín. = Puntuación mínima; Máx. = Puntuación máxima; Preoc. Empática = Preocupación Empática; Toma de Perspect. = Toma de Perspectiva; ^a Alfa Ordinal; ^b Alfa de Cronbach; ^c KR-20; ^d Índice Kappa de Cohen

Los valores correspondientes a la asimetría y la curtosis reflejan, en términos generales, un cumplimiento del supuesto de normalidad, con la excepción de la variable Conducta Prosocial Altruista en lo relativo a la curtosis. No obstante, más abajo se tratará este punto en detalle, junto a la comprobación del resto de los supuestos necesarios para llevar a cabo los distintos análisis, en particular la regresiones múltiples jerárquicas.

Por otro lado, la Tabla 4 muestra los análisis bivariados que evalúan las diferencias de Género en las distintas variables del estudio, además de las correlaciones de estas con la Edad y la Deseabilidad Social.

Antes de llevar a cabo la prueba *t* de Student para muestras independientes en función de la variable *Género*, se evaluó la homogeneidad de las varianzas para las distintas variables mediante la prueba de Levene, en donde un valor $p < .05$ indica una violación de dicho supuesto. La prueba de Levene fue significativa solamente para una variable, la Conducta Prosocial Altruista, $F(1,169) = 23.978$, $p < .001$, por lo cual se incumple el mencionado supuesto. Por ello, se informa también del resultado de la prueba *t* de Welch, que es adecuada en el caso de varianzas desiguales y que, al igual que la prueba convencional reportada en la Tabla 4, fue significativa, $t(55.175) = 2.648$, $p = .011$. Además, como se mostrará hacia el final de este capítulo, la prueba *t* de Welch ha sido planteada también como robusta ante un eventual incumplimiento del supuesto de normalidad. Por otro lado, como se verá luego más en detalle, dado el tamaño de la muestra se puede asumir el cumplimiento del supuesto de normalidad por el Teorema Central del Límite (Field, 2018; Pagano, 1999).

Tal como se desprende de la Tabla 4, hubo diferencias significativas en función del *Género* para seis variables. Por el lado de los predictores, para Preocupación Empática, Malestar Personal, Autotrascendencia y Autopromoción y, por el lado de las variables criterio, para la Conducta Prosocial Altruista y para la Pública. Las *mujeres* puntuaron más alto que los hombres en Preocupación Empática, Malestar Personal, Autotrascendencia y Conducta Prosocial Altruista, en tanto los *hombres* lo hicieron en Autopromoción y Conducta Prosocial Pública. En cuanto al tamaño del efecto, en la Tabla 4, debido a la diferencia muestral entre mujeres y varones, se reporta la *g* de Hedges, que es una corrección de la *d* de Cohen, si bien sus diferencias son muy pequeñas (Lakens, 2013). Se interpretará este estadístico según los lineamientos de Cohen (1988) quien, para el estimador *d* sugiere que, en las pruebas *t*, .20 es un tamaño del efecto pequeño, .50 es un tamaño medio y .80 es un tamaño grande. De este modo, las diferencias a favor de las *mujeres* en Preocupación Empática, Malestar Personal y Conducta Prosocial Altruista y aquella a favor de los *hombres* en Conducta Prosocial Pública

Tabla 4

Diferencias de género y correlaciones con la edad y la discapacidad social de todas las variables del estudio

| | Medidas Descriptivas | | | | Análisis Bivariado | | | | |
|------------------------|----------------------|-----------|----------|-----------|--------------------|----------|----------|----------|----------|
| | Mujeres | | Hombres | | Género | | | Edad | D.S |
| | <i>M</i> | <i>DT</i> | <i>M</i> | <i>DT</i> | <i>t</i> (169) | <i>p</i> | <i>g</i> | <i>r</i> | <i>r</i> |
| Preocupación Empática | 4.14 | 0.62 | 3.85 | 0.65 | 2.70 | .008 | .47 | .10 | .10 |
| Toma de Perspectiva | 3.47 | 0.72 | 3.53 | 0.70 | -0.47 | .638 | .08 | .12 | .32*** |
| Malestar Personal | 2.71 | 0.73 | 2.32 | 0.64 | 3.22 | .002 | .56 | -.06 | -.34*** |
| Fantasía | 3.37 | 0.86 | 3.29 | 0.72 | 0.56 | .577 | .10 | -.22** | -.16* |
| Evitación | 2.61 | 0.92 | 2.65 | 0.90 | -0.25 | .802 | .04 | -.16* | -.18* |
| Ansiedad | 3.64 | 1.12 | 3.52 | 1.03 | 0.61 | .540 | .11 | -.17* | -.39*** |
| Autotrascendencia | 0.18 | 0.08 | 0.15 | 0.07 | 2.10 | .037 | .37 | .00 | .10 |
| Autopromoción | 0.22 | 0.07 | 0.27 | 0.07 | -4.34 | .000 | .76 | .03 | .21** |
| Integración de Valores | 0.18 | 0.14 | 0.18 | 0.13 | 0.27 | .790 | .05 | -.03 | .14 |
| Altruista | 4.56 | 0.49 | 4.21 | 0.84 | 3.36 | .001 | .58 | .04 | .24** |
| Pública | 1.64 | 0.62 | 1.97 | 0.67 | -3.01 | .003 | .52 | -.01 | -.12 |
| Emocional | 3.81 | 0.67 | 3.76 | 0.57 | 0.43 | .666 | .08 | .02 | .10 |
| Urgente/Crisis | 3.47 | 0.83 | 3.45 | 0.74 | 0.14 | .892 | .02 | .02 | .13 |
| Complaciente | 4.46 | 0.71 | 4.38 | 0.71 | 0.67 | .502 | .12 | .15* | .11 |
| Anónima | 2.53 | 0.93 | 2.61 | 0.89 | -0.51 | .608 | .09 | .13 | .14 |
| Deshonestidad Acad. | 1.77 | 0.51 | 1.76 | 0.64 | 0.10 | .917 | .02 | -.05 | -.20** |

Nota. Mujeres ($n = 126$), Hombres ($n = 45$). Deshonestidad Acad. = Deshonestidad Académica; D.S. = Discapacidad Social; $g = g$ de Hedges. Los medias y desviaciones típicas correspondientes a la Identidad Moral son los concernientes a las variables originales, antes de la transformación logarítmica de esta últimas; sus correlaciones con la Edad y la Discapacidad Social se llevaron a cabo tras la transformación logarítmica.

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

se sitúan en el rango de un efecto medio o ligeramente por debajo (Preocupación Empática), mientras que la diferencia en Autopromoción a favor de los *hombres* se sitúa casi en valores de un efecto grande y la diferencia en Autotrascendencia en favor de las *mujeres* representa un tamaño pequeño.

En relación con las correlaciones reportadas en la Tabla 4, encontramos, en primer lugar, que la variable *Edad* correlacionó de forma positiva con la prosocialidad Complaciente y de forma negativa con la Fantasía y la Evitación y la Ansiedad relativas al apego, en magnitudes en general pequeñas. Por su parte, la *Discapacidad Social* correlacionó positivamente con la Toma de Perspectiva y de forma negativa con la Ansiedad y el Malestar Personal (en estos casos de forma moderada) y, en menor magnitud, de forma positiva con la

Autopromoción y la prosocialidad Altruista y de forma negativa con la Evitación, la Fantasía y la Deshonestidad Académica.

10.2. Análisis correlacionales

En el presente apartado se reportan los análisis correlacionales entre las dimensiones de las variables predictoras Empatía, Apego e Identidad Moral y las de la variable dependiente Conducta Prosocial y la Deshonestidad Académica. Luego, se presenta el mismo análisis, para las mujeres y los hombres por separado.

La Tabla 5 muestra las correlaciones entre las principales variables del estudio en el conjunto de la muestra. Se destacan aquí las correlaciones significativas, teniendo en cuenta los parámetros de Cohen (1988) en relación con la fuerza o tamaño del efecto: .10 (correlación pequeña o débil); .30 (correlación media o moderada); .50 (Correlación grande o fuerte).

En primer lugar, se destacarán las correlaciones entre las variables predictoras y las variables criterio, comenzando por estas últimas. En cuanto a la *Conducta Prosocial Altruista*, muestra una correlación positiva y moderada con la Preocupación Empática, en tanto resultan más débiles sus relaciones positivas con la Autotrascendencia y la Toma de Perspectiva y negativas con la Evitación y Ansiedad relativas al apego. La *Conducta Prosocial Pública* correlacionó de forma positiva con la Ansiedad y el Malestar Personal y negativa con la Autotrascendencia y la Preocupación Empática, siempre con tamaños del efecto que no llegan a ser medios. La *Conducta Prosocial Emocional* correlacionó positivamente con la Preocupación Empática (moderada-fuerte), en tanto resultan más pequeñas sus relaciones positivas con la Integración de Valores, la Autotrascendencia y la Toma de Perspectiva, y su relación negativa con la Evitación. La *Conducta Prosocial Urgente/Crisis* correlacionó de forma positiva y moderada con la Preocupación Empática, en tanto más débiles fueron sus relaciones con la Autotrascendencia y la Integración de Valores. En cuanto a la *Conducta Prosocial Complaciente*, correlacionó de forma positiva y moderada con la Preocupación Empática y la Autotrascendencia, y en menor medida de forma positiva con la Integración de Valores y de forma negativa con la Evitación. No hubo correlaciones significativas con la *Conducta Prosocial Anónima*. La otra variable criterio, la *Deshonestidad Académica*, presentó una correlación negativa con la Toma de Perspectiva, con un tamaño del efecto de pequeño a medio.

Tabla 5

Correlaciones bivariadas de Pearson entre las subescalas de las variables predictoras Empatía, Apego e Identidad Moral y las subescalas de la variable criterio Conducta Prosocial y la variable criterio Deshonestidad Académica, para toda la muestra

| | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 |
|---------------|---------|--------|--------|------|---------|---------|--------|--------|--------|---------|------|--------|-------|------|-------|----|
| 1.PreocEmp | 1 | | | | | | | | | | | | | | | |
| 2.TomaPersp | .30*** | 1 | | | | | | | | | | | | | | |
| 3.MalestPers | .11 | -.06 | 1 | | | | | | | | | | | | | |
| 4.Fant | .18* | .15* | .14 | 1 | | | | | | | | | | | | |
| 5.Evit | -.31*** | -.15 | .09 | .09 | 1 | | | | | | | | | | | |
| 6.Ans | -.04 | -.24** | .32*** | .16* | .15* | 1 | | | | | | | | | | |
| 7.Autoprom | -.09 | .01 | -.08 | -.00 | -.11 | -.06 | 1 | | | | | | | | | |
| 8.Autotrasc | .32*** | .12 | .06 | .07 | -.23** | -.07 | .06 | 1 | | | | | | | | |
| 9.IntegrVal | .16* | .22** | -.03 | .13 | -.16* | -.11 | .43*** | .49*** | 1 | | | | | | | |
| 10.Altr | .31*** | .19* | -.10 | .02 | -.17* | -.27*** | -.09 | .28*** | .05 | 1 | | | | | | |
| 11.Públ | -.16* | -.10 | .20** | -.01 | .08 | .28*** | .10 | -.17* | .01 | -.51*** | 1 | | | | | |
| 12.Emoc | .47*** | .19* | -.00 | .09 | -.21** | .09 | .06 | .21** | .27*** | .07 | .12 | 1 | | | | |
| 13.Urg/Crisis | .32*** | .13 | -.05 | .11 | -.11 | .12 | .04 | .21** | .21** | .04 | .16* | .60*** | 1 | | | |
| 14.Compl | .39*** | .09 | -.01 | .00 | -.25*** | .04 | .03 | .33*** | .15* | .20** | -.04 | .16* | .22** | 1 | | |
| 15.Anón | .08 | -.06 | -.03 | -.05 | .07 | -.07 | .07 | .09 | -.05 | .01 | .06 | .11 | .21** | .03 | 1 | |
| 16.Deshonest | .00 | -.21** | .13 | .06 | .09 | .11 | .01 | -.07 | -.05 | -.22** | .06 | -.07 | -.09 | -.07 | .19** | 1 |

Nota. Las correlaciones realizadas con las variables Autopromoción, Autotrascendencia e Integración de Valores fueron llevadas a cabo tras su transformación logarítmica, del mismo modo que en los otros análisis correlacionales y de regresión. PreocEmp = Preocupación Empática; TomaPersp = Toma de Perspectiva; MalestPers = Malestar Personal; Fant = Fantasía; Evit = Evitación; Ans = Ansiedad; Autoprom = Autopromoción; Autotrasc = Autotrascendencia; IntegrVal = Integración de Valores (Autotrascendencia/Autopromoción); Altr = Conducta Prosocial Altruista; Públ = Conducta Prosocial Pública; Emoc = Conducta Prosocial Emocional; Urg/Crisis = Conducta Prosocial Urgente/Crisis; Compl = Conducta Prosocial Complaciente; Anón = Conducta Prosocial Anónima; Deshonest = Deshonestidad Académica

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

A continuación, se comentarán las correlaciones entre las variables predictoras. Por un lado, entre las dimensiones de la *Empatía*, encontramos principalmente una correlación positiva y moderada entre Preocupación Empática y Toma de Perspectiva. De forma menos relevante, la fantasía correlaciona de forma positiva, pero débil, con la Preocupación Empática y la Toma de Perspectiva. Por otro lado, en relación a las dimensiones del *Apego*, Evitación y Ansiedad correlacionan de forma positiva, pero con una magnitud desdeñable. En cuanto a las dimensiones de la Identidad Moral, tanto la Autotrascendencia como la Autopromoción correlacionan de forma positiva y moderada con la Integración de Valores, lo que era esperable dado que esta variable se construyó a partir de aquellas dos. Al analizar las correlaciones entre las dimensiones de la *Empatía* y las del *Apego*, las más destacables son la correlación negativa entre Preocupación Empática y Evitación y la correlación positiva entre Ansiedad y Malestar Personal (ambas de magnitud moderada). Más débiles resultan la correlación negativa de la Ansiedad con la Toma de Perspectiva y positiva con la Fantasía. En cuanto a las relaciones entre *Empatía e Identidad Moral*, lo más relevante es la correlación positiva moderada de la Preocupación Empática con los valores de Autotrascendencia. De forma más débil, la Integración de Valores correlacionó positivamente con la Preocupación Empática y Toma de Perspectiva. Por último, en cuanto al vínculo entre *Apego e Identidad moral*, la Evitación correlacionó negativa y débilmente con la Autotrascendencia y la Integración de Valores.

Para concluir, se aludirá a la relación entre las variables criterio entre sí. Respecto de las dimensiones de la *Conducta Prosocial*, lo más relevante resulta la fuerte correlación negativa entre la Altruista y la Pública, y la positiva entre la Emocional y la Urgente/Crisis. Más débiles resultan las relaciones positivas de la Complaciente con la Altruista, la Emocional y la Urgente/Crisis, y de esta con la Anónima y la Pública. Respecto de la relación entre la *Conducta Prosocial* y la *Deshonestidad Académica*, esta correlacionó de forma negativa con la prosocialidad Altruista y de forma positiva con la Anónima, aunque en magnitudes relativamente pequeñas.

Por otro lado, la Tabla 6, muestra las mismas correlaciones, pero para cada Género por separado. Se destacan aquí las que tienen un tamaño del efecto medio/moderado (.30) o superior (en caso de no hacerse alusión al tamaño, se refiere a un efecto medio). En primer lugar, se comentan la relación entre variables predictoras y criterio. En las *mujeres*, para la *Conducta Prosocial Altruista*, la *Emocional* y la *Urgente/Crisis* se encuentra una asociación positiva con la Preocupación Empática. La *Conducta Prosocial Complaciente* correlaciona de

Tabla 6

Correlaciones bivariadas de Pearson entre las subescalas de las variables predictoras Empatía, Apego e Identidad Moral y las subescalas de la variable criterio Conducta Prosocial y la variable criterio Deshonestidad Académica, en función del género

| | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 |
|---------------|----------------|---------------|--------------|-------------|----------------|---------------|--------------|---------------|---------------|----------------|----------------|---------------|---------------|---------------|--------------|---------------|
| 1.PreocEmp | | .29*** | .09 | .21* | -.29*** | -.05 | .03 | .39*** | .21* | .31*** | -.18* | .47*** | .42*** | .39*** | .14 | .04 |
| 2.TomaPersp | <i>.39**</i> | | -.05 | .17 | -.16 | -.26** | .01 | .18* | .25** | .27** | -.11 | .15 | .11 | .10 | -.02 | -.24** |
| 3.MalestPers | <i>.01</i> | <i>-.05</i> | | .15 | .08 | .29*** | -.01 | .03 | -.05 | -.22* | .28** | .02 | .00 | .02 | .01 | .18* |
| 4.Fant | <i>.07</i> | <i>.11</i> | <i>.09</i> | | .03 | .14 | -.03 | .11 | .15 | .00 | -.04 | .08 | .13 | .03 | -.07 | .03 |
| 5.Evit | -.39*** | -.12 | .14 | .30* | | .12 | -.17 | -.21* | -.20* | -.09 | .03 | -.24** | -.15 | -.20* | .01 | .06 |
| 6.Ans | -.05 | -.16 | .41** | .23 | .28 | | -.10 | -.01 | -.12 | -.28** | .28*** | .14 | .13 | .06 | -.04 | .19* |
| 7.AutoProm | -.20 | .05 | -.01 | .17 | .04 | .11 | | .10 | .48*** | -.10 | .09 | .11 | .02 | .09 | .03 | -.02 |
| 8.AutoTrasc | .08 | -.00 | -.02 | -.08 | -.28 | -.28 | .13 | | .45*** | .12 | -.04 | .27** | .28** | .34*** | .19* | -.02 |
| 9.IntegrVal | .02 | .12 | -.01 | .08 | -.06 | -.07 | .38** | .59*** | | -.05 | .09 | .29*** | .15 | .21* | -.07 | -.01 |
| 10.Altr | .24 | .11 | -.11 | .04 | -.33* | -.35* | .13 | .47*** | .22 | | -.45*** | .02 | .08 | .12 | .06 | -.23** |
| 11.Públ | .02 | -.11 | .25 | .12 | .19 | .34* | -.12 | -.37* | -.18 | -.55*** | | .14 | .16 | .02 | .06 | .12 |
| 12.Emoc | .50*** | .32* | -.11 | .15 | -.11 | -.07 | -.05 | .02 | .20 | .16 | .08 | | .63*** | .19* | .12 | -.05 |
| 13.Urg/Crisis | .05 | .18 | .26 | .03 | .01 | .08 | .13 | .02 | .41** | -.05 | .21 | .48*** | | .24** | .25** | -.02 |
| 14.Compl | .39** | .06 | -.19 | -.09 | -.38* | -.02 | -.10 | .27 | -.01 | .34* | -.15 | .19 | .14 | | .04 | .04 |
| 15.Anón | -.06 | -.16 | -.11 | .05 | .24 | -.13 | .16 | -.16 | -.01 | -.05 | .05 | .08 | .11 | .00 | | .14 |
| 16.Deshonest | -.08 | -.16 | .02 | .15 | .17 | -.09 | .10 | -.18 | -.15 | -.23 | -.06 | -.12 | -.28 | -.31* | .30* | |

Nota. El triángulo superior derecho (en negrita) corresponde a las mujeres, en tanto el inferior izquierdo (en itálica) corresponde a los hombres. Las correlaciones realizadas con las variables Autopromoción, Autotrascendencia e Integración de Valores fueron llevadas a cabo tras su transformación logarítmica, del mismo modo que en los otros análisis correlacionales y de regresión. PreocEmp = Preocupación Empática; TomaPersp = Toma de Perspectiva; MalestPers = Malestar Personal; Fant = Fantasía; Evit = Evitación; Ans = Ansiedad; Autoprom = Autopromoción; Autotrasc = Autotrascendencia; IntegrVal = Integración de Valores (Autotrascendencia/Autopromoción); Altr = Conducta Prosocial Altruista; Públ = Conducta Prosocial Pública; Emoc = Conducta Prosocial Emocional; Urg/Crisis = Conducta Prosocial Urgente/Crisis; Compl = Conducta Prosocial Complaciente; Anón = Conducta Prosocial Anónima; Deshonest = Deshonestidad Académica

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

forma directa tanto con la Preocupación Empática como con la Autotrascendencia. En los *hombres*, la prosocialidad *Altruista* se asocia negativamente con la Evitación y la Ansiedad, y positivamente con la Autotrascendencia. La *Conducta Prosocial Pública* correlaciona de forma directa con la Ansiedad e inversamente con la Autotrascendencia. La *Conducta Prosocial Emocional* se asocia positivamente con la Toma de Perspectiva y con la Preocupación Empática, en este caso de forma fuerte. La prosocialidad *Urgente/Crisis* se asocia de forma directa con la Integración de Valores. Por último, la *Conducta Prosocial Complaciente* correlaciona positivamente con la Preocupación Empática, pero negativamente con la Evitación.

Por otro lado, se informa ahora de la relación entre las variables predictoras. En las *mujeres*, se encuentra una correlación positiva entre Preocupación Empática y Autotrascendencia, además de la asociación esperable de la Integración de Valores con la Autotrascendencia y con la Autopromoción (en ambos casos, de forma positiva). En los *hombres*, se hallan correlaciones de la Preocupación Empática con la Toma de Perspectiva (positiva) y con la Evitación (negativa). Además, se observa una asociación directa del Malestar Personal con la Ansiedad. También, se constatan correlaciones, similares a las encontradas en las mujeres, de la Integración de Valores con la Autopromoción y la Autotrascendencia (en este caso, de forma fuerte).

Por último, en cuanto a la relación entre las variables criterio, en el grupo de *mujeres* se encuentra una correlación inversa entre la prosocialidad Altruista y la Pública y una fuerte asociación directa entre la prosocialidad Emocional y la Urgente/Crisis. Entre los *hombres*, además de una relación positiva entre Conducta Prosocial Complaciente y Altruista, se encuentra una fuerte relación negativa de esta última con la Conducta Prosocial Pública. También se encuentra una correlación directa de la Conducta Prosocial Emocional con la Urgente/Crisis. Finalmente, la Deshonestidad Académica, se asocia negativamente con la prosocialidad Complaciente, pero positivamente con la Anónima.

10.3. Regresiones múltiples jerárquicas

El principal análisis estadístico a reportar serán las regresiones múltiples jerárquicas. En ellas no se incluye a la dimensión Fantasía de la Empatía. Esto se debe a la búsqueda de un modelo más parsimonioso y a la ya mencionada escasa relevancia que esta dimensión ha presentado en los antecedentes teóricos y empíricos, junto a la ausencia de correlaciones significativas de la Fantasía con las variables dependientes en el presente estudio.

En los análisis de regresión múltiple jerárquica que se presentarán a continuación, tras la verificación de los supuestos pertinentes, se destacarán un conjunto de indicadores en las tablas respectivas. Por un lado, el coeficiente de determinación múltiple (R^2) y su versión ajustada (R^2 corregido). Ambos valores, R^2 y R^2 corregido, son considerados indicadores del tamaño del efecto y de la varianza total explicada por el modelo (George & Mallery, 2020; Gravetter et al., 2016), respectivamente (Álvarez Cáceres, 2007; Gil Pascual 2011). Más específicamente, el valor R^2 , o coeficiente de determinación múltiple, es definido habitualmente como el valor que refleja la varianza en la variable criterio que es explicada por el conjunto de las variables predictoras (Allison, 1999; Keith, 2019). Es, además, entendido como un estimador del tamaño del efecto (Cohen, 1988; Keith, 2019), similar al estimador Eta cuadrado utilizado en los Análisis de la Varianza (Keith, 2019). Al respecto, Cohen (1988) establece los valores que corresponden a distintos tamaños del efecto en la regresión: .02 (Pequeño); .13 (Medio); .26 (Grande). Por ello, evaluaremos el tamaño del efecto de los distintos análisis según este criterio. En cuanto al R^2 corregido, es también un estimador de la varianza en la variable criterio explicada por los predictores, pero elimina la ventaja que tienen los modelos que incluyen más predictores respecto de otros con menos predictores (Allison, 1999). Además, se considera que el R^2 corregido informa sobre cuánta varianza sería explicada si el modelo se hubiera derivado de la población de la cual se tomó la muestra (Field, 2018). Dado que el presente abordaje incluye múltiples predictores, en particular a través de un análisis de naturaleza jerárquica en el cual se irán incluyendo más predictores en cada bloque, se considerará este indicador para reportar el porcentaje de varianza explicada por el modelo en cuestión. Además, se informa de la magnitud del error típico para cada modelo. Al respecto, se espera que este sea inferior a 1.96, límite establecido para un nivel de significación del 5% (Álvarez Cáceres, 1995). Se reporta, también, el estadístico F (y el valor de p asociado) para evaluar si el cambio en R^2 , modelo a modelo, es significativo. En el informe de los resultados que se añaden las tablas se destaca el valor exacto de cambio en R^2 . Por último, cabe destacar que se indica, para cada modelo, el valor de F para evaluar el ajuste global de la regresión múltiple del modelo en cuestión y su nivel de significación (indicado como F –Global–).

En las tablas de regresión se muestra también el efecto de cada una de las variables predictoras sobre la variable criterio en cada modelo ingresado en el análisis. El estadístico B , o coeficiente de regresión no estandarizado, informa sobre el cambio en la variable criterio resultante del cambio en una unidad en la variable predictora en cuestión y sobre su contribución individual al modelo si los efectos de todos los otros predictores se mantienen

constantes (Field, 2018). El error típico de B informa sobre la variabilidad de B vinculada al muestreo, al indicar cuánto variaría B de una muestra a otra en una población (Field, 2018; Roberts & Roberts, 2021). El coeficiente $Beta$, o coeficiente de regresión estandarizado, por su parte, informa sobre la cantidad de desviaciones típicas en que se modifica la variable criterio cuando el predictor cambia en una desviación típica (Field, 2018). Este coeficiente permitiría comparar valores entre variables predictoras con unidades de medida diferentes y, por tanto, podría aludir a la importancia relativa de las mismas en un modelo (Allison, 1999). De acuerdo con Keith (2019), $Beta$ hace referencia a los efectos directos relativos de cada variable predictora sobre la variable criterio. La prueba t y su nivel de significación permite conocer si un predictor contribuye significativamente a la posibilidad de estimar valores en la variable criterio (Field, 2018), es decir si el efecto de cada variable predictora sobre la variable criterio es estadísticamente significativo ($p < .05$) o no (Freiberg Hofmann & Fernández Liporace, 2015). Para simplificar la presentación de la información, en las tablas se presenta el valor de p , mientras que en el informe de los resultados en el texto se presentan también los intervalos de confianza de los predictores significativos.

10.3.1. Verificación del cumplimiento de supuestos necesarios para los análisis de regresión

Antes de reportar los análisis de regresión múltiple jerárquica se dará cuenta del cumplimiento necesario de algunos supuestos para realizar este procedimiento estadístico. En este apartado, nos ceñiremos al supuesto de normalidad para las variables de forma individual y al de no multicolinealidad en lo concerniente a los cinco primeros bloques de las regresiones, haciéndose alusión también al cumplimiento del supuesto de linealidad para la relación entre cada predictor y las variables dependientes. Otros supuestos, los de linealidad en la relación entre el conjunto de las variables predictoras y la variable criterio, la homocedasticidad, la ausencia de autocorrelación y la normalidad en la distribución de los residuales, serán reportados al momento de la presentación de cada análisis de regresión múltiple jerárquica. Esto obedece tanto a la claridad en la presentación de la información como al hecho de que en algunos casos están vinculados a cada análisis específico. También se hará alusión en cada análisis al supuesto de no multicolinealidad en relación con el sexto bloque, el que incluye las interacciones, que varían para cada análisis.

La normalidad de las variables aisladas puede analizarse a priori. En cuanto a la no multicolinealidad, debido a que depende del contenido de cada bloque de variables

predictoras, será tratada también en el presente apartado porque los cinco primeros bloques –y su orden– serán los mismos para los distintos análisis realizados para las diversas dimensiones de la conducta prosocial. Por ello se encuentran los mismos valores para el factor de inflación de la varianza (FIV) y para la tolerancia. Se presenta una tabla para las dimensiones de la Conducta Prosocial y otra para la Deshonestidad Académica, dado que en esta se añade el Curso de la carrera como variable de control.

En cuanto a la normalidad, si se observa la Tabla 3 (ver pág. 254), en función de la asimetría y curtosis de las variables, solo la Conducta Prosocial Altruista se desviaría del cumplimiento de la normalidad para la curtosis (conservando valores admisibles para la asimetría), siendo valores aceptables para ambos (asimetría y curtosis) aquellos que oscilan entre -2 y 2 (George & Mallery, 2020). Todas las otras variables se sitúan dentro del rango aceptable. Además de ello, se presentan debajo los gráficos Q-Q para todas las variables (excepto para la variable categórica Género) con el fin de complementar la información sobre el supuesto de normalidad. Los gráficos de las dimensiones de la identidad moral se realizan tras la transformación logarítmica de esas variables. Los gráficos muestran que las nubes de puntos no se alejarían sustancialmente de la recta, con la posible excepción de la prosocialidad Altruista (Ver Figuras 8 a 14, para las variables criterio, 15 y 16 para las variables de control, y 17 a 25 para las variables predictoras, incluyendo a la Edad). En todo caso, la normalidad puede sostenerse desde los planteamientos del Teorema Central del Límite, que indica que a medida que las muestras se incrementan (usualmente cuando son mayores a 30 sujetos), la distribución muestral tiene una distribución normal (Field, 2018; Pagano, 1999).

Para evaluar la presencia o ausencia de multicolinealidad, se tendrán en cuenta el factor de inflación de la varianza (FIV) y el valor de tolerancia de cada variable predictora en cada bloque o modelo de los que constituyen el modelo general de regresión múltiple jerárquica planteado. Los valores del factor de inflación de la varianza (FIV) deben ser menores a 10, y el promedio de ellos no debe ser sustancialmente superior a 1, mientras que los de tolerancia deben ser superiores a .20 (Field, 2018).

La Tabla 7 (ver pág. 267) confirma el cumplimiento del supuesto de ausencia de multicolinealidad en los cinco primeros bloques utilizados para las dimensiones de la Conducta Prosocial. Por su parte, la Tabla 8 (ver pág. 268) confirma el cumplimiento del supuesto de no multicolinealidad para los cinco primeros bloques utilizados en la regresión relativa a la Deshonestidad Académica. Al respecto, también se puede destacar que no existen correlaciones muy elevadas entre ninguna de las variables predictoras (ver Tabla 5, pág. 258).

Figura 8

*Gráfico Q-Q –
Prosocialidad Altruista*

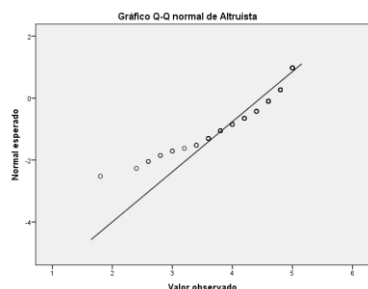


Figura 9

*Gráfico Q-Q –
Prosocialidad Pública*

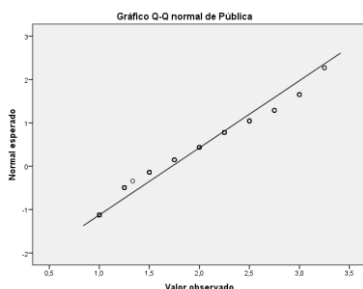


Figura 10

*Gráfico Q-Q –
Prosocialidad Emocional*

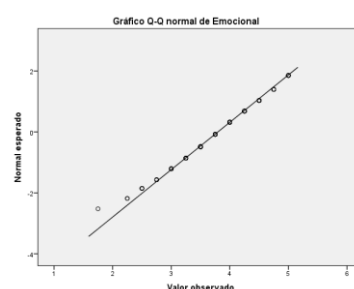


Figura 11

*Gráfico Q-Q –
Prosocialidad Urgente/Crisis*



Figura 12

*Gráfico Q-Q –
Prosocialidad Complaciente*

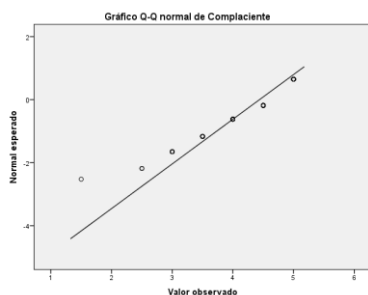


Figura 13

*Gráfico Q-Q –
Prosocialidad Anónima*

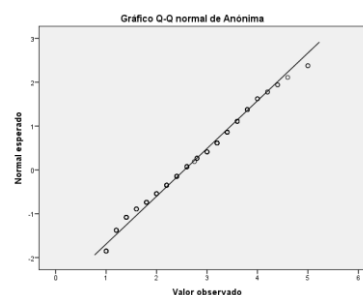


Figura 14

*Gráfico Q-Q –
Deshonestidad Académica*

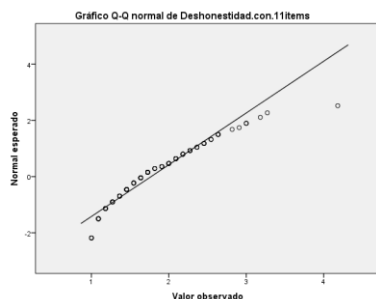


Figura 15

*Gráfico Q-Q –
Deseabilidad Social*

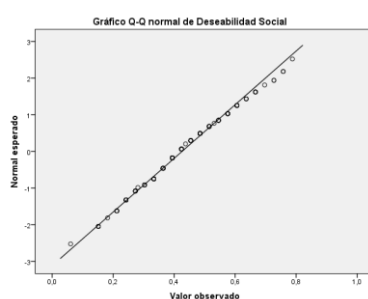


Figura 16

*Gráfico Q-Q –
Curso de la carrera*

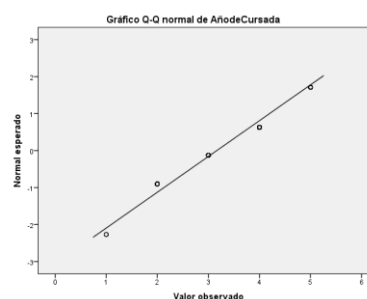


Figura 17

Gráfico Q-Q –
Edad

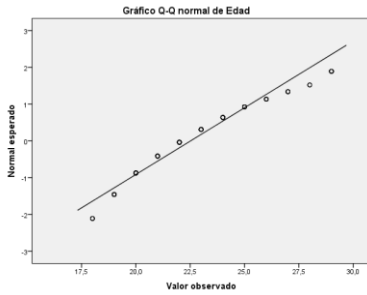


Figura 18

Gráfico Q-Q –
Preocupación Empática

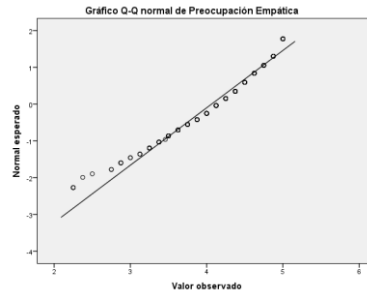


Figura 19

Gráfico Q-Q –
Toma de Perspectiva



Figura 20

Gráfico Q-Q –
Malestar Personal



Figura 21

Gráfico Q-Q –
Evitación

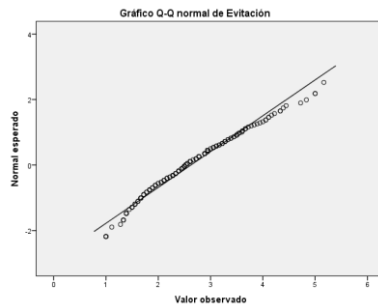


Figura 22

Gráfico Q-Q –
Ansiedad

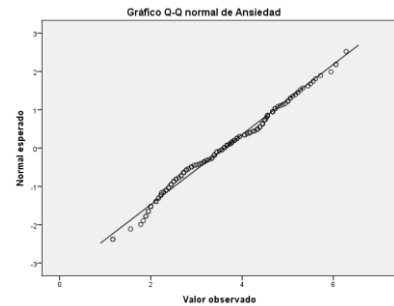


Figura 23

Gráfico Q-Q –
Autotrascendencia

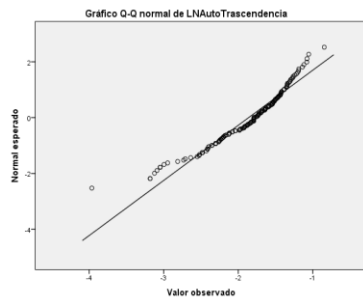


Figura 24

Gráfico Q-Q –
Autopromoción

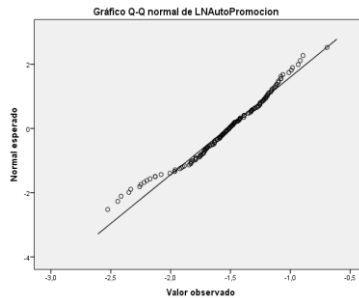


Figura 25

Gráfico Q-Q –
Integración de Valores

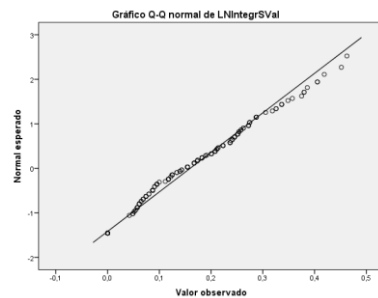


Tabla 7

Factor de inflación de la varianza (FIV) y tolerancia para cada variable predictora en los cinco primeros bloques de las regresiones múltiples jerárquicas para las dimensiones de la Conducta Prosocial

| Bloque | Variable | FIV | Tolerancia |
|--------|------------------------|-------|------------|
| 1 | Deseabilidad Social | 1.000 | 1.000 |
| 2 | Deseabilidad Social | 1.008 | .992 |
| | Género | 1.039 | .963 |
| | Edad | 1.038 | .964 |
| 3 | Deseabilidad Social | 1.204 | .830 |
| | Género | 1.043 | .959 |
| | Edad | 1.085 | .921 |
| | Evitación | 1.068 | .936 |
| | Ansiedad | 1.210 | .826 |
| 4 | Deseabilidad Social | 1.247 | .802 |
| | Género | 1.182 | .846 |
| | Edad | 1.091 | .917 |
| | Evitación | 1.125 | .889 |
| | Ansiedad | 1.219 | .821 |
| | Autotrascendencia | 1.429 | .700 |
| | Autopromoción | 1.459 | .686 |
| | Integración de Valores | 1.690 | .592 |
| 5 | Deseabilidad Social | 1.433 | .698 |
| | Género | 1.283 | .779 |
| | Edad | 1.106 | .904 |
| | Evitación | 1.205 | .830 |
| | Ansiedad | 1.296 | .771 |
| | Autotrascendencia | 1.504 | .665 |
| | Autopromoción | 1.523 | .656 |
| | Integración de Valores | 1.779 | .562 |
| | Preocupación Empática | 1.370 | .730 |
| | Toma de Perspectiva | 1.309 | .764 |
| | Malestar Personal | 1.290 | .775 |

Por último, si bien los valores y gráficos serán presentados junto a cada una de las regresiones múltiples jerárquicas realizadas para cada variable dependiente, se destacan aquí los criterios para el cumplimiento de los supuestos restantes. En cuanto a la linealidad de la relación entre el conjunto de los predictores y la variable dependiente y la homocedasticidad, ambos se indagan a través del gráfico de dispersión de los residuos (ZPred vs. ZResid) de la variable criterio en cuestión. Para la linealidad, se traza una curva de LOESS, en búsqueda de

Tabla 8

Factor de inflación de la varianza (FIV) y tolerancia para cada variable predictora en los cinco primeros bloques de la regresión múltiple jerárquica para la Deshonestidad Académica

| Bloque | Variable | FIV | Tolerancia |
|---------------------|------------------------|-------|------------|
| 1 | Deseabilidad Social | 1.015 | .985 |
| | Curso de la carrera | 1.015 | .985 |
| 2 | Deseabilidad Social | 1.020 | .980 |
| | Curso de la carrera | 1.377 | .726 |
| | Género | 1.045 | .957 |
| | Edad | 1.407 | .711 |
| 3 | Deseabilidad Social | 1.224 | .817 |
| | Curso de la carrera | 1.386 | .722 |
| | Género | 1.049 | .953 |
| | Edad | 1.472 | .679 |
| | Evitación | 1.068 | .936 |
| | Ansiedad | 1.217 | .822 |
| 4 | Deseabilidad Social | 1.265 | .791 |
| | Curso de la carrera | 1.394 | .717 |
| | Género | 1.193 | .838 |
| | Edad | 1.478 | .676 |
| | Evitación | 1.125 | .889 |
| | Ansiedad | 1.225 | .816 |
| | Autotrascendencia | 1.430 | .700 |
| | Autopromoción | 1.464 | .683 |
| 5 | Integración de Valores | 1.694 | .590 |
| | Deseabilidad Social | 1.446 | .692 |
| | Curso de la carrera | 1.425 | .702 |
| | Género | 1.293 | .774 |
| | Edad | 1.491 | .671 |
| | Evitación | 1.206 | .829 |
| | Ansiedad | 1.303 | .767 |
| | Autotrascendencia | 1.506 | .664 |
| | Autopromoción | 1.532 | .653 |
| | Integración de Valores | 1.784 | .561 |
| | Preocupación Empática | 1.396 | .716 |
| Toma de Perspectiva | 1.311 | .763 | |
| Malestar Personal | 1.297 | .771 | |

una desviación mínima respecto de la línea media (Keith, 2019), en tanto para la homocedasticidad se busca una adecuada dispersión de la nube de puntos (Field, 2018). Cabe destacar que la linealidad de la relación entre cada predictor y los residuales de cada regresión

también fue evaluada siguiendo el mismo procedimiento, una posibilidad señalada por Keith (2019), no encontrándose relaciones curvilíneas. Por otro lado, la normalidad en la distribución de los residuales se indaga mediante gráficos P-P de residuales estandarizados, a la espera de que los puntos se ajusten a la línea (Keith, 2019). Por último, para el examen de la no autocorrelación de los errores, se considera el test de Durbin-Watson, cuyos valores varían entre 1 y 4, asumiéndose la independencia de los residuos si el valor se encuentra entre 1 y 3, de acuerdo con Field (2018).

10.3.2. Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Altruista

Se evaluó la capacidad predictiva de las diversas variables predictoras sobre la variable criterio *Conducta Prosocial Altruista* a través de un análisis de regresión múltiple jerárquica.

Previo al análisis de regresión múltiple jerárquica para la variable criterio *Conducta Prosocial Altruista* se verifican los supuestos no reportados previamente. Por un lado, se presentan aquí los valores relativos al cumplimiento del supuesto de no multicolinealidad del sexto bloque de la regresión. Ello se reporta en la Tabla 9.

Tabla 9

Factor de inflación de la varianza (FIV) y tolerancia para cada variable predictora en el último bloque de la regresión múltiple jerárquica para la Conducta Prosocial Altruista

| Bloque | Variable | FIV | Tolerancia |
|--------|------------------------------|-------|------------|
| 6 | Deseabilidad Social | 1.445 | .692 |
| | Género | 1.322 | .757 |
| | Edad | 1.139 | .878 |
| | Evitación | 1.212 | .825 |
| | Ansiedad | 1.319 | .758 |
| | Autotrascendencia | 2.004 | .499 |
| | Autopromoción | 1.550 | .645 |
| | Integración de Valores | 1.918 | .521 |
| | Preocupación Empática | 1.414 | .707 |
| | Toma de Perspectiva | 1.332 | .751 |
| | Malestar Personal | 1.292 | .774 |
| | Preocupación Empática x Edad | 1.122 | .891 |
| | Autotrascendencia x Género | 1.568 | .638 |

Además, tal como se adelantó, el examen del supuesto de no autocorrelación se evalúa mediante el test de Durbin-Watson, cuyo valor en este caso es de 2.049 (ver Tabla 10, pág. 272), encontrándose dentro del rango aceptable de 1 a 3. En cuanto a la homocedasticidad se indaga a través del gráfico de dispersión de los residuos (ver Figura 26). La linealidad se establece a través de la curva trazada en el mismo gráfico. La inspección visual del gráfico no permite determinar con claridad si la dispersión de la nube de puntos es adecuada. No obstante, Keith (2019) sostiene que la regresión es una herramienta bastante robusta (*fairly robust*) a una eventual violación del supuesto de homocedasticidad y Hayes (2018) afirma que violaciones ligeras no son preocupantes. En cualquier caso, ello no afecta a los coeficientes de regresión, sino a los errores típicos y a la significación estadística (Keith, 2019). Más allá de esto, siguiendo a Cohen et al. (2003), se ensayó una transformación logarítmica de la variable dependiente (prosocialidad *Altruista*) y los resultados no difirieron sustancialmente de los resultados presentados aquí en ningún aspecto, no solo en la significación de los modelos y los coeficientes de los predictores y su jerarquía relativa, sino tampoco en la significación estadística de los predictores (es decir, ningún predictor significativo se transformó en no significativo ni viceversa). Por otro lado, los supuestos de linealidad y normalidad de los residuales (para esta última, ver Figura 27) no aparecen como problemáticos.

Figura 26

Análisis de homocedasticidad de los residuos y linealidad (Altruista)

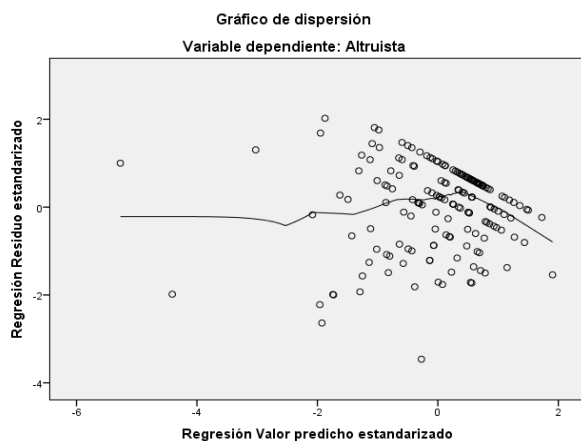
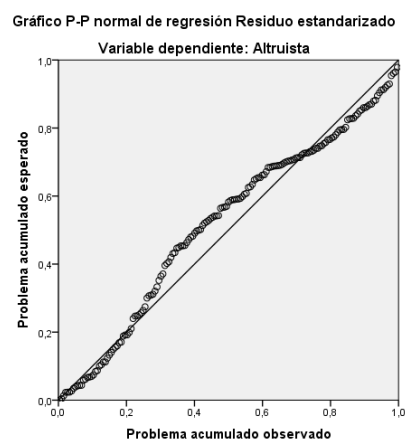


Figura 27

Análisis de normalidad de los residuales (Altruista)



A continuación, se detalla el análisis para la *Conducta Prosocial Altruista*. Como en todos los análisis, solo se señalará, en cada bloque, los predictores significativos. Tal como se observa en la Tabla 10 (ver pág. 272), el primer modelo incluye solo a la Deseabilidad Social,

que resulta ser un predictor significativo positivo, explicando un 5,1% de la varianza en la *Conducta Prosocial Altruista*. En el modelo 2, que explica el 11,9% de la varianza, se añade a aquella variable, que mantiene la misma dirección, el Género (femenino) como predictor significativo. El ingreso de las variables sociodemográficas implica un cambio significativo en R^2 (.077). En el modelo 3, que explica el 15,4% de la varianza, tanto la Deseabilidad Social –en un sentido positivo– como el Género (femenino) continúan siendo predictores significativos, añadiéndose además la Ansiedad relativa al apego (en un sentido negativo). Esta inclusión de las dimensiones del apego da lugar a un cambio significativo en R^2 (.045). El modelo 4, que incluye a la identidad moral, explica el 19,4% de la varianza y el cambio en R^2 (.053) resulta significativo. Este modelo muestra a los mismos predictores significativos del modelo anterior, que mantienen la misma dirección, e incluye también a la Autotrascendencia como un predictor significativo positivo. El modelo 5, en el que se incluyen las dimensiones de la empatía, explica el 21,8% de la varianza y el cambio en R^2 (.037) es también significativo. Aquí se mantienen los mismos predictores significativos (y en la misma dirección) que en el modelo 4, excepto la Deseabilidad Social. Se une, además, como predictor significativo positivo la Preocupación Empática. Por último, el modelo 6, con las interacciones, explica el 31,7% de la varianza, siendo el cambio en R^2 (.101) nuevamente significativo. Aquí, si bien el Género (femenino) y la Preocupación Empática (en un sentido positivo) se mantienen como predictores significativos, aparecen ahora moderados por otras variables. Además, la Autotrascendencia y la Ansiedad ya no son significativas (la última solo muestra una tendencia hacia la significación). Se añaden aquí dos interacciones significativas. Una de ellas, entre la Preocupación Empática y la Edad. La segunda, entre la Autotrascendencia y el Género.

Como se ha indicado, en la transición de cada modelo al siguiente, los cambios en R^2 resultan significativos, por lo que cada modelo explica una porción sustancialmente superior de la varianza que el anterior. En todos los modelos, además, el ajuste general de la regresión múltiple resulta significativo. A fines de simplificar la presentación de la información en las tablas se presentan aquí los grados de libertad de los distintos modelos para esta variable. Para las restantes dimensiones de la Conducta Prosocial, dichos valores son iguales para los cinco primeros bloques, dado que el número de predictores es el mismo. Para el estadístico F para el cambio en R^2 : Modelo 1 (1, 169), Modelo 2 (2, 167), Modelo 3 (2, 165), Modelo 4 (3, 162), Modelo 5 (3, 159), Modelo 6 (2, 157). Para el estadístico F correspondiente al Anova de la regresión múltiple (F -Global en las tablas): Modelo 1 (1, 169), Modelo 2 (3, 167), Modelo 3 (5, 165), Modelo 4 (8, 162), Modelo 5 (11, 159), Modelo 6 (13, 157). Por otro lado, los

Tabla 10

Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Altruista

| Predictor | Modelo 1 | | | | Modelo 2 | | | | Modelo 3 | | | | Modelo 4 | | | | Modelo 5 | | | | Modelo 6 | | | | | | | | |
|-----------------------------------|----------|------|------|------|----------|------|-------|-------|----------|-------|-------|-------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|-----------|------|-------|-------|-------|------|-------|------|-------|
| | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | | | | | |
| Variable de Control | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Deseabilidad Social | 1.078 | .338 | .238 | .002 | 1.148 | .327 | .254 | .001 | .726 | .350 | .160 | .040 | .733 | .348 | .162 | .037 | .497 | .367 | .110 | .178 | .585 | .345 | .129 | .092 | | | | | |
| Sociodemográficas | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Género | | | | | -.395 | .103 | -.282 | <.001 | -.385 | -.101 | -.275 | <.001 | -.314 | .105 | -.224 | .003 | -.308 | .108 | -.220 | .005 | -.274 | .102 | -.196 | .008 | | | | | |
| Edad | | | | | .017 | .016 | .076 | .300 | .007 | .016 | .032 | .662 | .006 | .016 | .025 | .726 | .002 | .016 | .007 | .922 | .006 | .015 | .025 | .708 | | | | | |
| Apego | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Evitación | | | | | | | | | -.066 | .049 | -.098 | .182 | -.043 | .049 | -.063 | .389 | -.007 | .050 | -.011 | .887 | -.007 | .047 | -.011 | .880 | | | | | |
| Ansiedad | | | | | | | | | -.113 | .044 | -.201 | .011 | -.114 | .043 | -.201 | .009 | -.105 | .044 | -.187 | .017 | -.079 | .041 | -.139 | .058 | | | | | |
| Identidad Moral | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Autotrascendencia | | | | | | | | | | | | | .317 | .101 | .260 | .002 | .280 | .102 | .229 | .007 | .028 | .110 | .023 | .798 | | | | | |
| Autopromoción | | | | | | | | | | | | | -.085 | .156 | -.045 | .588 | -.008 | .157 | -.004 | .957 | -.042 | .148 | -.022 | .777 | | | | | |
| Integración Valores | | | | | | | | | | | | | -.619 | .491 | -.113 | .210 | -.786 | .497 | -.143 | .115 | -.498 | .482 | -.091 | .303 | | | | | |
| Empatía | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Preocupación Empática | | | | | | | | | | | | | | | | | .181 | .077 | .188 | .019 | .201 | .073 | .208 | .006 | | | | | |
| Toma de Perspectiva | | | | | | | | | | | | | | | | | .046 | .067 | .053 | .494 | .047 | .063 | .054 | .464 | | | | | |
| Malestar Personal | | | | | | | | | | | | | | | | | -.078 | .066 | -.092 | .234 | -.083 | .061 | -.097 | .180 | | | | | |
| Interacciones | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| PreocEmpát*Edad | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | -.075 | .024 | -.212 | .002 | |
| Autrotrasc*Género | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | .698 | .176 | .315 | <.001 |
| F –Global– | 10.157** | | | | 8.624*** | | | | 7.195*** | | | | 6.110*** | | | | 5.315*** | | | | 7.082*** | | | | | | | | |
| R² | .057 | | | | .134 | | | | .179 | | | | .232 | | | | .269 | | | | .370 | | | | | | | | |
| R² corregido | .051 | | | | .119 | | | | .154 | | | | .194 | | | | .218 | | | | .317 | | | | | | | | |
| Error Típico | .602 | | | | .581 | | | | .569 | | | | .555 | | | | .547 | | | | .511 | | | | | | | | |
| Cambio en F- R² | 10.157** | | | | 7.469*** | | | | 4.509* | | | | 3.710* | | | | 2.685* | | | | 12.556*** | | | | | | | | |
| Durbin-Watson | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | 2.049 | | | | | |

Nota. PreocEmpát = Preocupación Empática; Autotrasc = Autotrascendencia. El nivel de significación *p* es el asociado a la prueba *t* para cada coeficiente de regresión; En el caso del ajuste global y del cambio en *R*², el nivel de significación es el arrojado por el modelo para el estadístico *F*; **p* ≤ .05; ***p* ≤ .01; ****p* ≤ .001

errores típicos de los modelos para la presente variable se sitúan dentro de los márgenes aceptables. Los tamaños del efecto de los modelos más relevantes son grandes: en el caso del modelo 5, .269, y para el modelo 6, .370.

En cuanto a los predictores individuales significativos, se destacarán (para esta variable dependiente y para las siguientes), los concernientes a los modelos 5 y 6, dado el carácter exploratorio de los análisis de moderación incluidos en el modelo 6. Además, se enfatizarán los valores *Beta* [excepto para el género, una variable dicotómica, para las que Hayes (2018) sugiere no considerar los *Beta*, que son sensibles al número de casos en cada grupo, sino atender a las diferencias entre grupos]. Se mostrarán también los valores *B* con la intención de destacar los intervalos de confianza asociados a ellos (los valores de *p* y el error típico se encuentran en las tablas). Además de tener el Género (femenino) un rol predictor relevante ($B = -.308$, IC 95% [-.521, -.096]), los valores *Beta* señalan que, entre los otros predictores del modelo 5, la Autotrascendencia (.229; $B = .280$, IC 95% [.079, .481]) es el predictor más importante, seguida de la Preocupación Empática (.188; $B = .181$, IC 95% [.030, .333]) y la Ansiedad relativa al apego (-.187; $B = -.105$, IC 95% [-.192, -.019]). En conclusión, este modelo sugiere que el ser mujer, junto a la mayor importancia de los valores de Autotrascendencia, una mayor Preocupación Empática y una menor Ansiedad en el apego predicen una mayor *Conducta Prosocial Altruista*.

Como se señaló, en el modelo 6, los dos predictores significativos (Género y Preocupación Empática) aparecen moderados. Se señalan a continuación algunos elementos que se tendrán en cuenta para cada análisis de moderación realizado. Atendiendo a las sugerencias de Hayes (2018), no se discuten en las interacciones los coeficientes estandarizados (*Beta*), sino los no estandarizados (*B*). Además de explicar el valor *B* del término de cada interacción y su intervalo de confianza, se reporta el análisis de pendientes simples (*simple slopes*), con el valor de *B*, sus intervalos de confianza y la significación (*p*), asociada a la prueba *t*, para el valor de la media y para los valores que se ubican a una desviación típica por encima y por debajo de ella (+1*SD*, Media, -1*SD*), una estrategia habitual (Hayes, 2018; Keith, 2019). Para la interacción Preocupación Empática y Edad, se encuentra un $B = -.075$, IC 95% [-.121, -.028]. Con una desviación típica por debajo de la media en Edad, la Preocupación Empática tiene un efecto más fuerte sobre la *Conducta Prosocial Altruista* ($B = .406$, IC 95% [.223, .590], $p < .001$) que en la media de Edad ($B = .201$, IC 95% [.057, .344], $p = .006$), aunque permanece allí significativa, y que en el caso de una desviación típica por encima de la media en Edad ($B = -.005$, IC 95% [-.207, .197], $p = .963$) (ver Figura 28). Como se observa, en este último caso, la Preocupación Empática no

tiene una influencia significativa. Para la interacción Autotrascendencia y Género, se obtiene un valor $B = .698$, IC 95% [.350, 1.045]. Aquí, la Autotrascendencia tiene un efecto positivo y significativo sobre la *Conducta Prosocial Altruista* en los varones ($B = .726$, IC 95% [.418, 1.034], $p < .001$), pero dicho efecto no es significativo en el caso de las mujeres ($B = .028$, IC 95% [-.188, .245], $p = .798$) (ver Figura 29). En este caso, dado el rol predictor del Género (femenino) en los bloques precedentes [e incluso en este modelo, aunque aquí ya no representa un efecto parcial, sino condicional (Hayes, 2018)], resulta interesante mostrar el análisis con el Género como predictor y la Autotrascendencia como moderadora (la Figura 29 también ilustra estas diferencias). En este caso se observa que a niveles más bajos (-1SD) de Autotrascendencia, el Género femenino es un predictor significativo de la *Conducta Prosocial Altruista* ($B = -.627$, IC 95% [-.874, -.381], $p < .001$), efecto que se atenúa, aunque sigue teniendo lugar, con niveles medios de Autotrascendencia ($B = -.274$, IC 95% [-.476, -.073], $p = .008$), pero que desaparece con niveles más altos (+1SD) de Autotrascendencia ($B = .079$, IC 95% [-.207, .369], $p = .586$).

Figura 28

Interacción Preocupación Empática y Edad – Altruista

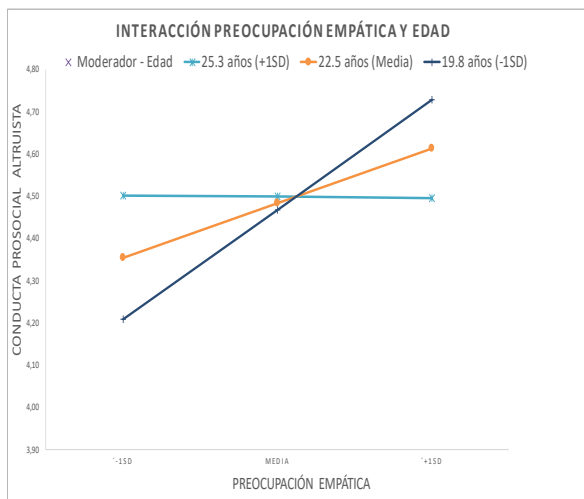
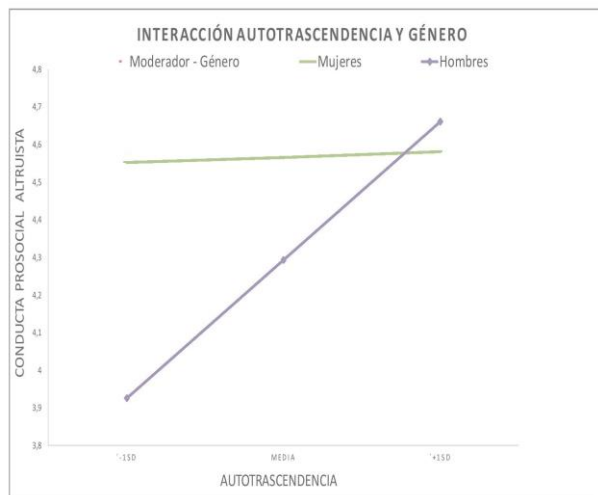


Figura 29

Interacción Autotrascendencia y Género – Altruista



A continuación, se presentan los análisis de mediación paralela múltiple para la prosocialidad *Altruista*. Primero, se presentan aquí algunos lineamientos generales que se aplican a todos los análisis de mediación realizados. Para los efectos indirectos específicos de cada mediador (de aquí en adelante, efectos indirectos), siguiendo a Hayes (2018), se muestran tanto los coeficientes no estandarizados (B) como los coeficientes completamente

estandarizados (*Beta*). Estos últimos representan una de las dos medidas del tamaño del efecto sugeridas por Hayes (siendo la otra los coeficientes parcialmente estandarizados). También se expone, además del error típico *bootstrap* entre paréntesis, la prueba de significación (para ambos coeficientes), que consiste en el intervalo de confianza *bootstrap* (método percentil) del 95% para 5000 muestras *bootstrap* que, en caso de no contener el 0, indica que el efecto indirecto es significativo. Para los efectos directos (c') y totales (c), se presentan tanto el coeficiente no estandarizado, con su error típico entre paréntesis, como el intervalo de confianza convencional y el nivel de significación. También se muestra para ellos el valor de *Beta*. A fines de simplificar la presentación de la información, solo se muestran las regresiones entre antecedente y mediador y entre este y la variable criterio en los casos en que exista un efecto indirecto significativo. En estas regresiones, el signo de las mismas es lo relevante para interpretar el efecto indirecto informado por el intervalo de confianza (Hayes, 2018). También para simplificar la exposición de la información, y dado el interés en el presente trabajo por enfatizar los efectos indirectos significativos solamente cuando el efecto total de la variable antecedente sobre la dependiente también resulte significativo, solo en este último caso se presenta un *path diagram*. Estos muestran los coeficientes *Beta* de las relaciones entre antecedentes, mediadores y variable criterio. Esta información se acompaña en el texto con información más detallada sobre tales relaciones, añadiéndose los coeficientes no estandarizados y demás datos de relevancia (error típico, intervalo de confianza convencional, nivel de significación). En cualquier caso, cabe destacar que, de acuerdo con Hayes (2018), pueden existir efectos indirectos aun en ausencia de un efecto total, por lo cual se reportan aquellos incluso en estos casos.

Habiendo señalado los ejes esenciales de los análisis de mediación a realizar, el análisis para la Evitación y la presente variable criterio muestra que se encuentra un efecto indirecto de dicha dimensión del apego sobre la *Conducta Prosocial Altruista* a través de la Preocupación Empática, aunque el efecto total no resulta significativo. Así, se encuentra el efecto indirecto mencionado (a_1b_1 : $Beta = -.059 (.029)$, IC 95% [-.122, -.008]; $B = -.040 (.020)$, IC 95% [-.084, -.006]), donde el intervalo de confianza (ya sea que se considere a B o $Beta$) no incluye al 0. Por un lado, mayores puntuaciones en Evitación predicen una menor Preocupación Empática (a_1 : $Beta = -.283$; $B = -.199 (.052)$, IC 95% [-.300, -.097], $p < .001$), a la vez que menores puntuaciones en Preocupación Empática son predictoras de menores puntuaciones en *Conducta Prosocial Altruista* (b_1 : $Beta = .208$; $B = .201 (.073)$, IC 95% [.057, .344], $p = .006$). Volviendo a las pruebas de efectos indirectos, no se evidencia que tengan lugar ni a través de la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = -.004 (.007)$, IC 95% [-.022,

.009]; $B = -.003$ (.005), IC 95% [-.015, .006]) ni de la Autotrascendencia (a_3b_3 : $Beta = -.003$ (.013), IC 95% [-.034, .022]; $B = -.002$ (.009), IC 95% [-.023, .015]). Por otro lado, el efecto directo de la Evitación sobre la *Conducta Prosocial Altruista* no resulta significativo (c' : $Beta = -.011$; $B = -.007$ (.047), IC 95% [-.100, .086], $p = .880$). Como ya se indicó, lo mismo sucede en relación con el efecto total (c : $Beta = -.076$; $B = -.051$ (.046), IC 95% [-.142, .040], $p = .266$)².

El análisis de mediación para la Ansiedad relativa al apego muestra que no hay efectos indirectos sobre la *Conducta Prosocial Altruista* a través de ningún mediador. Esto se evidencia tanto para la Preocupación Empática (a_1b_1 : $Beta = .009$ (.015), IC 95% [-.019, .043]; $B = .005$ (.009), IC 95% [-.011, .024]) como para la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = -.005$ (.009), IC 95% [-.027, .009]; $B = -.003$ (.005), IC 95% [-.015, .005]) y el Malestar Personal (a_3b_3 : $Beta = -.021$ (.018), IC 95% [-.063, .008]; $B = -.012$ (.010), IC 95% [-.034, .005]). El efecto directo de la Ansiedad sobre la prosocialidad *Altruista* no alcanza la significación (c' : $Beta = -.139$; $B = -.079$ (.041), IC 95% [-.160, .003], $p = .058$). En contraste, el efecto total (c : $Beta = -.156$; $B = -.088$ (.041), IC 95% [-.168, .007], $p = .033$) es significativo y negativo.

En conclusión, la Autotrascendencia, la Preocupación Empática y el Género femenino parecen tener un efecto positivo consistente sobre la *Conducta Prosocial Altruista*, pero –más allá del carácter exploratorio de las interacciones– es necesario señalar una serie de matices al respecto. Por un lado, la Autotrascendencia tendría una influencia positiva sobre la prosocialidad *Altruista* solo en los varones y, además, con niveles bajos y medios de Autotrascendencia las mujeres mostrarían una mayor *Conducta Prosocial Altruista*. Por otro lado, el efecto positivo de la Preocupación Empática perdería fuerza a medida que aumenta la Edad de los/as participantes hasta tornarse no significativa. Por último, cabe destacar el rol negativo de la Ansiedad relativa al apego sobre la *Conducta Prosocial Altruista*, si bien finalmente su influencia muestra solo una tendencia hacia la significación.

² Si se repite el análisis, pero sin incluir en este caso a ninguna covariable, el efecto total se torna significativo (c : $Beta = -.169$; $B = -.114$ (.051), IC 95% [-.216, -.013], $p = .027$), mientras se mantiene el mismo efecto indirecto a través de la Preocupación Empática (a_1b_1 : $Beta = -.065$ (.030), IC 95% [-.130, -.014]; $B = -.044$ (.022), IC 95% [-.092, -.009]). Los efectos indirectos a través de la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = -.014$ (.014), IC 95% [-.046, .008]; $B = -.009$ (.009), IC 95% [-.031, .005]) y la Autotrascendencia (a_3b_3 : $Beta = -.044$ (.030), IC 95% [-.112, .000]; $B = -.030$ (.022), IC 95% [-.083, .000]) permanecen no significativos. Lo mismo sucede con el efecto directo de la Evitación (c' : $Beta = -.046$; $B = -.031$ (.052), IC 95% [-.133, .071], $p = .549$). Todos los análisis de mediación se repitieron sin covariables y se reportan más abajo cuando impliquen un cambio en los efectos totales o indirectos que se presentan en el análisis definitivo.

10.3.3. Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Pública

Se evaluó la capacidad predictiva de las diversas variables independientes sobre la variable criterio *Conducta Prosocial Pública* a través de un análisis de regresión múltiple jerárquica.

En cuanto a la verificación de los supuestos faltantes, la Tabla 11 muestra el cumplimiento del supuesto de no multicolinealidad.

Por otro lado, el valor de Durbin Watson (1.668) muestra el cumplimiento del supuesto de no autocorrelación de los errores (ver Tabla 12 en pág. 279). También se cumplirían los supuestos de linealidad, homocedasticidad (ver Figura 30, para ambos) y normalidad de los residuales (ver Figura 31).

Tabla 11

Factor de inflación de la varianza (FIV) y tolerancia para cada variable predictora en el último bloque de la regresión múltiple jerárquica para la Conducta Prosocial Pública

| Bloque | Variable | FIV | Tolerancia |
|--------|---|-------|------------|
| 6 | Deseabilidad Social | 1.503 | .665 |
| | Género | 1.299 | .770 |
| | Edad | 1.153 | .867 |
| | Evitación | 1.226 | .816 |
| | Ansiedad | 1.315 | .761 |
| | Autotrascendencia | 1.562 | .640 |
| | Autopromoción | 1.585 | .631 |
| | Integración de Valores | 1.913 | .523 |
| | Preocupación Empática | 1.427 | .701 |
| | Toma de Perspectiva | 1.352 | .739 |
| | Malestar Personal | 1.318 | .759 |
| | Preocupación Empática x Edad | 1.210 | .827 |
| | Preocupación Empática x Toma de Perspectiva | 1.175 | .851 |
| | Malestar Personal x Evitación | 1.075 | .931 |

Figura 30

Análisis de homocedasticidad de los residuos y linealidad (Pública)

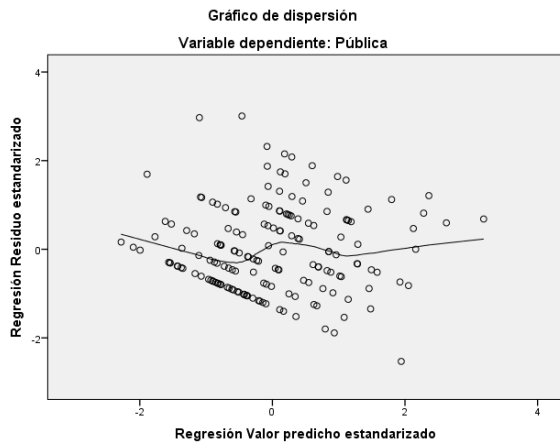
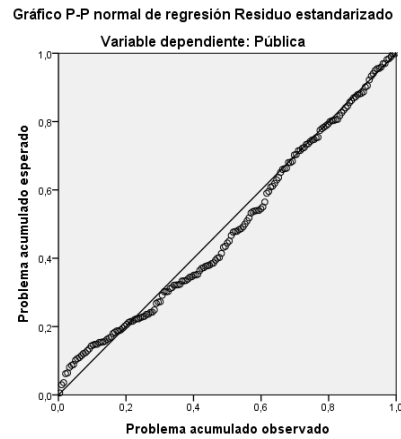


Figura 31

Análisis de normalidad de los residuales (Pública)



Ya en el análisis de regresión para esta variable dependiente, en la Tabla 12, se observa que el primer modelo explica solo un 0,8% de la varianza en la *Conducta Prosocial Pública* y no aporta un cambio significativo. El modelo 2 explica el 5,4% de la varianza e incluye al Género (masculino) como un predictor significativo. En el modelo 3, que explica el 10,9% de la varianza, el Género (masculino) permanece como predictor significativo y se suma la Ansiedad relativa al apego como un predictor positivo. Estos dos últimos modelos (el ingreso de variables sociodemográficas y de dimensiones del apego) aportan un cambio significativo en R^2 (.057 y .064, respectivamente). En el modelo 4, que explica el 11,9% de la varianza, se suma a los predictores anteriores (en el mismo sentido) la Autotrascendencia como un predictor negativo, pero el conjunto de las dimensiones de la identidad moral no aporta un cambio significativo en R^2 (.025). El modelo 5 explica el 15,3% de la varianza y el ingreso de las dimensiones de la empatía suponen un cambio significativo en R^2 (.047). A los predictores anteriores, que conservan la misma dirección, se añade el Malestar Personal como un predictor positivo. Por último, el modelo 6, con las interacciones, explica el 24,5% de la varianza e implica un cambio de .10 en el R^2 que resulta significativo. Aquí, se mantienen los mismos predictores (y en el mismo sentido) del modelo anterior (Género masculino, Ansiedad, Autotrascendencia y Malestar Personal), pero el Malestar Personal aparece ahora moderado por otra variable. Se añaden aquí tres interacciones (Preocupación Empática/Edad, Preocupación Empática/Toma de Perspectiva, Malestar Personal/Evitación).

En todos los modelos, el ajuste general de la regresión múltiple es significativo. En este caso, los grados de libertad del sexto bloque son: 14, 156. Para el cambio en R^2 en el

Tabla 12

Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Pública

| Predictor | Modelo 1 | | | | Modelo 2 | | | | Modelo 3 | | | | Modelo 4 | | | | Modelo 5 | | | | Modelo 6 | | | | | | |
|-----------------------------------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|-------|-------|-------|------|--|--|
| | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | | | |
| Variable de Control | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Deseabilidad Social | -.555 | .361 | -.117 | .127 | -.623 | .354 | -.132 | .081 | -.110 | .376 | -.023 | .770 | -.126 | .380 | -.027 | .741 | .236 | .400 | .050 | .556 | .379 | .387 | .080 | .329 | | | |
| Sociodemográficas | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Género | | | | | .357 | .111 | .244 | .002 | .352 | .108 | .241 | .001 | .309 | .115 | .211 | .008 | .367 | .117 | .251 | .002 | .424 | .111 | .290 | <.001 | | | |
| Edad | | | | | -.012 | .018 | -.050 | .513 | -.002 | .018 | -.007 | .927 | .000 | .018 | .001 | .993 | .001 | .017 | .005 | .946 | -.008 | .017 | -.034 | .638 | | | |
| Apego | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Evitación | | | | | | | | | .017 | .053 | .024 | .747 | .005 | .054 | .007 | .922 | -.021 | .055 | -.029 | .704 | -.031 | .052 | -.044 | .544 | | | |
| Ansiedad | | | | | | | | | .163 | .047 | .275 | .001 | .165 | .047 | .279 | .001 | .137 | .047 | .232 | .004 | .137 | .045 | .231 | .003 | | | |
| Identidad Moral | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Autotrascendencia | | | | | | | | | | | | | -.219 | .110 | -.171 | .048 | -.218 | .111 | -.171 | .050 | -.216 | .106 | -.169 | .044 | | | |
| Autopromoción | | | | | | | | | | | | | .034 | .171 | .017 | .844 | -.041 | .121 | -.021 | .812 | -.056 | .165 | -.028 | .736 | | | |
| Integración Valores | | | | | | | | | | | | | .716 | .537 | .125 | .185 | .878 | .540 | .153 | .106 | .427 | .529 | .074 | .421 | | | |
| Empatía | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Preocupación Empática | | | | | | | | | | | | | | | | | -.104 | .083 | -.103 | .213 | -.033 | .080 | -.032 | .685 | | | |
| Toma de Perspectiva | | | | | | | | | | | | | | | | | -.036 | .073 | -.040 | .622 | -.046 | .070 | -.051 | .512 | | | |
| Malestar Personal | | | | | | | | | | | | | | | | | .205 | .071 | .230 | .005 | .234 | .068 | .263 | .001 | | | |
| Interacciones | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| PreocEmpát*Edad | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | .070 | .027 | .191 | .010 | | |
| PreocEmpát*TomaPersp | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | .235 | .103 | .165 | .024 | | |
| MalestarPersonal*Evit | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | -.163 | .064 | -.175 | .012 | | |
| F –Global– | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| R² | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| R² corregido | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Error Típico | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Cambio en F- R² | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Durbin-Watson | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |

Nota. PreocEmpát = Preocupación Empática; TomaPersp = Toma de Perspectiva; Evit = Evitación. El nivel de significación *p* es el asociado a la prueba *t* para cada coeficiente de regresión; En el caso del ajuste global y del cambio en *R*², el nivel de significación es el arrojado por el modelo para el estadístico *F*; **p* ≤ .05; ***p* ≤ .01; ****p* ≤ .001

sexto bloque: 3, 156. Además, los errores típicos de los modelos se encuentran en un valor normal. El tamaño del efecto del modelo 5 es de medio a grande (.207) y el del modelo 6 es grande (.307).

Respecto de los predictores individuales significativos, los valores *Beta* muestran que en el modelo 5 el Género ($B = .367$, IC 95% [.136, .599]) es un predictor relevante y, entre los restantes, la Ansiedad relativa al apego (.232; $B = .137$, IC 95% [.043, .231]) es el factor más importante, seguido del Malestar Personal (.230; $B = .205$, IC 95% [.064, .346]) y la Autotrascendencia (-.171; $B = -.218$, IC 95% [-.436, .000]), aunque esta se aproxima a niveles marginalmente significativos. En definitiva, este modelo indica que el Género masculino, mayor Ansiedad y Malestar Personal y menor importancia de los valores de Autotrascendencia explican una mayor *Conducta Prosocial Pública*. A la vez, se puede señalar que en el modelo 6 se muestra la misma jerarquía en la importancia de los predictores, excepto para el Malestar Personal, que aparece en una interacción. Así, además del Género ($B = .434$, IC 95% [.204, .644]), la Ansiedad (.231; $B = .137$, IC 95% [.048, .226]) se presenta como la variable más relevante, seguida de la Autotrascendencia (-.169; $B = -.216$, IC 95% [-.426, -.006]). Tienen lugar aquí las siguientes interacciones. Por un lado, entre la Preocupación Empática y la Edad, donde se encuentra un $B = .070$, IC 95% [.017, .124]. En este caso, la Preocupación Empática tiene un efecto negativo significativo sobre la *Conducta Prosocial Pública* en los participantes más jóvenes (-1SD) ($B = -.226$, IC 95% [-.436, -.017], $p = .035$), pero no en los participantes en la media de Edad ($B = -.033$, IC 95% [-.191, .126], $p = .685$) ni en participantes de mayor Edad (+1SD) ($B = .161$, IC 95% [-.061, .384], $p = .155$) (ver Figura 32). Por otro lado, entre la Preocupación Empática y la Toma de Perspectiva, para la que se encuentra un $B = .235$, IC 95% [.032, .439]. Esta interacción muestra que la Preocupación Empática tiene un efecto negativo significativo sobre la *Conducta Prosocial Pública* ante niveles más bajos (-1SD) de Toma de Perspectiva ($B = -.201$, IC 95% [-.399, -.002], $p = .048$), pero no así ante niveles medios ($B = -.033$, IC 95% [-.191, .126], $p = .685$) ni ante niveles más elevados (+1SD) ($B = .135$, IC 95% [-.095, .365], $p = .247$) (ver Figura 33). Por último, la interacción entre el Malestar Personal y la Evitación relativa al apego arroja un valor $B = -.163$, IC 95% [-.290, -.036]. El Malestar Personal es un predictor positivo y significativo ante niveles más bajos (-1SD) ($B = .383$, IC 95% [.196, .570], $p < .001$) y niveles medios ($B = .234$, IC 95% [.099, .368], $p = .001$) de Evitación (en este último caso de forma más atenuada), pero no ante una elevada (+1SD) Evitación ($B = .085$, IC 95% [-.084, .253], $p = .321$) (ver Figura 34).

Figura 32

Interacción Preocupación Empática y Edad – Pública

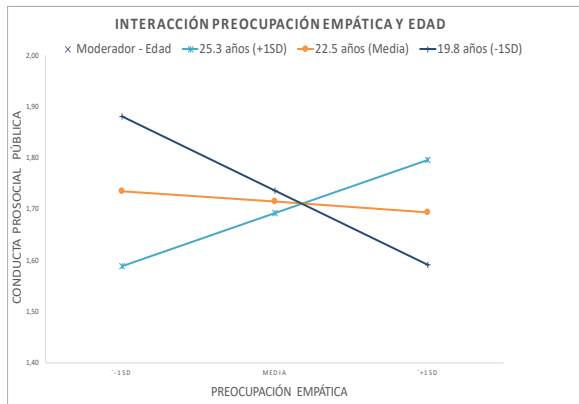


Figura 33

Interacción Preocupación Empática y Toma de Perspectiva – Pública

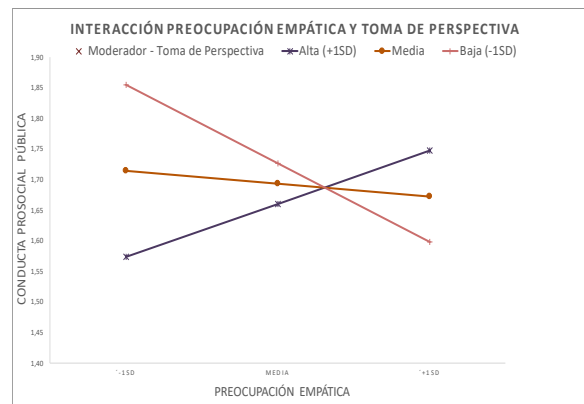
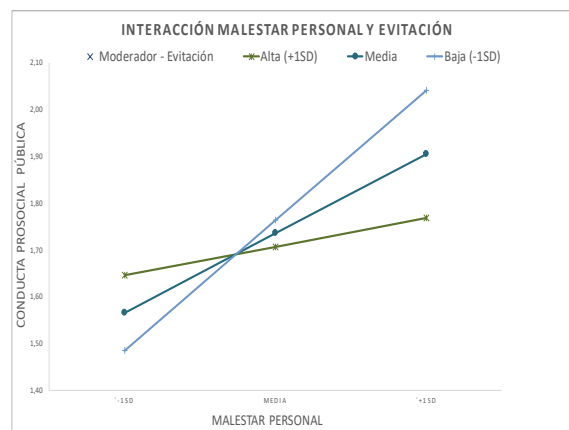


Figura 34

Interacción Malestar Personal y Evitación – Pública



Por otro lado, el análisis de mediación para la Evitación relativa al apego demuestra que no tienen lugar efectos indirectos de ella sobre la *Conducta Prosocial Pública* a través de ninguno de los mediadores. Esto sucede tanto para la Preocupación Empática (a_1b_1 : $Beta = .009 (.021)$, IC 95% [-0.032, .054]; $B = .006 (.015)$, IC 95% [-0.023, .039]), como para la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = .004 (.008)$, IC 95% [-0.009, .023]; $B = .003 (.005)$, IC 95% [-0.006, .016]) como para la Autotrascendencia (a_3b_3 : $Beta = .028 (.021)$, IC 95% [-0.003, -0.078]; $B = .020 (.015)$, IC 95% [-0.002, .056]). Tampoco se encuentra un efecto directo significativo de la Evitación (c' : $Beta = -.044$; $B = -.031 (.052)$, IC 95% [-0.134, .072], $p = .554$) sobre la variable dependiente. Del mismo modo, el efecto total (c : $Beta = -.004$; $B = -.003 (.050)$, IC 95% [-0.102, .096], $p = .956$) no es significativo.

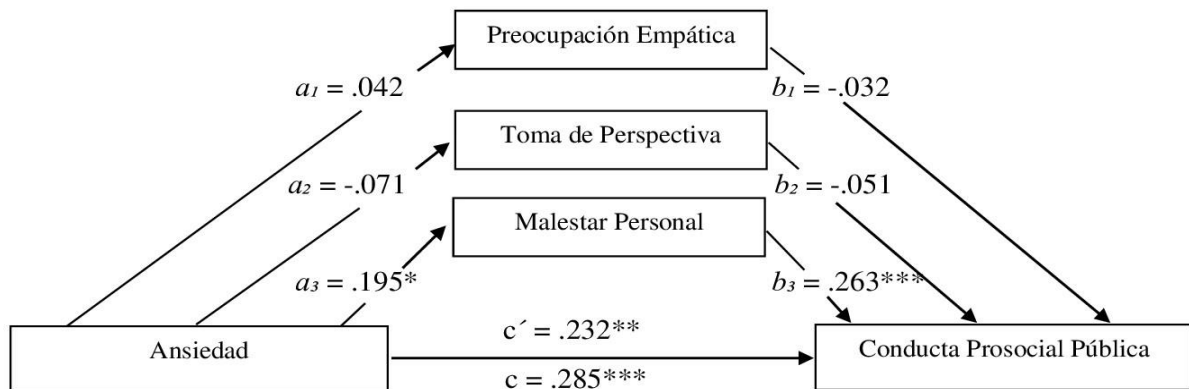
El análisis de mediación realizado para la Ansiedad relativa al apego deja de manifiesto que hay una influencia indirecta sobre la *Conducta Prosocial Pública* a través del Malestar Personal. La Figura 35 muestra que la Ansiedad no es un predictor significativo de la Preocupación Empática (a_1 : $Beta = .042$; $B = .025$ (.045), IC 95% [-.065, .114], $p = .588$), ni la Preocupación Empática lo es de la *Conducta Prosocial Pública* (b_1 : $Beta = -.032$; $B = -.033$ (.080), IC 95% [-.191, .126], $p = .685$). Tampoco existe influencia de la Ansiedad sobre la Toma de Perspectiva (a_2 : $Beta = -.071$; $B = -.046$ (.052), IC 95% [-.148, .056], $p = .374$) ni de esta sobre la prosocialidad *Pública* (b_2 : $Beta = -.051$; $B = -.046$ (.070), IC 95% [-.185, .093], $p = .512$). En cambio, la Ansiedad resulta ser un predictor positivo del Malestar Personal (a_3 : $Beta = .195$; $B = .129$ (.052), IC 95% [.027, .232], $p = .014$), y a la vez este es un predictor positivo de la *Conducta Prosocial Pública* (b_3 : $Beta = .263$; $B = .234$ (.068), IC 95% [.099, .368], $p = .001$). Para los efectos indirectos, se encuentra una influencia indirecta positiva de la Ansiedad sobre la *Conducta Prosocial Pública* a través del Malestar Personal (a_3b_3 : $Beta = .051$ (.028), IC 95% [.006, .114]; $B = .030$ (.017), IC 95% [.003, .068]), ya que el intervalo de confianza (ya sea de $Beta$ o de B) no contiene al 0. En cambio, no se encuentra evidencia de un efecto indirecto de la Ansiedad a través de la Preocupación Empática (a_1b_1 : $Beta = -.001$ (.007), IC 95% [-.018, .012]; $B = -.001$ (.004), IC 95% [-.011, .007]) ni de la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = .004$ (.008), IC 95% [-.014, .021]; $B = .002$ (.005), IC 95% [-.008, .012]). Por otro lado, no solo hay un efecto indirecto específico a través del Malestar Personal, sino que, además, la Ansiedad ejerce un efecto directo positivo sobre la *Conducta Prosocial Pública* (c' : $Beta = .232$; $B = .137$ (.045), IC 95% [.048, .226], $p = .003$). Con relación al efecto total, este también resulta significativo y positivo (c : $Beta = .285$; $B = .168$ (.045), IC 95% [.079, .258], $p < .001$)³.

En síntesis, se puede señalar que para los varones y para aquellas personas con más elevada Ansiedad relativa al apego, mayor Malestar Personal y menor centralidad de los valores de Autotrascendencia tiene lugar una mayor *Conducta Prosocial Pública*, mientras que la Preocupación Empática solo influiría negativamente en ciertas circunstancias. Ahora bien, se deben mencionar una serie de matices. Por un lado, la Ansiedad ejerce una influencia

³ Al repetir el análisis sin covariables, el efecto total (c : $Beta = .278$; $B = .164$ (.044), IC 95% [.078, .250], $p < .001$) y el efecto directo de la Ansiedad (c' : $Beta = .228$; $B = .135$ (.047), IC 95% [.043, .227], $p = .004$) sobre la variable dependiente continúan siendo significativos. No obstante, ya no es significativo el efecto indirecto a través del Malestar Personal (a_3b_3 : $Beta = .047$ (.028), IC 95% [-.003, .106]; $B = .028$ (.017), IC 95% [-.002, .064]). Los efectos indirectos a través de la Preocupación Empática (a_1b_1 : $Beta = .007$ (.015), IC 95% [-.022, .039]; $B = .004$ (.009), IC 95% [-.013, .023]) y la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = -.004$ (.019), IC 95% [-.047, .029]; $B = -.003$ (.011), IC 95% [-.027, .018]) continúan resultando no significativos.

Figura 35

Coeficientes de regresión estandarizados para la relación entre Ansiedad y los mediadores (a_1 , a_2 , a_3), entre estos y la Conducta Prosocial Pública (b_1 , b_2 , b_3) y efecto directo (c') y total (c) de la Ansiedad sobre la Conducta Prosocial Pública



* $p \leq .05$, ** $p \leq .01$, *** $p \leq .001$

directa positiva sobre la prosocialidad *Pública*, pero también lo hace de modo indirecto a través del Malestar Personal. Este último, además, solo ejercería influencia cuando la Evitación relativa al apego no es muy elevada. Respecto de la Preocupación Empática, solo tendría una incidencia negativa entre las personas más jóvenes y aquellos/as con bajos niveles de Toma de Perspectiva.

10.3.4. Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Emocional

Se evaluó la capacidad predictiva de las diversas variables independientes sobre la variable criterio *Conducta Prosocial Emocional* a través de un análisis de regresión múltiple jerárquica.

Para esta variable, al no haber interacciones significativas, se da por cumplido el supuesto de no multicolinealidad con los valores de los primeros cinco bloques, reportados más arriba. Por otro lado, el supuesto de no autocorrelación de los errores también encuentra sustento (Durbin-Watson: 2.019; ver Tabla 13 en pág. 285). Por último, la Figura 36 muestra el cumplimiento de los supuestos de linealidad y homocedasticidad y la Figura 37 la del supuesto de normalidad de los residuales.

Figura 36

Análisis de homocedasticidad de los residuos y linealidad (Emocional)

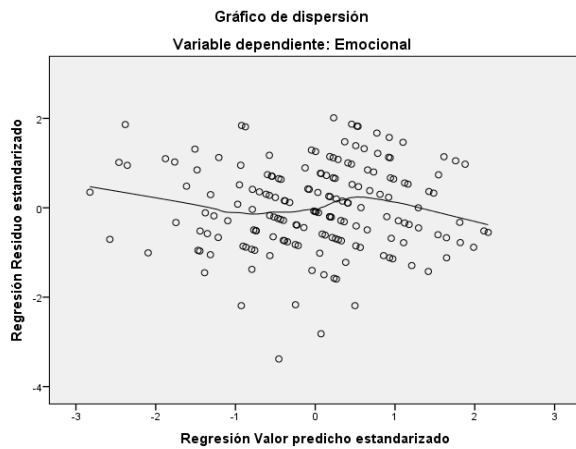
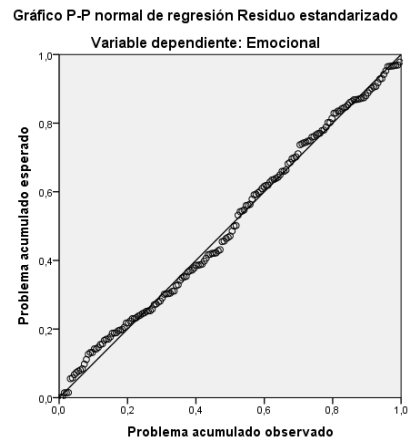


Figura 37

Análisis de normalidad de los residuales (Emocional)



Estrictamente en cuanto al análisis principal, en la Tabla 13 se observa que el primer modelo explica solo un 0,4% de la varianza en la *Conducta Prosocial Emocional* y no representa un aporte significativo. El ingreso de las variables sociodemográficas en el modelo 2 tampoco implica un cambio significativo en R^2 (.012) y no genera varianza explicada en la variable dependiente. El modelo 3, con las dimensiones del apego incluidas, aporta un cambio significativo en R^2 (.061), explica el 4,5% de la varianza y aparecen aquí la Evitación (negativo) y la Ansiedad (positivo) relativas al apego como predictores significativos. En el modelo 4, que incluye también las dimensiones de la identidad moral, se explica el 9,8% de la varianza y se suma a la Evitación y la Ansiedad relativas al apego (que permanecen en la misma dirección) la Integración de Valores como predictor positivo. Este modelo aporta un cambio significativo en R^2 (.068). Por último, el modelo 5 explica el 24,9% de la varianza. El ingreso de las dimensiones de la empatía genera un cambio significativo en R^2 (.156). A la Ansiedad y la Integración de Valores se agrega como predictor positivo la Preocupación Empática. La Evitación ya no resulta un predictor significativo. No hay interacciones significativas para esta variable criterio.

En los modelos 3, 4 y 5, el ajuste general de la regresión múltiple es significativo. Además, los errores típicos de los modelos representan valores aceptables. El tamaño del efecto del modelo 5 es grande (.297).

En relación con los predictores individuales significativos, los valores *Beta* indican que en el modelo 5 la Preocupación Empática (.443; $B = .444$, IC 95% [.290, .598]) es la variable predictora más relevante y a continuación se encuentran la Integración de Valores

Tabla 13

Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Emocional

| Predictor | Modelo 1 | | | | Modelo 2 | | | | Modelo 3 | | | | Modelo 4 | | | | Modelo 5 | | | |
|------------------------------------|----------|------|------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|-------|
| | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p |
| Variable de Control | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Deseabilidad Social | .466 | .361 | .099 | .198 | .473 | .364 | .100 | .195 | .610 | .387 | .130 | .117 | .553 | .383 | .117 | .150 | .290 | .375 | .062 | .441 |
| Sociodemográficas | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Género | | | | | -.066 | .114 | -.045 | .565 | -.049 | .111 | -.034 | .662 | .004 | .115 | .003 | .973 | .077 | .110 | .053 | .485 |
| Edad | | | | | .006 | .018 | .025 | .747 | .004 | .018 | .017 | .826 | .008 | .018 | .032 | .673 | -.002 | .016 | -.008 | .908 |
| Apego | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Evitación | | | | | | | | | -.146 | .055 | -.208 | .008 | -.117 | .054 | -.166 | .033 | -.039 | .051 | -.055 | .453 |
| Ansiedad | | | | | | | | | .103 | .048 | .175 | .036 | .114 | .047 | .194 | .017 | .109 | .045 | .186 | .015 |
| Identidad Moral | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Autotrascendencia | | | | | | | | | | | | | .068 | .111 | .053 | .541 | -.045 | .104 | -.035 | .667 |
| Autopromoción | | | | | | | | | | | | | -.165 | .172 | -.085 | .337 | -.039 | .160 | -.020 | .806 |
| Integración Valores | | | | | | | | | | | | | 1.482 | .541 | .259 | .007 | 1.270 | .507 | .222 | .013 |
| Empatía | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Preocupación Empática | | | | | | | | | | | | | | | | | .444 | .078 | .443 | <.001 |
| Toma de Perspectiva | | | | | | | | | | | | | | | | | .019 | .069 | .021 | .782 |
| Malestar Personal | | | | | | | | | | | | | | | | | -.055 | .067 | -.062 | .411 |
| F –Global– | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| <i>R</i> ² | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| <i>R</i> ² corregido | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Error Típico | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| <i>Cambio en F- R</i> ² | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Durbin-Watson | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |

Nota. El nivel de significación *p* es el asociado a la prueba *t* para cada coeficiente de regresión; En el caso del ajuste global y del cambio en *R*², el nivel de significación es el arrojado por el modelo para el estadístico *F*; **p* ≤ .05; ***p* ≤ .01; ****p* ≤ .001

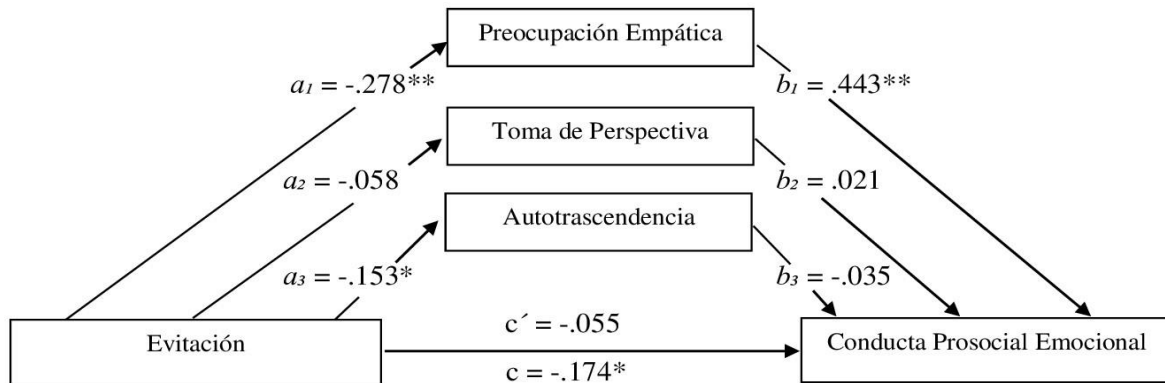
(.222; $B = 1.270$, IC 95% [.269, 2.270]) y la Ansiedad relativa al apego (.186; $B = .109$, IC 95% [.064, .346]). En suma, este modelo indica que, a mayor Preocupación Empática, Integración de Valores (de Autotrascendencia y Autopromoción) y Ansiedad, se explica una mayor *Conducta Prosocial Emocional*.

Por otro lado, el análisis de mediación muestra que la Evitación relativa al apego ejerce una influencia indirecta sobre la *Conducta Prosocial Emocional* a través de la Preocupación Empática. Como se observa en la Figura 38, una mayor Evitación predice una menor Preocupación Empática (a_1 : $Beta = -.278$; $B = -.195$ (.052), IC 95% [-.297, -.093], $p < .001$), a la vez que una menor Preocupación Empática predice una menor *Conducta Prosocial Emocional* (b_1 : $Beta = .443$; $B = .444$ (.078), IC 95% [.290, .599], $p < .001$). Sin embargo, no existe influencia de la Evitación sobre la Toma de Perspectiva (a_2 : $Beta = -.058$; $B = -.045$ (.058), IC 95% [-.160, .069], $p = .435$) ni de esta sobre la *Conducta Prosocial Emocional* (b_2 : $Beta = .021$; $B = .019$ (.069), IC 95% [-.116, .155], $p = .782$). Además, la Evitación es un predictor negativo de la Autotrascendencia (a_3 : $Beta = -.153$; $B = -.085$ (.038), IC 95% [-.160, -.010], $p = .027$), pero esta no ejerce influencia sobre la *Conducta Prosocial Emocional* (b_3 : $Beta = -.035$; $B = -.045$ (.104), IC 95% [-.249, .160], $p = .667$). En relación con los efectos indirectos, se evidencia una influencia indirecta negativa de la Evitación sobre la variable criterio a través de la Preocupación Empática (a_1b_1 : $Beta = -.123$ (.041), IC 95% [-.210, -.049]; $B = -.087$ (.030), IC 95% [-.150, -.034]), en donde se observa que el intervalo de confianza no contiene al 0. En cambio, no se encuentra evidencia de un efecto indirecto de la Evitación a través de la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = -.001$ (.008), IC 95% [-.022, .011]; $B = -.001$ (.005), IC 95% [-.015, .008]) ni de la Autotrascendencia (a_3b_3 : $Beta = .005$ (.014), IC 95% [-.020, .038]; $B = .004$ (.010), IC 95% [-.014, .029]). Por otro lado, la Evitación no ejerce un efecto directo sobre la *Conducta Prosocial Emocional* (c' : $Beta = -.055$; $B = -.039$ (.051), IC 95% [-.140, .063], $p = .453$). El efecto total resulta significativo y negativo (c : $Beta = -.174$; $B = -.122$ (.054), IC 95% [-.228, -.016], $p = .024$).

En cuanto al análisis de mediación para la Ansiedad relativa al apego, se encuentra que ella no ejerce efectos indirectos sobre la *Conducta Prosocial Emocional* a través de ninguno de los mediadores. Ello se evidencia, en primer lugar, para la Preocupación Empática como mediadora (a_1b_1 : $Beta = .023$ (.033), IC 95% [-.042, .089]; $B = .014$ (.020), IC 95% [-.025, .053]). Lo mismo sucede al considerar la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = -.002$ (.011), IC 95% [-.030, .015]; $B = -.001$ (.006), IC 95% [-.017, .009]). Por último, tampoco existe un efecto indirecto a través del Malestar Personal (a_3b_3 : $Beta = -.013$ (.020), IC 95% [-.060, .019]; $B = -.008$ (.012), IC 95% [-.037, .011]). Sin embargo, se encuentra tanto un

Figura 38

Coefficientes de regresión estandarizados para la relación entre Evitación y los mediadores (a_1, a_2, a_3), entre estos y la Conducta Prosocial Emocional (b_1, b_2, b_3) y efecto directo (c') y total (c) de la Evitación sobre la Conducta Prosocial Emocional



* $p \leq .05$, ** $p \leq .001$

efecto directo positivo de la Ansiedad (c' : $Beta = .186$; $B = .109$ (.045), IC 95% [.022, .197], $p = .015$) sobre la prosocialidad *Emocional* como un efecto total positivo (c : $Beta = .194$; $B = .114$ (.047), IC 95% [.021, .207], $p = .017$) que son significativos.

En conclusión, puede sostenerse que, en las personas con mayor Preocupación Empática, Integración de Valores (Autotrascendencia/Autopromoción) y Ansiedad relativa al apego, tiene lugar una mayor *Conducta Prosocial Emocional*. Asimismo, es destacable la influencia negativa de la Evitación relativa al apego sobre la prosocialidad *Emocional*, pero ella lo hace mediada por la Preocupación Empática, sobre la cual ejerce un efecto negativo.

10.3.5. Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Urgente/Crisis

Se evaluó la capacidad predictiva de las diversas variables independientes sobre la variable criterio *Conducta Prosocial Urgente/Crisis* a través de un análisis de regresión múltiple jerárquica.

En primer lugar, se verifica el cumplimiento del supuesto de no multicolinealidad para el sexto bloque de la regresión (ver Tabla 14).

Por otro lado, en la Tabla 15 (pág. 290) se muestra el valor de Durbin-Watson (1.803), que evidencia el cumplimiento del supuesto de no autocorrelación de los errores. Por último,

Tabla 14

Factor de inflación de la varianza (FIV) y tolerancia para cada variable predictora en el último bloque de la regresión múltiple jerárquica para la Conducta Prosocial Urgente/Crisis

| Bloque | Variable | FIV | Tolerancia |
|--------|---|-------|------------|
| 6 | Deseabilidad Social | 1.452 | .689 |
| | Género | 1.327 | .754 |
| | Edad | 1.112 | .900 |
| | Evitación | 1.215 | .823 |
| | Ansiedad | 1.307 | .761 |
| | Autotrascendencia | 1.556 | .643 |
| | Autopromoción | 1.655 | .604 |
| | Integración de Valores | 1.784 | .560 |
| | Preocupación Empática | 1.886 | .530 |
| | Toma de Perspectiva | 1.322 | .757 |
| | Malestar Personal | 1.303 | .768 |
| | Preocupación Empática x Género | 1.571 | .636 |
| | Preocupación Empática x Toma de Perspectiva | 1.109 | .902 |
| | Autopromoción x Evitación | 1.140 | .877 |

se puede observar el cumplimiento del supuesto de linealidad y homocedasticidad (para ambos, ver Figura 39) y de normalidad de los residuales (ver Figura 40).

Figura 39

Análisis de homocedasticidad de los residuos y linealidad (Urgente/Crisis)

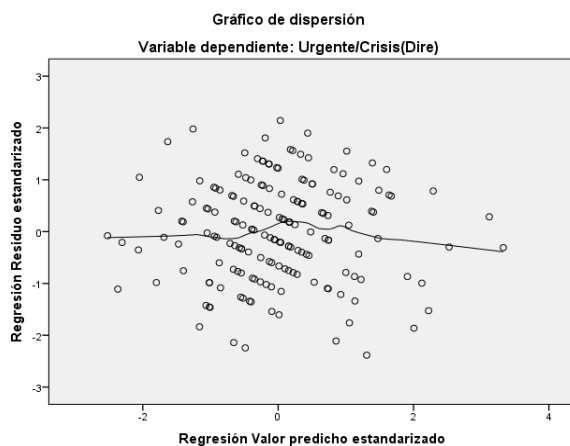
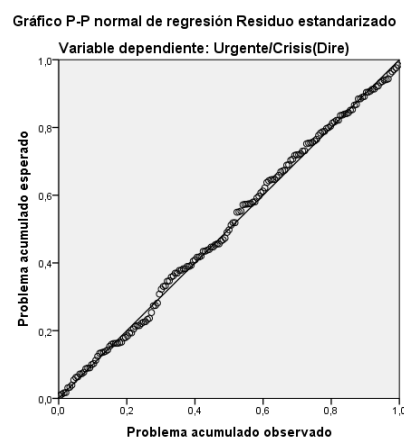


Figura 40

Análisis de normalidad de los residuales (Urgente/Crisis)



Ya en el análisis de regresión para esta variable dependiente, en la Tabla 15 se puede apreciar que el modelo 1 explica solamente un 1,1% de la varianza en la *Conducta Prosocial Urgente/Crisis*. No hay aquí un cambio significativo en R^2 . El modelo 2, que añade a las variables sociodemográficas, no aporta ni cambios en el R^2 ni explica varianza alguna en la variable criterio. El modelo 3, que explica el 3,3% de la varianza al incluir ahora las dimensiones del apego, sí explica un cambio significativo en R^2 (.045). No solo la Deseabilidad Social se presenta en este modelo como un predictor significativo positivo, sino que la Ansiedad relativa al apego también lo es. El modelo 4 añade las dimensiones de la identidad moral y, si bien genera un cambio significativo en R^2 (.055), no añade variables significativas nuevas y se mantienen los mismos predictores del modelo anterior y en la misma dirección. Este modelo explica el 7,4% de la varianza. El modelo 5 explica el 12,9% de la varianza. El ingreso de las dimensiones de la empatía aporta un cambio significativo en R^2 (.068). No solo se mantiene la Ansiedad como un predictor positivo, sino que se agrega la Preocupación Empática, también como un predictor positivo, y la Deseabilidad Social ya no resulta significativa. Por último, el modelo 6, con el ingreso de las interacciones, explica el 21,9% de la varianza. Además, aporta un cambio en el R^2 (.098) que es significativo. La Ansiedad se sostiene como un predictor positivo. La Preocupación Empática también resulta significativa, pero es moderada en este modelo por dos variables, el Género y la Toma de Perspectiva. Aparece, además, una tercera interacción, la de la Autopromoción con la Evitación.

Los modelos 4, 5 y 6 presentan un ajuste de la regresión múltiple significativo. Aquí, los grados de libertad del sexto bloque son los siguientes: 15, 155. Para el cambio en R^2 en este último bloque: 4, 155. Los errores típicos de los modelos se adecuan a valores normales. Además, el tamaño del efecto del modelo 5 es medio (.185) y el del modelo 6 es grande (.283).

Con relación a los predictores individuales significativos, los valores *Beta* señalan que en el modelo 5 la Preocupación Empática (.287; $B = .360$, IC 95% [.152, .567]) es la variable predictora más importante, y en segundo lugar se encuentra la Ansiedad relativa al apego (.234; $B = .171$, IC 95% [.053, .289]). En resumen, este modelo muestra que una mayor Preocupación Empática y Ansiedad predicen una mayor *Conducta Prosocial Urgente/Crisis*. A la vez, en el modelo 6 se muestra que la Ansiedad relativa al apego (.240; $B = .176$, IC 95% [.063, .288]) es el único predictor individual relevante, dado que la Preocupación Empática, si bien significativa, aparece involucrada en dos de las tres interacciones. Entre estas, se

Tabla 15

Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Urgente/Crisis

| Predictor | Modelo 1 | | | | Modelo 2 | | | | Modelo 3 | | | | Modelo 4 | | | | Modelo 5 | | | | Modelo 6 | | | | | | | |
|-----------------------------------|----------|------|------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|-------|-------|------|-------|------|
| | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | | | | |
| Variable de Control | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Deseabilidad Social | .757 | .448 | .129 | .093 | .761 | .452 | .130 | .094 | 1.120 | .486 | .191 | .023 | 1.071 | .484 | .182 | .028 | .786 | .503 | .134 | .120 | .920 | .480 | .157 | .057 | | | | |
| Sociodemográficas | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Género | | | | | -.041 | .142 | -.022 | .776 | -.031 | .140 | -.017 | .824 | .051 | .146 | .028 | .725 | .087 | .147 | .048 | .558 | .030 | .142 | .016 | .833 | | | | |
| Edad | | | | | .004 | .023 | .013 | .865 | .008 | .023 | .027 | .736 | .011 | .022 | .037 | .633 | .004 | .022 | .014 | .855 | .002 | .021 | .006 | .937 | | | | |
| Apego | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Evitación | | | | | | | | | -.093 | .068 | -.105 | .178 | -.055 | .069 | -.062 | .428 | .010 | .069 | .012 | .884 | -.006 | .066 | -.007 | .926 | | | | |
| Ansiedad | | | | | | | | | .155 | .061 | .211 | .012 | .166 | .060 | .227 | .006 | .171 | .060 | .234 | .005 | .176 | .057 | .240 | .002 | | | | |
| Identidad Moral | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Autotrascendencia | | | | | | | | | | | | | .178 | .140 | .113 | .204 | .095 | .139 | .060 | .495 | -.012 | .134 | -.008 | .928 | | | | |
| Autopromoción | | | | | | | | | | | | | -.217 | .217 | -.089 | .319 | -.109 | .215 | -.045 | .612 | -.039 | .213 | -.016 | .854 | | | | |
| Integración Valores | | | | | | | | | | | | | 1.323 | .684 | .186 | .055 | 1.151 | .680 | .162 | .092 | 1.052 | .645 | .148 | .105 | | | | |
| Empatía | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Preocupación Empática | | | | | | | | | | | | | | | | | .360 | .105 | .287 | .001 | .587 | .117 | .469 | <.001 | | | | |
| Toma de Perspectiva | | | | | | | | | | | | | | | | | .002 | .092 | .002 | .979 | -.023 | .088 | -.021 | .791 | | | | |
| Malestar Personal | | | | | | | | | | | | | | | | | -.111 | .090 | -.101 | .217 | -.106 | .085 | -.096 | .218 | | | | |
| Interacciones | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| PreocEmpát*Género | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | -.558 | .199 | -.238 | .006 |
| PreocEmpát*TomaPersp | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | .343 | .126 | .194 | .007 |
| AutoPromoción*Evit | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | -.603 | .196 | -.222 | .003 |
| F –Global– | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| R² | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| R² corregido | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Error Típico | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Cambio en F- R² | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Durbin-Watson | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |

Nota. PreocEmpát = Preocupación Empática; TomaPersp = Toma de Perspectiva; Evit = Evitación. El nivel de significación *p* es el asociado a la prueba *t* para cada coeficiente de regresión; En el caso del ajuste global y del cambio en *R*², el nivel de significación es el arrojado por el modelo para el estadístico *F*; **p* ≤ .05; ***p* ≤ .01; ****p* ≤ .001

encuentra, por un lado, la interacción entre la Preocupación Empática y el Género, para la que se obtiene un $B = -.558$, IC 95% $[-.951, -.165]$. La Preocupación Empática influye de forma positiva y significativa sobre la *Conducta Prosocial Urgente/Crisis* en las mujeres ($B = .587$, IC 95% $[.357, .817]$, $p < .001$), pero no en los varones ($B = .029$, IC 95% $[-.314, .372]$, $p = .868$) (ver Figura 41). Por otro lado, entre la Preocupación Empática y la Toma de Perspectiva, donde se obtiene un valor $B = .343$, IC 95% $[.094, .593]$. Aquí, la Preocupación Empática muestra un efecto positivo significativo sobre la variable criterio a niveles más bajos (-1SD) de Toma de Perspectiva ($B = .342$, IC 95% $[.080, .604]$, $p = .011$), si bien dicho efecto se hace más pronunciado a niveles medios de Toma de Perspectiva ($B = .587$, IC 95% $[.357, .817]$, $p < .001$) y aún más a niveles más elevados (+1SD) de Toma de Perspectiva ($B = .832$, IC 95% $[.515, 1.150]$, $p < .001$) (ver Figura 42). Por último, la interacción entre la Autopromoción y la Evitación arroja un $B = -.603$, IC 95% $[-.990, -.215]$. Los valores de Autopromoción tienen un efecto negativo significativo sobre la *Conducta Prosocial Urgente/Crisis* ante más elevados (+1SD) niveles de Evitación ($B = -.590$, IC 95% $[-1.066, -.113]$, $p = .016$), pero no ante niveles medios ($B = -.039$, IC 95% $[-.459, .381]$, $p = .854$) o más bajos (-1SD) de Evitación ($B = .511$, IC 95% $[-.102, 1.125]$, $p = .102$) (ver Figura 43).

Figura 41
Interacción Preocupación Empática y Género – Urgente/Crisis

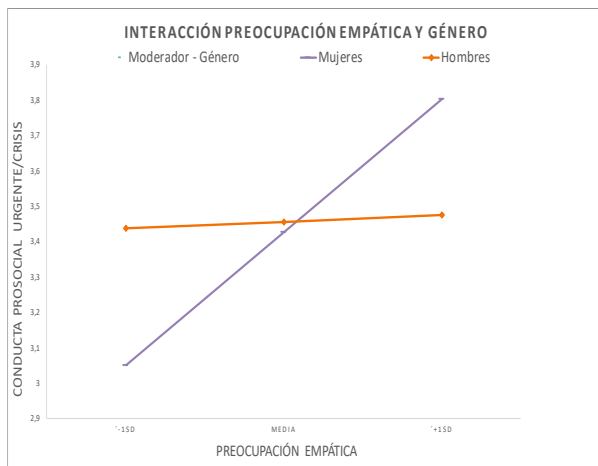


Figura 42
Interacción Preocupación Empática y Toma de Perspectiva – Urgente/Crisis

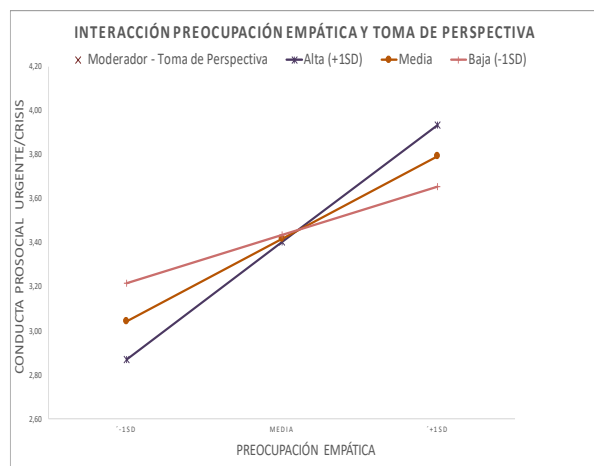
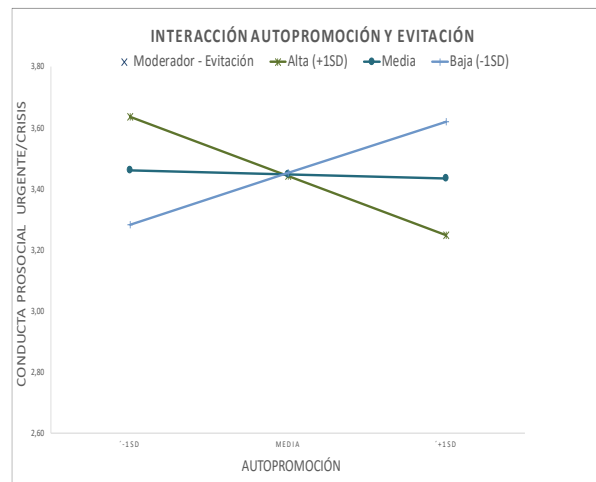


Figura 43

Interacción Autopromoción y Evitación – Urgente/Crisis



Al considerar, por otra parte, si existen efectos indirectos de la Evitación relativa al apego sobre la *Conducta Prosocial Urgente/Crisis* a través del análisis de mediación, se evidencia que existe un efecto indirecto a través de la Preocupación Empática. No obstante, el efecto total no resulta significativo. Así, se observa el efecto a través de la Preocupación Empática señalado (a_1b_1 : $Beta = -.083$ (.039), IC 95% [-.170, -.017]; $B = -.073$ (.035), IC 95% [-.153, -.015]), donde el intervalo no contiene al 0. Las vías que lo componen muestran que una mayor Evitación es predictora de una menor Preocupación Empática (a_1 : $Beta = -.177$; $B = -.124$ (.046), IC 95% [-.215, -.034], $p = .007$), mientras que una menor Preocupación Empática predice una menor *Conducta Prosocial Urgente/Crisis* (b_1 : $Beta = .469$; $B = .587$ (.117), IC 95% [.357, .817], $p < .001$). En cambio, no hay efectos indirectos ni a través de la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = .001$ (.008), IC 95% [-.016, .019]; $B = .001$ (.007), IC 95% [-.014, .016]) ni de la Autotranscendencia (a_3b_3 : $Beta = .001$ (.016), IC 95% [-.030, .037]; $B = .001$ (.014), IC 95% [-.026, .033]). No se encuentra un efecto directo significativo de la Evitación (c' : $Beta = -.007$; $B = -.006$ (.066), IC 95% [-.136, .124], $p = .926$) sobre la variable dependiente. Como se adelantó, el efecto total (c : $Beta = -.088$; $B = -.077$ (.068), IC 95% [-.213, .058], $p = .259$) no resulta significativo.

Si se examinan los efectos indirectos de la Ansiedad relativa al apego sobre la *Conducta Prosocial Urgente/Crisis*, se evidencia que no son significativos para ninguno de los mediadores propuestos. Por tanto, no existen efectos indirectos ni a través de la Preocupación Empática (a_1b_1 : $Beta = .009$ (.032), IC 95% [-.056, .070]; $B = .007$ (.024), IC 95% [-.041, .051]) ni de la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = .002$ (.012), IC 95% [-.023,

.030]; $B = .002$ (.009), IC 95% [-.017, .021]) ni del Malestar Personal (a_{3b_3} : $Beta = -.019$ (.020), IC 95% [-.068, .012]; $B = -.014$ (.015), IC 95% [-.051, .009]). No obstante, el efecto directo de la Ansiedad sobre la prosocialidad *Urgente/Crisis* es significativo y positivo (c' : $Beta = .240$; $B = .176$ (.057), IC 95% [.064, .288], $p = .002$). Lo mismo sucede con el efecto total (c : $Beta = .232$; $B = .170$ (.059), IC 95% [.053, .287], $p = .005$).

En suma, se evidencia una influencia positiva tanto de la Preocupación Empática como de la Ansiedad relativa al apego sobre la *Conducta Prosocial Urgente/Crisis*. Ahora bien, la Preocupación Empática solo tendría una influencia positiva en las mujeres y, además, se haría cada vez más fuerte a medida que crecen los niveles de Toma de Perspectiva. Por otro lado, los valores de Autopromoción tendrían una influencia negativa sobre la prosocialidad *Urgente/Crisis*, pero solo ante niveles elevados de Evitación relativa al apego.

10.3.6. Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Complaciente

Se evaluó la capacidad predictiva de las diversas variables independientes sobre la variable criterio *Conducta Prosocial Complaciente* a través de un análisis de regresión múltiple jerárquica.

En primer lugar, respecto del cumplimiento del supuesto de no multicolinealidad, dado que para esta variable dependiente no hay interacciones, el reporte de los cinco primeros bloques realizado más arriba es suficiente para verificar el mismo. Además, el valor de Durbin-Watson (1.864) revela el cumplimiento del supuesto de no autocorrelación de los errores (ver Tabla 16 en pág. 295). La Figura 44 muestra, asimismo, el cumplimiento del supuesto de linealidad. Respecto de la homocedasticidad, dada nuevamente cierta ambigüedad en la dispersión de la nube de puntos en la misma Figura 44, se siguió nuevamente el procedimiento de transformación logarítmica de la variable dependiente (prosocialidad *Complaciente*) y, del mismo modo que con la prosocialidad Altruista, dicha alternativa no presentaba cambios respecto de los resultados presentados aquí en ningún aspecto (y en particular, en los niveles de significación). Por último, la Figura 45 muestra que no habría una desviación sustancial de los puntos respecto de la recta y se cumple el supuesto de normalidad de los residuales.

Figura 44

Análisis de homocedasticidad de los residuos y linealidad (Complaciente)

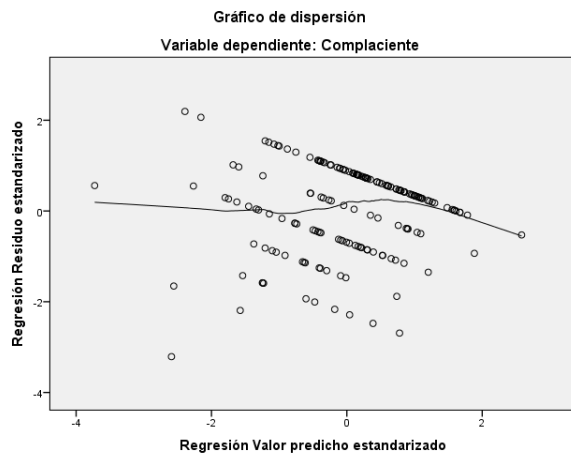
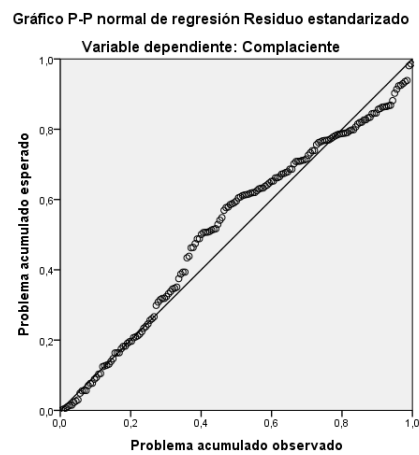


Figura 45

Análisis de normalidad de los residuales (Complaciente)



Ya en cuanto al análisis principal, en la Tabla 16, se observa que el primer modelo explica solamente un 0,5% de la varianza en la *Conducta Prosocial Complaciente* y no tiene lugar aquí un cambio significativo en R^2 . En el modelo 2, con la inclusión de las variables sociodemográficas, se explica un 2,2% de la varianza. Tampoco hay aquí una modificación en R^2 (.028) que resulte significativa, si bien aparece la Edad como un predictor positivo. En el modelo 3, con la inclusión de las dimensiones del apego, se genera un cambio significativo en R^2 (.059) y se explica el 7% de la varianza. Si bien aquí la Edad ya no es un predictor significativo (conservando solo una tendencia hacia la significación), la Evitación relativa al apego emerge como un predictor negativo. El modelo 4, que añade las dimensiones de la identidad moral, explica el 13,1% de la varianza. Este modelo aporta un cambio significativo en R^2 (.074) respecto del anterior. No solo se mantiene aquí la Evitación como un predictor negativo, sino que la Edad vuelve a ser un predictor positivo significativo y, además, la Autotrascendencia resulta un predictor positivo. Finalmente, el modelo 5, que contempla a las dimensiones de la empatía, explica un 19% de la varianza y aporta un cambio significativo en R^2 (.070). Si bien la Edad y la Evitación ya no son predictores significativos, la Autotrascendencia se mantiene como un predictor positivo, a la cual se añade la Preocupación Empática en la misma dirección. No hay interacciones significativas para esta variable dependiente.

Los modelos 3, 4 y 5 presentan un ajuste general significativo. Los errores típicos de los modelos se encuentran dentro de márgenes aceptables. El tamaño del efecto del modelo 5 resulta de medio a grande (.242).

Tabla 16

Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Complaciente

| Predictor | Modelo 1 | | | | Modelo 2 | | | | Modelo 3 | | | | Modelo 4 | | | | Modelo 5 | | | |
|-----------------------------------|----------|------|------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|-------|
| | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p |
| Variable de Control | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Deseabilidad Social | .542 | .395 | .105 | .172 | .521 | .393 | .101 | .187 | .592 | .419 | .115 | .160 | .507 | .412 | .098 | .221 | .371 | .427 | .072 | .386 |
| Sociodemográficas | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Género | | | | | -.141 | .123 | -.088 | .255 | -.121 | .121 | -.076 | .317 | -.046 | .124 | -.029 | .712 | .007 | .125 | .005 | .953 |
| Edad | | | | | .041 | .020 | .161 | .039 | .037 | .020 | .145 | .061 | .038 | .019 | .148 | .049 | .032 | .019 | .126 | .084 |
| Apego | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Evitación | | | | | | | | | -.170 | .059 | -.221 | .004 | -.124 | .059 | -.161 | .035 | -.067 | .159 | -.087 | .251 |
| Ansiedad | | | | | | | | | .090 | .052 | .140 | .086 | .094 | .051 | .146 | .066 | .090 | .051 | .139 | .079 |
| Identidad Moral | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Autotrascendencia | | | | | | | | | | | | | .397 | .119 | .285 | .001 | .311 | .118 | .223 | .009 |
| Autopromoción | | | | | | | | | | | | | -.028 | .185 | -.013 | .881 | .044 | .183 | .021 | .809 |
| Integración Valores | | | | | | | | | | | | | -.005 | .582 | -.001 | .993 | -.062 | .577 | -.010 | .915 |
| Empatía | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Preocupación Empática | | | | | | | | | | | | | | | | | .339 | .089 | .308 | <.001 |
| Toma de Perspectiva | | | | | | | | | | | | | | | | | -.054 | .078 | -.055 | .490 |
| Malestar Personal | | | | | | | | | | | | | | | | | -.065 | .076 | -.066 | .398 |
| F –Global– | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| <i>R</i> ² | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| <i>R</i> ² corregido | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Error Típico | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Cambio en F- R² | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Durbin-Watson | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |

Nota. El nivel de significación *p* es el asociado a la prueba *t* para cada coeficiente de regresión; En el caso del ajuste global y del cambio en *R*², el nivel de significación es el arrojado por el modelo para el estadístico *F*; **p* ≤ .05; ***p* ≤ .01; ****p* ≤ .001

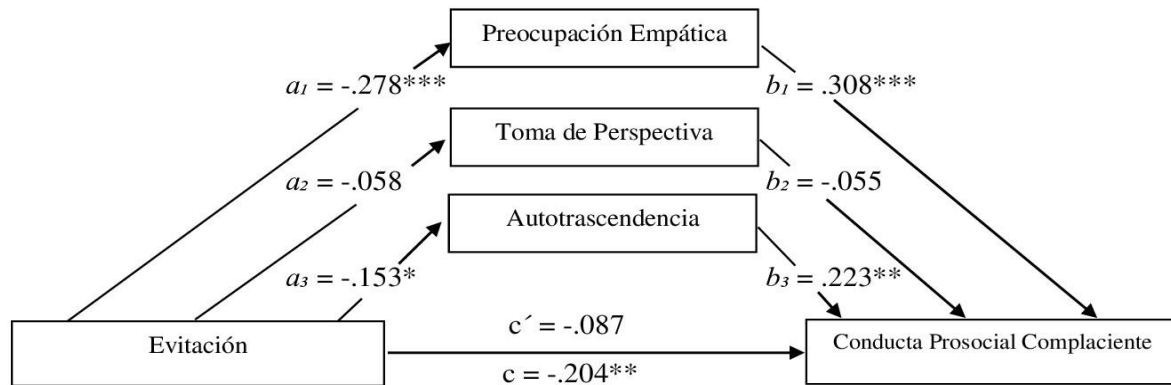
En cuanto a los predictores individuales significativos, los valores *Beta* señalan que en el modelo 5 la Preocupación Empática (.308; $B = .339$, IC 95% [.163, .515]) es la variable independiente más relevante, seguida de la Autotrascendencia (.223; $B = .311$, IC 95% [.078, .544]). En conclusión, este modelo muestra que, ante mayor Preocupación Empática e importancia de los valores de Autotrascendencia, se explica una mayor *Conducta Prosocial Complaciente*.

Por otra parte, el análisis de mediación concerniente a la Evitación relativa al apego muestra que esta ejerce una influencia indirecta sobre la *Conducta Prosocial Complaciente* a través de la Preocupación Empática. Como se puede observar en la Figura 46, una mayor Evitación es un predictor negativo de la Preocupación Empática (a_1 : $Beta = -.278$; $B = -.195$ (.052), IC 95% [-.297, -.093], $p < .001$), mientras que ante una menor Preocupación Empática se predice una menor *Conducta Prosocial Complaciente* (b_1 : $Beta = .308$; $B = .339$ (.078), IC 95% [.163, .514], $p < .001$). En contraste, la Evitación no es un predictor de la Toma de Perspectiva (a_2 : $Beta = -.058$; $B = -.045$ (.058), IC 95% [-.160, .069], $p = .435$) ni esta lo es de la *Conducta Prosocial Complaciente* (b_2 : $Beta = -.055$; $B = -.054$ (.078), IC 95% [-.208, .100], $p = .490$). Además, la Evitación ejerce una influencia negativa sobre la Autotrascendencia (a_3 : $Beta = -.153$; $B = -.085$ (.038), IC 95% [-.160, -.010], $p = .027$) y esta es un predictor positivo de la *Conducta Prosocial Complaciente* (b_3 : $Beta = .223$; $B = .311$ (.118), IC 95% [.078, .544], $p = .009$). Estrictamente en cuanto a los efectos indirectos, se encuentra que la Evitación ejerce una influencia indirecta negativa sobre la *Conducta Prosocial Complaciente* a través de la Preocupación Empática (a_1b_1 : $Beta = -.086$ (.033), IC 95% [-.153, -.029]; $B = -.066$ (.026), IC 95% [-.121, -.022]), dado que el intervalo de confianza no incluye al 0. En cambio, la Evitación no influye de forma indirecta a través de la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = .003$ (.008), IC 95% [-.010, .024]; $B = .002$ (.006), IC 95% [-.008, .019]) ni tampoco alcanza la significación a través de la Autotrascendencia (a_3b_3 : $Beta = -.034$ (.020), IC 95% [-.078, .000]; $B = -.026$ (.017), IC 95% [-.064, .000]). Por otra parte, la Evitación no tiene un efecto directo sobre la *Conducta Prosocial Complaciente* (c' : $Beta = -.087$; $B = -.067$ (.059), IC 95% [-.183, .048], $p = .251$). En cambio, el efecto total resulta significativo y negativo (c : $Beta = -.204$; $B = -.157$ (.060), IC 95% [-.275, -.040], $p = .009$)⁴.

⁴ Al no incluir covariables, el efecto indirecto de la Evitación sobre la variable dependiente a través de la Autotrascendencia se torna significativo (a_3b_3 : $Beta = -.049$ (.023), IC 95% [-.097, -.008]; $B = -.037$ (.019), IC 95% [-.080, -.006]). La Evitación es un predictor significativo negativo de la Autotrascendencia (a_3 : $Beta = -.230$; $B = -.127$ (.042), IC 95% [-.209, -.045], $p = .003$), mientras que esta es un predictor positivo de la *Conducta Prosocial Complaciente* (b_3 : $Beta = .208$; $B = .290$ (.103), IC 95% [.088, .493], $p = .005$). El efecto indirecto a través de la Preocupación Empática continúa siendo significativo (a_1b_1 : $Beta = -.096$ (.031), IC 95% [-.162, -.040]; $B = -.074$ (.026), IC 95% [-.129, -.030]) y el efecto indirecto a través de la Toma de Perspectiva continúa siendo no significativo (a_2b_2 : $Beta = .007$ (.011), IC 95% [-.013, .033]; $B = .006$ (.009), IC 95%

Figura 46

Coefficientes de regresión estandarizados para la relación entre Evitación y los mediadores (a_1, a_2, a_3), entre estos y la Conducta Prosocial Complaciente (b_1, b_2, b_3) y efecto directo (c') y total (c) de la Evitación sobre la Conducta Prosocial Complaciente



* $p \leq .05$, ** $p \leq .01$, *** $p \leq .001$

A su vez, el análisis de mediación con la Ansiedad relativa al apego como antecedente refleja que no existen efectos indirectos de ella sobre la prosocialidad *Complaciente* a través de ninguno de los tres mediadores. Esto queda de manifiesto tanto para la Preocupación Empática (a_1b_1 : $Beta = .016$ (.023), IC 95% [-.031, .062]; $B = .010$ (.015), IC 95% [-.020, .039]), como para la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = .004$ (.010), IC 95% [-.014, .028]; $B = .003$ (.007), IC 95% [-.009, .018]) como para el Malestar Personal (a_3b_3 : $Beta = -.014$ (.018), IC 95% [-.055, .019]; $B = -.009$ (.012), IC 95% [-.035, .012]). Tampoco se encuentra ni un efecto directo de la Ansiedad (c' : $Beta = .139$; $B = .090$ (.051), IC 95% [-.011, .190], $p = .079$) sobre la variable criterio ni un efecto total (c : $Beta = .146$; $B = .094$ (.051), IC 95% [-.006, .195], $p = .066$) que resulten significativos.

En síntesis, tanto la Preocupación Empática como la Autotrascendencia influyen positivamente sobre la *Conducta Prosocial Complaciente*, mientras que la Evitación relativa al apego ejerce un efecto indirecto negativo sobre este tipo de conducta prosocial, a través de la Preocupación Empática, sobre la cual incide negativamente.

[-.010, .026]). También el efecto total permanece significativo (c : $Beta = -.245$; $B = -.189$ (.058), IC 95% [-.303, -.075], $p = .001$), a la vez que el efecto directo de la Evitación se mantiene no significativo (c' : $Beta = -.109$; $B = -.084$ (.057), IC 95% [-.196, .028], $p = .141$).

10.3.7. Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Anónima

Se evaluó la capacidad predictiva de las diversas variables independientes sobre la variable criterio *Conducta Prosocial Anónima* a través de un análisis de regresión múltiple jerárquica.

Respecto de la verificación de la no multicolinealidad, la Tabla 17 muestra el cumplimiento de este supuesto también en el sexto bloque.

Tabla 17

Factor de inflación de la varianza (FIV) y tolerancia para cada variable predictora en el último bloque de la regresión múltiple jerárquica para la Conducta Prosocial Anónima

| Bloque | Variable | FIV | Tolerancia |
|--------|----------------------------------|-------|------------|
| 6 | Deseabilidad Social | 1.446 | .691 |
| | Género | 1.283 | .779 |
| | Edad | 1.108 | .902 |
| | Evitación | 1.212 | .825 |
| | Ansiedad | 1.299 | .770 |
| | Autotrascendencia | 1.515 | .660 |
| | Autopromoción | 1.526 | .656 |
| | Integración de Valores | 1.783 | .561 |
| | Preocupación Empática | 1.371 | .730 |
| | Toma de Perspectiva | 1.320 | .758 |
| | Malestar Personal | 1.292 | .774 |
| | Preocupación Empática x Ansiedad | 1.035 | .667 |

Por otro lado, se confirma el supuesto de no autocorrelación de los errores (Durbin Watson: 2.015; ver Tabla 18 en pág. 300) Asimismo, la Figura 47 muestra que no habría sustanciales problemas con los supuestos de homocedasticidad y linealidad. Por último, también se preserva el supuesto de normalidad de los residuales (ver Figura 48).

Figura 47

Análisis de homocedasticidad de los residuos y linealidad (Anónima)

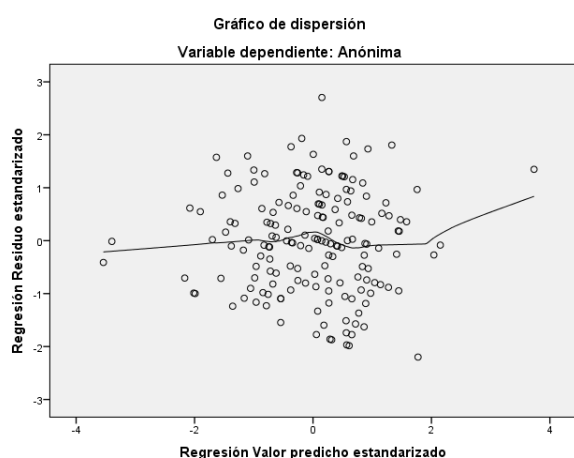
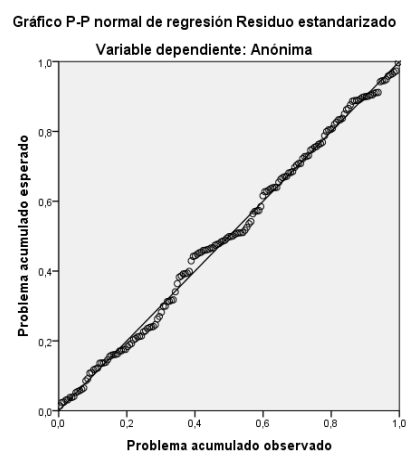


Figura 48

Análisis de normalidad de los residuales (Anónima)



En relación con el análisis de regresión de esta variable dependiente, tal como se observa en la Tabla 18, el primer modelo no aporta un cambio significativo en R^2 y solamente explica un 1,3% de la varianza en la *Conducta Prosocial Anónima*. En el modelo 2, se incluyen las variables sociodemográficas y ello tampoco supone un cambio significativo en R^2 (.015). El modelo explica un 1,6% de la varianza. El modelo 3, al incluir las dimensiones del apego, explica el 1,8% de la varianza. El cambio en R^2 (.014) no resulta significativo. El modelo 4, que contempla las dimensiones de la identidad moral, ingresa a la Autotrascendencia (positivo) y la Integración de Valores (negativo) como predictores, si bien no aporta un cambio significativo en R^2 (.036). Este modelo explica el 3,8% de la varianza. El modelo 5, que incluye a las dimensiones de la empatía, explica el 4% de la varianza, pero el cambio en R^2 (.019) no es significativo. La Evitación relativa al apego es aquí un predictor positivo, pero ya no son significativas ni la Autotrascendencia ni la Integración de Valores. Por último, el modelo 6, que incluye a las interacciones, sí genera un cambio significativo en R^2 (.032) y la varianza explicada por este modelo es del 6,8%. Además de la Evitación, que se mantiene como un predictor positivo, la Autotrascendencia nuevamente resulta un predictor significativo, también positivo. Tiene lugar, además, una interacción entre la Preocupación Empática y la Ansiedad relativa al apego.

Solo en el último modelo, el ajuste global de la regresión múltiple resulta significativo. Los grados de libertad para el sexto bloque de dicha regresión múltiple son: 12, 158. Para el cambio en R^2 en el sexto bloque: 1, 158. Los errores típicos de los modelos se sitúan dentro de los márgenes aceptables. El tamaño del modelo 6 es medio (.134).

Tabla 18

Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Conducta Prosocial Anónima

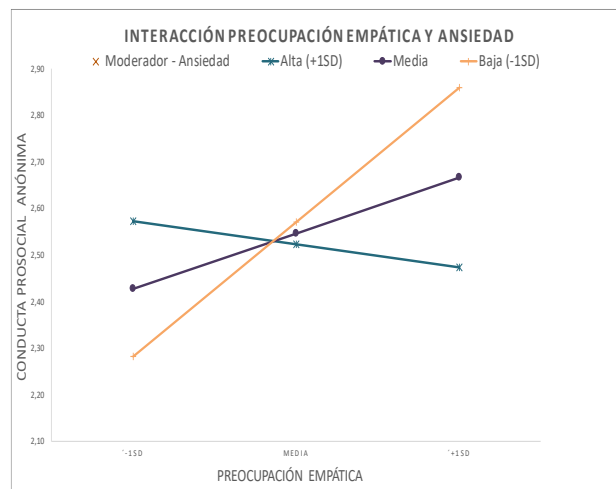
| Predictor | Modelo 1 | | | | Modelo 2 | | | | Modelo 3 | | | | Modelo 4 | | | | Modelo 5 | | | | Modelo 6 | | | | | | | |
|-----------------------------------|----------|------|------|------|----------|------|------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|-------|------|-------|------|
| | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | | | | |
| Variable de Control | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Deseabilidad Social | .913 | .512 | .136 | .077 | .855 | .513 | .127 | .098 | .988 | .560 | .147 | .080 | .859 | .564 | .128 | .130 | 1.026 | .604 | .153 | .092 | 1.163 | .598 | .173 | .054 | | | | |
| Sociodemográficas | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Género | | | | | .017 | .161 | .008 | .917 | .002 | .161 | .001 | .992 | -.023 | .170 | -.011 | .890 | .033 | .177 | .016 | .854 | .038 | .174 | .018 | .828 | | | | |
| Edad | | | | | .040 | .026 | .121 | .120 | .046 | .026 | .140 | .080 | .044 | .026 | .134 | .091 | .044 | .126 | .131 | .099 | .046 | .026 | .140 | .075 | | | | |
| Apego | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Evitación | | | | | | | | | .120 | .079 | .120 | .129 | .145 | .080 | .144 | .072 | .168 | .083 | .167 | .044 | .183 | .082 | .182 | .027 | | | | |
| Ansiedad | | | | | | | | | -.003 | .070 | -.004 | .961 | -.014 | .070 | -.016 | .843 | -.030 | .072 | -.036 | .675 | -.022 | .071 | -.026 | .754 | | | | |
| Identidad Moral | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Autotrascendencia | | | | | | | | | | | | | .354 | .163 | .195 | .031 | .297 | .167 | .164 | .077 | .332 | .165 | .183 | .046 | | | | |
| Autopromoción | | | | | | | | | | | | | .373 | .253 | .134 | .143 | .351 | .259 | .126 | .177 | .374 | .255 | .134 | .144 | | | | |
| Integración Valores | | | | | | | | | | | | | -1.615 | .797 | -.198 | .044 | -1.416 | .817 | -.174 | .085 | -1.506 | .806 | -.185 | .063 | | | | |
| Empatía | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Preocupación Empática | | | | | | | | | | | | | | | | | .181 | .126 | .126 | .153 | .187 | .124 | .131 | .133 | | | | |
| Toma de Perspectiva | | | | | | | | | | | | | | | | | -.160 | .111 | -.124 | .150 | -.184 | .109 | -.143 | .094 | | | | |
| Malestar Personal | | | | | | | | | | | | | | | | | .007 | .108 | .006 | .945 | .018 | .106 | .014 | .869 | | | | |
| Interacciones | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| PreocEmpát*Ansiedad | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | -.242 | .101 | -.181 | .018 |
| F –Global– | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| R² | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| R² corregido | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Error Típico | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Cambio en F- R² | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Durbin-Watson | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |

Nota. PreocEmpát = Preocupación Empática. El nivel de significación *p* es el asociado a la prueba *t* para cada coeficiente de regresión; En el caso del ajuste global y del cambio en *R*², el nivel de significación es el arrojado por el modelo para el estadístico *F*; **p* ≤ .05; ***p* ≤ .01; ****p* ≤ .001

Con relación a los predictores individuales significativos, discutiremos aquí solo el modelo 6, dado que, si bien se presentan las interacciones con un carácter exploratorio, el modelo 5 no presenta un ajuste adecuado. En el modelo 6, la Autotrascendencia es el predictor más relevante (.183; $B = .332$, IC 95% [.006, .658]), seguido de la Evitación relativa al apego (.182; $B = .183$, IC 95% [.021, .334]). En definitiva, este modelo indica que, ante mayor importancia de los valores de Autotrascendencia y mayor Evitación, hay una mayor *Conducta Prosocial Anónima*. Además, la interacción entre Preocupación Empática y Ansiedad relativa al apego ofrece un valor $B = -.242$, IC 95% [-.441, -.043]. La Preocupación Empática influye positiva y significativamente sobre la *Conducta Prosocial Anónima* ante niveles más bajos (-1SD) de Ansiedad ($B = .452$, IC 95% [.121, .784], $p = .008$), pero no ante niveles medios ($B = .187$, IC 95% [-.058, .433], $p = .133$) o más elevados (+1SD) ($B = -.077$, IC 95% [-.402, .247], $p = .638$) de Ansiedad (ver Figura 49).

Figura 49

Interacción Preocupación Empática y Ansiedad Anónima



Por otro lado, en cuanto al análisis de mediación para la Evitación relativa al apego, no se encuentran efectos indirectos de ella sobre la *Conducta Prosocial Anónima* a través de ninguno de los tres mediadores. Por un lado, no hay un efecto indirecto para la Preocupación Empática (a_1b_1 : $Beta = -.037$ (.025), IC 95% [-.092, .007]; $B = -.037$ (.026), IC 95% [-.094, .007]) como mediadora. Tampoco hay un efecto indirecto al considerar a la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = .008$ (.013), IC 95% [-.013, .037]; $B = .008$ (.013), IC 95% [-.014, .038]). Finalmente, lo mismo sucede cuando la mediadora es la Autotrascendencia (a_3b_3 : $Beta = -.029$ (.020), IC 95% [-.075, .000]; $B = -.029$ (.020), IC 95% [-.075, .000]). El efecto directo

de la Evitación sobre la variable criterio sí resulta significativo y positivo (c' : $Beta = .182$; $B = .183$ (.082), IC 95% [.021, .344], $p = .027$). No obstante, el efecto total (c : $Beta = .124$; $B = .125$ (.080), IC 95% [-.033, .282], $p = .120$) no resulta significativo.

El análisis de mediación para la Ansiedad relativa al apego en relación con la prosocialidad *Anónima* revela que no hay efectos indirectos a través de ningún mediador. Esto sucede tanto para la Preocupación Empática (a_1b_1 : $Beta = .007$ (.012), IC 95% [-.015, .034]; $B = .006$ (.010), IC 95% [-.013, .029]) como para la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = .013$ (.015), IC 95% [-.011, .049]; $B = .011$ (.013), IC 95% [-.009, .041]) y el Malestar Personal (a_3b_3 : $Beta = .003$ (.018), IC 95% [-.033, .045]; $B = .003$ (.016), IC 95% [-.028, .038]). Tampoco se encuentra un efecto directo de la Ansiedad (c' : $Beta = -.027$; $B = -.022$ (.071), IC 95% [-.162, .118], $p = .754$) sobre la variable criterio, ni efecto total (c : $Beta = -.004$; $B = -.004$ (.069), IC 95% [-.140, .133], $p = .960$) significativos.

En conclusión, mayores niveles de Autotrascendencia y Evitación relativa al apego influirían positivamente sobre la *Conducta Prosocial Anónima*, mientras que un efecto similar tendría la Preocupación Empática pero solo ante un nivel bajo de Ansiedad relativa al apego.

10.3.8. Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Deshonestidad Académica

Se evaluó la capacidad predictiva de las diversas variables independientes sobre la variable criterio *Deshonestidad Académica* a través de un análisis de regresión múltiple jerárquica.

Dado que la variable Curso de la carrera/Año de cursada solo se utiliza en este análisis de regresión como variable de control, se presentan aquí sus correlaciones con las dimensiones de la empatía, el apego y la identidad moral utilizadas y con la *Deshonestidad Académica* (ver Tabla 19). El Curso de la carrera solo muestra una correlación significativa, y positiva, con la Preocupación Empática.

En cuanto a la verificación de los supuestos faltantes, por un lado, la Tabla 20 permite comprobar el cumplimiento del supuesto de no multicolinealidad en el último bloque.

Tabla 19

Correlaciones del Curso de la carrera con otras variables del estudio

| | PEmp | TPers | MPers | Evit | Ans | ATrasc | AProm | IVal | DAcad |
|------------------|------|-------|-------|------|------|--------|-------|------|-------|
| Curso de Carrera | .15* | .06 | -.08 | -.10 | -.06 | -.01 | .05 | -.04 | .12 |

Nota. Las correlaciones realizadas con las dimensiones de la Identidad Moral fueron llevadas a cabo tras su transformación logarítmica, del mismo modo que en los otros análisis correlacionales y de regresión. PEmp = Preocupación Empática; TPers = Toma de Perspectiva; MPers = Malestar Personal; Evit = Evitación; Ans = Ansiedad; ATrasc = Autotrascendencia; AProm = Autopromoción; IVal = Integración de Valores; DAcad = Deshonestidad Académica.

* $p \leq .05$

Tabla 20

Factor de inflación de la varianza (FIV) y tolerancia para cada variable predictora en el último bloque de la regresión múltiple jerárquica para la Deshonestidad Académica

| Bloque | Variable | FIV | Tolerancia |
|-------------------|------------------------|-------|------------|
| 6 | Deseabilidad Social | 1.448 | .691 |
| | Curso de la carrera | 1.459 | .685 |
| | Género | 1.323 | .756 |
| | Edad | 2.149 | .465 |
| | Evitación | 1.213 | .824 |
| | Ansiedad | 1.631 | .613 |
| | Autotrascendencia | 1.542 | .648 |
| | Autopromoción | 1.575 | .635 |
| | Integración de Valores | 1.790 | .559 |
| | Preocupación Empática | 1.401 | .714 |
| | Toma de Perspectiva | 1.314 | .761 |
| | Malestar Personal | 1.305 | .766 |
| | Edad x Género | 1.638 | .610 |
| Género x Ansiedad | 1.402 | .713 | |

Además, el valor de Durbin-Watson de 2.022 (ver Tabla 21 en pág. 305) confirma también el cumplimiento del supuesto de no autocorrelación de los errores. Los supuestos de linealidad y homocedasticidad (para ambos, ver Figura 50) y normalidad de los residuales (ver Figura 51) también aparecen preservados.

Figura 50

Análisis de homocedasticidad de los residuos y linealidad (Deshonestidad Académica)

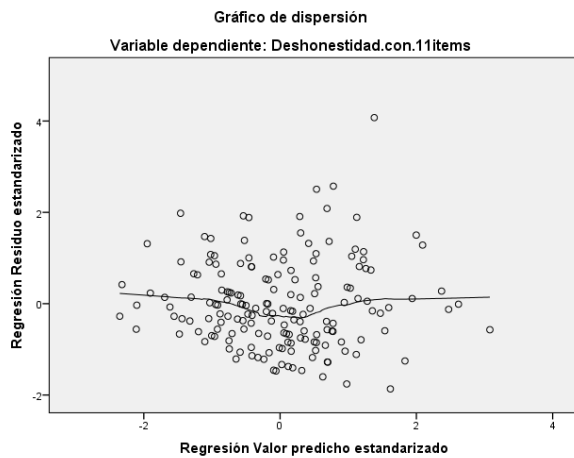
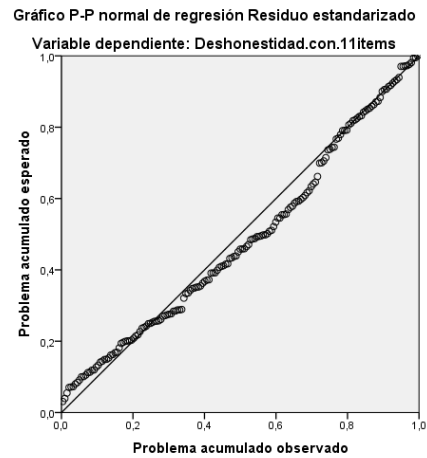


Figura 51

Análisis de normalidad de los residuales (Deshonestidad Académica)



Ya en el análisis de regresión, en la Tabla 21 se puede observar que el modelo 1 explica un 5% de la varianza con un cambio significativo en R^2 (.061) en la *Deshonestidad Académica* a partir del rol como predictor negativo de la Deseabilidad social y el rol positivo del Curso de la carrera. El modelo 2, que agrega las variables sociodemográficas, no aporta un cambio significativo en el R^2 (.017) y explica el 5,6%. Los predictores significativos continúan siendo los mismos (y en la misma dirección). El modelo 3, que suma a las dimensiones del apego, explica el 4,7% de la varianza. El cambio en R^2 (.002) tampoco es significativo, manteniéndose la Deseabilidad Social y el Curso de la carrera como predictores y en la misma dirección. Esto mismo tiene lugar en el modelo 4, con el ingreso de las dimensiones de la identidad moral, que no aporta un cambio en R^2 significativo (.004) y explica solo el 3,3% de la varianza. Se mantienen los mismos predictores (en la misma dirección). En el modelo 5, que incluye a las dimensiones de la empatía, la Deseabilidad Social ya no es un predictor significativo, si bien se mantiene el rol positivo del Curso de la carrera. Se añade, además, como predictor negativo, la Toma de Perspectiva. No obstante, el cambio en R^2 (.032) no es significativo. El modelo explica un 4,9% de la varianza. Finalmente, el modelo 6 sí aporta un cambio significativo en R^2 (.062) con la inclusión de las interacciones y explica el 10,4% de la varianza. El único predictor individual (negativo) es la Toma de Perspectiva, ya que el Curso de la carrera solo presenta aquí una tendencia hacia la significación. Se incluyen aquí dos interacciones significativas: entre el Género y la Edad y entre la Ansiedad relativa al apego y el Género.

Tabla 21

Regresión múltiple jerárquica de las variables predictoras sobre la Deshonestidad Académica

| Predictor | Modelo 1 | | | | Modelo 2 | | | | Modelo 3 | | | | Modelo 4 | | | | Modelo 5 | | | | Modelo 6 | | | |
|-----------------------------------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|------|----------|------|-------|---------|
| | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p | B | ET | Beta | p |
| Variable de Control | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Deseabilidad Social | -.858 | .299 | -.216 | .005 | -.864 | .299 | -.217 | .004 | -.812 | .329 | -.204 | .015 | -.840 | .337 | -.211 | .014 | -.576 | .358 | -.145 | .109 | -.546 | .347 | -.137 | .118 |
| Año de cursada | .079 | .040 | .151 | .047 | .120 | .046 | .228 | .010 | .119 | .046 | .227 | .011 | .116 | .047 | .222 | .014 | .113 | .047 | .215 | .017 | .090 | .046 | .170 | .054 |
| Sociodemográficas | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Género | | | | | .034 | .094 | .028 | .715 | .030 | .094 | .025 | .748 | .002 | .101 | .001 | .988 | .054 | .105 | .044 | .607 | .070 | .103 | .057 | .497 |
| Edad | | | | | -.030 | .017 | -.152 | .087 | -.028 | .018 | -.142 | .120 | -.027 | .018 | -.138 | .133 | -.026 | .018 | -.131 | .152 | .011 | .091 | .055 | .605 |
| Apego | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Evitación | | | | | | | | | .030 | .046 | .050 | .520 | .028 | .048 | .046 | .562 | .030 | .049 | .051 | .535 | .037 | .048 | .062 | .442 |
| Ansiedad | | | | | | | | | .005 | .041 | .011 | .896 | .004 | .041 | .008 | .927 | -.016 | .042 | -.033 | .701 | .032 | .046 | .063 | .495 |
| Identidad Moral | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Autotrascendencia | | | | | | | | | | | | | -.031 | .097 | -.029 | .748 | -.065 | .098 | -.060 | .512 | -.075 | .097 | -.070 | .438 |
| Autopromoción | | | | | | | | | | | | | .104 | .151 | .063 | .491 | .053 | .153 | .032 | .730 | .137 | .150 | .083 | .363 |
| Integración Valores | | | | | | | | | | | | | -.096 | .473 | -.020 | .840 | .129 | .482 | .027 | .789 | .100 | .468 | .021 | .831 |
| Empatía | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Preocupación Empática | | | | | | | | | | | | | | | | | .068 | .075 | .081 | .362 | .069 | .073 | .081 | .347 |
| Toma de Perspectiva | | | | | | | | | | | | | | | | | -.140 | .065 | -.184 | .033 | -.143 | .063 | -.188 | .025 |
| Malestar Personal | | | | | | | | | | | | | | | | | .069 | .064 | .092 | .283 | .085 | .062 | .114 | .171 |
| Interacciones | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Edad*Género | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | -.096 | .032 | -.275 | .004 |
| Género*Ansiedad | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | -.181 | .089 | -.176 | .043 |
| F –Global– | | | | | 5.494** | | | | 3.504** | | | | 2.388* | | | | 1.645 | | | | 1.734 | | | 2.405** |
| R² | | | | | .061 | | | | .078 | | | | .080 | | | | .084 | | | | .116 | | | .178 |
| R² corregido | | | | | .050 | | | | .056 | | | | .047 | | | | .033 | | | | .049 | | | .104 |
| Error Típico | | | | | .529 | | | | .528 | | | | .530 | | | | .534 | | | | .530 | | | .514 |
| Cambio en F- R² | | | | | 5.494** | | | | 1.481 | | | | .223 | | | | .226 | | | | 1.917 | | | 5.798** |
| Durbin-Watson | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | 2.022 |

Nota. El nivel de significación p es el asociado a la prueba t para cada coeficiente de regresión; En el caso del ajuste global y del cambio en R^2 , el nivel de significación es el arrojado por el modelo para el estadístico F ; * $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

El modelo 6 presenta un ajuste general significativo de la regresión múltiple (del mismo modo que los modelos 1 a 3). En cuanto a los grados de libertad, para el estadístico F correspondiente al Anova de la regresión múltiple (F -Global en la tabla): Modelo 1 (2, 168), Modelo 2 (4, 166), Modelo 3 (6, 164), Modelo 4 (9, 161), Modelo 5 (12, 158), Modelo 6 (14, 156). Para el estadístico F para el cambio en R^2 : Modelo 1 (2, 168), Modelo 2 (2, 166), Modelo 3 (2, 164), Modelo 4 (3, 161), Modelo 5 (3, 158), Modelo 6 (2, 156). Los errores típicos de los modelos se adecuan a valores normales. El tamaño del efecto del modelo 6 es medio (.175).

Dado que el modelo 5 no presenta un ajuste adecuado, se hará referencia al modelo 6, que presenta a la Toma de Perspectiva como un predictor relevante, con un valor $Beta$ de $-.188$ ($B = -.143$, IC 95% $[-.268, -.018]$), de manera que una mayor Toma de Perspectiva tiene un efecto negativo sobre la *Deshonestidad Académica*. A la vez, el modelo 6, como se señaló, presenta dos interacciones. Por un lado, entre la Edad y el Género, se encuentra un $B = -.096$, IC 95% $[-.160, -.032]$. La Edad tiene un efecto negativo significativo sobre la *Deshonestidad Académica* para los participantes varones ($B = -.085$, IC 95% $[-.139, -.031]$, $p = .002$), pero no para las participantes mujeres ($B = .011$, IC 95% $[-.031, .052]$, $p = .605$) (ver Figura 52). Dado el relevante carácter teórico de las variables sociodemográficas para este constructo, presentaremos también la prueba de pendientes simples con el Género como antecedente y la Edad como variable moderadora, que brinda la posibilidad de ilustrar más claramente esta misma interacción (la Figura 52 permite también visualizar ese efecto). Así, el género masculino predice de forma significativa una mayor *Deshonestidad Académica* entre los/as participantes más jóvenes ($-1SD$) ($B = .334$, IC 95% $[.051, .617]$, $p = .021$), pero no para la media de Edad ($B = .070$, IC 95% $[-.133, .273]$, $p = .497$) ni entre participantes mayores ($+1SD$) ($B = -.194$, IC 95% $[-.448, .059]$, $p = .132$). Por otro lado, existe una interacción entre Género y Ansiedad relativa al apego, que arroja un $B = -.242$, IC 95% $[-.441, -.043]$. Aquí, el Género masculino tiene un efecto positivo y significativo sobre la *Deshonestidad Académica* en participantes con un menor nivel ($-1SD$) de Ansiedad ($B = .268$, IC 95% $[.002, .535]$, $p = .049$), pero no con niveles medios ($B = .070$, IC 95% $[-.133, .273]$, $p = .497$) o más elevados ($+1SD$) ($B = -.128$, IC 95% $[-.419, .163]$, $p = .385$) de Ansiedad (ver Figura 53).

Por otro lado, para esta variable dependiente, no existen efectos indirectos de la Evitación relativa al apego a través de ningún mediador. Por un lado, no hay efecto indirecto cuando la Preocupación Empática (a_1b_1 : $Beta = -.022$ (.025), IC 95% $[-.080, .022]$; $B = -.013$ (.015), IC 95% $[-.049, .013]$) es la mediadora. En segundo lugar, tampoco lo hay cuando se

Figura 52

*Interacción Edad y Género –
Deshonestad Académica*

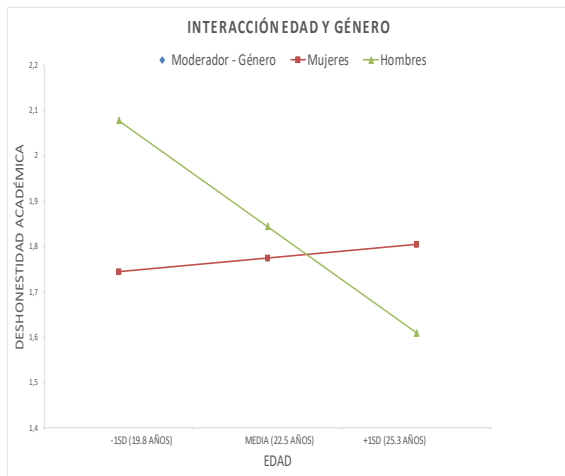
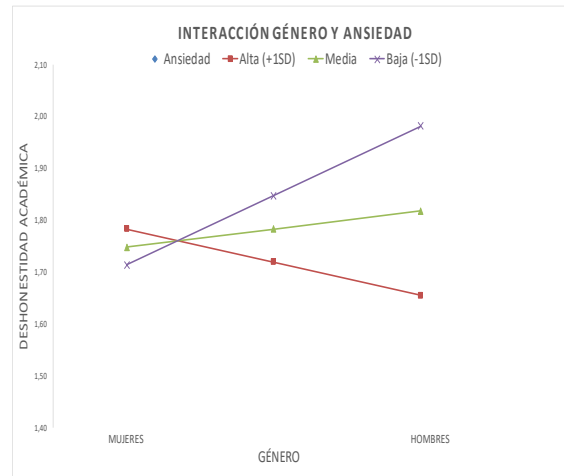


Figura 53

*Interacción Género y Ansiedad –
Deshonestad Académica*



toma en cuenta la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = .011$ (.016), IC 95% [-.016, .049]; $B = .006$ (.010), IC 95% [-.010, .029]). Por último, lo mismo sucede al considerar la Autotrascendencia (a_3b_3 : $Beta = .009$ (.015), IC 95% [-.017, .046]; $B = .006$ (.009), IC 95% [-.010, .027]). No hay, además, un efecto directo significativo de la Evitación (c' : $Beta = .051$; $B = .030$ (.049), IC 95% [-.066, .127], $p = .535$) sobre la variable dependiente ni efecto total (c : $Beta = .049$; $B = .029$ (.047), IC 95% [-.063, .121], $p = .538$) significativo.

Lo mismo sucede al considerar a la Ansiedad relativa al apego con sus respectivos mediadores. No existen efectos indirectos de ella a través de la Preocupación Empática (a_1b_1 : $Beta = .004$ (.008), IC 95% [-.013, .022]; $B = .002$ (.004), IC 95% [-.007, .011]), la Toma de Perspectiva (a_2b_2 : $Beta = .017$ (.019), IC 95% [-.013, .063]; $B = .009$ (.009), IC 95% [-.006, .031]) o el Malestar Personal (a_3b_3 : $Beta = .020$ (.025), IC 95% [-.024, .077]; $B = .010$ (.012), IC 95% [-.013, .037]). Tampoco se encuentra ni un efecto directo de la Ansiedad (c' : $Beta = -.033$; $B = -.016$ (.042), IC 95% [-.100, .067], $p = .701$) sobre la variable criterio ni un efecto total (c : $Beta = .008$; $B = .004$ (.041), IC 95% [-.078, .086], $p = .927$) que resulten significativos.

En síntesis, se encuentra que a menores niveles de Toma de Perspectiva tiene lugar una mayor *Deshonestad Académica*, existiendo además mayor *Deshonestad Académica* entre los varones más jóvenes (quienes a mayor Edad ya no se diferencian de las mujeres) y con menor Ansiedad relativa al apego.

10.4. Comparación entre grupos de transgresores y no transgresores en Deshonestidad Académica

A modo de análisis complementario, se realiza un análisis de diferencias de medias en las dimensiones de la empatía, el apego y la identidad moral entre distintos grupos. Se han considerado: 1) el grupo de personas que han cometido al menos un acto de *Deshonestidad Académica* durante su carrera en cualquier tarea ($n = 167$) vs. aquellos que no han cometido ninguna transgresión en ninguna tarea ($n = 4$); 2) el grupo de participantes que cometieron al menos una transgresión tanto en Exámenes como en Trabajos Académicos ($n = 136$) vs. aquellos que no transgredieron en las dos tareas (porque transgredieron solo en alguna de ellas o bien en ninguna de ellas) ($n = 35$); 3) el grupo de aquellos que llevaron a cabo al menos un acto de deshonestidad en los Exámenes ($n = 159$) vs. aquellos que no lo hicieron en ninguna ocasión en Exámenes ($n = 12$); 3) el grupo de aquellos que realizaron al menos un acto deshonesto en Trabajos Académicos ($n = 144$) vs. aquellos que nunca transgredieron en Trabajos Académicos ($n = 27$).

Se analizaron los supuestos de normalidad (a través de la prueba de Shapiro-Wilk) y homocedasticidad (mediante la prueba de Levene) y dado que no se ha verificado el cumplimiento en todos los casos, se procedió a realizar una t de Welch, la cual es robusta frente a la violación de esta clase de supuestos. La normalidad no se puede asumir en este caso sobre la base del Teorema Central del Límite, dado que los grupos contenían, en algunos casos, muestras pequeñas. Si bien se sugiere su uso cuando se viola el supuesto de homocedasticidad, se encuentra evidencia de que la prueba t de Welch es también robusta ante el eventual incumplimiento del supuesto de normalidad (p. ej., Montilla & Kromrey, 2010).

A fines de simplificar la presentación de información, dado que la prueba t de Welch no arroja valores de grados de libertad enteros, se presentan aquí los rangos generales según el análisis y el valor exacto de aquellas comparaciones significativas. Se utiliza la g de Hedges para estimar el tamaño del efecto, debido a las diferencias de cantidad de sujetos en cada grupo. La Tabla 22 muestra que no se encuentran diferencias significativas en ninguna variable en el primer análisis, que compara el grupo de transgresión nula con el de transgresión en cualquier tarea (los grados de libertad oscilan aquí entre 3.07 y 3.35). No obstante, se encuentran algunos tamaños del efecto relativamente moderados o grandes (para Malestar Personal, Ansiedad o Evitación relativas al apego, donde el grupo deshonesto tiene medias más elevadas y para Toma de Perspectiva, con medias más bajas), pero la escasísima

Tabla 22

Prueba t de Welch para diferencias de medias en subescalas de apego, identidad moral y empatía, en función de la transgresión académica o no en alguna tarea y en ambas tareas

| | Deshonestidad Académica | | | | | | Exámenes + Trabajos Académicos | | | | | | | |
|-------------|-------------------------|------|------------|------|-------|------|--------------------------------|-----------|------|------------|------|-------|------|-----|
| | No (n=4) | | Sí (n=167) | | t | p | g | No (n=35) | | Sí (n=136) | | t | p | g |
| | M | DT | M | DT | | | | M | DT | M | DT | | | |
| Evitación | 2.24 | .60 | 2.63 | .92 | -1.30 | .275 | .44 | 2.33 | .89 | 2.70 | .91 | -2.18 | .033 | .41 |
| Ansiedad | 2.88 | 1.39 | 3.63 | 1.09 | -1.07 | .359 | .69 | 3.46 | 1.06 | 3.65 | 1.10 | -0.92 | .360 | .17 |
| Autotrasc. | 0.14 | .08 | 0.17 | .07 | -0.76 | .502 | .41 | 0.17 | .07 | 0.17 | .08 | -0.03 | .979 | .00 |
| Autoprom. | 0.22 | .07 | 0.23 | .07 | -0.29 | .788 | .14 | 0.24 | .06 | 0.23 | .07 | 0.75 | .458 | .13 |
| Int. Val. | 0.19 | .18 | 0.18 | .14 | 0.16 | .884 | .10 | 0.19 | .13 | 0.18 | .14 | 0.64 | .526 | .12 |
| P. Empát. | 4.00 | .92 | 4.06 | .64 | -0.14 | .896 | .10 | 4.07 | .74 | 4.06 | .62 | 0.04 | .972 | .01 |
| T. de Pers. | 4.04 | .49 | 3.47 | .71 | 2.27 | .100 | .80 | 3.65 | .61 | 3.44 | .73 | 1.71 | .091 | .29 |
| Mal. Pers. | 1.92 | .74 | 2.63 | .72 | -1.90 | .150 | .99 | 2.35 | .76 | 2.68 | .71 | -2.29 | .026 | .45 |

Nota. La categoría “No” representa a aquellas personas que no cometieron actos de deshonestidad en la actividad señalada. La categoría “Sí” incluye a aquellos que cometieron al menos un acto de deshonestidad en la/s categoría/s en cuestión; Los valores correspondientes a la Identidad Moral son los concernientes a las variables originales, sin la transformación logarítmica de esta últimas; Autotrasc. = Autotrascendencia; Autoprom. = Autopromoción; Int. Val. = Integración de Valores (Autotrascendencia/Autopromoción); P. Empát = Preocupación Empática; T. de Pers. = Toma de Perspectiva; Mal. Pers. = Malestar Personal; g = g de Hedges

cantidad de sujetos en el grupo no transgresor aconseja la cautela y no establecer conclusiones al respecto. Por otro lado, también en la Tabla 22 se observa que aquellos que trasgredieron tanto en Exámenes como en Trabajos Académicos muestran medias significativamente superiores en Malestar Personal y Evitación, con tamaños del efecto de pequeños a medios. Los grados de libertad en este análisis oscilaron entre 46.73 y 61.61 (para la prueba para Malestar Personal, 50.20, y para Evitación, 53.74).

Por último, la Tabla 23 muestra las diferencias tanto para la transgresión en Exámenes como en Trabajos Académicos.

En la Tabla 23 se observa que no se encuentra evidencia de que aquellos que cometieron transgresiones en Exámenes se diferencien en variable alguna de los que no las cometieron (los grados de libertad oscilaron entre 11.74 y 13). En cambio, en el caso de los Trabajos Académicos, sí se encuentran diferencias. Aquellos que trasgredieron en Trabajos Académicos muestran medias significativamente más altas en Evitación relativa al apego y Malestar Personal y más bajas en Toma de Perspectiva. Cabe señalar que los grados de libertad variaron aquí entre 35.78 y 45.47 (para Evitación, 41.85; para Malestar Personal, 36.53; para Toma de Perspectiva, 45.47). El tamaño del efecto es de medio a grande para el Malestar Personal y entre pequeño y medio para Evitación y Toma de Perspectiva.

Tabla 23

Prueba t de Welch para diferencias de medias en subescalas de apego, identidad moral y empatía, en función de la transgresión académica o no en exámenes y en trabajos académicos

| | Exámenes | | | | | | Trabajos Académicos | | | | | | | |
|-------------|-----------|------|------------|------|-------|------|---------------------|-----------|------|------------|------|-------|------|-----|
| | No (n=12) | | Sí (n=159) | | t | p | g | No (n=27) | | Sí (n=144) | | t | p | g |
| | M | DT | M | DT | | | | M | DT | M | DT | | | |
| Evitación | 2.44 | 1.07 | 2.64 | .90 | -0.63 | .541 | .22 | 2.27 | .76 | 2.69 | .93 | -2.55 | .014 | .47 |
| Ansiedad | 3.25 | 1.19 | 3.64 | 1.09 | -1.08 | .301 | .35 | 3.47 | 1.06 | 3.64 | 1.10 | -0.76 | .451 | .16 |
| Autotrasc. | 0.15 | .08 | 0.17 | .07 | -0.90 | .387 | .28 | 0.18 | .07 | 0.17 | .08 | 0.30 | .762 | .06 |
| Autoprom. | 0.23 | .07 | 0.23 | .07 | -0.02 | .982 | .01 | 0.24 | .06 | 0.23 | .07 | 0.74 | .465 | .14 |
| Int. Val. | 0.19 | .15 | 0.18 | .14 | 0.20 | .842 | .07 | 0.20 | .13 | 0.18 | .14 | 0.65 | .521 | .13 |
| P. Empát. | 3.89 | .93 | 4.08 | .62 | -0.71 | .494 | .30 | 4.14 | .66 | 4.05 | .64 | 0.65 | .523 | .14 |
| T. de Pers. | 3.56 | .73 | 3.48 | .71 | 0.37 | .717 | .11 | 3.75 | .55 | 3.43 | .73 | 2.56 | .014 | .44 |
| Mal. Pers. | 2.46 | .88 | 2.62 | .72 | -0.63 | .541 | .22 | 2.24 | .71 | 2.68 | .71 | -2.95 | .005 | .64 |

Nota. La categoría “No” representa a aquellas personas que no cometieron actos de deshonestidad en la actividad señalada. La categoría “Sí” incluye a aquellos que cometieron al menos un acto de deshonestidad en la/s categoría/s en cuestión; Los valores correspondientes a la Identidad Moral son los concernientes a las variables originales, sin la transformación logarítmica de esta últimas; Autotrasc. = Autotrascendencia; Autoprom. = Autopromoción; Int. Val. = Integración de Valores (Autotrascendencia/Autopromoción); P. Empát = Preocupación Empática; T. de Pers. = Toma de Perspectiva; Mal. Pers. = Malestar Personal; g = g de Hedges

CAPÍTULO XI

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

11.1. Discusión de los resultados y conclusiones

Habiendo presentado la fundamentación teórica, los objetivos e hipótesis, el abordaje metodológico y los resultados del presente trabajo corresponde ahora discutir estos últimos. El objetivo general ha sido investigar el posible efecto de la empatía, el apego y la identidad moral sobre la Conducta Prosocial y la Deshonestidad Académica en una muestra de adultos/as emergentes de 18 a 29 años. Para ello, se establecieron seis objetivos específicos y un conjunto de hipótesis. El objetivo específico 1 corresponde a la Conducta Prosocial mientras que los objetivos 2 y 3 se relacionan con la Deshonestidad Académica. Por su parte, los objetivos 4 (influencia de factores sociodemográficos), 5 (moderación) y 6 (mediación) son comunes a las dos variables criterio objeto de estudio. Por ello, no se hará una alusión explícita a ellos al tratar los objetivos 1 a 3. En relación con las hipótesis, de la 1 a la 4 se corresponden con las distintas dimensiones de la prosocialidad (objetivos específicos 1 y 4), la 5 a la deshonestidad académica (objetivos específicos 2, 3 y 4) y la hipótesis 6 trata sobre la mediación (objetivo específico 6). No se presentaron, dado los escasos antecedentes con estos instrumentos, hipótesis para la moderación. Se tratarán los resultados sobre la mediación y la moderación al tratar cada variable dependiente, pero solo al final se mencionarán los objetivos correspondientes y se articulará la mediación con la hipótesis relativa a ella, a fin de evitar la repetición, y teniendo en cuenta que en algunos casos las vías propuestas son comunes. Finalmente, se intentará sintetizar aspectos comunes y diferencias que se encontraron a través de las diversas variables dependientes e independientes y de los constructos que las recogen.

Como se indicó, el objetivo específico 1 involucra a las dimensiones Altruista, Pública, Emocional, Urgente/Crisis, Complaciente y Anónima de la conducta prosocial y cómo estas se relacionan con las dimensiones de la empatía, el apego y la identidad moral.

La hipótesis 1 concernía a la *Conducta Prosocial Altruista* y establecía la expectativa de que la Preocupación Empática, los valores de Autotrascendencia y la Integración de los Valores, así como el Género femenino y una mayor Edad, cumplirían un rol predictor positivo. Un rol opuesto se esperaba para el Malestar Personal, las dos dimensiones del apego (Evitación y Ansiedad) y los valores de Autopromoción.

Los resultados de los análisis llevados a cabo muestran que la Preocupación Empática (*Beta*: .188) y la Autotrascendencia (*Beta*: .229) ejercen como predictores positivos de la *Conducta Prosocial Altruista*, del mismo modo que el Género femenino. Cabe destacar que se presentan aquí (como para otras variables, excepto la Anónima y la Deshonestidad Académica, donde el ajuste del quinto bloque no era adecuado) los coeficientes

estandarizados que corresponden al bloque previo al ingreso de las interacciones. Aquí, los análisis de moderación sitúan a estos hallazgos bajo determinadas condiciones. Así, la Preocupación Empática tendría una influencia positiva sobre la variable dependiente solo en los participantes más jóvenes y en aquellos en la media de edad de la muestra, mientras que la Autotrascendencia tendría un rol predictor positivo solo en los varones. Asimismo, el papel predictor del Género femenino asumiría un rol condicional. Si bien muestra una influencia consistente (al igual que la Preocupación Empática y la Autotrascendencia) a lo largo de los distintos bloques de las regresiones jerárquicas realizadas, las mujeres manifestarían una mayor *Conducta Prosocial Altruista* que los hombres solo cuando los niveles de Autotrascendencia son más bajos o medios. Por otro lado, la Ansiedad relativa al apego cumple un rol más inconsistente, dado que es un predictor significativo en el bloque previo al ingreso de las interacciones (*Beta*: $-.187$), pero luego solo adquiere una tendencia hacia la significación. De este modo, se observa un cumplimiento parcial de la hipótesis 1.

Los resultados para la Preocupación Empática confirman lo encontrado en otros trabajos, donde ha sido ligada de forma persistente con la *Conducta Prosocial Altruista*, tanto en la adultez emergente, ya sea a modo de predictor (Carlo, McGinley, Davis & Streit, 2012) o vía análisis correlacionales (Carlo & Randall, 2002; Randall & Wenner, 2014), como en otros grupos etarios, donde hay aún mayor evidencia (Carlo et al., 2003; Davis et al., 2018; Mestre et al., 2019; Samper García, 2014). Ello también tiene lugar al integrar la preocupación empática con la toma de perspectiva en un solo constructo (McGinley & Carlo, 2007; McGinley et al., 2014). Todos estos estudios midieron la prosocialidad *Altruista* con el PTM. Entre la amplia tradición que ha encontrado una relación entre estos constructos, pero medidos de forma diferente, es necesario remitir a los aportes de Daniel Batson (2010, 2012; Batson et al., 1981, 2015), quien ha postulado la hipótesis Empatía-Altruismo, afirmando que la preocupación empática sentida hacia otra persona produce una motivación altruista (una meta última) de paliar la necesidad o sufrimiento del/de la otro/a.

El hallazgo de que la Preocupación Empática va perdiendo influencia en los participantes más mayores de la muestra añade un matiz que no encuentra correlato en los antecedentes encontrados en la literatura. Acaso puede especularse que las personas más jóvenes necesitarían de la activación emocional que conlleva el sentir hacia los otros implícito en la Preocupación Empática, mientras que las personas más mayores podrían recurrir a otras herramientas para dotar a su motivación una cualidad altruista. Cabe destacar aquí que los análisis preliminares no mostraron una asociación negativa entre Edad y *Conducta Prosocial*

Altruista ni la Edad era un predictor individual en la regresión en ninguno de los bloques postulados.

Al respecto, Eisenberg y Miller (1987) plantean que la empatía y la preocupación empática no son los únicos antecedentes posible del altruismo, sino que también este puede estar motivado, por ejemplo, por valores morales internalizados. Hawley (2014) añade, además de la toma de perspectiva cognitiva, una identidad moral fuerte. No obstante, los estudios que ligan la identidad moral o bien alguno de los valores o conjuntos de valores contemplados por Frimer y Walker (2009) como dimensiones, como la autotranscendencia, con la conducta prosocial multidimensional son muy escasos.

Es útil recordar, no obstante, que desde conceptualizaciones muy utilizadas de la identidad moral se encuentra una relación positiva de esta con otras medidas de la conducta prosocial (p. ej., Aquino & Reed, 2002), del mismo modo que sucede con los valores de autotranscendencia (p. ej., Daniel et al., 2015), incluyendo la integración de valores (Frimer & Walker, 2009); incluso se ha encontrado que la adultez emergente era un período de especial importancia en ese nexo (Caprara & Steca, 2007). Se propuso, a partir de todo lo señalado, que la Autotranscendencia tendría un rol de predictor positivo sobre todas las dimensiones de la conducta prosocial, excepto con la Pública, para la que se planteó un vínculo negativo (para los valores antagónicos de Autopromoción se planteaba una relación opuesta con la prosocialidad *Altruista* y la Pública). Lo señalado anteriormente y las interpretaciones que siguen a continuación se aplican, entonces, a todas las dimensiones para las que se encuentre confirmación de esas expectativas positivas para los valores de la identidad moral, en particular la Autotranscendencia.

Se ha desarrollado en la fundamentación teórica el foco en el bienestar e intereses de los otros (más cercanos o más distantes) que acarrear los valores de Autotranscendencia (benevolencia/universalismo). Es apropiado traer aquí un aspecto más específico de las ideas de Schwartz (2010). Este alude a cuáles son los mecanismos generales que ligan los valores, y en particular la benevolencia y el universalismo, con la prosocialidad: en concreto, un primer mecanismo es la activación de esos valores, que depende de su accesibilidad (facilidad con que se presentan en la mente), a la vez que los valores más accesibles son los más importantes. Esta activación depende de los cuatro pasos ya mencionados en el capítulo 5.3, pero, dado el enfoque del presente trabajo, es pertinente señalar que esta activación implica (además de la elección de acciones viables y de percibirse a uno mismo como posible fuente de ayuda) dirigir la atención a las necesidades de los otros y sentir la responsabilidad de involucrarse, motivada particularmente por valores como los de autotranscendencia. Un

segundo mecanismo es que los valores proveen motivación para actuar. Ahora bien, la importancia de los valores, que condiciona la activación de los mismos, guarda relación con la centralidad de los valores en modelos de la identidad moral como el de Frimer y Walker (2009) utilizado aquí. La centralidad de los valores en las narrativas de las personas podría proveer un antecedente para que estos valores se ligen con la conducta. Ello podría aplicarse, como señaláramos, a distintas formas de prosocialidad, pero dado que la *Conducta Prosocial Altruista* aparece, al menos en el plano motivacional, como una forma de las más genuinas, es esperable una asociación positiva de la autotranscendencia con esta forma de prosocialidad. Del modo señalado, podría explicarse la influencia positiva de la Autotranscendencia sobre la prosocialidad *Altruista* en los/as participantes del presente estudio. Este resultado se alinea, además, con los de otros estudios, tanto los escasos realizados con el PTM (Hardy, 2006; Hardy et al., 2010) como otros con otras medidas del altruismo (Lönnqvist et al., 2009).

Aunque, del mismo modo que la Preocupación Empática, la Autotranscendencia mantiene una influencia estable o consistente, hemos de dar cuenta del efecto de moderación que la postula como un predictor solo en los varones. Nuevamente no se encuentran antecedentes en la literatura que puedan ligarse con este resultado. Este indica que la Autotranscendencia cumpliría un importante rol predictor en los hombres y que, cuando hay una elevada Autotranscendencia, desaparecerían las diferencias con las mujeres. Este factor adquiere una relevancia motivacional grande para los varones que otros factores parecen no proveer. Pero a la vez señala que, en todos los otros casos, incluso en niveles medios de Autotranscendencia, las mujeres son más altruistas. Esto también podría indicar, quizás, que las mujeres encuentran otras fuentes de motivación altruista, por ejemplo, el acervo brindado por los esfuerzos de socialización dedicado por los agentes sociales en ese sentido. Al respecto, la evidencia ha mostrado que, incluso en la niñez, las mujeres son más prosociales (Eisenberg & Fabes, 1998; Fabes et al., 1999), aunque ello no se refería estrictamente a la conducta altruista, sino a la prosocialidad en general u otros subtipos de prosocialidad. En cualquier caso, esto se suma a otras postulaciones. Eagly (1999), desde la teoría de los roles de género, afirma que las mujeres suelen ser descritas como no egoístas o preocupadas por otros, existiendo evidencia de que sus conductas prosociales tienen, además de otras características, un énfasis comunitario o relacional. Nuevamente esto también se refiere a una prosocialidad más amplia que la altruista, pero describe características más cercanas a la abnegación y al desinterés propio de la conducta altruista que la orientación que adquiere la prosocialidad en los hombres (como se verá luego que sugieren los resultados para la Conducta Prosocial Pública). De hecho, la gran mayoría de los estudios (Carlo et al., 2003; Carlo, McGinley,

Hayes & Martinez, 2012; Carlo & Randall, 2002; McGinley, 2014; McGinley & Carlo, 2007; Padilla Walker et al., 2018; Randall & Wenner, 2014) así como un metaanálisis basado en el PTM y el PTM-R con adolescentes (Xiao et al., 2019), encuentran diferencias significativas a favor de las mujeres en *Conducta Prosocial Altruista* en diversos rangos etarios. En cualquier caso, cabe señalar que la desproporción entre hombres y mujeres en la muestra del presente estudio aconseja cautela sobre las diferencias encontradas. Asimismo, el rol distintivo de los valores de Autotrascendencia en los hombres merece mayor exploración para aportar claridad a su interpretación.

Por último, en lo referente a las dimensiones del apego, el rol como predictor negativo de la Ansiedad solo muestra una tendencia hacia la significación en el último bloque con el ingreso de las interacciones, tras haber resultado un predictor significativo en los bloques previos. Con la cautela que ello amerita, se debe señalar que en la literatura se ha asociado la ansiedad con una mayor motivación prosocial egoísta (Feeney & Collins, 2001; Gillath, Shaver, Mikulincer, et al., 2005; Shaver & Mikulincer, 2012; Shaver et al., 2010); en cambio, ha sido la evitación relativa al apego la que ha sido relacionada de forma más explícita con una disminución de la motivación o razones altruistas (Gillath, Shaver, Mikulincer, et al., 2005; Shaver & Mikulincer, 2012; Shaver et al., 2010). No obstante, dada la oposición establecida en la literatura entre altruismo y egoísmo (Batson, 2010) y entre la Conducta Prosocial *Altruista* y la Pública, la primera como desinteresada y la segunda como egoísta (Mestre et al., 2019), podría considerarse que la motivación egoísta de la ansiedad fuera opuesta al altruismo. Si bien aquí la Evitación no muestra un rol predictor, su correlación con la *Conducta Prosocial Altruista* era negativa, del mismo modo que la correlación entre esta y la Ansiedad. Mikulincer y Shaver (2007) han sostenido que la seguridad del apego permite a una persona activar su sistema conductual de cuidados, dirigir su atención al malestar de otras personas, tomar la perspectiva de ellos y llevar a cabo una acción altruista, cuya meta primaria es beneficiar a la otra persona (ver también Batson, 2010). No se encuentran investigaciones que hayan indagado la relación de la ansiedad (o de la evitación) medidas con el ECR y la *Conducta Prosocial Altruista*, evaluada con el PTM. No obstante, se ha encontrado, en la línea de lo sostenido por Mikulincer y Shaver (2007), que distintas medidas de seguridad del apego se asocian positivamente con la dimensión *Altruista* del PTM (Carlo, McGinley, Hayes & Martinez, 2012; McGinley & Evans, 2020). El hecho de que la Ansiedad pierda su capacidad predictiva en la regresión y que la Evitación no muestre dicha capacidad puede vincularse, en el primer caso, con el ingreso de las interacciones. Para la Evitación, puede conjeturarse que otras de las variables incluidas en la regresión asumieran, por ejemplo, un rol

de variable de confusión en la correlación y que su control neutralizara la capacidad predictiva de la Evitación.

Más allá de los matices aportados por las interacciones y el rol inconsistente de la Ansiedad relativa al apego, otras variables definitivamente no mostraron el efecto esperado. Además de la Evitación, la Edad, la Autopromoción, la Integración de Valores y el Malestar Personal no fueron predictores significativos. La Edad aparece involucrada en una interacción, pero no se vincula al efecto esperado. En general, puede sostenerse aquí (y para el resto de las variables dependientes para las que la Edad no actuó en la dirección esperada), que si bien los/as participantes se situaban en el rango de 18-29 años, más de dos tercios de la muestra (68,4%) tenían entre 20 y 24 años, reduciendo el rango señalado. No puede descartarse, además, la posibilidad de que la adultez emergente sea un período en el que no transcurran cambios significativos en las conductas prosociales estudiadas, ya que existe alguna evidencia al respecto (Eisenberg et al., 2002; Hardy, 2006; McGinley & Carlo, 2007). Respecto de la Autopromoción y la Integración de Valores, si bien no muestran un rol significativo, la influencia positiva de la Autotrascendencia (al menos en los varones) es coherente con lo esperado también para estas variables. Más allá de ello, es necesario adelantar una limitación del estudio como potencial explicación para uno de estos resultados y que sirve para los otros casos en que la Integración de Valores no resulta un predictor significativo. La consideración de la copresencia de valores en esa variable se corresponde con el abordaje inicial de Frimer y Walker (2009), pero no ilumina la relación entre los valores. Por ello, es posible que algunos participantes utilizaran la Autopromoción al servicio de la Autotrascendencia y otros hicieran lo opuesto, oscureciendo así su capacidad predictiva sobre la prosocialidad. Por otro lado, si bien aquí el Malestar Personal no muestra incidencia, será tratado para la otra variable con un componente motivacional (McGinley et al., 2021; Mestre et al., 2019), la Conducta Prosocial Pública.

En relación con ello, la hipótesis 2 se dedicaba a la *Conducta Prosocial Pública* y preveía que el Malestar Personal, la Ansiedad relativa al apego y los valores de Autopromoción, así como el Género masculino y una menor Edad, cumplirían un rol positivo. Lo contrario se esperaba para la Preocupación Empática, los valores de Autotrascendencia y la Integración de Valores.

De hecho, los resultados muestran que la Ansiedad relativa al apego (*Beta*: .232) y el Malestar Personal (*Beta*: .230) funcionan como predictores positivos, lo que también sucede con el Género masculino, mientras que la Autotrascendencia (*Beta*: -.171) desempeña un rol negativo. No obstante, los análisis de moderación muestran que el Malestar Personal solo

tendría una influencia positiva ante niveles más bajos y medios de Evitación relativa al apego. Asimismo, otras interacciones señalan, por un lado, que la Preocupación Empática únicamente ejercería una influencia negativa en los más jóvenes de la muestra y, por otro lado, solo ante bajos niveles de Toma de Perspectiva. De este modo, se observa un cumplimiento parcial de nuestra segunda hipótesis. Es destacable, además, que parte de los efectos positivos de la Ansiedad sobre la prosocialidad *Pública* se tramitan a través del Malestar Personal, que es un mediador de su influencia sobre la variable dependiente.

Si describimos, en primer lugar, el rol predictor del Malestar Personal, existe todo un cuerpo de literatura que ha detallado su nexo con la prosocialidad, pero la evidencia que muestra su relación con la *Conducta Prosocial Pública* es mucho más escasa. Así, Eisenberg et al. (2015) han destacado que habitualmente se encuentran relaciones negativas, o no significativas, del malestar personal con la conducta prosocial en un sentido amplio; se ha sostenido, además, que en la adultez emergente no constituiría una emoción adaptativa (Padilla-Walker, 2015). De forma consistente, cuando se ha relacionado el malestar personal con la otra de las dimensiones vinculadas a las motivaciones de las personas, la Conducta Prosocial Altruista, el abordaje de Batson et al. (1981) permitía observar que, a diferencia de la preocupación empática, el malestar personal conjugado con una situación de fácil escape se relacionaba con una menor conducta altruista. A la vez, se ha sostenido que la Conducta Prosocial Altruista y la *Conducta Prosocial Pública* representan distintas motivaciones y, de hecho, se ha hallado una fuerte correlación negativa entre ambas dimensiones en el presente trabajo. Asimismo, se ha planteado que el malestar personal suscita una forma de motivación prosocial enfocada en reducir la propia activación emocional vicaria (Batson et al., 1987), es decir que acarrea una motivación egoísta que propicia la ayuda a otros solo cuando se pueda reducir el propio malestar (Eisenberg et al., 2015). Dicho esto, se puede inferir que si la *Conducta Prosocial Pública* tiene una naturaleza egoísta puede atraer a predictores que también tenga un carácter egoísta y mantener una relación positiva, evidenciando un aspecto que no se observaba para la prosocialidad Altruista. Esto sería coherente no solo con las ideas de Batson, sino también con las posturas de modelos clásicos, en los que la ayuda a otros puede ser una forma de reducir el malestar propio (Piliavin et al., 1969; ver también Dovidio et al., 2006; Ortiz, 1994) o de obtener recompensas (sentirse bien por ayudar) y donde la aprobación social entra en juego (Cialdini et al., 1987; ver también Dovidio et al., 2006). No obstante, no es tan claro el mecanismo de conexión entre el Malestar Personal y, específicamente, la *Conducta Prosocial Pública*. La exposición ante otros al momento, por ejemplo, de ayudar a otra persona implica una serie de elementos (posible aprobación social o

beneficios reputacionales, mejora de la autoimagen, etc.) que podrían servir a esos fines, proporcionando una recompensa. En sintonía, los pocos estudios que han estudiado esta relación de forma directa han encontrado una relación positiva, tanto con adolescentes españoles/as (Samper García, 2014), en donde el malestar personal servía de predictor positivo, como con adultos/as emergentes (Randall & Wenner, 2014), aunque en este último caso las correlaciones significativas solo tenían lugar entre las mujeres. Es necesario recordar aquí que los resultados muestran que el efecto del Malestar Personal estaría moderado por la Evitación relativa al apego. Se volverá sobre ello.

Respecto del rol positivo de la Ansiedad relativa al apego, más allá de lo adelantado, Shaver y Mikulincer (2012) han destacado que la ansiedad no elimina las inclinaciones prosociales, sino que las contamina por motivaciones egoístas, además de sentimientos conflictivos. Mikulincer y Shaver (2016) destacan cómo las estrategias secundarias de apego pueden interferir en otros sistemas conductuales. La hiperactivación (característica de un estilo ansioso o asociada a la dimensión de Ansiedad) puede, por ejemplo, impedir la activación de esos otros sistemas y desviarlos hacia el logro de metas del sistema de apego (p. ej., ayudar a alguien con el fin de obtener agradecimiento). Shaver et al. (2010) encontraron razones más egoístas para el voluntariado entre personas con mayor hiperactivación, en este caso, del sistema de cuidados. Gillath, Shaver, Mikulincer, et al. (2005), también en relación con el voluntariado, encontraron que la ansiedad estaba vinculada a una motivación prosocial asociada a razones auto-centradas o de autointerés (p. ej., aprobación social, conformidad, fortalecimiento de la autoestima o autoprotección). Debemos indicar que la aprobación social podría mantener una estrecha relación con la prosocialidad *Pública*, que se desarrolla frente a una audiencia. McGinley y Evans (2020) señalan que las características del apego seguro no se asociarían positivamente con una conducta ligada a la autopromoción como lo es la *Conducta Prosocial Pública*. Por ello, se puede inferir que la inseguridad en el apego (p. ej., Ansiedad) podría relacionarse positivamente con esta. De una forma más genérica, pero relevante porque se utilizó el PTM, Balabanian et al. (2015) encontraron una tendencia hacia la significación en la relación positiva entre apego inseguro (sin diferenciar entre subtipos) y la *Conducta Prosocial Pública*. Además, Feeney y Collins (2001) encontraron que la motivación egoísta era un mecanismo mediador entre la ansiedad del apego y un cuidado controlador y compulsivo. Si bien esto no se relaciona con la *Conducta Prosocial Pública*, termina de delinear lo señalado para la Ansiedad, así como nos introduce en el efecto de mediación encontrado, donde un predictor con un carácter egoísta (Malestar Personal) sirve de mediador.

Dicho esto, nos hemos referido a la motivación egoísta tanto de la Ansiedad relativa al apego como del Malestar Personal. Se ha encontrado en el análisis de mediación, además de los efectos indirectos, que la Ansiedad era predictora del Malestar Personal. Ello encuentra sustento en la literatura, tanto desde abordajes teóricos que señalan que en las personas con mayor ansiedad hay un foco en el propio malestar (p. ej., Shaver & Mikulincer, 2012) como en estudios empíricos (p. ej., Henschel et al., 2020; Mikulincer et al., 2005). Teniendo en cuenta toda esta información, resulta más factible explicar los efectos positivos indirectos de la Ansiedad a través del Malestar Personal. Una porción, si se permite la expresión, de la Ansiedad directamente se canalizaría hacia la aprobación y las recompensas que provee la prosocialidad *Pública*; otra parte, es más fácilmente explicada por la motivación egoísta del Malestar Personal, que suele caracterizar a las personas con elevada ansiedad, y que sirve de mediador.

Volviendo a los predictores relevantes de la regresión, el efecto negativo de la Autotrascendencia encontrado en este caso también puede situarse en relación con lo señalado para la prosocialidad Altruista. Si nos centramos en la Autotrascendencia como un predictor negativo, las interpretaciones pueden desprenderse de aspectos señalados previamente. Dada la naturaleza postulada como egoísta de la *Conducta Prosocial Pública* y el carácter enfocado en el bienestar o intereses de otros de la Autotrascendencia, dicha asociación negativa era esperada. No obstante, dos estudios ya mencionados encontraron resultados mixtos para la Autotrascendencia respecto de la prosocialidad *Pública*, en un caso una correlación no significativa (Hardy, 2006) y en otro caso positiva (Hardy et al, 2010).

El último de los efectos no condicionales, muestra una mayor prosocialidad *Pública* entre los varones, que también puede relacionarse con lo señalado para la Conducta Prosocial Altruista. Eagly (2009; ver también el metaanálisis de Eagly & Crowley, 1986) ha descrito la tendencia entre los hombres a involucrarse en formas de conducta prosocial que se relacionan, por ejemplo, con obtener estatus o se vinculan con una posición más elevada, incluyendo a algunas conductas heroicas y al ayudar frente a una audiencia. Esto último es lo que representa la *Conducta Prosocial Pública*. Además, es posible señalar que muchas conductas de heroísmo tienen una dimensión pública. Más específicamente, se encuentra evidencia de que los hombres muestran una mayor *Conducta Prosocial Pública* cuando esta es evaluada por el PTM en diversas edades (Carlo et al., 2003; Carlo, McGinley, Hayes & Martinez, 2012; Carlo & Randall, 2002; McGinley & Carlo, 2007; McGinley & Evans, 2020; Padilla-Walker et al., 2008; Randall & Wenner, 2014) y también vía un metaanálisis ya señalado (Xiao et al., 2019). En cualquier caso, cabe destacar que no son las únicas conductas prosociales típicas de

hombres y mujeres, aunque los resultados aquí encontrados en relación al Género se concentran principalmente en las dimensiones motivacionales. También es necesario recordar lo que se ha señalado antes en cuanto al desequilibrio en la cantidad de hombres y mujeres en la muestra del presente estudio.

En cuanto a las interacciones encontradas, una de ellas muestra que, más allá de los efectos señalados sobre el Malestar Personal, su efecto positivo se atenuaría hasta desaparecer ante elevados niveles de Evitación relativa al apego. No solo la evitación ha sido ligada, como veremos más en detalle, de forma negativa con la prosocialidad en diversas formas, sino que tampoco representa una tendencia de búsqueda de aprobación del mismo modo que la ansiedad (ni se han hallado otras relaciones con la *Conducta Prosocial Pública* en el presente estudio). Ello podría explicar cómo la influencia del Malestar Personal dependería de que no existiera una elevada Evitación. Por lo señalado, ambas representarían motivaciones contradictorias para este tipo de conducta y la Evitación podría resultar una barrera y disuadir al Malestar Personal del cumplimiento de sus metas.

Asimismo, la interacción entre la Preocupación Empática y la Edad muestra que la primera tendría una relación negativa solo entre los más jóvenes. El efecto negativo de la Preocupación Empática ha sido propuesto como una hipótesis, en línea con estudios previos que encontraron ese resultado (aunque no una interacción con la edad) con diversos matices y abordajes estadísticos (Carlo, McGinley, Davis & Streit, 2012; Carlo, McGinley, et al., 2007; Davis et al., 2018; Mestre et al., 2019; Randall & Wenner, 2014). No obstante, ello hallaría sustento en el presente estudio solo entre los más jóvenes. Al respecto, algunos de las investigaciones señaladas fueron realizadas con adolescentes. Quizás pueda especularse que los/as participantes más mayores adoptan una posición más pragmática, de manera que en ellos/as la Preocupación Empática no influya necesariamente de forma negativa en esta conducta prosocial, ya que, si bien esta está egoístamente motivada, puede reportar beneficios a otras personas. Algo similar puede sostenerse sobre la interacción entre Preocupación Empática y Toma de Perspectiva. Cuando las personas pueden adoptar la perspectiva de otros en mayor medida, la Preocupación Empática dejaría de ejercer un efecto negativo. Al respecto, Eisenberg y colaboradores/as (Eisenberg et al., 2006, 2015) han señalado que podría haber efectos de moderación entre la toma de perspectiva y la preocupación empática en su relación con la conducta prosocial.

Del mismo modo en que se hizo previamente y como se hará para las otras variables dependientes, mencionaremos las variables independientes que no manifestaron el efecto esperado. Así, en este caso, dejando de lado a la Edad que, si bien aparece en una interacción,

no muestra un efecto en la dirección esperada (se aludió previamente a las posibles razones para ello), no se encontró la capacidad predictiva esperada para la Autopromoción ni para la Integración de Valores. La expectativa para la Autopromoción se debía a que, si bien de acuerdo con Schwartz (2010) estos valores se relacionan con la búsqueda del propio interés, el éxito relativo y la dominación sobre otros, uno de sus valores, el logro, mantiene un énfasis en obtener aprobación social por un desempeño exitoso. Ello puede, según Schwartz, disminuir el autointerés y promover la conducta prosocial en circunstancias que pueden generar aprobación social. Además, si consideramos que la conceptualización del poder incluye, por ejemplo, mostrar una buena imagen a otras personas (ver Anexo 4), también podría incluirse en la misma idea. No obstante, la expectativa se sustentaba en estas ideas genéricas desarrolladas y la falta de evidencia sobre su relación con las dimensiones del PTM no permite vincular lo encontrado con estudios previos. Sobre la Integración de Valores, ya se ha señalado arriba una explicación posible. No obstante, el rol significativo de la Autotrascendencia, para la que se esperaba un efecto similar y a la que se encuentra estrechamente vinculada, muestra coherencia.

Por otra parte, la hipótesis 3 versaba sobre la *Conducta Prosocial Emocional, Urgente/Crisis y Complaciente*, dado que se plantearon relaciones similares con los predictores [al respecto, Richaud et al. (2012) han recogido estas tres dimensiones bajo la categoría “Respuesta”].

Se esperaba para estos tres tipos de conducta prosocial que la Preocupación Empática, la Toma de Perspectiva, la Ansiedad relativa al apego, los valores de Autotrascendencia y la Integración de Valores fueran predictores positivos de estas dimensiones. Se hipotetizaba un rol opuesto para la Evitación relativa al apego. La única diferencia en las expectativas sobre estas dimensiones era en relación con el Género, ya que se hipotetizó un efecto positivo del Género femenino para la prosocialidad Emocional y Complaciente, pero no para la Urgente/Crisis, donde no se esperaban diferencias de género.

Desarrollaremos a continuación los resultados para estas tres variables y sus interpretaciones.

Para la *Conducta Prosocial Emocional*, los resultados señalan que tanto la Preocupación Empática ($Beta = .443$) como la Integración de Valores ($Beta: .222$) y la Ansiedad relativa al apego ($Beta: .186$) son predictores positivos de la variable dependiente. Asimismo, si bien se planteó la predicción de que la Evitación relativa al apego ejercería un efecto directo como predictor negativo, este no se encontró. Con lo señalado, más los resultados no confirmados que se discuten más abajo, se observa un cumplimiento parcial de

la hipótesis. No obstante, para la Evitación sí se encontró un efecto indirecto negativo a través de la Preocupación Empática. De este modo, se encuentra que la reducción en la Preocupación Empática que propicia una mayor Evitación daría lugar a una menor prosocialidad *Emocional*, que era un resultado esperado.

Existe sustancial evidencia de la relación positiva de la Preocupación Empática con la *Conducta Prosocial Emocional*. Esto se ha encontrado tanto con adolescentes, vía correlaciones (Carlo et al., 2003; Carlo, McGinley, et al., 2007) o a través de una relación predictiva (Davis et al., 2018; Samper García, 2014), como en la adultez emergente, nuevamente vía correlaciones (Carlo & Randall, 2002; Randall & Wenner, 2014) o estableciendo la preocupación empática como predictor (Carlo, McGinley, Davis & Streit, 2012). La integración en una dimensión de la preocupación empática con la toma de perspectiva también muestra asociaciones positivas con la prosocialidad *Emocional* (Hardy, 2006; McGinley & Carlo, 2007), incluyendo a participantes argentinos/as (McGinley et al., 2014).

Para Eisenberg y Miller (1987), resulta razonable que existan relaciones entre la empatía (entendida en un sentido amplio) y la conducta prosocial cuando involucran el mismo objeto y la misma situación. Así, dado que la Preocupación Empática es una manifestación de la empatía afectiva y está orientada a otros/as, resulta esperable que se asocie con una prosocialidad ligada a los afectos y estados emocionales de otras personas. De hecho, resulta el predictor más fuerte de los encontrados.

El hallazgo sobre la influencia positiva de la Integración de Valores parece brindar más sustento al modelo de identidad moral propuesto por Frimer y Walker (2009), si bien la ausencia de antecedentes con este enfoque frente al PTM u otras formas de evaluación de la *Conducta Prosocial Emocional* no permiten situarlo en diálogo con otros estudios. Era esperable que la Integración de Valores promoviera la prosocialidad, dado lo encontrado por otros estudios para esta integración en relación con otras formas de prosocialidad (p. ej., Frimer & Walker, 2009; Frimer et al., 2011). Igualmente, dicha asociación se apoyaría en los hallazgos de Hardy (2006) y Hardy et al. (2010) sobre el vínculo positivo de la Autotrascendencia con la *Conducta Prosocial Emocional*. Se afirma esto dado que la Autotrascendencia es un componente de la Integración de Valores del que se esperaba un efecto similar. De forma completamente especulativa, puede sostenerse que ello podría deberse a que una de las formas de Integración de Valores era la benevolencia junto al poder y a que esta es la integración más frecuente utilizada por los/as participantes (ver Tabla 2). En estas unidades, algunas personas solían manifestar, como medio de ayudar a otros, el cambiar

sus cogniciones (poder o Autopromoción) con la intención de ayudarlo, brindarle una contención emocional (benevolencia o Autotrascendencia) (ver ejemplo en la misma tabla). Este tipo de manifestaciones aparecen cercanas a la prosocialidad *Emocional*. Esta última es además una de las formas (a diferencia de la Anónima, por ejemplo, donde el destinatario no conoce al benefactor y el benefactor no observa cambios directos en la situación del beneficiario) en que las personas pueden ejercer los valores de Autopromoción (generar un cambio observable en otros, obtener beneficios como el reconocimiento, etc.) al servicio de la Autotrascendencia. Cabe recordar, en cualquier caso, que solo se analizó la co-presencia de valores y no si los mismos eran instrumentales o terminales.

Por otra parte, encontramos una influencia distinta de las dos dimensiones del apego. Trataremos en primer lugar la influencia directa de la Ansiedad a modo de predictor positivo. Feeney y Collins (2001) encontraron que la ansiedad se relacionaba positivamente con el cuidado emocional, aunque lo hacía en condiciones tanto de elevada necesidad como de baja necesidad, lo que brindaría indicios de su sobreinvolucramiento. Shaver, Mikulincer, Sahdra y Gross (2016), por su parte, afirman que las personas con mayor ansiedad no carecerían de empatía, aunque su capacidad para llevar a cabo una acción efectiva estaría afectada. Shaver y Mikulincer (2012) destacan que, más allá del foco habitual en el propio malestar, aun personas con una elevada ansiedad del apego pueden presentar características necesarias para la prosocialidad, aunque, como ya se señalara, pueden contaminarla de una motivación egoísta. A la vez, Collins et al. (2010) destacaron que la ansiedad podría implicar algunas habilidades necesarias para un cuidado efectivo (como la compasión), pero que algunos recursos y motivaciones necesarias se verían menoscabados. En este punto, lo más importante de lo señalado es la tendencia hacia la prosocialidad *Emocional* de las personas con elevada ansiedad, su posibilidad de ejercer conductas prosociales y su empatía o compasión conservada. No se puede descartar que la tendencia hacia la prosocialidad *Emocional* que manifiestan las personas con mayor Ansiedad en este estudio tenga también otras motivaciones, como el deseo de sobreinvolucrarse, que las acciones prosociales de contenido emocional que lleven a cabo sean ineficaces o que estas personas mantengan el foco en su propio malestar. Tampoco puede descartarse que este tipo de prosocialidad se vea teñida de egoísmo por la Ansiedad [Padilla-Walker (2014) destaca el efecto positivo de las recompensas sobre la prosocialidad *Emocional*]. Sobre ello, especialmente sobre el egoísmo, más información parece ser aportada por su tendencia hacia la prosocialidad Pública, que hemos discutido. En contraste, Balabanian et al. (2015) encontraron que aquellas personas con apego inseguro (sin diferenciación) puntuaban más bajo en una medida integrada de conducta

prosocial *Emocional*, Urgente/Crisis y Complaciente. McGinley y Evans (2020), por su parte, hallaron que el apego seguro es importante para las mismas dimensiones y las vinculan con las relaciones interpersonales cercanas (ver también Profe et al., 2021). Estos estudios pueden ser útiles para ilustrar la contribución negativa de la Evitación relativa al apego. Por el momento, es suficiente con señalar, lo que servirá también para esas otras dimensiones (Urgente/Crisis, Complaciente), que los resultados del presente estudio parecen indicar la conveniencia de diferenciar entre las dimensiones de inseguridad del apego, ya que podrían moverse en direcciones distintas.

Lo señalado se debe al efecto indirecto de la Evitación relativa al apego a través de la Preocupación Empática, que encuentra sustento en diversos puntos teóricos y en la evidencia empírica. Por un lado, la evitación, con su incomodidad con la cercanía con otros y una representación negativa de ellos, se vincularía de forma negativa a la prosocialidad (Shaver & Mikulincer, 2012). Además, Mikulincer y Shaver (2016) afirman que la estrategia secundaria de desactivación (vinculada a la evitación) puede, por ejemplo, asegurar que los otros sistemas conductuales (de cuidado, sexual) con los que interfiere no resulten en una mayor intimidad o involucramiento emocional. De este modo, vemos cómo la Evitación podría asociarse negativamente con la prosocialidad *Emocional*. De hecho, en la adultez emergente, Feeney y Collins (2001) encontraron que personas más evitativas brindaban menos apoyo emocional ante la elevada necesidad de sus parejas y Westmaas y Silver (2001) hallaron que el apego evitativo era un predictor de menos conductas de apoyo y calidez a personas con cáncer. No obstante, la mediación apunta a los mecanismos intervinientes. Si consideramos que, en general, las personas más evitativas no solo ayudan menos, sino que también serían menos empáticas y compasivas (Shaver, Mikulincer, Sahdra & Gross, 2016), encontrándose evidencia empírica de la relación negativa entre evitación y preocupación empática (p. ej., Henschel et al., 2020; Troyer & Greitemeyer, 2018; Wayment, 2006), se puede integrar lo señalado con la postulación de la Preocupación Empática como un posible mecanismo responsable de la reducción en la prosocialidad *Emocional*. En esta dirección señala el resultado de mediación constatado. Al respecto, Feeney y Collins (2001) descubrieron que la (baja) orientación prosocial (que incluía a la preocupación empática) era mediadora del efecto de la evitación sobre un cuidado no responsivo. Más estrictamente ligado, Richman et al. (2015) encontraron un efecto negativo de la evitación sobre causas prosociales que pudieran generar empatía y cercanía emocional (p. ej., Unicef) y ese efecto era completamente mediado por la preocupación empática. Esto sintetiza no solo lo hallado para el tipo de conducta prosocial (similar a la *Emocional* tratada aquí) sino también la vía que ello toma. Otro

soporte, en este caso más indirecto por estudiar la seguridad y no la inseguridad ni la evitación en particular, es el que brinda el estudio de Profe et al. (2021). En este se evidenció que la preocupación empática era mediadora de la influencia positiva de la seguridad del apego (a pares y abuelos/as) sobre la combinación de las escalas *Emocional* y *Urgente/Crisis*. Con adultos/as emergentes, Carlo, McGinley, Hayes y Martinez (2012) encontraron un resultado similar, aunque en este caso era la empatía (preocupación empática más toma de perspectiva) la que mediaba el efecto positivo del apego seguro sobre la prosocialidad *Emocional* (pero solo para los hombres en este caso), entre otras dimensiones. Estos antecedentes, y en particular el de Richman et al. (2015), parecen explicar de un modo definido el efecto indirecto detectado en el presente estudio.

Por último, no se encuentran los efectos esperados para el Género (femenino), la Toma de Perspectiva y la Autotrascendencia. Sobre las diferencias de Género, es preciso recordar las limitaciones de la muestra que se señalaron para los resultados significativos, que podrían condicionar que los resultados no sean consistentes con estudios previos (p. ej., Xiao et al., 2019). Sobre la Toma de Perspectiva, no resulta clara su falta de importancia. Una posible razón es que una mayor cantidad de ítems del IRI estén relacionados con la Toma de Perspectiva cognitiva que los que lo están con la Toma de Perspectiva afectiva, si bien Healey y Grossman (2018) señalan que el IRI evaluaría ambos aspectos. Tal como muestra el metaanálisis de Carlo, Knight, McGinley, Goodvin y Roesch (2010), la toma de perspectiva resultaría más influyente si la tarea se relaciona con sus características; así, si la Toma de Perspectiva fuera esencialmente cognitiva, podría no tener tanta incidencia sobre la prosocialidad *Emocional*. Además, Carlo y colaboradores/as, en el mismo metaanálisis, encontraron que el tamaño del efecto en personas mayores de 18 años era cercano a 0. Por otro lado, si bien no se encontró que la Autotrascendencia fuera un predictor significativo, se ha reportado la importancia de la identidad moral, a través de la Integración de Valores. Por último, si bien se había propuesto un efecto negativo directo para la Evitación relativa al apego, los resultados obtenidos sustentan la naturaleza negativa de dicho efecto, pero otorgándole una cualidad indirecta.

Por el lado de la *Conducta Prosocial Urgente/Crisis* se encuentra nuevamente que la Preocupación Empática (*Beta*: .287) y la Ansiedad relativa al apego (*Beta*: .234) desempeñan la función de predictores positivos. Ahora bien, en este caso el efecto de la Preocupación Empática sería un efecto condicional, dado que dependería de dos moderadores. Más específicamente, el rol positivo de la Preocupación Empática tendría lugar solo en las mujeres. Además, en este caso no hay niveles del moderador donde su influencia no sea

significativa, el efecto de la Preocupación Empática sobre la prosocialidad *Urgente/Crisis* se intensificaría a medida que crecen los niveles de Toma de Perspectiva. Se halló una tercera y última interacción, en este caso entre los valores de Autopromoción, indicando que estos valores afectarían negativamente a la variable dependiente solo cuando hay valores más elevados de Evitación relativa al apego. Nuevamente, se evidencia que la hipótesis se sostiene de forma parcial.

Del mismo modo que con la prosocialidad Emocional, la Preocupación Empática adquiere aquí una relevancia grande para la *Urgente/Crisis*, aunque sus efectos resultarían, a la postre, condicionados. Cabe recordar que Richaud et al. (2012) sitúan a ambas dimensiones (junto a la Complaciente) en una categoría unificada. Coherentemente, la evidencia también sustenta este hallazgo. Con adolescentes, la preocupación empática actúa como un predictor positivo de la *Conducta Prosocial Urgente/Crisis* (Davis et al., 2018; Samper García, 2014) o ambas correlacionan positivamente (Carlo et al., 2003). Esto último también se encuentra en la adultez emergente (Carlo, McGinley, Davis & Streit, 2012; Randall & Wenner, 2014). Al integrar la preocupación empática con la toma de perspectiva, se encuentra evidencia de su influencia positiva sobre esta variable dependiente en distintas poblaciones y con distintos análisis estadísticos (Carlo, McGinley et al., 2007; Hardy, 2006; McGinley & Carlo, 2007).

Ahora bien, el efecto de la Preocupación Empática debe ser considerado aquí también a la luz de las interacciones. Primero señalaremos que, por ejemplo, el estudio de Carlo, McGinley, Davis y Streit (2012) constató también que la toma de perspectiva era un predictor positivo de este tipo de prosocialidad. Dicho esto, resulta consistente que la Preocupación Empática tenga un efecto cada vez más fuerte ante un aumento de los niveles de Toma de Perspectiva, aunque también es destacable su influencia positiva aun ante niveles bajos de esta. Por tanto, se encuentra aquí (al igual que para la Conducta Prosocial Pública) un rol relevante de la Toma de Perspectiva no encontrado para otras formas de Conducta Prosocial (la Emocional, ya tratada, y la Complaciente, que se tratará a continuación). De este modo, se deben reportar otros aspectos de la Toma de Perspectiva, que resultan contradictorios con lo señalado para la Conducta Prosocial Emocional, como una vía para explicar estos resultados que, en cualquier caso, indicaron un efecto condicional. Si tomamos las virtudes de la toma de perspectiva para la conducta prosocial, Eisenberg y colaboradores/as (Eisenberg et al., 2006, 2015) atribuyen a las habilidades sociocognitivas (como la toma de perspectiva) vinculadas a la comprensión de los estados internos de otros una función de discernimiento de las necesidades de esos otros. A la vez, sostienen, daría lugar a la motivación afectiva para la conducta prosocial (incluyendo la preocupación empática) y para la acción prosocial. Se

podría considerar que, por un lado, las situaciones extremas (como las emergencias incluidas en la dimensión *Urgente/Crisis*) son auto-evidentes y no requerirían un procesamiento de los estados mentales o afectivos de otros (que mide la dimensión de Toma de Perspectiva del IRI). A la vez la Preocupación Empática, en el presente estudio, parece proveer una motivación independiente de ella. Pero, al mismo tiempo, la profundización del conocimiento de esos contenidos de la mente de otra persona (p. ej., conociendo más acerca de qué siente o piensa una persona que está en una situación de crisis o desesperante) parece fortalecer notablemente esa motivación provista por la Preocupación Empática, acaso en las excepciones en que los signos de urgencia no sean tan evidentes. Asimismo, si se aceptan la idea de que el IRI mediría también la toma de perspectiva afectiva (Healey & Grossman, 2018) y se considera que los estados mentales de las personas en situaciones de crisis o urgentes seguramente pueden incluir elementos afectivos, ello sí se ajustaría a lo informado en el metaanálisis de Carlo, Knight, McGinley, Goodvin y Roesch (2010) sobre la importancia de que la tarea tenga un contenido similar al tipo de toma de perspectiva considerado.

La afirmación anterior resultaría contradictoria con lo señalado al momento de discutir la Conducta Prosocial Emocional. Por ello, otra posibilidad sobre la que se podría especular es que, de hecho y como se detalló previamente, el IRI recoja en mayor medida la Toma de Perspectiva cognitiva que la afectiva y que su importancia en las situaciones de crisis o urgentes residiría en discernir lo que las otras personas piensan en lugar de lo que sienten. En cualquier caso, este punto queda sin aclarar y merece mayor exploración. Resultados distintos parecen ser los aportados por Barnett y Thompson (1985), quienes encontraron que niños/as con elevada toma de perspectiva (en este caso solamente afectiva), pero con baja empatía afectiva (si bien trascendía a la preocupación empática) eran menos prosociales que otros grupos en situaciones de obvia y saliente necesidad (en ese sentido, similar a la *Urgente/Crisis*). Si bien el análisis categorial (alto/bajo) sobre las variables realizado por estos autores dificulta la comparación con los presentes resultados, no parece haber una situación similar. Ello se debe a que Barnett y Thompson hallaron, por ejemplo, que el grupo señalado (alta toma de perspectiva afectiva, baja empatía afectiva) tenía medias inferiores en prosocialidad que cualquiera de los grupos con baja toma de perspectiva (tanto con elevada como con baja empatía afectiva). Esto no parece ocurrir en los resultados del presente estudio.

Antes de desplazarnos al efecto positivo de la Ansiedad relativa al apego se desarrollará el otro efecto de moderación mediante el cual se debería interpretar la influencia de la Preocupación Empática. En primer lugar, es conveniente tener en cuenta que no se

plantearon expectativas específicas sobre el rol del Género en este caso, por los resultados contradictorios que se detallan a continuación. Por un lado, la teoría de los roles sociales en relación con la prosocialidad (Eagley, 2009; Eagly & Crowley, 1986) plantea que hay actos no rutinarios y peligrosos de rescate a otros y algunas conductas heroicas que son entendidas como típicamente masculinas. Se puede considerar que estas suelen tener lugar en situaciones de emergencia; no obstante, señalan Xiao et al. (2019), la dimensión *Urgente/Crisis* del PTM no evalúa conductas heroicas específicas, sino que se focaliza en la exigencia de la situación. Además, Xiao et al. consideran a la dimensión *Urgente/Crisis* como típicamente masculina, pero su metaanálisis mostró, con el PTM y el PTM-R en adolescentes, que las mujeres manifestaban una mayor magnitud de esta dimensión prosocial. Además, algunas investigaciones no han encontrado diferencias de género (p. ej., Carlo, McGinley et al., 2007). Lo mismo muestran en el presente estudio tanto los análisis de regresión como los análisis preliminares. En cualquier caso, una posible interpretación, dados los antecedentes que señalamos, pero también con todas las reservas que surgen de otros antecedentes, es que en algún sentido (en una línea similar a cómo se interpretó la interacción entre Autotrascendencia y Género para la prosocialidad Altruista) los hombres podrían tener una inclinación más típica hacia este tipo de prosocialidad. De este modo, podrían no necesitar de la activación emocional brindada por la Preocupación Empática, sino que llevarían a cabo la conducta de un modo más “automático”. Las mujeres, que en los análisis preliminares mostraron significativamente más Preocupación Empática que los varones, podrían utilizar ese recurso como un factor motivador para esta conducta prosocial. En cualquier caso, es necesario volver a destacar las reservas ya mencionadas producto de la diferencia en la cantidad de mujeres y hombres del presente estudio.

Es necesario retomar los predictores no moderados y resta considerar el rol positivo de la Ansiedad relativa al apego. Algunos antecedentes no permiten explicar sencillamente este resultado. Ello es porque diversos estudios, con distintas medidas y mediante diferentes vías, han mostrado una contribución positiva del apego seguro a la prosocialidad *Urgente/Crisis* (Balabanian et al., 2015; Carlo, McGinley, Hayes & Martinez, 2012; McGinley & Evans, 2020; Profe et al., 2021). Por ello, resulta más adecuado, dadas las similitudes entre la prosocialidad *Urgente/Crisis* y la Emocional, retomar explicaciones ya desarrolladas para esta última. De este modo, puede ubicarse, por un lado, la capacidad conservada para la prosocialidad en las personas con mayor ansiedad, a la vez que en estos casos dicha prosocialidad puede estar mezclada con el egoísmo (Shaver & Mikulincer, 2012). Por otro lado, también podría haber ante una mayor ansiedad una tendencia a ser prosocial en

situaciones de carácter emocional (que la *Urgente/Crisis* parece compartir con la prosocialidad Emocional), tanto en situaciones de baja como de elevada necesidad (Feeney & Collins, 2001). A la vez, otras características de la prosocialidad *Urgente/Crisis* no se relacionan con el contenido emocional, sino con su probable dimensión pública. Mucho se ha dicho, aunque con un sentido distinto, en las investigaciones clásicas acerca de la relación entre la ayuda en emergencias y la influencia de la presencia de otras personas (Darley & Latané, 1968; Latané & Nida, 1981). Además, se puede considerar que algunas situaciones de emergencia (que la dimensión *Urgente/Crisis* incluye) pueden requerir de un acto heroico y Xiao et al. (2019) sostienen que los actos heroicos están ligados estrechamente a la presencia de una audiencia. Por ello, así como se encontró que la Ansiedad era un predictor positivo de la Conducta Prosocial Pública y ello fue relacionado con la motivación egoísta y la búsqueda de aprobación social, también la Ansiedad podría predecir positivamente la prosocialidad *Urgente/Crisis* por razones similares en algunos casos.

La interacción entre los valores de Autopromoción y la Evitación relativa al apego que muestra un efecto negativo de aquellos solo ante niveles más elevados de Evitación, puede relacionarse tanto con la ya destacada disminución de la prosocialidad ante mayor evitación como con la evidencia sobre cómo afectan negativamente los valores de autopromoción a la prosocialidad (Daniel et al., 2015). Ello resulta también consistente con el carácter emocional, situación disuasoria para las personas de mayor evitación (ver Richman et al, 2015), que puede adquirir la conducta prosocial en situaciones de urgencia o de crisis. Esto es consistente con los estudios mencionados que relacionan la seguridad del apego con una mayor prosocialidad *Urgente/Crisis* (Balabanian et al., 2015; Carlo, McGinley, Hayes & Martinez, 2012; McGinley & Evans, 2020; Profe et al., 2021). Cabe tener en cuenta, en cualquier caso, que no se esperaban efectos determinados para la Autopromoción: por un lado, la *Conducta Prosocial Urgente/Crisis* en algunos casos puede generar aprobación social (p. ej., ayuda en una emergencia en la esfera pública) y ello, de acuerdo con Schwartz (2010), puede motivar la acción prosocial; pero, a la vez, esta dimensión no representa una motivación egoísta, tal como se ha definido a la prosocialidad Pública. En última instancia, el efecto detectado mostraría la contribución negativa tanto de la Autopromoción como de la Evitación.

Por último, los resultados no confirman el rol predictor esperado para la Autotrascendencia y la Integración de Valores. Puede invocarse indirectamente al respecto, para observar la influencia de la identidad moral, que los valores de Autopromoción mostraron el efecto negativo (condicional) discutido, que se acerca a lo encontrado por otros autores, que a la vez evidenciaban un rol positivo para la autotrascendencia (Daniel et al.,

2015) y ello respeta una lógica en la función de estos valores. Además, se señalaron previamente las limitaciones para la Integración de Valores. No obstante, merece mayor indagación por qué los valores más positivos no se comportan en el sentido esperado.

Por otro lado, en relación con la *Conducta Prosocial Complaciente*, los hallazgos señalan que la Preocupación Empática (*Beta*: .308) y la Autotrascendencia (*Beta*: .223) resultan predictores positivos de esta dimensión de la conducta prosocial. Si bien ello va en línea con lo esperado, otros resultados no se verifican y muestran un cumplimiento parcial de la hipótesis. Asimismo, y en la misma línea que con lo que sucede con la prosocialidad Emocional, la Evitación relativa al apego influye de forma indirecta y negativa sobre la *Conducta Prosocial Complaciente* a través de la Preocupación Empática. Cabe señalar que la mayor Evitación se relaciona con una reducción de la Preocupación Empática, dando lugar, por esta vía indirecta, a una menor *Conducta Prosocial Complaciente*.

La presencia de la Preocupación Empática resulta previsible en este caso dados los antecedentes señalados también para la Conducta Prosocial Emocional y Urgente/Crisis, que, como se destacó, podrían conformar una sola categoría (Richaud et al., 2012). En este caso, también la evidencia previa se manifiesta en esta dirección. Estudios realizados con distintas estrategias estadísticas y poblaciones evidenciaron una asociación positiva entre preocupación empática (en algunas ocasiones integrada con la toma de perspectiva en una misma dimensión) y prosocialidad *Complaciente* (Carlo et al., 2003; Carlo, McGinley, Davis & Streit, 2012; Carlo, McGinley et al., 2007; Carlo & Randall, 2002; Davis et al., 2018; McGinley et al. 2014; McGinley & Carlo, 2007; Randall & Wenner, 2014; Samper García, 2014).

Que la Autotrascendencia actúe también este caso como un predictor positivo, no solo era esperable por su habitual contribución a la conducta prosocial, sino que, además, la prosocialidad *Complaciente* habitualmente implica una solicitud interpersonal que otra persona hace para solicitar ayuda o algún tipo de conducta prosocial. Los valores de Autotrascendencia, con su dedicación a otras personas, tanto cercanas como distantes (ser amable, generoso/a, hacer sacrificios por otros cercanos; ver Anexo 4), aparecen como una variable estrechamente relacionada. Tanto Hardy (2006) como Hardy et al. (2010) encontraron correlaciones positivas de su medida de la identidad moral (ligada a la autotrascendencia) y la Conducta Prosocial Complaciente.

Por último, el resultado que indica una mediación de la Preocupación Empática en la relación entre la Evitación relativa al apego y la variable dependiente refleja un mecanismo similar al encontrado para la Conducta Prosocial Emocional. Dicho mecanismo es el

mediador señalado, la Preocupación Empática. Este resultado sugiere que las personas con mayor Evitación responden en menor medida a las solicitudes de ayuda de otras personas (*Conducta Prosocial Complaciente*) a partir de una disminución en su Preocupación Empática, situación predicha por una mayor Evitación (ver, para la relación entre apego seguro y esta variable dependiente, Balabanian et al., 2015; McGinley & Evans, 2020; para un efecto de mediación similar, ver Carlo, McGinley, Hayes & Martinez, 2012). El nexos entre Preocupación Empática y la variable criterio fue desarrollado poco más arriba. La relación negativa de la Evitación con la Preocupación Empática fue explicada al momento de tratar la prosocialidad Emocional. Además, podrían cobrar especial relevancia aquí el énfasis que Shaver y Mikulincer (2012) atribuyen a las representaciones negativas de los otros, si bien con la cautela que proviene de la afirmación de Mikulincer y Shaver (2016) acerca de que estas no serían exclusivas de la evitación (dado que la dimensión ansiedad también implicaría este tipo de representaciones). Estas representaciones caracterizan a las personas con mayor evitación e interferirían con el cuidado de otras personas; a la vez esta dimensión, que en el campo interpersonal está vinculada con una incomodidad con la cercanía con los otros, muestra, más específicamente, la magnitud en que una persona desconfía de la buena voluntad de esos otros (Shaver & Mikulincer, 2012). Dicho esto, se puede remarcar el carácter más distintivo de la prosocialidad *Complaciente*, que es la situación en que una persona determinada le solicita ayuda a la persona en cuestión. Así, si bien podría estar presente, la emocionalidad no sería el núcleo aquí. De este modo, puede sugerirse que, si bien el mecanismo (Preocupación Empática) continúa siendo el mismo, el tener una representación negativa de otros y, especialmente, desconfiar de su buena voluntad, no parece ser compatible con la demanda de otra persona para que se ejerza un acto prosocial para ella.

Por último, entre los predictores no significativos, ni el Género (femenino), ni la Toma de Perspectiva, ni la Ansiedad relativa al apego, ni la Integración de Valores se alinean con lo esperado en la hipótesis 3. Sobre el Género se han señalado las diferencias en la composición de la muestra, a la vez que sobre la Toma de Perspectiva se ha discutido previamente por qué podría ser importante para la *Conducta Prosocial Urgente/Crisis*, pero no para la Emocional, pudiéndose identificar la misma necesidad de continuar explorando su contribución. Al respecto, y a diferencia de otros estudios, una investigación con niños/as de Knafo et al. (2011) no encontró que la Toma de Perspectiva afectiva fuera relevante para la prosocialidad solicitada (similar a la *Complaciente*). A la vez, la Ansiedad solo muestra una tendencia hacia la significación, aunque en el sentido esperado. La Integración de Valores tampoco resulta relevante, aunque se esperaba un funcionamiento similar al que mostró la Autotrascendencia.

Se ha discutido previamente sobre la Integración de Valores. En contraste, si bien se esperaba para la Evitación relativa al apego un efecto directo negativo, del mismo modo que para la Conducta Prosocial Emocional, dicho efecto solo se reveló de modo indirecto (también esperado), como ya fuera explicado. De este modo, la Preocupación Empática parece ser el mecanismo responsable de encauzar el efecto de la Evitación.

Por otro lado, la hipótesis 4 para la *Conducta Prosocial Anónima* planteaba que la Preocupación Empática, la Toma de Perspectiva, la Autotrascendencia y la Integración de Valores funcionasen como predictores positivos. En cambio, se esperaba que la Evitación y la Ansiedad relativas al apego fuesen predictores negativos. En línea con hallazgos más escasos en la literatura sobre diferencias de género en esta variable y la conceptualización de la prosocialidad *Anónima* como neutral en relación con el género (Xiao et al., 2019), no se plantearon expectativas específicas al respecto (lo que los resultados confirman).

Los resultados muestran que la Autotrascendencia (*Beta*: .183) y la Evitación (*Beta*: .182) son predictores positivos, en el último caso en contra de lo esperado. La Autotrascendencia evidencia este rol predictor en el último bloque, el cual incorpora las interacciones, pero encuentra una trayectoria más oscilante, con modelos en los que resulta significativa y otro, el anterior al ingreso de las interacciones, en los que solo muestra una tendencia hacia la significación. La interacción incluida en el modelo muestra un efecto, que se podría denominar sinérgico, entre la Preocupación Empática y la (baja) Ansiedad, que modera los efectos de aquella. La hipótesis preveía un efecto positivo de la Preocupación Empática y un efecto negativo de la Ansiedad, que se observa solo con matices. Este matiz se refiere a que la interacción muestra que la Preocupación Empática solo ejerce un rol predictor positivo cuando la Ansiedad es más baja. Es necesario señalar que es el ingreso de esta interacción la que brinda significación estadística al modelo propuesto con el conjunto de variables predictoras. Así, en su conjunto, la hipótesis solo encuentra un soporte parcial.

En la misma línea que lo señalado para otras variables dependientes, el rol de predictor positivo de la Autotrascendencia sobre la prosocialidad *Anónima* resulta en sintonía tanto con la delimitación de los constructos como con hallazgos previos. La *Conducta Prosocial Anónima* no es conceptualizada desde el plano motivacional (como lo es la Altruista) (McGinley et al., 2021), aunque no se necesita considerar a estas categorías como excluyentes (Eisenberg & Spinrad, 2014). Es probable que, en cierta medida, la prosocialidad *Anónima*, que no acarrea beneficios que otras situaciones como la prosocialidad Urgente/Crisis o Complaciente pueden eventualmente brindar (agradecimiento de otros, aprobación social ante la ayuda en una emergencia, etc.), guarde alguna relación con el altruismo en determinados

casos. Más específicamente, estudios previos han encontrado que la identidad moral, que incluía valores de autotranscendencia, era un predictor positivo de la *Conducta Prosocial Anónima* (Hardy, 2006) o correlacionaba positivamente con ella (Hardy et al., 2010).

Por otro lado, que la Evitación relativa al apego se haya manifestado como un predictor positivo no era esperado dado que, de forma genérica, y tal como se desarrollara, suele asociarse con una menor responsividad y conducta prosocial. Pocos antecedentes se encuentran que puedan citarse para su relación con esta variable dependiente, más allá de todo lo discutido para las anteriores. Balabanian et al. (2015) hallaron una tendencia hacia la significación que marcaba que aquellos con puntajes medios en apego (más allá de la distinción seguro/inseguro que utilizaron) eran los que más puntuaban en prosocialidad *Anónima*, a diferencia de las otras dimensiones (excepto la Pública), donde los seguros puntuaban más alto. McGinley y Evans (2020), por su parte, sostienen que el apego seguro no sería tan relevante para la prosocialidad *Anónima*, dado que no encuentran asociaciones entre ambos constructos (pero sí con otros, vinculados, según señaláramos, a las relaciones interpersonales cercanas o la abnegación). A la vez, Richman et al. (2015) mostraron, mediante dos experimentos, que aquellos elevados en Evitación no eran menos prosociales en todas las circunstancias, sino ante aquellas que implicaban una conexión emocional y empatía con los destinatarios. Así, en un estudio con adultos, la evitación no incidía en la donación a causas ambientales, pero sí en las destinadas a personas o animales; a la vez, con adultos/as emergentes, la Evitación no afectaba negativamente a la ayuda en una tarea aversiva si las personas pensaban que podían mantener sin modificaciones su estado emocional, en palabras de las/os autoras/es, no sentir emociones de ningún tipo. Richman et al. establecen la distinción donación a personas/animales vs. donación a otras causas, pero resulta similar a la que puede trazarse entre prosocialidad *Anónima* (aunque aquí incluye a personas) y otros tipos. El anonimato implica que el destinatario no conozca al benefactor (acaso reclamando aquel más ayuda o incluyendo contenidos emocionales) y, en algunos casos, que el benefactor no conozca al destinatario ni esté cerca de sus emociones (a diferencia, por ejemplo, de la prosocialidad Emocional o la Complaciente). Por ejemplo, en una donación a Cáritas se conoce la finalidad de la misma o el grupo genérico destinatario, pero habitualmente no a personas concretas de forma directa. A la vez, se puede sugerir que algunos ítems del cuestionario marcan una preferencia o inclinación hacia una circunstancia sobre otras (p. ej., “Prefiero donar dinero de forma anónima”) aunque otros ítems no lo planten de ese modo (p. ej., “Frecuentemente, hago donaciones anónimas porque me hacen sentir bien”). De este modo, puede plantearse que, por las razones que sean (porque la prosocialidad no está

completamente afectada o por otras razones –por ejemplo, conservación de la autoestima al realizar una donación–), las personas con mayor Evitación sopesan los escenarios y eligen el anonimato durante el acto prosocial como un *buffer* que amortigua su rechazo a ejercer otras formas de conductas positivas hacia otros (o que canaliza sus intenciones prosociales, si estas estuvieran conservadas).

Por último, la interacción encontrada aquí muestra un aspecto distinto. Si la Preocupación Empática actúa como un predictor positivo en caso de baja Ansiedad relativa al apego, ello encaja con lo postulado por la teoría para ambas variables y estaría alineado en cierto modo con la hipótesis 4. En el caso de la preocupación empática, esto es más específico, dado que se ha encontrado evidencia de su aportación en la adolescencia, como predictor positivo de la prosocialidad *Anónima* (Samper García, 2014) o de su correlación positiva con ella (Davis et al., 2018). Esto último tiene lugar también en la adultez emergente (Carlo, McGinley, Davis & Streit, 2012; Carlo & Randall, 2002; Randall & Wenner, 2014). Además, se han encontrado asociaciones positivas con la prosocialidad *Anónima* al integrar a la preocupación empática con la toma de perspectiva en una sola dimensión (Carlo, McGinley et al., 2007), también con participantes argentinos/as (McGinley et al., 2014). No obstante, estos resultados no mostraban una moderación de otras variables. En el caso de la (baja) Ansiedad, su contribución, a diferencia de lo encontrado para la Evitación, se sitúa en línea con las postulaciones de la importancia del apego seguro para la prosocialidad (p. ej., Shaver, Mikulincer, Sahdra & Gross, 2016), con la ya señalada búsqueda de aprobación o una motivación prosocial egoísta de las personas con mayor ansiedad y con otros resultados presentados hasta aquí. Es decir, parece consistente que una situación en la que no hay probablemente aprobación social (como la hay en la Pública) ni contenido emocional (como en la prosocialidad Emocional o incluso la Urgente/Crisis), una elevada Ansiedad actúe de forma más coherente con lo postulado en la teoría e interfiera con la aportación positiva de la Preocupación Empática. Además, y en sintonía con ello, se puede situar una investigación de Kogut y Kogut (2013), quienes encontraron con adultos/as emergentes que aquellos con elevada ansiedad (medida con el ECR o vía la activación experimental) donaban más a víctimas que eran identificables y menos cuando ellas no eran identificables, en comparación con aquellos con baja ansiedad o con una activación de la seguridad o de la evitación. Si bien aquí la identificación se relacionaba con la provisión de información sobre la víctima (edad, nombre, fotografía), también es puesta en oposición por los autores a las víctimas anónimas o estadísticas, lo que lo relaciona con la prosocialidad *Anónima*.

Para concluir la discusión sobre la conducta prosocial, no se encontró para la dimensión *Anónima* que la Toma de Perspectiva ni la Integración de Valores fueran relevantes. Se ha mencionado previamente las posibles razones de su falta de influencia. Incluso en este caso alcanzan una tendencia hacia la significación, pero con un signo (negativo) contrario al esperado, lo que se añade a que la Evitación también contribuyó de una forma distinta a la esperada. Respecto de la Evitación, se han señalado las características de este tipo de prosocialidad que podrían explicar este resultado contradictorio. Asimismo, se han indicado más arriba las limitaciones del constructo Integración de Valores. Respecto de la Toma de Perspectiva, con excepción de su rol de moderadora en otros casos ya discutidos, su falta de relevancia como predictor se extiende a todos los tipos de prosocialidad, a contramano de lo esperado. Si bien no resulta evidente la razón de ello, acaso puede señalarse los muy bajos tamaños del efecto para esta variable en su relación con la conducta prosocial encontrados en personas adultas en el metaanálisis de Carlo, Knight, McGinley, Goodvin y Roesch (2010), así como inconsistencias y matices señalados en la literatura (Eisenberg et al., 2006, 2015). Incluso, en algunos casos, se han encontrado asociaciones negativas con otras dimensiones como la Altruista (Davis et al. 2018; Knight et al., 2015).

Ya en relación con los objetivos 2 y 3, estos trataban sobre la *Deshonestidad Académica*. Para abordar dichos objetivos se estableció la hipótesis 5, que se subdividía en 5.1 y 5.2. Cabe recordar que los objetivos 4, 5 y 6 eran comunes a las dos variables dependientes, por los que se los abordará también aquí.

La hipótesis 5.1 establecía que la Evitación y la Ansiedad relativas al apego y la Autopromoción, junto al Género masculino y una menor Edad, serían predictores positivos de la *Deshonestidad Académica*; en cambio, se esperaba que la Preocupación Empática, la Toma de Perspectiva y la Autotrascendencia fueran predictores negativos.

Los resultados de la regresión múltiple jerárquica muestran que la Toma de Perspectiva es un predictor negativo (*Beta*: -.188), de forma consistente, y de hecho es el único predictor individual encontrado. No obstante, cabe destacar que el modelo adquiere significación estadística solo con el ingreso de las interacciones. Estas interacciones brindan una serie de matices e involucran a otros predictores planteados en la hipótesis. Así, se encontraría mayor *Deshonestidad Académica* entre los varones solo entre los/as participantes más jóvenes o, dicho de otra forma, la Edad funcionaría como un predictor negativo (en línea con la hipótesis) solo en el Género masculino: así, a medida que los varones jóvenes van creciendo sus diferencias con las mujeres se diluirían y no habría diferencias de género entre los/as participantes más mayores. La otra interacción encontrada resulta más enigmática y

menos relacionada con hallazgos de otros estudios. Esta muestra que el Género masculino sería un predictor de mayor *Deshonestidad Académica* solo cuando los niveles de Ansiedad relativa al apego son más bajos. De este modo, la hipótesis solo encuentra mayor sustento con las interacciones, para las que no se había destinado hipótesis, aunque en cualquier caso el cumplimiento de aquella es solo parcial.

El rol negativo de la Toma de Perspectiva se sitúa coherentemente con los escasos antecedentes. En primer lugar, un estudio de McTernan et al. (2014), con un amplio rango de edad, constató un rol predictor negativo de esta dimensión de la empatía sobre la *Deshonestidad Académica*. Si bien su influencia era baja, los autores especulan con la importancia de esta variable para las transgresiones éticas vinculadas a otras personas, y en particular cuando la víctima es más indirecta o el daño es más abstracto o distante. Estas interpretaciones de McTernan et al. se sustentaban, por ejemplo, en la irrelevancia de la toma de perspectiva para el autoengaño y por su escaso peso para el engaño a la pareja, donde si bien su efecto era significativo representaba el menor coeficiente de todas las áreas de transgresión evaluadas. No obstante, cabe destacar que dicho coeficiente no era muy inferior al que adquiriría la toma de perspectiva en otras áreas (incluyendo la *Deshonestidad Académica*). La afirmación de Brimble (2016) acerca de que los/as estudiantes suelen, en general, describir a la *Deshonestidad Académica* como “un crimen sin víctimas” puede ser tanto una descripción general pertinente como un sustento para el resultado discutido. Que muchos/as estudiantes usen un eufemismo, minimicen la situación o no comprendan las consecuencias directas e indirectas de la transgresión en y para su formación, no es obstáculo para que aquellos/as que suelen tomar la perspectiva de otras personas en mayor medida suelen ejercer una menor cantidad de actos deshonestos en la Universidad. Esa capacidad les permitiría avizorar, además de su relación con el/la docente y sus compañeros/as, consecuencias más lejanas e indirectas de sus actos (p. ej., cómo el o la paciente que atenderán en consulta en el futuro puede verse afectado/a por ello).

Por otro lado, otros estudios con personas en la adultez emergente, resultan sumamente problemáticos para una interpretación diferenciada según las dimensiones de la empatía consideradas en el presente trabajo. Staats et al. (2008, 2009) indican haber utilizado la escala completa del IRI y presentan los resultados del constructo global de empatía. Staats et al. (2008) encontraron correlaciones negativas de la empatía con la *Deshonestidad Académica* ya consumada y con la previsión de cometer actos deshonestos en el futuro. La segunda investigación (Staats et al., 2009) solo halló la correlación negativa con la estimación de actos futuros. Estos resultados, dado que incluían a la toma de perspectiva, parecen brindar

también sustentó a los encontrados en el presente trabajo. No obstante, el análisis de regresión no muestra aquí influencia de la Preocupación Empática ni del Malestar Personal. Tomando en cuenta los estudios de Staats y colaboradoras resultaría esperable que ambas pudieran tener una incidencia negativa sobre la *Deshonestidad Académica*. No obstante, el carácter egoísta del Malestar Personal señalado previamente al tratar la prosocialidad, no permitía asignarle sin más esa función positiva y por ello las hipótesis no lo contemplaban. Algo similar sucede con el estudio de Detert et al. (2008), donde la empatía, que integraba elementos afectivos y cognitivos (pero no era evaluada con el IRI), era un predictor negativo de la deshonestidad, medida que incluía, pero trascendía, a la transgresión en el ámbito académico. El mecanismo mediador encontrado en esa investigación era la desconexión moral, no tratada en el presente trabajo. Ya situándonos fuera del campo estricto de la *Deshonestidad Académica*, un estudio de Pierce et al. (2013) mostraba que la toma de perspectiva contribuía a las conductas no éticas en mayor medida cuando el contexto era competitivo que cuando era cooperativo, pareciendo señalar que los/as estudiantes de la presente muestra no considerarían al desempeño académico como teniendo lugar en una situación de competencia con otros. No obstante, dado que no fue un aspecto evaluado, puede señalarse la necesidad de explorar cómo el contexto cultural en el que se sitúa la Universidad en Argentina incide en la manera en que los/as estudiantes entienden su formación académica. A partir de ello se podría observar cómo esto contribuiría a, o disuadiría de, la *Deshonestidad Académica*, así como su interacción con otras variables de orden psicológico.

Además de lo señalado, las interacciones evidenciadas presentan diferencias entre sí. La interacción entre la Edad y el Género puede articularse de una forma más directa con los antecedentes al respecto. La evidencia previa muestra, más allá de algunos matices (Crown & Spiller, 1998), que los/as estudiantes más jóvenes llevan a cabo más actos deshonestos durante los años de universidad que los/as más mayores (Brimble, 2016; Lee et al., 2020; McCabe & Treviño, 1997; Olafson et al., 2013; Whitley, 1998). McCabe et al. (2012) matizan que no hay claridad acerca si esto se debe a la edad o al curso en el que están en la carrera. Los resultados del presente trabajo muestran que ello tendría lugar, pero solo para los varones. Esto parece articularse con la evidencia en otra área, la del género, donde se ha constatado que los hombres incumplen en mayor medida las normas académicas (Barnhardt & Ginns, 2017; McCabe & Treviño, 1997; Whitley, 1998; Whitley et al., 1999; Yu et al, 2017). No obstante, esto se ha vuelto menos concluyente con el avance de este campo de investigación, señalándose que las diferencias de género se han atenuado o no serían tan relevantes (Crown & Spiller, 1998; McCabe et al., 2012). Relacionado con ello, por ejemplo, diversos autores

han sugerido investigar la moderación del género por otras variables (Whitley et al., 1999; Yu et al., 2017), existiendo evidencia de que, en los hombres, las metas orientadas al desempeño, vinculadas a la Autopromoción, contribuirían (Niiya et al., 2008) a la *Deshonestidad Académica* (efecto no encontrado en el presente estudio). El resultado evidenciado aquí no se explicaría por el hecho de que las mujeres incrementen su *Deshonestidad Académica* a medida que tienen más Edad, porque el efecto para ellas no fue significativo, ni al avanzar en la carrera (al respecto, se controló el Curso de la carrera con fines teóricos, pero también para neutralizar la no especificación de la consigna sobre el plazo previo para considerar la transgresión). De haber encontrado ese resultado, quizás pudiera asemejarse a la adhesión a “reglas masculinas” que McCabe et al. (2012) reportaban como posible explicación para otro fenómeno: los cambios hacia menores diferencias de género respecto de décadas pasadas por haber ingresado las mujeres en carreras que eran típicamente masculinas. En cambio, las diferencias halladas aquí se deberían al efecto de la Edad para los hombres; efecto que podría deberse a factores no especificados como, por ejemplo, una maduración en sus actitudes al respecto. Otra posibilidad es la relacionada con las explicaciones acerca de que los hombres son más deshonestos en esta área por una socialización diferencial de los géneros (McCabe et al., 2012). Nuevamente, se puede especular aquí que esto podría tener lugar hasta que los hombres cumplen una determinada edad, de forma que las experiencias de socialización posteriores (incluyendo la Universidad), podrían neutralizar las conductas deshonestas.

Por último, la interacción entre Género y Ansiedad relativa al apego no encuentra apoyo en la literatura. Si bien existe evidencia de que la Ansiedad se relaciona con la deshonestidad en este ámbito (Gillath et al., 2010; Qualls et al., 2017), no hay evidencia de que este hecho dependa del Género de las personas. De hecho, en el presente estudio hay evidencia de ello, pero se refiere a las personas con menor Ansiedad de la muestra. Una explicación provisional podría tener en cuenta que en la Ansiedad entra en juego la búsqueda de aprobación. Por un lado, aunque existe evidencia sobre la influencia positiva de la ansiedad en los actos de *Deshonestidad Académica*, no debe olvidarse que estos implican eventuales sanciones, que pueden adquirir carácter público y exponer a la persona transgresora a consecuencias sociales negativas. En segundo lugar, se ha encontrado (Whitley, 2001) una mayor magnitud de afectos positivos en relación con la *Deshonestidad Académica* entre los hombres y una superioridad de actitudes negativas entre las mujeres. Así, acaso pudiera suceder que, con una baja Ansiedad, los hombres experimentaran esas emociones positivas de forma más clara al transgredir pero que, con un nivel elevado de Ansiedad, la existencia de otras emociones negativas, como el temor a ser descubierto, actuarían neutralizando dichas

emociones positivas, diluyéndose las diferencias de Género. En cualquier caso, esta posibilidad requiere ser explorada con mayor profundidad, debiéndose recordar también, para ambas interacciones, la necesidad de tratar con cautela las diferencias relacionadas con el Género en el presente estudio.

Por su parte, la hipótesis 5.2 planteaba determinadas expectativas sobre los resultados de un análisis complementario de comparación entre grupos, donde ya no se establecían puntuaciones continuas sobre la *Deshonestidad Académica*. Dichos grupos, para cada análisis, estaban compuestos por personas que habían transgredido en una o más ocasiones en determinadas áreas (*Deshonestidad Académica* en conjunto, exámenes, trabajos académicos, o ambos) o que nunca lo habían hecho en sus años de universidad. Las variables dependientes en este caso eran las dimensiones de la empatía, del apego y la identidad moral. Se esperaba que aquellos que hubieran mostrado un comportamiento más respetuoso de las normas de la Universidad tuvieran significativamente mayores niveles de Preocupación Empática, Toma de Perspectiva y valores de Autotrascendencia, así como menores niveles de Evitación y Ansiedad relativas al apego y de valores de Autopromoción.

Los resultados mostraron que no existían diferencias significativas en ninguna de estas variables entre el grupo de los que nunca cometieron actos deshonestos (más allá de la actividad) respecto de los que sí los cometieron, ni tampoco al considerar aquellos que nunca transgredieron en exámenes respecto de los que sí lo hicieron. Las diferencias encontradas conciernen a aquellos que transgredieron en ambas actividades (exámenes/trabajos) respecto de los que no lo hicieron y entre aquellos que nunca transgredieron en trabajos académicos versus los que lo hicieron. Así, los transgresores en ambas actividades tenían niveles medios de Evitación relativa al apego y de Malestar Personal significativamente más altos que el grupo en el que la deshonestidad no estaba tan extendida. A la vez, los que realizaron actos de deshonestidad en trabajos académicos mostraban niveles medios significativamente superiores en las mismas variables (Evitación, Malestar Personal), así como menores niveles de Toma de Perspectiva, resultado que se asocia al encontrado en el análisis principal, el de la regresión.

Estos hallazgos complementan los resultados anteriores. Es destacable lo señalado acerca de que, en términos generales, no encontramos antecedentes que estudien diferencias en estos constructos según la actividad en la que se desarrolla la transgresión. No obstante, a partir de elementos ya desarrollados, se puede intentar la integración de estos resultados, teniendo en cuenta, también, los muy escasos participantes existentes en algunos grupos. En particular, se constata nuevamente la importancia de la Toma de Perspectiva para diferenciar

a aquellos que transgreden en trabajos académicos de los que no lo hacen. Al menos en el contexto educativo argentino, los trabajos académicos se realizan fuera del aula y suelen tener una menor incidencia en la calificación final en las asignaturas de las carreras de grado. De ese modo, no están sujetos a vigilancia durante su desarrollo y una transgresión puede ser más fácilmente considerada por los/as alumnos/as como una infracción menor. Es útil recordar que, según McTernan et al. (2014), la toma de perspectiva puede facilitar identificar una transgresión cuando la “víctima” es más indirecta (por ejemplo, un/a profesor/a que no está enfrente de uno como en los exámenes), o cuando el daño es más abstracto o distante (incluir una referencia no citada versus copiarse en un examen que evalúa el contenido completo de una asignatura). De este modo, la Toma de Perspectiva podría tener una influencia en las personas con una integridad plena en la realización de trabajos, pero no diferenciar a las personas más “ejemplares” y las menos “ejemplares” en la realización de exámenes.

Las características resaltadas sobre los trabajos académicos quizás pueden contribuir a explicar la importancia del Malestar Personal y de la Evitación relativa al apego. No obstante, el Malestar Personal y la Evitación también diferencian entre aquellos que transgredieron en ambas tareas, respecto de quienes no lo hicieron. Se hará referencia en general, para esas variables, a las diferencias globales en *Deshonestidad Académica*, pero enfatizando el aspecto de los trabajos académicos. Ello se debe a que los que no transgredieron en trabajos eran más estudiantes ($n = 27$) que los que no lo hicieron en exámenes ($n = 12$) y los que no lo hicieron en ninguna tarea ($n = 4$), lo que influye en la composición del grupo de no transgresores al que se está aludiendo ($n = 35$). Respecto a la Evitación, hay evidencia que muestra, por un lado, que se diferenciaba, al ser activada experimentalmente, del apego seguro por asociarse a una mayor *Deshonestidad Académica* (Gillath et al., 2010); por otro lado, Qualls et al. (2017) encontraron correlaciones negativas de las escalas de Cercanía (*Closeness*) y Dependencia (*Dependency*) de la AAS con la *Deshonestidad Académica*, lo que señala indirectamente también a la influencia positiva de la evitación. También se han encontrado asociaciones positivas cuando se han considerado otras transgresiones éticas y otras formas de conceptualizar la evitación (Albert & Horowitz, 2009). Sin embargo, que la evitación diferencie entre los transgresores y los no transgresores en trabajos académicos específicamente, no encuentra antecedentes, como se señalara. Quizás, a modo muy tentativo, podrían recogerse aquí las similitudes, aunque en un sentido muy diferente, del anonimato que brindan los trabajos académicos respecto de los exámenes y las características de la Conducta Prosocial Anónima, a la que la Evitación contribuía positivamente.

Por último, para explicar la capacidad discriminante del Malestar Personal sobre los distintos grupos podemos remitirnos a lo que se señalara para la Ansiedad, variable con la que suele estar asociada, respecto al temor a las sanciones. Probablemente las personas con mayor Malestar Personal, haciendo uso de su inclinación egoísta, podrían querer liberarse del mismo, no solo al realizar una conducta prosocial, sino también al transgredir una regla, si bien esto ha sido estudiado en profundidad para la conducta prosocial y no para la *Deshonestidad Académica*. Más que su carácter como dimensión de la empatía, resulta interesante destacar su faceta de emoción aversiva. Que esta diferencia tenga lugar en los trabajos académicos podría deberse a que la situación de examen ya presenta por sí misma una situación de presión y vigilancia que podría superar un umbral soportable para las personas con mayor malestar personal disposicional. Una revisión sistemática de Moss et al. (2018) sobre las causas y correlatos del plagio (con el que se relaciona la tarea de los trabajos académicos) muestra que la estabilidad emocional, entre otros factores de personalidad y de otra índole, reduce la posibilidad de llevar a cabo dicha actividad. Si bien es una variable de otro tipo, la inestabilidad emocional resulta la más cercana al Malestar Personal que se encuentra en dicha revisión. Más allá de las razones para explicar este resultado, el mismo muestra la necesidad de considerar de forma separada a las dimensiones de la empatía a la hora de estudiar la relación de esta con la *Deshonestidad Académica*. Lo hallado en relación con la Toma de Perspectiva apoya a esta sugerencia. En conclusión, si bien se manifiesta una relación, no revelada en la regresión, de la *Deshonestidad Académica* con otras variables, la hipótesis 5.2 también encuentra un sustento solo parcial.

Si se consideran tanto el análisis de regresión como el de comparación de medias en conjunto se encuentra que ni la Preocupación Empática, ni la Ansiedad relativa al apego (que solo interactuaba con el Género) ni los valores que constituyen la identidad moral mostraron ningún efecto para la *Deshonestidad Académica*. Si bien se había planteado en las hipótesis que la Preocupación Empática tendría una influencia positiva, ello estaba sustentado en las investigaciones previas que no habían diferenciado las dimensiones de la empatía. En este estudio solo se encontró influencia de las otras dos dimensiones consideradas (Toma de Perspectiva y Malestar Personal). Asimismo, tampoco la Ansiedad se alinea con lo esperado, porque solo muestra un efecto condicional y que informa sobre diferencias de género. Probablemente, comparar grupos de personas sin transgresiones con las que transgredieron, pero con una mayor cantidad de sujetos en los grupos no transgresores pudiera arrojar resultados significativos. En este caso, solo se observan medias superiores en Ansiedad en los grupos de transgresores. Por último, a diferencia de otros estudios, no se encuentra el

resultado esperado para la Autopromoción (p. ej., Pulfrey & Butera, 2013) ni para la Autotrascendencia (Morris, 2012). Asimismo, puede señalarse la necesidad de seguir explorando este aspecto en el contexto educativo argentino para evaluar si estos valores tienen el mismo significado que en otras poblaciones, en particular al momento de relacionarse con la *Deshonestidad Académica*. Respecto a la autotrascendencia, en la publicación de Morris (2012), estos valores se midieron de forma diferente y, al incluir otras variables, la autotrascendencia se tornaba irrelevante. Ello muestra que en algunas circunstancias podría no tener influencia.

Considerando ya todo el análisis en conjunto, se trataron en detalle los objetivos 1 a 3 e, integrados con ellos, el objetivo 4, que versaba sobre la influencia de las variables sociodemográficas (Género, Edad) y la Deseabilidad Social, desagregándose en las hipótesis 1 a 5. Dado que se detallaron los resultados de moderación y mediación, se destacará aquí principalmente aquello contrario a la hipótesis de mediación, dando por sentado que los objetivos 5 (moderación) y 6 (mediación) han sido suficientemente explorados. La hipótesis 6.1, en relación con los análisis de mediación, planteaba la influencia negativa de la Evitación relativa al apego a través de distintos mediadores (Preocupación Empática, Autotrascendencia y Toma de Perspectiva) para las distintas dimensiones de la conducta prosocial, excepto la Pública, para la que no se esperaba una relación. Para la prosocialidad Altruista no se esperaba un rol de la Toma de Perspectiva. Los resultados solo muestran un rol mediador de la Preocupación Empática para la relación de la Evitación con la conducta prosocial Emocional y la Complaciente. Los otros mediadores propuestos no funcionan como tales, ni tampoco hay efectos indirectos en las otras variables dependientes. Algo similar sucede con lo planteado para la Ansiedad en la hipótesis 6.2. De todos los efectos indirectos esperados (a través del Malestar Personal y la Toma de Perspectiva), solo se confirma su efecto indirecto positivo sobre la conducta prosocial Pública a través del Malestar Personal. Por último, la hipótesis 6.3 recogía las expectativas sobre la influencia indirecta de las dimensiones del apego en la *Deshonestidad Académica*, expectativas que no se confirmaron. Si bien la evidencia encontrada para los análisis de mediación resulta importante, muchas relaciones fueron propuestas en base a otros estudios que encontraron evidencia de la relación del antecedente (p. ej., Evitación) con un mediador (p. ej., Autotrascendencia) y de este con la variable dependiente (p. ej., prosocialidad Altruista). No obstante, no se ha hallado apoyo para ello.

Por último, se intentarán establecer unas conclusiones generales, que permitan abordar los resultados de forma más global, ya sea comparando las variables dependientes entre sí

como la influencia diferencial de las dimensiones y constructos sobre aquellas. En primer lugar, sobre la conducta prosocial, los tamaños del efecto, con excepción de la Conducta Prosocial Anónima (donde es más pequeño) oscilan de medios a grandes (esto último, para la Emocional y Altruista). La mayor varianza explicada en los últimos modelos que no incluyen a las interacciones tiene lugar para la Emocional (24,9%), la Altruista (21,8%) y la Complaciente (19%) y, en menor medida, para las otras dimensiones. El ingreso de las interacciones modifica la situación y, por ejemplo, la Altruista alcanza un 31,7%. Así, se puede concluir que no hay una clara distinción entre el peso que adquiere el conjunto de los predictores en función de si el plano de la conducta prosocial alude a una motivación o a una situación/contexto.

Si nos situamos del lado de los predictores, los tres constructos principales (empatía, apego e identidad moral) contribuyen (como se evidencia en los cambios en R^2 significativos) a todas las dimensiones de la conducta prosocial, excepto la identidad moral en la prosocialidad Pública, y ello a pesar de que la Autotrascendencia era un predictor significativo por separado. Menos peso tienen los factores sociodemográficos (que aportan solo en las dimensiones motivacionales, Altruista y Pública), mientras que para la Anónima ningún constructo aislado realiza una contribución significativa. La Deseabilidad Social solo hace un aporte significativo en la prosocialidad Altruista. Con las excepciones señaladas, no hay diferencias sustanciales (si se considera ya no la significación, sino la proporción de cambio en R^2) entre las variables dependientes de lo que reciben de cada constructo; el promedio de contribución para las seis dimensiones es ligeramente superior para la empatía (.10) y similar para el apego y la identidad moral (.05). La excepción resulta el aporte de la empatía a la Conducta Prosocial Emocional (.156). De hecho, una de sus dimensiones, la Preocupación Empática, presenta aquí el coeficiente *Beta* más elevado (.443) de todos los análisis realizados, si consideramos el modelo con todos los predictores excluyendo a las interacciones. Al haber indicado una dimensión individualizada, se puede abordar ahora un somero análisis de cómo estos predictores contribuyen de forma diferenciada a las distintas formas de prosocialidad. Si bien ello se extrae de las conclusiones presentadas más arriba, la intención es brindar un panorama más ordenado y sintetizar la información reportada.

Comenzando con las dimensiones de la empatía, la Preocupación Empática tiene una clara relevancia, en algunos casos moderada por otras variables, que se extiende a todos los planos motivacionales y contextuales, en evidente sintonía con la importancia que se le ha otorgado en la literatura. Así, en general, supone una contribución positiva a la conducta prosocial, que encuentra su impronta más marcada en las conductas prosociales que

involucran emociones o pueden involucrarlas y/o que se vinculan con relaciones interpersonales cercanas (Emocional, Urgente/Crisis, Complaciente). En cambio, el Malestar Personal solo parece tener incidencia en el ámbito motivacional (Pública), de una forma que se presenta, en algunos aspectos, como opuesta a la de la Preocupación Empática. Con todo lo señalado, aquello que se ha denominado como empatía afectiva, en conjunto, incluye componentes muy diferentes, como la literatura ha enfatizado. Por su parte, la Toma de Perspectiva no muestra en este estudio influencia para ninguna dimensión de la conducta prosocial (solo mostraba algunas asociaciones positivas en los análisis correlacionales), excepto como moderadora del influjo de la Preocupación Empática.

Por su parte, cada una de las dimensiones relativas al apego ejerce una influencia muy diferente en la conducta prosocial. Así, la Evitación relativa al apego afecta esencialmente a las conductas que incluyen una carga emocional o, probablemente, la representación que se tiene de los otros y que se vinculan con relaciones interpersonales cercanas (Emocional, Complaciente, y también Urgente/Crisis al moderar a los valores de Autopromoción), siendo el mecanismo identificado, en la mayor parte de los casos, la Preocupación Empática. La excepción es una situación sin esos contenidos, la Conducta Prosocial Anónima. Justamente es el plano emocional o de las relaciones interpersonales cercanas (Emocional, Urgente/Crisis) donde la Ansiedad relativa al apego se comporta de una manera más favorable, mostrando así quizás que la prosocialidad estaría conservada en más situaciones que cuando existe una mayor Evitación. No obstante, es en el caso de la Ansiedad donde se encuentra evidencia de que el aspecto motivacional puede estar más afectado, de forma que los rasgos egoístas podrían buscar una recompensa, como la aprobación social (Pública, Altruista y eventualmente en una situación, la Urgente/Crisis). La evidencia sobre su influencia en la Altruista es, no obstante, frágil y, dado que se ha postulado en la literatura que esta motivación también podría verse menoscabada en la Evitación, incluso en mayor medida, se impone la necesidad de cautela. La relación de la Ansiedad con la prosocialidad Anónima, moderando a la Preocupación Empática, parece relacionarse con todo lo desarrollado.

Para la identidad moral, la Autotrascendencia contribuiría a una prosocialidad más genuina (dada su relación positiva con la prosocialidad Altruista, al menos en los varones, y negativa con la Pública) y afecta positivamente a distintas situaciones (Complaciente, Anónima) que, de hecho, no se relacionan con las emociones. La Autopromoción muestra una muy baja eficacia predictora (solo una relación negativa con la prosocialidad Urgente/Crisis, moderada por la Evitación). Sobre ello no se puede asegurar si esto establece una conclusión más firme sobre su ausencia de relación con estas dimensiones, o bien se debe al significado

de esos valores para los/as participantes o a alguna otra razón no especificada. Sobre la Integración de Valores se aplican las mismas reservas (en particular se ha señalado la no indagación sobre relación entre los valores) y solo predice significativamente (de forma positiva) la prosocialidad Emocional, más allá de algunas asociaciones positivas significativas con otras dimensiones en los análisis correlacionales. Cabe destacar que la mayoría de las investigaciones exploraron esta integración en ejemplos morales (p. ej., Frimer et al., 2011), aunque también existe evidencia de su importancia en la población general (p. ej., Frimer & Walker, 2009). Por último, entre las variables sociodemográficas, el Género parece mostrar incidencia solo en el plano motivacional y/o al moderar a otras variables. Más restringido es aún el rol de la Edad, que solo actúa como moderador de la Preocupación Empática en las dimensiones motivacionales.

Lo comentado puede aplicarse a la Deshonestidad Académica. Aquí, la varianza explicada, incluyendo a las interacciones que le otorgan significación al modelo, es del 10,4%, siendo sensiblemente más baja (4,9%) sin la inclusión de ellas. De hecho, ningún constructo generaba un cambio significativo en el R^2 , excepto las variables de control. El factor más relevante es la Toma de Perspectiva y, si se consideraran las interacciones, cobran importancia los aspectos sociodemográficos fuertemente estudiados en la literatura al respecto y, en menor medida, la Ansiedad relativa al apego. Los análisis complementarios permiten dar un lugar a la otra dimensión del apego, la Evitación, y brindar un matiz sobre la empatía, al ilustrar que el Malestar Personal se relacionaría con la Deshonestidad Académica de una forma opuesta a la de la dimensión cognitiva.

11.2. Limitaciones y futuras líneas de investigación

Habiendo destacado los aportes que puede realizar la presente investigación, es posible mencionar también un conjunto de elementos que se plantean como limitaciones cuya superación debería contribuir a las futuras líneas de investigación en este ámbito.

Un aspecto que se ha mencionado recurrentemente es la dificultad generada por la disparidad de participantes de género femenino ($n = 126$) y masculino ($n = 45$). Ello deja con menor sustento a los resultados que se vinculan con esta variable, que tuvo particular relevancia en la Conducta Prosocial Altruista y la Pública, incluso moderando el efecto de otras variables. Así, un resultado como la influencia de la Autotrascendencia para la prosocialidad Altruista solo en los varones se encuentra con esta limitación. Algo similar sucede con el rango de Edad de los participantes. Si bien todos/as se encontraban en el

período de la adultez emergente, la mayor parte de la muestra se concentraba en los primeros años de ella (20-24 años). Una vía posible de resolución para equilibrar los grupos, pero no suficiente, es la ampliación del tamaño de la muestra. Se afirma que no es suficiente porque podría continuar una diferencia muestral que no resuelva el problema, si, para el caso del Género, se considera una probable tendencia de las mujeres a participar en mayor medida en estudios que involucren entrevistas en profundidad, más aún si se considera una mayoría de estudiantes de Psicología, donde, al menos en el contexto argentino, las mujeres representan la mayor parte del alumnado.

Asimismo, algo similar sucede en los análisis complementarios para la Deshonestidad Académica, donde algunos grupos tenían muy pocos/as participantes. Este aspecto no resulta tan fácilmente remediable, dado que sería difícil encontrar un criterio de selección previo, ya que no es una información que pueda obtenerse de forma anticipada a la firma de un consentimiento informado. Observando la disparidad entre los grupos, si ella representa una tendencia natural, no aparece como resoluble aun ampliando la muestra total de participantes. En cualquier caso, creemos que es relevante comparar a quienes nunca lo hicieron respecto de los que sí y no limitar las medidas solo a variables continuas. Por otro lado, resulta otra limitación que el cuestionario para evaluar la Deshonestidad Académica no tuviera una validación psicométrica previa adecuada. Además, y este es un aspecto más general, resultaría deseable contrastar este conjunto de predictores con la deshonestidad en un sentido más amplio (ámbito laboral, familiar, etc.) de forma que no quede restringida a un repertorio de conductas tan específico como la Deshonestidad Académica. Medidas conductuales tales como la utilizada por Frimer y Walker (2009), donde se realizaba un sobrepago a un/a participante y se observaba si devolvía el dinero, puede ser una excelente oportunidad de observar lo señalado.

Además, haber evaluado la presencia conjunta de valores de Autotrascendencia o Autopromoción en una misma unidad de pensamiento al construir la dimensión de Integración de Valores y no el carácter instrumental o terminal de esos valores (ver, por ejemplo, Walker & Frimer, 2015), constituye una limitación, que informa asimismo de posibles líneas de investigación futura. Para ello, no obstante, resultaría necesario una muestra muy amplia, dada la cantidad de combinaciones posibles incluso sin tomar los valores constituyentes (p. ej., benevolencia) de forma aislada, aspecto que resultaría en un modelo menos parsimonioso y que es de difícil consecución cuando se utilizan medidas narrativas que requieren de entrevistas de larga duración. Una alternativa, para no mermar el poder estadístico, sería

evaluar solamente a la identidad moral como predictor, como una forma de profundizar en su relación con la conducta prosocial multidimensional.

Otras limitaciones pueden provenir de otras características de la muestra, como estar formada en exclusiva por estudiantes universitarios/as, y en particular de una universidad privada, que reduce la representación no solo de las clases sociales, sino del tipo de ocupación del/de la participante. Incluso dentro del contexto de las universidades privadas, es posible investigar en instituciones diferentes, por ejemplo, de tipo religioso. Otro elemento de la muestra que podría encontrar mayor diversidad es el estado civil de las personas, que, al momento de investigar al apego, podría resultar un moderador relevante. La utilización de una población más amplia también podría contribuir en este aspecto.

Las limitaciones mencionadas arrojan luz al momento de visualizar posibles líneas de investigación futura, pero estas no se limitan a aquellas. Así, futuras investigaciones deberían mostrar, deseablemente, un equilibrio de la cantidad de hombres y mujeres, un rango de edad más distribuido dentro de los años de la adultez emergente, una mayor representación de personas no transgresoras en el ámbito académico, investigar la relación entre los valores, utilizar medidas conductuales de honestidad e investigar cómo se manifiesta ello en distintas clases sociales o en personas con estados civiles distintos. También se puede vislumbrar la posibilidad de investigar las relaciones aquí desarrolladas en adultos más mayores, incluir otras variables relevantes como el razonamiento moral prosocial o una medida de múltiples destinatarios de la prosocialidad o, para la Deshonestidad Académica, las calificaciones en la Universidad de los y las alumnas. Resulta una tarea desafiante, aunque de gran interés.

11.3. Consideraciones finales

Se ha hecho un recorrido por diversas tradiciones de la investigación sobre la Conducta Prosocial y la Deshonestidad Académica y de los factores que se relacionan con ella. Habiendo elegido predictores que representan áreas más amplias de investigación (factores afectivos, cognitivos, vinculados a la socialización y de la personalidad), el presente estudio refleja la notable diferencia entre dos cuerpos de investigación. Uno, el de la Conducta Prosocial, que a lo largo de décadas ha identificado variables psicológicas relevantes y desarrollado sólidas y complejas teorías. Otro, el de la Deshonestidad Académica, en el cual la investigación de los predictores psicológicos ha sido realizada de modo atóxico, con un mayor énfasis en factores sociodemográficos y donde el mayor peso explicativo se atribuye a variables situacionales.

Se ha pretendido, además, investigar el conjunto de predictores planteado en la adultez emergente, período en el que dichos predictores, y especialmente la identidad moral, adquieren suma importancia. La identidad moral, tal como se manifiesta en las narrativas de las personas, ofrece un campo de investigación abierto para indagar su relación con la conducta moral. Ello tiene especial relevancia en este período, donde esta identidad moral puede consolidarse y cuando, tal como afirma Padilla-Walker (2015), existen oportunidades únicas, no disponibles o viables en otros períodos de la vida, y una libertad para llevar a cabo conductas prosociales tanto de alto como de bajo costo personal. Dado que la mayoría de los y las estudiantes universitarios se encuentran en la adultez emergente, también la investigación de la Deshonestidad Académica es importante en este periodo.

Resulta difícil concluir sin destacar la necesidad de seguir investigando en este campo, especialmente abordando la Conducta Prosocial de una forma multidimensional, y también la importancia de fortalecer, para quienes tengan una tarea más aplicada, la empatía, la identidad moral y la seguridad del apego de las personas. Para las dos primeras, se puede argumentar su intrínseco carácter moral. Para el apego, en primer lugar, aparece el padecimiento de la propia persona que sufre excesivamente en su mundo social e interpersonal. Aun así, la inseguridad en el apego tiene consecuencias morales. Ya su influencia sobre la empatía (y acaso también sobre la identidad moral) da cuenta de ello. Por ello, si se adopta una perspectiva pragmática, resultaría irrelevante cuáles son las razones de que una persona con mayor Ansiedad relativa al apego ayude, por ejemplo, comprometidamente a su pareja cuando esta tiene un padecimiento emocional. El problema con una perspectiva exclusivamente pragmática es el desatender a cómo las motivaciones pueden en última instancia contaminar los esfuerzos y los vínculos y que, además, dicha motivación oriente en otras ocasiones la conducta hacia una forma no deseada. O bien no tener en cuenta que, aunque la prosocialidad no estuviese completamente afectada, una mayor Evitación y una desconexión o desinterés hacia y por las emociones de otras personas, limita la vida afectiva y el repertorio moral de las personas. Por último (y haciendo caso omiso en este momento de los esfuerzos de instituciones y educadores/as al respecto), si bien el abordaje de la Deshonestidad Académica no deba quizás solo reducirse a la implantación de códigos de honor u otros abordajes situacionales, resulta difícil vislumbrar abordajes psicológicos que se vinculen con la contribución de este trabajo. Acaso la posibilidad de trabajar junto a los y las estudiantes la imaginación moral, desarrollar los recursos cognitivos (como la toma de perspectiva) y pensar sobre las consecuencias a largo plazo de sus conductas pueda servir como orientación.

REFERENCIAS

- Albert, L. S., & Horowitz, L. M. (2009). Attachment styles and ethical behavior: Their relationship and significance in the marketplace. *Journal of Business Ethics*, 87, 299-316. <https://doi.org/10.1007/s10551-008-9918-6>
- Allen, J. P., & Tan, J. S. (2016). The multiple facets of attachment in adolescence. En J. Cassidy & P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of Attachment. Theory, Research, and Clinical Applications* (3rd. Edition) (pp. 399-415). The Guilford Press.
- Allison, P. D. (1999). *Multiple regression: A primer*. Pine Forge Press.
- Alonso-Arbiol, I., Balluerka, N., & Shaver, P. R. (2007). A Spanish version of the Experiences in Close Relationships (ECR) adult attachment questionnaire. *Personal Relationships*, 14(1), 45–63. <https://doi.org/10.1111/j.1475-6811.2006.00141.x>
- Alonso-Arbiol, I., Balluerka, N., Shaver, P. R., & Gillath, O. (2008). Psychometric properties of the Spanish and American versions of the ECR Adult Attachment Questionnaire: A comparative study. *European Journal of Psychological Assessment*, 24(1), 9-13. <https://doi.org/10.1027/1015-5759.24.1.9>
- Álvarez Cáceres, R. (1995). *Estadística multivariante y no paramétrica con SPSS*. Editorial Díaz de Santos.
- Álvarez Cáceres, R. (2007). *Estadística aplicada a las ciencias de la salud*. Editorial Díaz de Santos.
- Argyle, M. (1991). *Cooperation: The basis of sociability*. Taylor & Francis/Routledge.
- Arnett, J. J. (2000). Emerging adulthood: A theory of development from the late teens through the twenties. *American Psychologist*, 55(5), 469-480. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.55.5.469>
- Arnett, J. J. (2014). Presidential address: The emergence of emerging adulthood: A personal history. *Emerging Adulthood*, 2(3), 155-162. <https://doi.org/10.1177/2167696814541096>
- Arnett, J. J. (2015). *Emerging adulthood: The winding road from the late teens through the twenties* (2nd. Edition). Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199795574.013.9>
- Aquino, K., & Freeman, D. (2009). Moral identity in business situations: A social-cognitive framework for understanding moral functioning. En D. Narvaez & D. K. Lapsley (Eds.), *Personality, identity, and character: Explorations in moral psychology* (pp. 375-395). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511627125.018>

- Aquino, K., & Reed, A., II. (2002). The Self-Importance of moral identity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 83(6), 1423-1440. <https://doi.org/10.1037//0022-3514.83.6.1423>
- Ardenghi, S., Rampoldi, G., Bani, M., & Strepparava, M. G. (2021). Personal values as early predictors of emotional and cognitive empathy among medical students. *Current Psychology: A Journal for Diverse Perspectives on Diverse Psychological Issues*. Publicación online avanzada. <https://doi.org/10.1007/s12144-021-01373-8>
- Auné, S. E., Blum, D., Abal, F. J. P., Lozzia, G. S., & Atorresi, H. F. (2014). La conducta prosocial: Estado actual de la investigación. *Perspectivas en Psicología*, 11(2), 21-33.
- Azimpour, A., Neasi, A. Shehni-Yailagh, M., & Arshadi, N. (2012). Validation of “Prosocial Tendencies Measure” in Iranian university students. *Journal of Life Science and Biomedicine*, 2(2), 34-42.
- Bakermans-Kranenburg, M. J., & van IJzendoorn, M. H. (2009a). No reliable gender differences in attachment across the lifespan. *Behavioral and Brain Sciences*, 32(1), 22-23. <https://doi.org/10.1017/S0140525X0900003X>
- Bakermans-Kranenburg, M. J., & van IJzendoorn, M. H. (2009b). "No reliable gender differences in attachment across the lifespan": Erratum. *Behavioral and Brain Sciences*, 32(2), 247-248. <https://doi.org/10.1017/S0140525X090000843>
- Balabanian, C., Lemos, V., & Vargas Rubilar, J. (2015). Apego percibido y conducta prosocial en adolescentes. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 6(2), 278-294. <https://doi.org/10.21501/22161201.1515>
- Balliet, D., Joireman, J., Daniels, D., & George-Falvy, J. (2008). Empathy and the Schwartz value system: A test of an integrated hypothesis. *Individual Differences Research*, 6(4-B), 269-279.
- Bandura, A. (2012). Moral disengagement. En D. J. Christie (Ed.), *The encyclopedia of peace psychology* (Vol. 2, pp. 668-672). Wiley-Blackwell. <https://doi.org/10.1002/9780470672532.wbepp165>
- Bandura, A., Barbaranelli, C., Caprara, G. V., & Pastorelli, C. (1996). Mechanisms of moral disengagement in the exercise of moral agency. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71(2), 364-374. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.71.2.364>
- Bar-Tal, D., & Raviv, A. (1982). A cognitive-learning model of helping behavior development: Possible implications and applications. En N. Eisenberg (Ed.), *The development of prosocial behavior* (pp. 199-217). Academic Press. <https://doi.org/10.1016/B978-0-12-234980-5.50013-4>

- Barnett, M. A., & Thompson, S. (1985). The role of perspective taking and empathy in children's machiavellianism, prosocial behavior, and motive for helping. *The Journal of Genetic Psychology, 146*(3), 295-305.
<https://doi.org/10.1080/00221325.1985.9914459>
- Barnhardt, B., & Ginns, P. (2017). Psychological teaching-learning contracts: Academic integrity and moral psychology. *Ethics & Behavior, 27*(4), 313-334.
<https://doi.org/10.1080/10508422.2016.1167604>
- Barriga, A. Q., Sullivan-Cosetti, M., & Gibbs, J. C. (2009). Moral cognitive correlates of empathy in juvenile delinquents. *Criminal Behaviour and Mental Health, 19*, 253-264.
<https://doi.org/10.1002/cbm.740>
- Bartholomew, K., & Horowitz, L. M. (1991). Attachment styles among young adults: A test of a four-category model. *Journal of Personality and Social Psychology, 61*(2), 226-244. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.61.2.226>
- Bartz, J. A., & Lydon, J. E. (2004). Close relationships and the working self-concept: Implicit and explicit effects of priming attachment on agency and communion. *Personality and Social Psychology Bulletin, 30*(11), 1389-1401.
<https://doi.org/10.1177/0146167204264245>
- Batson, C. D. (2009). These things called empathy: Eight related but distinct phenomena. En J. Decety & W. Ickes (Eds.), *The social neuroscience of empathy* (pp. 3-15). MIT Press. <https://doi.org/10.7551/mitpress/9780262012973.003.0002>
- Batson, C. D. (2010). Empathy-induced altruistic motivation. En M. Mikulincer & P. R. Shaver (Eds.), *Prosocial motives, emotions, and behavior: The better angels of our nature* (pp. 15-34). American Psychological Association.
<https://doi.org/10.1037/12061-001>
- Batson, C. D. (2012). The empathy-altruism hypothesis: Issues and implications. En J. Decety (Ed.), *Empathy: From bench to bedside* (pp. 41-54). MIT Press.
<https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199969470.003.0002>
- Batson, C. D., Duncan, B. D., Ackerman, P., Buckley, T., & Birch, K. (1981). Is empathic emotion a source of altruistic motivation? *Journal of Personality and Social Psychology, 40*(2), 290-302. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.40.2.290>
- Batson, C. D., Fultz, J., & Schoenrade, P. A. (1987). Distress and empathy: Two qualitatively distinct vicarious emotions with different motivational consequences. *Journal of Personality, 55*(1), 19-39. <https://doi.org/10.1111/j.1467-6494.1987.tb00426.x>

- Batson, C. D., Lishner, D. A., & Stocks, E. L. (2015). The empathy-altruism hypothesis. En D. A. Schroeder & W. G. Graziano (Eds.), *The Oxford handbook of prosocial behavior* (pp. 259-281). Oxford University Press.
<https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780195399813.013.023>
- Bergin, C. (2014). Educating students to be prosocial at school. En L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 279-301). Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0014>
- Bergman, R. (2004). Identity as motivation: Toward a theory of the moral self. En D. K. Lapsley & D. Narvaez (Eds.), *Moral development, self, and identity* (pp. 21-46). Lawrence Erlbaum Associates Publishers.
- Bierhoff, H. W., & Rohmann, E. (2004). Altruistic personality in the context of the empathy-altruism hypothesis. *European Journal of Personality*, 18, 351-365.
<https://doi.org/10.1002/per.523>
- Blasi, A. (1980). Bridging moral cognition and moral action: A critical review of the literature. *Psychological Bulletin*, 88(1), 1-45.
<https://doi.org/10.1037/0033-2909.88.1.1>
- Blasi, A. (1983). Moral cognition and moral action: A theoretical perspective. *Developmental Review*, 3, 178-210. [https://doi.org/10.1016/0273-2297\(83\)90029-1](https://doi.org/10.1016/0273-2297(83)90029-1)
- Blasi, A. (1993). The development of identity: Some implications for moral functioning. En G. G. Noam, T. E. Wren, G. Nunner-Winkler, & W. Edelstein (Eds.), *The moral self* (pp. 99-122). The MIT Press.
- Botella i Mas, M. (2004). La interacción social. En T. Ibañez Gracia (Coord.), *Introducción a la psicología social* (pp. 139-182). Editorial UOC.
- Bowlby, J. (1989). *Una base segura. Aplicaciones clínicas de la teoría del apego*. Paidós.
- Brimble, M. (2016). Why students cheat: An exploration of the motivators of student academic dishonesty in higher education. En T. Bretag (Ed.), *Handbook of academic integrity* (pp. 365-382). Springer Science+Business Media Singapore.
https://doi.org/10.1007/978-981-287-098-8_58
- Brennan, K. A., Clark, C. L., & Shaver, P. R. (1998). Self-Report Measurement of Adult Attachment: An integrative overview. En J. A. Simpson & W. S. Rholes (Eds.), *Attachment theory and close relationships* (pp. 46-76). The Guilford Press.
- Bretag, T. (2016). Defining academic integrity: International Perspectives – Introduction. En T. Bretag (Ed.), *Handbook of academic integrity* (pp. 3-5). Springer Science+Business Media Singapore. https://doi.org/10.1007/978-981-287-098-8_76

- Bretherton, I., & Munholland, K. A. (2016). The internal working model construct in light of contemporary neuroimaging research. En J. Cassidy & P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of Attachment. Theory, Research, and Clinical Applications* (3rd. Edition) (pp. 63-88). The Guilford Press.
- Brown, T. A. (2015). *Confirmatory factor analysis for applied research* (2nd. Edition). The Guilford Press.
- Britton, P. C., & Fuendeling, J. M. (2005). The relations among varieties of adult attachment and the components of empathy. *The Journal of Social Psychology, 145*(5), 519-530. <https://doi.org/10.3200/SOCP.145.5.519-530>
- Brownell, C. A., Svetlova, M., & Nichols, S. (2009). To share or not to share: When do toddlers respond to another's needs? *Infancy, 14*(1), 117-130. <https://doi.org/10.1080/15250000802569868>
- Cameron, J. J., Finnegan, H., & Morry, M. M. (2012). Orthogonal dreams in an oblique world: A meta-analysis of the association between attachment anxiety and avoidance. *Journal of Research in Personality, 46*(5), 472-476. <https://doi.org/10.1016/j.jrp.2012.05.001>
- Caprara, G. V., & Steca, P. (2007). Prosocial agency: The contribution of values and self-efficacy beliefs to prosocial behavior across ages. *Journal of Social and Clinical Psychology, 26*(2), 218-239. <https://doi.org/10.1521/jscp.2007.26.2.218>
- Carlo, G. (2006). Care-based and altruistically based morality. En M. Killen & J. G. Smetana (Eds.), *Handbook of moral development* (pp. 551-579). Lawrence Erlbaum Associates Publishers.
- Carlo, G., Allen, J. B., & Buhman, D. C. (1999). Facilitating and disinhibiting prosocial behaviors: The nonlinear interaction of trait perspective taking and trait personal distress on volunteering. *Basic and Applied Social Psychology, 21*(3), 189-197. https://doi.org/10.1207/S15324834BASP2103_3
- Carlo, G., Crockett, L. J., Randall, B. A., & Roesch, S. C. (2007). A latent growth curve analysis of prosocial behavior among rural adolescents. *Journal of Research on Adolescence, 17*(2), 301-324. <https://doi.org/10.1111/j.1532-7795.2007.00524.x>
- Carlo, G., Fabes, R. A., Laible, D., & Kupanoff, K. (1999). Early adolescence and prosocial/moral behavior II: The role of social and contextual influences. *The Journal of Early Adolescence, 19*(2), 133-147. <https://doi.org/10.1177/0272431699019002001>

- Carlo, G., Hausmann, A., Christiansen, S., & Randall, B. A. (2003). Sociocognitive and behavioral correlates of a measure of prosocial tendencies for adolescents. *Journal of Early Adolescence, 23*(1), 107-134. <https://doi.org/10.1177/0272431602239132>
- Carlo, G., Knight, G. P., McGinley, M., Goodvin, R., & Roesch, S. C. (2010). The developmental relations between perspective taking and prosocial behaviors: A meta-analytic examination of the task-specificity hypothesis. En B. W. Sokol, U. Müller, J. I. M. Carpendale, A. R. Young, & G. Iarocci (Eds.), *Self and social regulation: Social interaction and the development of social understanding and executive functions* (pp. 234-269). Oxford University Press.
<https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780195327694.003.0010>
- Carlo, G., Knight, G. P., McGinley, M., Zamboanga, B. L., & Hernandez Jarvis, L. (2010). The multidimensionality of prosocial behaviors and evidence of measurement equivalence in Mexican American and European American early adolescents. *Journal of Research on Adolescence, 20*(2), 334-358. <https://doi.org/10.1111/j.1532-7795.2010.00637.x>
- Carlo, G., McGinley, M., Davis, A., & Streit, C. (2012). Behaving badly or goodly: Is it because I feel guilty, shameful, or sympathetic? Or is it a matter of what I think? *New Directions for Youth Development, 136*, 75-93. <https://doi.org/10.1002/yd.20040>
- Carlo, G., McGinley, M., Hayes, R. Batenhorst, C., & Wilkinson, J. (2007). Parenting styles or practices? Parenting, sympathy, and prosocial behaviors among adolescents. *The Journal of Genetic Psychology, 168*(2), 147-176.
<https://doi.org/10.3200/GNTP.168.2.147-176>
- Carlo, G., McGinley, M., Hayes, R. C., & Martinez, M. M. (2012). Empathy as a mediator of the relations between parent and peer attachment and prosocial and physically aggressive behaviors in Mexican American college students. *Journal of Social and Personal Relationships, 29*(3), 337-357. <https://doi.org/10.1177/0265407511431181>
- Carlo, G., Padilla-Walker, L. M., & Nielson, M. G. (2015). Longitudinal bidirectional relations between adolescents' sympathy and prosocial behavior. *Developmental Psychology, 51*(12), 1771-1777. <https://doi.org/10.1037/dev0000056>
- Carlo, G., & Randall, B. A. (2002). The development of a measure of prosocial behaviors for late adolescents. *Journal of Youth and Adolescence, 31*(1), 31-44.
<https://doi.org/10.1023/A:1014033032440>
- Carrera, P., Oceja, L., Caballero, A., Muñoz, D., López-Pérez, B., & Ambrona, T. (2013). I feel so sorry! Tapping the joint influence of empathy and personal distress on helping

- behavior. *Motivation and Emotion*, 37, 335-345. <https://doi.org/10.1007/s11031-012-9302-9>
- Cassidy, J. (2016). The nature of the child's ties. En J. Cassidy & P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of Attachment. Theory, Research, and Clinical Applications* (3rd. Edition) (pp. 3-24). The Guilford Press.
- Chaplin, T. M., & Aldao, A. (2013). Gender differences in emotion expression in children: A meta-analytic review. *Psychological Bulletin*, 139(4), 735-765.
<https://doi.org/10.1037/a0030737>
- Cialdini, R. B., Baumann, D. J., & Kenrick, D. T. (1981). Insights from sadness: A three-step model of the development of altruism as hedonism. *Developmental Review*, 1(3), 207-223. [https://doi.org/10.1016/0273-2297\(81\)90018-6](https://doi.org/10.1016/0273-2297(81)90018-6)
- Cialdini, R. B., Darby, B. L., & Vincent, J. (1973). Transgression and altruism: A case for hedonism. *Journal of Experimental Social Psychology*, 9, 502-516.
[https://doi.org/10.1016/0022-1031\(73\)90031-0](https://doi.org/10.1016/0022-1031(73)90031-0)
- Cialdini, R. B., Schaller, M., Houlihan, D., Arps, K., Fultz, J., & Beaman, A. L. (1987). Empathy-based helping: Is it selflessly or selfishly motivated? *Journal of Personality and Social Psychology*, 52(4), 749-758. <https://doi.org/10.1037//0022-3514.52.4.749>
- Chopik, W. J., O'Brien, E., & Konrath, S. H. (2017). Differences in empathic concern and perspective taking across 63 countries. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 48(1), 23-38. <https://doi.org/10.1177/0022022116673910>
- Chopik, W. J., Edelstein, R. S., & Fraley, R. C. (2013). From the cradle to the grave: Age differences in attachment from early adulthood to old age. *Journal of Personality*, 81(2), 171-183. <https://doi.org/10.1111/j.1467-6494.2012.00793.x>
- Cohen, J. (1988). *Statistical power analysis for the behavioral sciences* (2nd. Edition). Lawrence Erlbaum Associates.
- Cohen, J., Cohen, P., West, S. G., & Aiken, L. S. (2003). *Applied multiple regression/correlation analysis for the behavioral sciences* (3rd. Edition). Lawrence Erlbaum Associates Publishers.
- Colby, A., & Damon, W. (1993). The uniting of self and morality in the development of extraordinary moral commitment. En G. G. Noam, T. E. Wren, G. Nunner-Winkler, & W. Edelstein (Eds.), *The moral self* (pp. 149-174). The MIT Press.
- Collins, N. L., & Ford, M. B. (2010). Responding to the needs of others: The caregiving behavioral system in intimate relationships. *Journal of Social and Personal Relationships*, 27(2), 235-244. <https://doi.org/10.1177/0265407509360907>

- Collins, N. L., Ford, M. B., Guichard, A. C., Kane, H. S., & Feeney, B. C. (2010). Responding to need in intimate relationships: Social support and caregiving processes in couples. En M. Mikulincer & P. R. Shaver (Eds.), *Prosocial motives, emotions, and behavior: The better angels of our nature* (pp. 367-389). American Psychological Association. <https://doi.org/10.1037/12061-019>
- Collins, N. L., & Read, S. J. (1990). Adult attachment, working models, and relationship quality in dating couples. *Journal of Personality and Social Psychology*, *58*, 644-663. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.58.4.644>
- Comas, R., Sureda, J., Casero, A., & Morey, M. (2011). La integridad académica entre el alumnado universitario español. *Estudios Pedagógicos*, *37*(1), 207-225. <https://doi.org/10.4067/S0718-07052011000100011>
- Cosentino, A. C., & Castro Solano, A. (2008). Adaptación y validación argentina de la Marlowe-Crowne Social Desirability Scale. *Interdisciplinaria*, *25*(2), 197-216.
- Costello, A. B., & Osborne, J. W. (2005). Exploratory Factor Analysis: Four recommendations for getting the most from your analysis. *Practical Assessment, Research, & Evaluation*, *10*(7), 1-9.
- Coyne, S. M., & Smith, N. J. (2014). Sweetness on the screen: A multidimensional view of prosocial behavior in media. En L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 156-177). Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0008>
- Crocetti, E., Moscatelli, S., Van der Graaff, J., Rubini, M., Meeus, W., & Branje, S. (2016). The interplay of self-certainty and prosocial development in the transition from late adolescence to emerging adulthood. *European Journal of Personality*, *30*(6), 594-607. <https://doi.org/10.1002/per.2084>
- Crowell, J. A., Fraley, R. C., & Roisman, G. I. (2016). Measurement of individual differences in adult attachment. En J. Cassidy & P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of Attachment. Theory, Research, and Clinical Applications* (3rd. Edition) (pp. 598-635). The Guilford Press.
- Crowne, D. F., & Spiller, M. S. (1998). Learning from the literature on collegiate cheating: A review of empirical research. *Journal of Business Ethics*, *17*, 683-700.
- Crowne, D. P., & Marlowe, D. (1960). A new scale of social desirability independent of psychopathology. *Journal of Consulting Psychology*, *24*(4), 349-354. <https://doi.org/10.1037/h0047358>

- Damon, W., & Hart, D. (1988). *Self-understanding in childhood and adolescence*. Cambridge University Press.
- Daniel, E., Bilgin, A. S., Brezina, I., Strohmeier, C. E., & Vainre, M. (2015). Values and helping behavior: A study in four cultures. *International Journal of Psychology, 50*(3), 186-192. <https://doi.org/10.1002/ijop.12086>
- Darley, J. M., & Latané, B. (1968). Bystander intervention in emergencies: Diffusion of responsibility. *Journal of Personality and Social Psychology, 8*(4), 377-383. <https://doi.org/10.1037/h0025589>
- Davidov, M., Zahn-Waxler, C., Roth-Hanania, R., & Knafo, A. (2013). Concern for others in the first year of life: Theory, evidence, and avenues for research. *Child Development Perspectives, 7*(2), 126–131. <https://doi.org/10.1111/cdep.12028>
- Davis, A. N., Carlo, G., Streit, C., & Crockett, L. J. (2018). Considering economic stress and empathic traits in predicting prosocial behavior among U.S. Latino adolescents. *Social Development, 27*, 58-72. <https://doi.org/10.1111/sode.12249>
- Davis, M. H. (1980). A multidimensional approach to individual differences in empathy. *JSAS Catalog of Selected Documents in Psychology, 10*(85), 1-17.
- Davis, M. H. (1983). Measuring individual differences in empathy: Evidence for a multidimensional approach. *Journal of Personality and Social Psychology, 44*(1), 113-126. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.44.1.113>
- Davis, M. H. (1996). *Empathy: A social psychological approach*. Westview Press.
- Davis, M. H., & Franzoi, S. L. (1991). Stability and change in adolescent self-consciousness and empathy. *Journal of Research in Personality, 25*(1), 70-87. [https://doi.org/10.1016/0092-6566\(91\)90006-C](https://doi.org/10.1016/0092-6566(91)90006-C)
- Davis, S. F., Drinan, P. F., & Bertram Gallant, T. (2009). *Cheating in school: What we know and what we can do*. Wiley-Blackwell. <https://doi.org/10.1002/9781444310252>
- Dawson, J. F. (2014). Moderation in management research: What, why, when, and how. *Journal of Business and Psychology, 29*(1), 1-19. <https://doi.org/10.1007/s10869-013-9308-7>
- De Corte, K., Buysse, A., Verhofstadt, L. L., Roeyers, H., Ponnet, K., & Davis, M. H. (2007). Measuring empathic tendencies: Reliability and validity of the Dutch version of the Interpersonal Reactivity Index. *Psychologica Belgica, 47*(4), 235-260. <https://doi.org/10.5334/pb-47-4-235>
- de Guzman, M. R. T., Do, K. A., & Kok, C. M. (2014). The cultural contexts of children's prosocial behaviors. En L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial*

- development: A multidimensional approach* (pp. 221-241). Oxford University Press.
<https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0011>
- Decety, J., & Lamm, C. (2009). Empathy versus personal distress: Recent evidence from social neuroscience. En J. Decety & W. Ickes (Eds.), *The social neuroscience of empathy* (pp. 199-213). MIT Press.
<https://doi.org/10.7551/mitpress/9780262012973.003.0016>
- Del Giudice, M. (2009). Sex, attachment, and the development of reproductive strategies. *Behavioral and Brain Sciences*, 32(1), 1-21.
<https://doi.org/10.1017/S0140525X09000016>
- Del Giudice, M. (2011). Sex differences in romantic attachment: A meta-analysis. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 37(2), 193-214.
<https://doi.org/10.1177/0146167210392789>
- Delgado Gallego, I., Oliva Delgado, A., & Sánchez-Queija, I. (2011). Apego a los iguales durante la adolescencia y la adultez emergente. *Anales de Psicología*, 27(1), 155-163.
- Delval, J. (1994). *El desarrollo humano*. Siglo XXI de España Editores.
- Detert, J. R., Treviño, L. K., & Sweitzer, V. L. (2008). Moral disengagement in ethical decision making: A study of antecedents and outcomes. *Journal of Applied Psychology*, 93(2), 374-391. <https://doi.org/10.1037/0021-9010.93.2.374>
- Domínguez-Lara S. (2018). Fiabilidad y alfa ordinal. *Actas Urológicas Españolas*, 42(2), 140-141. <https://doi.org/10.1016/j.acuro.2017.07.002>
- Dovidio, J. F., Piliavin, J. A., Schroeder, D. A., & Penner, L. (2006). *The social psychology of prosocial behavior*. Lawrence Erlbaum Associates Publishers.
- Dunfield, K., Kuhlmeier, V. A., O'Connell, L., & Kelley, E. (2011). Examining the diversity of prosocial behavior: Helping, sharing, and comforting in infancy. *Infancy*, 16(3), 227-247. <https://doi.org/10.1111/j.1532-7078.2010.00041.x>
- Eagly, A. H. (2009). The his and hers of prosocial behavior: An examination of the social psychology of gender. *American Psychologist*, 64(8), 644-658.
<https://doi.org/10.1037/0003-066X.64.8.644>
- Eagly, A. H., & Crowley, M. (1986). Gender and helping behavior: A meta-analytic review of the social psychological literature. *Psychological Bulletin*, 100(3), 283-308.
<https://doi.org/10.1037/0033-2909.100.3.283>
- Einolf, C. J. (2008). Empathic concern and prosocial behaviors: A test of experimental results using survey data. *Social Science Research*, 37, 1267-1279.
<https://doi.org/10.1016/j.ssresearch.2007.06.003>

- Eisenberg, N. (1982). Introduction. En N. Eisenberg (Ed.), *The development of prosocial behavior* (pp. 1-21). Academic Press. <https://doi.org/10.1016/B978-0-12-234980-5.50006-7>
- Eisenberg, N. (2000). Emotion, regulation, and moral development. *Annual Review of Psychology*, *51*, 665-697. <https://doi.org/10.1146/annurev.psych.51.1.665>
- Eisenberg, N. (2005). The development of empathy-related responding. En G. Carlo & C. P. Edwards (Eds.), *Moral motivation through the life span* (pp. 73-117). University of Nebraska Press.
- Eisenberg, N. (2010). Empathy-related responding: Links with self-regulation, moral judgement, and moral behavior. En M. Mikulincer & P. R. Shaver (Eds.), *Prosocial motives, emotions, and behavior: The better angels of our nature* (pp. 129-148). American Psychological Association. <https://doi.org/10.1037/12061-007>
- Eisenberg, N., Cumberland, A., Guthrie, I. K., Murphy, B. C., & Shepard, S. A. (2005). Age changes in prosocial responding and moral reasoning in adolescence and early adulthood. *Journal of Research on Adolescence*, *15*(3), 235-260. <https://doi.org/10.1111/j.1532-7795.2005.00095.x>
- Eisenberg, N., & Eggum, N. D. (2009). Empathic responding: Sympathy and personal distress. En J. Decety & W. Ickes (Eds.), *The social neuroscience of empathy* (pp. 71-83). MIT Press. <https://doi.org/10.7551/mitpress/9780262012973.003.0007>
- Eisenberg, N., & Fabes, R. A. (1998). Prosocial development. En W. Damon (Series Ed.) & N. Eisenberg (Vol. Ed.), *Handbook of child psychology: Vol. 3. Social, emotional and personality development* (5th. Edition) (pp. 701-778). Wiley.
- Eisenberg, N., Fabes, R. A., Miller, P. A., Fultz, J., Shell, R., Mathy, R. M., & Reno, R. R. (1989). Relations of sympathy and personal distress to prosocial behavior: A multimethod study. *Journal of Personality and Social Psychology*, *57*(1), 55-66. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.57.1.55>
- Eisenberg, N., Fabes, R. A., & Spinrad, T. L. (2006). Prosocial Development. En N. Eisenberg, W. Damon, & R. M. Lerner (Eds.), *Handbook of child psychology: Social, emotional, and personality development* (pp. 646-718). John Wiley & Sons Inc. <https://doi.org/10.1002/9780470147658.chpsy0311>
- Eisenberg, N., Guthrie, I. K., Cumberland, A., Murphy, B. C., Shepard, S. A., Zhou, Q., & Carlo, G. (2002). Prosocial development in early adulthood: A longitudinal study. *Journal of Personality and Social Psychology*, *82*(6), 993-1006. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.82.6.993>

- Eisenberg, N., Hofer, C., Sulik, M. J., & Liew, J. (2014). The development of prosocial moral reasoning and a prosocial orientation in young adulthood: Concurrent and longitudinal correlates. *Developmental Psychology, 50*(1), 58-70. <https://doi.org/10.1037/a0032990>
- Eisenberg, N., Huerta, S., & Edwards, A. (2012). Relations of empathy-related responding to children's and adolescents' social competence. En J. Decety (Ed.), *Empathy: From bench to bedside* (pp. 147-164). MIT Press.
<https://doi.org/10.7551/mitpress/9780262016612.003.0009>
- Eisenberg, N., & Lennon, R. (1983). Sex differences in empathy and related capacities. *Psychological Bulletin, 94*(1), 100–131. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.94.1.100>
- Eisenberg, N., & Miller, P. A. (1987). The relation of empathy to prosocial and related behaviors. *Psychological Bulletin, 101*(1), 91-119. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.101.1.91>
- Eisenberg, N., Miller, P. A., Schaller, M., Fabes, R. A., Fultz, J., Shell, R., & Shea, C. L. (1989). The role of sympathy and altruistic personality traits in helping: A reexamination. *Journal of Personality, 57*(1), 41-67. <https://doi.org/10.1111/j.1467-6494.1989.tb00760.x>
- Eisenberg, N., & Mussen, P. H. (1989). *The roots of prosocial behavior in children*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511571121>
- Eisenberg, N., & Spinrad, T. L. (2014). Multidimensionality of prosocial behavior: Rethinking the conceptualization and development of prosocial behavior. En L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 17-39). Oxford University Press.
<https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0002>
- Eisenberg, N., Spinrad, T. L., & Knafo-Noam, A. (2015). Prosocial development. En M. E. Lamb & R. M. Lerner (Eds.), *Handbook of child psychology and developmental science: Socioemotional processes* (pp. 610-656). John Wiley & Sons Inc. <https://doi.org/10.1002/9781118963418.childpsy315>
- Elosua Oliden, P., & Zumbo, B. D. (2008). Coeficientes de fiabilidad para escalas de respuesta categórica ordenada. *Psicothema, 20*(4), 896-901.
- Estrada, P. (1995). Adolescents' self-reports of prosocial responses to friends and Acquaintances: The role of sympathy-related cognitive, affective, and motivational processes. *Journal of Research on Adolescence, 5*(2), 173-200.
https://doi.org/10.1207/s15327795jra0502_2

- Etxebarria, I. (2003). Las emociones autoconscientes: culpa, vergüenza y orgullo. En E. G. Fernández-Abascal, M. P. Jiménez y M. D. Martín (Coord.). *Motivación y emoción. La adaptación humana* (pp. 369-393). Centro de Estudios Ramón Areces.
- Etxebarria, I. (2008a). El desarrollo moral. En F. López, I. Etxebarria, M. J. Fuentes & M. J. Ortiz (Coordinadores), *Desarrollo afectivo y social* (pp. 181-209). Pirámide.
- Etxebarria, I. (2008b). Desarrollo del altruismo y la agresión. En F. López, I. Etxebarria, M. J. Fuentes & M. J. Ortiz (Coordinadores), *Desarrollo afectivo y social* (pp. 211-230). Pirámide.
- Etxebarria, I., Ortiz, M. J., Apodaca, P., Pascual, A., & Conejero, S. (2015). Pride as moral motive: moral pride and prosocial behaviour / El orgullo como motivación moral: orgullo moral y conducta prosocial. *Infancia y Aprendizaje*, 38(4), 746-774. <https://doi.org/10.1080/02103702.2015.1076267>
- Etxebarria Bilbao, I. (2006). *Los sentimientos de culpa: ¿qué hacer con ellos?* Editorial Arguval.
- Fabes, R. A., Carlo, G., Kupanoff, K., & Laible, D. (1999). Early adolescence and prosocial/moral behavior I: The role of individual processes. *The Journal of Early Adolescence*, 19(1), 5-16. <https://doi.org/10.1177/0272431699019001001>
- Facio, A., & Micocci, F. (2003). Emerging adulthood in Argentina. *New Directions for Child and Adolescent Development*, 100, 21–31. <https://doi.org/10.1002/cd.72>
- Facio, A., Resett, S., Micocci, F., & Mistrorigo, C. (2007). Emerging adulthood in Argentina: An age of diversity and possibilities. *Child Development Perspectives*, 1(2), 115-118. <https://doi.org/10.1111/j.1750-8606.2007.00025.x>
- Fearon, R M. P., & Belsky, J. (2016). Precursors of attachment security. En J. Cassidy & P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of Attachment. Theory, Research, and Clinical Applications* (3rd. Edition) (pp. 291-313). The Guilford Press.
- Feeney, B. C., & Collins, N. L. (2001). Predictors of caregiving in adult intimate relationships: An attachment theoretical perspective. *Journal of Personality and Social Psychology*, 80(6), 972-994. <https://doi.org/10.1037//0022-3514.80.6.972>
- Feeney, B. C., & Woodhouse, S. S. (2016). Caregiving. En J. Cassidy & P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of Attachment. Theory, Research, and Clinical Applications* (3rd. Edition) (pp. 827-851). The Guilford Press.
- Feeney, J., & Noller, P. (2001). *Apego adulto*. Declée De Brouwer.

- Fernández, A. M., Dufey, M., & Kramp, U. (2011). Testing the psychometric properties of the Interpersonal Reactivity Index (IRI) in Chile: Empathy in a different cultural context. *European Journal of Psychological Assessment, 27*(2), 179-185.
<https://doi.org/10.1027/1015-5759/a000065>
- Fernández-Fuertes, A. A., Orgaz, B., Fuertes, A., & Carcedo, R. (2011). La evaluación del apego romántico en adolescentes españoles: validación de la versión reducida del Experiences in Close Relationships-Revised (ECR-R). *Anales de Psicología, 27*(3), 827-833.
- Field, A. (2018). *Discovering statistics using IBM SPSS Statistics* (5th. Edition) (North American Edition). Sage.
- Fonagy, P. (1999). Persistencias transgeneracionales del apego: una nueva teoría. *Aperturas psicoanalíticas: Revista Internacional de Psicoanálisis, 3*. Recuperado de: <https://www.aperturas.org/articulos.php?id=86&a=Persistencias-transgeneracionales-del-apego-una-nueva-teoria>
- Fraley, R. C. (2019). Attachment in adulthood: Recent developments, emerging debates, and future directions. *Annual Review of Psychology, 70*, 401-422.
<https://doi.org/10.1146/annurev-psych-010418-102813>
- Freiberg Hofmann, A., & Fernández Liporace, M. M. (2015). Estilos de aprendizaje en estudiantes universitarios ingresantes y avanzados de Buenos Aires. *Liberabit. Revista Peruana de Psicología, 21*(1), 71-79.
- Freiberg Hoffmann, A., & Fernández Liporace, M. M. (2016). Enfoques de aprendizaje en estudiantes universitarios argentinos según el R-SPQ-2F: Análisis de sus propiedades psicométricas. *Revista Colombiana de Psicología, 25*(2), 307-329.
<https://doi.org/10.15446/rcp.v25n2.51874>
- Freiberg Hoffmann, A., Stover, J. B., de la Iglesia, G., & Fernández Liporace, M. (2013). Correlaciones policóricas y tetracóricas en estudios factoriales exploratorios y confirmatorios. *Ciencias Psicológicas, 7*(2), 151-164.
- Freud, S. (1976). El malestar en la cultura. En *Obras Completas* (Vol. 21, pp. 57-140). Amorrortu Editores. (Obra original publicada en 1930)
- Frimer, J. A., & Walker, L. J. (2009). Reconciling the self and morality: An empirical model of moral centrality development. *Developmental Psychology, 45*(6), 1669-1681.
<https://doi.org/10.1037/a0017418>
- Frimer, J. A., Walker, L. J., & Dunlop, W. L. (2009). *Values Embedded in Narrative (VEiN). Coding Manual* [Manuscrito no publicado]. University of British Columbia,

- Vancouver, Canada. Recuperado de: <http://www.jeremyfrimer.com/research-downloads.html>
- Frimer, J. A., Walker, L. J., Dunlop, W. L., Lee, B. H., & Riches, A. (2011). The integration of agency and communion in moral personality: Evidence of enlightened self-interest. *Journal of Personality and Social Psychology, 101*(1), 149-163.
<https://doi.org/10.1037/a0023780>
- Frimer, J. A., Walker, L. J., Lee, B. H., Riches, A., & Dunlop, W. L. (2012). Hierarchical integration of agency and communion: A study of influential moral figures. *Journal of Personality, 80*(4), 1117-1145. <https://doi.org/10.1111/j.1467-6494.2012.00764.x>
- Fuentes, M. J., López, F., Etxebarria, I., Ledesma, A. R., Ortiz, M. J., & Apodaca, P. (1993). Empatía, role-taking y concepto de ser humano, como factores asociados a la conducta prosocial/altruista. *Infancia y Aprendizaje, 61*, 73-87.
<https://doi.org/10.1080/02103702.1993.10822365>
- Gadermann, A. M., Guhn, M., & Zumbo, B. D. (2012) Estimating ordinal reliability for Likert-type and ordinal item response data: A conceptual, empirical, and practical guide. *Practical Assessment, Research, and Evaluation, 17*(3), 1-13.
<https://doi.org/10.7275/n560-j767>
- Garaigordobil, M. (2009). A comparative analysis of empathy in childhood and adolescence: Gender differences and associated socio-emotional variables. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy, 9*(2), 217-235.
- Garaigordobil, M., & García de Galdeano, P. (2006). Empatía en niños de 10 a 12 años. *Psicothema, 18*(2), 180-186.
- Garaigordobil, M., & Maganto, C. (2011). Empatía y resolución de conflictos durante la infancia y la adolescencia. *Revista Latinoamericana de Psicología, 43*(2), 255-266.
- García-Villegas, M., Franco-Pérez, N., & Cortés-Arbeláez, A. (2016). Perspectives on academic integrity in Colombia and Latin America. En T. Bretag (Ed.), *Handbook of academic integrity* (pp. 161-180). Springer Science+Business Media Singapore.
https://doi.org/10.1007/978-981-287-098-8_10
- Garner, P. W. (1996). The relations of emotional role taking, affective/moral attributions, and emotional display rule knowledge to low-income school-age children's social competence. *Journal of Applied Developmental Psychology, 17*, 19-36.
[https://doi.org/10.1016/S0193-3973\(96\)90003-9](https://doi.org/10.1016/S0193-3973(96)90003-9)
- George, D., & Mallery, P. (2020). *IBM SPSS Statistics step by step. A simple guide and reference* (16th. Edition). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780429056765>

- Gibbs, J. C. (2010). *Moral development and reality: Beyond the theories of Kohlberg and Hoffman* (2nd. Edition). Pearson Allyn & Bacon.
- Gil Pascual, J. A. (2011). *Metodología cuantitativa en educación*. UNED.
- Gillath, O., Karantzas, G. C., & Fraley, R. C. (2016). *Adult attachment: A concise introduction to theory and research*. Academic Press.
- Gillath, O., Sesko, A. K., Shaver, P. R., & Chun, D. S. (2010). Attachment, authenticity, and honesty: Dispositional and experimentally induced security can reduce self- and other-deception. *Journal of Personality and Social Psychology*, 98(5), 841-855. <https://doi.org/10.1037/a0019206>
- Gillath, O., Shaver, P. R., & Mikulincer, M. (2005). An Attachment-Theoretical Approach to Compassion and Altruism. En P. Gilbert (Ed.), *Compassion: Its Nature and Use in Psychotherapy* (pp. 121-147). Brunner-Routledge.
- Gillath, O., Shaver, P. R., Mikulincer, M., Nitzberg, R. E., Erez, A., & van IJzendoorn, M. H. (2005). Attachment, caregiving, and volunteering: Placing volunteerism in an attachment-theoretical framework. *Personal Relationships*, 12, 425-446. <https://doi.org/10.1111/j.1475-6811.2005.00124.x>
- González Portal, M. D. (2000). *Conducta prosocial: evaluación e intervención* (3ra. Edición). Ediciones Morata.
- Govrin, A. (2014). The ABC of moral development: An attachment approach to moral judgment. *Frontiers in Psychology*, 5, Artículo 6. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2014.00006>
- Gravetter, F. J., Wallnau, L. B., & Forzano, L-A. B. (2016). *Essentials of statistics for the behavioral sciences* (9th. Edition). Cengage Learning.
- Gross, J. T., Stern, J. A., Brett, B. E., & Cassidy, J. (2017). The multifaceted nature of prosocial behavior in children: Links with attachment theory and research. *Social Development*, 26, 661-678. <https://doi.org/10.1111/sode.12242>
- Grühn, D., Rebucal, K., Diehl, M., Lumley, M., & Labouvie-Vief, G. (2008). Empathy across the adult lifespan: Longitudinal and experience-sampling findings. *Emotion*, 8(6), 753-765. <https://doi.org/10.1037/a0014123>
- Haidt, J. (2003). The moral emotions. En R. J. Davidson, K. R. Scherer & H. H. Goldsmith (Eds.), *Handbook of affective sciences* (pp. 852-870). Oxford University Press.
- Hammond, S., & Brownell, C. (2015). Prosocial development across the life span. En R. Tremblay, M. Boivin, & R. DeV. Peters (Eds.), A. Knafo-Noam (Topic Ed.), *Encyclopedia on Early Childhood Development. Prosocial behaviour* (pp. 7-12).

Recuperado de <https://www.child-encyclopedia.com/sites/default/files/dossiers-complets/en/prosocial-behaviour.pdf>

- Hardy, S. A. (2006). Identity, reasoning, and emotion: An empirical comparison of three sources of moral motivation. *Motivation and Emotion*, 30, 207-215.
<https://doi.org/10.1007/s11031-006-9034-9>
- Hardy, S. A., & Carlo, G. (2011a). Moral identity. En S. J. Schwartz, K. Luyckx, & V. L. Vignoles (Eds.), *Handbook of identity theory and research* (pp. 495–513). Springer Science + Business Media. https://doi.org/10.1007/978-1-4419-7988-9_19
- Hardy, S., & Carlo, G. (2011b). Moral identity: What is it, how does it develop, and is it linked to moral action? *Child Development Perspectives*, 5(3), 212-218.
<https://doi.org/10.1111/j.1750-8606.2011.00189.x>
- Hardy, S. A., Carlo, G., & Roesch, S. C. (2010). Links between adolescents' expected parental reactions and prosocial behavioral tendencies: The mediating role of prosocial values. *Journal of Youth and Adolescence*, 39, 84-95. <https://doi.org/10.1007/s10964-008-9383-7>
- Hart, D., & Fegley, S. (1995). Prosocial behavior and caring in adolescence: Relations to self-understanding and social judgment. *Child Development*, 66, 1346-1359.
<https://doi.org/10.2307/1131651>
- Hart, D., & Matsuba, M. K. (2009). Urban neighborhoods as contexts for moral identity development. En D. Narvaez & D. K. Lapsley (Eds.), *Personality, identity and character. Explorations in moral psychology* (pp. 214-231). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511627125.010>
- Hart, D., & Sulik, M. J. (2014). The social construction of volunteering. En L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 393-409). Oxford University Press.
<https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0019>
- Hastings, P. D., Utendale, W. T., & Sullivan, C. (2007). The Socialization of Prosocial Development. En J. E. Grusec & P. D. Hastings (Eds.), *Handbook of socialization: Theory and research* (pp. 638-664). The Guilford Press.
- Hawley, P. H. (2014). Evolution, prosocial behavior, and altruism: A roadmap for understanding where the proximate meets the ultimate. En L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 43-69). Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0003>

- Hayes, A. (2018). *Introduction to mediation, moderation, and conditional process analysis: A regression-based approach* (2nd. Edition). The Guilford Press.
- Hazan, C., & Shaver, P. (1987). Romantic love conceptualized as an attachment process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52(3), 511-524. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.52.3.511>
- Healey, M. L., & Grossman, M (2018). Cognitive and affective perspective-taking: Evidence for shared and dissociable anatomical substrates. *Frontiers in Neurology*, 9, Artículo 491. <https://doi.org/10.3389/fneur.2018.00491>
- Helgeson, V. S., & Fritz, H. L. (1999). Unmitigated agency and unmitigated communion: Distinctions from agency and communion. *Journal of Research in Personality*, 33, 131-158. <https://doi.org/10.1006/jrpe.1999.2241>
- Henschel, S., Nandrino, J-L., & Doba, K. (2020). Emotion regulation and empathic abilities in young adults: The role of attachment styles. *Personality and Individual Differences*, 156(4), 109763. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2019.109763>
- Hernández Sampieri, R., Fernández-Collado, C., & Baptista Lucio, P. (2014). *Metodología de la investigación (6ta. Edición)*. McGraw-Hill.
- Hertz, S. G., & Krettenauer, T. (2016). Does moral identity effectively predict moral behavior?: A meta-analysis. *Review of General Psychology*, 20(2), 129-140. <https://doi.org/10.1037/gpr0000062>
- Hoffman, M. L. (1991). Is empathy altruistic? *Psychological Inquiry*, 2(2), 131-133. https://doi.org/10.1207/s15327965pli0202_6
- Hoffman, M. L. (2000). *Empathy and moral development: Implications for caring and justice*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511805851>
- Hu, L., & Bentler, P. M. (1999). Cutoff criteria for fit indexes in covariance structure analysis: Conventional criteria versus new alternatives. *Structural Equation Modeling: A Multidisciplinary Journal*, 6(1), 1-55. <https://doi.org/10.1080/10705519909540118>
- Iannotti, R. J. (1985). Naturalistic and structured assessments of prosocial behavior in preschool children: The influence of empathy and perspective taking. *Developmental Psychology*, 21(1), 46-55. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.21.1.46>
- Johnson, D. R., & Creech, J. C. (1983). Ordinal measures in multiple indicator models: A simulation study of categorization error. *American Sociological Review*, 48, 398-407. <https://doi.org/10.2307/2095231>
- Joireman, J. A., Needham, T. L., & Cummings, A. (2002). Relationships between dimensions of attachment and empathy. *North American Journal of Psychology*, 3(3), 63-80.

- Jose, P.E. (2013). *ModGraph-I: A programme to compute cell means for the graphical display of moderational analyses: The internet version, Version 3.0*. Victoria University of Wellington, Wellington, New Zealand. Recuperado de: <https://psychology.victoria.ac.nz/modgraph/>
- Keith, T. Z. (2019). *Multiple regression and beyond: An introduction to multiple regression and structural equation modeling* (3rd. Edition.). Routledge.
<https://doi.org/10.4324/9781315162348>
- Kingsford, J. M., Hawes, D. J., & de Rosnay, M. (2018). The moral self and moral identity: Developmental questions and conceptual challenges. *British Journal of Developmental Psychology*, 36(4), 652-666. <https://doi.org/10.1111/bjdp.12260>
- Knafo, A., Steinberg, T., & Goldner, I. (2011). Children's low affective perspective-taking ability is associated with low self-initiated pro-sociality. *Emotion*, 11(1), 194-198. <https://doi.org/10.1037/a0021240>
- Knight, J. P., Carlo, G., Basilio, C. D., & Jacobson, R. P. (2015). Familism values, perspective taking, and prosocial moral reasoning: Predicting prosocial tendencies among Mexican American adolescents. *Journal of Research on Adolescence*, 25(4), 717-727. <https://doi.org/10.1111/jora.12164>
- Kochanska, G. (2002). Mutually responsive orientation between mothers and their young children: A context for the early development of conscience. *Current Directions in Psychological Science*, 11(6), 191-195. <https://doi.org/10.1111/1467-8721.00198>
- Kochanska, G., & Aksan, N. (2006). Children's conscience and self-regulation. *Journal of Personality*, 74(6), 1587-1617. <https://doi.org/10.1111/j.1467-6494.2006.00421.x>
- Kochanska, G., & Murray, K. T. (2000). Mother-Child mutually responsive orientation and conscience development: From toddler to early school age. *Child Development*, 71(2), 417-431. <https://doi.org/10.1111/1467-8624.00154>
- Kogut, T., & Kogut, E. (2013). Exploring the relationship between adult attachment style and the identifiable victim effect in helping behavior. *Journal of Experimental Social Psychology*, 49(4), 651-660. <https://doi.org/10.1016/j.jesp.2013.02.011>
- Kohlberg, L. (1992). *Psicología del desarrollo moral*. Desclée De Brouwer.
- Kohlberg, L., & Candee, D. (1992). Relación del juicio moral con la acción moral. En L. Kohlberg, *Psicología del desarrollo moral* (pp. 463-534). Desclée De Brouwer. (Obra original publicada en 1984)

- Konrath, S. H., Chopik, W. J., Hsing, C. K., & O'Brien, E. (2014). Changes in adult attachment styles in American college students over time: A meta-analysis. *Personality and Social Psychology Review, 18*(4), 326-348.
<https://doi.org/10.1177/1088868314530516>
- Konrath, S. H., O'Brien, E. H., & Hsing, C. (2011). Changes in dispositional empathy in American college students over time: A meta-analysis. *Personality and Social Psychology Review, 15*(2), 180-198. <https://doi.org/10.1177/1088868310377395>
- Koscielniak, M., & Bojanowska A. (2019). The role of personal values and student achievement in academic dishonesty. *Frontiers in Psychology, 10*, Artículo 1887.
<https://doi.org/10.3389/fpsyg.2019.01887>.
- Krettenauer, T., & Hertz, S. (2015). What develops in moral identities? A critical review. *Human Development, 58*(3), 137–153. <https://doi.org/10.1159/000433502>
- Krettenauer, T., Murua, L. A., & Jia, F. (2016). Age-related differences in moral identity across adulthood. *Developmental Psychology, 52*(6), 972-984.
<https://doi.org/10.1037/dev0000127>
- Krettenauer, T., & Victor, R. (2017). Why be moral? Moral identity motivation and age. *Developmental Psychology, 53*(8), 1589-1596.
<https://doi.org/10.1037/dev0000353>
- Kumru, A., & Yağmurlu, B. (2014). Prosocial behaviors toward siblings and grandparents. En L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 327-349). Oxford University Press.
<https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0016>
- Laible, D. J., Carlo, G., & Raffaelli, M. (2000). The differential relations of parent and peer attachment to adolescent adjustment. *Journal of Youth and Adolescence, 29*(1), 45-59.
<https://doi.org/10.1023/A:1005169004882>
- Laible, D., & Karahuta, E. (2014). Prosocial behaviors in early childhood: Helping others, responding to the distress of others, and working with others. En L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 350-373). Oxford University Press.
<https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0017>
- Lakens, D. (2013). Calculating and reporting effect sizes to facilitate cumulative science: A practical primer for t-tests and ANOVAs. *Frontiers in Psychology, 4*, Artículo 863.
<https://doi.org/10.3389/fpsyg.2013.00863>

- Landis, J. R., & Koch, G. G. (1977). The measurement of observer agreement for categorical data. *Biometrics*, *33*(1), 159-174. <https://doi.org/10.2307/2529310>
- Lapsley, D. K. (1996). *Moral psychology*. Westview Press.
- Lapsley, D. K., & Hill, P. L. (2009). The development of the moral personality. En D. Narvaez & D. K. Lapsley (Eds.), *Personality, identity and character. Explorations in moral psychology* (pp. 185-213). Cambridge University Press.
<https://doi.org/10.1017/CBO9780511627125.009>
- Lapsley, D. K., & Narvaez, D. (2004). A social-cognitive approach to the moral personality. En D. K. Lapsley & D. Narvaez (Eds.), *Moral development, self, and identity* (pp. 189-212). Lawrence Erlbaum Associates Publishers.
<https://doi.org/10.4324/9781410610256-13>
- Latané, B., & Nida, S. (1981). Ten years of research on group size and helping. *Psychological Bulletin*, *89*(2), 308-324. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.89.2.308>
- Lee, S. D., Kuncel, N. R., & Gau, J. (2020). Personality, attitude, and demographic correlates of academic dishonesty: A meta-analysis. *Psychological Bulletin*, *146*(11), 1042-1058. <https://doi.org/10.1037/bul0000300>
- Lefebvre, J. P., & Krettenauer, T. (2019). Linking moral identity with moral emotions: A meta-analysis. *Review of General Psychology*, *23*(4), 444-457.
<https://doi.org/10.1177/1089268019880887>
- Li, C.-H. (2016). Confirmatory factor analysis with ordinal data: Comparing robust maximum likelihood and diagonally weighted least squares. *Behavior Research Methods*, *48*, 936-949. <https://doi.org/10.3758/s13428-015-0619-7>
- Locke, K. D. (2015). Agentic and communal social motives. *Social and Personality Psychology Compass*, *9*(10), 525-538. <https://doi.org/10.1111/spc3.12201>
- Lönnqvist, J.-E., Walkowitz, G., Wichardt, P., Lindeman, M., & Verkasalo, M. (2009). The moderating effect of conformism values on the relations between other personal values, social norms, moral obligation, and single altruistic behaviours. *British Journal of Social Psychology*, *48*, 525-546.
<https://doi.org/10.1348/014466608X377396>
- López, F. (2008). Evolución del apego desde la adolescencia hasta la muerte. En F. López, I. Etxebarria, M. J. Fuentes & M. J. Ortiz (Coordinadores), *Desarrollo afectivo y social* (pp. 67-93). Pirámide.
- López, F., Apodaca, P., Etxebarria, I., Fuentes, M. J., & Ortiz, M. J. (1998). Conducta prosocial en preescolares. *Infancia y Aprendizaje*, *82*, 45-61.

- <https://doi.org/10.1174/021037098320784853>
- López, F., Apodaka, P., Eceiza, A., Etxebarria, I. Fuentes, M. J., & Ortiz, M. J. (1994). *Para comprender la conducta altruista. Teoría, investigación e intervención educativa*. Editorial Verbo Divino.
- López, F., & Ortiz, M.J. (2008). El desarrollo del apego durante la infancia. En F. López, I. Etxebarria, M. J. Fuentes & M. J. Ortiz (Coordinadores), *Desarrollo afectivo y social* (pp. 41-65). Pirámide.
- Luengo Kanacri, B. P., Pastorelli, C., Eisenberg, N., Zuffianò, A., & Caprara, G. V. (2013). The development of prosociality from adolescence to early adulthood: The role of effortful control. *Journal of Personality*, *81*(3), 302-312.
<https://doi.org/10.1111/jopy.12001>
- Malti, T., Gummerum, M., Keller, M., & Buchmann, M. (2009). Children's moral motivation, sympathy, and prosocial behavior. *Child Development*, *80*, 442-460.
<https://doi.org/10.1111/j.1467-8624.2009.01271.x>
- Maner, J. K., & Gailliot, M. T. (2007). Altruism and egoism: Prosocial motivations for helping depend on relationship context. *European Journal of Social Psychology*, *37*, 347-358. <https://doi.org/10.1002/ejsp.364>
- Martí-Vilar, M., Corell-García, L., & Merino-Soto, C. (2019). Systematic review of prosocial behavior measures. *Revista de Psicología*, *37*(1), 349-377.
<https://doi.org/10.18800/psico.201901.012>
- Martí Vilar, M., & Lorente Escriche, S. (2010a). Modelos teórico-explicativos de la prosocialidad. En M. Martí Vilar, *Razonamiento moral y prosocialidad. Fundamentos* (pp. 125-148). Editorial CCS.
- Martí Vilar, M., & Lorente Escriche, S. (2010b). Instrumentos para medir la conducta prosocial y la empatía. En M. Martí Vilar, *Razonamiento moral y prosocialidad. Fundamentos* (pp. 197-216). Editorial CCS.
- Martí Vilar, M., & Lorente Escriche, S. (2010c). Factores determinantes de las conductas prosociales. En M. Martí Vilar, *Razonamiento moral y prosocialidad. Fundamentos* (pp. 149-168). Editorial CCS.
- Martí-Vilar, M., Serrano Pastor, L. & González Sala, F. (2019). Emotional, cultural and cognitive variables of prosocial behavior. *Current Psychology*, *38*, 912-919.
<https://doi.org/10.1007/s12144-019-0168-9>.
- Martínez Arias, R. (2005). *Psicometría: Teoría de los tests psicológicos y educativos*. Síntesis.

- Marvin, R. S., Britner, P. A., & Rusell, B. S. (2016). Normative development: The ontogeny of attachment in childhood. En J. Cassidy & P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of Attachment. Theory, Research, and Clinical Applications* (3rd. Edition) (pp. 273-290). The Guilford Press.
- McAdams, D. P. (2009). The moral personality. En D. Narvaez & D. K. Lapsley (Eds.), *Personality, identity, and character: Explorations in moral psychology* (pp. 11-29). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511627125.002>
- McAuliffe, W. H. B., Carter, E. C., Berhane, J., Snihur, A. C., & McCullough, M. E. (2020). Is empathy the default response to suffering? A meta-analytic evaluation of perspective taking's effect on empathic concern. *Personality and Social Psychology Review, 24*(2), 141–162. <https://doi.org/10.1177/1088868319887599>
- McCabe, D. (2016). Cheating and honor: Lessons from a long-term research project. En T. Bretag (Ed.), *Handbook of academic integrity* (pp. 187-198). Springer Science+Business Media Singapore. https://doi.org/10.1007/978-981-287-098-8_35
- McCabe, D. L., Butterfield, K. D., & Treviño L. K. (2012). *Cheating in college: Why students do it and what educators can do about it*. The Johns Hopkins University Press.
- McCabe, D. L., & Treviño, L. K. (1993). Academic dishonesty: Honor codes and other contextual influences. *The Journal of Higher Education, 64*(5), 522-538. <https://doi.org/10.2307/2959991>
- McCabe, D. L., & Treviño, L. K. (1997). Individual and contextual influences on academic dishonesty: A multicampus investigation. *Research in Higher Education, 38*(3), 379-396. <https://doi.org/10.1023/A:1024954224675>
- McDonald, N. M., & Messinger, D. S. (2011). The development of empathy: How, when and why. En A. Acerbi, J. A. Lombo & J. J. Sanguinetti (Eds), *Moral behavior and free will: A neurobiological and philosophical approach* (pp. 341-368). IF Press.
- McGinley, M., & Carlo, G. (2007). Two sides of the same coin? The relations between prosocial and physically aggressive behaviors. *Journal of Youth and Adolescence, 36*(3), 337-349. <https://doi.org/10.1007/s10964-006-9095-9>
- McGinley, M., & Evans, A. M. (2020). Parent and/or peer attachment? Predicting emerging adults' prosocial behaviors and internalizing symptomatology. *Journal of Child and Family Studies*. Advance online publication. <https://doi.org/10.1007/s10826-020-01715-3>
- McGinley, M., Opal, D., Richaud, M. C., & Mesurado, B. (2014). Cross-cultural evidence of multidimensional prosocial behaviors: An examination of the Prosocial Tendencies

- Measure (PTM). En L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 258–278). Oxford University Press.
<https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0013>
- McGinley, M., Pierotti, S. L., & Carlo, G. (2021). Latent profiles of multidimensional prosocial behaviors: An examination of prosocial personality groups. *The Journal of Social Psychology*. Publicación online avanzada.
<https://doi.org/10.1080/00224545.2021.1881031>
- McTernan, M., Love, P., & Rettinger, D. (2014). The influence of personality on the decision to cheat. *Ethics & Behavior*, 24(1), 53-72.
<https://doi.org/10.1080/10508422.2013.819783>
- Mehrabian, A., & Epstein, N. (1972). A measure of emotional empathy. *Journal of Personality*, 40(4), 525-543. <https://doi.org/10.1111/j.1467-6494.1972.tb00078.x>
- Mestre, M. V., Carlo, G., Samper, P., Malonda, E., & Mestre, A. L. (2019). Bidirectional relations among empathy-related traits, prosocial moral reasoning, and prosocial behaviors. *Social Development*, 28(3), 514-528. <https://doi.org/10.1111/sode.12366>
- Mestre, M. V., Carlo, G., Samper, P., Tur-Porcar, A. M., & Llorca Mestre, A. (2015). Psychometric Evidence of a Multidimensional Measure of Prosocial Behaviors for Spanish Adolescents. *The Journal of Genetic Psychology*, 176(4), 260-271.
<https://doi.org/10.1080/00221325.2015.1052726>
- Mestre, M. V., Samper, P., Frías, M. D., & Tur, A. M. (2009). Are women more empathetic than men? A longitudinal study in adolescence. *The Spanish Journal of Psychology*, 12(1), 76-83. <https://doi.org/10.1017/S1138741600001499>
- Mestre, V., Samper, P., Tur, A. M., Cortés, M. T., & Nácher, M. J. (2006). Conducta prosocial y procesos psicológicos implicados: un estudio longitudinal en la adolescencia. *Revista Mexicana de Psicología*, 23(2), 203-215.
- Mestre Escrivá, V., Frías Navarro, M. D., & Samper García, P. (2004). La medida de la empatía: Análisis del Interpersonal Reactivity Index. *Psicothema*, 16(2), 255-260.
- Mestre Escrivá, V., Pérez-Delgado, E., Frías Navarro, D., & Samper García, P. (1999). Instrumentos para la evaluación de la empatía. En E. Pérez-Delgado & M. V. Mestre Escrivá (Coord.), *Psicología moral y crecimiento personal: su situación en el cambio de siglo* (pp. 181-190). Ariel.
- Mestre Escrivá, M. V., Samper García, P., & Frías Navarro, M. D. (2002). Procesos cognitivos y emocionales predictores de la conducta prosocial y agresiva: la empatía como factor modulador. *Psicothema*, 14(2), 227-232.

- Mestre Escrivá, V., Samper García, P., & Frías Navarro, D. (2004). Personalidad y contexto familiar como factores predictores de la disposición prosocial y antisocial de los adolescentes. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 36(3), 445-457.
- Mikulincer, M., Gillath, O., Halevy, V., Avihou, N., Avidan, S., & Eshkoli, N. (2001). Attachment theory and reactions to other's needs: Evidence that activation of the sense of attachment security promotes empathic responses. *Journal of Personality and Social Psychology*, 81(6), 1205-1224. <https://doi.org/10.1037//0022-3514.81.6.1205>
- Mikulincer, M., Gillath, O., Sapir-Lavid, Y., Yaakobi, E., Arias, K., Tal-Aloni, L., & Bor, G. (2003). Attachment theory and concern for others welfare: Evidence of the activation of the sense of secure base promotes endorsement of self-transcendence values. *Basic and Applied Social Psychology*, 25(4), 299-312. https://doi.org/10.1207/S15324834BASP2504_4
- Mikulincer, M., & Shaver, P. R. (2005). Attachment security, compassion, and altruism. *Current Directions in Psychological Science*, 14(1), 34-38. <https://doi.org/10.1111/j.0963-7214.2005.00330.x>
- Mikulincer, M., & Shaver, P. R. (2007). Boosting attachment security to promote mental health, prosocial values, and inter-group tolerance. *Psychological Inquiry*, 18(3), 139-156. <https://doi.org/10.1080/10478400701512646>
- Mikulincer, M., & Shaver, P. R. (2010). Does gratitude promote prosocial behavior? The moderating role of attachment security. En M. Mikulincer & P. R. Shaver (Eds.), *Prosocial motives, emotions, and behavior: The better angels of our nature* (pp. 267-283). American Psychological Association. <https://doi.org/10.1037/12061-014>
- Mikulincer, M., & Shaver, P. R. (2011). Attachment, anger, and aggression. En P. R. Shaver & M. Mikulincer (Eds.), *Herzliya series on personality and social psychology. Human aggression and violence: Causes, manifestations, and consequences* (pp. 241-257). American Psychological Association. <https://doi.org/10.1037/12346-013>
- Mikulincer, M., & Shaver, P. R. (2016). *Attachment in Adulthood: Structure, Dynamics and Change* (2nd. Edition). The Guilford Press.
- Mikulincer, M., Shaver, P. R., Gillath, O., & Nitzberg, R. (2005). Attachment, caregiving, and altruism: boosting attachment security increases compassion and helping. *Journal of Personality and Social Psychology*, 89(5), 817-839. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.89.5.817>

- Mikulincer, M., Shaver, P. R., Sahdra, B. K., & Bar-On, N. (2013). Can security-enhancing interventions overcome psychological barriers to responsiveness in couple relationships? *Attachment & Human Development, 15*(3), 246-260. <https://doi.org/10.1080/14616734.2013.782653>
- Monin, B., & Jordan, A. H. (2009). The dynamic moral self: A social psychological perspective. En D. Narvaez & D. K. Lapsley (Eds.), *Personality, identity, and character: Explorations in moral psychology* (pp. 341-354). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511627125.016>
- Monteoliva, A., García-Martínez, J. M. A., Sánchez Santa-Bárbara, E., & Calvo-Salguero, A. (2018). Attachment security, values, and prosocial attitudes. *Scandinavian Journal of Psychology, 59*(4), 368–377. <https://doi.org/10.1111/sjop.12442>
- Montilla, J-M., & Kromrey, J. (2010). Robustez de las pruebas T en comparación de medias, ante violación de supuestos de normalidad y homocedasticidad. *Revista Ciencia e Ingeniería, 31*(2), 101-108.
- Morris, R. C. (2012). The relative influence of values and identities on academic dishonesty: A quantitative analysis. *Current Research in Social Psychology, 20*, 1-20.
- Moshman, D. (2004). False moral identity: Self-serving denial in the maintenance of moral self-conceptions. En D. K. Lapsley & D. Narvaez (Eds.), *Moral development, self, and identity* (pp. 83-109). Lawrence Erlbaum Associates Publishers.
- Moss, S. A., White, B., & Lee, J. (2018). A systematic review into the psychological causes and correlates of plagiarism. *Ethics & Behavior, 28*(4), 261-283. <https://doi.org/10.1080/10508422.2017.1341837>
- Müller, M., Ungaretti, J., & Etchezahar, E. (2015). Evaluación multidimensional de la empatía: Adaptación del Interpersonal Reactivity Index (IRI) al contexto argentino. *Revista de Investigación en Psicología Social, 3*(1), 42-53.
- Nantel-Vivier, A., Kokko, K., Caprara, G. V., Pastorelli, C., Gerbino, M. G., Paciello, M., Côté, S., Pihl, R. O., Vitaro, F., & Tremblay, R. E. (2009). Prosocial development from childhood to adolescence: A multi-informant perspective with Canadian and Italian longitudinal studies. *Journal of Child Psychology and Psychiatry, 50*(5), 590-598. <https://doi.org/10.1111/j.1469-7610.2008.02039.x>
- Narvaez, D. (2013). Neurobiology and moral mindset. En K. Heinrichs, F. Oser & T. Lovat (Eds.), *Handbook of moral motivation: Theories, models, applications* (pp. 323-340). Sense Publishers. https://doi.org/10.1007/978-94-6209-275-4_19

- Neyer, F. J., & Lang, F. R. (2003). Blood is thicker than water: Kinship orientation across adulthood. *Journal of Personality and Social Psychology, 84*(2), 310-321.
<https://doi.org/10.1037/0022-3514.84.2.310>
- Nielson, M. G., Padilla-Walker, L., & Holmes, E. K. (2017). How do men and women help? Validation of a multidimensional measure of prosocial behavior. *Journal of Adolescence, 56*, 91-106. <https://doi.org/10.1016/j.adolescence.2017.02.006>
- Niiya, Y., Ballantyne, R., North, M. S., & Crocker, J. (2008). Gender, contingencies of self-worth, and achievement goals as predictors of academic cheating in a controlled laboratory setting. *Basic and Applied Social Psychology, 30*, 76–83.
<https://doi.org/10.1080/01973530701866656>
- Noam, G. G. (1993). “Normative vulnerabilities” of self and their transformation in moral action. En G. G. Noam & T. W. Wren (Eds.), *The moral self* (pp. 209-238). MIT Press.
- O’Brien, E., Konrath, S. H., Gruhn, D., & Hagen, A. L. (2013). Empathic concern and perspective taking: linear and quadratic effects of age across the adult life span. *The Journals of Gerontology, Series B: Psychological Sciences and Social Sciences, 68*(2), 168-175. <https://doi.org/10.1093/geronb/gbs055>
- Olafson, L., Schraw, G., Nadelson, L., Nadelson, S., & Kehrwald, N. (2013). Exploring the Judgement-Action gap: College students and academic dishonesty. *Ethics & Behavior, 23*(2), 148-162. <https://doi.org/10.1080/10508422.2012.714247>
- Oliva Delgado, A. (2011). Apego en la adolescencia. *Acción Psicológica, 8*(2), 55-65.
<https://doi.org/10.5944/ap.8.2.190>
- Ortiz, M. J. (1994). El altruismo. En J. F. Morales (Ed.), *Manual de Psicología Social* (pp. 443-464). McGraw-Hill.
- Ortiz, M. J., Apodaca, P., Etxebarria, I., Ezeiza, A., Fuentes, M. J., & López, F. (1993). Algunos predictores de la conducta prosocial-altruista en la infancia: empatía, toma de perspectiva, apego, modelos parentales, disciplina familiar e imagen del ser humano. *Revista de Psicología Social, 8*(1), 83-98.
<https://doi.org/10.1080/02134748.1993.10821671>
- Ortiz Barón, M. J., Etxebarria Bilbao, I., Apodaca Urquijo, P., Conejero López, S., & Pascual Jimeno, A. (2018). Moral emotions associated with prosocial and antisocial behavior in school-aged children. *Psicothema, 30*(1), 82-88.
<https://doi.org/10.7334/psicothema2016.143>

- Otway, L. J., & Carnelley, K. B. (2013). Exploring the associations between adult attachment security and self-actualization and self-transcendence. *Self and Identity, 12*, 217-230. <https://doi.org/10.1080/15298868.2012.667570>
- Padilla-Walker, L. M. (2014). Parental socialization of prosocial behavior: A multidimensional approach. En L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 131-155). Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0007>
- Padilla-Walker, L. M. (2015). Moral development during emerging adulthood. En J. J. Arnett (Ed.), *The Oxford Handbook of Emerging Adulthood* (pp. 449-463). Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199795574.013.23>
- Padilla-Walker, L. M., Barry, C. M., Carroll, J. S., Madsen, S. D., & Nelson, L. J. (2008). Looking on the bright side: The role of identity status and gender on positive orientations during emerging adulthood. *Journal of Adolescence, 31*(4), 451-467. <https://doi.org/10.1016/j.adolescence.2007.09.001>
- Padilla-Walker, L. M., & Carlo, G. (2014a). The study of prosocial behavior: Past, present, and future. En L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 3-16). Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0001>
- Padilla-Walker, L. M., & Carlo, G. (Eds.). (2014b). *Prosocial development: A multidimensional approach*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.001.0001>
- Padilla-Walker, L. M., Carlo, G., & Memmott-Elison, M. K. (2018). Longitudinal change in adolescents' prosocial behavior toward strangers, friends, and family. *Journal of Research on Adolescence, 28*(3), 698-710. <https://doi.org/10.1111/jora.12362>
- Padilla-Walker, L. M., Dyer, W. J., Yorgason, J. B., Fraser, A. M., & Coyne, S. M. (2015). Adolescents' prosocial behavior toward family, friends, and strangers: A person-centered approach. *Journal of Research on Adolescence, 25*(1), 135-150. <https://doi.org/10.1111/jora.12102>
- Pagano, R. R. (1999). *Estadística para las ciencias del comportamiento (5ta. Edición)*. International Thomson Editores.
- Panfile, T. M., & Laible, D. J. (2012). Attachment security and child's empathy: The mediating role of emotion regulation. *Merrill-Palmer Quarterly, 58*(1), 1-21. <https://doi.org/10.1353/mpq.2012.0003>

- Paolicchi, G., Kohan Cortada, A., Colombres, R., Pennella, M. A., Nuñez, A. M., Olivera, C., Abreu, L., Botana, H., Bozzalla, L., Maffezzoli, M., & Sorgen, E. (2014). El apego en adultos: estudio de una escala para evaluarlo. *Anuario de Investigaciones*, 21, 355-362.
- Paterson, H., Reniers, R., & Völm, B. (2009). Personality types and mental health experiences of those who volunteer for helplines. *British Journal of Guidance and Counselling*, 37(4), 459-471. <https://doi.org/10.1080/03069880903161419>
- Penner, L. A., Dovidio, J. F., Piliavin, J. A., & Schroeder, D. A. (2005). Prosocial behavior: Multilevel perspectives. *Annual Review of Psychology*, 56, 365-392. <https://doi.org/10.1146/annurev.psych.56.091103.070141>
- Penner, L. A., & Orom, H. (2010). Enduring goodness: A person-by-situation perspective on prosocial behavior. En M. Mikulincer & P. R. Shaver (Eds.), *Prosocial motives, emotions, and behavior: The better angels of our nature* (pp. 55-72). American Psychological Association. <https://doi.org/10.1037/12061-003>
- Pérez-Albéniz, A., de Paul, J., Etxeberría, J. Montes, M. P., & Torres, E. (2003). Adaptación de Interpersonal Reactivity Index (IRI) al español. *Psicothema*, 15(2), 267-272.
- Persson, B. N., & Kajonius, P. J. (2016). Empathy and universal values explicated by the empathy-altruism hypothesis. *The Journal of Social Psychology*, 156(6), 610-619. <https://doi.org/10.1080/00224545.2016.1152212>
- Piaget, J. (1997). *The moral judgment of the child*. Free Press. (Obra original publicada en 1932)
- Pierce, J. R., Kilduff, J. G., Galinsky, A. D., & Sivanathan, N. (2013). From glue to gasoline: How competition turns perspective takers unethical. *Psychological Science*, 24(10), 1986-1994. <https://doi.org/10.1177/0956797613482144>
- Piliavin, I. M., Rodin, J., & Piliavin, J. A. (1969). Good Samaritanism: An underground phenomenon? *Journal of Personality and Social Psychology*, 13(4), 289-299. <https://doi.org/10.1037/h0028433>
- Piliavin, J. A., & Charng, H. (1990). Altruism: a review of recent theory and research. *Annual Review of Sociology*, 16, 27-65. <https://doi.org/10.1146/annurev.so.16.080190.000331>
- Pizarro Carrasco, J. J., Cusi Idígoras, O., Alfaro-Beracochea, L., González-Burboa, A., Vera-Calzaretta, A., Carrera Levillain, P., & Páez Rovira, D. (2018). Asombro Maravillado, Temor Admirativo o Respeto Sobrecogido: Revisión Teórica y Validación de una Escala de Asombro en Castellano. *Revista Latinoamericana de Psicología Positiva*, 4, 57-75.

- Posada, G., & Waters, E. (2014). El sistema de comportamiento de cuidado: sensibilidad y apoyo de base segura. En B. Torres Gómez de Cádiz, J. M. Causadias & G. Posada (Eds. Comp.), *La teoría del apego: investigación y aplicaciones clínicas* (pp. 75-98). Editorial Psimática.
- Pratt, M. W., Arnold, M. L., & Lawford, H. (2009). Growing toward care: A narrative approach to prosocial moral identity and generativity of personality in emerging adulthood. En D. Narvaez & D. K. Lapsley (Eds.), *Personality, identity, and character: Explorations in moral psychology* (pp. 295–315). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511627125.014>
- Pratt, M. W., & Lawford, H. L. (2014). Early generativity and types of civic engagement in adolescence and emerging adulthood. En L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 410-432). Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0020>
- Profe, W. B., Wild, L. G., & Tredoux, C. (2021). Adolescents' responses to the distress of others: The influence of multiple attachment figures via empathic concern. *Journal of Personal and Social Relationships*, 38(5), 1671-1691. <https://doi.org/10.1177/02654075211000433>
- Pulfrey, C., & Butera, F. (2013). Why neoliberal values of self-enhancement lead to cheating in higher education: A motivational account. *Psychological Science*, 24(11), 2153-2162. <https://doi.org/10.1177/0956797613487221>
- Pulfrey, C., Durussel, K., & Butera, F. (2018). The good cheat: Benevolence and the justification of collective cheating. *Journal of Educational Psychology*, 110(6), 764-784. <https://doi.org/10.1037/edu0000247>
- Qualls, R. C., Figgars, L., & Gibbs, D. (2017). The relationship among childhood discipline, adult attachment, and academic dishonesty in college students. *College Student Journal*, 51(1), 7-18.
- Randall, B. A., & Wenner, J. R. (2014). Adopting a multidimensional perspective on college student's prosocial behaviors. En L. M Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial Development: A multidimensional approach* (pp. 374-392). Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0018>
- Reed, A., II & Aquino, K. (2003). Moral identity and the expanding circle of moral regard toward out-groups. *Journal of Personality and Social Psychology*, 84(6), 1270-1286. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.84.6.1270>

- Reimer, K. (2005). Revisiting moral attachment: Comment on identity and motivation. *Human Development, 48*(4), 262-266. <https://doi.org/10.1159/000086861>
- Retuerto Pastor, Á. (2004). Diferencias en empatía en función de las variables género y edad. *Apuntes de Psicología, 22*(3), 323-339.
- Reynolds, S. J., & Ceranic, T. L. (2007). The effects of moral judgement and moral identity on moral behavior: An empirical examination of the moral individual. *Journal of Applied Psychology, 92*(6), 1610-1624. <https://doi.org/10.1037/0021-010.92.6.1610>
- Richaud, M. C., Mesurado, B., & Kohan Cortada, A. (2012). Analysis of dimensions of prosocial behavior in an Argentinean sample of children. *Psychological Reports: Mental & Physical Health, 111*(3), 1-10. <https://doi.org/10.2466/10.11.17.PR0.111.6>
- Richaud de Minzi, M. C. (2008). Evaluación de la empatía en población infantil argentina. *Revista de Investigación en Psicología, 11*(1), 101-115. <https://doi.org/10.15381/rinvp.v11i1.3880>
- Richman, S. B., DeWall, C. N., & Wolff, M. N. (2015). Avoiding affection, avoiding altruism: Why is avoidant attachment related to less helping? *Personality and Individual Differences, 76*, 193–197. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2014.12.018>
- Roberts, A., & Roberts Jr., J. M. (2021). *Multiple regression: A practical introduction*. Sage. <https://doi.org/10.4324/9781315174631-1>
- Roberts, F., Thomas, C., Novicevic, M. M., Ammeter, A., Garner, B., Johnson, P., & Popoola, I. (2018). Integrated moral conviction theory of student cheating: An empirical test. *Journal of Management Education, 42*(1), 104-134. <https://doi.org/10.1177/1052562917710686>
- Rodrigues, J., Ulrich, N., Mussel, P., Carlo, G., & Hewig, J. (2017). Measuring prosocial tendencies in Germany: Sources of validity and reliability of the Revised Prosocial Tendency Measure. *Frontiers in Psychology, 8*, Artículo 2119. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2017.02119>
- Rushton, J. P., Chrisjohn, R. D., & Fekken, G. C. (1981). The altruistic personality and the Self-Report Altruism Scale. *Personality and Individual Differences, 2*(4), 293-302. [https://doi.org/10.1016/0191-8869\(81\)90084-2](https://doi.org/10.1016/0191-8869(81)90084-2)
- Sánchez-Queija, I., Oliva, A., & Parra, A. (2006). Empatía y conducta prosocial durante la adolescencia. *Revista de Psicología Social, 21*(3), 259-271. <https://doi.org/10.1174/021347406778538230>
- Samper García, P. (2014). Diferentes tendencias prosociales: el papel de las emociones. *Revista Mexicana de Investigación en Psicología, 6*(2), 177-185.

- Schmitt, D. P., Alcalay, L., Allensworth, M., Allik, J., Ault, L., Austers, I., Bennett, K. L., Bianchi, G., Boholst, F., Borg Cunen, M. A., Braeckman, J., Brainerd, E. G., Caral, L. G. A., Caron, G., Casullo, M. M., Cunningham, M., Daibo, I., De Backer, C., De Souza, E.,...Zupanèie, A. (2003). Are men universally more dismissing than women? Gender differences in romantic attachment across 62 cultural regions. *Personal Relationships, 10*(3), 307-331. <https://doi.org/10.1111/1475-6811.00052>
- Schroeder, D. A., & Graziano, W. G. (Eds.). (2015). The field of prosocial behavior: An introduction and overview. En D. A. Schroeder & W. G. Graziano (Eds.), *The Oxford handbook of prosocial behavior* (pp. 3-34). Oxford University Press.
<https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780195399813.013.32>
- Schumacker, R. E., & Lomax, R. G. (2004). *A beginner's guide to structural equation modeling* (2nd. Edition). Lawrence Erlbaum Associates.
<https://doi.org/10.4324/9781410610904>
- Schuster, C., Pinkowski, L., & Fischer, D. (2019). Intra-individual value change in adulthood: A systematic literature review of longitudinal studies assessing Schwartz's value orientations. *Zeitschrift für Psychologie, 227*(1), 42-52. <https://doi.org/10.1027/2151-2604/a000355>
- Schwartz, S. H. (1973). Normative explanations of helping behavior: A critique, proposal, and empirical test. *Journal of Experimental Social Psychology, 9*(4), 349-364.
[https://doi.org/10.1016/0022-1031\(73\)90071-1](https://doi.org/10.1016/0022-1031(73)90071-1)
- Schwartz, S. H. (1992). Universals in the content and structure of values: Theoretical advances and empirical tests in 20 countries. *Advances in Experimental Social Psychology, 25*, 1-65. [https://doi.org/10.1016/S0065-2601\(08\)60281-6](https://doi.org/10.1016/S0065-2601(08)60281-6)
- Schwartz, S. H. (2010). Basic values: How they motivate and inhibit prosocial behavior. En M. Mikulincer & P. R. Shaver (Eds.), *Prosocial motives, emotions, and behavior: The better angels of our nature* (pp. 221-241). American Psychological Association.
<https://doi.org/10.1037/12061-12>
- Schwartz, S. H., & Rubel, T. (2005). Sex differences in value priorities: Cross-cultural and multimethod studies. *Journal of Personality and Social Psychology, 89*(6), 1010-1028. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.89.6.1010>
- Scinta, A., & Gable, S. L. (2005). Performance comparisons and attachment: An investigation of competitive responses in close relationships. *Personal Relationships, 12*, 357-372.
<https://doi.org/10.1111/j.1475-6811.2005.00120.x>

- Shaver, P. R., & Mikulincer, M. (2012). An attachment perspective on morality: Strengthening authentic forms of moral decision making. En: M. Mikulincer & P. R. Shaver (Eds.), *The social psychology of morality: Exploring the causes of good and evil* (pp. 257-274). American Psychological Association. <https://doi.org/10.1037/13091-014>
- Shaver, P. R., Mikulincer, M., Gross, J. T., Stern, J. A., & Cassidy, J. (2016). A lifespan perspective on attachment and care for others: Empathy, altruism, and prosocial behavior. En J. Cassidy & P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of Attachment. Theory, Research, and Clinical Applications* (3rd. Edition) (pp. 878-916). The Guilford Press.
- Shaver, P. R., Mikulincer, M., Sahdra, B., & Gross, J. (2016). Attachment security as a foundation for kindness toward self and others. En K. W. Brown & M. R. Leary (Eds.), *The Oxford Handbook of Hypo-egoic Phenomena* (pp. 223-242). Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199328079.013.15>
- Shaver, P. R., Mikulincer, M., & Shemesh-Iron, M. (2010). A behavioral-systems perspective on prosocial behavior. En M. Mikulincer & P. R. Shaver (Eds.), *Prosocial motives, emotions, and behavior: The better angels of our nature* (pp. 73-91). American Psychological Association. <https://doi.org/10.1037/12061-004>
- Silfver, M., Helkama, K., Lönnqvist, J.-E., & Verkasalo, M. (2008). The relation between value priorities and proneness to guilt, shame, and empathy. *Motivation and Emotion*, 32(2), 69-80. <https://doi.org/10.1007/s11031-008-9084-2>
- Simpson, J. A., & Beckes, L. (2010). Evolutionary perspectives on prosocial behavior. En M. Mikulincer & P. R. Shaver (Eds.), *Prosocial motives, emotions, and behavior: The better angels of our nature* (pp. 35-53). American Psychological Association. <https://doi.org/10.1037/12061-002>
- Smith Etxeberria, K. (2015). La separación y el conflicto parental: Efectos en las relaciones afectivas de los hijos adultos jóvenes [Tesis de doctorado no publicada]. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.
- Solomon, J., & George, C. (2016). The measurement of attachment security and related constructs in infancy and early childhood. En J. Cassidy & P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of Attachment. Theory, Research, and Clinical Applications* (3rd. Edition) (pp. 366-396). The Guilford Press.
- Sommerlad, A., Huntley, J., Livingston, G., Rankin, K. P., & Fancourt, D. (2021). Empathy and its associations with age and sociodemographic characteristics in a large UK population sample. *Plos One*, 16(9), Artículo e0257557. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0257557>

- Soucie, K. M., Lawford, H., & Pratt, M. W. (2012). Personal stories of empathy in adolescence and emerging adulthood. *Merrill-Palmer Quarterly*, 58(2), 141-158.
<https://doi.org/10.1353/mpq.2012.0010>
- Staats, S., Hupp, J. M., & Hagley, A. M. (2008). Honesty and heroes: A positive psychology view of heroism and academic honesty. *The Journal of Psychology*, 142(4), 357-372.
<https://doi.org/10.3200/JRLP.142.4.357-372>
- Staats, S., Hupp, J. M., Wallace, H. & Gresley, J. (2009). Heroes don't cheat: An examination of academic dishonesty and students' views on why professors don't report cheating. *Ethics & Behavior*, 19(3), 171-183. <https://doi.org/10.1080/10508420802623716>
- Staub, E. (2015). The roots of helping, heroic rescue and resistance to and the prevention of mass violence: Active bystanders in extreme times and in building peaceful societies. En D. A. Schroeder & W. G. Graziano (Eds.), *The Oxford handbook of prosocial behavior* (pp. 693-717). Oxford University Press.
<https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780195399813.013.016>
- Stephens, J. M. (2018). Bridging the divide: The role of motivation and self-regulation in explaining the judgment-action gap related to academic dishonesty. *Frontiers in Psychology*, 9, Artículo 246. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2018.00246>
- Stern, J. A., & Cassidy, J. (2018). Empathy from infancy to adolescence: An attachment perspective on the development of individual differences. *Developmental Review*, 47, 1-22. <https://doi.org/10.1016/j.dr.2017.09.002>
- Sureda Negre, J., Comas Fargas, R. & Gili Planas, N. (2009). Prácticas académicas deshonestas en el desarrollo de exámenes entre el alumnado universitario español. *Estudios sobre Educación*, 17, 103-122.
- Swann, W. B., Jr. & Bosson, J. K. (2010). Self and identity. En S. T. Fiske, D. T. Gilbert & G. Lindzey (Eds.), *Handbook of Social Psychology* (pp. 589-628). John Wiley & Sons, Inc. <https://doi.org/10.1002/9780470561119.socpsy001016>
- Tangney, J. P., Stuewig, J., & Mashek, D. J. (2007). Moral emotions and moral behavior. *Annual Review of Psychology*, 58(1), 345-372.
<https://doi.org/10.1146/annurev.psych.56.091103.070145>
- Thompson, R. A. (2009). Early foundations: Conscience and the development of moral character. En D. Narvaez & D. K. Lapsley (Eds.), *Personality, identity, and character: Explorations in moral psychology* (pp. 159-184). Cambridge University Press.
<https://doi.org/10.1017/CBO9780511627125.018>

- Thompson, R. A. (2016). Early attachment and later development: Reframing the questions. En J. Cassidy & P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of Attachment. Theory, Research, and Clinical Applications* (3rd. Edition) (pp. 330-348). The Guilford Press.
- Trommsdorff, G., Friedlmeier, W., & Mayer, B. (2007). Sympathy, distress, and prosocial behavior of preschool children in four cultures. *International Journal of Behavioral Development, 31*(3), 284-293. <https://doi.org/10.1177/0165025407076441>
- Troyer, D., & Greitemeyer, T. (2018). The impact of attachment orientations on empathy in adults: Considering the mediating role of emotion regulation strategies and negative affectivity. *Personality and Individual Differences, 122*, 198-205. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2017.10.033>
- Tur-Porcar, A., Llorca, A., Malonda, E., Samper, P., & Mestre, M. V. (2016). Empatía en la adolescencia. Relaciones con razonamiento moral prosocial, conducta prosocial y agresividad. *Acción Psicológica, 13*(2), 3-14. <https://doi.org/10.5944/ap.13.2.17802>
- Uzefovsky, F., & Knafo-Noam, A. (2017). Empathy development throughout the life span. En J. A. Sommerville & J. Decety (Eds.), *Social cognition: Development across the life span* (pp. 71-97). Routledge/Taylor & Francis Group.
- Vaamonde, J. D., & Omar, A. (2008). La deshonestidad académica como un constructo multidimensional. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México), 38*(3-4), 7-27.
- Vaish, A., Carpenter, M., & Tomasello, M. (2009). Sympathy through affective perspective taking and its relation to prosocial behavior in toddlers. *Developmental Psychology, 45*(2), 534-543. <https://doi.org/10.1037/a0014322>
- Van der Graaff, J., Carlo, G., Crocetti, E., Koot, H. M., & Branje, S. (2018). Prosocial behavior in adolescence: Gender differences in development and links with empathy. *Journal of Youth and Adolescence, 47*(5), 1086-1099. <https://doi.org/10.1007/s10964-017-0786-1>
- van IJzendoorn, M. H. (1997). Attachment, Emergent Morality, and Aggression: Toward a Developmental Socioemotional Model of Antisocial Behaviour. *International Journal of Behavioral Development, 21*(4), 703-727. <https://doi.org/10.1080/016502597384631>
- van IJzendoorn, M. H., & Bakermans-Kranenburg, M. J. (2010). Invariance of adult attachment across gender, age, culture, and socioeconomic status? *Journal of Social and Personal Relationships, 27*(2), 200-208. <https://doi.org/10.1177/0265407509360908>

Referencias

- van IJzendoorn, M. H., & Zwart-Woudstra, H. A. (1995). Adolescents' attachment representations and moral reasoning. *The Journal of Genetic Psychology, 156*(3), 359-372. <https://doi.org/10.1080/00221325.1995.9914829m>
- van Lissa, C. J., Hawk, S. T., de Wied, M., Koot, H. M., van Lier, P., & Meeus, W. (2014). The longitudinal interplay of affective and cognitive empathy within and between adolescents and mothers. *Developmental Psychology, 50*(4), 1219-1225. <https://doi.org/10.1037/a0035050>
- Vecchione, M., Schwartz, S., Alessandri, G., Döring, A. K., Castellani, V., & Caprara, M. G. (2016). Stability and change of basic personal values in early adulthood: An 8-year longitudinal study. *Journal of Research in Personality, 63*, 111-122. <https://doi.org/10.1016/j.jrp.2016.06.002>
- Ventura, A.C., Biagioni, F., Bozocovich, N., & Borgobello, A. (2012). Estudio exploratorio de prácticas académicas deshonestas en exámenes de estudiantes universitarios. IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología-Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de: <https://www.aacademica.org/000-072/517>
- Walker, L. J. (2014). Prosocial exemplarity in adolescence and adulthood. En L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 433-453). Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0021>
- Walker, L. J., & Frimer, J. A. (2007). Moral personality of brave and caring exemplars. *Journal of Personality and Social Psychology, 93*(5), 845-860. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.93.5.845>
- Walker, L. J., & Frimer, J. (2015). Developmental trajectories of agency and communion in moral motivation. *Merrill-Palmer Quarterly, 61*, 412-439. <https://doi.org/10.13110.merrpalmquar1982.61.3.0412>
- Walker, L. J., Frimer, J. A., & Dunlop, W. L. (2010). Varieties of moral personality: Beyond the banality of heroism. *Journal of Personality, 78*(3), 907-942. <https://doi.org/10.1111/j.1467-6494.2010.00637.x>
- Warneken, F., & Tomasello, M. (2009). The roots of human altruism. *British Journal of Psychology, 100*(3), 455-471. <https://doi.org/10.1348/000712608X379061>
- Waters, E., Hay, D., & Richters, J. (1986). Infant-parent attachment and the origins of prosocial and antisocial behavior. En D. Olweus, J. Block & M. Radke-Yarrow (Eds.),

Development of antisocial and prosocial behavior: Research, Theories and Issues (pp. 97-125). Academic Press.

- Wayment, H. A. (2006). Attachment style, empathy, and helping following a collective loss: Evidence from the September 11 terrorist attacks. *Attachment & Human Development*, 8(1), 1-9. <https://doi.org/10.1080/14616730600585292>
- Wei, M., Russell, D. W., Mallinckrodt, B., & Vogel, D. L. (2007). The Experiences in Close Relationships scale (ECR)-Short Form: Reliability, validity, and factor structure. *Journal of Personality Assessment*, 88(2), 187-204. <https://doi.org/10.1080/00223890701268041>
- Wentzel, K. R. (2014). Prosocial behavior and peer relations in adolescence. En L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 178-200). Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0009>
- Wentzel, K., Filisetti, L., & Looney, L. (2007). Adolescent prosocial behavior: the role of self-processes and contextual cues. *Child Development*, 78(3), 895-910. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8624.2007.01039.x>
- Westmaas, J. L., & Silver, R. C. (2001). The role of attachment in responses to victims of life crises. *Journal of Personality and Social Psychology*, 80(3), 425-438. <https://doi.org/10.1037//0022-3514.80.3.425>
- Whitley Jr., B. E. (1998). Factors associated with cheating among college students: A review. *Research in Higher Education*, 39(3), 235-274. <https://doi.org/10.1023/A:1018724900565>
- Whitley Jr., B. E. (2001) Gender Differences in Affective Responses to Having Cheated: The Mediating Role of Attitudes. *Ethics & Behavior*, 11(3), 249-259. https://doi.org/10.1207/S15327019EB1103_4
- Whitley Jr., B. E., Nelson, A. B., & Jones, C. J. (1999). Gender differences in cheating attitudes and classroom cheating behavior: A meta-analysis. *Sex Roles*, 41(9-10), 657-680. <https://doi.org/10.1023/A:1018863909149>
- Wowra, S. (2007). Moral identities, social anxiety, and academic dishonesty among American college students. *Ethics & Behavior*, 17(3), 303-321. <https://doi.org/10.1080/10508420701519312>
- Wright Cassidy, K., Stetson Werner, R., Rourke, M., Zubernis, L. S., & Balaraman, G. (2003). The relationship between psychological understanding and positive social

Referencias

- behaviors. *Social Development*, 12(2), 198-221. <https://doi.org/10.1111/1467-9507.00229>
- Xiao, S. X., Hashi, E. C., Korous, K. M., & Eisenberg, N. (2019). Gender differences across multiple types of prosocial behavior in adolescence: A meta-analysis of the prosocial tendency measure-revised (PTM-R). *Journal of Adolescence*, 77, 41-58. <https://doi.org/10.1016/j.adolescence.2019.09.003>
- Yorgason, J. B., & Gustafson, K. B. (2014). Linking grandparent involvement with the development of prosocial behavior in adolescents. En L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 201-217). Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0010>
- Yu, H., Glanzer, P. L., Sriram, M., Johnson, B. R., & Moore, B. (2017). What contributes to college students' cheating? A study of individual factors. *Ethics & Behavior*, 27(5), 401-422. <https://doi.org/10.1080/10508422.2016.1169535>
- Zahn-Waxler, C., & Radke-Yarrow, M. (1990). The origins of empathic concern. *Motivation and Emotion*, 14(2), 107-130. <https://doi.org/10.1007/BF00991639>
- Zickfeld, J. H., Schubert, T. W., Seibt, B., & Fiske, A. P. (2017). Empathic concern is part of a more general communal emotion. *Frontiers in Psychology*, 8, Artículo 723. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2017.00723>

ANEXOS

Anexo 1

Consentimiento Informado

CONSENTIMIENTO INFORMADO

Estimada/o participante:

Estamos realizando una investigación en el ámbito de la psicología social y del desarrollo, con énfasis en las relaciones personales.

Su participación en el estudio consistirá en completar una serie de cuestionarios, así como responder a una entrevista individual. La entrevista será grabada para fines de investigación exclusivamente. La duración total de la actividad es de entre 60 y 80 minutos aproximadamente. Usted puede participar o no en esta investigación, así como también terminar su participación en cualquier momento del proceso.

La información obtenida tendrá sólo fines de investigación y no será proporcionada a la facultad ni a otros docentes de la misma. Sólo se propone como objetivo recabar información para ser incluida como parte de la tesis doctoral en curso del investigador responsable y eventualmente para presentaciones y publicaciones en congresos y/o revistas especializadas. En ningún caso, las respuestas de los participantes del estudio serán publicadas con los nombres de los participantes. Estamos interesados en analizar los datos de todos los participantes en su conjunto y no en analizar a personas en particular. Es por ello que la información que proporcione no estará identificada con su nombre ni apellido, para preservar el anonimato y la confidencialidad de sus respuestas. Sólo se le solicitarán algunos datos generales, tales como edad, sexo o carrera que estudia, a fines de realizar análisis estadísticos.

Su participación en esta investigación sólo tiene como beneficio la obtención de créditos académicos otorgados por la Universidad de Belgrano.

Su colaboración es muy importante para el éxito de la presente investigación. Muchas gracias.

Puede comunicarse con los investigadores en caso de tener alguna consulta o sugerencia:

Investigador responsable

Mag. Federico Bermejo
(UB)

Zabala 1837, Piso 7 Ofic. 14 - CABA

Tel. (011) 1536069135

federicobermejo@hotmail.com

Director

Dr. Felipe Muller

(CONICET - UB)

Zabala 1837, Piso 7 Ofic. 14 - CABA

Tel. 47885400 (Int. 2285)

felipejmuller@gmail.com

Acepto participar en este estudio conforme a la información recibida

No acepto participar del estudio

Firma del participante: _____

Aclaración (puede usar sólo sus iniciales si así lo desea): _____

Fecha y Firma del investigador responsable: _____

Anexo 2

Cuestionario Sociodemográfico

INVESTIGACIÓN EN PSICOLOGÍA
CUESTIONARIO DE DATOS PERSONALES

Le recordamos que su participación es completamente anónima. De todas maneras, necesitamos recabar algunos datos generales, que serán útiles a fines de nuestra investigación. Muchas gracias.

Edad:

Fecha de nacimiento:

Sexo:

Nacionalidad:

Estado civil:

Estudios cursados (marque con una X):

| | |
|----------------------------|-------|
| Primarios incompletos | |
| Primarios completos | |
| Secundarios incompletos | |
| Secundarios completos | |
| Terciarios incompletos | |
| Terciarios completos | |
| Universitarios incompletos | |
| Universitarios completos | |
| Posgrado incompleto | |
| Posgrado completo | |

Carrera:

Año de cursada de la carrera:

Anexo 3

Entrevista de Autocomprensión / Identidad Moral

Preguntas iniciales administradas a todos/as los/as participantes

- 1. ¿Cómo te describirías a vos mismo/a?**
- 2. ¿Trabajás además de estudiar?**
- 3. ¿Cuáles de las actividades que hacés son más importantes para vos?**
- 4. ¿Tenés hábitos o maneras únicas o personales de hacer algunas cosas?**
- 5. ¿Cuáles o quiénes son las personas y/o los grupos más significativos en tu vida?**
- 6. ¿Cuáles son las cosas favoritas que tenés o que son de tu propiedad?**
- 7. ¿Qué es importante para vos en relación a tus características físicas?**
- 8. ¿Cuáles son tus roles y responsabilidades principales?**
- 9. ¿Cuáles son los aspectos psicológicos más importantes en relación a quién sos?**
- 10. Dado que cambiás año a año, ¿cómo sabés que siempre sos vos mismo/a?**
- 11. ¿Cómo llegaste a ser el tipo de persona que sos ahora?**
- 12. ¿Cómo sabés que sos único/a o diferente del resto de las personas?**
- 13. ¿Hay algo más que te defina o que sea importante sobre quién sos?**
- 14. ¿Qué te gusta más de vos mismo/a?**

-Repreguntas: ¿Por qué... es importante para vos? (p. ej., ¿por qué estudiar es importante para vos?)

Anexo 4

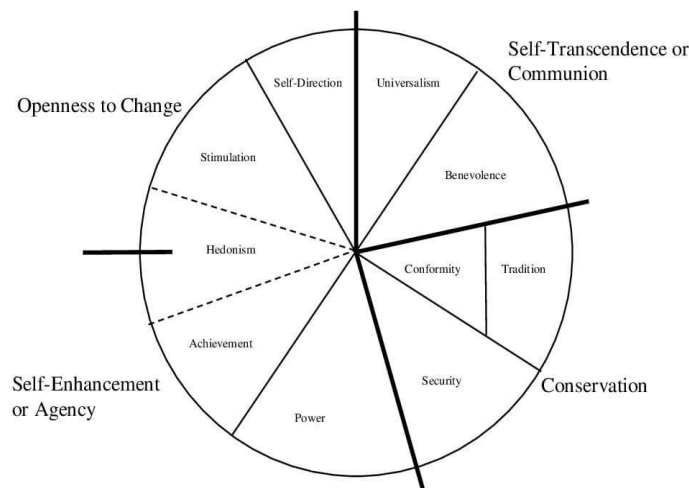
Manual de codificación de VEiN (extracto)

VEiN Coding Manual, release 1.0

12 July 2009

Values Embedded in Narrative (VEiN)
Coding ManualJeremy A. Frimer, Lawrence J. Walker, & William L. Dunlop
University of British Columbia

1. **Introduction.** Values are situation-transcending motivational orientations that direct persons towards particular end states. Schwartz (1992) has developed a comprehensive framework, represented by a set of 10 universal values: power, achievement, hedonism, stimulation, self-direction, universalism, benevolence, conformity, tradition, and security. Importantly, Schwartz places the 10 values on a circumplex where any values opposite one another entail a negative conceptual and empirical association (e.g., security lies across from self-direction). This coding manual is adapted from Schwartz (1992, 1994; and Schwartz & Rubel, 2005). For more information about the VEiN methodology, see Frimer and Walker (2009).



2. **Unit of Analysis.** Before coding for VEiNs, one must decide on a unit of analysis. A unit should ideally contain a single, coherent thought. (In future releases of the coding manual, instructions of how to code long, unbroken sections of narrative will be made available.) To date, VEiNs have been coded from the following types of text:
 - a) Self-Understanding Interviews (Damon & Hart, 1988; Frimer & Walker, 2009): the unit of analysis should be the chunk, which includes both a stem (identifier) and the associated explication of why the entity is important to the individual. This unit of analysis seems to be sufficiently value-rich to allow for VEiN coding.
 - b) Personal Strivings (Emmons, 1999): the unit of analysis should be the striving. Personal strivings tend to be shorter than self-understanding interview chunks, but are still sufficient for VEiN coding.

3. Coding from transcript—rather than an audio recording alone—is recommended. In cases of ambiguity regarding the content or implied meaning within a transcribed passage, consult the audio recording.
4. **Reliability and Task Demands.** VEiN coding is a demanding task and requires that the coder have “worldly” exposure in the sense of having an awareness of multiple worldviews and the full range of values. For a coder who is particularly sharp and sufficiently experienced, coding can be done simultaneously for all 10 VEiNs, so long as sufficient reliability is attained. Alternatively, code for one VEiN at a time. Top-notch undergraduate students have succeeded in attaining sufficient reliability coding one or two VEiNs at a time. The preferred reliability standards are Cohen’s $\kappa \geq .70$; however, $\kappa \geq .60$ is sufficient.
5. Coding is done independently for each VEiN. For example, a unit can be coded as having *achievement* (AC) present irrespective of how it has been coded for the other VEiNs. Thus, a unit could be coded for anywhere between 0 and 10 VEiNs. In the inaugural study that coded for VEiNs (Frimer & Walker, 2009), the average number of VEiNs coded in each chunk was 2.3 ($SD = 1.5$, $range = 0-8$). A second study that coded VEiNs of Personal Strivings had less VEiNs per unit of analysis ($M = 1.7$, $SD = 1.2$, $range = 0-5$). This discrepancy may have been a result of the different types of qualitative data analyzed in each study (self-understanding interviews vs. personal strivings). The important thing to note is that coding more than one VEiN per unit of analysis is the norm.
6. For a unit to qualify as a “hit” for a given VEiN, the rater must make the following judgments:
 - a) *Implied Meaning*: The rater must determine the meaning of what the respondent *intended* to convey. This task is relatively straightforward when respondents are audible, speak in complete sentences, and express ideas clearly. The task becomes more challenging when respondents mumble, speak in choppy and incomplete phrases, and communicate in vague terms.
 - b) *Valence*: The rater must determine the stance (in terms of valence) that the respondent holds towards a particular idea. Neutrally valenced statements are never coded, whereas positively valenced statements are almost always coded so long as they match a criterion in the coding manual. Negatively valenced statements are coded only when they match a negatively valenced criterion (e.g., avoiding stress is coded *hedonism* (HE, 16A).
 - c) *Object*: In some rare instances, the rater must determine the object of a value statement. For example, respect aimed at the respondent is coded *power* (PO, 1G) whereas respect coming from the respondent is coded *conformity*, CO (69E).
7. **Target of value.** Statements are coded for VEiNs *irrespective* of to whom the value is attributed. That is, respondents need not indicate that this particular VEiN is relevant to the self. A value statement is equally codable if reported as being important to others. (For example, a participant saying “To my father, keeping the family close was really important” is coded *security* (SE, 78B) even though the valuer appears to be the father of the respondent. On rare occasions, this rule is qualified by Rule 6c above.
8. Each unit of analysis is coded for each VEiN, with one of two codes:
 - 1 there is indication that this VEiN is important
 - 0 there is no indication of the importance of this VEiN
9. **Practice Coding.** The recommended strategy for attaining reliability is as follows. (a) Have each coder independently attempt to code half (e.g., the first 200) of the example stems

provided (pp. 15-21 of this manual). (b) Compare codings, looking for common themes in disagreements. Also see the provided “answers” on pages 22-28 of this manual. Work out a common understanding of any ambiguities. (c) Code the remaining stems and assess reliability. Ensure that all Cohen’s κ s are at or above 0.60. (d) Proceed with coding your own materials.

10. **Analytical Strategy.** Several metrics of VEiNs can be taken from an individual’s profile.
 - First, one can assess the strength of each VEiN for that individual. This would be computed as either the tally of units coded for that VEiN, or as the proportion of units coded for that VEiN.
 - Second, one can examine the combinations of VEiNs. For example, do some individuals tend to combine both VEiNs of SD and SE into the same unit? One strategy for assessing this question is to compute an “integration” score, which is the tally or proportion of units that have both of the VEiNs in question (e.g. SD & SE). Unmitigated varieties (e.g., SE without SD) can then be computed as a mutually exclusive category.
 - A second way of assessing the combination of values is to use a conditional probability score. This would reflect the degree to which an individual combines his/her different themes relative to the amount of these themes that are present. The computation is the number of units that have both themes, divided by the number of units that have one or the other or both themes present. These are analytical strategies that have been used to date. Many more possibilities could be explored, depending on the question of interest.
11. **Exclusions:** The following items are not coded. Some of these items are coded in the Schwartz paradigm but they are removed here for conceptual clarity. Some others are excluded in the Schwartz paradigm as well.
 - a) Happiness
 - b) Being a good person
 - c) Living a good life
 - d) Self-respect
 - e) Inner harmony
 - f) A spiritual life
 - g) Mature love
 - h) Meaning in life
 - i) Detachment
 - j) Healthy
 - k) Sense of fleeting belonging

Reliability Summary Data from Self-Understanding Interview Chunk

| | PO | AC | HE | ST | SD | UN | BE | TR | CO | SE | overall |
|------------------|-------|-------|-------|-------|-------|------|-------|-------|-------|-------|---------|
| hit frequency | 30.4% | 32.3% | 16.8% | 21.9% | 37.8% | 9.5% | 21.3% | 13.7% | 11.6% | 31.4% | |
| agreement | 90% | 89% | 91% | 87% | 83% | 95% | 93% | 90% | 92% | 84% | 89% |
| Cohen's κ | .77 | .75 | .67 | .61 | .63 | .72 | .79 | .57 | .60 | .64 | .70 |

Reliability Summary Data from more recent coding of Personal Strivings

| | PO | AC | HE | ST | SD | UN | BE | TR | CO | SE | overall |
|------------------|-------|-------|------|------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|---------|
| hit frequency | 16.3% | 23.3% | 5.7% | 9.1% | 25.7% | 10.7% | 29.8% | 11.0% | 10.5% | 20.5% | |
| agreement | 91% | 91% | 97% | 99% | 88% | 93% | 93% | 93% | 97% | 92% | 93% |
| Cohen's κ | .68 | .75 | .74 | .71 | .71 | .67 | .82 | .67 | .73 | .75 | .72 |

Note. the above differences in hit rates and reliability may be attributable to different samples and different materials (strivings vs. self-understanding) used in the respective studies. Nevertheless, it is instructive that it is apparent that some VEiNs are more common than others (SE > UN).

References

- Damon, W., & Hart, D. (1988). *Self-understanding in childhood and adolescence*. New York: Cambridge University Press.
- Emmons, R. A. (1999). *The psychology of ultimate concerns: Motivation and spirituality in personality*. New York: Guilford.
- Frimer, J. A., & Walker, L. J. (2009). Reconciling the self and morality: An empirical model of moral centrality development. *Developmental Psychology, 45*, 1669-1681.
- Schwartz, S. H. (1992). Universals in the content and structure of values: Theoretical advances and empirical tests in 20 countries. *Advances in Experimental Social Psychology, 25*, 1-65.
- Schwartz, S. H. (1994). Are there universal aspects in the structure and contents of human values? *Journal of Social Issues, 50*, 19-45.
- Schwartz, S. H. & Rubel, T. (2005). Sex differences in value priorities: Cross-cultural and multi-method studies. *Journal of Personality and Social Psychology, 89*, 1010-1028.

1. Power, PO

The central goal of power values is control or status over people and/or the attainment of material wealth. Social power values emphasize the **attainment or preservation of a dominant position** with (implicit or explicit) reference to a more general social system.

- 1 social power/authority
 - 1.A control over a social environment
 - 1.B dominance
 - 1.C competitive
 - 1.D getting ahead of others
 - 1.E status
 - 1.F social recognition entailing hierarchy
 - 1.G being respected (respect directed towards respondent)
 - 1.H prestige
 - 1.I looking good to [target unspecified] or to others
 - 1.J holding an executive position,
 - 1.K being an ambassador/role model
 - 1.L helping when help is explicitly unwanted
 - 1.M modifying other's cognition/affect/behaviors
- 2 wealth
 - 2.A material possessions
 - 2.B money
 - 2.C financial security or avoiding financial debt

The following are not coded as PO:

- 3 preserving my public image
 - 3.A saving "face"
- 4 looking good to myself
- 5 The following mentions are considered to be ambiguous and thus not coded unless qualified in terms of some value:
 - 5.A influential (with elaboration/colouring, could be coded UN, BE, or PO depending on the type of influence [e.g., helping, dominating, etc.])
 - 5.B impactful
 - 5.C egotistical
 - 5.D help (without reference to interpersonal domain)
 - 5.E being a part of a club (without reference to executive position)
 - 5F anything that implies self-enhancement but is lacking in social comparison
 - 5G serving/pleasing others
 - 5H considering other's feelings

2. Achievement, AC

The defining goal of this value type is personal success through **demonstrating competence**. This may manifest in the valuing of effort, a dispositional aptitude (skill), plans or commitments to achieve, or the valuing of the result (success). When coding personal strivings (fill-in-the-blank stems of “I typically try to _____”), mentally replace the stem with “It’s good to _____” before coding.

- 6 goal/plan qualified in terms of a standard of excellence
 - 6.A working hard
 - 6.B perseverance
 - 6.C take on many commitments
 - 6.D successful
 - 6.E achieving
 - 6.F getting ahead—in life, or in an unspecified way
 - 6.G striving towards a goal
 - 6.H enhancing or improving
 - 6.I problem solving
 - 6.J advocating
 - 6.K working on a hobby/significant commitment
 - 6.L efficiency
- 7 achievement orientation
 - 7.A ambitious
 - 7.B aspiring
 - 7.C capable or competent
 - 7.D having a skill
 - 7.E effective
 - 7.F efficient
 - 7.G intelligent/smart

The following are not coded AC:

- 8 thinking
- 9 self-respect
- 10 mere mention of a plan/goal
- 11 influential/impactful: mere mention of influence is insufficient for any coding. With elaboration/coloring, may be coded UN, BE, or PO depending on the type of influence (e.g., helping, dominating, etc.)
- 12 being good or maintaining the status quo
- 13 mere mention of a positive social role (e.g., mentor)
- 14 doing a hobby

6. Universalism, UN

The motivational goal of universalism is understanding, appreciation, tolerance, and **protection for the welfare of people beyond the primary reference group** (e.g., all people, the community, disadvantaged people) *and for nature*. UN and BE entail similar (helping, caring, etc.) action on different objects (unfamiliar for UN, familiar for BE). For ambiguous objects, code BE and not UN.

- 15 universal concern (for humanity)
 - 15.A social justice/equality
 - 15.B equal opportunity for all
 - 15.C correcting injustice
 - 15.D care for the less fortunate, hurting
 - 15.E a world at peace, free of war and conflict
 - 15.F generalized tolerance (of different beliefs or people)
 - 15.G positive contribution to society
 - 15.H concern for the welfare of people beyond the primary reference group
 - 15.I seeing things from different perspectives (generalized)
- 16 protecting the environment
 - 16.A preserving nature
 - 16.B challenging ecologically destructive practices

The following are not coded UN:

- 17 inner harmony
 - 17.A being at peace with oneself
- 18 unity with nature
 - 18.A fitting into nature
 - 18.B living in harmony with one's environment
 - 18.C appreciating the beauty of nature
- 19 wisdom
 - 19.A a mature understanding of life
 - 19.B broad-minded
- 20 positive contribution (to something smaller than humanity or society)
- 21 behaviors or attention referenced to "others" (without further generalization)

7. Benevolence, BE

Benevolence focuses on **concern for the welfare of others** in everyday interaction. The motivational goal of benevolence values is preservation and enhancement of the welfare of people with whom one is in frequent personal contact. A distinction is made between “being” and “doing” with respect to familiar people. In general, if the emphasis is on *being* (a good friend, for example), do not code BE. However, if the emphasis is on *doing* something friendly (empathizing or helping for example), then do code BE. This distinction does not apply when coding personal strivings (e.g., “I typically try to ...”) given the active nature of these statements.

- 22 interpersonal honesty
 - 22.A genuine
 - 22.B sincere
- 23 helpful
 - 23.A working for the welfare of others
 - 23.B generous
 - 23.C supportive
 - 23.D empathic
 - 23.E teaching entailing positive impact
 - 23.F doing something friendly
 - 23.G kind
 - 23.H making sacrifices for close others
 - 23.I respectful
- 24 responsible to others
 - 24.A keeping promises
 - 24.B dependable
 - 24.C reliable
 - 24.D faithful to my friends/group
 - 24.E loyal
 - 24.F dedicating attention to a close friend/family member
- 25 forgiving
 - 25.A willing to pardon others

The following are not coded BE:

- 26 a spiritual life
 - 26.A emphasis on spiritual not material matters
- 27 meaning in life
 - 27.A a purpose in life
- 28 friendliness (by itself; not sufficient for BE ... needs further elaboration)
- 29 acting in a fair manner
- 30 pleasing (without reference to specific others)
- 31 meeting obligations (in the absence of a stated emotive effect in others)
- 32 engagement in a non-charitable organization
- 33 understand others (by itself; not sufficient for BE ... needs further elaboration)

Anexo 5

Cuestionario de Conducta Prosocial

A continuación, hay una serie de enunciados que pueden describirte o no. Por favor, indicá CUÁNTO TE DESCRIBE CADA ENUNCIADO, marcando con una X en el casillero correspondiente.

| | Me describe muy bien | Me describe bien | Me describe algo | Me describe un poco | No me describe en absoluto |
|---|----------------------|------------------|------------------|---------------------|----------------------------|
| 1. Puedo ayudar mejor a otras personas cuando hay gente mirándome. | | | | | |
| 2. Lo que más me llena es poder consolar a alguien que está muy angustiado. | | | | | |
| 3. Para mí es más fácil ayudar a otros que lo necesitan, cuando hay otras personas a mi alrededor. | | | | | |
| 4. Pienso que una de las mejores cosas de ayudar a otros es que me hace quedar bien. | | | | | |
| 5. Saco el mayor provecho de ayudar a otros, cuando lo hago enfrente de otras personas. | | | | | |
| 6. Tiendo a ayudar a las personas que están pasando por una crisis o necesidad importantes | | | | | |
| 7. No dudo en ayudar cuando me lo piden. | | | | | |
| 8. Prefiero donar dinero de forma anónima. | | | | | |
| 9. Tiendo a ayudar a la gente que se daña a sí misma gravemente. | | | | | |
| 10. Creo que es mejor donar dinero o bienes cuando se consigue una ventaja (como una deducción de impuestos). | | | | | |
| 11. Tengo una mayor tendencia a ayudar a otros que lo necesitan, cuando ellos no saben quién los ayudó. | | | | | |
| 12. Tiendo a ayudar a otros especialmente cuando están angustiados. | | | | | |

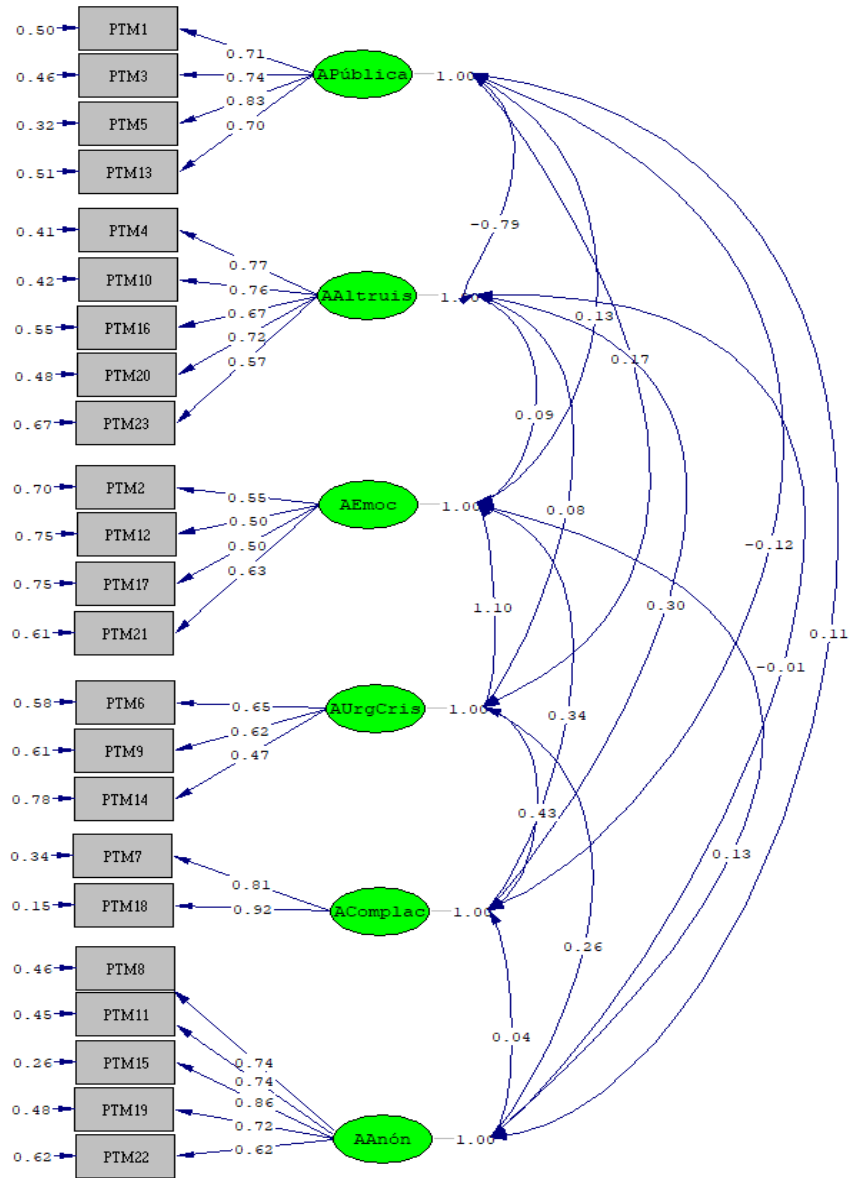
Empatía, apego e identidad moral como predictores de la conducta prosocial y la deshonestidad académica en la adultez emergente

| | Me describe muy bien | Me describe bien | Me describe algo | Me describe un poco | No me describe en absoluto |
|---|----------------------|------------------|------------------|---------------------|----------------------------|
| 13. Ayudo mejor a otros cuando estoy en el foco de la atención. | | | | | |
| 14. Me es más fácil ayudar a otros cuando están en una situación extrema, urgente, desesperante. | | | | | |
| 15. La mayoría de las veces ayudo a los demás sin que ellos sepan quién los ayudó. | | | | | |
| 16. Creo que debería recibir mayor reconocimiento por el tiempo y energía que dedico en ayudar a otros (por ejemplo, en trabajo de caridad) | | | | | |
| 17. Ayudo mejor a otros cuando la situación es elevadamente emocional. | | | | | |
| 18. Nunca dudo en ayudar a otros cuando ellos me lo piden. | | | | | |
| 19. Pienso que ayudar a otros sin que ellos lo sepan es el mejor tipo de situación. | | | | | |
| 20. Una de las mejores cosas de hacer trabajo de caridad o voluntariado es que queda bien en mi CV. | | | | | |
| 21. Las situaciones de contenido emocional me hacen querer ayudar a aquellos que lo necesitan. | | | | | |
| 22. Frecuentemente, hago donaciones anónimas porque me hacen sentir bien. | | | | | |
| 23. Siento que si ayudo a alguien, esa persona debería ayudarme en el futuro. | | | | | |

Anexo 6

Figura 2

Path Diagram del cuestionario Prosocial Tendencies Measure (AFC)



Chi-Square=668.80, df=215, P-value=0.00000, RMSEA=0.049

Nota. APública = Conducta Prosocial Pública; AAltruis = Conducta Prosocial Altruista; AEmoc = Conducta Prosocial Emocional; AUrgCris = Conducta Prosocial Urgente/Crisis; AComplac = Conducta Prosocial Complaciente; AAón = Conducta Prosocial Anónima

Anexo 7

Cuestionario de Empatía

Los siguientes enunciados indagan acerca de tus pensamientos y sentimientos en una variedad de situaciones. Para cada enunciado, por favor indica cuán apropiadamente te describe, del 1 al 5, según la escala que se presenta a continuación. Cuando hayas decidido tu respuesta, escribe el número al final de la oración. **LEE CADA FRASE ATENTAMENTE ANTES DE RESPONDER.** Responde lo más honestamente posible. Muchas gracias.

ESCALA DE RESPUESTA:

| | | | | |
|------------------------------------|---|---|---|---------------------------------|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 |
| No me describe muy bien | | | | Me describe muy bien |

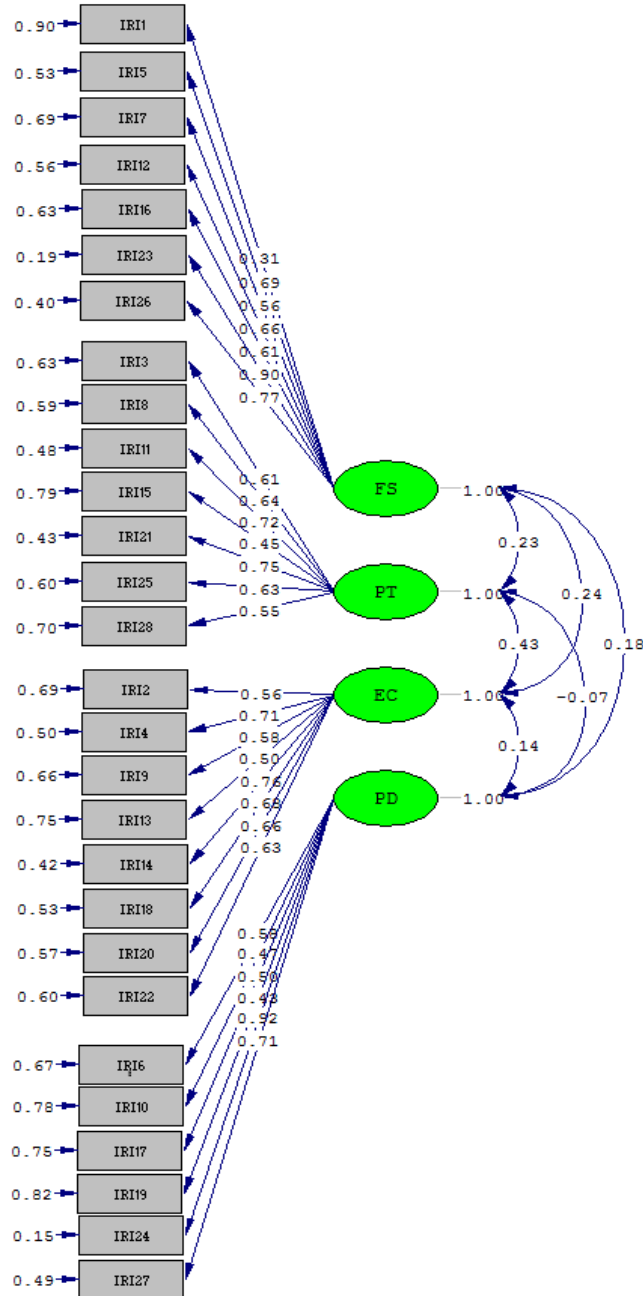
1. Con cierta frecuencia sueño despierto y fantaseo sobre cosas que podrían pasarme.
2. A menudo tengo sentimientos de compasión y preocupación hacia gente menos afortunada que yo.
3. A veces encuentro difícil ver las cosas desde el punto de vista de otros.
4. A veces no me dan mucha lástima otras personas cuando tienen problemas.
5. Realmente me siento «metido» en los sentimientos de los personajes de una novela.
6. En situaciones de emergencia, me siento ansioso e incómodo.
7. Generalmente soy objetivo cuando veo una película o una obra de teatro y no me suelo «meter» completamente en ella.
8. En un desacuerdo con otros, trato de ver las cosas desde el punto de vista de los demás antes de tomar una decisión.
9. Cuando veo que se aprovechan de alguien, siento necesidad de protegerle.
10. A veces me siento indefenso/a cuando estoy en medio de una situación muy emotiva.
11. A veces intento entender mejor a mis amigos imaginando cómo ven las cosas desde su perspectiva.
12. Es raro que yo me «meta» mucho en un buen libro o en una película.
13. Cuando veo que alguien se hace daño, tiendo a permanecer tranquilo.

14. Las desgracias de otros no suelen angustiarme mucho.
15. Si estoy seguro/a de que tengo la razón en algo, no pierdo mucho tiempo escuchando los argumentos de otras personas.
16. Después de ver una obra de teatro o una película, me siento como si fuese uno de los protagonistas.
17. Me asusta estar en una situación emocional tensa.
18. Cuando veo que alguien está siendo tratado injustamente, no suelo sentir mucha pena por él.
19. Generalmente soy bastante efectivo/a afrontando emergencias.
20. A menudo me conmueven las cosas que veo que pasan.
21. Creo que todas las cuestiones se pueden ver desde dos perspectivas e intento considerar ambas.
22. Me describiría como una persona bastante sensible.
23. Cuando veo una buena película, puedo ponerme muy fácilmente en el lugar del protagonista.
24. Tiendo a perder el control en las emergencias.
25. Cuando estoy molesto con alguien, generalmente trato de «ponerme en su lugar» durante un tiempo.
26. Cuando estoy leyendo una novela o historia interesante, imagino cómo me sentiría si me estuviera pasando lo que ocurre en la historia.
27. Cuando veo a alguien en una emergencia que necesita ayuda, pierdo el control.
28. Antes de criticar a alguien, intento imaginar cómo me sentiría yo si estuviera en su lugar.

Anexo 8

Figura 3

Path Diagram del cuestionario Interpersonal Reactivity Index (AFC)



Chi-Square=919.24, df=344, P-value=0.00000, RMSEA=0.055

Nota. FS = Fantasía; PT = Toma de Perspectiva; EC = Preocupación Empática; PD = Malestar Personal

Anexo 9

Cuestionario de Apego

Las siguientes afirmaciones se refieren a cómo te sentís en general en las relaciones íntimas (ej.: con la pareja, amigos/as, etc.). En la mayoría de los enunciados se hace referencia a la pareja. SI NO TENÉS PAREJA, respondé pensando en cómo te sentís en las relaciones que tenés con las personas más íntimas y cercanas en tu vida (algún/a amigo/a íntimo, algún miembro familiar, etc.). Respondé a cada afirmación indicando tu grado de acuerdo o desacuerdo, según la siguiente escala: 1=Totalmente en desacuerdo y 7=Totalmente de acuerdo:

| | | | | | | | |
|--|---|---|---|---|---|---|---|
| 1.- Prefiero no mostrar a mi pareja mis sentimientos más profundos. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 2.- Me preocupa que me rechacen o me abandonen. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 3.- Me siento muy cómodo/a cuando intimo con mi pareja. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 4.- Mis relaciones me preocupan mucho. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 5.- Cuando mi pareja comienza a intimar conmigo, me doy cuenta de que me alejo. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 6.- Me preocupa que mi pareja no se interese por mí tanto como yo me intereso por ella. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 7.- Me siento incómodo/a cuando mi pareja quiere intimar mucho conmigo. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 8.- Me preocupa bastante el hecho de perder a mi pareja. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 9.- No me siento cómodo/a abriéndome emocionalmente a mi pareja. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 10.- A menudo desearía que los sentimientos de mi pareja hacia mí fueran tan intensos como los míos hacia ella. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 11.- Quiero acercarme afectivamente a mi pareja, pero a la vez marco distancias con ella. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 12.- Me gustaría estar muy unido/a afectivamente a mi pareja y, a veces, esto parece ahuyentarlo. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 13.- Me pongo nervioso/a cuando mi pareja intima demasiado conmigo. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 14.- Me preocupa estar solo/a. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 15.- Me siento cómodo/a cuando comparto mis pensamientos y sentimientos privados con mi pareja. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 16.- Mi deseo de estar muy unido/a afectivamente con mi pareja hace que, a veces, ésta se asuste y se aleje. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 17.- Intento evitar establecer un grado de intimidad demasiado elevado con mi pareja. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 18.- Necesito que mi pareja me confirme constantemente que me quiere. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 19.- Me resulta relativamente fácil intimar con mi pareja. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 20.- En ocasiones siento que intento presionar a mi pareja para que muestre más sentimiento y compromiso en nuestra relación de lo que él/ella desearía. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 21.- Me resulta difícil permitirme a mí mismo/a depender (necesitar) de mi pareja (de las personas más íntimas/importantes para mí). | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 22.- No me preocupa a menudo la idea de ser abandonado/a. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |

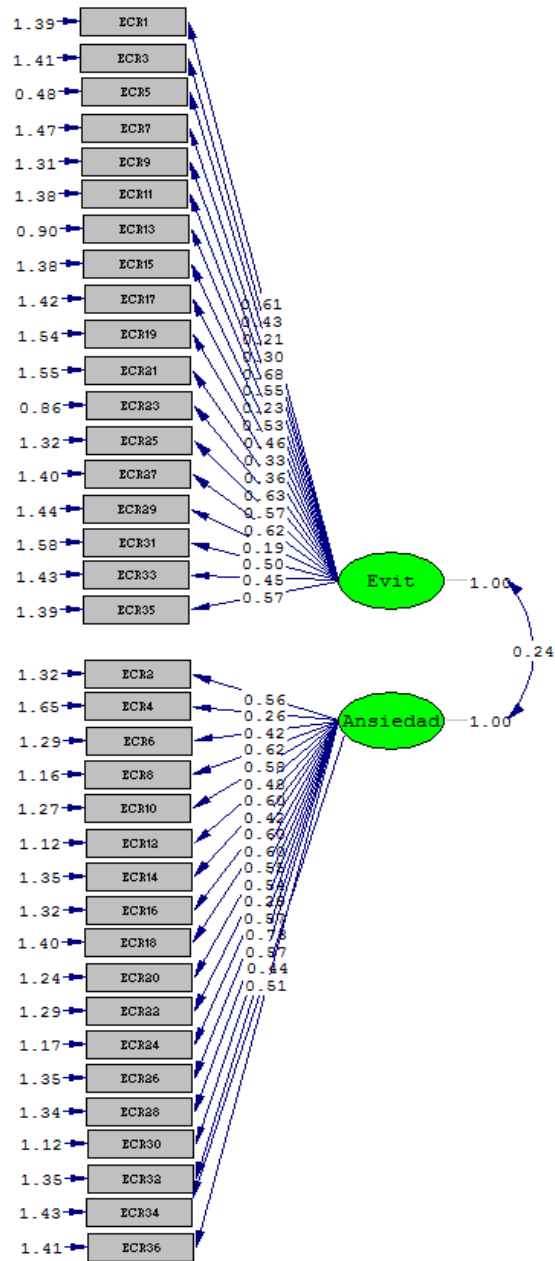
Empatía, apego e identidad moral como predictores de la conducta prosocial y la deshonestidad académica en la adultez emergente

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 23.- Prefiero no intimar demasiado con mi pareja. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 24.- Si no consigo que mi pareja (los demás) muestre(n) interés por mí, me disgusto o me enojo. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 25.- Le cuento a mi pareja prácticamente todo. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 26.- Creo que mi pareja no quiere intimar afectivamente conmigo tanto como a mí me gustaría. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 27.- Normalmente hablo sobre mis problemas y preocupaciones con mi pareja (personas cercanas). | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 28.- Cuando no tengo una relación afectiva, me siento ansioso/a e inseguro/a. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 29.- Me siento cómodo/a dependiendo (necesitando) de mi pareja. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 30.- Me siento frustrado/a cuando mi pareja no está disponible tan a menudo como a mí me gustaría. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 31.- No me importa pedir consuelo, consejo o ayuda a mi pareja (a personas íntimas o cercanas). | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 32.- Me siento frustrado/a si mi pareja no está accesible cuando yo la necesito. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 33.- En momentos de necesidad, ayuda recurrir a la pareja (a personas cercanas). | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 34.- Cuando mi pareja me critica, me siento muy mal conmigo mismo/a. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 35.- Acudo a mi pareja (a personas cercanas) para muchas cosas, también para pedirle consuelo y tranquilidad. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |
| 36.- Me cae mal que mi pareja pase tiempo lejos de mí. | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 |

Anexo 10

Figura 4

Path Diagram del cuestionario Experiences in Close Relationships (AFC)



Satorra-Bentler Chi-Square=1850.09, df=593, P-value=0.00000, SRMR=0.035

Nota. Evit = Evitación

Anexo 11

Cuestionario de Deseabilidad Social

A continuación hay una lista de afirmaciones con relación a actitudes y rasgos personales. Leé cada ítem y decidí si la afirmación es verdadera (V) o falsa (F) de acuerdo a si refleja el modo en que vos sos. Encerrá con un círculo la respuesta que corresponda.

| | | |
|--|---|---|
| 1.- Antes de ir a votar estudio minuciosamente las propuestas de todos los candidatos. | V | F |
| 2.- Yo nunca dudaría en hacer un esfuerzo extra con tal de ayudar a alguien. | V | F |
| 3.- A veces, cuando no tengo ganas, me cuesta seguir trabajando. | V | F |
| 4.- A mí nunca me cayó sumamente mal ninguna persona. | V | F |
| 5.- En ocasiones dudé de mi capacidad para tener éxito en la vida. | V | F |
| 6.- A veces sentí fastidio porque no pude salirme con la mía. | V | F |
| 7.- Yo siempre cuido cada detalle de mi forma de vestir. | V | F |
| 8.- Mis modales para comer en un restaurante son igual de buenos que los que uso en mi casa. | V | F |
| 9.- Probablemente entraría al cine sin pagar si nadie me viera. | V | F |
| 10.- En algunas ocasiones dejé de hacer cosas porque no confiaba en mi propia capacidad. | V | F |
| 11.- A veces me gustan los chismes. | V | F |
| 12.- Hubo veces en que tuve ganas de rebelarme contra las autoridades por más que sabía que yo no tenía razón. | V | F |
| 13.- Sin importar con quien esté conversando, siempre presto atención a todo lo que dice el otro. | V | F |
| 14.- Puedo recordar que me "hice el enfermo" para zafar de algo. | V | F |
| 15.- Hubo ocasiones en que me aproveché de alguna persona. | V | F |
| 16.- Si cometo un error, siempre estoy dispuesto a reconocerlo. | V | F |
| 17.- Si les digo a los demás lo que deben hacer, soy el primero en hacerlo. | V | F |
| 18.- No encuentro ninguna dificultad especial en estar con gente odiosa y que habla a los gritos. | V | F |
| 19.- A veces intento vengarme más que perdonar y olvidar. | V | F |
| 20.- No tengo problemas en admitir que no sé algo. | V | F |
| 21.- Yo siempre soy amable, aun con personas odiosas. | V | F |
| 22.- A veces realmente me encapricho en hacer las cosas a mi manera. | V | F |
| 23.- Hubo algunas situaciones en las que me vinieron ganas de romper cosas. | V | F |
| 24.- Yo nunca pensaría que sería mejor que castiguen a otro en lugar mío por algo que yo hice. | V | F |
| 25.- Nunca me sentiría ofendido si me reclaman que devuelva un favor. | V | F |
| 26.- Nunca me sentí molesto por escuchar a alguien decir cosas muy distintas de las que yo pienso. | V | F |
| 27.- Yo nunca haría un viaje largo sin verificar el perfecto estado en que se encuentra el vehículo en el que viaja. | V | F |
| 28.- Hubo ocasiones en las que sentí mucha envidia por la buena suerte de los demás. | V | F |

Anexos

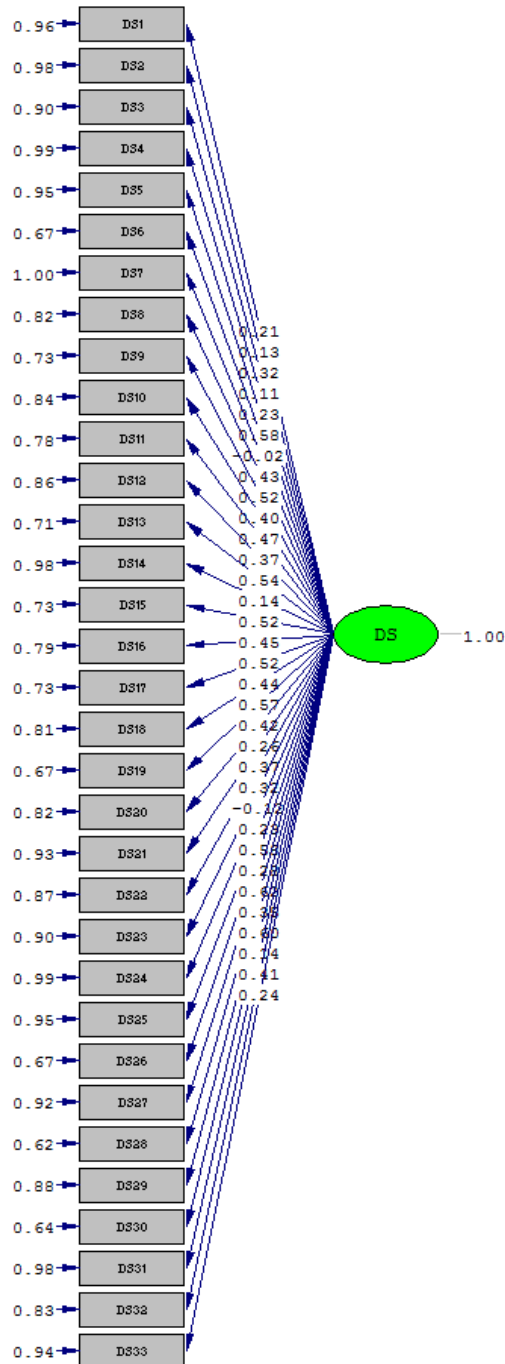
| | | |
|---|---|---|
| 29.- Casi nunca sentí el impulso de reprocharle algo a alguien. | V | F |
| 30.- A veces me incomoda que me pidan favores. | V | F |
| 31.- Nunca sentí que fui castigado sin motivo. | V | F |
| 32.- A veces pienso que cuando alguna persona pasa por una desgracia, se lo tiene merecido. | V | F |
| 33.- Yo nunca dije algo a propósito con el fin de herir los sentimientos de alguien. | V | F |

Por favor, antes de entregar este cuestionario, revisá detenidamente si contestaste todas las preguntas con una sola opción de respuesta. ¡Muchas gracias!

Anexo 12

Figura 5

Path Diagram del cuestionario de Deseabilidad Social (AFC)



Chi-Square=2841.50, df=495, P-value=0.00000, RMSEA=0.044

Nota. DS = Deseabilidad Social

Anexo 13

Cuestionario para evaluar la Deshonestidad Académica

A continuación, se presentan una serie de enunciados que reflejan conductas que se pueden llevar a cabo en la Universidad. Por favor, indicá (con una "X") la frecuencia con la que llevaste a cabo dicha conducta durante tu carrera universitaria. Recordá que tus respuestas son confidenciales y anónimas. Sólo nos interesa conocerlas con fines científicos. Por favor, sé tan honesto/a como sea posible. ¡Muchas gracias por tu colaboración!

| | Nunca | 1 ó 2 veces | 3 ó 4 veces | De 5 a 10 veces | Más de 10 veces |
|--|-------|-------------|-------------|-----------------|-----------------|
| Copiarme de un/a compañero/a durante un examen. | | | | | |
| Utilizar "machetes" en un examen. | | | | | |
| Utilizar nuevas tecnologías (teléfono celular, auriculares inalámbricos, reproductor de MP3, etc.) para obtener las respuestas en un examen. | | | | | |
| Dejar que otro estudiante se copie de mí durante un examen. | | | | | |
| Permitir que otra persona haga un examen en mi nombre. | | | | | |
| Hacer un examen en nombre de otra persona. | | | | | |
| Conseguir las preguntas de un examen antes de realizarlo. | | | | | |
| Copiar de páginas Web fragmentos de textos y –sin citar– pegarlos directamente en un documento –en el que hay parte de texto escrito por mí mismo/a– y entregarlo como trabajo de una materia. | | | | | |
| Componer íntegramente un trabajo a partir de fragmentos copiados literalmente de páginas Web y/o artículos localizados en Internet. | | | | | |
| "Descargar" un trabajo completo desde Internet y entregarlo, sin cambios, como trabajo de una materia. | | | | | |
| Copiar fragmentos de fuentes impresas (libros, periódicos, artículos de revista, etc.) y usarlos –sin citar– para elaborar trabajos académicos propios. | | | | | |

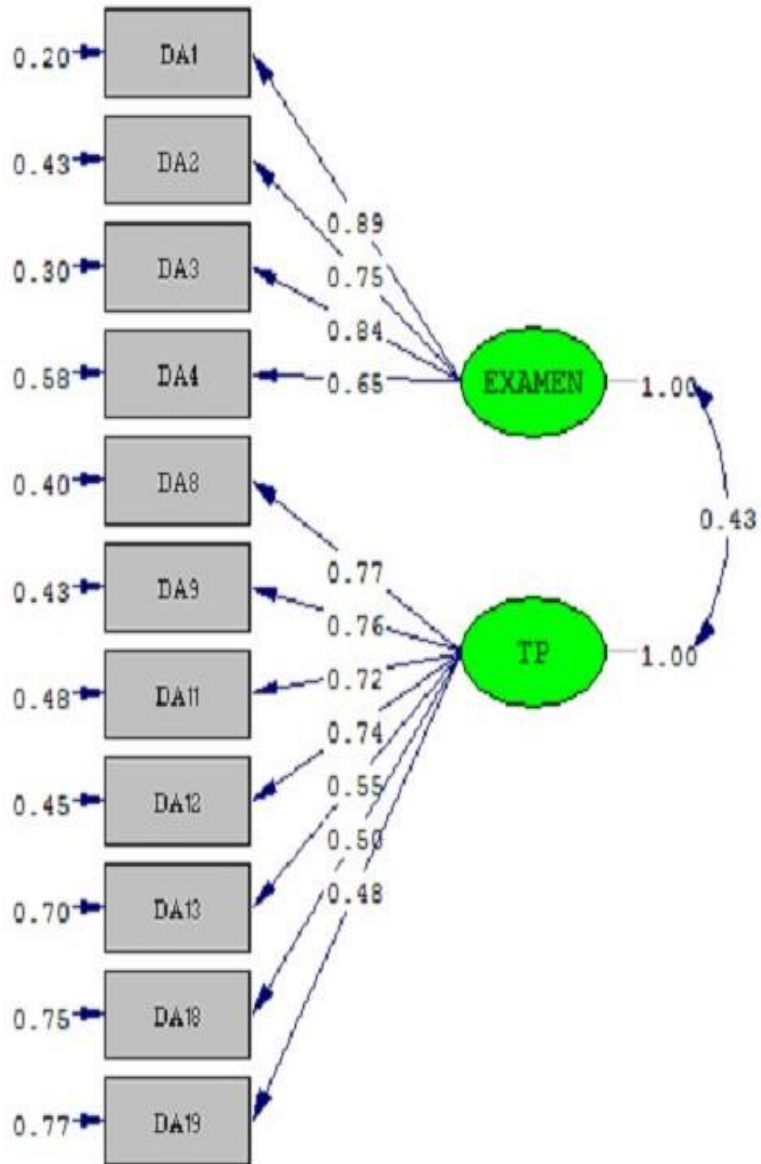
Empatía, apego e identidad moral como predictores de la conducta prosocial y la deshonestidad académica en la adultez emergente

| | Nunca | 1 ó 2 veces | 3 ó 4 veces | De 5 a 10 veces | Más de 10 veces |
|---|-------|-------------|-------------|-----------------|-----------------|
| Copiar partes de trabajos entregados en años anteriores (bien seas vos el/la autor/a o sea otro/a estudiante) y usarlos como partes de un trabajo académico “nuevo”. | | | | | |
| Entregar un trabajo realizado por otro/a alumno/a que ya había sido entregado en cursos anteriores (para la misma u otra/s materia/s). | | | | | |
| Entregar un trabajo realizado por mí mismo/a que ya había sido entregado en cursos anteriores (para la misma u otra/s materia/s). | | | | | |
| Facilitar a un/a compañero/a un trabajo de años anteriores para que lo entregue como un trabajo nuevo e inédito. | | | | | |
| Hacer un trabajo para otra persona (ya sea de tu curso o de otro curso). | | | | | |
| Pagar a alguien para que haga un trabajo académico o comprarlo (por ejemplo a través de Internet). | | | | | |
| Insertar en el apartado bibliográfico de un trabajo referencias que realmente no se han consultado. | | | | | |
| Falsear datos en trabajos académicos (por ejemplo: falsear datos para resolver un problema en un trabajo de física, inventar datos en una investigación, presentar datos de otros trabajos inventados, etc.). | | | | | |
| Colaborar en la elaboración de un trabajo sin que esté permitido. | | | | | |

Anexo 14

Figura 6

Path Diagram del cuestionario para evaluar la Deshonestidad Académica (AFC)



Chi-Square=284.32, df=43, P-value=0.00000, RMSEA=0.083

Nota. EXAMEN = Exámenes; TP = Trabajos Académicos

Anexo 15

Aval ético de la Universidad de Belgrano



Bs As 12 de diciembre de 2018

Estimado Mg. Federico Bermejo

A partir del informe que nos ha enviado el día 4 de diciembre de 2018 en relación con la investigación que lleva adelante "Empatía, apego e identidad moral como predictores de la conducta prosocial y la deshonestidad académica en la adultez emergente", en el marco de la realización de su tesis doctoral, dirigida por la Dra. Bárbara Torres Gómez de Cádiz, profesora de la Universidad del País Vasco (España) y co – dirigida por el Dr. Felipe Muller, docente de esta Universidad, le hago llevar la respuesta de esta Casa de Estudios:

- La Universidad de Belgrano no cuenta con un Comité de Etica formado a la fecha
- La Facultad de Humanidades, en la cual está alojada la carrera de Psicología cuya Decana es la Doctora Susana Seidmann, cuenta por resolución de Presidencia 034/17, con una Comisión Asesora de Investigación y Extensión de la Carrera de Psicología de la Universidad de Belgrano, presidida por la Decana e integrada por la Mg. Mariana Funes Molineri, quien es Directora de la Maestría en Psicología Organizacional y Empresarial de la institución, la Dra. Gabriela Aisenson, profesional del campo de la Psicología de reconocida trayectoria y la Dra. María Elena Colombo, profesora titular de la Universidad de Belgrano. Esta comisión trata todos los temas referidos a investigación de la mencionada Facultad.
- La convocatoria a estudiantes para realizar las entrevistas y las encuestas llevada a cabo por usted en el marco de su proyecto de investigación fue autorizada por la Decana de Facultad de Humanidades.
- Asimismo usted solicitó y guardó el consentimiento informado de cada uno de los estudiantes de la Universidad que participaron en las encuestas y entrevistas que se llevaron a cabo en el marco del proyecto de investigación. El consentimiento, de acuerdo a la documentación por Ud. presentada, se conformó de acuerdo a los estándares conocidos para este tipo de instrumentos
- En su informe, usted señala la utilización de cuestionarios de autores de trayectoria, publicadas en revistas reconocidas internacionalmente.

Por lo tanto, luego de este análisis minucioso, tanto del instrumento de encuesta/ entrevistas utilizado para el desarrollo de su proyecto de investigación, como del cumplimiento de todos los requerimientos que aseguran el cuidado y el respeto de las personas entrevistadas, las que voluntariamente respondieron a la convocatoria y firmaron su consentimiento por escrito, como Secretaria de Investigación le informo que la

Anexos

Universidad considera satisfactorio el protocolo presentado, desde el punto de vista ético, para así completar su trabajo de investigación.



Dra. María Claudia Degrossi

Secretaria de Investigación

Dra. MARIA CLAUDIA DEGROSSI
SECRETARIA COORDINADORA
COMISION DE POLITICAS DE INVESTIGACION
UNIVERSIDAD DE BELGRANO